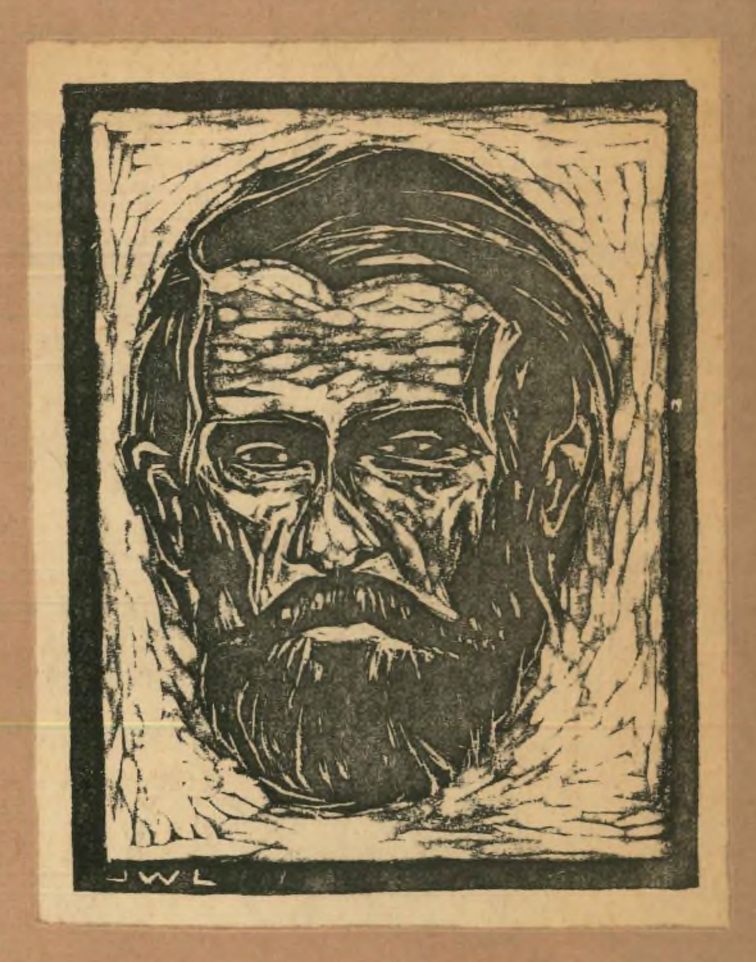
WASHINGTON LOCKHART





MAXIMO PEREZ

EL CAUDILLO DE SORIANO

mercedes 1962

MAXIMO PEREZ

EL CAUDILLO DE SORIANO

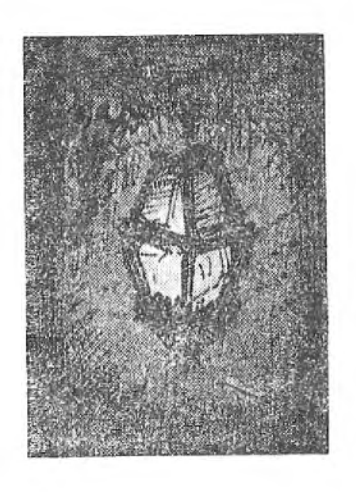
WASHINGTON LOCKHART

MAXIMO PEREZ

EL CAUDILLO DE SORIANO



EDICIONES REVISTA HISTORICA DE SORIANO



CUATROCIENTAS páginas parecen demasiado para dedicarlas a una figura secundaria de nuestra historia. Creemos, sin embargo, que con este trabajo estamos satisfaciendo una real necesidad, pues es en figuras como la del caudillo de Soriano, síntesis y expresión cabal de una región y de una época, en donde pueden rastrearse muchas de las más significativas determinaciones de nuestro proceso nacional.

Una época, en efecto, sólo puede conocerse en su viva vigencia, a través de algunos personajes que la encarnen; y no podemos entonces reducirnos a una rápida mención de los hechos cumplidos por tales personajes, sino abocarnos a una reconstrucción tan amplia y coherente de sus vidas como sea necesario para compenetrarnos de su sentido peculiar y de su carácter representativo. De ahí la minuciosidad con que he acumulado referencias al parecer intrascendentes. En parte, debido a la circunstancia eventual de ser éste un trabajo realizado con vistas a un concurso; pero, fundamentalmente, animado por el propósito de abrir vías inéditas, no sólo con relación al personaje en cuestión, sino también con la época en que actuara. Así, algunos abundamientos, como los que se refieren a campañas militares, concurren a ese objeto, por considerar, además, que en esas campañas se patentiza un juego de fuerzas que la historiografía actual, absorta hasta el exceso en los motivos económicos, tiende a desestimar en su más innegable dimensión.

No sé si, como un resultado casi inevitable de mi afán de convivir simpáticamente con el personaje, he llegado a imponerle al relato de su vida un sesgo interpretativo demasiado definido. Fue a conciencia, eso sí —y hasta me atrevo a invocarlo para mi descargo—, que no quise sujetarme en esos casos a falsos pruritos de objetividad, pensando, con Goethe, que aquello que se describe sin amor no vale la pena que sea referido. La intuición recreadora del pasado necesita en efecto realzar la irrenunciable fidelidad al documento con un fervor que, sin atenuarlo o desvirtuarlo en ningún punto, le procure un sentido más íntimo y humano. Puedo afirmar que al escribir esta obra no he escatimado esfuerzos a fin de satisfacer esa doble exigencia. Por un lado, reproduciendo o utilizando toda la documentación, sin exclusiones ni desfiguraciones, que pude abarcar en seis largos años de investigación. Y, por otra parte, impregnándolos con esa compenetración afectiva que, como lo señalara Simmel, constituye el aglutinante necesario y decisivo de toda reconstrucción histórica valedera.

Otro sería el desarrollo que impondría hoy a esta obra si debiera volver a redactarla: una ordenación más estricta, una subordinación más explícita de algunas referencias, un sentido más

coherente, más atenido a lo que importa, menos difuso y complaciente con las curiosidades lugareñas. Pero, aún y tal como aparece, este trabajo no dejará de constituir —y creo tener por qué esperarlo— un aporte aprovechable en más de un sentido, al menos como información y ordenación cronológica de un acervo hasta ayer disperso y de acceso y laboreo lleno de dificultades. Es a ese esfuerzo al que me remito —aún aceptando su desproporción con los resultados— a ese afán de resucitar a un personaje y a una época casi sepultos ya bajo aluviones de olvido y de incomprensión, cuando no bajo un gusto desaprensivo por las ocurrencias meramente pintorescas. Esta última observación no significa que haya yo desestimado el aporte invalorable del testimonio oral. Al contrario, manejado con la necesaria prudencia, tal testimonio me ha permitido en más de un caso exhumar una auténtica expresión de vida bajo la mesura e hipocresía del documento. Pude así, en tales casos, consustanciarme con el hombre y con su circunstancia verdadera, con ese hombre que si pudo ser a veces deformado por fantasías inverificables, nos ha servido aún entonces para descubrirnos una predisposición efectiva general, al procurarnos una ocasión para que se evidenciaran por su intermedio apetencias e inclinaciones latentes en su tiempo. Y es de ese modo, precisamente, que la presencia legendaria de nuestro personaje nos hubo de resultar en todo caso más reveladora que la de ese hipotético hombre de carne y hueso de cuyo paso por el mundo no quedan otras huellas más veraces a las que recurrir. Como dijera Unamuno a propósito del personaje de las "Crónicas de Muniz", nuestro héroe "tuvo que ser así", más verdadero tal vez de lo que fue en su vida verdadera. Y quiso nuestra suerte que el Máximo Pérez más verificable coincidiera casi milagrosamente con la figura que le atribuyera la fantasía popular.

—oOo—

Larga es la lista de quienes, en grados y modos muy diversos, colaboraron en mi empresa. Agotados, o poco menos, las fuentes documentales disponibles, tales personas nos suministraron informaciones, datos y opiniones que nos fueron muchas veces de imponderable utilidad. No vamos aquí a mencionarlos, pues incurriría de seguro en lamentables omisiones. Bástenme recordar al Dr. Zoilo Chelle, y al Concejo Deptal. de Soriano por su intervención y apoyo en la publicación de esta obra, y quede impresa también una mención emocionada de algunos amistosos informantes hoy desaparecidos: Carlos Olivieri, Emilio Maglia, Salvador Fuentes y Pedro Rosales, todos ellos unidos en la admiración que les mereciera nuestro personaje.

CAPITULO III

El medio

Los primeros pobladores — La estancia — El gaucho — El cabecilla Encarnación — Antepasados de Máximo Pérez. — El legado de Fleitas — Máximo, gaucho alzado

Establecida desde 1708 en la costa sur del Río Negro, y concedido en 1714 el permiso de Buenos Aires para explotar nuestra riqueza pecuaria, Santo Domingo Soriano se constituyó desde entonces en una base y un amparo normal que respaldaba aquellas primitivas vaquerías. Aquellos arriesgados incursores no se apartaron en un principio muchas leguas de la villa chaná defendiendo a duras penas, contra indios y gauderios, un derecho adquirido al precio exclusivo de su audacia. Los primeros en establecerse al este del Bequeló fueron Tomás Bott y Francisco San Ginés, el primero de los cuales, no logrando sobreponerse a tantas asechanzas, terminó por permutar su posesión por otra menos amenazada que le ofreciera el Exmo D. Pedro Zeballos; en cuanto a San Ginés —cuyo nombre subsistió en el rincón formado por los ríos Negro y Bequeló— abrumado por las correrías indígenas que empezaran a arreciar desde 1730, optó finalmente por abandonar también la suya. Corridos luego los indios por las milicias sorianenses, vino a establecerse allí Julián Gregorio de Espinosa, quien ocupó las vastas regiones que van hasta el arroyo Grande, no sin tener que sostener un largo y costoso pleito con el Cabildo de Soriano, el que alegaba haber conquistado aquellas tierras "con su sangre, contra la osadía de los pueblos infieles"[1].

1 Archivo General de la Nación, Montevideo.

La constante inseguridad que debía sobrellevarse en medio de un casi total desamparo, exigía de los primitivos pobladores de estos lugares virtudes inusuales. Ganarse la vida suponía en efecto aceptar el riesgo de perderla a cada paso. Y esa situación habría de perdurar durante largo tiempo, por motivos que irán renovándose con las condiciones imperantes. La situación limítrofe y en cierto modo angular del departamento, lo mantuvo prácticamente hasta la segunda mitad del siglo XIX —hasta Latorre, para ser más precisos— expuesto a toda clase de alarmas y perturbaciones. Demás está decir que sus habitantes, educados en tan inclemente situación, no dejaron de colaborar más de una vez en ese desasosiego casi permanente en que se vivía. Así fue que se fundó Mercedes, como un episodio incluído dentro de ese agitado proceso. El presbítero Castro y Careaga asesorado para ello por el Comandante Militar Francisco Albín, buscó darle a aquellas inhóspitas regiones un centro mejor situado, que sirviera de más eficaz garantía para sus dispersos habitantes. Ocurrencia no bien recibida por los pobladores de Santo Domingo, quienes con sus regidores al frente, —regidores que, en gran parte, eran también tenderos y pulperos— defendieron con uñas y dientes una hegemonía tanto tiempo disfrutada y que ahora resultaba amenazada por la nueva población.

Aquellas trece estancias escasas que se registraban en 1738 al este del Uruguay, cercanas todas a las bocas del San Salvador, fueron creciendo dentro de un proceso que culminó a fines del siglo. En 1800, en efecto, según lo expresara el Comandante de Melo D. Joaquín de Soria, no quedaban ya campos para repartir al sur del Río Negro, donde, sumando las correspondientes a las jurisdicciones de Soriano, Montevideo y Maldonado, las estancias totalizaban ya 450. "Los pretendientes —observaba Manuel Cipriano de Melo en 1790— elegían los parajes en que los ríos hacían triángulos que llaman rinconadas", ángulos que facilitaban el apresamiento del ganado cimarrón. Esas tierras, más que con dinero solían conseguirse con el coraje de sus ocupantes. "En este pueblo, por fallecimiento de cualquier individuo —se dice en un viejo escrito del Cabildo de Soriano—, siempre que sus bienes se hagan Almoneda, todo el que remata Ranchos, cercos, corrales y ganados,

es dueño de su posesión, pues las tierras no se venden por que las poseemos por Real Merced". La tierra era así un don que se hacía a quien se atrevía a poblarla y trabajarla. Tal situación, como puede suponerse, desarrollaba en los pobladores una orgullosa sensación de libertad. Desgraciadamente, la ley, años después, no habría de ser ya tan sencilla y natural, y cada convulsión de nuestra campaña revolucionada, entremezclando derechos de diversas fuentes, habría de aparejar una enconada secuela de reclamaciones y de pleitos.

La estancia tendía así a convertirse en un poder autárquico, autosuficiente. La ley debía detenerse virtualmente ante sus dominios, con lo que propiciaba el surgimiento de caracteres recios, aguerridos contra todos los riesgos, hombres elementales, no sofisticados por la interposición de complicaciones legales, ni ablandados por esa debilidad del sentimiento de responsabilidad que suele producir el simple hecho de sentirse amparado por la ley escrita.

Aquella tierra de nadie y de todos fue así para sus pobladores un ambiente donde pudo ejercitarse una libertad prácticamente ilimitada. La enorme riqueza pecuaria eliminaba todo problema de subsistencia. Apenas si tenía que recurrirse a la agricultura, para la cual, por lo demás, faltaban los brazos necesarios. La vagancia era así una tentación continua; más que un expediente era casi la única forma viable de vivir. De ese modo debió nacer entonces el gaucho, personaje singular cuyo equivalente sería difícil buscar en otras tierras, producto de una gran despoblación en un medio ricamente dotado y sin dueño político a la vista. En un documento de 1790 aparece ya la palabra legendaria en nuestro departamento. Un testigo de un hecho criminal declara que le consta que "en todos los días Domingos y fiestas es un Escándalo la Gente Gaucha y Malévula que allí (en una pulpería de la Capilla Nueva) se Junta, que sólo de Providencia del altísimo puede sostener que no haya aberías de Muertes tan a menudo, que de Puñaladas, raro es el día de fiesta que no hayga"[2]

Aquellos elementos inasimilados, vistos desde el ángulo de una incipiente burguesía, sólo podían considerarse, claro está, como factores de desorden e inestabilidad.

2 Archivo del Juzgado de Mercedes, legajo 1790, archivado 6, f. 6.

Pero su crimen no era otro en realidad, que el cometido por los indios: reaccionar contra un despojo injustificable contra un relegamiento social al que no había otro modo de paliar. España había restringido hasta tal punto el establecimiento de industrias que pudieran hacerle competencia a la metrópolis, que pese a su escasísima población la campaña padecía una desocupación permanente. Al antiguo gauderio no le quedaba así otro recurso que arrimarse a las cédulas sociales ya establecidas. De nada hubiera valido querer crear riquezas cuya exportación no era posible; no se permitía plantar ni siquiera un humilde pie de parra. El consumo interno era insignificante, y el gaucho, desvalorizado hasta tales extremo su trabajo, estaba virtualmente obligado a hacerse vago y salteador. Nada les costaba a los jóvenes emanciparse de sus padres y ponerse a vivir de las volteadas de ganados sueltos. Sobraban vacas para comer, potros para montar y toros para descornar y descuerar. Su vida era así de simpleza elemental: una choza, poco más que una enramada, cerca de algún arroyo, y alguna china sumisa, casi siempre robada. Pronto siempre a pelear, señor del espacio sobre su ágil potro, el hábito continuo del miedo acostumbró a ese gaucho a ser valiente. De tanto enfrentar peligros (fieras, malevos o guardias españolas), tuvo que volverse forzosamente valeroso, sobrio y cauto, astuto y resistente, rastreador y baqueano insuperable. En épocas de trabajo se arrimaba a las estancias, en donde le pagaban de dos a tres reales por cada cuero que cortaba, desollaba, estaqueaba y apilaba. Si la necesidad lo convertía a veces en ladrón de ganados y de mujeres, no hacía entonces sino seguir la tradición impuesta por indios, españoles (estos primero) y portugueses. En cuanto a su crueldad, era uno de los aspectos inevitables de su adaptación al medio. Sus labores, en efecto, eran todas igualmente rudas. Tropero, peón, domador, debía hacer valer constantemente su fuerza física, extremar su violencia, soportar rigores, comprometer su vida misma, enlazar novillos bravos en los rodeos, pialar potros cerriles, cortar las disparadas de los vacunos, hachar leña o cortar paja en montes o bañados plagados de víboras. Consciente de su fuerza, familiarizado con el peligro, llegará a menospreciar su vida tanto como la vi-

da de los demás. La marcación a fuego lento de los animales, el deguello de las ovejas, le irán endureciendo el corazón. El facón aparece entonces en sus manos como una prolongación natural de sus recursos, sin que el peligro de muerte, a dar o a recibir, pasara de ser un excitante más, en el cual retemplaba un ánimo fogueado en sus continuos enfrentamientos con una realidad implacable. La falta de alicientes y de ocasiones de trabajar no le dejaban al gaucho otra disyuntiva. Era así un producto inmediato de su ambiente· Sobre todo el gaucho oriental, quien, como lo estableciera el francés Alfred Evelot, estaba "dotado de un temperamento más seco, de músculos más duros, de pasiones más vivas· de arranques más bruscos, que lo que se nota río por medio".

Frente a ese gaucho díscolo y libérrimo, con quien naturalmente alternará y se entenderá el paisano o peón allegado a las estancias, se alzaba la ciudad, sede de quienes otorgaban o gestionaban privilegios, con toda la gama de inmoralidades consiguientes a tal comercio. Cabe aclarar que Soriano, residencia estable o eventual de ganaderos, comerciantes y militares, participaba más de la sensibilidad campesina que de aquella casia absorbente de las capitales. Y tenía que ser forzosamente así, pues si bien en 1789 no había ya en Soriano "indios netos",[3] sus habitantes descendían casi todos de indios, con quienes se mezclaban aquellos "negros bozales (de Angola), de Benguela y de Mozambique", importados en gran número en 1772 y 1780. Como decía un personaje de la época, predominaba en Soriano gran "mistura"[4].

En tanto en Montevideo y Buenos Aires· "recintos amurallados contra la naturaleza· en todas sus formas — escribe Uslar Pietri[5]—, florecía la jerarquía, la lógica, la etiqueta, el cielo y el infierno", la naturaleza quedaba para el gaucho proscripto de un mundo prolijamente adiestrado en su egoísmo. Pero ese gaucho conservaba la altivez, el idealismo heroico del español, junto con el amor a la libertad del indígena. Con su facón español de dos

3 Marino C. Berro, Memorias inéditas propiedad de la señora Aurora Berro de Spagna.
4 Marino C. Berro, en "El Heraldo de Soriano", agosto 30 de 1811, Mercedes
5 Arturo Usler Pietri "Letras y hombres de Venezuela".

filos terciado en la cintura, debía "andar fugitivo de la justicia juntando cavallos y cueros para sostenerse"[6]. Gauchos e indios, según consta en varios documentos del viejo Cabildo de Soriano, "juntaban su gente para venir a robarle a los castellanos" aferrados a sus privilegios. Todo su drama de desclasados se resume en el grito lleno de desesperación que el changador Aquino lanzó, acosado dentro de la Iglesia de Soriano: "Ni Dios me saca de aquí"[7] El miedo —como lo expresa Martínez Estrada en su "Radiografía de la Pampa"— era el protagonista máximo. En aquella campaña azotada por amenazas ubicuas, todo tenía el aspecto del espanto, desde la reja de la pulpería hasta la actitud desconfiada del gaucho. De ese caos irá surgiendo una vida azarosa en la que todo podía forzarse y en donde la astucia tomaba tanta parte como la resolución. Aquellos nómades de guitarra y facón habían visto de qué modo los "dueños" de la tierra habían formado su peculio arrinconando ganado alzado; y se dio a matrerear como única vía abierta a su virilidad inempleada, ignorante de una moral que no veía aplicar sino a quienes les convenía. El robo era considerado así como un derecho, como una reconquista de lo que otros habían robado antes. Changadores acostumbrados a una vida desatada, pronto comprendieron la ventaja de agruparse para asegurar la impunidad de sus empresas. Esas agrupaciones de "malhechores" caracterizaron desde entonces, como síntoma de un problema social mal resuelto, al departamento de Soriano. Indios y gauchos satisfacían sus defraudados instintos de sociabilidad en esos núcleos volantes, rudas hermandades cuya solidaridad propiciaban la ausencia de vallas y alambradas, tanto como la impotencia de sus perseguidores. Y dentro de esas agrupaciones espontáneas tenían que surgir naturalmente personalidades que encarnaran sus más peculiares cualidades. Varios nombres legendarios, como el del célebre Chuanora, conquistaron entonces un prestigio de mágico ascendiente. Aquellas masas reacias a toda organización regular, segregaban de si, con la naturalidad de un organismo, el jefe que resumía y orientaba sus voluntades. Por 1811 apareció así

6 Archivo del Juzgado de Mercedes, legajo 1796, archivado 5.
7 Archivo del Juzgado de Mercedes, legajo 1784, archivado 3.

en Soriano "un cabecilla de peores disposiciones que Culta y completamente indócil al buen consejo. Llamábase Encarnación y era mulato; había sido peón de estancia, matrero y hombre temido por sus fechorías. Al considerarse impune por el abandono en que estaba el país, salía de sus guaridas habituales con una partida de gente de su calaña y empezó a infundir el terror doquiera que pasaba. Se titulaba "Protector de siete pueblos" aludiendo a los infortunados vecindarios donde ejercía su terrible influencia[8]. Encarnación llegó a engrosar fuertemente su partida, interceptando las comunicaciones de los españoles, matándole chasques y correos. Su fama, extendida por todo el país, le granjeó la admiración de los facinerosos, que se le juntaban con gusto, encantados de tener un jefe que los superase"[9]. El Cabildo de Montevideo dirigió a fines de 1815 un oficio a Artigas en el que le advertía que "Encarnación, al frente de un tropel de hombres perseguidos por sus desórdenes, o por vagos, o por sus crímenes, atraviesa los campos, destroza la hacienda, desola las poblaciones, aterra al vecino y distribuye ganados y tierras a su arbitrio. El ha esparcido ya cinco partidas que recorren todos los puntos para que no haya uno que deje de participar y sentir los horrores de la desolación y la violencia". Llamado por Artigas a Purificación, se defendió el caudillo sorianense: "Mi partida no pasa de doce hombres, luego no pueden atribuirle tantos desmanes; los culpables son los gauchos vagabundos que actúan de por sí". Luego de recriminarlo, Artigas lo dejó ir, no sin antes recomendarle que siguiera cumpliendo "el cometido que le había confiado"[10], comunicándole de inmediato al Cabildo montevideano: "Si V. S. lo oyese, y oyese los informes de otros a quienes he interrogado, tal vez modificaría su juicio. Sin embargo lo he reconvenido y ordenado que se abstenga de volver a esos parajes para evitar nuevos reclamos". Conocedor del terreno que pisaba, Artigas supo ser condescendiente con aquel rudo distribui-

8 Apuntes de la biografía dél general Bauzá recolectados por Melchor Pacheco y Obes.

9 Francisco Bauzá, "Historia de la dominación española en el Uruguay", tomo I, pág. 108, Montevideo, 1929.

10 Setembrino E. Pereda "Artigas", tomo IV, pág. 525, Montevideo, 1930.

dor de tierras que no hacía sino cumplir, muy a su manera, el propósito del precursor de proteger en primer término a los más desposeídos de los orientales. Según el Coronel Ramón de Cáceres, que lo conoció en Paysandú, Encarnación Benítez "era un pardo muy grueso, cuya figura imponía respeto, o terror —usaba bota de medio pie, y estribaba con los dedos sobre el estribo"; "a pesar de que yo era un Oficial de Artigas —agrega— le tube miedo"[11].

Los antepasados de Máximo Pérez se contaban entre los más antiguos pobladores de la jurisdicción de Soriano. Su abuelo materno, Miguel Siniestro, era un alférez de caballería española que en el año 1749, punteara en la empresa colonizadora de Santo Domingo[12], estableciendo poblaciones en la extensa rinconada comprendida entre el Bequeló, el Coquimbo, la cañada del Pantanoso, y la Cuchilla Grande por el sur[13]. Su nombre aparece a menudo en los archivos del Cabildo de Soriano como fuerte vendedor de cueros (en 1779) y como asiduo comprador en las pulperías regenteadas en Soriano por Manuel Gallegos (en 1783) y por Juan Pereira (en 1785), trasunto de una situación económica relativamente holgada[14]. Al morir, en 1789, campo y haciendas se repartieron entre su viuda y sus hijos: José Mariano, Luis, Vicente, María Inocencia, María Mercedes, María del Rosario y Antonio. El inventario de sus pertenecientes comprende, entre otras cosas, 448 yeguarizos, 37 potros de doma, 40 caballos, 340 vacunos, 20 ovejas, una casa nueva con un cerco de 774 postes de ñandubay, cabezadas con piezas de plata, charreteras, frenos, copas y espuelas, todo de plata, etc.[15].

En 1779 Miguel Siniestro se vio complicado en un ruidoso pleito promovido por el corregidor Lorenzo García, quien, en carta al Virrey, trató de "ladrones" a todos los cabildantes de Soriano (Juan Núñez, Juan Rodríguez,

11 "Escritos históricos del coronel Ramón de Cáceres", en la "Revista Histórica", Nos. 85-57, pág. 397, Montevideo, julio de 1959.
12 Archivo del Juzgado de Mercedes, legajo 1779, archivado 3.
13 "El Progreso", febrero 29 de 1880, Mercedes.
14 Archivo del Juzgado de Mercedes legajo 1779 y 1783, menciones de Manuel Gallegos y José Pereira.
15 Archivo del Juzgado de Mercedes, legajo 1789, sucesión Miguel Siniestro, folio 4.

Manuel Gallegos, Andrés Palacios y Manuel Plaza) del año anterior. Estos, a su vez reclamaron y obtuvieron una investigación acerca de unos cueros que Lorenzo García había traído desde el arroyo Laureles (al norte del Río Negro) y enviado luego a vender a Montevideo. Se había organizado al efecto una tropa que en 1778 hizo dos viajes a Montevideo. Componían dicha tropa veinticuatro carretas conteniendo más de dos mil cueros. Miguel Siniestro fue designado capataz de dicha tropa, compuesta, entre baqueanos, laderos, picadores (entre estos, varios ndios tapes) y boyeros, por cerca de veinte personas. Parte de los cueros fueron cargados en la propia estancia de Siniestro, en costa del Coquimbo[16].

Vicente Pérez, padre de Máximo, había nacido en 1782 en Buenos Aires, y había venido a esta Banda, siendo casi un niño, en compañía de su primo Miguel Pérez de Velazco. Sus primeras actividades se desarrollaron en el Partido de Víboras, cerca de la playa de la Graseada, lugar donde en esos años se realizaba una intensa explotación de cueros y grasas con destino a Buenos Aires. Posteriormente los Pérez pasaron a poblar la rinconada entre el Coquimbo y el Bequeló, linderos de los Siniestros[17] así como de Domingo Belgrano Pérez (cuya estancia consta que estaba situada "al otro lado del Bequeló, a once leguas de Soriano)"[18], hermano del prócer argentino Manuel Belgrano. La casa de Belgrano Pérez, con su casa de cuatro habitaciones, disponía de cinco carretas y era administrada por Miguel Piñeiro. Una pulpería, propiedad de los Pérez, situada en esos mismos parajes, fue embargada en 1790, pasando entonces a poder de Julián Vicente Espinosa, gran señor del pago. Miguel Pérez de Velazco casó con María Inocencia Siniestro, y algún tiempo después, cuando contaba apenas dieciséis años de edad, Vicente Pérez se casaba con otra hija de Miguel Siniestro, María del Rosario, la que contaba sólo catorce años. Entresacamos de dicha partida: "En 22 de Maio de 1798, habiéndose hecho, en tres días festivos que fueron el 15 17 y 20 del mismo mes de Maio [...] las tres conciliares Moniciones [...]

16 Archivo del Museo Histórico Nacional, tomo III, Montevideo.
17 Datos extraídos de distintas menciones halladas en el archivo del Juzgado de Mercedes.
18 Archivo del Juzgado de Mercedes, legajo 1788.

Yo Fray Franco Millan, Teniente de Cura con licencia del Cura Vicario el Doctor D. Juan José Andrade", est., etc., oficiaron de testigos Andrés Ricardo y Carlos Gutiérrez[19]. Según consta en dicha partida, Vicente Pérez era hijo de Pedro Pérez y Gregoria Nieto, en tanto María del Rosario Siniestro lo era de Miguel Siniestro y Olegaria Machuca. Olegaria Machuca era hija de uno de los primeros pobladores de la costa del arroyo Vera, a unas quince leguas de Soriano, en una región casi desierta entonces. A uno de los pasos del Vera le quedó el nombre de Juan Machuca, cuya tapera subsistió largo tiempo en sus proximidades. El 16 de abril de 1800 moría Miguel Pérez de Velazco, "porteño, casado con Inocencia Siniestro, de edad de cuarenta años"; dejó seis hjos: Nazario, Martín, Marta, Justa, Juana y María. Dejó como herederos a su esposa a su hijo Nazario, y "en tercer lugar a Vicente Pérez, mi primo";[20] figura como testigo Mariano Chaves, quien años después sería juez en Mercedes y oculto instigador de las primeras intentonas revolucionarias.

El matrimonio Vicente Pérez - María del Rosario Siniestro tuvo abundante descendencia. Pudimos comprobar la existencia de diez hijos, número que puede haber sido mayor, teniendo en cuenta la larga laguna (desde 1811 a 1823) que debe lamentarse en el Registro de Bautismo de la Parroquia de Mercedes. Fueron ellos: Juliana (22 de setiembre de 1799), María Manuela de la Concepción (1º de enero de 1801), María Victoria (23 de diciembre de 1803), Manuel (1º de enero de 1805), María Lboria (22 de julio de 1806), Saturnina (1º de febrero de 1809), Juana Andrea (29 de agosto de 1810), María Andrea (10 de noviembre de 1811), Escolástica (¿?) y Máximo. Inocencia Siniestro casó en segundas nupcias con Ignacio Yañez, apadrinando ambos el nacimiento de Manuel Pérez. A María Andrea la apadrinó Dionisio Viera, de larga y destacada descendencia en el departamento. Fueron también padrinos en diversas ocasiones José M. Carranza, Andrés Ricardo, Manuel Giménez, Joaquín Aramburu y Andrés Peña[21]. El éxodo de 1811 encontró a los padres de Máximo rodeados de una vasta prole, no

19 Archivo de la Parroquia, libro primero de casamiento folio 11.
20 Archivo del Juzgado de Mercedes, legajo 1800, sucesión Miguel Pérez, folio 37.
21 Archivo de la Parroquia de Mercedes, en distintos libros.

figurando en las listas de emigrantes conocidas; probablemente prefirió refugiarse en Mercedes, en donde tenía casa. En 1827 figura su nombre como residente en la segunda sección, entre los 36 votantes que ungieron a José Martos como Juez Comisionado, en un total de 41 votos.[22]. En el 29 aparece votando a Jaime Camp y Sangle, saliendo electo por el partido de Coquimbo Bartolomé Fleitas, dueño de la extensa rinconada formada por el Bequeló y el Cabelludo y limitada por la cuchilla en que éste nace En 1826, Vicente Pérez salía electo Juez del partido de Bequeló, Coquimbo y Sarandí.

Bartolomé Fleitas, correntino, hijo de Pedro Fleitas y Rosa Ojeda, correntinos también, había denunciado 5900 hectáreas junto a los campos de los Siniestros, "según un plano fechado en 1832 existente en el Archivo de esta Oficina (sección topografía) y suscrito por el agrimensor Joaquín Teodoro Egaña"[23]. Debe haber poblado dichos lugares alrededor de 1800, pues ya en 1804 aparece trenzado en un pleito con José Santos Montero quien pretendía cobrarle 96 vacas que éste le había cedido a la mujer de Fleitas. Según declaró luego Fleitas, "queriendo hablar yo por mi mujer, como parece regular, el dicho Montero no me dejaba articular palabra, y por último, diciéndome que no era modo para hablar con él estarme sentado, levantando el bastón, me pegó un golpe en la cabeza y me la rompió. Pero no lo mató por suerte para Máximo Pérez, como ya veremos. Un episodio de comicidad molieresca: Montero no lo dejaba hablar, y después le rompió la cabeza porque no hablaba.[24].

El 5 de setiembre de 1834 Bartolomé Fleitas redactaba su testamento: "En mérito de los muchos servicios a que le está reconocido a Doña María del Rosario Siniestro (vecina también de este partido) ha dispuesto ceder y dona a la expresada Sra. a saver: Una parte del campo de la propiedad del donante conocidos con el nombre de su chacra entre los arroyos Bequeló y Cavelludo con todas sus entradas (aquí dos palabras ilegibles) para que pueda disponer a su antojo, y como mejor le pareciese: Lindando

22 Archivo del Juzgado de Mercedes, degajo 1827
23 Archivo del Juzgado de Mercedes, legajo 1868, archivado 50
24 Archivo del Juzgado de Mercedes legajo 1804.

por el sur con campos del mismo Fleytas, cañada divisoria la que se conoce del manantial que pertenece a la población de la chacra, por el norte con campos del finado D. Juan Cazales y el expresado Fleitas arroyo divisorio el nominado Cavelludo, y por el oeste con campos de los Siniestros arroyo divisorio el de Bequeló. Cuya donación dijo sea con la precisa e indispensable cláusula que, por fin y muerte de la referida Da. Rosario sólo podrá heredar dicho campo y en caso de enagenamto. su producto, y adelantarse su hijo legítimo Máximo Pérez", etc., etc. Esa extraña condición indujo a atribuirle a Fleitas la paternidad del hijo de su vecina. Preferimos suponer que Máximo, muchacho entonces de nueve a doce años, había logrado conquistar la simpatía de Fleitas con su natural vivacidad y su precoz denuedo.

Dicho testamento apareció sin firmas, lo que un testigo atribuyó a "haverse distraído todos con la diversión de carreras que en la misma casa de Fleitas huvo ese día, retirándose del mismo camino de las carreras sin acordarse de firmar". Todos los testigos, sin embargo, ratificaron la autenticidad del documento mediante otro firmado por Fleitas en 1850, "estando en cama gravemente enfermo".

Fue éste el único bien, aparte de la propiedad que luego se le regalara en Mercedes, de que dispuso Máximo Pérez.

El nacimiento de Máximo Pérez, según el "Dicionario de Biografías" de Fernández Saldaña, se había producido el 19 de marzo de 1825, dato cuyo origen desconocemos, e imposible de confirmar en ningún registro de bautismo. Dato que parece más verosímil es el que emana de su partida de defunción de 1882, según la cual habría nacido en 1822.[25] Aunque ignoramos todo detalle de la infancia de Máximo Pérez, resulta fácil suponer el influjo poderoso que tienen que haber ejercido en su formación las azarosas vicisitudes que azotaron en esos años el departamento y, en particular, el distrito en que naciera: Lavalleja cruzando en 1825 cerca de su casa paterna; meses después, Rivera acosando Mercedes. Desorden y anarquía que culminan en febrero de 1827, el mes de Ituzaingó, cuando un nutrido contingente de "cuarenta fascinerosos", desertores

25 Archivo de la Parroquia de Mercedes, libro de defunciones.

"malévolos y perjudiciales" mandados por un tal Plaza, campaba por sus respetos, tomando como base de operaciones el rincón de Vera, debiendo adoptar los vecinos de Mercedes "enérgicas medidas" para rechazar el ataque al pueblo. El juez de Bequeló comunicaba en octubre de 1827: "Este partido está inundado de ladrones; yo no soy más que un frío espectador de estas iniquidades por falta de auxilio de la Policía". Situación caótica, agravada por la requisa de todos los hombres útiles, sin excepción, de los 16 a los 60 años, disputas y robos incontrolables, conflictos entre los jueces de Soriano y Mercedes y de estos con las autoridades militares y los jueces comisionados, partidas de "vagos y desertores" que "asaltaban casas, robaban y violaban mujeres" entre las "fuertes quejas de los vecinos" (mayo 22 de 1828), desmanes peores cometidos por las partidas enviadas a controlarlas, las Casas de Postas convertidas en refugio y "tapaderos de malvados", Fructuoso y Bernabé Rivera apareciéndose de sopetón (febrero 25 de 1828) exigiendo armamento y caballada, excesos cometidos por los emigrados argentinos y represión severa ordenada por Lavalleja (febrero 12 de 1828), asedio de Soriano por una flotilla de balleneras argentinas y alarma consiguiente, ineficaz indulto a los desertores (agosto 12 de 1828), al que siguieron desmanes de "gavillas armadas" (julio 4 de 1829),[26], enérgico cuanto inoperante decreto de Rondeau de esa misma fecha contra "la multitud de hombres errantes"[27] que inficionaban la campaña, así como contra los mercachifles "fomentadores de ladrones", internación en Coquimbo, a una legua de la casa de Pérez, de los presos de Martín García que se habían sublevado (abril 7 de 1829), irrupción en Soriano del Almirante Coe y apresamiento de la nave oriental "Martín Chico" (diciembre 15 de 1830), disolución de la reunión efectuada en Soriano por el coronel argentino Patricio Maciel (mayo de 1831). Y, ya en 1832, la rebelión de Lavalleja contra el gobierno constituido.

Fue en esos años tremendamente agitados que trans-

26 Archivo del Juzgado de Mercedes, en distintos legajos.
27 Eduardo Acevedo. "Anales Históricos del Uruguay", tomo I pág. 533, Montevideo, 1933.

currió la niñez de Máximo. La única escuela del departamento, digámoslo de paso, se debatía entre miserias, borracheras de su preceptor Ortiz y un ausentismo casi total del alumnado. El analfabetismo era así un estado casi normal, sin contar con que lo que urgía no era tanto leer, sino sobrevivir como cada cual pudiera.

Los años siguientes abundaron en sucesos igualmente perturbadores. Durante la primer presidencia de Rivera, fueron las insurrecciones de Lavalleja, con su secuela de confiscaciones, pleitos y legalizaciones que determinó Rivera a favor de muchos flamantes e inesperados propietarios. En 1833, el clima de violencia en que se vivía culminó con las amenazas de exterminio general con que el Gobierno enfrentó la rebelión. El 24 de abril de 1834, Mercedes pasó momentos de alarma ante la "proximidad de los anarquistas", lo que puso al vecindario en pie de guerra. Ungido Oribe Presidente, le tocó a Rivera rebelarse. Y fue precisamente junto al Bequeló, cerca de las casas de Vicente Pérez, donde Gregorio Salado reunió en julio de 1836 "un considerable contingente de revolucionarios. Y fue en ese año también cuando Rivera se apareció frente a Mercedes portando por primera vez la divisa colorada. Y es fácil imaginar de qué modo aquellos enfrentamientos de Rivera y Lavalleja encenderían los ánimos de los paisanos, en aquellos escasos siete mil habitantes desperdigados en el departamento en una campaña donde la ley metropolitana resultaba prácticamente inaplicable, casi ininteligible, y donde no imperaba otra ley que la voluntad de los caudillos.

Derrotado en el 36, Rivera volvió al año siguiente a levantar el pendón y a conmover la campaña con sus osadas travesías, hasta que el 15 de junio de 1838 vence a Ignacio Oribe en el paso del Palmar, pocas leguas al norte de la estancia de Pérez. La infancia y la adolescencia de Máximo debían transcurrir así en un clima de guerra y desasosiegos casi continuos. En las escasas treguas, serán las faenas camperas las que le permitirán desarrollar sus predisposiciones. Aprendizaje de una vida ruda, en la que se fue templando su ánimo viril y rebelde. Desbravando potros cerriles, aterrando toros bravos, adiestrándose en las tareas elementales de los gauchos. Familiarizándose con la muerte, percance siempre inminente, muer-

te que mañana sabrá arrostrar sin ascos, en la carga bélica o en el duelo singular, y que también llegará, por lo tanto, en algún caso extremo, a imponer como castigo a quien no hubiera sabido hacerse digno de su vida. Exacerbada su conciencia personal en esa lucha constante y casi solitaria con la naturaleza, el paisano veía en el hombre de la ciudad un ser incompleto y despreciable. No podía tomar conciencia, por otra parte, de sus propias imperfecciones; ¿qué utilidad podrían en efecto prestarle las letras en la persecución y arreo de manadas cimarronas, o para la doma, a lonjazo limpio y rigor de nazarenas, del bagual chúcaro?, ¿qué mejor modo de ampliar su yo que el pingo que prolongaba su vigor y lo ayudaba a satisfacer su señorío en aquellos espacios irrestrictos? Independiente, individualista, sin trabas que le cerraran el paso, lejos de un Montevideo agazapado detrás de sus murallas, el gaucho no acataba otra autoridad que la de quien acreditaba sus derechos con sus hechos. El caudillo, señor por derecho de conquista, era el más fuerte y el más diestro en varias leguas a la redonda, conductor de cuerpos y de almas y ejecutor de sus propias leyes. Flor de genuina democracia, era el "primus inter pares" de la tribu. El hombre de la ciudad no podía comprender la varonil soberbia de una vida que llamaba bárbara, y pretendía por consiguiente amoldarla a deberes y derechos que no se avenían con esa condición noblemente chúcara. Pero el gaucho tenía demasiada personalidad para poder someterse a leyes creadas para más restringidas convivencias. Era demasiado hombre para quedarse en ciudadano.

De las primeras andanzas de Máximo nos han llegade noticias muy escasas y sucintas. Sólo a partir de 1863 es posible recurrir a una documentación profusa. Antes de esa fecha, siendo como era una figura oscura y secundaria, su actividad no ha quedado registrada sino muy fragmentariamente. De ahí que pasemos con cierta rapidez por los acontecimientos que se produjeron por entonces.

El primer episodio conocido de su vida de gaucho alzado se remonta a 1839, cuando los rosistas de Echague venían acercándose desde Salto, hostilizados por partidas que no se atrevían a entablar combate franco. Una de éstas,

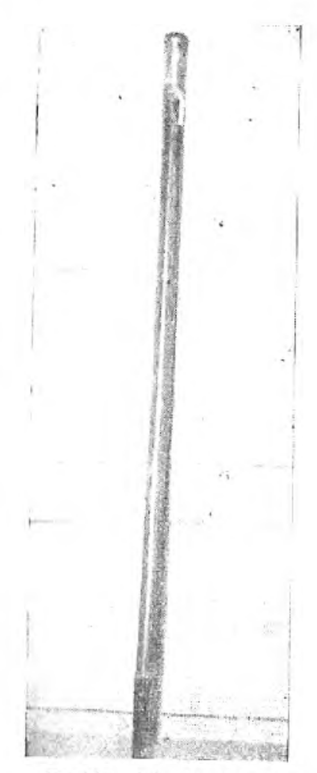
mandadas por Anacleto Medina, sorprendía el 31 de agosto a orillas del arroyo de Las Maulas al coronel Veliz, muerto en dicha emergencia.[28]. Máximo Pérez participaba en los movimiento de una partida escondida a la sazón en las cercanías del paso del Correntino. El enemigo estaba cerca, por lo cual el jefe, malherido, le exigió a sus hombres que lo dejaran sólo pues corrían peligro de resultar cercados. Listos para irse, el jefe depositó su facón en manos de Máximo, "este tapecito que es el más vivo de todos ustedes", quien de ese modo quedaba consagrado como conductor del grupo. Pocos días después, alejado el peligro federal, volvía el grupo en busca de su jefe al que encontraron muerto. Así comenzó el liderazgo de Máximo, un "tapecito" apenas, pero dueño ya de ese magnetismo personal que lo impuso sin resistencias a sus compañeros.[29].

Se conoce otro incidente, algo posterior, en el que Máximo dio pruebas acabadas de su coraje sngular. Había llegado al pago "un taita de muchas mentas" conocido por Cándido el Boyero, quien, en circunstancias mal conocidas, hizo objeto a Máximo de alguna provocación. Pero el cálculo le salió fallido al taita, quien debió finalmente salir del lugar con el rostro marcado por el facón del gaucho de Coquimbo.[30]. A raíz de esta pendencia, Máximo quedó fuera de la ley, ley que, por reglamentos de 1827, prohibía el uso de armas cortas. Encontramos una nota del 20 de setiembre de 1842 en la cual las autoridades de Mercedes le ordenaban a Vicente Avila, teniente alcalde Bequeló arriba, que hiciera comparecer al vecino Máximo Pérez en el término de tres días, nota que bien pudiera estar relacionada con el hecho referido. Lo cierto es que a partir de entonces, Máximo hizo con su grupo vida de gaucho alzado. Su refugio predilecto era la isla del Multal, espeso monte de media legua situado cerca del paso de Navarro, en uno de los amplios bucles del Río Negro. Una seca pertinaz que se hizo sentir en esos meses

28 Antonio Díaz, "Historia Política y Militar de las Repúblicas del Plata", tomo V, pág. 39 Montevideo, 1877.

29 Datos suministrados en Mercedes por don Salvador Fuentes, descendiente de un compañero de Máximo Pérez.

30 José M. Fernández Saldaña, "Diccionario Uruguayo de Biografías" 1810 - 1940", pág. 1001, Montevideo, 1945.



Bastón del Alcalde de Mercedes. (Museo Histórico Nacional).



FRANCISCO ALBIN



Traje de Cabildante del Siglo XVIII. (Museo Histórico Nacional).



Primitiva Iglesia de Mercedes (reconstrucción según datos fidedignos)



Calera del Dacá (estado en que se encontraba hasta hace veinte años)



IGNACIO ORIBE



FRUCTUOSO RIVERA



JUAN FRANCISCO GIR



MELCHOR PACHECO Y OBES



BERNARDINO BAEZ



VENANCIO FLORES

dio lugar a "grandes violencias" entre los hacendados, a raíz de los "apartes" que pretendían hacer los numerosos gauchos "alzados" cuya presencia denunciaban Pablo Escalada, alcalde de Mercedes, y José Riobó, comandante militar interino del departamento.[31]. En esa vida de hostilidad y tensión, Máximo fue endureciendo la cáscara. Ni la ley se había hecho para esos hombres, ni esos hombres podían acatar una ley ajena a la realidad que se vivía en la campaña. Los "doctores" querían hacer hombres con sus leyes, pero, sólo conseguían enardecer su egregio espíritu de libertad. Vida riesgosa, amparada en escondrijos accesibles por sinuosas picadas, picadas que sólo podían reconocer los baqueanos más expertos. Vida que obligaba a congregar aquellas rudas hermandades en torno al caudillo, protector, jefe y juez de aquellas mesnadas incondicionales a las que proveían de lo poco que necesitaban: asado, tabaco, leña, caña, yerba a cambio de su brazo y de su ánimo siempre dispuesto para cualquier emergencia. La estancia, autosuficiente, protegía y fomentaba por su parte la incivilidad natural del gaucho. Los más flojos, irán finalmente a incorporarse a un cuerpo de línea. Los más osados, escapando a las levas, vivirán a monte, carneando de vez en cuando alguna vaca, asomándose a las veces por las pulperías, enancando si a mano viene alguna china querendona. Con los años —como decía Sarmiento— "será malhechor o caudillo, según el rumbo que tomen las cosas".

En esa bravía, accidentada adolescencia, Máximo Pérez no pudo pues recibir otra lección moral que la que emanaba de la incongruencia de un poder lejano e incomprensible. La persecución de la ley fortalecía su desprecio al poblado de donde aquella provenía así como a los puebleros maturrangos que se escondían detrás de un pícaro palabrerío de ocasión. Empezó entonces a vivir en toda su intensidad la vida de su tierra, a consustanciarse con sus condiciones y sus necesidades. Ella habría de serlo todo para él, así como él mismo, a su vez, lo sería algún día todo para ella.

---

30 José M. Fernández Saldaña, "Diccionario Uruguayo de Biografías" 1810 - 1940", pág. 1001, Montevideo, 1945.

31 Archivo del Juzgado de Mercedes, legajo 1842 - 1847.

C A P I T U L O I I

LA GUERRA GRANDE EN SORIANO

Mercedes en pie de guerra. — La lucha en el departamento. — Caída de Mercedes. — Máximo Pérez en acción. — Reconquista de Mercedes y expulsión de Rivera. — El departamento en paz. — Revolución de 1853. — "Civilización" y "Barbarie". — La situación política. — Máximo Pérez emigra. — Elecciones borrascosas. — En víspera de la revolución de 1863.

Como respuesta a los éxitos alarmantes que Rosas y Oribe lograron en mayo de 1842, nuestra República resolvió finalmente declararse "en Asamblea y sobre las armas". En Mercedes, el coronel Estivao, Comandante Militar, y José Riobó, Alcalde Ordinario del departamento de Soriano, leyeron el 22 de junio sendas proclamas ante la numerosa concurrencia congregada en la plaza principal, provocando con ellas ruidosas exteriorizaciones de entusiasmo. Fueron muchos los mercedarios que, enfervorizados, se presentaron ante Estivao solicitando ingresar a la Guardia Nacional de Infantería; se constituyó asimismo una pequeña división de Caballería, adoptándose un punto cercano al San Salvador como centro de operaciones de las fuerzas que vigilaban la costa del Uruguay, de la cual se apartó hasta cien kilómetros toda caballada en previsión de que algún presunto invasor intentara utilizarla. Las fuerzas de Soriano dependían del general Anacleto Medina, quien había sido nombrado en abril del mismo año Comandante en Jefe de la región que va desde Mercedes hasta el Río Santa Lucía. Prueba de la exaltación que reinaba entonces, son algunas expresiones tales como "monstruos de la humanidad" infligida por Riobó a Rosas y a Oribe, y el juramento de "morir o vencer" con que remató su alocución. En esos mismos días, el cura emigrado Dr. Luis José de la Peña, personalidad que habría de alcanzar tiempo después destacada figuración en la creación de la Universidad de nuestro país, así como posteriormente en la Argentina, celebró en Mercedes honras fúnebres a la memoria de cuatro sacerdotes mandados fusilar el 10 de mayo por Rosas, quien, según se decía, había ordenado además

desollarles "la corona y las manos" con el pretexto de degradarlos de su carácter sacerdotal[1].

La movilización, salvo las usuales excepciones, afectó a toda la población masculina. Fue así que dos mil orientales, bajo el mando de Rivera, cruzaban en noviembre el Río Uruguay. Pocos días después, unidas sus fuerzas con la de los unitarios argentinos, sufrían la tremenda derrota de Arroyo Grande. Deshecho totalmente el ejército, apenas si un centenar de jinetes logró recruzar al día siguiente el Uruguay. Todo parecía perdido. La república entera parecía quedar a merced de los vencedores. Pero surgió un hombre a quien le cupo entonces una actuación de singular relevancia, Melchor Pacheco y Obes, quien, apenas enterado del desastre, apresuró su viaje a Mercedes, donde se hizo cargo de la Jefatura Política. De inmediato emprendió la tarea de organizar una división, dando tres días de plazo para enrolarse a todos los habitantes de 14 a 50 años y amenazando a los omisos con llevarlos al campamento de caballería "para remitirlos al Ejército a la primer oportunidad" [2] A los veinte días de Arroyo Grande pudo así reunir 1.200 hombres, a los que revistaba en medio de un patriótico entusiasmo en los cerros que marginan Mercedes por el sur[3].

Su gestión fue realmente extraordinaria. A su llegada, en efecto, el departamento carecía de policía y de autoridades, de armas y de soldados, y hasta de una mala habitación para oficina. Una docena de partidas acaban de penetrar y asolar el departamento haciendo una arreada general de "vecinos honrados" [4]. Don Melchor mandó tres partidas a perseguir a los malhechores, distribuyó policías en los pueblos, organizó la elección de una Junta, compró armas, uniformó soldados, montó una oficina, liberó los esclavos, puso en buen uso los viejos cañones que servían de estacas en las calles, todo sin recibir un centésimo del Gobierno [5]. Mandó quemar los ranchos de dos presuntos traidores y fusiló a otros dos, a quienes dejó colgados en la horca 24 horas como escarmiento y prevención en lo

1 Setembrino E. Pereda, "Garibaldi en el Uruguay" tomo I, págs. 190 y siguientes, Montevideo, 1914.

2 "El Nacional", febrero 16 de 1854, Montevideo.

3 Leogardo M. Torterolo, "Vida de Melchor Pacheco y Obes", págs. 59 y siguientes, Montevideo, 1920.

4 Alberto Palomeque, "Melchor Pacheco y Obes", en "Revista Histórica de la Universidad, año 2, número 5, pág. 387, Montevideo, agosto de 1909.

5 Ibidem.

más alto de las lomas vecinas. "No he de retroceder delante de ninguna medida por terrible que sea", expresó entonces; criticado por los hermanos Del Carril, prestigiosos emigrados argentinos, los amenazó con vestirlos de infantes y enviarlos a la vanguardia [6].

Don Melchor se había propuesto moralizar el gauchaje "con algunos meses de trabajo público, con poca comida y mucho intermedio de garrote"; llegado el caso, en sumarísima justicia, fusilando, por la espalda y bajo redoble de tambores, a quienes no encontraba otra forma de enderezar. En cuanto a recursos, D. Melchor no pudo disponer sino de dos mil pesos que se habían recolectado para reparar la Iglesia, así como de trescientos patacones obtenidos por el cobro de patentes.

La noticia de la emancipación de los esclavos fue recibida en Mercedes con jubiloso repique de campanas, siendo esa noticia, según dijo entonces D. Melchor, "más valiosa que diez batallas". Por su parte, adelantándose a tales medidas, había manumitido ya a cien negros esclavos. "Emancipó a los negros completa y lealmente, y no como en Montevideo, con mezquindades y trampas, y si no emancipó a las mujeres, es porque pocas horas después recibió la ley que reglamentaba esa emancipación y se halló con las manos atadas" [7].

Con respecto a Olavarría y a los otros emigrantes argentinos que residían en Mercedes, se les suministró doscientos pesos a fin de que movilizaran gente, reorganizó los cien hombres de Garibaldi que habían sido derrotados en el Paraná, y formó finalmente con las familias e "intereses" un convoy que marchó para la Colonia dejando el pueblo prácticamente desierto [8]. Todo esto y mucho más en menos de tres semanas; el 28 de diciembre, en efecto, luego de una lacónica proclama de su dinámico organizador, salía ya a campaña la división de Mercedes, la primera que entró en escaramuzas contra las avanzadas federales. Rivera, vuelta el alma al cuerpo, cantó entonces loas a la diligencia singular de Melchor Pacheco y Obes, gracias a la cual pudo disponer poco después de seis mil hombres bien montados y armados para enfrentar al enemigo.

---

6 Eduardo Acevedo, obra citada, tomo II, pág. 130 y Raúl Montero Bustamante, "Estampas", pág. 73, Montevideo, 1942.

7 José Rivera Indarte, "Rosas y sus opositores", Buenos Aires, 1884.

8 Raúl Montero Bustamante, "Ensayos. Periodo romántico", pág. 133, Montevideo, 1928.

El 16 de febrero del 43 Oribe ponía sitio a Montevideo, sitio que habría de prolongarse durante ocho largos años. Rivera, que había rehuido en un principio el choque contra la demasiada poderosa columna de los invasores, comenzaba a su vez una trabajosa campaña de sorpresas y acosamientos. En la abandonada Mercedes, el 30 de enero de 1843, Tomás Gómez, enviado por Oribe, se hacía cargo sin pena ni gloria de la comandancia [9], amenazado desde una distancia prudencial por Estivao, quien, unido al coronel Cuadra, operaba en abril por las puntas del Bequeló. Bloqueadas así las fuerzas de Gómez en Mercedes, Oribe decidió enviar al general Núñez a fin de romper el asedio, el cual estuvo a cargo posteriormente de Calixto Centurión, Doldán y el Teniente Saavedra [10]. Calixto (más conocido por Calengo) Centurión, fue un bravo soldado sorianense "por quien Rivera tenía especial predilección, dado el conjunto de condiciones guerreras que lo adornaban" [11].

Los federales, acosados estrechamente, procedieron a profusos fusilamientos, siendo recordado durante mucho tiempo el grito de "a serrucho", con que muchos prisioneros eran conducidos a la isla que está frente a Mercedes. Venancio Flores, que había abierto operaciones en Colonia, impedía que los mercedarios sitiados fueran auxiliados por Velázquez. Y así fue que empezó aquella larga guerra que sumió a nuestro país en un clima de desolación y de violencia. Digamos así que en todo el año 43, Máximo Pérez debió intervenir con sus partidas en el asedio de Mercedes, donde el general Antonio Díaz, encargado posteriormente de su defensa, señalara un perímetro de catorce cuadras como último reducto a defender contra el esperado ataque, dejando las 120 manzanas restantes a disposición del enemigo.

En esos días fueron interceptadas algunas comunicaciones que se pasaban los jefes gubernistas destacados en el departamento de Soriano, Germán Cáceres, Pablo Saldaña y Miguel Núñez, comunicaciones que fueron enviadas por Anacleto Medina a Montevideo, donde quedaron expuestas en las vidrieras de algunos comercios. Habla Núñez en ellas de la derrota sufrida por el "salvaje tape" Medina, así como por Flores y por

---

9 Antonio Díaz, obra citada, tomo VI, pág. 10 y siguientes.
10 "El Constitucional", julio 27 de 1843, Montevideo.
11 José L. Martínez, "Vida Militar de Enrique y Gregorio Castro", pág. 63, Montevideo, 1901.

Luna; agrega que se le presentó un tal Cornejo, quien había salido en busca de Ramón "Chaqueta" (González de apellido) y de Pablo Santellán, con "otros que estaban ocultos", y entre los cuales seguramente andaba Máximo (12). En otra nota se comunica haberse fusilado al "inmundo unitario" Ilario Cardozo, y se informa sobre partidas de "salvajes" que andaban por las cercanías de Porongos, contra los cuales los Federales pensaban salir castigando a muerte "a todo el que caiga", en tanto se dejaban algunas partidas y bomberos al cuidado del departamento. El 24 de febrero del 43, Manuel Ludueña, luego de haberse entrevistado en Dolores con Núñez, le comunica que en el viaje encontró una partida amiga que traía presos a José La Cruz Astrada y a José Miranda, tomados en Monzón, a quienes Ludueña mandó degollar "para escarmiento". Según declararon los prisioneros, Calengo Centurión disponía de ciento ochenta hombres, entre los cuales Máximo Pérez solía encargarse de las tareas de bombeo y hostigamiento. De la atmósfera que reinaba por entonces en el departamento de Soriano, hemos encontrado alguna elocuente referencia formulada año des pués por el hacendado Miguel Escola; para justificar su presencia en la estancia de Pablo Mernies, en un período dado de la Guerra Grande declaró Escola que se había ido "a refugiar de miedo a la partida que dentró mandada por D. Máximo Pérez" (13).

En la madrugada del 6 de diciembre de 1844, Mercedes volvía a sufrir un nuevo asedio; fue esta vez Anacleto Medina quien la atacó por tres puntos, siendo rechazado en toda la línea. Dos días después decidía retirarse, no sin antes dar muerte a veintidós enemigos y de haber sufrido la deserción del sargento mayor Gregorio Sánchez.

Llegó así 1845, año en el cual Rivera habría de sufrir la desastrosa derrota de India Muerta. Mercedes fue azotada en setiembre de ese año por una serie de confiscaciones y de ejecuciones, siendo muchos extranjeros, sobre todo los franceses, los más perseguidos; entre los que escaparon a duras penas corresponde destacar al futuro Presidente D. Juan Idiarte Borda, entonces de 17 meses, a quien un federal, en cuyas manos cayó estando en las afueras de Mercedes, le perdonó la vida a último

12 "El Nacional", octubre 10 de 1843. Montevideo.

13 Archivo del Juzgado de Mercedes, legajo 1853, archivado 57

momento [14]. Estos hechos, magnificados por versiones tendenciosas, habrían de ser durante muchos años fuente de encono y odios pertinaces entre las dos familias orientales.

El 11 de ese mismo mes lograron escapar de Mercedes unas trescientas personas utilizando tres grandes embarcaciones que las transportaron hasta la isla del Vizcaino, donde las esperaba Garibaldi. La fuga pudo perpetuarse gracias al arrojo del italiano Domingo Giusti, quien acompañado por solo cuatro hombres, se lanzó al asalto del único lanchón de guerra enemigo surto en el puerto; debió para ello apresar a siete de sus tripulantes, luego de arrojar al agua a los ocho que quisieron resistir se. Los comandantes Mesa y Saldaña, con la ayuda de algunas lanchas anglo - francesas, protegieron la fuga de los pobladores de Mercedes. Según le aseguraron los prófugos a Garibaldi, la población de Mercedes sólo esperaba una señal para rebelarse contra sus ocupantes.

Al año siguiente, luego de ser derrotados en el Arenal Grande el 9 de junio, se refugiaba en Mercedes el coronel Jaime Montoro. En las extensas listas de oficiales que publicaron entonces Rivera y Venancio Flores no figuraba el nombre de Máximo Pérez, por lo cual debe creerse que éste seguía operando por su extensiva cuenta y riesgo [15]. Rivera, a quien no lograron detener las crecientes producidas en esos días, se acercó en ágiles marchas a Mercedes, en tanto que sus oficiales Camacho y Mora quebraban las avanzadas enemigas. En la madrugada del 14 de junio, Don Frutos lanzó sobre el pueblo un ataque que duró tres horas; Montoro, ofreciendo una dura resistencia, se fue replegando hacia el puerto; a las ocho y media los invasores habían tomado quinientos soldados, cuarenta jefes, mil quinientas armas, cinco cañones y dos mil caballos; entre quienes ayudaron a los atacantes, se destacó un grupo de franceses que mandaba Juan Desiré Fleurquin, futuro compañero de Máximo. [16] Montoro, ya sin escapatoria posible, se arrojó desesperadamente al agua; el comandante Baez le gritó desde la orilla instándolo a entregarse y ofreciéndole impunidad; pero Montoro, asido a una balsa, contestó que no podía volver; fue entonces que una bala certera terminó con la vida del

14 C. Idiarte Borda y M. E. Idiarte Borda, "Juan Idiarte Borda. Su vida. Su obra", pág. 12, Buenos Aires, 1939.
15 "El Nacional", junio de 1846. Montevideo.
16 Archivo del Juzgado de Mercedes, legajo 1850.

coronel federal. Meses antes, se le había interceptado a Montoro un chasque dirigido al Comandante Tomás Villalba en el que decía: "...haga degollar al pardo (Rivera) y a cuantos aparezcan en combinación con los salvajes", razón por la cual no creyó seguramente en la clemencia que Baez le ofrecía. Murió en la misma acción el teniente coronel Moranchel, y cayeron prisioneros el coronel Miró, el mayor Toribio Lara, el Capitán Eduardo Fregeiro, el Juez de Paz Germán Plaza y D. Tomás Gomensoro, futuro Presidente de la República, y secretario a la sazón del Cnel. Montoro (17). Se le atribuyó a Rivera la comisión en Mercedes de varias medidas abusivas; al dependiente del comercio del inglés Stodart se le exigió la entrega de cuatro mil cueros; se le impusieron contribuciones al español Solís, a García, a Varela, al brasileño Díaz y hasta al cura (en calidad de préstamo) luego de una misa, a la que concurrió Don Frutos. Máximo Pérez escondió el botín junto a unos árboles Francisco Alvarez situados en la costa fronteriza a Mercedes, algo hacia el este; tiempo después, al acudir en su busca, tales depósitos habían desaparecido (17) bis. Un episodio saliente de esta lucha lo protagonizaron los capitanes Fregeiro y Zamora, quienes resistieron en las azoteas con 40 hombres, huyendo luego hacia el puerto, no sin llevar Fregeiro, como recuerdo, siete agujeros de bala en su poncho. Francisco Acuña de Figueroa escribió refiriéndose a la toma del pueblo: "Con su valiente Rivera/ y sus bravos de arrayúa/ metió en Mercedes la púa/ a la turba mazorquera". El cadáver del infortunado Montoro fue traído a nado por un súbdito francés; abandonado en la costa totalmente desnudo, fue al día siguiente insultado por una mujer, quien enardecida, le azotó el rostro con una alpargata invocando agravios que Montoro le habría inferido a un hijo de ella (18).

Mercedes había pues cambiado nuevamente de dueño. Su nuevo comandante interino, Francisco Lima, fue puesto sobreaviso del peligro que suponían las andanzas de Brígido Prió, quien comandaba una partida fantasma por las cercanías de Mercedes. Este mismo Prió será mencionado meses después co-

17 "El Nacional", junio 25 de 1846. Montevideo.
17 (bis) Informe suministrado por el Coronel Lima.

18 Juan Carlos Gómez Haedo, "Dos estampas de Mercedes a mediados del siglo pasado", en "Instituto H. y Geográfico del Uruguay". "Conferencias del Curso de 1937", pág. 249 - 253, Montevideo, 1938.

mo frecuente compañero de Máximo Pérez, por lo cual es de presumir que el caudillo chaná no andaba por entonces muy lejos de Porongos y sus inmediaciones, centro de operaciones de la partida mencionada.

Luego de una breve visita a Montevideo, Rivera reinició a fines del 46 una campaña que habría de terminar con un desastre irreparable. En lugar de fortalecer las guarniciones de Mercedes y Colonia, hacia donde se dirigían fuerzas enemigas poderosas, marchó hacia Paysandú, a la que tomó luego de sangriento combate; poco después, Salto caía en poder del federal Servando Gómez, y Venancio Flores era derrotado a su vez en Colonia por Ignacio Oribe. Rivera se vió entonces obligado a evacuar Paysandú, embarcando la infantería en buques franceses, rumbo a Mercedes, y mandando por tierra la caballería, la cual fue totalmente dispersada. Luego de chocar con las avanzadas de Ignacio Oribe a orillas del Dacá [19], Rivera optó abandonar su infantería en Mercedes, y emprendió una vertiginosa fuga con un centenar de hombres, llegando a Maldonado dos días después. En su cruzada arremetió el 22 de enero contra Porongos, con doscientos ochenta hombres, siendo rechazado a cañonazos [20].

Por esa misma fecha, se menciona también un ataque de Máximo Pérez a Porongos, único episodio de su actuación en la Guerra Grande de la que quedó indudable constancia; aunque la mención es breve, nos basta para darnos cuenta de cuál era la índole especial de sus intervenciones. "A principios del 47, siendo primer Jefe de Porongos el Comandante Velazco y Ferrer el segundo, fueron sorprendidos en una noche de tempestad por una fuerza de más de trescientos hombres al mando de los jefes Máximo Pérez y Brigido Prió. Ferrer dormía en un altillo tranquilamente, pero recordose a los tiros y gritos que daban los asaltantes. Darse cuenta de la situación y arrojarse por la ventana desde una altura considerable, todo fue obra de un instante. Desgraciadamente habían sido derrotados sus amigos, y tuvo él que fugar, marchando solo y a pie hasta la casa del G. N. Juan González, retirada del pueblo, donde al otro día se le reunió alguna gente y consiguió con ella tomarle inmediatamen-

---

19 Raúl Montero Bustamante, "La Guerra Grande" en la "Revista Nacional", Nº 123, Montevideo, 1949.

20 "El Constitucional", enero 28 de 1847, Montevideo.

te el pueblo al enemigo" (21). Así eran las apariciones de Máximo: fulminantes, un galope desenfrenado, mezclando alaridos y tiroteos con el tronar de la tormenta, una carga furiosa en medio de vertiginoso revoleo de lanzas, de lazos y de boleadoras, para después, obtenida ya la victoria, dispersarse en galopes y perderse en la guarida inatacable de los montes. Máximo era el hombre señalado para esas atrevidas incursiones, así como para llevar algún chasque atravesando posiciones peligrosas. Máximo peleaba según los cánones impuestos por Rivera, dentro de los cuales los "telegramas a sangre" eran un factor esencial de las sorpresas que solían intentarse. Pero toda la cazurrería táctica del "cabo viejo" resultaba por entonces impotente ante la estrategia que requería la movilización de efectivos considerables. La guerra de montoneras, desordenada e impulsiva, con sus marchas y contramarchas destinadas a desorientar al enemigo, lograban a veces desmoralizarlos y sorprenderlos; pero las reservas cuantiosas del ejército de Oribe quitaban importancia a cualquier pérdida parcial. Forjado en la escuela de Don Frutos, Máximo no conocerá luego otro modo de combatir que esas desordenadas correrías que requerían la destreza del domador y la ciencia del rumbeador, conocedor de vados, de sendas y de aguadas, así como la del rastreador, capaz de discernir una huella o interpretar cualquier signo (vuelo de chimangos, movimientos de ñandúes, etc.), que pudiera denunciar de algún modo los movimientos del enemigo. No eran, los que allí se ejercitaban, "los instintos crueles del bárbaro", como solían llamarlos, con su pulimento mendaz, los escritores enlevitados de la ciudad. Aquellos gauchos se iniciaban, aunque deletreando apenas sus más bastos rudimentos, en una verdadera cultura de los sentimientos primordiales, entre los que la guapeza y la fraternidad viril, puestas a prueba por los riesgos que constantemente se corrían arraigaban en los más hondos estratos de sus almas no sofisticadas.

En Mercedes, entretanto, se vivían horas de explicable angustia. Vencido Venancio Flores y alejado Rivera, Báez trató de fortificarse en el pueblo a fin de resistir de inmediato la inminente ofensiva de Ignacio Oribe, cuya proximidad traía a la memoria de todos las sangrientas escenas de años atrás. En la tarde del 26 de enero de 1847), Oribe, al frente de cuatrocientos

21 Abdón Arzózteguy, "La Revolución Oriental de 1870" tomo II, pág. 474, Buenos Aires, 1889.

hombres, estrechó aún más el cerco; esa circunstancia fue aprovechada por los cívicos que mandaba el capitán Luciano Carmona, quienes desertaron en crecido número; se produjo una gran confusión, hasta que siendo ya las once de la noche y sintiéndose perdidos, los coroneles Costa, Báez, Pirán y Lavandera resuelven evacuar el pueblo; en medio de la oscuridad, la guarnición entera mezclada con gran número de pobladores y cargando cuanto armamento y equipaje pudieron llevar consigo, se embarcaron en el barco francés "Pandour" y en cuanto transporte flotante pudo utilizarse. Al día siguiente, a las cinco de la tarde, habían sido evacuados ya miles de habitantes y combatientes, entrando Oribe al pueblo a las siete de ese mismo día; el primero en hacerlo fue el teniente coronel Juan F. Palas, a quien siguieron los escuadrones de Mercedes con Pablo Mernies y José M. Medina al frente. Cien hombres fueron muertos en dicha acción, y se tomaron doscientos cuarenta y seis prisioneros, 650 fusiles y seis cañones [22].

Ausente Francisco Lima, quien había huido a Gualeguaychú luego de dejar sus intereses en manos de su apoderado Salvador Milans, fue nombrado Comandante general el coronel argentino Miguel Cajaraville, el héroe de Maipú, Chacabuco y tantas otras batallas de la Independencia, en las que había adquirido una gran reputación, hasta que en 1830, no queriendo dejarse arrastrar por la anarquía rosista, vino a residir a Mercedes. Otro que entonces volvió al pago fue Eduardo Fregeiro, quien sustituyó a José González en el cargo de Comisario de órdenes, siendo nombrado como Juez de Paz D. Serapio Molina [23]. La entrada de Oribe significó la caída en desgracia de quienes habían colaborado con Rivera. Y uno de ellos fue José Roubin, fuerte comerciante francés con almacén establecido frente a la plaza principal (esquina nor-este de las actuales Colón y Florida), quien, acusado de haber provisto a Rivera de pertrechos en profusión, fue obligado a marchar a pie hasta el Cerrito de la Victoria, de lo que derivó seria enfermedad. La posterior reclamación de su viuda, Florencia Castellanos, ante el cónsul francés en B. Aires, culminó con el pago de una anualidad como reparación cuyo cobro se continuó por largos

22 Antonio Díaz, obra citada, Isidoro de-María, obra citada y "El Constitucional" del 11 de febrero de 1847.

23 Archivo del Juzgado de Mercedes, legajo 1848.

decenios. [23 bis.] El día 28 de enero, la isla del Vizcaino, propiedad entonces del Sr. Lafone, quien había conseguido limpiarla de los matreros que la infectaban, rebosaba de fugitivos. Escasos de víveres, doscientos setenta de ellos desembarcaron en Soriano, sometiendo al pueblo a un riguroso saqueo; la proximidad de Oribe los obligó a reembarcarse nuevamente, y poco después debieron también evacuar las islas del Vizcaino y de Lobos, hostigados allí por el general Servando Gómez. Siguiendo órdenes de Rivera, fueron finalmente a refugiarse a la isla Martín García, en donde habrían de rematar su odisea sufriendo espantosas privaciones.

Volvió luego Rivera a Maldonado, y desde allí envió al coronel Báez a Montevideo en busca de refuerzos. Pero quien llegó fue el Ministro de Guerra Lorenzo Batlle, quien, en representación del gobierno de Montevideo, que había decretado el destierro de Rivera por sus negociaciones extraoficiales con Oribe, lo obligó a embarcarse rumbo a Río de Janeiro junto con Báez y algunos otros jefes. La vida militar del viejo Frutos terminaba allí, y sólo habría de volver de su exilio en 1853, para besar por última vez la querida tierra donde habría muy pronto de morir.

El destierro de Rivera significó un triunfo de los "doctores"; se eliminaba, en efecto, un obstáculo serio en la proyectada carrera hacia la "civilización". Pero ese "prestigio impersonal" de la ley, y ese "interés común" en cuyos altares se ren -dían impresionantes homenajes, no podían conducir, pese a tan decantado idealismo, sino al exclusivo beneficio de sus aprovechados sostenedores. La campaña quería a Rivera, porque Rivera era uno de los suyos, oriental sin mezcla, "el mejor amigo del paisano, el más generoso de todos y el mejor patriota", según Manuel Herrera y Obes; pero seguía creyendo que nuestro destino se jugaba "en las barricadas de París"; "sólo la educación industrial —decía—, la asociación con el europeo, pueden mejorar la situación de nuestro pueblo"; "de América vienen todas las desgracias, por intermedio de sus Caudillos". [24] Junto a Andrés Lamas, seguia con descolocada pasión las corrientes filosóficas y políticas de Europa y se exaltaba gratuitamente con el carbonarismo de Mazzini; "Rivera sabía que los docto-

23 bis Datos suministrados por Nicanor Pérez Roubin, nieto de José Roubin.

24 Transcripto por Juan E. Pivel Devoto en su "Historia de los partidos políticos en el Uruguay", tomo I, pág. 186, Montevideo, 1942.

res no le eran leales", pero no le faltaban sostenedores: Muñoz, Chucarro, Vidal, Alvarez, así como, en el fondo, los orientales de uno y otro bando que buscaban entenderse de algún modo. Venancio Flores, "patriota honesto y bien intencionado, impulsivo y valiente", según lo define Juan E. Pivel Devoto, había logrado quebrar en el 46 la influencia de los principistas europeizantes. Lo acompañaban entonces Barreiro, Pereira, Sayago, Magariños y otros; pero el ingreso de Manuel Herrera y Obes al Ministerio significó un rudo golpe. Mientras la prensa franco-inglesa dirigía sus miradas a Urquiza y a Europa, el principismo se afanaba por glorificar a Garibaldi y la acción de San Antonio. En el 46 se funda la Sociedad Nacional, con Santiago Vázquez, Andrés Lamas, Melchor Pacheco y Obes; se pretendía basar la organización del país "en los principios y en las instituciones, y por consiguiente en el aniquilamiento de toda influencia personal ilegítima o caudillaje", pero, eso sí, aceptando de buen grado "la intervención anglo francesa". Principismo exaltado, pero identificado con los veinte mil franceses que entonces formaban más de la mitad de la población montevideana; y en momentos, precisamente, en que una porción considerable del pueblo oriental estaba proscripta en Río Grande. De ahí que tanto las partidas de Oribe, que gritaban en las afueras de Montevideo que "sólo querían pelear con los gringos", como los orientales de Rivera y de Flores, asqueados igualmente por esa intromisión foránea, deseaban hondamente unirse. Pero Rosas por un lado y las "luces" occidentales por el otro, se confabulaban para oponerse a las aspiraciones nacionales.

La ideología, el progresismo vacuo, indiferente al hombre que va pariendo con dolor la tierra americana, esa ideología de grandes sentimientos para paladear en el sillón del escritorio y para almacenar en anaqueles selectos, se había constituído en la sañuda enemiga de todo verdadero despertar, de todo impulso épico autóctono. En su ansia de garantir los derechos esenciales, se violaba sin reparos esos otros derechos —derechos de vivir su vida y de cumplir su destino— de quien, sin ser todavía lo que alguna vez tendrá que ser, va gestando en su seno el hombre americano. Pero si era necesario, como cuando se expulsó a Rivera del país, se hollaban inescrupulosamente esos decantados principios y esas normas constitucionales.

En 1850, las partidas del Gobierno, según informes tenden ciosos de Mariano B. Berro, "asolaban a Soriano y sus campi-

ñas". Las comandaba el llamado "degollador" Juan de la Cruz Ledesma y el teniente Santos Víbora, e iban con ellos "Gervasio y Canuto Galarza, los dos Ojedas y Bernabé Ledesma". [25]. La invasión de Urquiza, sublevado contra Rosas, precipitó la concertación de una paz que desde hacía tiempo era deseada por los orientales. Paz "sin vencidos ni vencedores", paz que cerraba un largo período de intervención extranjera, y que abría otro, no menos largo, de oposiciones y conflictos entre partidos y fracciones, embarazados por una constitución incongruente con nuestra realidad. Pues aunque el orientalismo predominó materialmente sobre el extranjerismo, en la fusión rigieron las ideas del principismo, sobre todo del que sostenían los blancos. Así fue que Giró ascendió a la primer magistratura y comienzan a funcionar unas cámaras donde, según podía preverse, y tal como lo expresa Juan E. Pivel Devoto, "la elocuencia doctoral eclipsó frecuentemente al sentido común y alejó a sus integrantes de la realidad ambiente".

Firmada la paz, Máximo Pérez volvió a sus pagos ostentando los "grados ganados en las milicias coloradas", [26] de lo cual no encontramos sin embargo constancia alguna en el Archivo del Estado Mayor. Su prestigio lo constituyó ya en esa época en un centro poderoso de influencia, llegando a ser, de acuerdo a las escasas noticias que por entonces lo aluden, una preocupación constante para las autoridades del departa-

25 Mariano B. Berro, "Memorias inéditas" en poder de la señora Aurora Berro de Spagna.

26 —En 1848 el Gobierno de Oribe decretó levantar un padrón de todos los habitantes de Mercedes, tarea que estuvo a cargo de D. Antonio Alvarez.

El censo arrojo las siguientes cifras:

	1ª Sección	2ª Sección	3ª Sección	4ª Sección	Total
Varones	356	179	172	356	1063
Mujeres	513	331	276	637	1757

La población autóctona empezaba a predominar ya sobre la extranjera; veinte años antes, en cambio, de ciento sesenta cabezas de familias que se habían censado en Mercedes, sólo cincuenta y seis eran orientales (incluyendo dos o tres argentinos), frente a sesenta portugueses, treinta y tres españoles, diez paraguayos y correntinos, cuatro franceses, cuatro italianos, dos ingleses y un alemán. Entre los censados figura Vicente Pérez, sesenta y cinco años, argentino, casado, estanciero (el padre del caudillo).

(Datos extraídos del archivo del Juzgado de Mercedes, legajos 1828 y 1848). El 20 de octubre de 1850 moría a los sesenta años de edad, D. Bartolomé Fleitas, dejando el testamento consignado. Ese mismo año moría en Mercedes el doctor Gaspar González, el viejo médico que acompañara en 1811 a Artigas.

mento. La República aparecía anarquizada y decadente; sus 180.000 habitantes de 1836 habían quedado reducidos a 130 mil, de los cuales sólo ochenta o noventa eran orientales, es decir medio oriental por Kmt.2. No fue el mas perjudicado el departamento de Soriano, cuyo número total de habitantes se seguía calculando en unos ocho mil. La campaña, semidesierta, reducida su riqueza ganadera a ocho millones de cabezas, contra los quince de 1843, quedaba a disposición de un matreraje incontrolable; se la dividió en cuatro comandancias (dos de ellas concedidas al Partido Blanco en las personas de Lavalleja y Servando Gómez) y se organizó una partida de cincuenta hombres en cada departamento. Se ordenó a los Jefes Políticos y Alcaldes que restituyeran sumariamente los bienes confiscados por Oribe, lo que dio lugar a complicados litigios; uno de los más resonantes fue el promovido por Manuel Benavídez, hijo de Mercedes Siniestro, primo, por lo tanto, de Máximo Pérez. Benavídez había heredado mil cien cuadras de las cinco mil seiscientas que dejara Miguel Siniestro (abuelo de Máximo Pérez); en 1843, sus hijos Marcos y Tomás se fueron con Rivera llevándose sus familias, siendo declarados por Oribe "enemigos del Gobierno", y destinándose sus bienes "al consumo del Ejército". Cuando recuperó el departamento en 1847, Ignacio Oribe quedó a cargo de la superintendencia de todos sus asuntos; el comandante Cajaraville se hizo entonces el enfermo y elevó su renuncia. El capitán Pablo Mernies fue el encargado entonces de requisar ganados para las tropas; estando a la sazón prohibidas las marcaciones de ganado, se produjeron conflictos y protestas; trasladado Ignacio Oribe a Tacuarembó, se le encargó a Tomás Villalba la organización del departamento en su carácter de Comandante Militar; éste devolvió sus atribuciones a los jueces y, con su ayuda, atendió las protestas, resolviendo que Mernies devolviera los ganados que había hecho ingresar a sus campos; la medida no pudo llevarse a cabo debido a la invasión de Urquiza, arrastrándose el asunto largos años; entre los testigos depuso D. Manuel Oribe, quien garantizó la "conducta irreprensible" de D. Pablo Mernies, pero expresando ignorar si éste se había quedado con ganado ajeno. El 13 de octubre de 1856, Pablo Mernies compró otra fracción del campo de Siniestro a Santiago Vázquez y José Veira, compradores a su vez de la misma en 1843 [28].

28 Escrituras en poder del Ing. Julio E. Correa, en Mercedes.

La situación política del país parecía querer normalizarse; no se hablaba sino de unión y de olvido y se había prohibido terminantemente el uso de las divisas partidarias. Así es como en octubre de 1851 Joaquín Suárez firmaba el decreto levantando el destierro de Rivera, quien habría de ser liberado recién cuatro meses después por las autoridades imperiales. Llegaban entre tanto las noticias de la derrota definitiva de Rosas en Caseros, en donde combatieron dos mil orientales; no hemos podido confirmar la intervención de Máximo Pérez en esa campaña; repetimos que sólo a partir de la revolución de 1863 es posible documentar con bastante precisión las actividades del caudillo chaná.

En julio del 52 comenzaron a circular rumores revolucionarios; el Gobierno decretó entonces el establecimiento de un batallón de infantería y de escuadrones de caballería en cada pueblo de campaña, disponiéndose que fuesen los mismos guardias quienes designaran a sus jefes. Aunque la tradición oral quiere que haya sido Máximo Pérez uno de los electos, las listas que hemos encontrado en el Estado Mayor no mencionan su nombre; aparecen en la Plana Mayor el comandante Tomás Villalba y los capitanes de caballería Fernando Grané, Joaquin Noguera, Bautista Gadea, Gabriel Ramírez, Gregorio Sánchez y Bartolo Arballo; para la infantería fue propuesto y aprobado el capitán Francisco Haedo; cada uno de ellos mandaba un escuadrón, en los que figuraban además el teniente primero Tomás Pérez, alférez Rafael Ocampo, teniente coronel Luis Francisco Albín, coronel Manuel Pérez, teniente coronel Jorge Muñoz, sargento mayor, Anastasio Barragán, sargento mayor Vicente Avila, sargento mayor Adolfo San Vicente, ayudantes mayores Máximo Gutiérrez, Pablo Navajas y Luis Ferrer, tenientes Anacleto Olivera y Pedro González y capitán Pedro Fimanel [29]. La actividad política se fue localizando por esos años en las elecciones anuales de Alcaldes Ordinarios. En 1851 era reelecto D. Mariano Haedo por 111 votos contra uno; en 1852, Joaquín Grané es electo representante del departamento por 168 votos contra uno; el 1º de enero del 52 es elegido Eduardo Fregeiro como Alcalde Ordinario por 47 votos, contra seis para Fernando Grané; habiendo renunciado Fregeiro para ocupar su puesto en la Junta Económico Administrativa,

29 Archivo del Estado Mayor del Ejército, legajo 101, agosto de 1852.



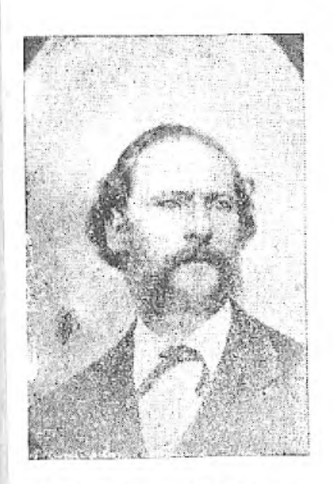
GERVASIO GALARZA



MIGUEL CAJARAVILLE



ANICETO MEDINA



JOSE M. FERNANDEZ BRAGA



MIGUEL MOLINA Y HAEDO



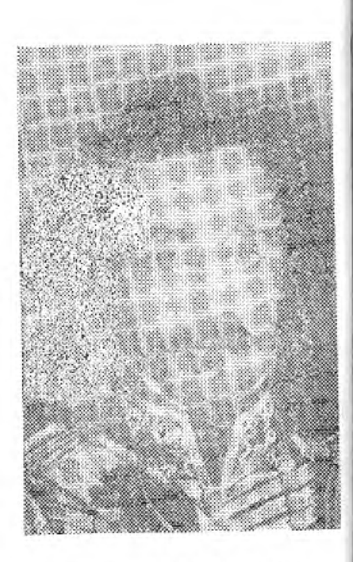
TORIBIO LARA



PEDRO ALZÁGA



LUIS JOSE DE LA PEÑA



JOSE DE OLAVARRIA

se elige a Joaquín T. Egaña por 44 votos, contra 26 para Don José González; no acepta ese cargo Egaña porque su "actual posición social" no le permite ejercer el cargo y se procede a una tercera votación, obteniendo Francisco Haedo 65 votos contra 25 para D. José González; en el 53 será nombrado José González con 51 votos. En noviembre del 52 Eduardo Fregeiro fue separado de la Junta Económica Administrativa de la que era Presidente, a raíz de "su conducta y actos" censurables, eligiéndose en su lugar al Presbítero Carlos Palomar, a Francisco Gadea como Vice y a Juan B. Fernández Braga como secretario.

El ambiente nacional en 1852 se mantenía convulsionado. Venancio Flores, designado Ministro de Guerra, debió acudir a Paysandú, donde Servando Gómez había amagado un movimiento de resistencia al negarse a licenciar sus tropas. El Pte. Giró se dispuso entonces a recorrer la campaña, pasando por Mercedes en diciembre de ese año; allí lo cumplimentaron durante cuatro días el Jefe Político Tomás Villalba, Federico Albín, el diputado Manuel Haedo y otras personalidades, imaginándose D. Jaime Ferrer Olais, al "futuro Gobernante de Soriano D. Máximo, al entrerriano D. Gervasio y al guayaquí de India Muerta D. Ciriaco, oteando la escena de recibimiento recelosos y huraños", indignados por la presencia en el cortejo de Anacleto Medina, el mismo que hacía nueve años, había "lanceado el poblado cuando era colorado como sangre'e toro". [31]

Como símbolo del estado precario en que Giró halló la campaña, basta mencionar que la escuela pública de Mercedes estaba cerrada por falta de recursos (debido a que no se percibían los impuestos de Corrales). Su director, Pedro de Alzaga, debió asociarse en el 53 con los presbíteros Palomar y Amilivia, a fin de poder regentear una escuela particular.

Las disposiciones de la época, por las que se acordaban liberalidades para la inmigración de familias de agricultores, aparejaron una beneficiosa incorporación de españoles e italianos; se suprimió la leva, verdadera caza del hombre, terror de los desocupados que la temían más que a la misma muerte, pero que siguió no obstante practicándose durante varios decenios en vista del escaso resultado que daba el enganche voluntario o el enrolamiento por condena judicial.

---

31 Jaime Ferrer Olais, "Primera visita Presidencial a la campaña", en la "Revista Nacional", tomo XXXIX, Montevideo, 1948.

En abril de 1853, Venancio Flores renunciaba a su ministerio, luego de haber formulado una declaración pública en la que expresaba su deseo de no salpicarse de nuevo con sangre de orientales. Pero los trabajos subversivos continuaron bajo cuerda, lo que dio lugar a que el Jefe Político de Soriano, el doloreño Villalba, figura prometida a un gran prestigio de financista, comunicara al gobierno que "los ánimos estaban frecuentemente exaltados con los rumores de la próxima revolución. [32] "El vecindario —agregaba— está en pie y resuelto a defender al Gobierno". El 18 de Julio reventó la bomba en Montevideo; aunque no pasó de una falsa alarma, esos acontecimientos motivaron que se llamara de nuevo a Flores para reocupar el Ministerio. El mismo Rivera, ya en el Yaguaron, contribuyó a la excitación general con una proclama prematura. Desde Mercedes, Villalba enviaba nota tras nota a la capital pidiendo refuerzos; pero el Gobierno se limitaba a recomendar, obviamente: "El Jefe Político debe reprimir esos disturbios y provocaciones por todos los medios a su alcance, debiendo tratar a sus autores como perturbadores del orden público". Debió acudir finalmente el propio Flores, quien, teniendo otros proyectos entre manos, encontraba inoportuna esa clase de expedientes; logró así apaciguar a sus partidarios, Máximo inclusive, y, luego de recorrer el litoral, le hizo saber a Giró la paz seráfica que reinaba.

Pero esa tranquilidad duró lo que un lirio; a raíz de un nuevo rozamiento entre Flores y Giró, provocado por la destitución de algunos Jefes Políticos, el Presidente optó por refugiarse en la legación de Francia. Luego de que Melchor Pacheco y Obes, verdadero factotum de la asonada, dejara libre el campo, se nombraba el 26 de setiembre el triunvirato Flores - Rivera - Lavalleja. Fallecidos, primero Lavalleja, y poco después Rivera, el país quedó en manos de D. Venancio. En cuanto a Villalba, había tomado las de Villadiego, embarcándose precipitadamente para Buenos Aires. Respecto a Máximo Pérez, encontramos una referencia con fecha 29 de setiembre; aparece en ella presentando una fianza a favor de Venero González, preso por robo en base a "meras sospechas".

A las pocas horas de ocupar el poder, Flores marchó hacia el Litoral, despachando hasta Soriano a Calengo Centurión con cuarenta hombres a fin de aquietar a los pobladores, entre los cuales figuraba entonces Bernardino Báez; el 5 de octubre

32 Eduardo Acevedo, obra citada, tomo II, pág. 411.

Flores llegaba a Mercedes, comunicando el 6 que Villalba había abandonado la Jefatura "sugestionado por Lucas Moreno"; nombró en su reemplazo a D. José M. Gareta, y luego de una estadía de tres días, siguió Flores a Paysandú, adonde llegó el 9. [33] "Villalba es bien visto y debe hacérsele regresar" —agregaba Flores—; fue así que, pasada la tormenta, Villalba reapareció en octubre como caído del cielo, y siguió en la Jefatura como si no hubiera pasado nada. Pero no eran, aquellos, tiempos de largos sosiegos. A fines de octubre estallaba la contra-revolución de los partidarios de Giró, a saber: Dionisio Coronel en Cerro Largo, Diego Lamas, Bernardino Olid y J. Barbat, y el coronel Lucas Moreno, este último en Colonia. El 24 de noviembre volvía a salir Flores de Montevideo con tres compañías de infantería y un escuadrón de caballería; el 30 estaba persiguiendo a Diego Lamas por San José, siguiendo por la cuchilla Grande rumbo a Mercedes, de donde Villalba había vuelto a irse. El 23 de noviembre llegaba Báez a Mercedes con treinta hombres, tomando, junto con Gareta, el mando del departamento; Báez entretanto trató de atraerse a Máximo Pérez, no consiguiendo su objeto, tal como se advierte por el siguiente documento: "Cnel. D. Dgo. García en su campo, Mercedes, 9bre. 24/1853. Mi Coronel: cumplo con el deber de anunciarle mi llegada a este punto que encontré en perfecto sosiego, aquí, señor no hay enemigos, pues que según estoy informado los perturbadores del orden público han desaparecido. Sin embargo su presencia en ésta la considero necesaria, yo permaneceré en este punto hasta cuando V. S. ordene. He quedado conbenido con José M. Gareta y de toda ocurrencia me apresuraré a informarle. El Cne. Báez, ha benido a pedimento del mismo Gareta para ayudar a establecer la confianza. Me invitó a acompañarlo a lo que no creí deber consentir, limitándome a esperar las órdenes de V.S. Su affmo. servidor Máximo Pérez— P.D. Francisco Albín y Dn. Felipe Sosa les mandan recuerdos a Desiré y que vengan sin cuidado alguno". [34] El donante del documento, Sr. Mariano B. Berro, agrega una punzante "Nota: no sabía escribir esta fiera sanguinaria".

"Una gavilla mandada por Laguna y Corrales" había logrado desembarcar el 20 en Soriano, y atacando ese mismo

33 Aureliano Berro, "Bernardo P. Berro", pág. 155. Montevideo. 1920, y "El Orden", diciembre de 1853, Montevideo.

34 Archivo General de la Nación, Montevideo, caja 95.

día Dolores con veinte hombres, ultimaron allí al Comandante Timoteo Domínguez. [35] El 25 era Benitez quien desembarcaba al mando de sesenta hombres en Soriano, hacia donde salió Báez en la madrugada del 26 con treinta hombres, mientras se comentaba ya que "es muy probable que esté de acuerdo con los del desembarco". Se supo luego que Báez había entrado en Colonia, y que, adhiriéndose a la revolución, había procedido a remplazar las autoridades nombradas por el Gobierno Provisorio. Flores, al frente de trescientos hombres, escribía el 2 de diciembre que seguía rumbo a Mercedes y Colonia, y que Lamas huía con ciento cincuenta revolucionarios; [36] de inmediato le ordenó a Nicasio Borges que disolviera la reunión convocada, por haber desaparecido las causas que la motivaran. El día 5, Flores deshace una fuerza de ciento veinte hombres, matando a su jefe Manuel Pereira; siguió luego hacia Las Vacas en busca de Laguna y demás, llegando en la noche de ese día a Carmelo. Laguna, entretanto,, huía acompañado de treinta insurrectos; Lucas Moreno, por su parte, había desembarcado con veinte, y Báez se movía por el San Salvador con otros diez. El 24 de diciembre Flores chocó con Lucas Moreno en San Martín, resultando diezmada la caballería gubernista; debió formar cuadro a pie, incendiar el campo y refugiarse en los montes cercanos, luego de sufrir diez muertes y sesenta bajas más entre dispersos y heridos. Flores atribuyó la culpa del insuceso al coronel Diego García por su demora en incorporársele [37]. Diego García, en esos momentos, estaba muy ocupado; ese mismo día, en efecto, a las nueve de la mañana, Báez, al frente de los cien hombres que pudo reunir, era derrotado en el Paso de Paredes por Diego García; fue perseguido hasta Soriano, donde varios revolucionarios lograron huir en una ballenera; el "célebre baqueano de Oribe" se arrojó en los brazos de Juan Pío Suárez, quien intentó protegerlo, según comunicaba el mismo Diego García; los perseguidores más enconados fueron, según refiere Manuel Flores en su carta, "nuestros valientes Coraza y Pérez". [38] De ese modo Máximo, con su enérgica acción, resultó ser factor decisivo en la muerte del padre de su futura esposa, Josefa Báez, con la que habría de casarse en segundas nupcias quince años

35 "El Orden", diciembre de 1853.
36 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Guerra, caja 1457.
37 "El Orden", diciembre 15 de 1853 y días siguientes.
38 "El Orden", diciembre 28 de 1853.

después. Pero la responsabilidad de esa muerte, según los "Anales" de Mariano B. Berro, recayó en el propio Diego García, quien había dado orden drástica de liquidar a Bernardino Báez.

Moreno quedó desde entonces sin reservas que le permitieran aprovechar su éxito parcial; es así como el 30 era alcanzado y derrotado completamente en las Viboras por Venancio Flores, no quedándole otro recurso a Moreno, Cipriano Cames (futuro protector de Máximo) y otros jefes, que huir para la Argentina, mientras Dionisio Coronel, Barbat y Olid, perseguidos por Anacleto Medina, buscaban refugio en Río Grande.

Vencida la revolución, empezaron a agudizarse las disidencias entre los colorados; como primera consecuencia, al mes de la dictadura de Flores renunciaban Lorenzo Batlle a su Ministerio y Juan Carlos Gómez a su redacción del diario gubernista "El Orden". Entre los floristas y los principistas, el Partido Conservador, surgido en el 53, se erigía en encendido portavoz de la Defensa, ostentando un exaltado liberalismo que contribuyó a derrocar al gobierno de Giró y a restaurar finalmente el caudillismo. [39] Manuel Herrera y Obes reconocía entonces que "el mal de nuestra constitución actual está en que no se cumple", y que "(no estaban preparados) para la existencia política que (se habían) dado". [40] Ante las elecciones del 54, recrudecieron la hostilidades, y Don Venancio optó por recorrer el país para "disciplinar" su electorado, "aleccionar" a los Jefes Políticos, para colaborar en la pre-fabricación de las listas de su partido. Los conservadores (Juan Carlos Gómez, Muñoz, Batlle, Bustamante, César Díaz) iban siendo así gradualmente desplazados por los personalistas. "La nacionalidad oriental —decía su inflamado portavoz Juan Carlos Gómez— será grande el día que haya importado toda la civilización de las naciones más cultas de la tierra".. Había pues que borrar y empezar de nuevo; con el Uruguay, tal como surgía, fecundo en fuerzas desordenadas pero repletas de energías promisoras, con ese Uruguay no había que contar para nada y considerarlo como inexistente. Pretendían hacer del Uruguay un país teórico, en base a Rousseau, Locke y Montesquieu, según versiones de Tocqueville y Laboulaye; un país sin memoria ni pasado; peor aún: un país avergonzado de su pasado.

39 Juan E. Pivel Devotto, obra citada, tomo I, capítulo V.
40 Ibídem, tomo I, pág. 227.

Aquellos adalides confundían la cultura y su trabajoso, imprevisible surgimiento, con la aplicación desnuda y textual de formulas importadas. Se pretendía borrar todo lo que había de veraz y genuino en nuestra patria naciente, para colocar en su lugar las galas ajadas de una civilización extraña, actitud derivada de una incapacidad radical para comprender la realidad concreta en que vivían.

Las elecciones del 5 de febrero de 1854 consagraron el triunfo del florismo. La ingerencia electoral de Flores fue entonces indisimulada. "Me intereso, no como miembro del gobierno, pero sí como simple ciudadano, en que Ud. (el Jefe Político) trabaje por el triunfo de la lista que le adjunto" [41] Electo Presidente el 12 de marzo de 1854, D. Venancio ofreció un indulto general, pero el malestar subsistía.

Mientras el Partido Blanco, que habría de constituirse según Acta secreta en abril del 54, reagrupaba sus fuerzas, los conservadores aparentaban un apoyo al gobierno que sus maniobras no confirmaban. Fue entonces cuando Flores creyó necesario ampararse en un ejército brasileño de cinco mil hombres, el cual se estableció en Montevideo para respaldar la estabilidad política del país, con grave peligro para nuestra independencia.

A la campaña, en su mayoría analfabeta, no podía hacerle mucha mella la oposición enconada de los principistas; pero, por las dudas, Flores dictó una rigurosa ley de imprenta que, prácticamente, no se puso en ejecución; así es como al año siguiente, el 20 de agosto de 1855, Flores debía decidirse a derogar esa ley inocua.

Las elecciones del 54, ausente el Partido Blanco, habían pues consagrado un fácil triunfo del florismo. Los conservadores habían transado con los floristas a último momento y Flores pudo ejercer su predominio paternal y directo, no concediéndole a la ley sino la mínima atención que merecía, a esa ley que en esa época servía, según el interés de quienes la aplicaban, para los barridos y fregados más bizarros. Don Venancio sabía escuchar a los "doctores", pero sabía distinguir a los que tenían sentido práctico de los teorizadores. M. Magariños Cervantes, replicando el conciliador manifiesto de Andrés Lamas, decía entonces con acierto. "Es un error creer que porque participamos de los beneficios de la civilización europea, pode-

41 Juan E. Pivel Devoto, obra citada, tomo I, pág. 229

mos aparejarnos a esa civilización". [42]

En vano tomó Venancio Flores las precauciones que aconsejaban las circunstancias; en vano convocó la Guardia Nacional en todos los departamentos y ordenó requisar las armas de los particulares. En agosto del 55, blancos y conservadores unidos obtienen éxito en una asonada, y nombran Gobernador a D. Luis Lamas, con Lorenzo Batlle, Manuel Herrera y Obes y Francisco Solano Antuña como Ministros. Apoyado por las fuerzas que acudieron en su ayuda, Flores se aproximó el 31 de agosto a la ciudad, pero el 1º de setiembre debió transar, renunciando y dejando como Presidente a su amigo, el Presidente del Senado Manuel B. Bustamante, no sin haber sido antes llamado por la Asamblea "benemérito de la Patria".

La llegada en agosto de D. Manuel Oribe, propició un planteo más franco de la oposición de los "doctores" (blancos y conservadores congregados en la "Unión Liberal") contra los "caudillos", quienes firmaban el 11 de noviembre el resonante pacto de la Unión. En vano, dos semanas después, tentaba fortuna D. José María Muñoz; luego de cinco días de lucha en Montevideo, fue vencido y debió emigrar con varios de los suyos; poco después debían irse las fuerzas brasileñas cuya ingerencia en el motín llegó a ser censurada por Flores.

En esos años la vida familiar de Máximo Pérez había dado un vuelco fundamental. El 17 de julio de 1854 moría su padre D. Vicente Pérez. Pocos meses después, el 27 de abril de 1855, Máximo contraía enlace con Matea Correa [43] Fue pues a pocos meses de su casamiento que el caudillo debió ponerse a las órdenes de D. Venancio en las agitadas incidencias que reseñamos. Actuaron como testigos del casamiento Antonio Siniestro, tío materno de Máximo y Petrona Correa de Palacios, hermana de la novia.

La época seguía siendo de aguda pobreza y de permanente subversión. Hacía ya un mes que los conservadores no consumaban su acostumbrada revolución, pero, de acuerdo a los rumores que llegaban de Buenos Aires, ésta habría de intentarse a corto plazo. Se colocó a Venancio Flores al frente de la Comandancia General de Armas, y el 1º de marzo de

42 Ibídem, pág. 246.
43 Archivo de la Parroquia de Mercedes, libro tercero de casamientos, folio 47.

1856, D. Gabriel A. Pereira sostenido por los dos caudillos, era elegido Presidente por gran mayoría.

No sabemos qué actitud rebelde o sorprendente adoptó Máximo Pérez días antes de esa elección; nos quedan solamente como testimonio unas líneas poco explícitas que entresacamos de una carta enviada por V. Flores el 22 de febrero del 56 desde Montevideo al coronel Constancio Quinteros; dice en ellas: "La noticia que Ud. me dá de Máximo Pérez es un absurdo y un atrevimiento sin límites porque así están acostumbrados nuestros paisanos; mañana escribo por algún dinero que sale para aquél destino". [44] Se nos ocurre que Máximo no aprobaba el pacto celebrado por Flores y Oribe, y que ha bía obstaculizado de algún modo los trabajos electorales para los cuales se destinaba el dinero citado. No habían pasado 24 horas de su elección, cuando Pereira resolvió sacudirse el yugo de todo compromiso; envió, en efecto, sendas notas a Oribe y Venancio Flores, en las que les solicitaba que no se comprometieran en su tarea presidencial. Oribe creyó oportuno aceptar por el momento esa prevención, no así Don Venancio, quien contestó con una nota capciosa, actitud que le valió finalmente la pérdida de la Comandancia Militar. En esta ocasión Máximo Pérez, sabedor del desafuero de su jefe, roncó fuerte; plantó su banderola en son de guerra, y congregó en torno suya la cada vez más nutrida falange de sus partidarios. "Según las crónicas enviadas desde Mercedes a la prensa argentina, el Cnel. Máximo Pérez había reunido fuerzas, invocando instrucciones de Venancio Flores, para sofocar un movimiento revolucionario que se atribuía a los conservadores" [45] Máximo no andaba muy errado en sus cálculos; pocos días después, en efecto, se descubría en Montevideo una conjuración de dicha fracción, la cual se epilogó con el destierro de César Díaz, Francisco Tajes y algunos de sus dirigentes. El manifiesto conjunto lanzado en abril por Flores y Oribe en apoyo de Pereira, debió aplacar los ímpetus de Máximo, cuyas nerviosidades mantenían a Mercedes en un estado de permanente tensión. La opinión pública responsabilizaba a Flores de instigar esos y otros disturbios, por cuyo motivo el Gobierno lo sometió a visible vigilancia. Incapaz de soportar esa situación, dispersa en parte su legión de partidarios, Don Venancio sólo esperaba que su mujer diera a luz para irse, según se dijo

44 Archivo General de la Nación, Montevideo, caja 52.
45 Eduardo Acevedo, obra citada, tomo II, pág. 603.

primero, al Paraguay, a visitar a su amigo López. Le escribió al Presidente Pereira anunciándole su decisión, la que cumplió el 18 de agosto de 1856, resolviendo finalmente radicarse en Entre Ríos, donde compró bienes raíces y asumió la dirección de un saladero, luego de visitar a Urquiza en el Paraná.

La emigración de su jefe dejó a M. Pérez en una situación embarazosa; sus enemigos podían ahora concentrar sobre él su animosidad y no dejaron perder la ocasión. "Renombrado por su carácter altanero e inquieto, las autoridades de Soriano no veían con buenos ojos la presencia de Máximo Pérez en aquella zona y trataban de hacerlo emigrar" [46]

Hostigado sin pausas, el caudillo chaná optó finalmente por abandonar sus pagos, yendo a reunirse con D. Venancio, quien le proporcionó trabajo en un saladero del Ibicuy, empresa que fracasó al poco tiempo.

En un "Bosquejo Biográfico" de Máximo Pérez escrito con tanta emoción como cariño, Eduardo Flores relata la llegada del Caudillo Chaná a la estancia que su tío Manuel Flores, hermano de Venancio, poseía en Aroryo Grande. Fue una mañana de agosto cuando Eduardo, que entonces contaba once años de edad, y su padre Venancio, lo vieron llegar a la estancia a caballo. Conocido por todos, fue recibido con grandes muestras de cariño. Máximo se mostró "respetuoso y sumiso" con Venancio y Manuel Flores; "yo lo quise desde aquel día —escribe Eduardo—; aquella figura flaca pero simpática, aquel gaucho agasajado por los peones y visitas de la estancia y por los compañeros de mi padre me gustó"... "Tenía fama de valiente"... "y no sé qué de comunicativa expansión que Máximo Pérez poseía tratado en la intimidad"... "Cuando supe que Máximo iba a ser nuestro compañero me puse contento, y ya en camino, le entregaba familiarmente el abrigo para que me aligerase de su peso". Según una versión algo extremada de Eduardo Flores, Máximo llegaba a los treinta años "enfurecido, como la fiera herida o engañada, contra su destino, pugnando por romper los barrotes de su círculo, o por arrancar la espina punzadora del dolor y del remordimiento que las desgracias y el delito han puesto en su corazón y en su conciencia. Había vivido entre gauchos y matreros, huyendo del ejército y la estancia; pero "no se avenía con su vida de matrero"... "cuando matrereó, fue un hombre desgraciado y no

46 José M. Fernández Saldaña, obra citada, pág. 1002.

un gaucho bandido"... "jamás un salteador de caminos". Lo impulsaba una "poderosa y tenaz aspiración al bien", y lo asediaba la idea de rehablitarse, de hacer una vida que sentía prometida a más altas empresas. Conocía desde muy joven a Don Venancio, quizá desde que, en setiembre de 1839, fuera éste comisionado para organizar las fuerzas "de los departamentos que comprenden desde Porongos hasta Soriano, Mercedes e Higueritas". Y fue su protección la que trató entonces de buscar. Pero "la fatalidad perseguía al ex-matrero"; alguien notificó a Flores que el chaná lo buscaba con malos propósitos; Venancio comentó abiertamente ese infundio con Máximo, y ese fue el comienzo de una amistad que sólo habría de quebrantarse con la muerte. [47]

Se decía que, junto con Flores, se habían ido centenares de sus partidarios; al morir Oribe el 12 de noviembre del 57, Flores volvió a Montevideo solicitado por sus amigos; se produjo una sublevación en los departamentos que pareció amenazar a Montevideo; el 6 de diciembre luego de una tormentosa discusión con Pereira, Venancio Flores retornó a Entre Ríos con sus dos hijos mayores, a regentear, según se dijo, una de las estancias de Urquiza, camino que debió tomar también Máximo Pérez. Por esa época, el 3 de julio de 1856, nacía el primer hijo de su matrimonio con Matea Correa, Trifón Máximo, con cuyo nombre fue bautizado en la Parroquia de Mercedes el 18 de agosto de ese año, bajo el padrinazgo de Donato y Rosalía Mernies. [48]

Muerto Oribe, deportado Juan C. Gómez, el año 57 termina con el alzamiento de Brígido Silveira y de César Díaz. Aunque se acepta generalmente la total prescindencia de Venancio Flores, encontramos documentos que establecen sin lugar a dudas su inicial connivencia; en efecto, el 23 de diciembre del 57, Osuna le escribía a Juan Carlos Gómez: "Flores debía encontrarse con Tajes en los Laureles (Río Negro) y venir reunidos con la incorporación de todas las fuerzas a Montevideo. Tengo tan poca fé en Flores que dudo de su concurso hasta ver más claro" [49] El 28 de diciembre, Osuna volvía a escribir comunicando que Flores seguía en E. Ríos, y preguntándose si

47 bis Eduardo Flores, en "El Ferrocarril", "Bosquejo Biográfico", julio 8 al 13 de 1882, Montevideo.

48 Archivo de la Parroquia de Mercedes, libro quinto de casamientos, folio 99.

49 Archivo General de la Nación, Montevideo, caja 52.

se debía a una "retracción" o a simple demora. Según relata Eduardo Flores en la mencionada biografía, Máximo tomó una "parte insignificante" en la rebelión de César Díaz. Sobreponién dose a su disgusto de la política, Venancio había resuelto apoyar a los revolucionarios, pero postergó su decisión para no provocar disensiones. Despachó un chasque, y se le contestó con otro firmado por Tajes, Freire y otros jefes, urgiéndole su incorporación. También le escribió César Díaz, pero su carta no llegó a destino. Consumado a fines de febrero el desastre de Quinteros, Máximo volvió a trabajar con Flores en la estancia de Ibicuy.

Poco tiempo después, y según consta en el Archivo del Estado Mayor del Uruguay, aquel grupo de orientales, decepcionados del juego político con que Urquiza lo senvolvía, se escapan mediante una treta en el vapor "Rivera", surto en el Ibicuy. Con Flores y Pérez, iban Caraballo, Sandes, Mauricio Grané, Ceferino Plaza, Fausto Aguilar y Gregorio Pérez, hermano de Máximo. Todos ellos dispuestos a pelear con Mitre contra Urquiza. [49 bis]

Se sabe cuán destacada fue la intervención militar que le cupo a Flores al servicio de la política de Mitre: el 29 de octubre de 1859, en la derrota de Cepeda, el 17 de setiembre del 61 en Pavón y en noviembre del 61 en Cañada de Gómez, donde Don Venancio venció al general Virasoro. Máximo Pérez y otros orientales que lo acompañaron intervinieron en esa campaña, la que sirvió para estrechar más aún los lazos que unían al caudillo chaná con D. Venancio, a quien "Máximo siguió siempre como si fuera un apóstol; en todas estas batallas y en muchos otros encuentros en los campos, y ataques en los pueblos, es que realiza Máximo Pérez sus ambiciones de gloria, operando así su conversión definitiva al bien". [50]

Recién el 28 de agosto de 1861, solicitaba Mitre que Venancio Flores, Caraballo, Aguilar y otros jefes fuesen dados de alta, "para no dejarlos en el aire, como antes", y hacerlos así ingresar al escalafón militar argentino. [51]

Nuestra República, a raíz de las notorias ingerencias de la Argentina en los sucesos del 58, decidió romper relaciones con el Gobierno de Mitre. Dos años después, D. Bernardo P. Be-

49 bis. Augusto I. Schulking, "Historia de Paysandú", tomo I, pág. 205, Buenos Aires, 1958.

50 Eduardo Flores, artículo citado, en "El Ferrocarril" del 8 de julio y días siguientes.

rro era elegido Presidente de la República; en esa ocasión, un grupo de vecinos de Mercedes encabezado por D. Joaquín T. Egaña, ex-jefe Político, dirigió a Pereira un "voto de gracias", entre otras cosas, por haber apartado "los elementos del mal. [52]

En 1856 la Jefatura estaba desempeñada por Egaña, con Avelino Delgado como secretario de la Junta; Juan M. Fernández Braga quedaba como sustituto de Egaña durante las largas recorridas que hacía éste por campaña. [53]

Berro, cuyo programa de gobierno incluía mejoras loables, había ya expresado, en su "Catecismo de la Doctrina Puritana Cimentadora", su deseo de instaurar la "Dictadura de la ley", "abatiendo la autoridad personal"; con ese objeto, el 24 de abril del 60 separó las Jefaturas de las Comandancias; intentaba con esa medida socavar la institución del "coronel", nombrando en carácter de jefes a vecinos de escaso ascendiente y de carácter equilibrado y tranquilizador. Compartía así la tesis del proscripto Juan C. Gómez, quien poco antes había escrito: "contra este torrente de intereses y elementos inmorales que tienden al caudillaje, no hay otro dique que la inflexibilidad de los principios". [55] Esa "inflexibilidad" no le impidió a Berro fomentar a su modo la presión oficial, presión que se hizo sentir, aunque sin mayor ostentación, en las elecciones del 60. Berro había expresado: "mi opinión en el negocio de las elecciones, es que los departamentos obren por sí y se emancipen de esa tutela perniciosa en que se les quiere mantener". [56] El pueblo sabía que los pleitos nacionales no se resolvían en semejantes elecciones; de ahí que el caudillo, concreción de la única soberanía libremente ejercida, siguiera siendo una institución cuyo desconocimiento sólo podía producir las perturbaciones que se sucedían cada vez que la ley o los principios aspiraban a la "inflexibilidad". En aras de tal "inflexibilidad", la Constitución del año 30 había establecido un sufragio "universal" que excluía al noventa por ciento de la población de la campaña. Los incisos 2º y 5º del Artículo 11, en efecto, suspendían la ciudadanía a los analfabetos, a los "sirvientes a sueldo", a los "peones jornaleros", y a los "notoriamente vagos"; se le-

---

51 Datos extraídos del Archivo Mitre, Buenos Aires.

52 Eduardo Acevedo, obra citada, tomo III, pág. 21.

53 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, caja 1062.

54 Justo Maeso "Leyes", etc. pág. 23, Montevideo.

55 "El Nacional", mayo 1º de 1857, Montevideo.

56 Aureliano Berro, obra citada, pág. 185.

galizaba de ese modo la exclusión casi total del trabajador campesino, en beneficio de una delgada capa de alfabetizados, los cuales eran los privilegiados a quienes les correspondía interpretar la voluntad "popular". La campaña se sentía proscripta, desalojada de un país que había liberado con su esfuerzo y con su sangre; de hecho, la única elección en la que en realidad ejercitaba su soberanía, era la del caudillo, cuyo amparo lo obligaban a buscar esos preceptos constitucionales. El deseo que podía quedarle de intervenir en la dirección de los asuntos públicos, podía entonces manifestarse solamente en las elecciones de Alcalde Ordinario, establecidas en torno a personas que eran conocidas sin intermediarios, y que, además, corporizaban las tendencias naturales del medio en que surgían.

En Mercedes, en aquellos años, esas decisiones producían una verdadera fiebre popular, con los trastornos y choques consiguientes. En 1860 fue elegido Pedro Espinosa (suplentes Cajaraville y V. Acosta) por 168 votos, contra 71 para Eduardo Fregeiro (suplente Manuel Fontans y Francisco Haedo), 31 para M. Chopitea y seis para M. Bazurco. Para la Junta fueron elegidos José P. Amilivia, M. Molina y Haedo, G. Sánchez, José M. Gareta y A. Delgado, con 260 votos cada uno, dando lugar la elección a diversas protestas. En el 61, sale electo el irascible notario José Eduardo González (hijo de "Chaqueta") con 180 votos, por lo que se aplacó la agresividad con que mantenía una denuncia contra Avelino Delgado, a quien acusaba de llevar protocolo sin la autorización debida. [57] Pero elección borrascosa fue la que se realizó el 1º de enero del 63. Los ánimos estaban ya exaltados por las violentas polémicas que sostenían los dos periódicos, ambos de tendencia blanca: "El Eco de Río Negro" con "El Chato" Cajaraville, y "El Imparcial", con Carlos Grandmont. "El Eco" titulaba un artículo "Atrás la canalla", y "El Imparcial" contestaba con otro "¡A Caballo!" exhortando a los GG.NN. a enfrentar la situación y la guerra inminente ofreciendo el sacrificio de sus vidas. "El Eco" repetía que el departamento, bajo la Jefatura de J. M. Fernández Braga, era un desquicio, y los insultos menudeaban, aunque "El Imparcial" moderó su estilo luego de un anunciado cambio de redactores. "El Eco" le daba a su contrincante lecciones de cultura como la siguiente: "Cada escritor por más que sea un cangalla, es dueño de ser más o menos culto en sus

57 Archivo del Juzgado de Mercedes, legajo 1860, archivados 28, 29 y 36 y legajo 1861, archivado 106.

formas"; a una solicitada insultante de "El Imparcial", le contestó que le provocaba "una genial repugnancia todo lo que no era digno" y que "la injuria de los hidrófobos no son injurias sino babas" (frase, según parece, plagiada a "La Nación Argentina") [58] El día de la elección, realizada en el atrio de la Iglesia, Cajaraville, que veía que las cosas no le rodaban bien, aprovechó un tumulto que se suscitó en la plaza para levantar la mesa, revolver en mano, pese a contar con la debida protección de la policía. El escándalo que estalló entonces en ia plaza fue descomunal; según el informe policial, "las trescientas personas presentes se pusieron a pelear simultáneamente"; entre otros incidentes, el procurador Mariano Acosta, un amigo de Cajaraville que tenía acusaciones de "negligencia culpable" pendientes, repelió la agresión de Domingo Otero (a) "Moreira", de Palmitas, matándolo de varios balazos; Acosta fue perseguido, refugiándose en lo de Fregeiro (en la esquina de Colón y Florida), para escapar finalmente por la casa de un vecino; uno de sus hermanos estuvo en un tris de ser degollado por el comisario Tapia; otro de los que cobró su parte fue el comandante Pablo Mernies, quien, con sus hermanos, se unió a los perseguidores de los Acosta, siendo a su vez agredido a rebencazos por el moreno Dionisio Viera, cochero de Eduardo Fregeiro. Se acusó como instigadores del escándalo a José y Juan González, Avelino Delgado, Clemente Fregeiro (tío del historiador homónimo), Toribio Lara, Eduardo Díaz, Manuel y Nicolás Olivera, Dionisio Viera y otros, firmando la protesta Donato y Alejo Mernies, Francisco Acosta, teniente coronel F. Sosa, Manuel Pérez, Arachichú, Luis Federico Albín, Z. Casal, P. Mernies, etc. Acosta recusó al sumariante, el Juez de Paz M. Fontans,, aduciendo que éste había tomado parte activa en el suceso. [59] En correspndencia enviada a "El País" [60] por Antonio González Sampayo, se criticaba a "El Imparcial" por calumniador, así como los sermones belicosos del padre Irasusta, quien parece que también echó leña al fuego. El día de la elección Cajaraville habría sido amenazado por el Jefe Político Juan M. Fernández Braga con ponerle "barra de grillos"; parece que Braga dio la orden de "¡Mate!", siendo Acosta salvado de la muerte por M. Fontans; Braga habría sido quien des-

58 Archivo del Juzgado de Mercedes, legajo 1857, y "El Eco del Río Negro" del 7 de noviembre de 1862, Mercedes.
59 Archivo del Juzgado de Mercedes, legajo 1863, archivado 35.
60 "El País", enero 17 de 1863, Montevideo.

pués ordenó asaltar las casas de las familias Grané, Mortula, Fregeiro, Quiñones,, Chopitea y Capdevila, todos partidarios del candidato Rafael Rodríguez

En marzo se realizaron de nuevo las elecciones con gran asistencia, venciendo D. Venancio Acosta por 359 votos contra 290. [62] Un total de 649 votos contra los escasos 95 que se habían computado el año anterior en Montevideo; de esa ansia de los mercedarios por votar, es muestra la representación que más de doscientos GGNN. del departamento elevaron por ese entonces al Senado, solicitando se le concediera a los analfabetos (la gran mayoría de la población) el derecho a votar, solicitud que fue finalmente denegada. [62] Poco después, reaparecía "El Eco".

Tal era la situación de Mercedes cuando se produjo la cruzada de Flores: desengaño, fastidio, un difuso resentimiento contra una sociedad que defraudaba las aspiraciones de todos; las pasiones electorales prendían así en almas dispuestas a cualquier cosa; esa agresividad era la revancha que se tomaba un amor malogrado, sin oportunidades, un sentido de la simpatía y de la justicia que encontraba cegadas sus salidas naturales.

En cuanto a la situación nacional, los esfuerzos de Berro por concretar una amnistía aceptable dieron mediocre resultado; en setiembre del 62, algunos emigrados se acogieron a los beneficios acordados, no así Flores, cuya connivencia con el Presidente Mitre mantenía en vilo al Gobierno oriental. Algunas cartas interceptadas, en las que Flores invitaba a Manduca Carbajal y a otros de sus amigos a secundarlo en su empresa revolucionaria, acentuaron los temores reinantes. Se sabía que Flores estaba en Buenos Aires y que administraba los establecimentos ganaderos de D. Gregorio Lezama. En cuanto a Máximo Pérez, no acompañó a D. Venancio a la capital argentina, pasando a nuestro país en fecha no conocida, pero que puede suponerse alrededor de setiembre del 62; entregado a los trabajos proselitistas con la vehemencia que lo caracterizaba, hubo de producirse alguna incidencia (Manuel Flores, hermano de Venancio y estanciero en San José y otros, fueron apresados entonces a raíz de análogos trabajos) que lo obligaron a ampararse bajo el prestigio del comisario de San José, Cipriano Cames,

62 Ibídem, marzo 10 de 1863.
63 Eduardo Acevedo, obra citada, tomo III, pág. 37

a cuyo servicio continuó hasta producida la revolución, [64] en circunstancias que más adelante narraremos; Cipriano Cames era un prestigioso comandante blanco de destacada actuación en la Guerra Grande ("fue el que bebió la sangre del primer oriental degollado por la invasión del 43" decían sus enemigos de "El Nacional"), [65] actuando en el 57 bajo el mando del coronel Rafael Rodríguez, y siendo acusado entonces de las eje cuciones de los italianos en Paso del Pache; su intervención salvó entonces la vida al comandante colorado José Mora. Cuando Máximo se puso a sus órdenes, Cames era teniente coronel de los GG. NN. de San José desde junio del 62, año en el que había amagado una revuelta a favor delVicario Jacinto Vera [66]

Aunque tanto blancos como colorados, en Montevideo, condenaban los conatos de Flores, escisiones recientes en filas blancas (los "amapolas" de Moreno y Olid, contra los vicentinos de Berro) creaban una inseguridad aprovechable, acentua da por la malquerencia que demostraba Urquiza respecto a Berro. A la división que paralizaba el Partido Blanco, se le agregaba la oposición con que la Cámara de Representantes obstruía la acción del Ejecutivo, así como la indefinición en que se mantenía el Senado. La renuncia colectiva impuesta por Berro al Ministerio de Acevedo, motivada por discrepancias insalvables a propósito de la Ley de amnistía general, la posterior renuncia del Ministerio de Arrascaeta a raíz del conflicto eclesiástico promovido por la destitución del cura Brid y el destierro del Vicario Vera que le sucedió, configuraba en conjunto una atmósfera de inseguridad y rebeldía. Flores, que contaba con el franco apoyo del Presidente Mitre, aceleró, oteando perspectivas favorables, sus preparativos, de invasión. El 3 de marzo del 63 solicitaba ser dado de baja en el Ejercito Argentino, en el cual había llegado al grado de Brigadier General. Flores quería adelantarse a José M. Muñoz y Juan C. Gómez, que planeaban promover un levantamiento para las elecciones de noviembre, aunque Gómez, finalmente, se decidió por apoyar la revolución. El 16 de abril, terminados sus preparativos, Flores se embarca en el "Caaguazú", barco puesto a su disposición por el Ministro de Guerra y Marina de la Argentina D. Juan Gelly y Obes.

64 José M. Fernández, Saldaña, obra citada, pág. 1001.
65 "El Nacional", agosto 19 de 1857, Montevideo.
66 Jos. M. Fernández Saldaña, obra citada, pág. 272.

CAPITULO III

La revolución de 1863

Primeras etapas. — Incorporación de Máximo Pérez. — En Mercedes. — Batalla de Coquimbo. — Después de Coquimbo. — Victoria en Averías. — Segunda ofensiva contra Montevideo. — Tercera incursión de Flores. — Asedio de Mercedes. — Victoria de Cerros Blancos. — Nuevo asedio de Mercedes. — Toma de Mercedes. — Combates del Bequeló. — Nueva incursión sobre Montevideo. — El mes decisivo. — Flores en el Gobierno. — Yatay.

La invasión de Flores no pudo ser de ningún modo una sorpresa para los gubernistas. Ya el 4 de marzo, en efecto, Benjamín Gadea le escribía desde Concordia a Diego Lamas, Jefe Político de Salto, informándole que Flores había ido al Palmar para verse con Nicasio Borges y otros conspiradores, luego del regreso de uno de los hijos de Don Venancio del Uruguay, adonde había ido a realizar trabajos preparatorios. En otra carta, fechada el 28 de marzo, Gadea comunica haber sido informado por un emigrado oriental que la invasión se produciría antes del 15 de abril, entrando Flores por Soriano o por el rincón de las Gallinas (tal como después aconteciera), Fausto Aguilar por el Arroyo Negro, y otros jefes provenientes de Buenos Aires por Corrientes; "hay que creer o reventar", decía al final; [1] pero Lamas se obstinó en no creer; por lo menos, no hizo nada que demostrara que creía.

Fue así que en la noche del 16 de abril del 63 Venancio Flores se embarcaba en el Tigre, acompañado

* Véase "Revista Histórica", Tomo XXIX, págs. 259 a 322.

1 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Guerra, 1863.

del coronel Francisco Caraballo, y de dos asistentes: Silvestre Farías y el teniente coronel Clemente Cáceres. El día 19, a los treinta y ocho años exactos de la Cruzada de Lavalleja, los cuatro revolucionarios desembarcaban en la estancia de D. Genaro Elía, situada entre Fray Bentos y Paysandú, "donde tomaron caballos, dirigiéndose al Queguay y pasando de noche a tres cuartos de legua de Paysandú". Así cruzó Flores hasta la frontera, habiendo corrido el riesgo de caer en manos de la policía en el departamento de Salto, pero pudo escabullirse gracias a la abulia de Lamas, Jefe Político del departamento, y a la de un comisario que, "sabiendo donde estaba Flores con ocho o diez hombres, postergó su captura para el siguiente día porque no podía dejar una carrera que tenía que jugarse, so pena de perder el depósito". [2]

En su proclama, fechada el 20 de abril, Venancio Flores exhortaba a "libertar a nuestros compatriotas de los vejámenes que sufren", y a combatir "los escándalos originados en la bárbara hecatombe de Quinteros". [3] Al frente de su pequeño grupo estaba dos días después en las Puntas del Queguay, buscando el modo de que se le incorporaran los contingentes ya preparados en Corrientes y Río Grande. A fines de abril, habiendo atravesado la república hacia el norte, cruzó por territorio brasileño y recibió del general argentino Nicanor Cáceres una división de más de quinientos hombres. [4] Venían allí, entre otros, Nicasio Borges y Caraballo, el que siguió operando unos días por su cuenta. Amagó luego Flores un avance sobre Salto, llegando al Itapebí el 2 de mayo, [5] para volverse luego con hábiles movimientos hacia el noreste; el 19 de mayo cruzaba el Arapey, donde logró la deseada incorporación de Goyo Suárez con una partida de brasileños, en tanto Caraballo quedaba hostigando la ciudad de Salto al frente de doscientos hombres. Lamas, remiso en sus movimientos, intentó allí copar al invasor, pero Flores, en una hábil gambeta, recruzó rápidamente el Arapey el 21 de mayo más al oeste, y en rápidas marchas hacia el sur, llegó el 22 al Daymán luego de recoger en el camino

2 Antonio H. Conte, "La Cruzada libertadora", pág. 12, Montevideo, 1891.

3 Ibídem., pág. 13.

4 Eduardo Acevedo, obra citada, tomo III, pág. 51.

5 Antonio H. Conte, obra citada, pág. 18.

las fuerzas de Caraballo y de apresar la diligencia a Tacuarembó, "dejando a Medina y a Lamas buscándolo sobre la frontera del Brasil". [6]

La primera etapa, la más difícil, se había cumplido con exactitud cronométrica, aunque no sin haber corrido "mil vicisitudes e inconvenientes". Timoteo Aparicio, burlado por Caraballo, quedaba en los alrededores de Salto, en tanto Lamas y Medina, advertidos de su engaño, intentaron volver rápidamente hacia el sur, debiendo salvar las crecidas a que habían dado lugar las últimas lluvias.

Flores había sabido tender la red de cazar adeptos con rara prontitud y precisión; desde su campamento en el Arapey, donde estableciera su base desde el 22 de abril hasta el 1º de mayo, había enviado a Caraballo, recién incorporado, Cuareim arriba, a Fausto Aguilar hacia las puntas del Queguay, y a Modesto Castro hacia las puntas del Arerunguá, [7] en tanto él mismo iba a recibir las fuerzas de Suárez; consiguió de ese modo reunir un contingente de unos mil hombres, entre los cuales figuraban, aparte de los jefes ya citados, Fructuoso Gómez, Ventura Torrens, Wenceslao Regules, B. Enciso, J. Reina, Nicomedes Castro, Apolinario Vera, Cayetano Mesa, B. Milán, Francisco, Atanasio y Felipe Saldaña, Salazar, Villasboas, Arispe, Salvatella, José Correa, Blanco, José Arias, etc. [8] Pero le faltaba todavía a Flores el prestigio que procura una victoria; y esa victoria es la que habría de conseguir a breve plazo en los campos de Coquimbo.

"En la tarde del 23 de mayo, Flores acampaba en " el paso de Algarrobos del Daymán, habiendo emprendido marcha del paso del Potrero de Arerunguá, internándose entre los flancos de tres gruesas columnas " enemigas que le buscaban.

"No bien había dado principio a la carneada, cuando " Modesto Castro, a quien había hecho en esos días capitán, le traía el parte de que el general Medina con " todo su ejército se encontraba en marcha a dos leguas " de ellos.

---

6 Ibídem., pág. 15.

7 AURELIANO BERRO, "De 1860 a 1864", págs. 165 y siguientes. Montevideo, 1921.

8 Ibídem., pág. 163.

"Flores, vivaqueó ligeramente, poniéndose en marcha, " pasando el Queguay chico por la picada de las Piedras, " vadeando el Queguay Grande por el paso de Andrés " Pérez.

"Flores al dar el recibo de las reses que había hecho " voltear, aumentó el doble el número de ellas.

"El dueño de la hacienda no quería aceptar recibo " de Flores, en obsequio a la vieja y sincera amistad que " profesábanse mutuamente; pero Flores, agitando el " recibo, prosiguió: lleve amigo viejo esta constancia, que " tal vez no pasen muchas horas antes de que Medina se " la pida. Entonces General, quiere decir, que por mi inter- " medio quiere hacer saber a los blancos, que su columna " es un pequeño ejército de Jerjes.

"El morador de los campos de Algarrobos, se des- " pidió de Flores, marchando hacia su establecimiento, " que distaba una legua de aquel paso.

"Tan pronto llegó, ya se encontró con el Ejército de " Medina, llegando a las casas del coronel Cipriano Cames, " mandado en comisión por Medina a saber el rumbo que " en su marcha llevaba el general Flores, y qué número " de fuerzas iban con él.

"El estanciero le dijo al coronel Cames que no podía " decir de un modo preciso el número de los hombres que " acompañaban a Flores, entregándole a Cames el recibo " de las reses carneadas por éste.

"Cames, después de dar cumplimiento a su comisión, " volvió, a invitación del dueño de casa a cenar acompa- " ñado de algunos oficiales: durante la comida, el coronel " Cames recordó a Medina, diciéndole al invitante que " Medina le había prevenido que no se descuidara con el " tachero.

"El estanciero que no era muy manco, como dicen " nuestros paisanos, le contestó a Cames que ninguno " había sido más tachero que el mismo Medina, que desde " muchachos se conocía y casi habían nacido en el mismo " pago, así es que hemos sido muy amigos y nos conoce- " mos bien. ¡Qué quiere paisano! — dijo el Coronel —, los " tiempos cambian.

"El Coronel Cames recordaba los tiempos de su mo- " cedad y de cuando en cuando presentaba al dueño de la " casa algunos de los oficiales que iban llegando a la " merienda.

"Uno de estos oficiales se había sentado en uno de

" los rincones del comedor, sin sacarse el sombrero, sólo " y silencioso, no había querido sentarse a la mesa.

"El Coronel Cames, tan pronto terminó la comida, se " disculpó con el dueño de la casa, diciéndole que no se " demoraba más, en razón de que tenía que estar al frente " de su División.

"—Y ahora paisano, si no puedo volver a despedirme " de Ud. y si llega otra vez por aquí el indio Flores, dígale " que se vaya del país, que no ande zonzeando, que no pase " tanta mala noche y nos la haga pasar a nosotros, que " yo llevo en mi División más colorados que los que él " tiene, y que se mande mudar del país si no quiere caer " en nuestras manos.

"¿No vé, paisano, que traigo aquí conmigo, hasta el " Capitán Máximo Pérez, uno de los hombres de su con- " fianza que le acompañó en la estancia de Entre-Ríos?

"—¿Y dónde está el Capitán Pérez, Coronel Cames?

"—Creí que usted paisano conocía a mi compadre " Pérez; es aquel que está en aquel rincón, de sombrero " puesto, tal vez porque no lo moje la garúa, que no ha " querido cenar; pero, no vaya a creer paisano que es gau- " cho desprevenido, nunca lo agarran "sin perros": Yo no " sé cómo hace mi compadre; el carnear con cuero está " prohibido en el ejército, y cuando vamos en marcha, me " convida con algún pedazo de buen fiambre, que trae " entre caronas; esta tarde me regaló un tremendo pedazo.

"El Coronel Cames presentó al dueño de casa al Ca- " pitán Máximo Pérez, diciéndole: —Venga compadre " Pérez, le voy a hacer conocer un criollo como nosotros y " de su mismo "pelo".

"Al montar Cames a caballo, volvió a repetir al dueño " de casa, que no se olvidara si veía a Flores, de decirle " que se fuera del país; el Capitán Pérez contestó a Cames, " diciendo: —"Mire Coronel Cames, que usted se equi- " voca; el indio Flores nos va a hacer pasar mucho frío, " muchas aguas, nadar mucho y muchas malas noches; " el indio es "ariscón", no es "mancarrón" de parar a " mano, es difícil ponerle las caronas, y no lo vamos a " agarrar maturranguiando, como a los pobres de Quin- " teros.

"El estanciero tomó el pretexto de descolgar de su " apero un lindo pellón tucumano, y cuando ya había mon- " tado a caballo Pérez, le llamó diciéndole: Tome Capitán

" este pellón, es un regalo de un "chaná" como Ud., y en " voz baja agregó: El General Flores me acaba de decir " que si venía con su compadre Cames, le dijese que él " contaba con usted.

"El Capitán Pérez se quedó asombrado de la franqueza " del estanciero, sin embargo que éste no hacía más que "ser el portador de la recomendación del general revolu- " cionario." [9]

Poco después, habiendo ya marchado varias leguas en procura de Flores, "Cames, alargándole la mano (a Máximo Pérez) le dijo: —Llegó el momento de ir a juntarte con los tuyos" "y Máximo Pérez, estrechándola, puso rumbo donde debían estar sus compañeros." [10] Episodio de sabor antiguo y que señala el momento en que el caudillo chaná se une a la Cruzada, después del 23 y antes del 28 de Mayo, fecha en la que ya se registran actividades suyas.

Según otra — en parte increíble — versión, Cames estaba acampado con la División San José cerca de este pueblo, adonde Máximo Pérez había ido a visitar a un hermano suyo. Una tardecita, estando ya de regreso, se le ocurrió al caudillo chaná ir a saludar a su viejo amigo Cames, quien le habría dicho a su gente:

"—Háganles saber a sus respectivos escuadrones que al primer hombre que se aparte esta noche del campamento lo voy a hacer lancear." De ese modo habría podido Máximo salir indemne de su peligrosa ocurrencia.[11] Según Eduardo Flores, luego de abrazarlo, Cames le dio a Máximo su mejor caballo.

Luego de marchar toda la noche del 23 bajo fuertes chaparrones, [12] Venancio Flores pasó el 24 por la Puntas de San Francisco, desde donde pasó a hostilizar la ciudad de Paysandú con ligeras guerrillas; continuó luego a marchas forzadas hacia el Sur, llegando el 25 a orillas del Río Negro. Allí acampó brevemente [13] en lo de Roberto

---

9 Tomás Gomensoro y Villegas, "Héroes olvidados", pág. 37 y siguientes, Montevideo, 1908; dice al autor: "este episodio nos fue narrado por el mismo coronel Pérez el día 28 de agosto de 1864 en los suburbios de Mercedes".

10 José M. Fernández Saldaña, obra citada, pág. 1003.

11 José L. Martínez, "Laderas y cumbres", Montevideo, 1935.

12 Tomás Gomensoro y Villegas, obra citada, pág. 41.

13 Marino C. Berro, memorias inéditas, según relatos del Pay Roque.

Young (nombre que el Pay Roque pronunciaba Yon), mientras enviaba partidas a requisar caballadas al Rincón de las Gallinas, Yapeyú y otros puntos. El 30 cruzó con su contingente por la picada de Borchez; con Máximo Pérez como baqueano, [14] siguió Cololó arriba, enderezando luego hacia Mercedes, a cuya vista se hallaba el 31.

En Mercedes se vivía todavía el ambiente de tensión y de desunión que había hecho crisis en las dramáticas elecciones de ese mismo año.

Para empeorar las cosas, en marzo reaparecía "El Eco del Río Negro", "uno de los dos campeones que logró dividir y enemistar a la Sociedad de Mercedes," y cuya aparición saludaba "El Imparcial", su rival, llamándole cariñosamente "pasquín anónimo". Los servicios públicos padecían de una incuria ilevantable: "el Administrador de Correos lo tiene medio abandonado: la Junta Económico Administrativa no existe prácticamente; el cura Amilivia está grave, y se solicita la venida de Brid, quien había sido destituído de la Matriz, para que lo sustituya". Los urbanos habían desertado en gran número, los músicos quedaron reducidos a seis, las obras de la iglesia se pararon y la campana principal, para colmo, se rompió. El Jefe político, D. Juan M. Braga, estaba enfrascado en un arduo litigio con D. Antonio González a raíz de las antedichas elecciones, de cuyas resultas, y luego de una deposición decisiva de Manuel Fontans, González fue condenado a dos meses de prisión.

En medio de ese ambiente agitado, la noticia de la invasión vino paradojalmente a apaciguar los ánimos. [15]

Pero la situación militar del departamento no era por cierto tranquilizadora. Apenas enterado de la invasión, el comandante militar de la Guardia Nacional coronel Egaña comunicó la carencia absoluta de fusiles, mientras que el Jefe Político Braga comunicaba el mismo día, 27 de abril, que sólo disponía de ochenta fusiles franceses a pistón, inútiles por carecer de bayoneta. La Guardia Nacional se componía de ciento ochenta hombres, y el piquete urbano de treinta y siete, pidiéndose con urgencia ciento cincuenta y siete fusiles de chispa. El 1º de mayo, Egaña estaba en

---

14 Ibídem.

15 "El País", marzo 20 y 28, y abril 25 de 1863, Montevideo.

el Bequeló con trescientos cincuenta hombres, y al día siguiente se embarcaba al frente de quinientos cincuenta guardias nacionales con destino a Paysandú, donde desembarcó el día 4, [16] dejando a Gregorio Sánchez como custodio del departamento; antes de partir le entabló juicio de imprenta al "Chato" Cajaraville, cuyos artículos volvieron a caer en sus habituales desmesuras. [17] Pocos días después, el 12 de mayo, se embarcaba hacia el norte un nuevo contingente al mando de Tomás Gómez; en el momento de embarcarse, el soldado Ramírez que, al parecer, había bebido más de la cuenta, armó gran tumulto en el puerto de Mercedes, gritando que los llevaban engañados y que en Paysandú iban a ser entregados a Flores; aprovechando la oscuridad de la noche, desertó con treinta de sus compañeros, diciendo a quien quería oírlo que iban a incorporarse a Medina en el Yapeyú porque en Paysandú iban a ser "vendidos". Gregorio Sánchez comunicó desde Mercedes el 18 del mismo mes, que la única fuerza de caballería de que disponía, incluyendo policías y supernumerarios, [18] el refuerzo llegado de Colonia, y treinta o cuarenta hombres reunidos por el Comisario de Dolores, no llegaban a doscientos cincuenta; de infantería tenía menos de doscientos, pues los ochenta de Dolores no se habían movilizado por falta de armamento, por lo cual pedía con urgencia fusiles, tercerolas y sables.

El día 26 se vio pasar una partida de cincuenta revolucionarios bajo el mando de Carabajal, Centurión y Modernell cerca del Arroyo Grande, adonde fue de inmediato Egaña con sus fuerzas; de paso, le envió un chasque al coronel Rebollo, quien tenía su estancia en la región, trasmitiéndole la orden impartida por Braga de presentarse en Mercedes. Ya no se pregonaba, como a mediados del mes, que la tranquilidad reinaba en Mercedes "con toda su plenitud". [19] Lo único tranquilo era el comercio, que se había paralizado por completo, en tanto muchas familias de campaña se habían "reconcentrado en el pueblo". La segunda Compañía de la Guardia Nacional, compuesta de "ciudadanos esencialmente ocupados", cumplía sus servicios regularmente bajo el mando del teniente

16 Ibidem, mayo 12 de 1863.

17 Ibidem, febrero de 1863.

18 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Guerra, 1863.

19 "La Reforma Pacífica", mayo 13 de 1863, Montevideo.

Jefes principales de la Revolución de V. Flores

TOMAS VILLALBA



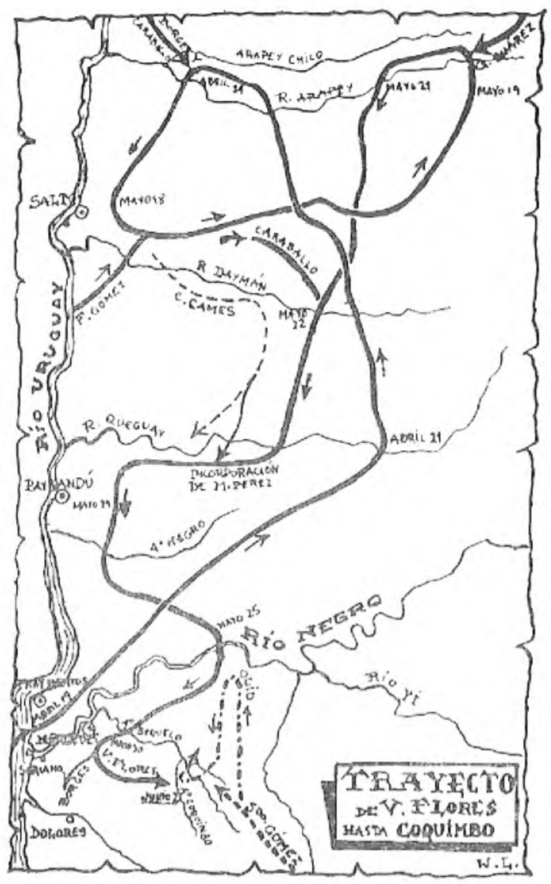
ABEL CORRALES



ZACARIAS CAZAL

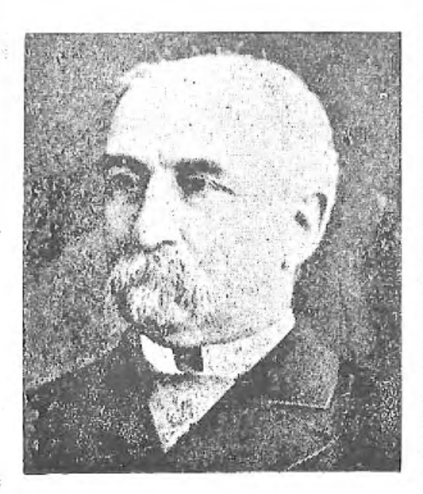


SERVANDO GOMEZ




VICENTE MUELA


DEMETRIO PEREIRA


EL CORONEL ARRUE


TOMAS GOMENSORO
Y VILLEGAS

primero Francisco Albín (Presidente de la Junta Económico Administrativa) y de su segundo Juan F. Viera, Administrador del Correo.

"El sábado 30 por la tarde, se tuvo noticia en Cololó de la proximidad de una partida, cuyo oficial ostentaba unas hilachas punzó en el sombrero". [20] "Anduvieron preguntando por el comisario del partido D. Beltrán Lares y por el coronel Egaña, así como por las fuerzas de caballería de Mercedes". Frente a Mercedes, al otro lado del río, se vio desfilar una columna de tres cuadras rumbo al Paso del Palmar, y al amanecer del 31, "las avanzadas de Flores estaban sobre el pueblo". El comisario Romero estuvo entonces a punto de ser copado en una descubierta, siéndole tomados siete prisioneros. La diligencia a Montevideo fue obligada a volver de la chacra de Braga, en donde había acampado Flores, luego de despojársele de su correspondencia oficial. El Jefe del Estado Mayor de Flores, Luis Larrobla, devolvió a dos prisioneros heridos para que se curasen en Mercedes, gratificándolos demagógicamente con seis pesos a cada uno. Todo ese día las caballerías de Arismendi (quien sustituía a Sánchez, oportunamente enfermo) se tirotearon, sin sufrir pérdidas, con guerrillas enemigas, hiriendo en una ocasión al caballo que montaba el mismo Caraballo. De tardecita, la caballería y los urbanos hicieron una salida, pero el enemigo optó por replegarse. "Todo Mercedes ha presenciado estas escenas desarrolladas en las cuchillas próximas, desde las azoteas, algunos con anteojos de teatro". [21] No faltó tampoco la banda de música para amenizar aquellas escaramuzas dominicales. Flores, según dicho periódico, traía cuatrocientos hombres mal vestidos y armados, pero muy bien montados; ese día perdió un soldado que quedó tendido en el campo, y un oficial brasileño, "bandeado por una bala"; los mercedarios, por su parte, no perdieron ni un solo hombre. Durante esa noche — de luna y de helada — Flores se retiró con gran sigilo rumbo a San José. "A medio día del lunes, se supo que Flores se hallaba a dos leguas de la estancia del finado Varela", en donde se habían congregado unos setecientos hombres. En una carta enviada el 2 de junio a Trillo, Braga le comunica que Flores pasó todo el día 1º en una estancia del Bizcocho

20 "El Imparcial de Mercedes", mayo 17 de 1863.
21 "El Eco de Río Negro", junio 4 de 1863, Mercedes.

con quinientos hombres, manteniendo otras partidas frente a Mercedes, lo que dio lugar a dos o tres entreveros de guerrillas —pese al deseo de Braga de evitarlos— teniendo los mercedarios algunos heridos. [22] El martes de madrugada, las descubiertas aseguraron que el enemigo había desaparecido, perdiéndose totalmente entre las sombras de la noche.

Para relatar la confusa batalla de Coquimbo me he basado principalmente, luego de eliminar los datos más incompatibles: 1º en el relato del testigo presencial Escrespiades Franco, comunicado por Cayetano Maneiro a Aureliano G. Berro en carta del 12 de setiembre de 1921; [23] 2º, en los partes oficiales y cartas de Flores y otros combatientes; [24] 3º, en el relato aparecido en "El Eco del Río Negro" del 4 de junio; 4º, en el relato de José L. Martínez; [25] 5º, en informaciones de la prensa montevideana, en especial de "La Reforma Pacífica", y 6º, en los datos contenidos en las "Memorias inéditas" de Marino C. Berro.

El propósito estratégico de Flores era la intercepción de las fuerzas gubernistas del sur, antes que su unión con las del norte que mandaba Lamas las volvieran imbatibles.

Al amanecer del 1º, Flores tomó rumbo hacia Trinidad, luego de destacar a Borges, y a su hijo Fortunato hacia Dolores y Carmelo. En la madrugada del día 2 acampó en las inmediaciones del Paso de Coquimbo, margen izquierda, a doce kilómetros de su barra con el Bequeló. Iba a la vanguardia, como baqueano del lugar, Máximo Pérez (dato suministrado por Franco y por el Pay Roque), acompañado por el capitán Simón Martínez y un grupo de gente. En ese día Servando Gómez, a quien el 30 se le había incorporado Egaña en Porongos, acampaba a unas cinco leguas, cerca de las nacientes del Tala, en tanto el coronel Olid regresaba a todo galope desde el paso de Vera (en el Río Negro) adonde había ido a

22 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Guerra, 1863.

23 Aureliano Berro, obra citada, pág. 176 y siguientes.

24 Antonio H. Conte, obra citada, págs. 43 y siguientes.

25 José L. Martínez, "Laderas y cumbres" y "Galopeando entre recuerdos", pág. 109, Montevideo, 1944.

parar en la noche del 31, extraviado por su baqueano. Olid vino a acampar entre el Bequeló y el Cabelludo, en la estancia de D. José González, y envió a la descubierta al Escuadrón Vera, formado por ochenta hombres que mandaba Tomás Pérez; los treinta hombres que comandaban los tres hermanos Valiente, oriundos de Porongos, así como los restantes, fueron reunidos al efecto en Vera y el Tala por Eustaquio Fernández, cuyos campos lindaban con los de Máximo Pérez. Braga había enviado varios chasques a Gómez y a Olid, avisándoles el avance de Flores, a quien pensaba acorralar fácilmente. Pero las cosas sucedieron de muy distinta manera, y en ellas jugó un papel fundamental la baquía y oportunidad de Máximo Pérez, tanto como la incomprensible desidia de los gubernistas.

Muy de mañana — mañana fría y de cielo limpio — el clarín de Machín tocó a carneada. Apenas volteadas las reses, un bombero trajo el aviso de que se acercaban fuerzas. Venancio, que esperaba la llegada de su hermano Manuel con cien hombres de su estancia próxima a Porongos, mandó entonces al Cap. Simón Martínez a reconocerlas. Fue entonces cuando Máximo Pérez, destacado al frente por su conocimiento del terreno, avistó la partida de Tomás Pérez. Máximo vadeó el Coquimbo con su gente por la picada de Las Piedras, llevando la cola de sus caballos "al garrón" para que no se enredaran con las boleadoras; a eso de las once empezaron a "chamuscarse" desde más de una cuadra; Máximo enfrentó al enemigo en el momento en que éste ocupaba la posición más incómoda, en la margen derecha del Paso Coquimbo, a doce kilómetros de su barra, en el campo de los Siniestros, cerca de la barra del Palmitas; Tomás Pérez quedó aprisionado en un cañadón pantanoso marginado por dos cerrilladas de piedra colorada, y debió pelear desesperadamente durante una hora, sufriendo gran número de pérdidas, siendo perseguido durante más de media legua por Máximo Pérez, hasta llegar a la propia casa de éste. A las dos de la tarde, el regimiento de Caraballo se arrojó al agua para decidir la acción, pero fue recibido en plena travesía por un fuego nutrido de las fuerzas legales, lo que comprometió el resultado de la brega; Flores ordenó entonces a su trompa Machín tocar toque a degüello, y, rehaciéndose. ("¡Al que retroceda, lo

fusilo!" —amenazó Caraballo; "¡A sacarse los ponchos que en el otro mundo no hace frío!" —les gritó Aguilar), vencieron completamente a Olid, tardíamente incorporado a la acción. Flores, cargando por la derecha, amenazó envolverlo, debiendo Olid, cuyas fuerzas se habían desbandado en su mayoría, huir precipitadamente. "Las guerrillas de Máximo Pérez, reforzadas, subieron en orden de batalla la cuchilla que da aguas al Coquimbo, y como vieran la dispersión de las fuerzas de Olid, hicieron rumbo al sur, acampando entre los Arroyos Talas e Isletas, en campos de D. Vicente Avila, hoy (1921) de D. Joaquín Ibarburen." [26] A menos de diez kilómetros, en la margen derecha del Bequeló, estaba el ejército de Servando Gómez, quien no insinuó en ningún momento ni el menor amago de combatir.

Tomás Pérez salió herido de bala en su mano izquierda, debiendo seguir combatiendo con las riendas arrolladas en el brazo; junto a él murieron los tres hermanos Valiente, en cuyo entierro el restante de sus hermanos pronunció su célebre frase: "Los entierran a los tres, porque no estábamos los cuatro".

Flores atribuyó cien muertos a sus enemigos, reconociendo diez y ocho entre los suyos, y algunos heridos, como Enciso y Reina, graves, y Caraballo, levemente en la cabeza. Se tomó mucho armamento y caballada enemiga, aparte de un centenar de prisioneros. La victoria había resultado sorprendente. Apenas con setecientos hombres (pues no pelearon Borges y Arroyo, éste último en comisión con sus cien hombres) se había puesto en fuga a un ejército mucho mayor. Se comentó mucho la conducta de Olid, quien presenció largo tiempo, impávido, la masacre que se hacía con las fuerzas de Tomás Pérez, así como la orden impartida a su gente de ponerse los ponchos con su roja bayeta para afuera. Se pensó en que las recientes desavenencias con Berro podían haber influído en esa frialdad; lo cierto es que Servando Gómez, cuyos fogones eran perceptibles desde el campo de batalla, tampoco se movió en ayuda de sus compañeros. Se habló de celos de jefes y de órdenes desobedecidas, lo que dio lugar a un copioso sumario. De todos modos, para la revolución incipiente esa acción significó un fortalecimiento decisivo; no tanto por su valor material, como por la confianza que

26 Relato citado de D. Escrespiades Franco.

habría de infundir a sus partidarios dispersos por todo el territorio.

No vamos a historiar detalladamente las mil circunstancias producidas en los veintiún meses que transcurrieron hasta la victoria definitiva de Venancio Flores. Nos limitaremos a describirla a grandes rasgos, así como aquellos acontecimientos políticos que creamos necesarios para no perder la conexión de los sucesos. En cuanto a la actuación guerrera de Máximo Pérez, mencionaremos los hechos más salientes, aquéllos que han quedado registrados en documentos forzosamente incompletos, debido, en primer lugar, al modo de combatir de Pérez y a la índole especial de las tareas que se le asignaron.

Después de Coquimbo, el general Servando Gómez, sin molestarse siquiera en ir a inspeccionar el campo de la acción, buscó refugiarse en Mercedes, en cuya ciudad se estableció con sus 1.000 hombres el día 3, [27] siguiendo el día 8 rumbo a Porongos.

En cuanto a Flores, el día 6 se encaminó al trote, de cuatro en fondo, hacia el este; "el 7 entramos en Florida —le escribía al coronel José de Guerra [28] — donde derrotamos 200 hombres, tomándole 40 prisioneros"; Medina, entre tanto, repasaba recién el Río Negro el día 4 por el paso de Navarro, hacia el sur, en una tardía persecución. El plan de Flores no podía incluir un avance sobre Montevideo, para lo cual carecía aún de fuerzas suficientes. En rápidas marchas, destacando partidas a izquierda y derecha, su intención era por el momento congregar el mayor número posible de partidarios, y es así como fue recorriendo en el mes de junio los actuales departamentos de Florida, Minas, Rocha y Treinta y Tres, rehuyendo todo combate formal. Más aún: "todos los grupos sueltos tienen orden de no mostrarse y de evitar cualquier encuentro." [29] Entre esos grupos sueltos, aquél cuyas actividades empezaban a constituirse en una amenaza permanente, era el que comandaba el intrépido y díscolo capitán

---

27 "La Reforma Pacífica", junio 9 de 1863.
28 ANTONIO H. CONTE, obra citada, pág. 53.
29 Ibídem., pág. 56.

Máximo Pérez, quien había sido dejado por Flores operando en su departamento de Soriano, y para quien parecía especialmente dirigida la orden mencionada. Como veinte años atrás, en tiempos de la Guerra Grande, el guerrero chaná prefería combatir por su cuenta, eligiendo su gente así como el campo de su acción. Su contingente, salvo en la etapa final, que ya veremos, no llegó nunca a ser considerable; nunca se le mencionó con más de trescientos o cuatrocientos hombres, lo cual era explicable dado el predominio gubernista que se mantuvo durante casi toda la revolución en su departamento. Esa estrategia solitaria volvieron forzosamente escasos los comunicados sobre sus hechos guerreros, hechos que, salvo en tres o cuatro oportunidades en que alcanzaron cierta magnitud, trascendían solamente a través de informaciones vagas o de alarmas más o menos inconcretables.

La presencia, en junio del 63, de fuertes contingentes gubernistas cerca de Mercedes, obligó a Máximo Pérez a desplegar por entonces sus actividades al norte de Río Negro. La guarnición de Mercedes había quedado bajo el mando de Tomás Pérez [30] restablecido ya de su herida de Coquimbo. El 6 de junio, el Dr. Venancio Acosta asumía la Jefatura del departamento, con lo que quedaba desvirtuado el nombramiento para ese puesto de Cames, a quien se le consideraba imprescindible en San José. [31] Algunas partidas coloradas se hacían sentir esos días en los alrededores de Dolores y Mercedes, coincidiendo con una invasión de cincuenta revolucionarios que desembarcaron por Carmelo, y a quienes luego se les vio pasar por la Isla del Vizcaíno rumbo al Rincón de las Gallinas; venían entre ellos Venancio Flores (hijo) y Francisco Belén. Simultáneamente, y buscando probablemente distraer la atención de los gubernistas, se registraba el 3 de julio la presencia en Vera de una fuerza de trescientos hombres, fuerza que si bien se supuso que andaba bajo las órdenes de Venancio Flores, no podía ser otra que la que comandaba Máximo Pérez. [32]

Dentro de la calma relativa que había impuesto la táctica evasiva de Flores, Máximo Pérez, olvidando al

30 "La Reforma Pacífica", junio 23 de 1863, Montevideo.
31 "El País", junio 16 de 1863, Montevideo.
32 "La Reforma Pacífica", julio 9 de 1863, Montevideo.

parecer las órdenes recibidas, o forzado quizá por las circunstancias, se hizo ver obteniendo una victoria en un encuentro con una partida enemiga. De ese encuentro, la prensa capitalina, con la adjetivación denigrante con que acostumbraba designar las fuerzas insurgentes, daba una escueta información: "Una fuerza de matreros que se juntaron mandados por el bandido Máximo Pérez, sorprendió a una partida nuestra a las órdenes del capitán Moyano, quedando muerto éste, y escapando sus 18 hombres." [33] Sobre esa misma acción, leemos con fecha julio 7: "De Paysandú, nada sabemos, sino la derrota del comisario Miguel Moyano con 25 hombres, en Averías, por fuerzas coloradas." [34] El lugar de la acción está situado al noreste del actual departamento de Río Negro, a orillas del Arroyo Grande.

La proximidad de estas partidas indujo a la guarnición de Mercedes a congregar sus fuerzas, ordenándose al capitán Tomás Gómez, acampado en Bequeló, que se pusiera a las órdenes del coronel Quinteros, recientemente nombrado Comandante Militar de Colonia y Soriano; [35] se trataba así de cubrir los vacíos que estaba causando la viruela entre los guardias nacionales de Mercedes, cuyo jefe, el sargento mayor Tiburcio Egaña, se había pasado al enemigo, nombrándose en su reemplazo a Tomás Pérez.[36] Flores, habiendo dejado en el sur a Lucas Moreno, quien sustituía en la Jefatura gubernista a Servando Gómez, se internaba por ese entonces en Tacuarembó y Salto, obteniendo el 25 de julio, en Las Cañas, una victoria resonante sobre Lamas. Podía entonces, con fecha 3 de agosto, escribir: "Somos dueños de los departamentos al norte del Río Negro", y "pronto abriremos nuevas operaciones." [37]

El 12 de agosto Atanasildo Saldaña desembarcaba por sorpresa en Fray Bentos, trayendo abundantes elementos de guerra; tomó en cortas escaramuzas diecinueve prisioneros, inclusive el jefe de los guardias nacionales y el

33 Ibídem., julio 22.

34 ANTONIO H. CONTE, obra citada, pág. 68.

35 "La Reforma Pacífica", julio 20 de 1863, carta de Braga, Montevideo.

36 AURELIANO BERRO, obra citada, pág. 187, Montevideo.

37 ANTONIO H. CONTE, obra citada, pág. 103.

comisario de Policía, a los que luego dejó en libertad. [38] En una nota dirigida al Jefe Político de San José, Juan M. Braga, comunicaba que los invasores eran "cuarenta individuos en su mayor parte italianos", y que "fueron conducidos desde Martín García por el vapor argentino "Pampero". Esa misma tarde, llegó en un vaporcito, desde Gualeguaychú, otro grupo de veinte hombres mandados por el italiano Ricardo Angelis. [39] Luego de la ocupación de Tacuarembó, llevada a cabo por Goyo Suárez el 10 de agosto, al norte del Río Negro quedaban solamente Salto y Paysandú en poder de las fuerzas gubernistas.

Dominado todo el norte, Flores buscó nuevamente tentar suerte en el sur, atravesando el Río Negro el 19 de agosto por Paso de los Toros. Mientras con sus fuerzas, luego de internarse en Soriano (el 2 estaba en Cololó y el 24 en la estancia de Egaña, a doce kilómetros de Mercedes), [40] se dirigía hacia la capital, envió a Caraballo hacia el este y a Aguilar hacia el sur; en Soriano, como siempre, quedaba Máximo Pérez en su tarea de hostilizar al enemigo y de facilitar así el intento principal de Flores, quedando en el norte Goyo Suárez y Saldaña con un millar de hombres. En Mercedes, la proximidad de Flores obligó a Braga y al comandante Laguna, entonces al frente de sus milicias, a adoptar rigurosas precauciones. [41] Lucas Moreno, con mil cuatrocientos hombres, trataba de cerrarle el paso a Flores en Canelones, mientras Medina operaba al norte con cuatro mil hombres, aunque sufriendo numerosas deserciones.

El 13 de setiembre, las fuerzas que hostilizaban Mercedes se alejaban pero Máximo seguía incursionando esporádicamente y manteniendo de ese modo la intranquilidad. En carta enviada el 25 de setiembre desde San Martín, Bartolomé Romero comunicaba a Braga que había perseguido grupos de "vándalos", y que había tomado un prisionero por quien se había enterado que Arroyo se dirigía hacia Colonia y que Máximo Pérez, al frente de

38 Ibídem, pág. 107, y José M. Fernández Saldaña, "Biografía del Coronel Atanasildo Saldaña", en la "Revista Histórica", tomo V, Nº 14, pág. 345, Montevideo, 1912.

39 Archivo General de la Nación, Montevideo, caja 67.

40 "La Reforma Pacífica", agosto 28 de 1863, Montevideo.

41 Antonio H. Conte, obra citada, pág. 137.

una partida, se dirigía hacia Coquimbo. Yendo en su persecución, se topó Romero con una partida mandada por Larrobla, a la que persiguió inútilmente; el enemigo había optado por dispersar sus fuerzas, y es así como tan pronto se veía a Carabajal con su gente por Arroyo Grande, como a "Máximo Pérez con diez hombres por Coquimbo", con los cuales cruzó luego el Río Negro, rumbo al norte, por el paso del Palmar.

Flores, cuya embestida lo había llevado hasta a tres leguas de Montevideo, había preferido, pese a algunos choques de caballerías que le fueron favorables, rehuir un combate con la infantería de Lucas Moreno, y es así como en octubre reaparece al norte del Río Negro, buscando probablemente concentrar sus fuerzas por ese entonces excesivamente dispersas.

En Mercedes, el 10 de octubre, su Jefe Político Braga era designado comandante militar en reemplazo del coronel Manuel M. Cardozo, quien quedó destinado a la división de Lamela. El departamento parecía entrar en un período de tranquilidad, pero Máximo Pérez no podía dejarlo en paz por muchos días; Lamela, en efecto, comunicó haber avistado el pasaje de los "anarquistas" que asolaban al norte del Río Negro, por los pasos de Yapeyú y Navarro; Aparicio ratificó dichos informes, comunicándose luego: "parece resultar que sólo era el bando de salteadores de Máximo Pérez, que cometió no pocas fechorías enarbolando a veces la bandera blanca". Dichos informes atribuían un contingente de cien hombres al endemoniado incursor, pero aunque el comandante Laguna se encarnizó en su búsqueda, no le fue posible localizarlo.

La presencia de Máximo anunciaba en esta ocasión la proximidad de Venancio, quien tanteaba así el terreno para otra de sus incursiones; poco después, en efecto, se aparecía por Fray Bentos, ciudad que había sido ocupada el 29 de octubre por Nicasio Borges al frente de doscientos cincuenta hombres.

Siendo ya Egaña Jefe Militar de Soriano y Colonia, empezaron a cruzar nuevamente por Bequeló partidas coloradas rumbo al sur; el 7 de noviembre pasaban Borges y Enrique Castro por Yapeyú, cruzando hasta Palmira, adonde fueron a recibir cien nuevos invasores. Flores

mismo cruzó el día 8 por el Paso de Navarro, uniéndose en Arroyo Grande con Caraballo, quien había cruzado por Laureles. En correspondencia de Mercedes fechada el 15 de noviembre, se comunicaba que Flores estaba en Vera o Arroyo Grande, y que "el bandido Máximo Pérez con una gavilla de cuarenta hombres estaba ayer en Coquimbo". Algunos grupos aislados de dicha "gavilla" se acercaron a Mercedes para llevarse caballadas, siendo hostilizados por algunas partidas que movilizó Egaña. En cuanto a Venancio, el 16 de noviembre se les perdió de vista una vez más a sus perseguidores, luego de pasar por las puntas del San Gregorio. El 19 se le vio por las Puntas del Chamizo, perseguido por Medina a lo largo de la Cuchilla Grande. El 18, Flores, que entonces no las tuvo todas consigo, le escribía a Fausto Aguilar conminándolo a que congregara todas las fuerzas para darle batalla a Medina, quien lo seguía con un ejército poderoso.

La agitación parecía volver a alejarse del departamento de Soriano; pero pronto llegó la noticia de siempre, y es que "andaban algunos dispersos, entre ellos el célebre Máximo Pérez". Ya empezaba Máximo en verdad a adquirir celebridad por sus andanzas incansables y arriesgadas, y por la milagrosa impunidad con que se escurría entre poderosas fuerzas enemigas, reapareciendo, cuando todo parecía en calma, a desasosegar los ánimos con sus ya legendarias correrías.

Dichas noticias reaparecían en efecto regularmente: en el "Imparcial" del 9 se volvía de nuevo a mencionar la presencia de partidas, las que preocupaban tanto o más que la pavorosa sequía que asolaba el departamento.[42]

Al terminar el año, Flores vuelve a recruzar el Río Negro hacia el norte, acampando el 23 de diciembre en Fray Bentos. En el sur, sólo quedaba pues Máximo llevando a cabo de vez en cuando sus incursiones fantasmas.

Las primeras noticias que recogía la prensa en el 64, volvían a referirse a las osadas incursiones de Máximo. El "Imparcial" de Mercedes del 27 de diciembre, comunicaba que "el viernes pasó al Sud del Río Negro por el

42 "La Reforma Pacífica", setiembre 16 y 30, octubre 4, 15 y 28, noviembre 4, 10, 15, 18 y 19, diciembre 10 (transcripto de "Imparcial", Mercedes) y diciembre 13 de 1863, Montevideo.

Correntino o sus inmediaciones, el bandido Máximo Pérez con unos sesenta hombres, quien logró sorprender y hacer prisionero al patriota Oficial D. Tránsito Pérez y cuatro soldados que estaban a sus órdenes desempeñando una comisión". [43] Agregaba el "Imparcial" que Tránsito logró salvarse, totalmente desnudo, luego de montar un caballo en pelo. En cuanto al comisario Beltrán Lares y su partida, fueron puestos en fuga por el incursor.

Días después, el mismo periódico comunicaba que Mercedes estaba tranquilo, pero que aparecían partidas enemigas con el fin de robar caballos; uno de los damnificados fue el Barón de Mauá, de cuya excelente caballada se hizo buena presa. [44] Los defensores del Castillo, atalayados en una de las torres, sostuvieron el asedio a que fueron sometidos gracias a la superioridad de su armamento. [45] Al mismo tiempo se informaba que Enrique Castro ocupaba Fray Bentos con trescientos hombres, para abandonarlo el 15 y unirse a Flores que ya estaba frente a Paysandú. Más al sur, aparecía en esos días un émulo de Pérez, Luciano Tolosa, quien aventuró un osado golpe en Carmelo con un grupo reducido, provocando un tremendo pánico. [46]

En Mercedes, hubo el 21 de enero grandes serenatas, siendo presididas por el comandante militar D. Gregorio Sánchez, con gran despliegue de música y de cohetes; en la plaza, en lo del Alcalde Acosta, en lo de Sánchez y en casa del Juez de Paz, se repitieron los cantos y los consiguientes refrigerios, culminándose la jornada a la una de la mañana en el Café de la Libertad, donde Venancio Acosta obsequió con un "abundante refresco". De allí fueron a depositar una bandera en la casa del comandante de los guardias nacionales, Don Zacarías Casal, donde se disolvieron siendo ya las tres de la mañana. [47] El mismo Casal, días después, desalojaba, al frente de sus 40 nacionales, una partida de quince insurrectos que, mandados por Federico Varas, había sentado sus reales en la Isla del Vizcaíno. [48]

La sequía adquiría por entonces caracteres alarman-

43 Transcripto de "La Reforma Pacífica" del 3 de enero de 1864.

44 "La Reforma Pacífica", enero 9 de 1864, Montevideo.

45 Datos proporcionados por el Dr. Buenaventura Caviglia.

46 ANTONIO H. CONTE, obra citada, pág. 290.

47 "El País", enero 25 de 1864, Montevideo.

48 "La Reforma Pacífica", febrero 4 de 1864, Montevideo.

tes; hacía ya cinco meses prácticamente que no llovía, y los gubernistas veían así mermar la escasa caballada que le dejaba el enemigo, con las consiguientes dificultades para movilizarse. A propósito de robos, la conducta florista había tratado de ser, por lo menos hasta ese entonces, de una honradez intachable. El 24 de setiembre del 63, Flores impartía al respecto órdenes estrictas: "Queda prohibido tomar ni un solo caballo al vecindario, y tan sólo podrá hacerlo estando en comisión y con el caballo cansado". [49] Pero la necesidad carece de ley, y esas órdenes, a juzgar por las quejas de los adversarios, habían dejado de cumplirse.

En el mes de febrero prosiguieron las escaramuzas en las islas, habiendo el día 5 ocupado los insurrectos la Isla del Infante. [50]

Tenía que ser Máximo Pérez quien volviera a desbaratar las tradicionales serenatas mercedarias. Desde hacía días andaba hostilizando y provocando a los defensores de la ciudad, habiéndose apoderado, al frente de veinticinco hombres, de los ranchos situados en el paso de Mercedes, en la ribera norte, trabándose en recio tiroteo con los urbanos, embarcados en el medio del río, para retirarse luego. [51]

Bajo el título de "Triunfo de las Armas Liberadoras", [52] Conte da la siguiente versión de una nueva intervención del caudillo: "El vapor "Félix Colón" fue portador ayer de la noticia que nos instruye de un nuevo triunfo alcanzado por las fuerzas libertadoras a las órdenes del bravo sargento mayor Máximo Pérez, sobre la guarnición de Mercedes, capitaneada por el Quinterista Braga, Jefe Político de aquel departamento. Una nota dirigida desde aquel punto a un individuo "blanco" que se hallaba en esta capital, narra el suceso de la siguiente manera: "El día 2 del corriente, con motivo de haber recibido el Jefe Político Braga, sus despachos de teniente coronel, reunió en la plaza el cuerpo de Abastecedores y se puso en marcha con ciento cincuenta hombres en per-

49 ANTONIO H. CONTE, obra citada, pág. 126.

50 "El País", transcripto de "El Río Negro" del 14 de febrero de 1864.

51 Ibídem.

52 ANTONIO H. CONTE, obra citada, pág. 361.

secución de los colorados que se hallaban en la chacra de Braga (a legua y media del pueblo). El Jefe de los Colorados, Máximo Pérez, fingió ponerse en retirada y consiguió sacarles alguna distancia dando vuelta la cara con sus treinta hombres, cargando rápidamente al enemigo, poniéndolo en completa dispersión, trayéndolo hasta el mismo pueblo y causándole una pérdida de treinta y tantos hombres muertos, muchos heridos y gran número de prisioneros. El que esto escribe añade que aquel pueblo estaba convertido en un cementerio, y que la impresión había sido tanto mayor cuanto que todas las víctimas eran personas establecidas en el pueblo y con familia. La guarnición quedaba diezmada y el "temerario" Braga renegando del momento que recibió tales grados," etc. "Buenos Aires, marzo 8 de 1864".

Máximo había apelado a su táctica favorita, de estirpe netamente india, dándose vuelta en plena retirada y abalanzándose sobre el confiado perseguidor.

Esos mismos días, otra montonera, bajo el mando de Bernabé Ledesma, penetraba en Santo Domingo Soriano, imponía una contribución de cinco onzas por cabeza, y levantaba vuelo nuevamente.[53] Flores, entretanto, luego de una nueva incursión por el sur, recruzaba el Río Negro por el Paso del Polanco.[54]

En Soriano, los informes se volvieron momentáneamente más nebulosos, leyéndose en el "Imparcial" de Mercedes del 20 de marzo que "se aseguraba que Máximo Pérez con cuatro o seis "salteadores" había vuelto a entrar en el Depto". Desahogando su furia contra aquel tábano que no daba un momento de respiro al departamento, un tal N. N. de Mercedes con fecha 9 de abril, enviaba la siguiente correspondencia sobre su última hazaña: "En cuanto a lo que ahí se ha dicho de haber acuchillado Máximo Pérez una partida de Policía, es inexacto, puesto que todavía no se le ha dado ese gusto; lo único que hizo fué tomar tres hombres prisioneros de la descubierta y esto debido a la superioridad de sus caballos, pues estos soldados están totalmente a pie; de esos tres hombres asesinó a uno y los otros dos los llevó prisioneros, los que ya se le vinieron presentándose al comandante Braga. Este es uno de los hechos —agrega el

53 "La Reforma Pacífica", marzo 9 de 1864, Montevideo.
54 Antonio H. Conte, obra citada, pág. 373.

imaginativo corresponsal— que debe figurar en el proceso de Máximo Pérez; ese bandido no puede ser considerado como prisionero de guerra, cuando caiga, sino como un malvado vulgar". De este modo gratuito, transformando en crímenes cuanto hecho de guerra mal conocido se producía, se iba forjando una fama a la que todo servía para ratificar.

Mercedes, entretanto, recibía el 5 de abril a Tomás Pérez, agasajándolo por sus campañas; el 20, Tomás Pérez volvía a salir para reunirse con el grueso del Ejército que estaba "en el límite del departamento". Esos días se festejaba en Mercedes un éxito obtenido por Z. Casal; en una salida que hizo al norte del Río Negro con veinte de sus guardias nacionales, logró apresar al "famoso bombero Manzo", quien desde hacía un tiempo se lo pasaba gritando desde la orilla opuesta que iba a ahorcar a D. Mariano Haedo. Pero esa mínima victoria no llegó a compensar las penurias que estaba pasando la ciudad, completamente bloqueada por Máximo y demás partidas floristas, interrumpidos los viajes de las diligencias, sin caballos, y debiéndose domar mulas enflaquecidas por la sequía para poder proveerse de cabalgaduras. En cuanto a Flores, de vuelta de su incursión, había ido a Fray Bentos a abrazar a "su María", apareciendo días después en las Puntas de Sánchez. [55]

El mes de mayo se abrió con una victoria más de Máximo Pérez, la más resonante obtenida en toda su campaña. El exaltado corresponsal N., de Mercedes, la anunciaba diciendo: "El bandido Máximo Pérez ha consumado una de sus proezas, cometiendo los "asesinatos" de que voy a darle cuenta". [56] Resumimos la acción valiéndonos de los datos suministrados por "La Reforma Pacífica", "El País" [57] y "El Corresponsal" de Fray Bentos. [58] Este último escribía con fecha 5, "por encargo del Mayor Máximo Pérez".

Máximo, enterado de que una fuerza de más de cien hombres, al mando del mayor Corrales y del comisario

55 "La Reforma Pacífica", abril 12, 22 y 27 de 1864, Montevideo.

56 Ibídem, mayo 9 de 1864.

57 "El País", mayo 8 de 1864, Montevideo.

58 Antonio H. Conte, obra citada, pág. 384.

Zubillaga, se dirigía al Sarandí con el objeto de hacerse de una tropa de ganado, se acercó a Mercedes durante la noche del 1º, y se emboscó en las cuchillas cercanas a la ciudad. La guarnición, formada por más de cien hombres, salió a las cinco de la mañana, la mayoría montada en mulas. Pérez, saliendo de su escondite, se hizo el sorprendido y simuló huir con su gente; pero de pronto volvió grupas, y separando sus ochenta hombres en tres grupos, cargó sobre sus sorprendidos perseguidores. Tuvieron éstos que echar pie a tierra, desembarazándose de sus chúcaras monturas. Cinco minutos después, quedaban tendidos en el campo catorce muertos y dieciséis heridos, sufriendo Pérez un muerto (Ruperto Blanco, "terror de todo su distrito y de su misma familia", "aclara" N.), y once heridos que se llevó consigo, entre ellos el teniente Palacios. Según el propio Pérez, llevó la persecución de los sobrevivientes hasta la Plaza Nueva de Mercedes, haciéndoles ocho prisioneros, entre ellos el capitán Nolasco Romero.

El comandante militar Braga salió con un grupo de GG. NN. a fin de proteger a sus compañeros, llegando tarde, aunque a tiempo para comprobar de qué modo la reserva, mandada por los capitanes Higinio y Arballo, éste muerto en la pelea, "disparó cobardemente" sin que estos oficiales la pudieran contener.

Las policías y los abastecedores pelearon bravamente contra la furiosa embestida de Máximo, muriendo el sargento de Abastecedores, alférez Castro. Cayeron además el teniente Aguilar, el sargento Colmán, y los cabos Imas y Quinteros, dejando heridos al alférez Do Rey y al teniente Rivero, el que fue tomado prisionero. Pérez llevó herido de dos lanzazos a su capitán Juan de Dios, a quien luego se le dio por muerto. El informante de "El País" agregaba que con Máximo Pérez venía un hijo suyo muy jovencito (seguramente Justo, entonces de unos doce años de edad) quien peleaba a retaguardia, apoderándose de los heridos y degollándolos. Esta infaltable nota truculenta, debió ser desmentida poco después, ya que en la misma tarde del 2 de mayo, Máximo dejaba en libertad a algunos prisioneros, entre ellos el capitán N. Romero, con la condición de que no volvieran a tomar las armas contra los floristas; este gesto inusual, en momentos en que la guerra se estaba desarrollando con tanta inten-

sidad, da fe de un sentido de la caballerosidad incompatible con la crueldad que sus más acérrimos enemigos le atribuían a Pérez; Romero, por su parte, dejó de cumplir su promesa al poco tiempo, tomando de nuevo las armas contra el mismo que terminaba de perdonarlo.

Obtenida esa victoria en la que luego se llamó Batalla de Cerros Blancos, [59] la gente de Pérez siguió matereando por los alrededores de Mercedes, apareciéndose de noche en las chacras, y proveyéndose allí de lo que encontraban; [60] luego Máximo se retiró con su gente a las puntas del Cololó, [61] y días después, "El Imparcial" de Mercedes comunicaba que los lanceros de Máximo Pérez habían logrado capturar "al hijo del viejo capitán D. Eustaquio Fernández", quien se hallaba al cuidado del establecimiento vecino al campo de Fleitas; sorprendido durante la noche, Fernández cayó muerto a lanzazos, así como otros dos hombres que fueron alcanzados por las fuerzas de Máximo en las inmediaciones del Coquimbo. De allí, Máximo Pérez emprendió marcha hacia el norte, donde en compañía de Januario, debieron someterse, según informes del Gobierno, a una persecución de que les hicieran objeto las caballerías de Leandro Gómez.

Mercedes pudo así descansar durante algunos días. El capitán Romero, en cuya palabra confiara Máximo, alardeaba a fines de mayo de haber despejado con sus trescientos hombres de partidas invasoras la campaña al norte del Río Negro. [62] La Orden General del 29 de mayo, firmada por Leandro Gómez en Paysandú, pretendía confirmar esa aseveración, afirmando que Belén, Peralta, Yanuario, Máximo Pérez y Rodríguez, "fueron perseguidos con tesón y disueltos", haciéndoseles muchos muertos y heridos. [63]

El 2 de junio, Venancio Acosta era designado Jefe Político del departamento en sustitución de Braga, siendo éste destinado a otros cargos en el ejército; enfermo el coronel Egaña, vino también a sustituirlo como comandante militar el coronel Cipriano Cames. Máximo Pérez, esos días, volvió a vadear el Río Negro hacia el sur, co-

---

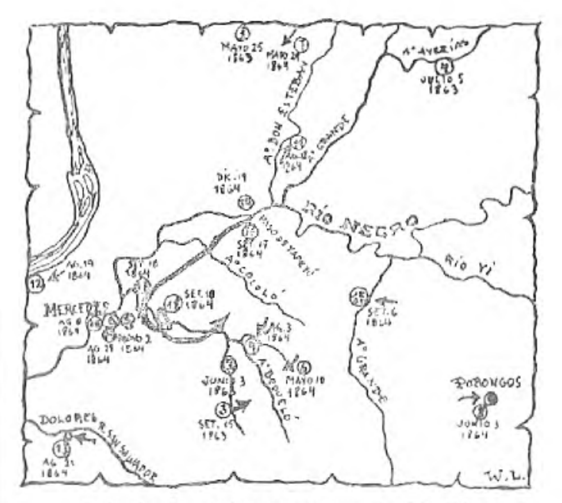
59 Mariano B. Berro, "Anales de la República Oriental del Uruguay", tomo II, pág. 116, Montevideo, 1895.

60 "La Reforma Pacífica", mayo 17 de 1864, Montevideo.

61 Ibídem, mayo 9 de 1864.

62 "El País", mayo 23, 24 y 31 de 1864, Montevideo.

63 "La Reforma Pacífica", mayo 31 de 1864, Montevideo.



Principales intervenciones de M. Pérez durante la Revolución de Flores:

1) Mayo 25/63; se incorpora a Flores. 2) Junio 3/63; Batalla de Coquimbo. 3) Stbre. 15-63; escaramuza contra Romero. 4) Julio 5/63: Batalla de Averías. 5) Mayo 2/64; Batalla de Cerros Blancos. 6) Mayo 10/64; ataque a la estancia de Fernández. 7) Mayo 29/64; escaramuza contra Leandro Gómez. 8) Junio 3/64; asedio de Porongos. 9) Agosto 3/64; ataque a su estancia. 10) Agosto 8/64; asedio de Mercedes. 11) Agosto 18/64; escaramuza contra Olivera. 12) Agosto 19/64; asedio de Fray Bentos. 13) Agosto 21/64; toma de Dolores. 14) Agosto 27/64; toma de Mercedes. 15) Stbre. 6/64: escaramuza contra Aparicio. 16) Setbre. 17/64: Batalla de Yapeyú. 17) Setbre. 18/64; Batalla de Bequeló. 18) Stbre. 78/64: combate con Rafael Rodríguez. 19) Dbre. 19/64: Rechazo de Saá.



TOMAS GOMENSORO



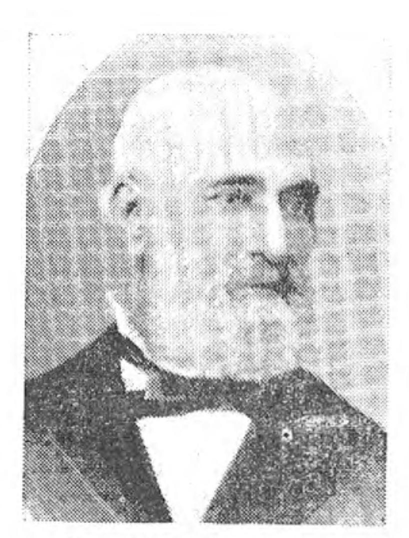
RAFAEL RODRIGUEZ



EDUARDO FREGEIRO



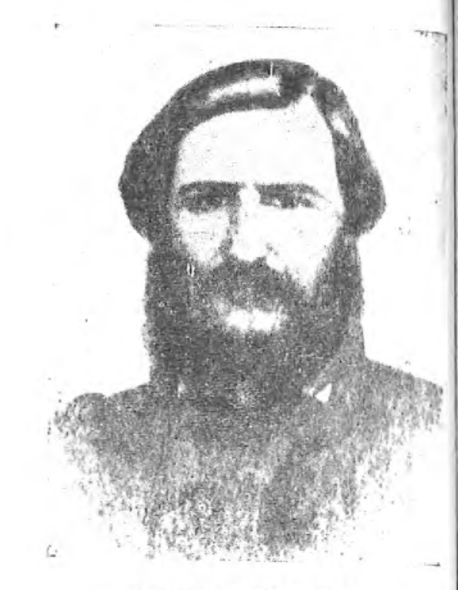
JOSE MARIA BRAGA



Dr. VENANCIO ACOSTA



CORONEL SAA



BERN.'' DINO OLID



CIPRIANO CAMES



Propietarios linderos de los campos de Pérez. en 1860 y 1954.

municándose que "en Porongos está el comandante Gutiérrez con infantería y caballería, y aunque se reunieron Castro, Moyano y Máximo Pérez en las cercanías de aquel pueblo, no se decidieron a atacar. Más al oeste, el coronel Acosta y Lara asediaba Dolores, adonde penetró el 12 de junio (según comunicaba Braga el 15) saqueando el pueblo. [64] El 18 de junio, Venancio Flores, acampado en Puntas del Rosario, le escribía al Presidente Aguirre aceptando las condiciones de paz de que eran portadores los Ministros de la Argentina, Gran Bretaña y Brasil. Pero la tregua habría de durar apenas quince días.

El 6 de julio, a las seis y media de la mañana, rechazada la paz por el Gobierno de Aguirre, se rompían de nuevo las hostilidades.[65] Flores congregó algunas fuerzas del norte y emprendió lentas marchas con más de tres mil hombres, llegando el 22 cerca del Santa Lucía.

En los alrededores de Mercedes volvió a comprobarse la presencia de Bernabé y de Máximo Pérez, haciendo una salida sus defensores, el 26 de julio, hasta la isla de Lobos, en donde se le tomaron diecinueve caballos a los rebeldes. [66]

Flores, llevando consigo a Enrique Castro, Borges, Carabajal, Moyano y Suárez, hostilizaba a fines de julio las fuerzas gubernistas, y el 4 de agosto se apoderaba de la Florida luego de doblegar una enconada resistencia. En el número 3 de "El Libertador", periódico manuscrito que se redactaba en el campamento de Flores, se describía minuciosamente esa acción, librada casa por casa y cantón por cantón, y en la que se registraron por ambas partes actitudes de denodado valor. Dice "El Libertador": "Yansi, Navajas, Carrión, Pérez y Bonavía son dignos de la consideración de nuestro General en Jefe y la gratitud de la Repca." [67] No sabemos si el Pérez mencionado era Máximo, aunque parece difícil, por cuanto en "El Eco del Río Negro" del 7 se notificaba que "por chasque llegado anoche [el 6] de Fray Bentos, sabemos que Máximo Pérez pasó al norte del Río Negro, y que ayer se encontraba en el Arroyo Grande arreando cuantas personas y

---

64 "El País", mayo 24 y junio 14 y 16 de 1864, Montevideo.

65 ANTONIO H. CONTE, obra citada, pág. 425.

66 "La Reforma Pacífica", julio 20 y agosto 2 de 1864, Montevideo.

67 ANTONIO H. CONTE, obra citada, pág. 455.

caballos encontraba. De la Villa Independencia [Fray Bentos] avisaron a Paysandú, pero se guarda bien Máximo de venir al Rincón de las Gallinas, pues recela de las fuerzas allí estacionadas".

El 9 de julio (según un informante de Colonia) el coronel Laguna marchaba de la costa del Colla en dirección a San Salvador, por haber sabido que se hallaban por esos lugares los "traidores" capitaneados por "Arroyo, Máximo Pérez, Tolosa, Bades y Castro, quienes se habían reunido con la torpe intención de esperar nuestra división". [68]

El 7 de agosto, la prensa anunciaba además que, "según cartas recibidas del campo de Máximo, en su última entrada en las inmediaciones de Coquimbo emprendió una viva persecución sobre los individuos que se hallaban en sus casas, y entre otros de los forzados a seguirle lleva a Máximo Bermúdez y a un tal Padilla, ambos pertenecientes a esta guarnición y que hacía como un mes estaban de licencia". [69]

Flores, decidido a limpiar de enemigos la campaña, le escribía entonces a Enrique Castro: "he resuelto emprender la marcha", agregando: "a Máximo Pérez ordénele, haciéndole un chasque, que queda encargado de hostilizar a los enemigos en los departamentos de Colonia y Mercedes, y que es necesario llegue hasta Martín Chico para que reciba algo que puedan traerme de Buenos Aires." [70]

Ni corto ni perezoso, Máximo, en cumplimiento de las órdenes recibidas, se hizo sentir de inmediato. Según "El Eco del Río Negro" del 14 de agosto, a las once de la noche del día 8 se acercaron a Mercedes ciento cincuenta jinetes "anarquistas" comandados por Máximo Pérez; el coronel Olivera cambió las guardias avanzadas de caballería aproximándolas más al pueblo y dejando luces y fogones encendidos en los cuarteles abandonados; tres horas después cayeron los hombres de Máximo haciendo fuego, pero los guardias que se habían atrincherado convenientemente, lo repelieron enérgicamente, lo-

---

68 "La Reforma Pacífica", agosto 10 y 17 de 1864, Montevideo.

69 "El Imparcial", agosto 7 de 1864, Mercedes.

70 Archivo General de la Nación, Montevideo, legajo Hermanos Castro, agosto 12 de 1864.

grando frustrar la sorpresa del enemigo, y calmar la alarma que había cundido entre la población.

Dispuesto a cumplir la segunda parte de la orden de Flores, Máximo Pérez cruzó el Río Negro, logrando escapar el 18 de agosto, a duras penas, con una partida de veinticinco hombres, luego de haber sido atacado en San Esteban por las fuerzas de Enrique Olivera, quien logró tomarle dos prisioneros. Lejos de apaciguarse, esos mismos días llegaron noticias de Fray Bentos anunciando que "los salteadores de Máximo infestan los bosques vecinos", y que ya se pensaba en evacuar la ciudad cuando llegaron refuerzos oportunamente. Días después apareció Máximo en Dolores, adonde entró alrededor del 21 (datos del "Imparcial" del 25) a la cabeza de doscientos hombres. "Allí — dice el tendencioso informante — hicieron de las suyas: inmediatamente después de entrar lancearon a un capitán y obligaron luego a D. Fernando Grané a que proveyera a los invasores de yerba y de tabaco; dos días después se retiraba, dejando algunas partidas pequeñas y viniendo el resto a estacionarse en el Vizcocho". En el camino (en Las Maulas) sorprendieron al teniente Negrete, tomándolo prisionero junto con tres de sus hombres. [71]

"Hace varios días (escribían el 27 de agosto desde Mercedes) que anda Máximo Pérez por estas inmediaciones y hoy se presentó rodeando todo el pueblo, en número como de ciento cincuenta hombres. Hubo algunas guerrillas sin resultado." [72] A las ocho de la mañana, avanzaron trescientos hombres sobre Mercedes al galope, habiéndoseles agregado a los de Pérez el Escuadrón Escolta. [73] El pánico en Mercedes era general. Entre ruidos de armas y gritos de gente soliviantada, los soldados detenían carros y carretas a fin de hacer trincheras. [74] Flores, acampado en Bequeló, mandó un chasque anunciando que iba a atacar la ciudad. Olivera opuso algunas guerrillas a los trescientos jinetes enemigos, retirándose hacia el pueblo sin dejar de hacer fuego. Máximo Pérez

71 "La Reforma Pacífica", agosto 17, 24 y 30, Montevideo.

72 Ibídem, agosto 31 de 1864.

73 Tomás Gomensoro y Villegas, obra citada, pág. 37.

74 Eusebio E. Giménez, "Recuerdos del terruño", pág. 100, Montevideo, 1908.

mandó alzar bandera de parlamento, pero Olivera contestó levantando bandera de guerra, rompiéndose de nuevo el fuego, el que duró hasta la puesta del sol. Pero a las dos de la tarde se había recibido en Mercedes un chasque del Gobierno con fecha 13 de agosto, ordenando desalojar la plaza, dirigirse a Paysandú con todo el personal, y ponerse allí a las órdenes de Trillo. Se resolvió en consecuencia abandonar Mercedes esa misma noche. Faltaban víveres y municiones, habiéndose esperado al "Villa de Salto" que se suponía había salido de Paysandú el 26 con cuarenta mil tiros de fusil.

Flores, a una legua de la ciudad, preparó sus ochocientos hombres y su cañón de sitio, desmontando cuatrocientos tiradores. Pero el día 27 los cantones de Mercedes, escudados en las azoteas, se habían entusiasmado y no abandonaban sus puestos. La noche llegó oscura y tormentosa. Sin dejar de hacer fuego, y a la luz de los relámpagos, los sitiados fueron retirándose hacia el Puerto, adonde no encontraron al encargado de juntar los barcos, que lo era el coronel Tapia. Debieron lanzarse varios hombres a nado y acercar embarcaciones, remando, a falta de remos, con sus propias lanzas. La flota así improvisada se dejó ir río abajo, logrando Olivera de ese modo escapar con sus trescientos hombres, en medio de un aguacero infernal.

A las ocho de la noche, Máximo Pérez entraba en Mercedes con ciento treinta hombres. [75] Poco después entraba Flores con el grueso del ejército. En la mañana del 28, se vio una "división de hombres a caballo, melenudos y descalzos, con grandes divisas coloradas bastantes desteñidas, los sombreros deformados por las lluvias y el uso, cubiertos de barro y con armas de diferentes sistemas, dando vivas al general Flores, al Partido Colorado y al ejército libertador. Entre aquellos aguerridos lanceros, se vio pasar a Flores, con "su sombrero de fieltro y poncho de paño", yendo a aposentarse a lo de su cuñada Doña Marcelina Centurión, en la esquina de Ituzaingó y Alzaga (hoy Florida). Lo acompañaban Belén, el corneta Machín y su secretario Bustamante. La victoria había sido total, habiéndose tomado prisioneros a cuatrocientos guardias nacionales y una crecida cantidad de armamentos.

En cuanto a los prófugos, fueron recogidos por el

75 "La Reforma Pacífica", agosto 31 de 1864, Montevideo.

"Villa del Salto" cerca de Soriano, luego de soportar el asedio de una cañonera brasileña, tomando luego pasaje en el vapor inglés "Fairy"; éste los condujo a Paysandú, en donde desembarcaron el 1º de setiembre. [76]

El comandante Gabriel Tudury escribió el día 29 desde Camacuá, adonde terminaba de llegar el "Villa del Salto", informando que Olivera venía con doscientos hombres, sin armas, a bordo de once pequeñas embarcaciones; agrega que el "Villa del Salto" llegó "hasta el mismo reducto del puerto de Mercedes", ciudad que habían querido defender, pero que debió abandonar a raíz de la orden impartida a Olivera. Recomienda Tudury retomar la ciudad, empresa que, con el auxilio de las fuerzas de Servando Gómez, considera sumamente fácil. [77]

El recibimiento que le hicieron a Flores en Mercedes (según "La Tribuna" de Buenos Aires) fue triunfal, arrojándosele flores en profusión y haciéndose gran despliegue de pirotecnia. Como primer providencia, el General en Jefe designó a Felipe Arroyo como Jefe Militar del departamento. El comandante Tapia (el de los barcos que no aparecieron) y Demetrio Pereira se pasaron a Flores. En cuanto a Máximo Pérez fue designado Comandante Militar del departamento.

Los gubernistas atribuyeron luego la caída de Mercedes a los trabajos de los traidores que tenían planeada la entrega de cuatro cantones apenas atacara Venancio Flores. "El chasquero que tenían para comunicarse con Máximo Pérez era un Guardia Nacional de la infantería." Entre los que se pasaron estaban además el capitán de infantería Zacarías Casal, hijo de un zapatero de Paysandú, antiguo adicto de Rivera, aparte del teniente Demetrio Pereira con treinta y cinco infantes, el teniente Guillermo Domínguez y un alférez. También se pasó el capitán Gregorio Sánchez (ya acostumbrado a cambiar de campo), quien "estaba encargado del detalle" con un hijo suyo y los ayudantes Navajas, González y Pais. En esa carta se dice que el Jefe Político designado fue Avelino Delgado, dándoseles otros cargos a Manuel Fontans y Eduardo Gómez, quienes "hoy son enemigos de los

76 EUSEBIO E. GIMÉNEZ, obra citada, págs. 103 y 126, y "La Reforma Pacífica", setiembre 3 de 1864, Montevideo.

77 Archivo General de la Nación, Ministerio de Guerra, agosto de 1864.

blancos". Estos hombres habían clavado sesenta fusiles la primera vez que Venancio Flores se presentó ante Mercedes (el 31 de mayo del 63), lo que no tuvo derivaciones por la intervención del coronel Laguna; a esas traiciones atribuyeron también los gubernistas la victoria de Pérez en Cerros Blancos.

En su intento de denigrar al carácter de Pérez, Giménez relata un hecho acontecido entonces, y que transcribimos, resumiéndolo, por creer que contribuye a ilustrar el aspecto de la psicología de Pérez que dio más pie, juzgado en base a cánones falsos, a la censura de sus enemigos. Habiendo quedado sin dinero para subvenir a la necesidad del ejército, Máximo Pérez, acampado en las costas del Bequeló, envió al capitán Demetrio Pereira, quien comandaba la infantería, para que fuese a recoger los fondos percibidos por la Aduana. El receptor Sr. Pozo, arguyendo órdenes de Flores, se negó a entregarlos; "Pérez se sulfuró, y mandó que se lo llevaran atado codo con codo al campamento". Pereira, amigo de Pozo, le trasmitió por intermedio de su cuñado, padre de Eusebio Giménez, la orden de Pérez, aconsejándole al mismo tiempo que huyera, cosa que hizo Pozo tomando un bote hasta la boca del Yaguarí, en donde trasbordó al vapor que hacía la carrera a Montevideo. "Avisado Pérez de que el presunto preso había fugado, mandó que a su vez lo prendieran al capitán Pereira y que se lo condujeran al campamento en la forma decretada para el Sr. Pozo", operación que realizó esa misma noche el mayor Ciriaco Padilla, rodeando con su partida el rancho que ocupaba Pereira en Sandú Chico. Conducido en medio de una noche tormentosa, "empiezan a divisar los fogones del campamento, y a medida que se aproximaban, la figura de Pérez que se agita de un lado a otro como el jaguar que espía su presa. Apenas puesto el pie en tierra y sin esperar explicaciones, Pérez le dirige a Pereira todos los insultos de su vocabulario habitual, arrancándole del sombrero una divisa de terciopelo punzó que decía "Ejército Libertador", y dándosela a un negro que estaba allí presente. Le dijo entre otras cosas que no lo mandaba degollar por el empeño de sus amigos, pero que bien lo merecía por haberse dejado burlar por el pícaro viejo". Pereira declaró luego que aprovechando las ligaduras flojas con que lo habían atado, estaba decidido a repeler violentamente cualquier

amago de agresión. "La obsecación de Pérez, llegó hasta olvidar la antigua amistad que los ligaba, como el hecho de salvarle la división en el encuentro audaz que tuvo con las fuerzas de Servando Gómez."

Este es el hecho, relatado por un acérrimo detractor, y el que no hace sino confirmar el carácter impulsivo de Pérez, cuya reacción, ante la doble y consecutiva desobediencia de que había sido objeto cuando recién estrenaba su comandancia, no resultó en verdad desproporcionada con su causa. Sobre todo teniendo en cuenta que fue capaz de oír, en pleno furor, la palabra conciliadora de sus amigos, y que poco después, como lo menciona más adelante el mismo Giménez, reanudaba sus relaciones amistosas con el capitán Pereira, a quien llegó a nombrar Comisario de la 1ª sección de Mercedes. Por otra parte, Pereira no era un inocente a cocer con dos hervores, acusándolo la prensa de la época de haber asesinado en Mercedes en esos días "a varios extranjeros". [78]

En Mercedes, donde Venancio Flores permaneció hasta el 5 de setiembre, se reorganizó el batallón de guardias nacionales con ciento cincuenta infantes y ochenta jinetes, al que se le designó con el nombre de "Treinta y Tres" y se le puso bajo el mando del comandante Vicente Avila. [79] En cuanto a Venancio Acosta, Flores le encomendó la misión de entrevistar a los prófugos y proponerles el regreso, con el resultado que es de imaginar. [80] Evacuada Mercedes por los floristas, se restablecieron las autoridades civiles y militares, y la ciudad pareció recuperar la tranquilidad bajo la Jefatura de D. Silvestre Sienra, quien venía de desempeñar dicho cargo en San José en tanto Braga se ponía el día 6 al frente de su guarnición. La prensa del Gobierno afirmaba que los nacionalistas habían emigrado en su casi totalidad a Entre Ríos, Paysandú o a los montes, y que la ciudad estaba casi despoblada, habiendo quedado solamente "dos orientales", y debiendo encargarse los extranjeros de patrullarla durante la noche.

En cuanto a Máximo Pérez, avisado de la proximidad del ejército de Aparicio, debió salir a la descubierta con

---

78 "La Reforma Pacífica" setiembre 23 de 1864, Montevideo, y RAFAEL A. PONS y DEMETRIO ERAUSQUIN, "La Defensa de Paysandú", Montevideo, 1887.

79 ANTONIO H. CONTE, obra citada, pág. 475.

80 "La Reforma Pacífica", octubre 29 de 1864, Montevideo.

las escasas fuerzas que le dejara Flores; en carta de Aparicio a Servando Gómez, se dice que el 6 de setiembre, a las seis de la mañana, el capitán Antonio Carneiro, con sus tiradores de vanguardia, divisó al enemigo en el Arroyo del Maciel, a dos leguas de su campamento. Avisado Aparicio, cambió de caballos y se puso en marcha, lanzándose a la carga con el coronel Francisco Laguna a la izquierda, al centro la infantería de Julio Arrué, y el mismo Aparicio a la derecha con la División Florida y el Escuadrón del comandante Enrique Britos. "Al ver el vándalo Máximo Pérez, quien se hallaba con trescientos hombres, que los soldados de la ley lo cargaban, dio la espalda por el espacio de ocho leguas dejando porción de muertos en el campo y llevando buen número de heridos de bala o lanza, en un entrevero que tuvimos en un momento en que las fuerzas se le empezaban a desbandar." [81]

Aunque derrotado en esta emergencia, el prestigio de Máximo se vio acrecido por la osadía y el valor personal puesto entonces de manifiesto. Así lo reconoció el mismo general Flores, quien, desde su Cuartel General frente a Paysandú, le escribió a Felipe Arroyo: "al comandante Pérez que no se separe de encima del enemigo a dos, tres leguas en el día, retirándose alguna distancia más en la noche, y al otro día veníase encima de ellos, que les haga sentir el arrojo de nuestros valientes soldados; refuércelo un poco si fuere necesario"; "Vd. me comunica la tenaz persecución que hizo el enemigo a los valientes que componen la heroica división Mercedes, a las inmediatas órdenes del Comte. Pérez, los que por su parte veo se han conducido con el heroismo no desmentido de los defensores de la igualdad y de las libertades públicas, y que no cabe duda que siempre que tengan que medir sus lanzas con los esclavos del intruso Gobierno de Montevideo, el triunfo será de los colorados." [82]

Aun contando con fuerzas netamente inferiores, Máximo cumplió al pie de la letra las instrucciones de Don Venancio; es así como dejándose llevar por su osadía, habría al poco tiempo de precipitar la desgraciada acción del Bequeló.

---

81 Ibídem, setiembre 3 y 23 de 1864.

82 Archivo General de la Nación, Montevideo, legajo Hermanos Castro, setiembre 11 de 1864.

El ejército de Servando Gómez acampaba sobre la costa del Río Negro, cerca del paso de Yapeyú, cuando en la madrugada del 17 de setiembre, Máximo Pérez, secundado por Manuel Palacios, tentó un golpe de mano que la misma prensa gubernista proclamó de un "arrojo inconcebible". Lograron en dicha acción despojarle de las caballadas al poderoso enemigo bajo sus mismas narices, matándole un oficial y cuatro soldados.

Inducido, según se dijo después, por el informe equivocado de sus bomberos, quienes le habían afirmado que el grueso del enemigo se había alejado hacia el norte y que sólo tenían que habérselas con los doscientos hombres de la división San José, Máximo cayó en el tremendo error de intentar repetir el golpe a la madrugada siguiente, encontrándose con que el enemigo había tomado todas las providencias para frustrarlo. Reforzado con doscientos hombres, entre ellos cincuenta infantes, Máximo Pérez se abalanzó con un total de cuatrocientos cincuenta hombres contra la retaguardia que había dejado Servando Gómez al sur del Río Negro, pasando el Bequeló, "arrollando las partidas exploradoras, y engolfándose de lleno a su seguimiento". "Prevenido el grueso del ejército desde el día anterior, se trabó en combate encarnizado y desigual por parte de los anarquistas que tenían menos gente".

Venían con los del gobierno Basilio Muñoz, el capitán Enrique Yarza y el teniente Pío Almeida, quienes se posesionaron de una altura con su gente, siendo reforzados con la División de San José al mando de Barrios y del coronel Rafael Rodríguez, y con las divisiones de Maldonado, Minas, el batallón Unión y otras fuerzas más. Los hombres de Pérez combatieron denodadamente y contraatacaron a Muñoz, logrando desalojar al enemigo de su posición ventajosa, pero abrumados por las divisiones de refresco enemigas, debieron finalmente retirarse al paso del Bequeló (paso de Filisberto), mandando su jefe a Demetrio Pereira que hiciera pie a tierra con sus cincuenta infantes para defender el punto. La infantería del Gobierno al mando de Isidro Fernández, mucho más numerosa, desmontó también, y luego de recio tiroteo cargó a la bayoneta, matando o haciendo prisionera a la casi totalidad de la heroica infantería de Pérez. Desalojado el paso, cargaron los gubernistas sobre Máximo, quien, sumo conocedor del terreno, tomó Bequeló arriba, cruzándolo tres

veces en el lapso de dos horas, recorriendo siete leguas hasta llegar a las proximidades de Coquimbo. En un momento dado, "el jefe afortunado", como lo llamaba "La Tribuna" de Buenos Aires, advertido por el soldado Segundo Moreira que el sargento Saavedra, "a quien quería como a un hijo", [83] caía muerto por una bala enemiga, dio orden de volverse contra los perseguidores, y en combate singular, atravesó con su lanza al coronel Rafael Rodríguez, quien cayó gravemente herido. Según otra versión, la orden de Máximo de dar cara vuelta fue dada para salvar a su sargento Escrespiades Franco, quien había rodado con su caballo; fue entonces que M. Pérez distinguió a Rodríguez (cuyo poncho, al revolear, dejó ver su uniforme), asestándole un terrible lanzazo; al sentirse herido, Rodríguez espoleó su parejero, el cual, a favor de su gran ligereza, se alejó pronto del lugar del combate. El jefe herido fue curado en Mercedes, y llevado luego hacia el norte. [84]

Ya cerca de Coquimbo, Máximo, con los ciento y pico de hombres que le quedaban, se le perdió de vista al enemigo. La lucha le había sido adversa, pese a su despliegue casi insensato de valor, habiéndose atrevido a acometer con su magra partida una fuerza varias veces superior. El enemigo comunicó en sus partes haberle matado sesenta y cinco hombres y haberle tomado cerca de cien prisioneros, de los cuales noventa, según se dijo, fueron indultados por presentarse, aunque ya sabemos los métodos que suponían esos enrolamientos "voluntarios". En esa acción, además, Pérez perdió toda la caballería que tan osadamente había logrado apresar. Entre sus heridos se contaba su hijo Justo, quien pasó a Gualeguaychú a restablecerse de sus graves heridas, y el hijo del famoso "indio" Fausto Aguilar, Teófilo, quien un mes después moría en Buenos Aires. [85]

Entre los prisioneros estaba el teniente Antonio (¿o Demetrio?) Pereira, el sargento Calaciano García y los alféreces Mercedes Castel y José Cabrera. El ejército del

---

83 Datos proporcionados por D. Luis Maglia, según relatos de D. Segundo Moreira, Mercedes.

84 Datos proporcionados por D. Lino Ferreira Goró, de acuerdo a versiones oídas a D. Bernardo Miller, compañero de Máximo Pérez, quien lo apreciaba particularmente por su destreza en el manejo de las armas.

85 "La Reforma Pacífica", octubre 29 de 1864, Montevideo.

Gobierno declaró haber perdido nueve hombres, entre los cuales encontramos en el Registro de la Parroquia de Mercedes a Wenceslao Suárez, Cirilo Cayorda, Antonio Florencio y Dámaso García. [86] En cuanto al coronel Rodríguez, pese a haber sido atravesado de parte a parte por el terrible lanzazo de Máximo, se le declaraba poco después fuera de peligro. [87] La lanza había penetrado hasta la media luna, [88] pero Rodríguez, que pasó a restablecerse a Paysandú con un pulmón afectado, aparece el 17 de noviembre reincorporándose al ejército. [89]

Flores decidió intentar esos días una nueva incursión por el sur, "siendo trasladado por la escuadrilla de Pereira Pinto desde Paysandú hasta la barra del Río Santa Lucía, a efecto de que pudiera presentarse frente a Montevideo en los mismos momentos en que una de las divisiones del ejército del general Mena Barreto cruzaba la frontera de Yaguarón y otra avanzaba sobre el departamento de Salto." [90] Dejaba como Jefe del norte del Río Negro a Enrique Castro, a quien poco después le escribía: "si el enemigo no deja fuerzas importantes en Mercedes es necesario ocuparlo y entonces vendrá bien meterles un buque de guerra brasileño". Al día siguiente, desde puntas del Bacacuá (afluente del Queguay), le escribía a Castro: "Entre hoy y mañana tiene Vd. reunidos seiscientos hombres largos, fuera de Moyano y Máximo Pérez, y Vd. sabe cuanto puede hacerse con una fuerza semejante". Agregaba más adelante: "De Moyano y el comandante Pérez no sé nada; pero no deben estar lejos." Y al otro día, entre otras cosas, escribía desde el Arroyo Negro: "No quiere piquetitos ni partiditas". Buscaba así concentrar fuerzas que estaban demasiado dispersas, lo que reiteraba en el chasque siguiente, enviado desde San Esteban: "Reúna todas sus fuerzas y a los Comtes. Moyano y Pérez se los mandaré sin demora." Máximo acompañó a

86 Archivo de la Parroquia de Mercedes, libro cuarto de defunciones.

87 "La Reforma Pacífica", octubre 2 de 1864, Montevideo.

88 Datos sobre el combate extraídos de "La Reforma Pacífica" del 27 de setiembre al 11 de octubre de 1864, y de EUSEBIO E. GIMÉNEZ, obra citada.

89 "La Reforma Pacífica", octubre 25 de 1864, Montevideo.

90 EDUARDO ACEVEDO, obra citada, tomo III, pág. 271.

Venancio hasta Paso de los Toros, desde donde éste vuelve a comunicarle a Castro: "El comandante Máximo Pérez está pasando hoy en la barra del Arroyo Grande y bienen del Yí con su división. Mucho le recomiendo a Máximo sepa llevarlo con tino y ponerlo de vanguardia, que dará mucho." Interesante declaración en la que Flores reconocía la necesidad de manejar a Pérez con el mismo cuidado que a un cajón de dinamita, testimoniando además aquella valentía suya que hacía que siempre le reservaran los puestos de más peligro. Recomendaba Flores en el mismo parte: "No hay que descuidarse un solo momento"... "meneando lanza"... "hostilice al enemigo evitando siempre el combate".

Enrique Castro le contestó a Flores desde San Esteban: "Me hallo en este punto con División compuesta de 1400 hombres sin contar con Máximo Pérez que tiene 400 hombres; ayer se me incorporó el Cnel. Moyano con 400 hombres." [91] Cinco días después habiendo sufrido un pequeño contraste de manos de Aparicio, en el que Moyano resultó herido, Castro notificaba desde el Salsipuedes Grande su regreso a Tres Arboles, luego de dejar partidas de observación en el Palmar y barra del Arroyo Grande, por donde debía andar Máximo Pérez. [92]

Desde Durazno, Flores contestaba que estaban "quizás en vísperas de una batalla que ponga término a nuestros trabajos y privaciones"; días después le ordenaba desde la Estancia del coronel Peñarol: "reúna toda la gente del norte en Paso de los Toros". [93] Daba así por terminada su intentona, llegando el 17 de noviembre a Caraguatá, "donde se le incorporó el general Netto con dos mil hombres de las tres armas". [94] "De allí, con uno de esos movimientos propios de la escuela riverista, rápidos y decisivos hasta lo increíble, marchó sobre Paysandú, recogiendo a su paso las fuerzas organizadas, según sus instrucciones, por Enrique Castro, con Gregorio Suárez, Luis Larrobla, Máximo Pérez y otros." [95] Desde Ceibal, volvió

91 Las citas anteriores fueron extraídas del Archivo General de la Nación, legajo Hermanos Castro, octubre 31 y noviembre 9 de 1864, Montevideo.

92 Antonio H. Conte, obra citada, pág. 494.

93 Archivo General de la Nación, Montevideo, legajo Hermanos Castro, octubre 31 y noviembre 9 de 1864.

94 Antonio H. Conte, obra citada, pág. 494.

95 José L. Martínez, "Vida Militar de Enrique y Gregorio Castro", noviembre 25 de 1864.

Flores a escribirle a Castro: "mándeme 400 o 500 caballos que tengo a pie mis infantes. El comandante Pérez va a traerme los caballos." [96] Desde Paysandú se comunicaba que "el bandido Enrique Castro que fué derrotado en Don Esteban, anda en estas inmediaciones, habiéndose incorporado a Máximo Pérez que tiene ahora 300 hombres." [97] La movilidad de Máximo en esos días se comprueba al advertírsele con cien hombres el 27 en "el Molino de San Salvador, conocido con el nombre de Molino de Perseverano" (antigua posesión de D. Perseverando Pereira), en tanto Tolosa andaba con sus cincuenta hombres por Martín Chico, siendo ambos buscados por el comandante Ferrer. [98]

En las últimas etapas de la guerra, el papel desempeñado por Máximo Pérez iba siendo cada vez más importante; su entrega total a la causa y el indeclinable espíritu de sacrificio con que cumplía su parte, eran las mejores credenciales de su valor y la justificación de su creciente prestigio.

Según lo destaca Eduardo Flores en su "Bosquejo biográfico", Máximo no dio jamás lugar a la menor observación durante toda esta larga campaña. Y señala entre sus hechos más heroicos el que llevó a cabo en el Maciel, obedeciendo órdenes inmediatas del coronel Caraballo; "consistió este hecho en una carga y evolución de caballería sobre el flanco del enemigo con el objeto de distraerlo, llamando y llevando la atención para otro lado de la tenaz persecución que hacia el grueso de nuestro ejército en donde iban cañones y bagajes pesados, corriendo peligro de ser perdidos, como casi sucedió."

La intervención del ejército brasileño aceleró el fin de la resistencia gubernista. Mientras Flores, secundado por las fuerzas brasileñas de mar y agua, asediaba Paysandú y tomaba Salto, debía además cuidar que el ejército de Montevideo no viniera a interferir con sus planes. Se había puesto al frente de éste al prestigioso general argentino Juan Saá (degeneración de Shaw, apellido de su

96 Archivo General de la Nación, Montevideo, Legajo Hermanos Castro, noviembre 25 de 1864.

97 Rafael A. Pons y Demetrio Erausquin, obra citada.

98 "La Reforma Pacífica", diciembre 3 de 1864, Montevideo.

abuelo escocés) oriundo de San Luis y famoso por su rápida campaña de 1860 en la Provincia de San Juan, así como por su actuación en Pavón, en donde mandó el ala izquierda de Urquiza. Este general, más conocido por "lanza seca", (apodo originado por uno de sus partes, en el que comunicaba haber corrido al enemigo a lanza seca) ya se había acercado al paso de Yapeyú, en donde no logró que se le presentaran los comandos que se le habían asignado. Allanados esos obstáculos, y llevando la esperanza del gobierno, "el 19 de diciembre vadeaba el Río" en ese mismo Paso, al frente de dos mil hombres. Días antes se anunciaba la entrada de las tropas legales en Mercedes, la que había sido vuelta a ocupar el mes anterior por la gente de Flores. Saá le escribió el 23 de diciembre a Rafael Rodríguez diciendo que necesitaba más fuerzas, y que "Máximo Pérez estaba al Norte del Río Negro con ciento cincuenta hombres sobre la barra del Arroyo Grande". [99] Agregaba, como era de rigor, que Máximo Pérez sufría deserciones. Lo cierto es que la presencia del lancero chaná, destacado por Flores para proteger su retaguardia, fue suficiente para mantener a raya al presuntuoso "Lanza seca". El 19 de diciembre, en efecto, "el coronel revolucionario Máximo Pérez con seiscientos hombres rechazó al general Saá que con dos mil hombres intentó vadear el Río Negro en los Pasos Correntino y Yapeyú. Esta derrota resultó fatal para el ejército gubernista, el que se desbandó, malográndose así la proyectada protección a la valiente guarnición de Paysandú." [100] El ejército sitiador, que había levantado su asedio de Paysandú el día 19 para ir al encuentro de "Lanza seca", se enteró del desbande de los montevideanos, y pudo así el 22 volver al sitio. "Apenas llegamos al Rabón (cinco leguas de camino) cuando recibimos parte del comandante Máximo Pérez de que el enemigo había repasado el Río esa mañana por el mismo paso". Reagrupó sus fuerzas Saá, y es así como Bustamante escribía el 24: "tuvimos partes de que Saá había vuelto a pasar con dos mil hombres por los pasos de Vera y Yapeyú, pero esta mañana recibió el general comunicación del comandante Pérez que se encuentra a vanguardia del enemigo, en la que dice que Saá ha retro-

99 Ibídem, diciembre 22 de 1864.

100 Jacinto R. Yaben, "Biografías argentinas y sud-americanas", tomo V, pág. 405, Buenos Aires, 1938-40.

cedido hacia el Río Negro" [101]. Agrega que Saá limita sus pretensiones a poner en jaque al ejército de Pérez, esperando, para doblegarlo, recibir más refuerzos de Montevideo. No se atrevió desde entonces sino a cortos tiroteos, permitiendo que se consumase la toma de Paysandú el día 2 de enero de 1865.

El final es suficientemente conocido; Saá retornó a Montevideo "a marchas forzadas" [102] para ponerse al frente de sus fuerzas defensoras en sustitución del general Antonio Díaz. Pero la escisión que minaba sus fuerzas y la victoria del bando pacifista, el cual logró ungir al doloreño Tomás Villalba, entonces Presidente del Senado, con el cargo de Presidente, precipitó la realización del convenio de paz, que se celebró finalmente el 20 de febrero.

Ese mismo día entraba el general Flores en Montevideo, publicando una proclama en la que exhortaba a "la unión sincera de los orientales". La guerra civil terminaba, y con ella el desorden material, el empobrecimiento general y las perturbaciones del trabajo que solía aparejar; pero era gracias a esas guerras, continuadoras en ese aspecto de las guerras de la independencia, que se atenuaba la disolución moral a que de otro modo hubiera conducido el desarraigo que sufría nuestro pueblo. "La disciplina militar, suplía una identidad inexistente de ideales e intereses" [103]; era una "dura y provechosa gimnasia —escribía Javier de Viana— que nos ha dado músculos y nervio de nación independiente". El ejército constituía el precedente necesario del pueblo, le daba una conciencia, acostumbraba a los paisanos a hermanarse en una fe, los sacaba de la laxitud en que decaían sus vidas durante las treguas; de ahí la fuerza irresistible con que aquellas guerras atraían a hombres que sentían una oscura necesidad de fortalecer su conciencia social, huérfana de una religión, o de una cultura, o de una unidad étnica que pudieran promoverla. El ejército venía a llenar ese hueco, venía a formar un pueblo y a adiestrarlo en el uso de sus deberes y derechos, vitalmente sentidos. La guerra civil era una dolorosa necesidad, era el estado verdadero de un pueblo que se buscaba a sí mismo, desde-

101 Antonio H. Conte, obra citada, págs. 504 y 505.

102 Rafael A. Pons y Demetrio Erausquin, obra citada.

103 Ezequiel Martínez Estrada, "Radiografía de la Pampa", tomo I, pág. 150, Buenos Aires, 1942.

ñado por una armazón legal incompatible con su auténtica insuficiencia; aquellos muchachos de diez a quince años que un día encontrara Hudson peleando fieramente a guisa de blancos y colorados no estaban haciendo otra cosa que procurarle una razón a sus vidas desamparadas. Es en ese sentido que puede justificarse una frase del mismo Hudson que a tantos asombrara: "una comunidad en la que no hay muchos crímenes no puede ser moralmente sana". Un espíritu insospechable de belicosidad como Javier de Viana, afirmaba luego de su experiencia de 1904: "La guerra es admirable escuela; las necesidades van desnudando las almas. Sus hipocresías son las pinturas de los edificios rurales que desaparecen con las lluvias. Se llega a ser lo que se es". [104]

Llegaba el momento de pagarle al Brasil la ayuda que había prestado a la revolución. Digamos de paso que dicha intervención no tenía en esa época el mismo significado que tendría hoy; "Flores participó también, aunque en menor grado, en la visión geopolítica de sus ilustres antecesores —Lavalleja, Rivera, Oribe— que extendían más allá de las fronteras de 1828 —definidas en 1851— el ámbito natural de los destinos del Uruguay". [105] De ahí que Flores no podía concebir cómo un acto "antinacional" el hecho de valerse del apoyo de Mitre o del Brasil. De todos modos, "el Estado Oriental ha sido la causa ocasional de la guerra que el Paraguay declaró al Brasil". El Paraguay había invadido a su vecino en diciembre del 64, y ese hecho precipitó la Triple Alianza que se firmó el 1º de mayo de 1865. No entraremos a considerar sucesos que son, por otra parte, demasiado conocidos, sino en el grado en que puedan resultarnos útiles para ir recordando la vida de Máximo Pérez. Además, no eran los entretelones de la diplomacia lo que le interesaba a Máximo, sino el encumbramiento del "cabo viejo", y la victoria del Partido Colorado. Y fue al Paraguay como hubiera ido a la China, por solidaridad con Don Venancio, tanto o más que por su amor a la divisa.

Acompañando al ejército vencedor, Máximo Pérez en-

---

104 JAVIER DE VIANA, "Con divisa blanca", pág. 52, Montevideo, 1919.

105 WÁSHINGTON REYES ABADÍE, "Aparicio Saravia en el proceso político-social uruguayo", en la Revista "Nexo", Nº 1, abril - mayo 1955, pág. 8, Montevideo.

tró a mediados de enero en San José, donde según la prensa de Montevideo "se asegura que puso contribución al pueblo" [106]. Consumada la victoria, y luego de haber sido despachado a Mercedes el Primer Regimiento de Soriano (ochenta hombres mandados por Rafael Ocampo [107]), regresaba triunfalmente Máximo al frente del Batallón "33". "La división de este valiente y prestigioso Jefe consta de 874 hombres de caballería e infantería, la primera mandada por Padilla, Ríos y los Muelas". Se realizaron grandes festejos, "suntuosos banquetes" y bailes, culminándose con el Himno "cantado por la señorita Flores y coreado por la concurrencia" [108]. No se olvidaba Máximo de sus deudas, y así es como intercedió ante Flores para que amnistiara a su caballeresco jefe Cames; Nolasco Romero, en cambio, quien tan deslealmente había faltado a su palabra, debió ganar los montes del San Salvador para poder escapar a duras penas a Entre Ríos. Esos días se realizó en Mercedes una campaña para que se le diera a Máximo "una espada de honor", pero, según comunicaba "La Patria" de Mercedes, "el Benemérito comandante D. Máximo Pérez ha salido a reunir el contingente que debe dar nuestro Departamento". Días después, el mismo periódico anunciaba que "debido al prestigio que goza entre sus conciudadanos el teniente coronel Máximo Pérez, reunió como seiscientos hombres de los cuales no sacó más que doscientos cincuenta. Ese es el contingente que debe seguir al Paraguay. Después de haberlo equipado, lo ha licenciado por seis días" [109].

El 22 de junio partía el Regimiento "Ejército Oriental", desembarcando en Concordia a las diez de la mañana del 28; luego fueron llegando las caballerías de Máximo Pérez junto con las de Januario González, y finalmente las de Goyo Suárez, completando dos mil quinientos jinetes, mil cien infantes, ciento cincuenta de artillería, etc. [110]. No describiremos la breve campaña que llevó a cabo entonces Máximo Pérez por carecer de noticias

106 "La Reforma Pacífica", enero 21 de 1865, Montevideo.

107 "La Tribuna", marzo 4 de 1865, Montevideo.

108 "La Verdad", Mercedes, transcripto en "La Tribuna" del 30 de marzo de 1865.

109 "La Tribuna", marzo 2 y 4, y junio 9, 16 y 23 de 1865, Montevideo.

110 Eduardo de Salterain y Herrera, "Latorre; la unidad nacional", Montevideo, 1952.

particularizadas, salvo alguna intrascendente, como la que anunciaba que el día "26 de Julio se le desertó un blanco al bravo coronel Máximo Pérez"; días después, el 4 de agosto, "se le entregaban al general Suárez cinco regimientos con el coronel Pérez a la cabeza" [111].

A las once de la mañana del 17 de agosto, el ejército de Flores, de más de seis mil hombres, se enfrentaba en Yatay con tres mil denodados paraguayos comandados por el Sargento Mayor Duarte. Las dos alas eran mandadas por el general Panasco y el coronel Palleja, yendo Máximo Pérez en el centro, con las fuerzas de Flores, quien buscó darle al lancero chaná una oportunidad de demostrar su empuje; Pérez estrenaba el grado de Coronel graduado, y teniente coronel de caballería de línea, grado que se le había conferido el 1º de julio, con la antigüedad del 19 de mayo [112]. Recibidos con un vivo fuego casi a quemarropa, se entabló un rudo combate entre las infanterías; cuando los paraguayos parecían rehacerse, "cargó la caballería sobre los flancos y los acuchilló hasta el bañado" [113]; en esa carga "un paraguayo le rompió el mate a Máximo Pérez de un bolazo, salvándose éste de una muerte segura, si no hubiera sido el arrojo del capitán D. Vicente Muela (sobrino suyo) que se hizo notar en esta ocasión por su valor y serenidad en la pelea" [114]. Parte de la Caballería Oriental al mando de Máximo Pérez se dispersó entonces [115]; según otros informantes, el coronel Pérez había sido "herido levemente de lanza", así como Fidelis, Bustamante, Tabarez, Regules, etc. [116]. Tres días después de aquella acción victoriosa para los aliados, se informaba que M. Pérez estaba mejorando, pero "hasta no concluir con el el enemigo que ocupa la izquierda del Uruguay, no puede el general en Jefe tomar medida alguna con respecto a los heridos" [117]. A esas dificultades, se agregaba una gran escasez de caballos, carruajes y embarcaciones, todo lo

---

111 "La Tribuna", agosto 5 y setiembre 2 de 1865, Montevideo.
112 Archivo del Estado Mayor, legajo 40, carpeta 535.
113 EDUARDO ACEVEDO, obra citada, tomo III, pág. 378.
114 EUSEBIO E. GIMÉNEZ, obra citada, pág. 285.
115 ANTONIO DÍAZ, obra citada, tomo XI, pág. 287.
116 "La Tribuna", agosto 24 de 1865, Montevideo.
117 LEÓN PALLEJA, "Diario de la campaña de las fuerzas aliadas", en "Revista Histórica", tomo IX, pág. 506, Montevideo, 1919.

cual demoró la evacuación de los heridos. Recién a fines de setiembre pudo Máximo reintegrarse a su departamento, regreso que coincidió con la muerte de Luis Muela, casado con su hermana Andrea Pérez, y padre de su salvador de Yatay.[118] Dejaba Muela veintiún descendientes, entre los cuales Octavio, Miguel y Vicente fueron de una bravura proverbial[119]. El regreso de Máximo volvió a originar una serie de homenajes que culminaron con un gran baile ofrecido en el Teatro. La invitación rezaba así: "Sr. ... Muy Sr. nuestro: La comisión que suscribe, tiene el honor de invitar a Vd. y familia, al baile patriótico que deberá tener lugar en la noche del jueves 28 del corriente en el Salón del Teatro, con motivo del glorioso triunfo obtenido en la Uruguayana por el ejército aliado, y del reciente regreso a esta ciudad del valiente coronel D. Máximo Pérez. Aprovechando esta oportunidad para saludar a Vd. afectuosamente. Mercedes, Setiembre 26 de 1865. Firman: José M. Gareta, Adolfo Navajas, Federico Vernet, Pedro Ponce, Juan Soumastre, Vicente Avila, Federico Gómez, Demetrio Pereira, Francisco Casanave y Abelino N. Delgado"[120]. Se celebraba así el regreso del "benemérito y denodado coronel D. Máximo Pérez"[121], "la primera lanza de Mercedes"[122], quien habría de inaugurar un período de total hegemonía en su tierra natal, luego de haber peleado en el Yatay "como lo que era: un bravo", según expresión de Eduardo Flores. Volvía a producirse lo que Vicente López, el mismo que tratara a Artigas y Rivera de "perdularios", llamaba "la elevación de los aventureros y de los advenedizos, cuyas incompatibilidades con las clases cultas y urbanas son muchas". López pertenecía a la casta de quienes, según el mismo Bernardo P. Berro, "no quieren gauchos"; "se valen de los hombres de campaña para deshacerse después de ellos, tratándolos de bárbaros, retrógrados, etc."[123]. Luchando contra esas resistencias solapadas, ese gaucho reapareció en los puestos dominantes de los departamentos, amparado

---

118 Archivo de la Parroquia de Mercedes, libros de defunciones.

119 "El Teléfono", agosto de 1892, Mercedes.

120 Documento en poder de D. Ubaldo Ferreira, Mercedes.

121 "La Tribuna", setiembre 28 de 1865, Montevideo.

122 José L. Martínez, "El General Máximo Santos ante la Historia", Montevideo, 1952.

123 Luis Melián Lafinur, "Juan Carlos Gómez", pág. 100, Montevideo, 1915.

por Flores, quien empezó por formalizar una barrida general, sustentando la opinión que "los hombres de un partido deben gobernar y administrar con su partido". [124] El clima era pues de un total exclusivismo, no exento eventualmente de violencia, como lo trasuntaban las normas aconsejadas en algún momento por "La Reforma Pacífica": "la horca y el puñal deben ser las armas elegidas" [125]. Es lo que no se puede dejar de tener en cuenta cuando se intente juzgar la posterior conducta de Máximo Pérez y sus decantados excesos. Los tres años de su virtual reinado en su departamento nos ofrecen un abundante material sobre el cual basar todo enjuiciamiento. He creído conveniente discriminarlo por temas, luego de relatar cronológicamente los sucesos fundamentales. Me he detenido en aquellos detalles que no sólo pueden ilustrarnos sobre la significación del caudillo, sino también sobre el panorama que ofrecía el departamento y la ciudad de Mercedes en particular.

124 Eduardo Acevedo, obra citada, tomo III, pág. 353.
125 Transcripto en "La Tribuna", junio 25 de 1865, Montevideo.

CAPITULO IV

Jefatura política de Máximo Pérez

Su nombramiento. — Relaciones con la Junta. — Finanzas. — Realizaciones. — Los puertos de Mercedes y Soriano. — El edificio de la jefatura. — La "Pirámide". — La escuela. — La iglesia. — Conflicto con el alcalde. — Intervenciones personales. — Actividad policial. — El cementerio. — El mercado. — Aspecto y costumbres del caudillo. — Las artes. — La prensa. — El comercio y la industria. — El cólera.

En abril de 1865, el Jefe Político de Soriano, José María Gareta, preocupado porque se integrase la Junta Económico-Administrativa, proponía a Santiago Osés, José González, Gregorio Sánchez, Adolfo Navajas y Joaquín Sosa para tal efecto. [1] El 8 de mayo se instalaba así la Junta, ocupando la presidencia el presbítero Osés, y estando constituída además, por González como vice-presidente, por Delgado como secretario, y por Sánchez para el cargo de tesorero. [2] Puestos a trabajar, se encontraron con una escasez de fondos absoluta. Se trató de reorganizar las recaudaciones, las que en julio totalizaron 3.341 pesos, de los cuales 2.100 de contribución directa, frente a un total de 3.120 pesos por concepto de gastos.[3] Ya por entonces ocupaba la presidencia José González, quien se había constituído en el director de un círculo que "domina todos los negocios a su sabor", según le escribía el preceptor Alzaga el 12 de junio a su protector Tomás Villalba; González, "en consorcio con Avelino Delgado —agregaba— hacen lo que quieren". [3 bis]

El 9 de octubre Delgado presentó renuncia, la que no fue aceptada; se le concedió licencia, siendo subrogado por su suplente Raymundo Páez.

1 Archivo del Juzgado de Mercedes, legajo 1866, abril 12.

2 Archivo General de la Nación. Montevideo, Junta Económico-Administrativa de Soriano, mayo 1º de 1865.

3 Archivo del Juzgado de Mercedes, legajo 1866.

3 bis Archivo del Museo Histórico, casa de Lavalleja, tomo 323. correspondencia de Tomás Villalba.

Y el 30 de octubre, apenas reingresado a su departamento, Máximo Pérez era designado junto con Vicente Avila para integrar la Junta.[4] Pérez contestó a dicho nombramiento diciendo que aquella era "una atención que agradece altamente al Señor Ministro, pero siento al mismo tiempo desir aV. S. que me es imposible asetar dicho empleo, en primer lugar pórque no estoy todavía restablecido de las eridas que recibí en el Yatai y en segundo porque me es imposible entenderme con las Comisiones atuales del Departamento porque para mi conceto no reúnen alguno de los individuos de estas corporaciones las cualidades que son de necesida indispensables para llevar a cavo el objeto que se desea. Puede el Señor Ministro estar en la convisión que siempre me siento animado del más vivo patriotismo y deseo la prosperida de mi Departamento tantos años atrasado como la prosperida de mi país en General y espero más adelante mayor ocasión para provar a V. S. mis deseos así al adelanto de mi Departamento empleando todos los medios que estén a mi alcanse". "Por orden del Coronel Don Máximo Pérez, Capitán Masimiano Ramos".[5]

En buen romance, Pérez establecía de entrada la modalidad personalísima de su predominio y proclamaba por consiguiente su derecho a elegir colaboradores adecuados. En ese estilo, lleno de ruda sinceridad, resplandecían de igual modo sus virtudes y sus defectos, inseparables unas de otros, fiel expresión de una personalidad incapaz de desdecirse a sí misma. El Gobierno aceptó dicha renuncia, aunque lamentándola por los "tan buenos servicios que habría podido rendir al Departamento".[6]

Simultáneamente renunciaba Avila, pretextando la necesidad de cuidar sus intereses en el campo. El Gobierno, sea dicho de paso, estaba constituído por Daniel Zorrilla como Ministro de Gobierno en sustitución de Francisco A. Vidal, y por Carlos de Castro, Juan R. Gómez y Lorenzo Batlle en Relaciones Exteriores, Hacienda y Guerra, respectivamente; Tomás Villalba ocupaba la Contaduría

---

4 Archivo General de la Nación, Montevideo, Junta Económico-Administrativa de Soriano, octubre 30 de 1865.

5 Ibídem.

6 Ibídem.

General, Pedro Carve la Tesorería, y Francisco Caraballo la Comandancia de Campaña.[7]

Aquellos "individuos" que Máximo había desestimado no iban a durar mucho en sus cargos; el caudillo se les apareció un día, en efecto, con la orden de despejar el campo, y no hubo más remedio entonces que constituir la Junta de acuerdo a sus preferencias. Así es como José González notificaba el 30 de diciembre que "en virtud de la Autorización Superior que le ha sido transmitida verbalmente por el Jefe Político y el Cnel. D. Máximo Pérez, ha nombrado Presidente de la Junta al ciudadano D. Avelino Delgado", y que al mismo tiempo fueron propuestos por el Jefe Político, y aceptados, claro está, los titulares Justino Muñoz, Félix Beau, y los suplentes Rafael Laiseca y Nicanor Braga. Pérez adujo que "tenía órden del Superior Gobierno" para nombrar a Delgado y a los reemplazantes suyo y de Avila. Firma el informe D. José González. Según comentaba la prensa, Pérez se había comunicado "oralmente" con el Jefe Gareta, y en la reunión del 26 de diciembre, "estando Pérez presente", se efectuaron los nombramientos recomendados.[8] Días después ingresaban a la Junta Desiré Fleurquin, Manuel Pérez, Giménez y Muñoz. Se comentaba que habían ingresado "extranjeros muy notables y queridos". Y en seguida a trabajar: el 3 de enero del 66, la Junta Económico - Administrativa, a instigación de Máximo Pérez, comunicaba que dados "los graves y urgentes asuntos que debían tratarse, se constituía en sesión permanente", reuniéndose todos los lunes y jueves, aparte de las sesiones extraodinarias. El 7 de febrero se realizaron con mucha pompa los funerales a las víctimas de Quinteros, no concurriendo el Jefe Político por haber fallecido una de sus hijas. Como señal de la voluntad de "tolerancia" que imperaba en esos días, se notificaba desde Mercedes que "los blancos", transformados en "paraguayados", "hablan muy alto a veces por aquí, pero los dejamos decir y nadie los incomoda".[9]

Días después, fallecía el Jefe Político José M. Gareta; Gregorio Gareta, al pasar el parte, agregaba: "Cum-

7 "La Tribuna", febrero 28 de 1865, Montevideo.

8 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Jefatura de Soriano, diciembre 30 de 1865.

9 "El Siglo", enero 12 y febrero 6, 10 y 12 de 1866, Montevideo.

ple también el abajo firmado con un deber de justicia, notificando al Superior Gobierno que el Sor. Cnel. D. Máximo Pérez, no sólo ha tributado acto de fina amistad al finado señor Jefe, sino que propende con su poder moral y autoridad militar a la conservación del orden público en el Departamento". Se excusaba, además, por no haber enviado inmediata noticia, sabedor de que Pérez se había encargado de mandar un chasque.

A raíz de este fallecimiento, y decidido quizás en base a tan efusiva recomendación, Máximo era elegido Jefe Político, nombramiento que le llegó el 27 de febrero. El 3 de marzo comunica haberse hecho cargo, y que estaba ocupándose de inmediato en la organización de las cuentas de la Caja Policial correspondientes a enero y febrero, con el fin de informar a la Junta, y de salvar una omisión que atribuía a la enfermedad y fallecimiento de José M. Gareta. [10]

El nombramiento de Máximo Pérez fue muy bien recibido, lo que ratificaba "La Patria" de Mercedes el 11 de marzo, al afirmar que "Máximo Pérez se recibió con aplauso general del puesto de Jefe Político y Comandancia Militar del Departamento". En seguida nombra a Demetrio Pereira Comisario de la 1ª Sección, y recibe los plácemes del Barón de Mauá, en una de las raras visitas que éste realizó a Mercedes; en esa ocasión el Barón dejó instalado el Vice-consulado del Brasil, el cual quedó a cargo del Sr. González Sampayo. [11] Que los plácemes, a decir verdad, no fueron tan generales, es lo que se desprende de la siguiente carta contestación que le envió Máximo a Francisco Caraballo: "Querido amigo: Tengo el gusto de acusar recibo a su [....] fechada el 13 en la que V. me dice de que está dispuesto como amigo a servirme pero de que desearía de que no fuese el Jefe Político de este Departamento lo que tal cual alla sucedido pues así lo ha dispuesto el Superior Gobierno. Y a más las exigencias de varios amigos con quienes he tenido que condescender, [...] estar interinamente hasta que el Gobierno disponga lo que alle por combeniente a este respecto pues yo no quiero [...] a nadies por no cargar con esa responsabilidad de que más adelante tu-

10 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Jefatura de Soriano, febrero 7 y mayo 6 de 1866.

11 "La Tribuna", marzo 7 y 15 de 1866, Montevideo.

biese que arrepentirme. Sin más acete los afectos de mi señora y Vd. en particular resiba el imborrable cariño de este su fiel amigo. Q.B.S.M. Máximo Pérez". [12]

A Caraballo no le faltaban razones para oponerle reparos al flamante Jefe. Analfabeto, impulsivo y desconfiado —para resumir sus tres cualidades más cuestionables— la gestión de Pérez tenía que tropezar con dificultades comprometedoras. En él se ejemplificaba, sin residuos, "el Coronel", ese personaje característico de la época, provisto, en su triple función de Jefe Político, Jefe de Policía y de Comandante Militar, de un poder absoluto.

Según la ley sancionada el 18 de diciembre de 1829 por la Asamblea, "en todo departamento habrá un Jefe político que será de Policía en todo él"; según el artículo 118 de la Constitución, ese Jefe Político era a la vez delegado del Poder Ejecutivo, carácter que lo investía de enorme autoridad; el Poder y la Policía unidos fueron un poderoso factor, desde 1830, de abusos y relajamiento, aunque eventualmente pudo ser un instrumento inestimable para satisfacer necesidades urgentes.

En un plazo asaz inferior, la Junta Económico-Administrativa (nombre tan bizarro como inadecuado), no fue en Soriano sino una hechura del caudillo. Completaban el cuadro el Alcalde Ordinario, con quien habrían de sobrevenir enconados choques; más lejos, el "Superior Gobierno", impotente, azareado por la voluntad de los caudillos; más abajo, los comisarios rurales, y por último, un pueblo indolente y desalentado, sin estímulos ni hábitos de trabajo, plagado de vagos, peleadores y viciosos, muchos de ellos agregados a alguna estancia que solía respaldar sus desafueros. El 24 de abril de 1860, Berro, buscando diluir el poder, había decretado la separación de Jefaturas y Comandancias, quitándoles a éstas los guardias nacionales. Con el nombramiento de Eduardo Fregeiro y de otras personalidades sedentarias y pacíficas, pretendió decapitar todos los posibles focos de discordia; reincidía así en la propensión utópica de los Gobiernos ilustrados, intentando un reglamentarismo minucioso que, como él mismo hubo luego de reconocer, ahoga la espontaneidad, y no deja tomar arraigo a las costumbres, "coarta el de-

12 Archivo General de la Nación, Montevideo, fondo ex Archivo y Museo Histórico Nacional, caja 78, marzo 17 de 1866.

sarrollo natural y ascendente de los elementos más numerosos e incultos, a quienes un gobierno artificial, aunque fuera bello y generoso, llevan a la anarquía o a la tiranía". [13] Las masas primitivas, sin moral definida, mantenían exigencias propias que los "dueños de la cultura", enredados en fraudes y demagogías, se ufanaban en desdeñar; ignoraba dicha élite el fundamento indígena de nuestra realidad, la veta primordial, la clave del ser y del hacer de quienes eran pobladores de cuerpo y alma, y no como los políticos profesionales, que si bien vivían materialmente en Montevideo, mantenían el alma pendiente de un París intraducible. La ineptitud de los letrados, bien o mal intencionados, provocaba la reacción exasperada de las masas. El país necesitaba orden y disciplina, y esa necesidad no podía satisfacerse con artificios importados; la democracia, tal como se pretendía instaurar entre nosotros, a base de un sufragio universal ejercido por una minoría ínfima, desembocaba en la anarquía metropolitana y provocaba, de rebote, la anarquía campesina. "Solamente cuando el Gobierno se ha hecho habitual podemos esperar con éxito hacerlo democrático. El poder absoluto es útil para construir una organización", estableció un pensador tan insospechable de totalitarismo como Bertrand Russell. [14] De nada vale copiar doctrinas extrañas; una doctrina, como el ser heraclitano, no se baña dos veces en el mismo río. Se hubieran pasmado de asombro aquellos intelectuales aristocratizantes si se les hubiera enrostrado a ellos, paladines de un ideal incontrovertible, la anarquía y el descalabro que padecía el país. Y menos hubieran soñado en admitir que era precisamente en el caudillismo en donde residía nuestra verdadera democracia —la "democracia gaucha", como la llamara Aníbal Vázquez [15]— desde que unía a Jefes y subordinados en un mismo estilo vital, en torno a un mismo fogón y a un mismo sentido de la vida.

Si alguien asumía entre ellos el poder, no era en virtud de taumaturgias demagógicas, sino por el testimonio de una vida, de una masculinidad, de una viveza

13 De la carta de José Martí a Francisco Henríquez.

14 Bertrand Russell, "El poder en los hombres y en los pueblos", pág. 25, Buenos Aires, 1939.

15 Aníbal S. Vázquez, "La República de Entre Ríos", Paraná, República Argentina, 1930.

intelectual, de una energía y arrestos en las circunstancias críticas, que conquistaban espontáneamente el respeto y la admiración de sus semejantes. En esa simpatía se revelaba un acatamiento a potestades innegables, necesarias para instaurar un orden orgánicamente efectivo. Ese caudillo nos parecerá a veces excesivamente riguroso, pero sabrá siempre graduar la bondad y el rigor con una sicología natural hermana del instinto. Flores, siguiendo el ejemplo de Urquiza, tuvo el tino de ungir a los caudillos como gobernantes constitucionales; supo preservar lo que Martínez Estrada llama "órganos vivos de la realidad preexistente", [16] no dejándose tentar por bachillerías seudogeniales de latinistas y doctores. Había sido el caudillismo —y cómo no pensar en Artigas— la fuerza que había hecho triunfar los principios de organización republicana. Y tenía que ser todavía el caudillismo, con todas sus rudezas y sus errores, el que colaborara en la oscura y dolorosa gestación de un espíritu nacional. "Lo mejor es estar en las entrañas y subir con él", predicaba Martí; "cada cual se ha de poner en la obra del mundo, a lo que tiene de más cerca"; "los pueblos, como los volcanes, se labran en la sombra, donde sólo ciertos ojos los ven".

El Gobierno por la "cultura", en nuestro medio incipiente, resultaba en suma una mentira pretenciosa; sólo quienes renunciaban a vivir en la compleja efervescencia del momento, podían permitirse ese lujo de castrados, recluídos en un yo restringido a lo más "cultivable"; los otros, los que tenían que vivir —no por elección, sino por destino— los recios eventos de la época, esos otros hombres primordiales, limitados pero sinceros, iban buscando por sus propios medios, a punta de corazón, el cumplimiento de sus auténticas posibilidades.

Las atribuciones del Jefe Político se resumían, según el Digesto Nacional del Dr. Adolfo Rodríguez, en: 1º Velar sobre los funcionarios del Ejecutivo; 2º Promulgar Leyes y Decretos del Ejecutivo; 3º Vigilar el Orden Público; 4º Aprehender delincuentes; 5º Imponer penas por delitos leves; 6º Velar por la policía, salubridad y calidad de los alimentos y 7º Hacer cumplir disposiciones sobre el abasto

16 Ezequiel Martínez Estrada, obra citada, tomo I, pág. 146.

de la carne. Tenía voz en las reuniones de la Junta Económico - Administrativa, pero no voto. La policía disponía de una Caja para distintas entradas, a cargo de un oficial interventor dependiente del Jefe. Las atribuciones de la Junta Económico - Administrativa a su vez eran: 1º Promover la agricultura; 2º Velar sobre la educación primaria y los derechos individuales; 3º Proponer mejoras al Gobierno; 4º Entender en las construcciones de puertos, balsas, etc. [17]

El carácter honorario de sus miembros, así como la obligación que tenían de reunirse solamente dos veces al año, no incitaba a hacer un uso desmedido de esas atribuciones. Sin embargo, las Jefaturas y las Juntas vivían, más por razones personales que por celo profesional, en una "guerra latente". La prensa abundaba en esos días en denuncias contra las arbitrariedades de muchos Jefes, y no precisamente contra Pérez, con quien una fama posterior se particularizó, achacándole actitudes que eran entonces moneda corriente. Como lo anota Pivel Devoto, "fue excepcional el caso de un Jefe Político a quien no se acusara de haber violado los artículos 130, 134, 135 y 140 de la Constitución, que consagraban las garantías individuales y de abusar de autoridad para convertirse en "gran elector" en oportunidad de celebrarse los comicios para nombrar el Alcalde Ordinario, Senador y Representante del Departamento".

"La Tribuna", por ejemplo, denunciaba repetidamente las "arbitrariedades" del Jefe Político de Durazno, Moyano, quien, entre otras cosas, había nombrado a un recaudador de contribuciones pese a la desautorización del Gobierno; se extendía luego sobre "las oligarquías departamentales", aunque agregando con lucidez: "La capital, digámoslo con franqueza, ha sido hasta hoy el tirano de la campaña, por eso el paisano aborrece lo que de ella sale". [18] El mismo Moyano era acusado poco después de cometer arbitrariedades con dos extranjeros y de haber mantenido preso durante tres meses con barra de grillos, al "héroe de la Cruzada", Ramón Belén. [19] En el Salto, su Jefe Tomás Gomensoro era también acusado de come-

---

17 "El Siglo", noviembre 22 y diciembre 5 de 1866, Montevideo.

18 "La Tribuna", diciembre 2 y otros ejemplares de 1866, Montevideo.

19 "El Siglo", agosto 21 de 1866, Montevideo.

ter "algunos excesos"; el Jefe de Canelones era tildado de "déspota" y de "pachá"; [20] pero para qué extendernos más, si el mismo Eduardo Fregeiro, al que algunos querían colocar como la antítesis de Pérez, acostumbraba, según lo expresa su correligionario Eusebio Giménez, humillar a los delincuentes, exhibiéndolos y haciéndolos cruzar el pueblo con el producto de sus robos, u obligándolos a carpir las plazas y las calles. Fregeiro fue luego destituído por el Ministerio de Estrázulas (quien aprovechó la libertad de acción en que lo dejara Berro), estando a punto de ser procesado por sus arbitrariedades; en su defensa, Giménez admite [21] que "algunas se hicieron, pero ninguna afectó intereses generales, sino a los malvados que él perseguía sin descanso"; abrumado por los cargos que se le hacían, debió finalmente abandonar el país. Los grandes desórdenes, homicidios y robos que asolaban gran parte de la campaña en 1866, obligaron al Ministro de Gobierno a enviar una circular a los Jefes Políticos en la que expresaba "el profundo desagrado" del Gobierno ante esa creciente anarquía. Al mismo tiempo, "La Opinión Nacional" denunciaba que nada se hacía en los departamentos en materia de "tabladas, abastos, vías públicas, instrucción primaria, etc". Las funciones municipales y policiales estaban muy confundidas, y el Gobierno debió designar a fines de 1866 una comisión encargada de deslindar las atribuciones de los Jefes y de las Juntas, sin "llegarse a ningún resultado práctico". La Ley de Presupuesto de 1861 había permitido esa confusión sin lograr corregir la insuficiencia municipal que subsistía desde la abolición de los Cabildos, de los cuales las Juntas no eran sino un triste remedo. En los departamentos "faltan los medios para emprender mejoras locales", [22] y de ahí su estancamiento. Esa situación de penuria endémica y la confusión de los poderes encargados de corregirla, le da a la gestión que pudo creerse arbitraria de Máximo Pérez una amplia justificación.

En cuanto a irregularidades financieras, el mal era también general. "La Tribuna" denunciaba a unos cuan-

20 "La Tribuna", marzo de 1866, Montevideo.
21 Eusebio E. Giménez, obra citada, pág. 38.
22 Eduardo Acevedo, obra citada, tomo I, págs. 500, 501, 502 y 466.

tos Jefes Políticos que "no rinden cuentas" [23] (Minas, Canelones, etc.); en 1860, en efecto, la mitad de los departamentos no rendían cuentas, entre ellos, Soriano, con Fregeiro a la cabeza. La situación, en octubre del 66, siendo ya Máximo Pérez el Jefe, era la siguiente: Maldonado y Canelones no presentaron ninguna cuenta; Paysandú las presentó hasta abril; Colonia, hasta mayo; Salto, hasta junio; Minas, Durazno, Cerro Largo y Tacuarembó, hasta julio; Florida hasta agosto; y San José y Soriano, hasta setiembre. [24] Soriano aparecía pues entre los más cumplidores. Eso no significaba que Máximo no cometiera "arbitrariedades" con las finanzas. Cuando se necesitaba dinero para algo, no se fijaba mayormente en rubros ni en equilibrios presupuestales. Pero lejos de quedarse un centésimo adherido a sus manos, procedió siempre con una honradez y un desprendimiento que, según Fernández Saldaña, era reconocido "hasta por sus más acérrimos enemigos". [25] Ante una acusación del periódico mercedario "La Patria" por la "inacción de la J. E. A.", un corresponsal sale en su defensa diciendo que en pocos meses realizó ésta más obra que en los quince años anteriores: "sus cuentas son presentadas con una lealtad y exactitud poco acostumbradas entre las Juntas anteriores"; luego, para darle a Pérez lo que era de Pérez, agrega: "Los empeños de compadres hacen más en pro de una causa que la Justicia y el derecho". [26] Apenas puesto al frente de la Jefatura, como ya dijimos, Pérez ordenó una contabilidad estricta de su caja para en seguida ordenar que se entregara la cantidad de $ 3.434.09 al Tesoro Departamental, [27] y pedir al mismo tiempo autorización para construir una pieza en el cuartel de Policía. Pero poco a poco fue desechando toda formalidad, y si se necesitaba dinero, los gastos "extraordinarios" o "eventuales" crecían en proporción.

Contestando una nota del Ministro de Hacienda Antonio M. Márquez, en la que éste recomendaba pedir autorización antes de incurrir en algún gasto extraordinario, la Junta descargó sus culpas en Máximo Pérez,

---

23 "La Tribuna", marzo de 1866, Montevideo.
24 "El Siglo", octubre 26 de 1866, Montevideo.
25 "El Día", suplemento, abril 25 de 1937, Montevideo.
26 "El Siglo", julio 3 de 1866.
27 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Jefatura de Soriano, marzo de 1866.

quien expresaba siempre que procedía "en virtud de autorización del Exmo. Gobierno"; "el Gobierno comprenderá — escribía el Presidente de la Junta en nota del 30 de octubre de 1866 — que la negativa del abajo firmado ocasionaría desagrados que conviene y decea evitar por todos los medios a su alcance a más de que mereciéndole como debe merecerle entero crédito el dicho del Sor. Gefe Político, no se concidera en el caso de rechazar el pago de las órdenes libradas en vista de la declaración oficial de ser espedidas con la autorización competente". "Mientras el Sor. Gefe Político adopte el mismo orden se considera obligado a la intervención que se le solicite por aquel en obsequio a la harmonía y buena inteligencia entre las autoridades territoriales".

El 14 de noviembre Márquez contesta ordenando no pagar nada que no estuviera debidamente presupuestado o especialmente autorizado, contestando la Junta el 20 del mismo mes que "espera hará otro tanto en lo que se concierne al Sor. Gefe Político a cuyo conocimiento ha pasado copias autorizadas".

La reacción de Máximo fue enviarle una enérgica nota al Gobierno denunciando la escasez de fondos de que se padecía aún para los gastos ordinarios; el Gobierno le escribe entonces a la Junta expresando "su extrañeza" a ese respecto, pero le manda los dos mil pesos que se le solicitaron, urgiendo su pronta devolución. La Junta envía entonces protestas de honradez, y reitera que en los gastos extra-presupuestales impugnados "la Tesorería Departamental no tiene otra participación que la de haber llenado las ecsigencias de la voz autorizada del Delegado del Exmo. Gobierno cuyas facultades invocó siempre para que sus compromisos fueran satisfechos".

Máximo Pérez, pisando siempre terreno firme, empezó a pedir desde entonces inmediato acuse de recibo de las detalladas cuentas que enviaba, debiendo la Junta enviarle sus excusas cada vez que se demoraba en hacerlo.

Observada de nuevo la Junta por los gastos no autorizados que aparecieron en la planilla de diciembre, el 16 de febrero de 1867 le escribe al Ministro de Gobierno Flangini una nota en la que decía: "Apersonándose los señores miembros comisionados al mencionado Sr. Gefe Político, en la conferencia que tuvieron, éste les significó su deseo de cumplir las órdenes superiores como era su

deber; pero que requiriéndolo así el mejor servicio público había abonado en D.^{bre} último las cantidades notadas por la Com.^{n}, sobre la cual escribiría inmediatamente a S.E. el Señor Gobernador suplicándole aprobase los referidos pagos". Los miembros Beau y González informan luego "haber conferenciado varias veces con el Jefe Político", [28] liquidándose el arduo entredicho con una recomendación del Ministro de no proceder a ningún pago que no figure en el presupuesto. [28 bis]

El Ministro Flangini debió enviar el 3 de abril del 67 una nota a la Junta Económico - Administrativa, en la que subraya "las prevenciones que se hacían al Jefe Político", pero finalmente aprueba los gastos extraordinarios hechos en diciembre de 1866.

Máximo manifestó entonces especial interés en que quedara constancia de su probidad, y así es como el 4 de junio la Junta debe escribirle al Ministro de Gobierno reconociendo la regularidad con que la Jefatura le enviaba sus presupuestos, y debe al mismo tiempo contestar una nota del caudillo del 31 de mayo, en la que éste urgía nuevo acuse de recibo. La Junta se apresuró a excusarse, atribuyendo su demora a la licencia solicitada en mayo por su presidente José González; solicitada en razón de la "grave enfermedad" que lo aquejaba, su suplente Centurión, debiendo ausentarse en octubre para Montevideo por unos días, le pide a su vez a González —cuya enfermedad parecía singularmente acomodaticia— que vuelva

28 Archivo General de la Nación, Montevideo, Junta Económico - Administrativa de Soriano, abril 17 y febrero 11 de 1867, y Archivo del Concejo Departamental de Soriano, copiador de oficios 1865 - 1869.

28 bis Los pagos en cuestión, eran, según se detallan en el mismo legajo:

Asignación a un escribiente Comisaría 4ª sección	$	68.31
" " " " " 5ª " "	"	14.00
A Ramón Bazurco (por suministros)	"	64.98
Subvención a "La Razón del Pueblo" e impresiones	"	72.00
Envío objetos a Exposición Nacional	"	38.00
A Alzola y sus músicos	"	78.00
A Bernardo Astallón (alquileres)	"	27.20
A Martin Brussain (pasto)	"	60.00
A Bautista Campos (medicamentos)	"	41.40
total	$	473.89

a hacerse cargo de la presidencia, lo que González verifica de inmediato.

En todos estos casos Máximo Pérez procedió con singular franqueza y diligencia. Apenas se hizo cargo de la Jefatura, el 16 de abril de 1866, le envió a la Junta los once presupuestos de sueldos de sus subordinados, así como del piquete de la Urbana; ante solicitud de la Junta, lo presentó luego en forma nominal, como era la norma. Un error de $ 21.04 cometido en mayo de ese año es reclamado por la Junta, admitiendo Máximo que se descontara al mes siguiente. El 17 de noviembre la Junta debió pedirle mil pesos al Banco Mauá a fin de cubrir el déficit de octubre. Un nuevo déficit de 435 pesos, registrado al mes siguiente, la obligó a apelar a las arcas gubernamentales.

A fin de subsanar las ausencias reiteradas de varios de sus miembros, el 31 de enero de 1867 la Junta solicita que se instituyan suplentes, y propone a Federico Gómez y Pedro J. Centurión como titulares y a Demetrio Pereira, Toribio Lara, Luis Lacerda, José G. Silveira, Ramón Bazurco, Román Mené y Marcelino López como suplentes; el 30 de marzo el Gobierno designa a Centurión y David Silveira como titulares y a Gómez, Ponce, Carballal y López como suplentes, siendo el mismo Gómez designado Recaudador de Impuestos. Para atender el cargo se le asignó una habitación del edificio que ocupaba la Junta.

En tanto González y Delgado, a cual más enfermo, se turnaban en la Presidencia, y siendo ya Raimundo Páez el secretario, el 13 de mayo se solicita un escribiente para atender "el cúmulo de asuntos que hoy pesan sobre la Comisión E. A.". El 22 de febrero se nombra también una Comisión Reguladora para el cobro de la Contribución Directa, la cual queda integrada por ocho vecinos de prestigio: Juan Idiarte Borda, Miguel Molina y Haedo, Juan Cataumbert, Juan Soumastre, Toribio Lara, Juan González, Gregorio Sánchez (padre) y Agustín Guerrero.

El 21 de junio de 1867 el Gobierno acepta las renuncias de David Silveira, Navajas y López, y la Junta comunica que "de acuerdo con el Sor. Gefe Pol.° Coronel D. Máximo Pérez me encarga dirigirme a V. E." proponiendo a Juan J. Carballal, Bazurco y Goicochea (éste en sustitución de Ponce, quien nunca asistía) como titulares, y G.

Gareta, Luis Vespa y Mariano D'Acosta como suplentes; el 6 de agosto llegaron los respectivos nombramientos.

En setiembre del 1867 se demoró el envío de las planillas por enfermedad de Páez y por no haber entregado comprobantes de lo recaudado Federico Gómez. Apolinario Doldán se hace cargo entonces de la secretaría, y con su firma se notifica que en 1867, hasta octubre inclusive, las entradas de la Junta eran de $ 35.375.36 y las salidas de $ 41.278.01; la deuda con el Banco Mauá, el que ya no concedía más créditos, llegaba entonces a $ 5.902.71.

El 16 de diciembre, con el cólera ya en las puertas de la ciudad, la Junta se ve en apuros para enviarle a Flangini el detalle de los "adelantos hechos y las medidas necesarias, extensión de los cultivos, estado de la Instrucción Pública, repartos en los ejidos, nombres de los pobladores, templos, cementerios, caminos y vías públicas", solicitando se le conceda un plazo mayor para evacuar el pedido.

Atendiendo una solicitud de Máximo Pérez, el 20 de diciembre se reciben 2.500 pesos enviados por Flangini para pagar sueldos de la policía. Ese mes y el siguiente el cólera determinó una falta absoluta de fondos, por lo cual no se envió el estado de caja. Pero de esa situación hablaremos más adelante.

En otra ocasión, Tomás Villalba, a cuyo control no escapaba el menor detalle, descubre que el escribiente que figura con treinta pesos en la planilla de abril - mayo de 1867, no había recibido nombramiento alguno; en esa misma nota, el Contador General advertía a Máximo Pérez que en el mes de marzo se había gastado "más de lo que la Ley le asignaba para sus gastos eventuales en todo un año", pidiéndole el detalle de lo invertido. [29]

Máximo Pérez no se andaba con remilgos cuando su ciudad necesitaba dinero. Sus relaciones con la Junta Económico-Administrativa fueron, desde el punto de vista financiero, íntimas, consignándose continuamente sumas "del" o "al Jefe Político" en carácter de aportes o de devoluciones. Las actividades de la Junta mermaron algo desde el 20 de febrero al 11 de setiembre de 1867 [30] de-

29 "La Tribuna", octubre 21 de 1867, Montevideo.

30 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Jefatura de Soriano, noviembre y febrero 22 de 1867.

bido a la enfermedad de su presidente Avelino Delgado, quien renunció, nombrándose al "bice Pte. D. José González"; [31] pero éste demoró en hacerse cargo, por lo cual el corresponsal de "El Siglo" declaraba que la Junta Económico-Administrativa "ha dejado librado al pueblo a si mismo", y que "duerme por estar enfermo su presidente y no haberse recibido del puesto el vice presidente"; y por haber debido renunciar, agregamos nosotros, su miembro David Silveira, aduciendo "achaques mentales".[32] Agregaba luego "El Siglo": "Sólo adelanta el edificio de la Iglesia y los trabajos de la Plaza" "gracias a la iniciativa del Cnel. Pérez que mandó construir la casa donde se encuentran la Jefatura, la Alcaldía y el Juzgado de Paz". Se informaba además que la contribución directa producía en campaña menos de la mitad de lo que debiera, a causa de que los aforos eran demasiado bajos. La percepción de rentas había sido reglamentada por Berro el 25 de abril de 1860, quedando a cargo de los comisarios de policía; los Jefes-caudillos, obligados ahora a dar cuenta al Ministerio de Gobierno y a la Contaduría General, clamaron en su tiempo contra esa medida; Berro, además, había descentralizado en algo las rentas departamentales (contribución directa, corrales de abastos y alguna otra). Pero los recursos seguían siendo magros. [33]

---

31 "El Siglo", julio 12 de 1866, Montevideo.

32 Archivo General de la Nación, Montevideo, Junta Económico - Administrativa de Soriano, abril 17 de 1867 y setiembre 11 de 1866.

33 Reproducimos algunas planillas, en sus renglones más importantes, transcriptas en "El Siglo" del 28 de febrero y del 4 de diciembre de 1867, y en "La Razón del Pueblo", del 20 de enero de 1867, Mercedes:

Recibido de Tesorería General	2000
" del Sr. Jefe Político	393
Contribución Directa 1865/66	1368
Abasto	301
Intereses Banco Paysandú	208
etc.	
Total de ingresos	4402
Policía	1803
Cia. Urbana y manutención	745
Devolución al Presidente Comisión Extra	226
Al Banco Mauá; Saldo	1000
etc.	
Total inversiones	4402.

La actividad de Pérez, a favor de su autoridad absoluta, dio frutos inmediatos y sorprendentes. La multiplicidad de sus tareas (era "Comandante Militar, Jefe Político, Juez Arbitrador y componedor, colector y administrador de impuestos, Pagador del presupuesto de la Junta, Director de Obras Públicas, Jefe de la División Soriano,

---

En diciembre de 1866, las inversiones incluyen para la Comisión extra, Escuelas (noviembre y diciembre) y gastos autorizados: $ 1196; eventuales y extraordinarios: $ 940 (los observados por Flangini), etc., totalizando $ 4209.

Planilla de junio a setiembre de 1866 (tres meses):

Existencia en Banco Paysandú	6744
Suplemento hecho por el Presidente de la J. E. A.	106
Contribución directa 1864/65/66	9632
Derechos de abasto	1630
Patente de rodados	76
Reg. de escrituras	117
etc.	
total de ingresos	19397
Policía	7213
Cía. Urbana	2861
Escuelas	928
Utiles y Textos	97
Juzgado ordinario	168
Subvención al Párroco de Soriano	90
Costo campana	600
Templo en construcción	376
(Etc.)	
Total de inversiones	19397

En abril y mayo de 1867, encontramos algunas otras entradas: proventos de cementerio: $ 29; permisos para edificar: $ 13; marchamo de cueros: $ 31; derecho municipal (5033 animales a $ 004 c/u.): $ 200; arrendamiento de tierras: $ 260; tierras del Fisco vendidas a Varsi: $ 3333; vendidas a Mauá y Fregeiro: $ 5000. Entre las inversiones de esos dos meses figuran: Templo en construcción: $ 8333 (producto de tierras fiscales vendidas); al constructor Petrochi por trabajos en la plaza: $ 600; por obras en la Jefatura: $ 100; limpieza pública: $ 80; comisión al recaudador de contribución directa: $ 463; escribanía del Juzgado ordinario (observado por Villalba): $ 30, etc. (de "La Tribuna" del 21 de setiembre de 1867). En el Archivo General de la Nación (Junta Económico-Administrativa de Soriano; diciembre 20 de 1866) encontramos un presupuesto detallado de la Junta:

Secretario Raimundo R. Páez	$	58.00
Preceptores: Carceller, H. Marfetán, Juana Cobián, Vicenta Marfetán, Juana Soliz (o Sales) 46.40 c/u. ...	"	232.00
Portero Castillo	"	8.00

a la cual convocaba y licenciaba a voluntad"),[34] lejos de restarle eficacia, facilitaba su acción, así como el uso de los medios más expeditivos. Cuando al llegar al local de la Junta ponía el talero sobre la mesa, no era precisamente con la intención de perder tiempo en argumentaciones. "La Junta estaba formada por vecinos que él nombró y que presidía D. Luis Vespa, italiano, comerciante", de gran bondad pero "de cortos alcances". "Cada vez que había sesión se mandaba la invitación correspondiente a Máximo Pérez, quien concurría con toda puntualidad, sin duda porque el local de la Junta estaba al lado de su despacho, aunque pared por medio". "Abierto el acto y después de leídos los proyectos o resoluciones, se

---

Utiles escolares	"	20.00
Alquileres de casa Clara P. de Tió	"	19.20
" " " R. Laiseca	"	19.20
" " " Juan Marfetán	"	8.00
" " " escuelas nacionales	"	20.80
Total	$	389.20

Juzgado ordinario de Mercedes	$	12.00
" " " Dolores	"	28.00
Subvención al cura de Soriano	"	50.00
Limpieza Pública (a Zenón Correa)	"	40.00
Encargado de Cementerio (a Juan Ríos)	"	20.00
Devolución a Juana Covián	"	46.40
Al peón del corral de abasto Gabino Tabarez	"	8.00
Mensualidad al Templo	"	133.00
etc.		
	$	726.60

Firma Raimundo R. Páez.

El Gobierno había establecido que los Presidentes de las Juntas actuaran como tesoreros, depositando los fondos en un Banco, que los presupuestos policiales fueran organizados por las Jefaturas y los de las juntas por éstas mismas, con sujeción a la Ley del Presupuesto; las órdenes de pago serían expedidas por los Jefes, e intervenidas por los Presidentes de las Juntas. La Tesorería del departamento de Soriano recaudó en 1866 la suma de $ 58.121; de ellos, $ 22.900 de Contribución Directa; $ 4.950 de Abasto y 12.500 por ventas de terrenos con destino al Templo. El déficit anual fue de $ 16.459; es de hacer notar que en ese mismo año, Paysandú cerraba su balance con un déficit de $ 40.581. La falta de recursos no permitían equilibrios financieros incompatibles con mejoras que no podían postergarse más.

34 José M. Fernández Saldaña, "El Día", suplemento abril 25 de 1937, Montevideo.

le consultaba sobre ellos"; respondía, según Giménez, no saber mucho del asunto, pero como se insistía, concluía diciendo: "si fuera yo el que tuviera que hacer eso, lo haría de tal modo y por tal persona". [35] Y así es como obras que venían rumiándose y aplazándose desde hacía largo tiempo, aparecieron realizadas de golpe como al conjuro de Aladino; al final de su gestión, la Junta, en un ufano memorándum, podía vanagloriarse de haber "concluído" la plaza, su arboleda, bancos, y la "pirámide" (estatua de la Libertad), el templo terminado en sus dos terceras partes, concluído el edificio de la Jefatura, de la Junta, del Juzgado Ordinario y del de Paz, el colegio de varones, el muelle, el cementerio casi terminado, faltando órdenes para seguir con los nichos, la nomenclatura de las calles y la numeración de las casas; la Plaza-Mercado tenía sus oficinas casi terminadas; además estaban abiertas las licitaciones para el alumbrado a kerosene y el empedrado de las calles; se habían poblado treinta y un solares en el ejido, tres cuadras industriales (las de Petrochi, Carceller y José Martínez, con hornos de ladrillos y caleras), y diecisiete suertes de chacras. En Soriano, concluído el muelle y adelantado el proyecto de Colonia Agrícola para cien familias y treinta artesanos. En Dolores, concluída la escuela de varones, etc." [36] Empezaremos por considerar separadamente cada una de estas iniciativas, y la intervención que le cupo en ellas al dinámico jefe del departamento.

El puerto era entonces y lo fue durante cuarenta años más — hasta la llegada del ferrocarril en 1902 — de importancia vital para el comercio de Mercedes. Por allí entraban en su casi totalidad los productos y los pasajeros; establecido inicialmente en forma rudimentaria en la prolongación de la calle 18 de Julio (cuatro cuadras más arriba de donde está hoy), su insuficiencia dificultaba las operaciones de carga y descarga, con las consiguientes demoras y deterioros de mercadería. [37] Durante

35 Eusebio E. Giménez, obra citada, pág. 150.

36 Archivo General de la Nación, Montevideo, Junta Económico - Administrativa de Soriano, enero 28 de 1869.

37 "La Tribuna", mayo 23 de 1865, Montevideo.

la jefatura de Fregeiro se había debatido largamente sobre la necesidad de un nuevo puerto, pero lo único que se había construído era el muelle de pasajeros, luego "Muelle de los 33" o de los Aguateros, utilizándose los presos como mano de obra, y dirigiendo las obras D. Antonio Basté, quien tenía una fonda cerca de la costa y una balsita para cruzar el río; fue recién después de un largo pleito que Basté permitió el funcionamiento de una segunda balsa. [38] En mayo de 1865, el Sr. Meireles presentaba un proyecto de muelles de madera al Gobierno, [39] pero allí quedó, hasta que Máximo Pérez resolvió reunir a varios comerciantes y patrones de barcos con el fin de urgir la construcción del muelle y determinar el lugar más adecuado para ello. Reunidos en la Capitanía del Puerto, se eligió el lugar llamado "puerta de los buques", contra la oposición de Milans, quien lo quería en calle Colón, donde él tenía comercio. La tradición oral, fiel aquí, como siempre, a las características expeditivas del caudillo, dice que Máximo, harto de discusiones inútiles, mandó a uno de los presentes a buscar "la tacuara más larga que encontrase", y embarcándose personalmente en un bote liquidó la cuestión sin más trámites. Se labró acta, en la que se indicaba las ventajas que suponía el reparo de la isla para el anclaje; se objetó, como único inconveniente, la existencia de un banco de arena en la punta de la isla, pero luego de argumentarse que no era más alto que el de Barrientos, se aceptó que dicho banco no interrumpiría la navegación normal. [40]

El muelle primitivo era inutilizable apenas crecía un poco el río, y medía sólo cincuenta metros de largo; en las bajantes, había que descargar penosamente en el muelle de los Aguateros situado en calle Artes, una cuadra más arriba.

El nuevo muelle de piedra —cuyo proyecto, de Petrochi fue preferido al de Meireles, que planeaba hacerlo de madera— se pensó primero construirlo en el lugar que ocupaba el antiguo, construyéndose cuatro tajamares de piedra en dirección a las calles 18 de Julio, 25 de Mayo, Sarandí y Buenos Aires, para impedir que las aguas que

38 Archivo del Concejo Departamental de Soriano, legajo 94.

39 "La Tribuna", mayo 23 de 1865, Montevideo.

40 "La Razón del Pueblo", enero 16 de 1867, Mercedes.

bajaban de la ciudad formasen zanjones; Petrochi agregaba en su memoria que "permitiría pasear cómodamente por la ribera". Pero el Gobierno asesorado por Pérez y su junta de prácticos, decidió el 6 de enero del 67 construirlo donde hoy está, frente a la calle San Salvador (hoy 19 de Abril).[41] Para financiarlo, se estableció un impuesto a la estadía de los buques, el cual regiría durante un lapso de quince años. Se emitieron acciones de cien pesos, reuniéndose en seguida la suma de dieciséis mil pesos; presidía la empresa D. David Silveira, con Bernardino Echeverría de secretario, R. Bazurco de tesorero, y E. Rivara, A. Silveira, etc. como vocales.[42] Se compró un pequeño guinche de mano, y el 13 de octubre de 1868 se consideraba el muelle totalmente terminado. Simultáneamente, se resolvía y empezaba a construir el puerto de Soriano. El 29 de diciembre de 1866 llegaba el comandante Clavelli a dirigir las obras; pero poco después, el 13 de febrero, fallecía "a causa de una grabe enfermedad", según lo notificaba Máximo Pérez, quien había solemnizado el entierro con la presencia de la Urbana.[43] Desde ese momento quedó al frente del trabajo Hipólito Marfetán. El 23 de diciembre del 67 se concluía la primer cuadra, no pudiéndose terminar la segunda por no alcanzar el dinero para pagar a los obreros, cuando estaba ya pagada la madera. Máximo Pérez envió entonces cuatrocientos pesos, y el trabajo pudo reiniciarse.

La importancia comercial de dichos puertos era entonces considerable. Se exportaba por ellos cueros, granos, sebo, cal, leña, carbón y maderas, a Buenos Aires y otros puntos. En 1863 Santo Domingo Soriano exportaba entre otras cosas: ceniza (doce toneladas), baldosas (18.000, fabricadas por José Burlando), cueros vacunos (mil quinientos), cueros lanares (mil trescientos), yeguarizos (doscientos), lana (novecientas arrobas), grasa de potro (seis pipas), carbón (once arrobas), trigo (cien fanegas), cerda (veintidós arrobas), leña (doscientas setenta carra-

41 Archivo del Concejo Departamental de Soriano, legajo 37, y "El Orden" del 9 de agosto de 1865, Mercedes.

42 "La Tribuna", febrero 24 de 1867, Montevideo, y "La Razón del Pueblo", marzo 17 de 1867, Mercedes.

43 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Jefatura de Soriano, febrero 13 de 1867 y "La Razón del Pueblo", febrero 17 de 1867, Mercedes.

das), así como diversas cantidades de papas, ajos, naranjas, salchichón, grasa, yugos de sauce (ciento diez), sebo, cajas de dulce y queso (ciento treinta arrobas), utilizándose un total de treinta barcos. Las principales importaciones consistían en géneros, ponchos, lienzos, medias de seda, aceite de olor, caña, pasas de uvas y arroz. [44] Pero la importancia creciente del comercio fluvial requería un desarrollo paralelo del cabotaje, y, entendiéndolo así, Pérez promovió una reunión de vecinos, se formó un Directorio que presidió Francisco Varsi, emitiéndose acciones de las que se recolectaron en seguida trescientas cuarenta de cien pesos cada una, suscriptas principalmente por comerciantes de la plaza. Se compraron tres chatas que cargaban ochenta toneladas cada una, y el vapor "Ybicuy", llegado en abril de Buenos Aires, de veintinueve metros de eslora y sesenta caballos de fuerza, capaz de remolcar cien toneladas a nueve millas por hora, lo que significaba un elemento de progreso de valor inestimable para la época. [45] Hacía solamente tres años que el primer vapor, el "Chaná", capitaneado por Juan Prunell y botado por la Compañía Salteña, empezara a realizar sus viajes desde el Yaguarón hasta Mercedes, experiencia que había permitido valorar el ahorro de tiempo y de barracas que aparejaba, sustituyendo aquellas modestas goletas o pailebots que, por imposibilidad de bordear en una canal harto estrecha, demoraban a veces semanas enteras en cumplir su itinerario. [46] El abastecimiento se hizo entonces regular, trasbordándose desde los vapores de ultramar que venían hasta el Yaguary, y remolcando de paso a cuanto velero se iba quedando por el camino. Es fácil suponer el adelanto que suponía el "Ibicuy", en una época en que las diligencias iban solamente cada cinco días a Montevideo, viaje que, Dios mediante, insumía tres días (en las legendarias "Mensageras orientales"). [47] De ahí el auge que adquirió rápidamente la Agencia de Vapores "Paraná" (cuyos agentes eran Varsi y Mené), vapores que permitían efectuar

---

44 "El Heraldo de Soriano", agosto 15 de 1911, Mercedes.

45 "La Tribuna", marzo 15 y otros ejemplares de 1867, Montevideo.

46 Eusebio E. Giménez, obra citada, págs. 173 y siguientes.

47 "El Eco del Río Negro", junio 4 de 1863, Mercedes.

el viaje a Montevideo en la mitad del tiempo por catorce pesos y a Buenos Aires por diez. En ese año de 1866, un empresario de diligencias, abrumado por dicha competencia, estableció un servicio de palomas mensajeras; las diligencias solían quedar empantanadas a veces durante semanas enteras, pero al primer descalabro sufrido, las palomas llevaban el mensaje haciendo el trayecto de Mercedes a Montevideo en diecinueve horas, record entonces imbatible. [48]

Desde 1861 hasta fines de 1864, el paso de Mercedes estuvo concedido a Luis Meireles de Castro; caducado el plazo, el Jefe Político de facto, Avelino Delgado, contando con la anuencia de D. Venancio, le había prorrogado la concesión por un año más. Las perturbaciones producidas por la guerra perjudicaron el negocio, por lo cual, en vez de los 620 pesos anuales convenidos, la Junta le cobró a Meireles solamente 300, rebaja que el Gobierno objetó en enero de 1866, pero que la Junta mantuvo por las razones antedichas. En setiembre de 1865, Román Rodríguez remató los pasos del Palmar, Mercedes y Correntino, este último a cargo hasta entonces de Petrona Aldao, siendo concedido finalmente el de Mercedes a Antonio Basté. En febrero del 67 fue necesario poner en vereda al dueño de los campos situados frente a Mercedes, Enrique Peña, quien, por su cuenta, había establecido peaje a toda tropa que cruzara el río. Las diligencias salían cada tres días rumbo a Fray Bentos y Dolores, sufriendo las peripecias que son de imaginar; a Fray Bentos se llegaba luego de ocho o nueve horas de viaje, incluído el azaroso paso del río en la frágil balsita de Basté, o en la que luego se estableció, la llamada del Ferrocarril. Cada diligencia tenía capacidad para dieciséis personas y el pasaje costaba quince reales. Basté le cobraba por el paso un real a cada persona y dos reales a cada caballo; con los pasajeros de diligencias — decía — "se arreglará convencionalmente". [49] Al año siguiente, al expresar las necesidades del departamento, Máximo Pérez solicitaba la construcción de un puente frente a Mercedes, adelantándose así en casi un siglo al proyecto que recién ahora parece convertirse en realidad. [50]

48 Eduardo Acevedo, obra citada, tomo III, pág. 444.

49 "La Patria", mayo 22 de 1866, Mercedes.

50 Según documento, hoy extraviado, hallado por el comisario Entenza en 1942.

"Como edificador sólo el Coronel Basilio Pinilla en Paysandú lo aventaja. Liga [Máximo Pérez] su nombre a toda empresa progresiva del Departamento asesorado de un maestro de obras italiano, Antonio Petrochi". [51] Entre las obras que justifican tales juicios, debemos mencionar el edificio de la Jefatura. Ya en junio de 1866, Máximo Pérez dispuso de mil seiscientos pesos para la "refacción y obra de la Jefatura donde están reunidas las Oficinas Públicas, el Juzgado Ordinario y de Paz", dinero obtenido de la venta de animales de marcas ajenas desconocidas y de un remate, y que le valió la advertencia de que para esa clase de gastos "debe recabarse la autorización superior". [52] La Jefatura estaba anteriormente instalada en la casa de la señora de Tió (calle Asamblea, hoy Artigas, media cuadra al norte de la plaza), trasladándose luego a su lugar actual (San José y 18 de Julio), en tanto la Junta Económico-Administrativa continuaba sesionando en la referida casa. [53] Cuando Máximo asumió la Jefatura, el local consistía en "una casita de cerca de palos y de ladrillos", junto a la librería de Cabanellas y frente a la sastrería de Massey, la cual se instaló en el antiguo boliche de Chopitea. [54] El edificio que se construyó en 1866 y 1867, con más de cincuenta metros de frente por calle San José, constituye la planta baja del edificio actual, siendo refaccionado luego en épocas del Jefe Pelayo, época en que se le agregó la cárcel y el piso de piedra del Salto, y en la que se suprimió el cañón que servía de poste en la esquina. Pérez hizo colocar un zorro de mampostería tamaño natural en una de las esquinas del edificio, por lo cual a éste se le llamaba popularmente Hotel del Zorro. [55] "Dicho zorro quería significar, según sus propia palabras: A mí no me pita la gente de levita. Según Eduardo Flores, Máximo Pérez quería representar con él al "zorro viejo", como le llamaba a Venancio Flores. En el salón principal donde daba audiencias el coronel Pérez, habían desaparecido las baldosas del piso, divisándose a la entrada una

---

51 José Fernández Saldaña, en "El Día", abril 25 de 1937, Montevideo.

52 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Jefatura de Soriano, junio 4 de 1866.

53 Eusebio E. Giménez, en "El Día", junio de 1908, Mercedes.

54 Marino C. Berro, Memorias inéditas.

55 Eusebio E. Giménez, artículo citado.

gran circunferencia, cuyo círculo lo formaban pequeños banquitos y tres o cuatro cabezas de vaca. En el centro se levantaba, clavado en el suelo, un grande asador, varias cafeteras, y algunos trozos de ñandubay encendidos, lo que indicaba que aquel era el fogón donde comía y tomaba mate el coronel Pérez y su ignorante y perversa camarilla".[56] Agregaba dicho periódico que allí se incubaban "sus planes criminales", los que achacaba a "los malísimos elementos que lo rodeaban". Transcribimos esta parte final del juicio, tan apasionada como injustificada; semejante a lo que escribieran otros igualmente incapaces de sentir la viril autenticidad de aquel fogón gaucho abierto en la misma sede de la autoridad; es así como se dijo que "se le veía arrancar los atributos del confort civilizador en la sala destinada a la autoridad pública, para en su centro, el caudillo, clavar el asador; y alrededor de la llama ardiente, sentarse los centauros, con sus fisonomías oscuro-amarillentas por el resplandor del fuego, sacar de sus cinturas los cuchillos, masticar la carne apenas caliente, sanguinolenta, relamida por sus labios pulposos, y cortarla a pedazos, mantenida en tensión por su mano izquierda entre la resistente dentadura."[57] Magnífica muestra de truculencia gratuita, a expensas de una realidad que era lo que tenía que ser; no es posible, en efecto, pretender que aquellos gauchos reacios al confort consumieran refrescos con pajita. En ocasión de iniciarse los trabajos para la construcción del edificio, Máximo Pérez pronunció la siguiente alocución:

"Está empeñado mi honor, quiero hacer digno el Dpto. de Soriano, por su trabajo, su estimación y el aprecio de nuestros Departamentos Orientales, con los cuales estaremos siempre cual hasta hoy, en la afectuosa reciprocidad, en el respeto mutuo y las más sinceras devociones a la justicia, y al levantar este hermoso edificio que en breve vamos a inaugurar definitivamente como Jefatura de la Policía, cumpliré con ella los más fervientes votos de Mercedes y mis deberes de ciudadano y Jefe Político de Soriano."[58]

---

56 "La Reforma", marzo 27 de 1888, Mercedes.

57 Alberto Palomeque, "Melchor Pacheco y Obes", en la "Revista Histórica de la Universidad", pág. 388, año 2, número 5, agosto de 1909, Montevideo.

58 Martín Apecech, en "La Opinión", setiembre 29 de 1954, Mercedes.

Una de las primeras iniciativas de Pérez fue el arreglo de la Plaza Independencia, por aquel entonces un baldío bueno solamente para el pastoreo de caballos y para las corridas de sortijas que solían efectuarse los días de fiestas patrióticas y religiosas. Se dispuso el nivelamiento y la limpieza del yuyerío, haciendo carpir la plaza por los presos de la cárcel; se construyó luego una vereda alrededor, y se plantaron doscientos plátanos donados por el Dr. Leonard, notificándose poco después [59] que los árboles "han prendido casi todos"; en realidad, según lo atestiguan las fotografías del siglo pasado, se trataba de paraísos. Se agregaron nuevos faroles de mayor potencia y duración. Pero la nota saliente la constituyó lo que se llamó siempre "La Pirámide", y que no era otra cosa que una columna corintia de "doce varas" de alto, sosteniendo una estatua de la Libertad o de la República, réplica aproximada de la que el 20 de febrero de 1867, casi simultáneamente, se inauguraría en la Plaza Cagancha de Montevideo. Dicha "Pirámide" era "obra exclusiva del Sr. Jefe" (como lo recordaba "La Razón del Pueblo"), quien envió a Petrochi a Buenos Aires para que la proyectara, conjuntamente con la escuela. La estatua tenía inicialmente una palma (y no un facón, como se dio en decir), la que luego fue sustituída por una lanza; su costo total ascendió a mil quinientos pesos. [60] El 21 de setiembre de 1866 la Junta Económico-Administrativa le comunicaba a Máximo la aprobación de los planos. La piedra fundamental fue colocada el domingo 23 de setiembre, "día del santo de Nuestra Patrona", siendo padrino "nuestro benemérito Máximo Pérez". [61] Máximo en persona cerró el cilindro de latón (exhumado hace pocos años, muy deteriorado, en ocasión de trasladarse la estatua a la Plaza Ramón Fernández), dentro del cual se colocaron documentos y monedas, destacándose por su antigüedad las monedas españolas que trajera Pablo Varela (establecido en calles Montevideo y Buenos Aires), pintoresco personaje con su galerón de felpa acordeonado. [62] Bueno, a trabajar de albañiles —dijo Pérez; y él mismo procedió a

59 "La Tribuna", agosto 14 y setiembre 18 de 1866, Montevideo.
60 "El Siglo", octubre 3 de 1866, Montevideo.
61 "La Tribuna", setiembre 14 de 1866, Montevideo.
62 EUSEBIO E. GIMÉNEZ, obra citada, pág. 114.

depositarla y cubrirla con tierra. Terminada la operación, su oficial primero, Felipe Perichón y García, leyó una alocución que había preparado Máximo Pérez y que rezaba así: "Mis amigos y convecinos: Como soldado de la libertad cábeme la gloria de cerrar con mis manos la piedra fundamental del monumento que ha de recordar a la posteridad el heroico pronunciamiento de los patriotas de Mercedes que tuvo lugar en esta plaza el 28 de febrero de 1811, bajo la dirección de nuestros mayores D. Pedro Viera y D. Venancio Benavídez, quienes poniendo el sitio a la Colonia el 18 de Mayo del mismo año, propendieron eficazmente a que el Gobernador español D. Gaspar Vigodet rindiera ese baluarte del coloniaje al empuje de las lanzas libertadoras. Este acontecimiento memorable, relacionado, señores, con la cruzada libertadora de nuestro querido general D. Venancio Flores, demostrará al mundo que la iniciativa en los sacrificios que motivaran la emancipación política de nuestro país, pertenece a los hombres de la campaña, vulgarmente denominados gauchos. Sea, señores, el monumento que erigimos en este día, el símbolo de unión de todos los habitantes del departamento, siendo mis deseos también de todos los orientales, para que pueda conservar siempre la República libre, soberana e independiente. Mercedes, setiembre 23 de 1866". [63]

Sencilla pero tocante apología del gaucho, a la que siguió un breve discurso de Federico Fleurquin en nombre de la Junta Económico - Administrativa. [64] A fines de año venía de Buenos Aires el escultor Negri a hacerse cargo de la estatua; efectuaba su trabajo sobre el pedestal levantado al efecto, y poco después comentaba el cronista de "La Razón del Pueblo": "En la Pirámide ya se advierte una figura con formas humanas, y es más que probable que en la semana que comienza mañana el inteligente escultor Negri dé pronto fin a la estatua a que nos referimos". [65] No tardaron en hacerse sentir algunas quejas, porque, dando la estatua su frente al levante, venía a quedar "mirando la Barraca de Frutos", establecida en la acera que arrendaba la señora de Roubin. Llamado Pérez

63 "El Siglo", octubre 3 y enero 3 de 1867, Montevideo.

64 "La Razón del Pueblo", enero 27 de 1867, Mercedes.

65 Ibídem, enero 19 de 1867.

a zanjar la cuestión, su primera reacción, en serio o en broma, fue de escándalo, exclamando: "Esta mujer es una desvergonzada; bien podían haberle hecho el vestido más decente, como lo usan nuestras chinas!" [66] Y con el objeto de "hacer rabiar" a su "compadre" Letamendi, ordenó que se le hiciera girar un cuarto de vuelta, de modo que presentara el frente a la Iglesia. "Nuestra plaza principal, tan descuidada en otros tiempos —comentaba finalmente "El Hurón"— se ha hermoseado con una linda columna en su centro". A estos pasos en el progreso material de la linda población (sin que debamos omitir la plantación simétrica de árboles en la misma plaza), ha prestado mano el Sr. Jefe Político del departamento, con decisión y empeño que todo el vecindario le reconoce, y que prueba así mismo el amor que consagra al lugar de su nacimiento". [67] Al plinto, que entonces era liso, se le agregaron en 1882 las lozas de mármol con leyendas que hoy luce en su nueva ubicación, la Plaza Ramón Fernández.

Desde que Cayetano Correa de Saa, Juez Comisionado de Mercedes, solicitara en 1807 al Cabildo de Soriano permiso y ayuda para establecer una escuela de primeras letras, la historia de la enseñanza en la joven ciudad registra una larga sucesión de penurias; a las escuelas privadas, durante extensos períodos, debió así corresponder la misión de corregir esas deficiencias crónicas que aquejaban a la Escuela Pública.

La primera escuela pública llegó a funcionar, no en 1829, como lo afirma Mariano B. Berro en su interesante obra, [68] sino ya en 1828, gracias al aporte que se logró del pueblo. El primer maestro fue el presbítero Francisco Ciurana, quien el 3 de junio de ese mismo año renunció por causas que el Gobierno calificó de "misteriosas"; la Junta Inspectora de Escuelas, formada por el Juez y dos vecinos de respetabilidad, dispuso en agosto que la es-

---

66 Eusebio E. Giménez, obra citada, pág. 131.

67 "El Hurón", junio 20 de 1867, Mercedes.

68 Mariano B. Berro, "La Escuela antigua en Soriano", pág. 70, Montevideo, 1912; ver Wáshington Lockhart, "Historia de la Escuela en Soriano", Mercedes, 1957.

cuela se trasladara a un nuevo local, siendo designado maestro D. Tomás J. Ortiz, en tanto Ciurana pasaba a atender la escuela de Durazno, cuyo director, D. Lázaro Gadea, acababa de ser destituído. En octubre de 1829, cumpliendo el decreto de la Sala de Representantes de 1826, se inauguraba la nueva escuela, a cuyo costo de $ 799.30, contribuyó el Gobierno con trescientos pesos. La inconducta, de los alumnos primero, y luego del preceptor, a quien se le enrostraba su afición a la bebida, provocó al poco tiempo una inasistencia casi total del alumnado. [69] En 1834 funcionaban dos escuelas públicas, una de varones y otra de niñas; luego de un interregno de seis años a causa de la Guerra Grande, vuelven a funcionar en 1849. Vueltas a cerrar por falta de rubro el 1º de agosto del 53, se reabren, por resolución gubernamental, el 15 de mayo del 54, llegando a ser la asistencia en 1860 de cincuenta y nueve y de cuarenta alumnos respectivamente. Desde el comienzo de la guerra de Flores hasta agosto del 64, el local de la escuela de varones, situado en calles Asamblea y San José, fue ocupado por la Guardia Nacional, quedando como consecuencia en condiciones ruinosas. En agosto del 65, los miembros de la Junta, Oses, González, Sosa y Navajas, informan que "la Escuela Nacional de varones está en mal estado debido a la poca o ninguna contracción de su director D. Pedro Alzaga, quien sólo trata de pasar el tiempo con aparente interés hacia los importantes objetos confiados a su cuidado y dirección"; agregaba que sólo concurrían de ocho a diez alumnos, atrasados y con malos hábitos, y que, aunque se le reconocen condiciones a Alzaga, el pueblo le había perdido la confianza. En conclusión, piden al Instituto de Instrucción Pública que sea sustituído por el "preceptor patentado" D. Jacinto Toda, o "por cualquier otro". Alzaga alegó haber advertido a la Comisión en marzo del 65 el estado calamitoso en que se encontraba el edificio, sin que se le hiciera entonces caso alguno. En larga carta dirigida el 12 de junio a Tomás Villalba, Alzaga, luego de recordarle que él había sido el primero en proclamarlo y reconocerle sus grandes méritos (después que Ud. se fue aquí hubo "miseria y

69 Archivo del Juzgado de Mercedes, legajos 1823 y 1830, archivado 4.

nada más"), se jacta de no haber abandonado su cargo de maestro ni un solo día en sus quince años de actuación, pese a que las escuelas del Estado han cerrado varias veces y por largos intervalos, por falta de recursos, y pese a haber pasado hasta tres años sin haber recibido el menor socorro, ni del Estado ni de particulares, y a tener hoy su salud "arruinada"; de esos quince años no se le pagaron las dos terceras partes; ha sido robado por tal Junta, explotado por otra y "abusado por todas"; la Junta —agrega— no tiene derecho a nombrar o destituir, sino sólo a "velar por la Educación", y ahora se pretende alejarlo cerrando la escuela por falta de recursos, cuando en Dolores se acaba de nombrar preceptor a Carceller; se reproduce —termina diciendo— la persecución de que ya se le hiciera objeto cuando la anterior presidencia de Venancio Flores.

Avisado Alzaga por la Junta que el día 26 de diciembre a las nueve de la mañana debía presentar sus alumnos en el templo viejo a rendir exámenes, contesta el 19 que le es imposible asistir. Insiste la Junta el día 20 advirtiéndole que "no puede dejar de dar cumplimiento" a tal disposición, pero Alzaga se mantiene en su negativa argumentando que "haría un papel ridículo". El 7 de enero, terminadas las vacaciones, el alumnado no concurrió a su escuela. Reunida la Junta el 22, resuelve entonces suspender a Alzaga y cerrar la escuela, poniendo en antecedentes al Instituto de Instrucción Pública. [70] Esta medida suscitó variadas protestas; se la calificó de injusticia, recordándose también la escasez de escuelas que aquejaba a Soriano; "La Patria" de Mercedes señalaba por ejemplo que "Soriano es el único departamento donde no hay enseñanza gratuita", y que "su preceptor se sacrificó durante años (dando clases) en un cuartejo indecoroso". [71]

Habiendo recibido del Instituto de Instrucción una nota fechada el 9 de julio en la que se ordenaba la repo-

---

70 Archivo General de la Nación, Montevideo, Junta Económico - Administrativa de Soriano, agosto 11 de 1865 y enero 25 de 1866, y archivo del Concejo Departamental de Soriano, libro copiador 1865 - 1868.

71 "El Siglo", mayo 24 y julio 12 de 1866, Montevideo.

sición de Alzaga, la Junta organizó el día 23 una sesión "a la que a invitación de ella se dignó asistir el Sor. Gefe Pol. Corl. D. Máximo Pérez". En esa reunión se resolvió enviar una nota reiterando las denuncias ya formuladas en agosto del año anterior, [72] y agregando que Alzaga había cerrado "de mutuo propio" la escuela, de manera que "de hecho estaba suspendido"; aclaraban que la Junta no había "destituído" sino "suspendido" a Alzaga, contando para ello con el apoyo de la "generalidad" de la población, "en particular la clase menesterosa" que prefiere sacrificarse y enviar sus niños a las escuelas privadas. Pide además el envío de inspectores, y concluye declarando —y aquí es donde se advierte la impronta del caudillo— que "la Comisión no puede sin mengua de su dignidad reponer al preceptor Alzaga ni menos avonarle los sueldos que reclama", por lo cual pide que se reconsidere la decisión adoptada, pues "de no", "denunciarán del honroso puesto que ocupan".

La escuela quedó cerrada durante todo ese año, en el cual no hubo más exámenes que los de la Escuela de Niñas y los del colegio "La Amistad"; la comisión examinadora, formada por Miguel Molina y Haedo, Félix Beau, Vicente Avila y Adolfo Navajas, fue presidida por Máximo Pérez en persona.

Atendiendo la recomendación que formulara Venancio Flores en la visita que hizo a Mercedes en diciembre de 1866, el 31 de enero de 1867 se reabría la Escuela Nacional, destinándose los trescientos pesos pagados por Meireles para la compra de textos y útiles. Tres días antes renunciaba Carceller (Bachiller en Filosofía, Piloto de la Marina española, y Agrimensor de Número en el Uruguay) de su puesto en Dolores, aduciendo que el clima le sentaba mal, y días después conseguía ser nombrado preceptor en Mercedes, por intercesión de Máximo, así como delineador público, puesto que estaba vacante por renuncia de Petrochi, quien aducía falta de tiempo. A Carceller se le nombró un ayudante, Alfredo G. de Almada, con un sueldo de treinta pesos, y se alquiló un local por treinta y cinco. Almada tuvo, en agosto de ese año, un incidente

72 Archivo General de la Nación, Montevideo, Junta Económico - Administrativa de Soriano, 1865, enero 23 de 1866.

de proporciones con el vecino Francisco Bullo, en el cual la Junta declinó intervenir. [73]

Máximo se propuso desde un primer momento darle a la escuela el edificio que necesitaba; amparándose en la resolución del 21 de noviembre de 1865 por la que se destinaban $ 1.544 con tal fin, empezó por denunciar una finca abandonada desde hacía treinta años por el súbdito español José Bulgada y ocupada entonces por Federico Gómez; desoyendo advertencias en el sentido de consultar con el juez competente, dio un mes de plazo para el desalojo. La situación no soportaba, en verdad, más dilaciones, y como decía por ese entonces Ferreira y Artigas, "en épocas de transición es preciso apelar al que por sus antecedentes, por su valor, domina sobre la generalidad". [74]

De acuerdo al proyecto de Petrochi, enviado con ese fin a Buenos Aires, se construía poco después el nuevo edificio escolar en el lugar que hoy ocupa la escuela Nº 1, procediéndose a su inauguración el 1º de junio de 1867. [75]

Constaba la escuela de tres grandes salones, uno frente a Cerro Largo (hoy Florencio Sánchez), otro en la esquina, y el tercero con frente a Calle de las Artes (hoy Colón); luego venía el zaguán y otro salón; se completaba con una cocina y un gran patio descubierto, sin corredores. [76] Ese edificio fue utilizado exactamente durante cincuenta y dos años hasta 1919). [77]

Aunque había preceptores de notoria preparación, tales como Braga (ex-alumno de De la Peña) y el asturiano Laiseca, las exigencias fueron mínimas hasta 1865, año en que empezó a exigirse diploma concedido por el Instituto de Instrucción Pública; en 1868 lo habían obtenido solamente Enrique Acosta y Juana C. de Laiseca, concediéndosele a Carolina S. de Lamarca un certificado

---

73 Ibídem, 1849 - 1869 y archivo del Concejo Departamental de Soriano, libro copiador 1865 - 1868.

74 "El Siglo", junio 2 y 22 de 1866, Montevideo.

75 Archivo General de la Nación, Montevideo, J. E. A. de Soriano, enero 31, abril 17, junio 1º y junio 13 de 1867.

76 Informes proporcionados por D. Luis Maglia, así como otros que utilizamos en varias partes de este trabajo.

77 Al notificar el aumento del alumnado ("antes de esta Jefatura era dos terceras partes menos que el hoy existente"), la Junta

provisorio. Maestras había, como Rufinita Cano, que llegaban al extremo de ser analfabetas; [78] se ocupaba únicamente de las labores y de la disciplina, la que mantenía enviando proyectiles desde su pupitre con refinada puntería. Entre los alumnos de Carceller figuraban los hijos del caudillo, Máximo y Justino; uno de ellos fue en cierta ocasión abofeteado por un muchacho de nombre Do Rey; según los eternos detractores de Pérez, el agresor fue llamado a la Jefatura, donde habría sido estaqueado; en dicha emergencia, siempre según la enconada versión de "El Siglo", "el apreciable español Carceller fue vejado y arrojado a empujones de la Jefatura". [79] Pero en ésta, como en tantas otras ocasiones, hemos podido desvirtuar el infundio, en base a una carta firmada por el propio Carceller, y que encontramos en un periódico mercedario de 1872; [80] dice allí que "no fue ignominiosamente destituido en tiempos de Máximo Pérez, puesto que me decidí a aceptar cediendo a las reiteradas instancias del Sr. Coronel D. Máximo Pérez, Jefe Político entonces del departamento"; niega haber sido "apaleado", aunque reconoce haber sido amenazado de muerte y con puñal en mano

---

publicaba los resultados del censo escolar departamental, del cual extraemos los siguientes datos:

	1867	1868
Escuela Nacional de varones (preceptor Gregorio Carceller; suplente, A. Almeida)	90	129
Escuela Nacional de señoritas (Juana Covián de Laiseca)	70	66
Escuela de varones de Soriano (Hipólito Marfetán)	25	26
Escuela de señoritas de Soriano (Vicenta Marfetán)	—	29
Escuela de varones de Dolores (M. Cedrón)	—	45
Escuela de señoritas de Dolores (Juana Sales)	—	63
Colegio "La Amistad" (Rafael Laiseca y Jacinto Toda)	49	50
Escuela de varones de Nicandro Fernández Braga	48	40
Escuela de Santina G. de Sicardo	49	50
Escuela de Rufina Cano	26	40
Escuela de Cayetana Fernández	23	20
Escuela de Carolina Lamarca	25	30
Escuela de Elena Dubroca (Dolores)	27	30
Total del departamento	605	618
Total en Mercedes	407	425

78 Eusebio E. Giménez, obra citada, pág. 81.
79 "El Siglo", marzo 17 y mayo 8 de 1868, Montevideo.
80 "La Regeneración", abril 25 de 1872, Mercedes.

por algunos acérrimos enemigos; pero —agrega— "nadie tocó un pelo de mi ropa". Su renuncia se produjo el 15 de noviembre de 1867, siendo subrogado por su ayudante que, en ese momento, era Emilio Baliño. Enrique Acosta pues no se hizo cargo de la escuela de Mercedes sino a fines del 67 o principios del 68, en cuyo año lo vemos figurar en el censo escolar como maestro titular. Acosta, doloreño graduado en la Argentina, había sido nombrado maestro de la escuela de Dolores el 3 de mayo de 1876, en sustitución de Modesto Rodríguez Cedrón, quien fuera entonces trasladado a Carmelo. El cobro de los sueldos fue siempre problema, pero Acosta se las arregló para que en esa emergencia le anticiparan cien pesos; el 10 de mayo la situación se aclara al decretarse para el litoral un impuesto al corte de leña y al carbón, a regir por dos años, y cuyo producido debía invertirse en las escuelas; se recaudaban por tal concepto de veinte a treinta pesos mensuales. Pocos días antes, el 23 de abril, debía recurrirse en Mercedes a trescientos pesos (producidos por la empresa portuaria de Meirelles) para la compra de textos, resolviéndose comprarlos en Montevideo, a fin de evitar el recargo del 40 % que sufrían en Mercedes. [81]

Máximo se preocupó también por mejorar la asignación de los preceptores; en nota del 1º de marzo de 1867 se solicita así un aumento de catorce pesos. Pero los cobros siguieron efectuándose con cuatro y seis meses de atraso; maestras hubo, como Juana Covián, a quien se le llegó a adeudar desde abril de 1864 hasta marzo de 1865, lo que no obstó para que el 20 de enero de 1867 enviara una cantidad de trabajos de sus alumnas al Bazar de Beneficencia que organizara en Montevideo la señora del general Flores. Pese a tan endémicas penurias, en marzo de 1867 la Junta insistía en la necesidad de "la planteación de nuevos establecimientos de educación".

La educación recibió así un poderoso impulso durante la breve administración de Máximo Pérez; el caudillo sorianense se siguió interesando por el programa de la Escuela pública, siendo frecuentes sus visitas al preceptor Acosta, cuya amistad con Máximo habría de valerle, años después, una persecución que terminaría con su destitu-

81 Archivo General de la Nación, Montevideo, Junta Económico - Administrativa de Soriano, 1865 y 1849 - 1869.

ción; defendido por Idiarte Borda, fue repuesto poco después en el cargo; se le había acusado de pegarle con una vara a sus alumnos y provocar así la inasistencia de éstos, resultando falso o exagerado lo primero, y atribuíble a la viruela lo segundo. [82]

La vieja parroquia de Mercedes, literalmente, no daba más. Fundada el 24 de setiembre de 1789 por el Cura Vicario D. Manuel A. de Castro y Careaga, y "ejecutada con arreglo al Diseño exivido por el nominado Cura Vicario", [83] se asemejaba a la actual iglesia de Santo Domingo, con su techo a dos aguas y una torre a un costado de la fachada, con "una campana grande y buena, otra igual, apenas rayada, regalo del Presidente Rivera, y dos chicuelas rotas". Estaba construída de "asperón rojo" sacado de las canteras próximas, "con una agraciada torrecilla" [84] y techo en caballete; en la misma manzana se extendía el cementerio, cercado de muros de ladrillo. Confirma dicha disposición exterior, la sumaria silueta que aparece dibujada en el plano de la ciudad realizado por orden de la Junta Económico-Administrativa el 8 de mayo de 1845. [85]

Ya en 1829 se encaró la posibilidad de construir un templo mayor, y la Junta de Fábrica de la Capilla resolvió vender con tal objeto parte de los terrenos circundantes (en total: tres mil varas cuadradas, en cuatro lotes), dejando un sitio de cuarenta varas por setenta de fondo para el fin antedicho. Desechada la vieja capilla a raíz de la invasión de 1839 ("el edificio está en ruinas, las cuatro campanas en pedazos, el techo desplomado, sostenido con puntales; se llovía por todos lados", [86] desvalijado su interior), el ingenio y diligencia de aquel gran educador que fue el cura Luis José de la Peña, de vuelta en Mercedes, logró restaurarla precariamente, soportando así la Guerra Grande y unos años más, hasta que el 16 de octubre de 1859 "se resuelve construir un nuevo templo parroquial, dado el mal estado de techos y muros del

---

82 "La Regeneración", abril 25 de 1872 y siguientes, Mercedes.

83 "El Diario", setiembre 24 de 1899, Mercedes.

84 Dámaso Antonio Larrañaga, "Viaje de Montevideo a Paysandú", Montevideo 1930.

85 Propiedad de la señora Alzola de Fernández Braga.

86 "El Diario", setiembre 24 de 1899, Mercedes.

actual, según planos que proponga el coronel de Ingenieros Joaquín T. Egaña".

De acuerdo al proyecto que proponía Egaña, se decía que el templo iba a constar de "una nave con crucero, pudiéndosele luego agregar las dos alas"; firma el documento una Comisión que incluye a todas las autoridades y personalidades de la época, y presidida por el Cura Párroco D. José P. Amilivia.[87] Un año después, el 21 de noviembre de 1860, a las cinco p. m., se enterraba la piedra matriz del nuevo templo, a construirse según planos de Petrochi, aprobados por Egaña y por el Inspector de Obras Públicas D. Clemente César; hizo de padrino el Ministro de Hacienda D. Tomás Villalba, elegido por catorce votos, contra cuatro otorgados al Presidente Pereira, dos a Bernardo Berro, y uno a Eduardo Acevedo, Diego Lamas y Amilivia.[88] Hubo discursos, pirotecnia, música, repiques y refrigerio, y se empezó a trabajar, pero muy despacio. Hasta que llegó Máximo Pérez.

El destino del nuevo edificio estaba ligado al destino del ganado, de lo cual debemos hacer una historia sucinta con el fin de desvirtuar las exageraciones y leyendas que tergiversaron el sentido de la intervención de Máximo. Las desastrosas sequías de 1860 al 62, así como la de 1864, habían provocado una dispersión tal del sediento ganado, que el Gobierno de Aguirre debió suspender la obligación de marcarlo. Poco después, a fines de 1865, el Gobierno de Flores decretaba la retención del importe de todo ganado cuya propiedad no pudiera justificarse. Se lanzaron luego otros decretos autorizando a los estancieros a mandar a tablada los animales ajenos que pararan en sus campos, así como a venderlos, dejando depositado su importe; esa medida provocó robos y abusos incontables, lo que obligó al Gobierno, en noviembre de 1866, a establecer en cada departamento un registro de marcas riguroso, quedando así derogado el decreto anterior.[89]

Pero volvamos a la iglesia. El 8 de julio de 1861, y para ir haciendo frente a los gastos de construcción, se sancionó una ley estableciendo un impuesto de "dos vintenes" por cada vacuno o yeguarizo faenado en saladero

---

87 "La Nación", diciembre 9 de 1859, Montevideo.
88 "El Diario", setiembre 27 de 1899, Mercedes.
89 Eduardo Acevedo, obra citada, tomo III, págs. 348 y 446.

o graserías, impuesto a regir durante un plazo de cuatro años.[90] Dicho impuesto, que pudo percibirse sólo hasta febrero de 1863, caducaba el 8 de julio de 1865, por lo cual la Junta solicitó su prórroga por dos años. En vano reclamó Letamendi el dinero que calculaba debía haberse recaudado ya; en setiembre del 65 se le reconoció un crédito por tres mil pesos, aduciéndose que 2.300 se habían destinado a otros gastos; finalmente se le reconoció a la iglesia un crédito por 6.300 pesos, que el Gobierno ordenó se pagaran con lo que produjera la venta de tierras fiscales. Se trajo entonces a colación el decreto del 19 de julio de 1862 por el cual se cedían dos leguas de tierras públicas "para la erección del templo de Mercedes".[91] Las obras, paralizadas desde marzo de 1864, fecha en la que "quedaba cerrada una de las alas del Templo"[92] iban a contar así con un importante impulso. Con los oficios gratuitos del agrimensor Ponce y de los tasadores Juan Chopitea y José González, se pusieron a remate las tierras que la Jefatura tenía arrendadas a Pablo Varela y Juan P. Méndez en el Bequeló, a Jorge Lamarca en arroyo Grande y a José M. Díaz Ferreira; se tasó la legua en 2.500 pesos, sin que ninguna de las ocho propuestas presentadas llegaran a esa suma.[93] Se llamó nuevamente a licitación, en tanto se obtenía la prórroga de "la ley de los dos vintenes".[94] La Junta destinaba además $ 133.33 mensuales a dicho efecto; pero la decisión realizadora de Máximo convirtió esa exigua suma en una contribución considerable.

Reunida la Junta el 31 de agosto de 1866, se informó que se llevaban gastados $ 50.510, necesitándose $ 41.166 para dar término a la obra, incluídos los cinco mil que costaba la cúpula, alta de cuarenta varas. Se intensificó la campaña, empezándose por solicitar permiso al Gobierno para vender dos leguas más de tierras fiscales. Las leguas elegidas estaban arrendadas por el Barón de Mauá, cuyo apoderado Bento José de Lima, promovió

90 "El Siglo", marzo 8 de 1866, Montevideo.
91 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Junta Económico - Administrativa de Soriano, agosto 31 de 1866.
92 "El País", mayo 24 de 1864, Montevideo.
93 Archivo General de la Nación, Montevideo, Junta Económico - Administrativa de Soriano, noviembre 30 de 1865.
94 "El Siglo", marzo 3 de 1866, Montevideo.

varias cuestiones, obstaculizando así la mensura de las tierras,[95] hasta que el mismo Mauá compró finalmente dicho campo por ocho mil pesos. En setiembre del 66 se podía por fin comunicar la pronta reiniciación de los trabajos de la iglesia, y que se esperaba que para la Semana Santa del 67 se cerraría la bóveda del medio.[96] Fue en esa época cuando se hizo más estricto el control de los ganados, hasta fines de 1866, fecha de la derogación de la ley de decomisos. No fue pues, como lo quiere la leyenda, una conducta arbitraria la de Pérez; pudo éste quizás extremar su celo y sorprender a algún remiso en recoger ganados extraviados; pero los famosos "ganados de la Virgen" eran producto de la ley, ley que Pérez no hizo otra cosa que cumplir rigurosamente. En febrero de 1867, Máximo hacía publicar el siguiente edicto: "El Jefe Político y de Policía, cumpliendo con las órdenes que ha recibido del Superior Gobierno; cita llama y emplaza a todos aquellos que se crean dueños de animales vacunos que, extraviados de sus potreros, existían en campos de distintos propietarios, y han sido vendidos por la Jefatura, bajo las marcas que estarán de manifiesto en ésta, para que, dentro de los cuarenta días de la fecha, se presente ante dicha casa central de Policía, a deducir sus acciones en legal forma, pasado cuyo término, no habrá reclamo alguno. Lo que se hace saber al público a sus efectos. Mercedes, Febrero 1º de 1867. De orden del Sr. Jefe D. Máximo Pérez, Bernardo Doblas".[97]

A raíz de este edicto se presentaron varios perjudicados; encontramos en el Archivo General de la Nación varios recibos firmados por G. Lamlor, José Lima, Juan C. Boado, Gregorio Carceller (en nombre de Francisca Fleitas de Montero), Juan L. García, Eusebio Falcón, Esteban Péndola, Julio C. [...], Lucio Fernández, Vicente Avila, Eusebio Olivera y A. Camp, por animales "vendidos en el saladero", y, como decían otros, por animales que "vinieron en las tropas por orden superior". El precio se estableció en cinco pesos por cada toro y siete por cada novillo; las fechas de dichos recibos van desde el 6 al 26 de febrero.[98]

95 Archivo General de la Nación, Montevideo, Junta Económico - Administrativa de Soriano, agosto 18 y setiembre 19 de 1866.
96 "La Tribuna", setiembre 15 de 1866, Montevideo.
97 "La Razón del Pueblo", marzo 17 de 1867, Mercedes.
98 Archivo General de la Nación, Montevideo, caja 1.172.

Con fecha 13 de noviembre de 1867, encontramos una escritura de venta de un campo de un tercio de suerte de estancia, denunciado por D. Estanislao Olivera en 1841 y mensurado por Egaña en 1854; Olivera lo compra por mil doscientos pesos, "estando convenido aplicar su producto a la construcción del Templo de Mercedes". [99] Se recibieron también importantes donaciones, como las efectuadas por los herederos de J. M. Gareta, de Luis Rivarola y de Juan Maluzán, [100] obteniéndose por concepto de ventas de campos fiscales la suma de $ 27.603, inclusive $ 12.499 pagados por Fregeiro, Varsi y Mené.

El 27 y 28 de diciembre de 1866 se sacaban las cimbras del templo sobre las que se habían construído las bóvedas y el crucero, quedando cerrada ya la nave principal. Ese día, Máximo Pérez obsequió a los obreros con una vaquillona con cuero, [101] empezándose en seguida a construir "la media naranja". Por ese entonces debió Pérez soportar la crítica de algunos presuntos perjudicados por las ventas de ganados alzados de marcas desconocidas; en su informe al Ministerio contestó el caudillo: "Los blancos han querido hacerme quedar mal porque no les permitido rovar a ellos y hablan mucho y disem, pero no lo hazen en mi presencia". [102] El Gobierno dispuso que el dinero obtenido —seis mil pesos— se colocara en el Banco Mauá, para quitarle tema a los blancos, seguramente.

En cuanto a la campana, dio lugar a una movida correspondencia entre Máximo Pérez y el Ministro. Empezó Máximo por solicitar una nueva, pues la que había estaba rota o casi inservible. Se le contestó que la mandara componer a Montevideo, pero Máximo, a pura lógica, mandó decir que hasta que no mandasen la nueva no podía mandar componer la vieja. Conclusión: se resolvió mandar la campana pedida. Pero la promesa demoraba en cumplirse, y Máximo debió insistir con el pedido, enviando en julio a Letamendi en persona con la misión de solicitar de paso más recursos para seguir las

99 Títulos del establecimiento "La Paloma", de D. Carlos Ithursarri.

100 "La Razón del Pueblo", febrero 3 de 1867, Mercedes.

101 "La Tribuna", transcripción de "La Razón del Pueblo", enero 3 y 19 de 1867, Montevideo.

102 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Jefatura de Soriano, enero 25 de 1867.

obras.[103] Meses después, en febrero de 1867, llegaba la campana en el vapor "Mercedes", traída por F. Gómez, encargado a esos efectos; "es de primera clase y sonoro tañido", proclamaba la prensa local, informándose que pesaba catorce quintales y que había costado seiscientos pesos.[104]

En setiembre de 1868 se inauguraba al fin el ansiado templo,[105] carente aún de las torres que hoy ostenta. Entre los que sólo ven el lado malo de las cosas, estaban los que poco después atribuían al pararrayos de su cúpula la cantidad de rayos que empezaron a arreciar sobre la vecindad; y así es como se enumeraban los perjudicados en orden cronológico: Elvira Chopitea, Luis Costa (dos), Hotel de Roma, Banco Mauá, Rufina Camp, Gigena, Dña. Segunda Mendoza, Algarracín, Milans, Rivara, etc.[106]

No se olvidó Pérez de los otros pueblos de su departamento, y es así como el 2 de abril de 1867 entregaba al Alcalde de Dolores dos mil quinientos pesos para su nueva iglesia, expresando que "proceden de ganados ajenos de marcas desconocidas recolectados en el departamento".[107] Se formó una comisión para la erección de dicho templo, presidiéndola el Alcalde D. Miguel Madrid, en ese entonces enfermo a raíz de haberse abalanzado heroicamente a salvar algunas personas amenazadas por un incendio. Fue factor decisivo en esa iniciativa el propio Venancio Flores, quien, habiendo visitado Mercedes a fines de 1866, se interesó vivamente por el petitorio presentado por los enviados doloreños, comprometiéndose a estudiar y hacer los planos con los oficios de un arquitecto de la capital, y concediendo la venta de dos estancias fiscales para obtener recursos, lo que confirmó por carta fechada el 3 de enero del 67 en Montevideo. A esas sumas se agregaron 2.044 pesos que envió el 8 de abril conjuntamente con los planos para el nuevo templo, cuyo presupuesto se le pidió a Petrochi. Este impulso dado durante la Jefatura de Máximo, inspirador y propulsor

---

103 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Jefatura de Soriano, junio 4 y julio de 1866.

104 "La Razón del Pueblo", febrero de 1867, Mercedes.

105 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Jefatura de Soriano, julio 20 de 1868.

106 "La Reforma", enero 22 de 1884, Mercedes.

107 Archivo General de la Nación, Jefatura de Soriano, abril 2 de 1867.

de aquellos trabajos, habría de perder, en los siguientes ejercicios, su fuerza inicial; en primer lugar, debido al deceso, producido en julio del 68, del dinámico Madrid; y luego, en agosto del 70, a la inversión, dispuesta por el comandante Avila, de los dos mil pesos de que se disponían, a fin de atender los gastos que demandaba la revolución de Aparicio; y no fue sino gracias al celo del cura Bergareche que pudieron conservarse las dos leguas que se tenían en Las Maulas, y que las autoridades que regían entonces a Mercedes intentaron transferir para el templo de su propia ciudad. [108]

Por ese entonces, Máximo enviaba también cuatro mil pesos que estaban depositados en el Banco Mauá, con el fin de construir un Colegio Nacional en Dolores, subrayando la "necesidad imperiosa de un local para la educación de la juventud nacional". [109] La iglesia de Soriano tampoco fue olvidada; el ministro Daniel Zorrilla, ante su intercesión, accedió a la "separación del curato" y a la provisión del cura estable que solicitara la Comisión Auxiliar presidida por D. Zenón Marfetán, elevándose dicho templo al rango Parroquial, y contribuyendo con cincuenta pesos mensuales para la manutención del cura párroco. [110] Se decidió además que la casa Garrigorri (o Caracorri) refundiera en Montevideo la campana, ya deteriorada, la misma que le había regalado Rivera en 1828. [111]

Durante su mencionada visita a Mercedes, Don Venancio habló en un acto público al que asistió mucha concurrencia, "incitando a la conciliación de los compatriotas para juntos laborar el progreso de la nación"; [112] dichas palabras causaron excelente impresión, organizándose una recepción nocturna a la que asistió la sociedad mercedaria en pleno, estando la parte musical a cargo del maestro Alzola.

---

108 Presbítero T. Waller, "La Iglesia de Dolores",, en "El Tiempo", Mercedes 1951, y M. E. Hirschy Sosa y R. A. Irureta, "El Espinillo y Dolores", Dolores, 1952.

109 Archivo General de la Nación, Montevideo, Jefatura de Soriano, abril 2 de 1867.

110 "El Siglo" y "La Tribuna", agosto 21 de 1867, Montevideo.

111 "El Siglo", noviembre 10 de 1866, Montevideo.

112 Roberto Ferrería Ferla, en "El Solar Chaná", mayo de 1949, Mercedes.

La amistad entre Máximo y Letamendi, a quien el primero llamaba familiarmente "compadre", había llegado a ser proverbial. Ambos ásperos e impulsivos, habían llegado a congeniar, aunque no sin alternativas escabrosas. La más comentada y famosa fue la acontecida a raíz del fallecimiento de un sargento de la confianza del caudillo, luego de una pelea con un cabo que también había fallecido en la emergencia. Avisado por su sacristán Berlén que en la iglesia lo esperaban varios militares para que le echase un responso al ataúd, Letamendi cumplió, desde que era gratis, con un rezo sumario; roció con agua bendita el ataúd y se mandó mudar de inmediato. Al regreso del cementerio, "el oficial que hacía de cabeza de duelo fue a dar cuenta al coronel, quien le preguntó si había puesto muchas velas y doblado bastante". Saber lo sucedido y montar en cólera fue todo uno; mandó Pérez buscar a Letamendi, y entre "ajo" y "ajo" le reprochó acremente no haber doblado, "tratándose de un buen colorao", ni haberle cantado nada. "Mañana le hará Vd. un funeral ¿entiende?, pero con órgano, muchas velas, y muchos dobles, y cuidadito que no cumpla porque de no, lo voy a mandar degollar...". Se desenterró el cajón, se trajo de vuelta, y se repitió la ceremonia con todo el ritual exigido por el jefe. [113]

El carácter al parecer interesado de Letamendi, así como su extremada irascibilidad, lo convertía en blanco propicio para bromas que llegaron a veces a ser harto pesadas; tal la que menciona Eusebio E. Giménez, llevada a cabo por algunos jóvenes divertidos que en una Noche Buena se habían dedicado a intercambiar chapas indicadoras, tocándole a Letamendi la de la partera Antonia Petrachi. Años después, en ocasión de la visita de Monseñor Vera, un porteño de apellido Sánchez hizo desaparecer todas las ollas con comida que Letamendi había preparado. En otra oportunidad, se le acusó de haber contestado con "insultos de taberna" a unas bromas que le hicieron unas señoritas; a raíz de dicha denuncia, Letamendi entabló juicio por calumnias al cronista responsable. [114]

De la profunda amistad que Letamendi le profesaba a Pérez, tendremos ocasión de dar pruebas al relatar

---

113 Eusebio E. Giménez, obra citada, págs. 150 y siguientes.
114 "La Regeneración", abril 9 de 1872, Mercedes.

horas de infortunio para éste; Máximo era infaltable concurrente a las festividades religiosas; así es como lo vemos en las fiestas del 24 de setiembre (postergadas en el año 66 por mal tiempo), [115] con sus ceremoniosas procesiones por calles cubiertas de hinojo, bajo los arcos de follaje levantados en las bocacalles, bajo las lluvias de flores que se arrojaban desde las azoteas, y con la tradicional estación frente a la Jefatura, donde se liberaban algunos presos en emotiva ceremonia. Y luego, las corridas de sortijas en la plaza, o los simulacros de encuentros a lanza, y los fuegos artificiales , la suelta de globos, etc., en medio de una multitud que venía de campaña luciendo sus mejores aperos. [116] Ese día la Guardia Nacional hacía los honores a la Patrona de Mercedes, desfilando ante los cuatro altares alzados en las cuatro esquinas de la plaza. En el día de Purificación de Nuestra Señora, se anunciaba también que "asistió el coronel Máximo Pérez y las autoridades civiles", en cuya ocasión "el cura párroco pronunció un discurso muy bueno". [117]

A quienes venían de vivir los conflictos francos y desnudos de la guerra, les resultaba insoportable la hipocresía de una paz infestada de oscuras beligerancias. El peligro ya no estaba en efecto en lo que se hacía, en el enfrentamiento abierto y viril, sino en lo que se calculaba que no se podía hacer. El papeleo legal señalaba la distancia que mediaba entre la Ley y los hombres a quienes se dirigía; era un monumento subterráneo a la desconfianza, mal disimulado por un estado ficticio de respeto mutuo. "No hay pueblo que pueda seguir adelante exigiendo entre hermanos y amigos pagarés y recibos"; "la subordinación de la conciencia al precepto es el aniquilamiento del alma; entonces la Ley es el instrumento de la corrupción". [118] El Código pretendía suplir la conciencia moral de la Justicia, pero lo que hacía era usurpar su ocasión de afirmarse con autonomía. Y para hombres como Pérez, de más está decirlo, esa situación no podía prolongarse durante mucho tiempo.

115 "El Siglo", octubre 3 de 1866, Montevideo.

116 Eusebio E. Giménez, obra citada, págs. 20 y siguientes.

117 "El Siglo", setiembre 25 de 1867, octubre 6 de 1866 y febrero 2 de 1867.

118 Ezequiel Martínez Estrada, obra citada, tomo I, pág. 157.

El Alcalde Ordinario era en aquella época un personaje de indiscutible importancia; independiente del Jefe Político, y elegido directamente por el pueblo de acuerdo a la Ley del 12 de julio de 1860, el cargo era desempeñado generalmente por legos, con la consiguiente mengua para su autoridad. Cuando subió Pérez a la Jefatura, ocupaba la Alcaldía D. Manuel Fontans, antiguo vecino de la ciudad; en esos días, precisamente (febrero del 66), Fontans debió hacer frente a una serie de acusaciones que se le hicieron desde "El Siglo". Llevó el asunto ante el Jurado Popular, designando al Sr. José Cándido Bustamante, redactor de "La Tribuna", para que lo defendiera. El 8 de marzo tuvo lugar el juicio de prueba de acusación contra el corresponsal mercedario de "El Siglo". Este había recriminado a Fontans por la "morosidad de sus procedimientos", por haber dejado pasar diez meses desde "el espantoso asesinato del francés Mr. Reboul" (muerto a puñaladas en su lecho), por no intervenir en un caso de quemazón de cadáveres en el cementerio y en la especulación que se hizo con la venta de los nichos, pese al pedido de sumario que se formuló en la Junta; como remate, se acusaba a Fontans de haber violado el secreto profesional. El jurado lo absolvió a medias, reconociendo su morosidad, y obligándolo a cargar con la mitad de las costas. Sus amigos de Mercedes pidieron por esa fecha que se dejara a Fontans en la Alcaldía, y que se suspendieran por ese año las elecciones correspondientes, para "no molestar al vecindario", y por caer el día fijado "en Domingo de Ramos". [119]

Se realizaron no obstante las elecciones, "con el mayor orden", el 1º de abril, saliendo triunfante Fontans por 159 votos contra uno, el que Fontans otorgara a Gregorio Sánchez. Una semana antes se habían elegido los tenientes alcaldes, saliendo por la 1ª sección el futuro Presidente de la República, D. Juan Idiarte Borda. [120] "La Patria", días antes, ensalzaba el prestigio de Fontans, y preveía su próxima elección "si no había influencia oficial"; "así debe esperarse —agregaba— del civismo del actual Jefe del departamento". [121]

No sabemos si esa observación alude a alguna ene-

119 "La Tribuna", marzo 2, 9 y 10 de 1866.
120 Archivo del Juzgado de Mercedes, legajo 1.866, archivado 40.
121 "La Patria", marzo 6 de 1866, Mercedes.

mistad latente entre Pérez y Fontans. El hecho es que de pronto estalló, y de manera incontenible. Pero antes de relatar lo sucedido, creemos pertinente referirnos a la situación de Mauá en el departamento de Soriano.

El Barón de Mauá había construído la estancia en los campos fiscales que arrendó del otro lado del Dacá alrededor del año 1856. No vamos a historiar su infuencia, demasiado conocida, en la economía de la república; para nuestro objeto, baste decir que en enero de 1864 compró el local que en la acera norte de la plaza Independencia ocupaba la confitería del Comercio, la que echó abajo para construir, como sede de su edificio bancario, el que hoy ocupa en dos plantas la Caja Obrera. [122] Amalgamando sus intereses con los Bancos de Londres y Brasil, se liquidaron los capitales del Barón, incluyendo los valiosos intereses rurales, a cuyo frente estaba el Sr. Bento José de Lima, según poder concedido en Río de Janeiro el 6 de octubre de 1858.

Elegido el de Mauá entre los campos a expropiar, allá fue a medirlo el 14 de noviembre de 1865 el agrimensor Ponce secundado por Petrochi, no pudiendo hacerlo a raíz de la actitud hostil de Lima. González, presidente de la Junta, luego de aclarar por nota que la resolución estaba tomada antes de "que él" fuera presidente, pidió entonces la asistencia del juez Fontans, quien se excusó en vista de que el juez de la Primera Sección, Juan J. Zuloaga, ya estaba designado como juez de mensura; también se excusó el Jefe Político Gareta, a quien Lima le hizo llegar sus quejas por violación de propiedad, aduciendo tener "la posesión transferida por parte de los herederos del antecesor Romero". Cuatro días después el agrimensor Ponce, secundado por tres ayudantes y bajo la supervisión de Páez, secretario de la Junta, emprendió de nuevo su tarea; pero de nuevo se apareció Lima, quien bajó de su coche "visiblemente armado", y rodeado por tres hombres de a caballo arrancó la banderola que se utilizaba en la mensura.

En marzo de 1866, el representante de Mauá en el Río de la Plata, Sr. Hayden, comisionó a D. Manoel Affonso de Freitas Amorin, para que se recibiera de la estancia en Soriano, "en condiciones que desacreditan al

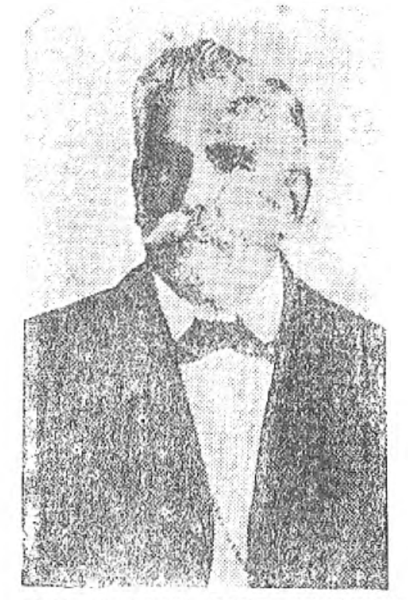
122 "El País", enero de 1864, Montevideo.



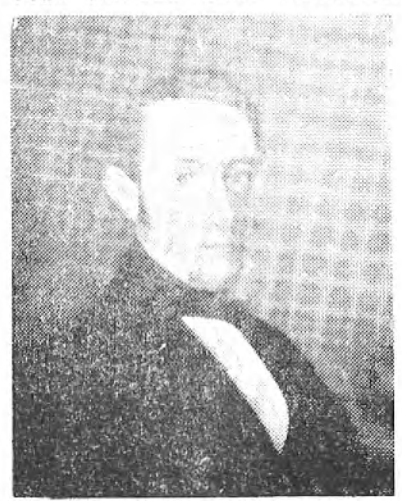
BARON DE MAUA



Ing. PEDRO PONCE



JOSE MIGUEL DIAZ FERREIRA



JOSE GONZALEZ



CAYETANA FERNANDEZ



ENRIQUE E. ACOSTA

Una nieta de Enrique Acosta, el que fuera preceptor de la Escuela Nº 1 durante la Jefatura de Máximo, nos ha relatado episodios desconocidos de la vida del caudillo. Nos reveló así que en plena Guerra Grande, se apareció una noche Máximo Pérez al frente de su partida en la casa de venta que Fausto Ramírez (posteriormente padre político de Acosta) tenía junto al Río Negro, cerca de las bocas del Vera. Al ruido de los culatazos asestados en la puerta salió a abrir Don Fausto, cuyos dos hijos se habían ido ese mismo día a Mercedes, a vender mercadería. Máximo le comunicó al dueño de casa que tenía orden de fusilarlo, pues habían llegado denuncias de que estaba pasando informes a las autoridades de Mercedes sobre los movimientos de las partidas coloradas. Negó Don Fausto, y al decírsele que el denunciante era un vecino de apellido Amarillo, le mostró al caudillo las cuentas y deudas que tenía su acusador en el almacén. Fue entonces cuando Máximo, sospechando la verdad, corrió a casa de Amarillo y la hizo rodear; pero el pájaro ya había volado (luego se supo que al Brasil), con lo que resultó desvanecida toda duda acerca de su culpabilidad.

Fausto Ramírez era un defensor incondicional de Pérez, de su bondad tanto como de su buen juicio. Años después, residiendo Ramírez en Mercedes, Máximo acostumbraba dejar en su casa a sus dos pequeños hijos con gran temor de parte de la señora de Ramírez, de apellido Baudry, a quien Don Fausto consiguió finalmente demostrarle las buenas cualidades del caudillo. Máximo, por su parte, contribuyó a dicho cambio de actitud, regalándole a menudo a la señora algunos dulces y una que otra libra esterlina para subvenir a los gastos de la casa.

Cuatro destacados maestros mercedarios

El maestro Acosta en realidad se llamaba Da Costa, pues era de origen portugués), había sido preceptor en Dolores (su pueblo natal) y en Paysandú. Había estado también un mes en Montevideo, de donde hubo de regresar afectado por un agudo reumatismo. Máximo visitaba a menudo su escuela, adonde llevó personalmente a sus dos hijos, pues -decía- "no quiero que sean ignorantes como yo y cometan mis errores". Siempre manifestó gran arrepentimiento por los errores cometidos en su juventud, y padecía crisis frecuentes durante las cuales buscaba consuelo mediante una celosa práctica del culto católico. Según el mismo caudillo relataba, muchas eran las noches que no podía dormir pensando en su pasado, y no se cansaba de referir una incidencia que lo había impresionado poderosamente. Yendo una noche a caballo por un camino solitario, divisó a un niño que corría como si quisiera escapar. Pensó que aquel niño se había extraviado y se acercó para recogerlo, pero cuando estaba a punto de alcanzarlo desapareció inexplicablemente. El caudillo, profundamente impresionado, decía que en esa aparición veía una advertencia para que no olvidara su pasado.



RAFAEL LAISECA



NICANDRO FERNANDEZ BRAGA

señor Barón y que yo no puedo aceptar", según escribió en la prensa Bento José de Lima.

Se quejaba Lima además de que no se le querían reconocer "créditos pendientes", y se negó a entregar los bienes hasta que sus poderes no fueran revocados por el Barón de Mauá. Se le contestó que el 8 de febrero, el Barón le había escrito suspendiéndolo en la Administración debido al descuido con que la atendía, y a su demora en enviar informes a la residencia del Barón en Londres. Lima alegó no haber recibido tal carta, y afirmó que se le debían $ 70.000, y que para colmo se pretendía que cargara con deudas correspondientes a compras hechas a nombre del Barón. Amorin llevó el asunto a los Tribunales, y el apoderado de Lima, José Eduardo González, protestó por la intimación de desalojo enviada el 14 de abril sin previo aviso ni llamado a juicio. Acusaba González al Alcalde Ordinario Manuel Fontans por no conceder a Lima plazo alguno para defender sus intereses, así como por haberlo amenazado con la fuerza pública. Amorin le contestó que si no estaba conforme, se fuera a reclamar a Londres. Fontans no admitió por su parte reclamación alguna [123] y solicitó de Máximo Pérez, de acuerdo a una orden del Superior Gobierno, "el auxilio de la fuerza pública para desalojar completamente, en el acto y sin escusa, de la estancia de S. E. el Barón de Mauá y sus accesorios, a D. Bento José de Lima, sosteniendo por todos los medios la permanencia quieta y tranquila en ésta del gerente Amorin, o sus delegados, a quienes dará el apoyo que demanda pues interesa sobremanera al Gobierno hacer efectivo el derecho de propiedad".

En nota elevada el 5 de mayo, Máximo Pérez solicita, "no solo como Jefe, sino como fiel amigo", que no se llevasen a cabo los desalojos ordenados por el Poder Judicial, y que se le exima, hasta tanto vuelva Venancio Flores del Paraguay, de usar sus fuerzas para ello, pues "se perjudica con ello a muchos patriotas, en beneficio generalmente de extranjeros". Le contesta el Gobierno que no es posible atentar contra la soberanía del Poder Judicial, y que lo único que puede hacerse en ciertos casos, es darle a los desalojados fracciones de tierras

123 "La Patria", marzo 6 de 1866, Mercedes y archivo del Concejo Departamental de Soriano, libro copiador 1865-1868.

fiscales libres de arrendamientos, hasta que las Cámaras resuelvan el destino de dichas tierras públicas. Fue entonces cuando se produjo el choque entre el Jefe y el Alcalde, cuyo resultado notificaba Máximo el 15 de mayo de este modo: "Hago saber a V. E. [D. Daniel Zorrilla] que por conbenir al Departamento Entero me he visto en el caso de hacer renunciar al Alcalde Ordinario D. Manuel Fontans, oportunamente haré saber a V. E. los poderosos motibos que me han obligado a dar este paso". Firma Francisco Varsi por orden del coronel Máximo Pérez.

Agregaba en dicha nota que se había tomado la libertad de "detener al comandante Echague para que personalmente arreglara dificultades en el lanzamiento del Barón de Mauá".

El paso dado por Pérez no tenía precedentes; su autoridad saltaba por encima de la separación de poderes, y así se vió obligado a advertírselo el Gobierno en carta del 21 de mayo; se expresa en ella el "profundo desagrado" producido por la carta del 15, por la permanencia obligada del comandante Echagüe en Mercedes, y por la renuncia forzada del Alcalde Ordinario. "Este hecho es de suma gravedad; aunque el Gobierno no duda de que V.S. haya sido llevado de las más puras intenciones, no puede menos que desaprovar altamente aquel proceder por inadecuado e inconveniente". Se ordena luego que se vuelvan las cosas a su lugar, y termina diciéndose que el gobierno "espera que no dará lugar a nuevos incidentes de este género, que van en descrédito de la Administración". A esta conminación gubernamental, responde Máximo el 26 de mayo: "el que suscrive siente tener que contestar a V.E. que de ninguna manera puede volver hacer ocupar dicho puesto por el Alcalde Ordinario saliente pues el vien estar del Departamento se deve al que suscrive y no puede de ningún modo permitir que un hombre como lo hes el Alcalde saliente pueda ocupar ningun puesto publico mientras el que suscrive se alle de Jefe Político del Departamento. Si el Gobierno no está conforme con la marcha que sigue el que firma lo cual es solo alejar a los hombres malos y perjudiciales al órden y bien estar del Departamento puede vuscar persona que me deva remplazar. El que suscrive espera que V.E. mirando detenidamente los pasos dados por mi los cuales si los edado son por vien

del país y del órden del Departamento que tengo la honra de mandar, retire su juicio dado ya. Dios Guarde a V.S. muchos años. Por orden del Cnel. D. Máximo Pérez, Francisco Varsi."

El 2 de junio, a vuelta de correo, le contesta el Gobierno: "es preciso que se persuada que el Poder Judicial es completamente independiente del Ejecutivo y por lo tanto el Alcalde Ordinario, Juez de Paz y todos los empleados de la Administración de Justicia, se hallan fuera de la Jurisdición de V.S." "Si V.S. y el vecindario tienen quejas deben dirigirse al Tribunal Superior de Apelaciones". "El único y casi exclusivo deber de un Jefe Político es mantener el órden, garantir la vida y la propiedad del Departamento, perseguir a los criminales y a los vagos mal entretenidos, prestando auxilio a las autoridades judiciales cuando fuese solicitado." El 10 de junio, Máximo contesta: "Al Excmo. Sr. Ministro Secretario de Estado en el Ministerio de Gobierno D. Daniel Zorrilla: el que suscrive acaba de recibir la nota de V.E. fecha 2 en contestación a la de Esta Jefatura del 26 del pasado. Impuesto detenidamente de su contenido el Jefe que suscribe ve con mucho desagrado la recompensa que se les da a los hombres que se sacrifican por guardar ilesos los principios sagrados de la Revolución siendo el que suscrive el que ha dado garantías y bien estar a todo el Departamento, no puede mirar con indiferencia el desaire que hoy se le hace por el que queriendo dejar en empleo y posición a un hombre Pícaro y enemigo de la situación actual como puedo provarlo se mire con indiferencia los sacrificios y trabajos de que echo para ver tranquilo y en orden el Departamento que se me ha confiado. El que firma espera que S.E. el Superior Gobierno nombre inmediatamente la persona que debe subrogarme en el puesto de Jefe Político del Departamento. El que suscrive descansa tranquilamente en que S.E. el Sr. General Flores conose la marcha que ha tenido el Departamento confiado a sus órdenes y las miras que siempre me han guiado en sostener el Sagrado Principio de la Revolución y la Paz y Orden del Departamento que se me ha confiado. Crellendo haver contribuido con algo por el vien y el progreso de mi Patria y mi partido aseguro a V.E. que me es muy indiferente el puesto que va a dejar de ocupar. Dios guarde a V.E. muchos años. De orden del

Sr. Jefe Político coronel D. Máximo Pérez. Firmado Francisco Varsi." [124]

Hasta aquí la correspondencia oficial. La renuncia de Máximo Pérez quedó sin efecto a raíz de una carta confidencial de S.E. al Sr. Gobernador Delegado. En cuanto a Fontans, se dirigió a Montevideo, según parece con ánimo de reclamar; su gestión tuvo un desenlace inesperado; tiempo después, en efecto, "El Siglo" recordaba a "los que han preferido abandonar sus intereses como el desgraciado Fontans, que puso fin a sus días de un pistoletazo". [125] Ese trágico fin fue también testimoniado por su viuda Doña Sebastiana Mórtula, quien le sobrevivió mucho tiempo.

Al frente de la Alcaldía quedó el suplente Félix Beau, amigo íntimo de Máximo. El 1º de enero de 1867 se procedía a nueva elección, obteniendo Beau una abundante unanimidad de 395 votos, siendo sus suplentes Pedro J. Centurión y Francisco Varsi, y saliendo electo como Defensor de Menores D. José G. Silveira. [126] Pero desde que "renunciara" a Fontans — tal vez ya antes — la administración de la justicia quedó prácticamente en manos de Máximo Pérez. "Vigilaba la Administración de Justicia y, como era analfabeto, se hacía leer los expedientes en trámite cuando algún litigante le presentaba quejas contra el Juez de Paz o el Alcalde Ordinario, dictando o reformando la sentencia o inutilizando los autos si entendía estar al frente de una pillería o de un despojo." [127]

El suicidio de Fontans dio lugar a versiones variadas; según una de ellas, habría sido muerto de un balazo que le entró por la espalda. El asesino habría entrado por una puerta que daba a un cuarto vecino del hotel en que se hospedaba, y habría permanecido oculto en un ropero. La carta que transcribimos a continuación, dirigida por la Sra. de Fontans —que le sobrevivió casi sesenta años— a su marido, pocos días antes de morir éste, si bien anuncia un viaje del coronel Pérez a Montevideo, revela por otra parte una evolución en sus sentimientos que vuelve

124 Archivo General de la Nación, Montevideo, Jefatura de Soriano, 1866.

125 Datos proporcionados por D. Luis Maglia, según palabras oídas a la señora Mortula de Fontans.

126 Archivo del Juzgado de Mercedes, legajo 1.67, archivado 40.

127 José M. Fernández Saldaña, "El Día", abril 25 de 1937, Montevideo.

inverosímil la hipótesis del crimen, sobre todo teniendo en cuenta que ese habría sido el único hecho reprobable perpetrado a sangre fría en su agitada vida. Dice así la carta: "Mercedes, octubre 1º de 1866. Estoy muy contenta por que he ablado con Bespa y el me a impuesto de tu salú que segun el es muy buena y esto me a consolado y también me asegurado que tu le as dicho que entre unos días estarás ami lado. Tengo una noticia que darte que no se si será cierto pero conforme mela an dado amí yo te la doy a tí y es que el Coronel Pérez ba para esa y si es sierto te encargo mucha prudencia mi alma querida, acuérdate de los malos ratos que emos pasado y aora el parese que está arrepentido y según las personas que hablan con el nunca se acuerda de tí con que asta la señora estubo en casa días pasado con motibo de ber un Altar que Había echo la Congregación en la pare de casa y con ese motibo estubo mucho conmigo y me preguntó por bos y me dijo que por que no benías que Máximo te había mandado buscar, yo le contesté que no abías benido porque estabas ocupado no por ningún otro motibo y que en el momento que estubieras desocupado ybas a benir así que si es cierto lo que te digo espero escucharas el consego. Sebastiana M. de Fontans." Según otra versión, el asesino habría confesado su crimen a la propia viuda de la víctima, la que lo habría perdonado. Como elemento de juicio que podría darnos la clave para una apreciación más justa de dicho suceso, en otra carta de esa época la señora de Fontans le advierte a su marido el peligro que supondría pasar por Fray Bentos, donde algunos "blancos" estarían al acecho de su paso. Entre ellos todo induce a suponer que estuvo el asesino, si es que en realidad lo hubo. [128]

El 26 de agosto de 1866, finalmente, el Gobierno envía orden de seguir adelante con la mensura; pocos días después, el 8 de setiembre, Henrique Barker, en nombre del Barón de Mauá, compra el terreno situado entre Asencio Grande, el Asencio Chico y el río Negro, que administraba el recalcitrante Lima. Los tres cuartos de suerte de estancia se vendieron en ocho mil pesos, de los cuales cinco mil se entregaron de inmediato.

---

128 Original propiedad de la señora Rivarola de Rivarola.

De la actuación judicial de Máximo Pérez, claro está, no pudo quedar documentación escrita, salvo en algún caso aislado; la tradición oral, aderezada por una fantasía imposible de verificar, prodigó, en su lugar, ejemplos de su muy personal manera de administrar justicia y de regir las costumbres de sus convecinos. Mencionaremos las de origen más responsable, en atención a la significativa coincidencia con que singularizan la sicología de Pérez, así como por su compatibilidad patente con los datos conocidos; aunque se dude de su verosimilitud, quedan en pie como resonancias sugestivas en las que el caudillo, más real quizá de cuanto lo fue en la realidad, aparece como un catalizador de sentimientos y tendencias colectivas que hallaban en él su exponente necesario. No le faltaba razón a Vicente Fidel López cuando afirmaba que "la tradición es la fuente histórica más genuina"; carece, en efecto, de la hipocresía que suele desvirtuar el documento; hoy, bajo la moda de un "rigor científico" desorbitado, corresponde rehabilitar, con todas las precauciones del caso, un modo de conocimiento insustituible por la visión directa y viviente que propone.

Pérez entendía que la justicia era siempre asunto a ventilar "de hombre a hombre", sin la interposición de laberintos legales y de una leguleyería procesal propicia para los tramoyistas duchos en atajos y procedimientos escabrosos; comprobada la informalidad de la ley —los asesinos de ayer resultaban ser los héroes de hoy, y los castigos se medían según aritméticas flexibles— el pueblo "llegó a comprender que los tribunales se regían por preceptos extraños a la vida y a la naturaleza de las cosas". [129] Ese mundo de pagarés y recibos, esa escribanía interminable y falaz, no sólo subordinaba la conciencia al precepto, sino que tendía a establecer un estado ficticio de solidaridad social. La tendencia jurídica — y lo que es peor, regida por legos en la materia— corrompía la conciencia moral de la justicia al dilatar la apreciación directa del Bien y del Mal; la obligatoriedad neutra del contrato desautorizaba la responsabilidad viril de la palabra empeñada. Caracteres como los de Máximo, desarrollados en el ejercicio de facultades restringidas, vivían incorporados orgánicamente al mundo que los rodeaba; de ahí que

129 EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA, obra citada, tomo I, pág. 156.

llegaran a ser una fuerza "que puede influir sobre lo próximo de una manera autoritaria y con la razón siempre de su parte". El secreto de ese poder casi mágico se resume en su insobornable sinceridad, por la que irradia una fuerza a la que resulta imposible sustraerse. "Los grandes caudillos tienen una confianza excepcional en sí mismos, lo cual no es solamente superficial, sino que penetra hondamente en lo subconciente".[130] De ahí ese desparpajo, esa rapidez de reacción que asombra en un Máximo Pérez; es un error manido considerar al gaucho como un ser en gestación; Máximo Pérez era un tipo logrado, una culminación; en él culminaba la constelación hombre-mundo de su época y de su medio; sus más palmarias inferioridades solamente lo son para quienes pretenden aplicarle cánones inconciliables con las circunstancias a las que había ajustado su vida con tan estricta fidelidad.

El famoso pleito de los hermanos Vicente y Martín Martínez por la posesión de los campos del Cololó, fue zanjado por Pérez en menos de 24 horas. Según una pintoresca versión, Máximo escupió en el suelo y los conminó: "Antes de que se seque esta escupida el asunto tiene que estar terminado"; de ese modo logró hacerlos transar en un asunto que se estaba arrastrando desde hacía doce años; "no le quito la "atalaya" de lástima, porque ud. la ha robado, ¿me entiende, c... ?", le dijo Máximo a uno de los litigantes.[131]

A otro pleiteador (cuenta su nieto Justino Pérez), le recriminaba porque con sus asuntos le estaba regalando la plata "a los dotorcitos". En ningún caso admitía dar largas al asunto, y había que solucionarlo en cuestión de horas; y debe reconocerse que aquellos pleitos por propiedades originadas casi todas en situaciones dudosas o forzosas, no merecían en verdad análisis muy finos.

Así es como una enojosa cuestión promovida por el capitán Florencio Sosa y por el comandante Abel Corra-

130 BERTRAND RUSSELL, "El Poder en los Hombres y en los Pueblos", pág. 121, Buenos Aires, 1939.

131 Según datos proporcionados por D. Pedro Rosales, Chico Gareta y Luis Maglia.

les, colorado y blanco, respectivamente, a propósito de unos terrenos linderos que poseían en el barrio oeste de Mercedes (barrio "del mondongo") la resolvió Pérez en persona valido de un piolín y un ayudante. [131 bis]

Esa influencia de Máximo llegó a ejercerse hasta en la consumación de matrimonios. Al saladerista Fregeiro lo mandó llamar un día y lo felicitó efusivamente; "Interviniendo al "sesgo" pero con indiscutible eficacia, era censor de costumbres. Me dijeron que me andabas buscando para padrino de tu casamiento con la hija de Fulano con quien vivís y tenés un hijito". "Vamos entonces a hablar con Letamendi y así quedan adelantadas las cosas". [132] Fregeiro ni había encarado esa perspectiva, pero terminó legalizando su unión. [133]

En otros casos, casamientos ya proyectados tropezaban con la negativa del caudillo, de la que participaba entonces el cura Letamendi. El caso más sonado fue el de N. N.; estaban ya los invitados presentes, pero el asentimiento de Pérez no llegaba; el padrastro de la novia, Gregorio Sánchez, tuvo que ir a la estancia del Cabelludo a requerirlo, y recién a las cuatro de la mañana pudo regresar con el permiso indispensable. [134] La razón de esa reticencia era que Pérez consideraba a N. N. como un maula por haber huído cuando la batalla de Cerros Blancos el 2 de mayo del 64, época en la que Gregorio Sánchez estaba también con el Gobierno.

En otra ocasión en que había bajado a Montevideo, esperaba Máximo de bombachas y con su levita de coronel en el vestíbulo de la Casa de Gobierno, adonde momentos antes había llegado una delegación de ingleses. Como la espera se prolongaba, mandó al conserje que le fuera a comprar unas alpargatas, las que se puso de inmediato. Llegó la orden de Flores de hacerlo pasar, volviéndose Pérez entonces a poner las botas; el conserje le pidió que le dejara el facón, demasiado ostensible, a lo

131 bis Datos suministrados por D. Salvador Sbres, según información que le proporcionara Dña. Benigna Corrales, hija de Abel.

132 José M. Fernández Saldaña, en "El Día", abril 25 de 1937, Montevideo.

133 Archivo de la Parroquia de Mercedes, libro cuarto, folio 113, julio 12 de 1866.

134 Ibidem., folio 166, octubre 4 de 1869.

que Pérez se negó diciendo: Si Don Venancio me manda llamar estando con esos "italianos", por algo será. [135]

"Está fuera de toda controversia el hecho de que fue D. Máximo Pérez quien hizo del carnicero Gervasio Galarza un oficial de su división chaná, como formó a todos los que aparecen hoy como entidades viejas del Partido Colorado." [136] Fue a D. Gervasio a quien hizo nombrar comisario de la 4ª Sección [137] en ocasión en que se avecinaban las elecciones, considerando que "el indio podría serle útil". Lo mandó buscar a su residencia en "Las Maulas", y como Galarza adujera que no tenía el grado requerido, le contestó: "Andá nomás para allá que en seguida te van a llegar los grados de capitán". El mismo Pablo Galarza relataba que en una guerra (no especificada), Máximo había ordenado acampar y carnear, mandando a su hijo Justo como bombero. Un grupo blanco sorprendió y traía mal a una pequeña patrulla que mandaba Gervasio Galarza con Pablo de ayudante, de lo cual avisaron en seguida a Pérez. Este le dijo entonces al parte:

—"Decile al comandante que los siga jodiendo un poco más". Terminó de comer el churrasco y se encaminó entonces al combate; entreverado entre tres blancos, le atajó un lanzazo a uno, y cuando otro lo iba a lancear desde atrás, fue salvado por uno de sus sargentos. [138]

Tenía Máximo un ayudante brasileño, negro, a quien conoció en un café (situado en las calles hoy llamadas Colón y Florida) esquina noroeste. Estaba el negro tallando a la baraja, cuando en un momento dado se expresó despectivamente acerca de Pérez. Informado éste, se apareció al otro día y trató de coparle la banca. Como el negro actuaba impolíticamente, alguien le informó de quién se trataba. "A mí qué me importa que sea quien sea", contestó. Hubo una sacada de cuchillos, de la cual resultó tajeado el poncho de Pérez; al otro día Máximo

135 Relato hecho a Justino Pérez, nieto de Máximo, por el conserje Martínez quien ocupó dicho cargo hasta la presidencia de D. José Batlle y Ordóñez.

136 "La Reforma", enero 12 de 1889, Mercedes.

137 "El Río Negro", diciembre de 1860, Mercedes.

138 Relato hecho por el general Pablo Galarza a Justino Pérez en Durazno en 1904.

mandó llamar a su contrario y lo invitó a seguir con él, lo cual el negro hizo hasta la muerte del caudillo. Existía una fotografía de ambos, hoy extraviada, en poder de los Braga. [139]

En otra ocasión le dio un susto mayúsculo a un tahur poronguero, quien, al ver perder una mano a Pérez, le habría dicho: Ud. perdió de puro zonzo. Pérez lo obligó entonces a jugar la mano siguiente en lugar suyo, pero advirtiéndole antes que si no ganaba lo degollaba. El tahur ganó. [140]

Las funciones policiales y municipales no estaban en esos años claramente delimitadas, lo que obligó al Gobierno a designar una comisión a fines de 1866 con el objeto de deslindar las respectivas atribuciones, sin que se llegara a nada práctico. [141] En esa misma fecha se decretó la disolución de las Compañías Urbanas, un piquete en cada cabeza de departamento, piquete formado por un oficial, dos sargentos, sustituyéndoselas con cuatro cabos y veinte soldados. Esa medida debilitó aún más una vigilancia policial que resultaba ya incapaz de enfrentar la alarmante epidemia reinante de crímenes y robos. En Soriano, sin embargo, la decisión firme de Máximo puso un freno a esos excesos. Aun sus adversarios más exaltados proclamaban a Máximo Pérez como un "enemigo intransigente de los ladrones", aunque luego le achacaran gratuitamente el ser un "encubridor de cuanto asesino merodeaba por el departamento. [142] Sin embargo, en los pocos crímenes que durante su jefatura se consumaron en Soriano, si pecó por algo, fue al contrario por exceso de celo. Cuando fue asesinado, en efecto, el italiano Pedro Casagrande el 25 de febrero de 1868, [143] Máximo, haciéndose eco de la indignación de la colectividad italiana, mandó fusilar al asesino Verón. Esa extralimitación de funciones, de la cual no faltaban precedentes, había sido ya justificada en general por el redactor de "La Tribuna",

139 Relato hecho por D. José Braga, nieto del comandante Juan María Braga.

140 Dato suministrado por D. Salvador Fuentes.

141 EDUARDO ACEVEDO, obra citada, tomo III, pág. 500.

142 "La Reforma", marzo 27 de 1888, Mercedes.

143 Archivo de la Parroquia de Mercedes, libro cuarto de defunciones, folio 237, noviembre 25 de 1866.

el que escribía al respecto: "Algún Jefe Político, viendo el desprecio que se hace de los criminales que vuelven absueltos a ejercer nuevas fechorías, toma por su cuenta el castigo", [144] de ahí que el célebre Ciriaco Padilla, al informar que había liquidado a un tal Simón Parra, quien "tenía el placer de cometer crímenes", expresara claramente: "las autoridades tienen que hacerse respetar porque de lo contrario no hay nada posible". [145]

En punto a extranjeros, mencionaremos el apresamiento del súbdito inglés Ward, quien, según informe de Máximo Pérez, se había rebelado contra un comisario, "valido tal vez que es extranjero", "pues llo al respecto soi muy seloso y hago respetar a todo el mundo y tamvien me gusta que me respeten y respeten mis empleados" "pues no por ser extranjero está facultado para aser lo que le dé la gana". [146]

En otra ocasión, habiéndose encontrado un cadáver colgado en la costa del Dacá (campos de Mauá), se le puso en exhibición, una vez disecado, en la Jefatura, con las ropas intactas, y el rostro, al parecer, muy poco desfigurado, hasta que llegó a ser reconocido. [147] Encontramos además en los archivos, el crimen del italiano B. Fassora, cuyo autor fue prontamente apresado. [148] El único crimen que creemos quedó impune durante su jefatura, fue el consumado por T. B., quien estando su madre embriagada, la echó sobre el fuego y la pisoteó hasta matarla; luego arrojó a su padre adentro de un pozo, de donde lo sacaron los vecinos, disparando el asesino hacia el río y escapando finalmente en un bote.

Contra la otra plaga, la de los ladrones, la acción de Máximo era a las veces de efectos fulminantes. Uno de los robos más espectaculares fue el que se consumara en el vaporcito Miní; estando atracado en el puerto, un marinero sustrajo de un baúl una crecida suma destinada a la sucursal de Mauá. Enterado su agente Francisco Varsi, corrió a relatárselo a Máximo Pérez, "y hete aquí que el soldado infatigable impartía órdenes que fueron

144 Ibidem.

145 Archivo del Juzgado de Mercedes, legajo 1.868.

146 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Jefatura de Soriano, mayo 11 de 1867.

147 "El Siglo", octubre 3 de 1866, Montevideo.

148 Archivo General de la Nación, Montevideo, Jefatura de Soriano, octubre 3 de 1867.

ejecutadas incontinenti; al cuarto de hora salieron en busca del fugitivo y ladrón tres embarcaciones" y dos comisiones por ambas costas del río. "Nuestro Jefe hace proseguir las diligencias del caso con la misma actividad con que dispuso la captura de Andrés, y por cierto que todos se portaron bien. [149] En efecto, esa noche una de las patrullas dio con la chalana del ladrón frente a la isla del Pichón; hubo un cambio de balas, matándose al fugitivo y recuperándose todo el dinero, más ciento siete pesos que se dispusieron para su entierro. Barker, gerente de la sucursal, distribuyó doscientos pesos entre los vecinos y soldados que cobraron la pieza y que "se pasaron sin comer todo el día". [150]

Poco después, Máximo le escribía al Ministro: "Pongo a disposición de V.E. los siguientes sujetos: Hilario Soto, Esteban Soto, Victoriano Correa y Manuel Feliciano. Estos cuatro son por ladrones, pues los tres primeros me estaban robando a mí y llo mismo los he prendido y el último es tam vien ladrón declarado". A este cuarteto había precedido una terna que Pérez calificaba de "peleadores y mal entretenidos"; "al primero ya no hay prisión que lo acobarde, así es que son buenos para mandarlos al Paraguay, que allá se han de corregir y así dejarán de andar molestando a los vecinos y a las autoridades".

Lo vemos otras veces mandando su gente para obtener el cobro de unos caballos. Para estas funciones y para todas las demás se hacía sentir la escasez de personal, lo que suscitaba continuas protestas de Pérez: "cada día es más difícil marchar con los recursos necesarios"; se deben sueldos, estos son magros, — los vigilantes cobraban diez pesos, contra dieciséis que cobraban, con menos trabajos, los de Montevideo —, renuncian tres comisarios y varios empleados de la Jefatura, y no se les encuentra reemplazantes. Pérez comunica luego tener que devolver la policía de la 9ª sección, y "soltar treinta hombres de la Urbana, quedando otros treinta". Meses después, refiriéndose a los casi endémicos rumores de invasión blanca, Pérez le escribe al Ministro de Gobierno Alberto Flangini: "ante los rumores de estos días" "he resuelto aumentar la Cía. Urbana en cincuenta plazas" "esperando que V.E., no

149 "La Tribuna", setiembre de 1866, y enero 11 de 1867, Montevideo.

150 Archivo del Juzgado de Mercedes, legajo 1867, enero 11.

tomará a mal esta medida, a si es que a estos no los pienso soltar porque es la garantía para todo el departamento, vien veo que hay que haser un poco de más gasto, pero es preciso hacerlo así— Por orden del señor Coronel Don Máximo Pérez, Bernardo Doblas".

Poco después, habiendo desaparecido la alarma, Flangini aconseja reducir las plazas. Esos rumores se propagaron también en julio de 1865 y en octubre de 1866, fecha ésta en la cual Máximo Pérez desmiente los "infundados rumores de intranquilidad". [151] Dejó esos días la jefatura a cargo del comandante Avila, quien un mes antes había "escapado por milagro", así como el joven Juan Cataumbert, de unas estocadas que se le dirigieron al salir del comercio de Matías Roura, habiéndose refugiado luego en la casa de la señora Clara de Tío. [152] El 27 de octubre, Máximo Pérez comunicaba haber vuelto al frente de la Jefatura. Máximo trataba de suplir como podía esa deficiencia de personal, y es así como solicitó, y obtuvo, la reposición de un piquete de policía para la Agraciada, porque, según comunicó al Ministerio: "los muchos extranjeros" que allí vivían no se encontraban seguros. Al acceder a este pedido, se le recomienda "mesura" ante el estado de las rentas departamentales. No había más remedio que acceder, sin embargo, a hechos consumados, como cuando se autorizó a Máximo Pérez a disponer de ochenta pesos para anticiparlos al Comisario de Ordenes, conformándose con exigirle su devolución en cuatro cuotas de veinte pesos. [153]

De su solicitud por los desamparados, a los cuales solía proveer de su propio peculio con la mayor longanimidad, encontramos pruebas documentadas. Habiendo encontrado a Doña Petrona Estaray postrada en su lecho, sin recursos, en un humilde rancho de Bizcocho, obligó a D. Pedro Rodríguez, enredado en un dudoso pleito, a vender sus derechos sucesorios, de cuyo dinero hizo enviar doscientos pesos para subvenir a las necesidades de dicha

151 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Jefatura de Soriano, enero 25 de 1867, junio de 1866, octubre de 1867, diciembre 21 de 1866, setiembre 22 de 1867 y octubre de 1866.

152 "La Tribuna", agosto 22 de 1866, Montevideo.

153 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Jefatura de Soriano, octubre 27 de 1866, julio 8 y agosto de 1867.

señora, la cual falleció poco después.[154] A principios de 1866, elevó un pedido a la Caja departamental para que se auxiliase a los individuos y tropas de la Cruzada Libertadora y del Paraguay.[155] Mercedes, pues, daba el ejemplo, encabezando una suscripción para socorrer a los heridos del Paraguay, así como a huérfanos y viudas, recolectándose 366 pesos, de los cuales Máximo resolvió otorgar ciento cincuenta a Galarza, Arroyo y Maldonado "de esta división", siendo Juan Mac-Coll su portador.[156]

Fue importante también la intervención de Pérez en el mejoramiento del barrio del "Palo alto", al nordeste de Mercedes, barrio constituído por ranchos miserables y familias humildes por cuya suerte se interesó personalmente.

El primitivo cementerio de Mercedes estaba situado en la manzana que ocupaba la parroquia. La única construcción que había en dicha manzana era una "pieza pajiza, al costado del cementerio, hoy esquina de Colón y Florida, donde se guardaban objetos del culto inutilizados". En el año 43, durante el curato de Carlos Palomar, el vecino José González elevó una queja por el "aire pestífero" que emanaba de dicho cementerio.[157]

No habían plasmado pues todavía del todo los propósitos de mudanza que habían tenido un principio de cumplimiento quince años antes. En 1828, en efecto, se había constituído una Comisión para levantar "el nuevo cementerio", la cual citó al vecindario para que el domingo 8 de junio, después de la misa parroquial, se reuniera en la plaza "con sus carretas, esclavos, azadas, picos, para poder empezar los cimientos de la obra"; ésta se consideraba imprescindible, pues "la salud es tan inte-

154 Archivo del Juzgado de Mercedes, legajo 1866.

155 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Jefatura de Soriano, enero 24 de 1866.

156 Los principales donantes fueron: Máximo Pérez, cuarenta pesos; Banco Mauá, cincuenta; Fleitas Amorim, veinte; Francisco Varsi, Vicente Avila, R. Mena, José Centurión, Bernardo Doblas, G. Wilkin, Bernardo Miller, Antonio Petrochi, diez cada uno; Avelino Delgado, Carlos Vernet, M. Acosta, R. Bazurco, el doctor Muncheberg y Gregorio Gareta, cinco cada uno; Juan Idiarte Borda, Francisco Albín, Facundo Alzola y Miguel Díaz Ferreira, cuatro cada uno, etc.; en "El Siglo", mayo 26 de 1866, Montevideo.

157 "El Diario", setiembre 24 de 1899, Mercedes.

resante como necesaria". El Presidente de la Comisión y Síndico de la Iglesia Mariano Capdevila, renunció a su cargo el 9 de mayo del 29, días después de haberse citado nuevamente al vecindario "para escarbar el cementerio" antiguo, para "sacar los restos de nuestros finados hermanos y trasladarlos al nuevo cementerio"; se agregaba que "debe concurrir todo el vecindario posible para que cuando menos sean espectadores de un acto tan circunspecto como piadoso". El 8 de junio, la Comisión de recaudación, formada por Jaime Camp y Sangle, Juan M. Moreno y M. Capdevila, reitera la urgencia de proceder a dicha mudanza, dada "la orden superior de sacar el camposanto del pueblo, por perjudicial a la salud pública".

El 10 de octubre de 1835 el camposanto primitivo fue definitivamente clausurado por la ley, [168] siendo únicamente utilizable el establecido en las tierras fiscales situadas entre las calles San Salvador y Bizcocho (hoy 19 de Abril y Rivera), y de sur a norte entre Maldonado y Tacuarembó (hoy Casagrande y Ledesma), según aparece indicado en un plano de Mercedes fechado el 8 de mayo de 1845; [159] en dicho documento se señalan las tres plazas existentes entonces en Mercedes: la plaza Constitución (hoy Independencia), otra plaza también llamada Constitución, y que, tal vez por error, aparece situada una manzana al este de la actual plaza Nueva, y la plaza Independencia, la que aparece donde luego estuvo el Mercado, en calle Artigas entre las que antes se denominaban Minas y Cerro Largo. En 1867 la prensa de Mercedes expresaba que "el actual cementerio tampoco ofrece comodidad alguna". [160] Fue entonces cuando volvió a hacerse sentir la dinámica voluntad de Máximo Pérez. Ya en los primeros meses de su gestión "activó la realización de un nuevo cementerio". En octubre del 66, la Junta Económico-Administrativa, a cuyo cargo estaba, desde el decreto de Pereira de 1858, la dirección y administración de los cementerios, elevó el reglamento para la nueva obra, la que abarcaría, en su lugar actual, un terreno de doscientos noventa por ciento cuarenta metros, siendo sometidos en noviembre sus planos, presupuestos y reglamentos a la

158 ANTONIO T. CARAVIA, "Uruguay, Leyes, Decretos, etc.", Montevideo, 1859.

159 Propiedad de la señora Orfila Alzola de Fernández Braga.

160 "La Razón del Pueblo", marzo 17 de 1867, Mercedes.

aprobación del Gobierno.[161] En dicho plano aparecía la configuración correspondiente al actual segundo cuerpo, con una gran "Rotonda" central que no se construyó, una portada hacia el norte que luego se demolió, y una amplia sección al fondo para fallecidos de "enfermedades infecto-contagiosas".[162] El 12 de enero se aprobaron dichos planos, así como el reglamento, el cual venía informado por los médicos Serafín Rivas y Saturnino Pineda, estando firmados por el Presidente Avelino Delgado y los vocales, Navajas, Beau y Fleurquín. "La Razón del Pueblo"[163] felicitaba al inteligente Arq. D. Antonio Petrochi, por su proyecto, cuya realización fue resuelta en mayo del 67, autorizándose al Administrador de Rentas departamentales la inversión de mil ochocientos pesos para comenzar las obras.[164] Estas se realizaron con celeridad, de modo que en la terrible epidemia del cólera de fines del 67, de la que ya hablaremos, pudo ya utilizarse el flamante cementerio. Simultáneamente, la Junta contrataba, previa licitación, un servicio de carros fúnebres por cuatro años. El contratista Ramón Cazalás avisaba que traía de Montevideo chapas de plomo para forrar los cajones, los que permitían conservar los cadáveres "como embalsamados".[165] En Dolores, por último, se le introducían mejoras al cementerio local, y se accedía al establecimiento de un cementerio protestante.[166]

El antiguo cementerio de Mercedes se continuó usando durante varios años más; en el 72, en efecto, la prensa comentaba que "nuestros cementerios están olvidados; el antiguo abierto día y noche, entran vacas, etc."[167] Desde hacía tiempo se estaba pidiendo inútilmente la clausura de dicho camposanto.[168]

---

161 "La Tribuna", setiembre 19 de 1866 y enero 19 de 1867, Montevideo.

162 Plano existente en el archivo del Concejo Departamental de Soriano.

163 "La Razón del Pueblo", enero 24 de 1867, Mercedes.

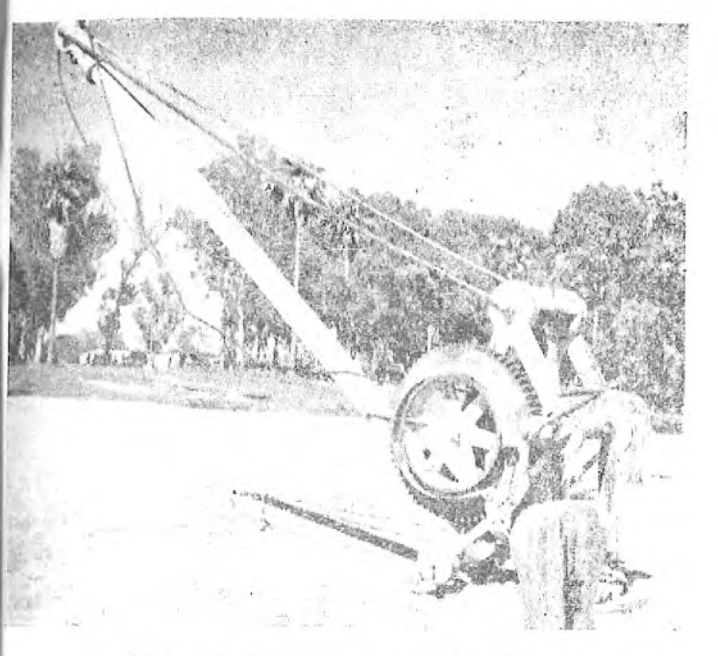
164 Archivo General de la Nación, Montevideo, Junta Económico - Administrativa de Soriano, noviembre 22 de 1867.

165 "La Patria", marzo 22 de 1866, Mercedes.

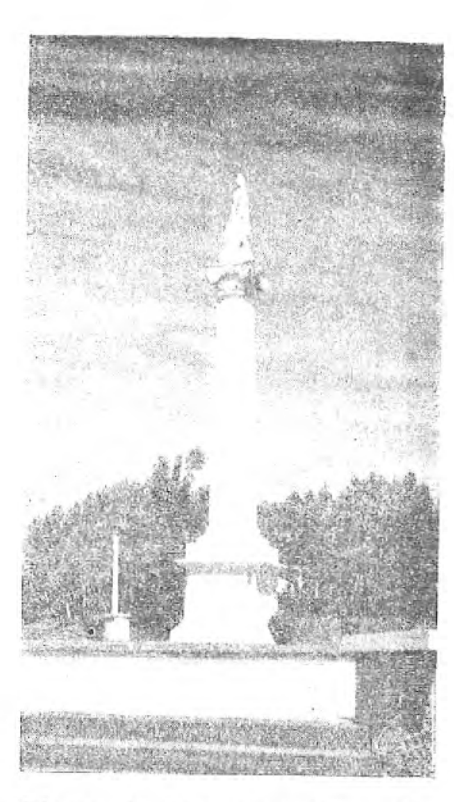
166 Archivo General de la Nación, Montevideo, Junta Económico - Administrativa de Soriano, noviembre 22 de 1867.

167 "La Regeneración", mayo 27 de 1872, Mercedes.

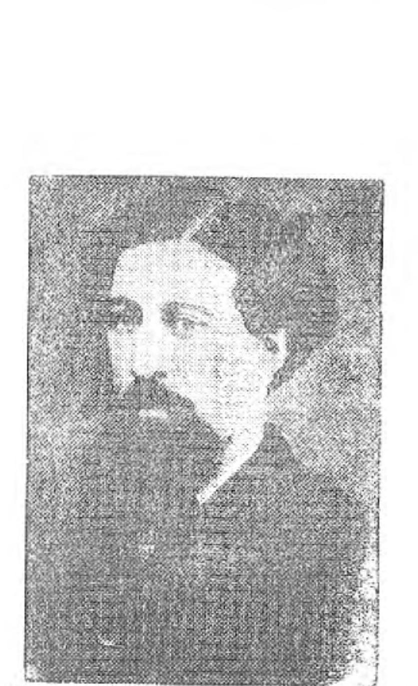
168 "El Mercedario", octubre 5 de 1871, Mercedes.



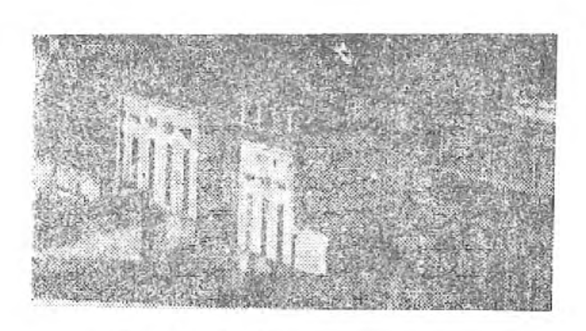
Grúa del primitivo puerto de Mercedes



Columna de la libertad, inaugurada durante la Jefatura de M. Pérez; fotografía tomada en su ubicación actual, en la Plaza Ramón Fernández.



DERMIDIO DE MARIA



Escuela de Varones creada por M. Pérez; foto de 1900. Aparece en segundo plano.



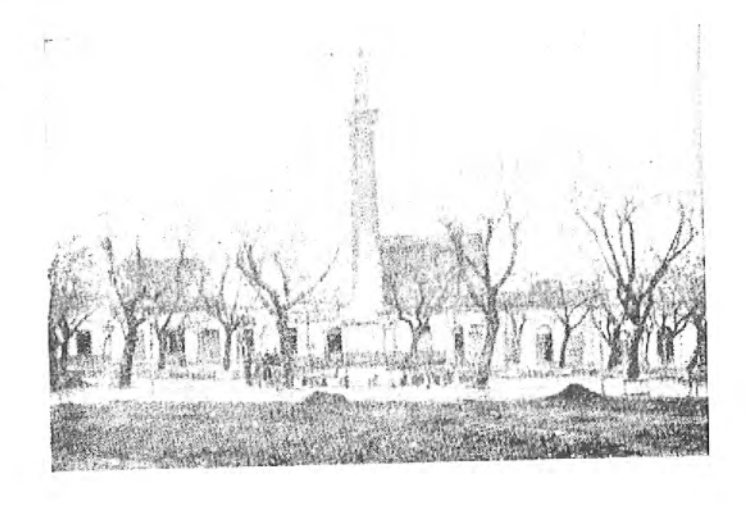


Dr. SERAFIN RIVAS

Dos vistas de la Plaza Independencia con la "Pirámide" y la cúpula de la Iglesia, inaugurada durante la Jefatura de M. Pérez.



Dr. MATEO DURAÑONA





FELIPA GUTIERREZ

La entrada de las carretas en la ciudad y el consiguiente desorden comercial que provocaban, volvía imprescindible la creación de un mercado, mejora que pudo realizarse, como todas las otras, gracias a la decisiva influencia de Máximo. La "Sociedad Fomento de Mercedes" se presentó solicitando un terreno para construir una "Plaza de Frutos" destinada "a estacionamiento de carretas y carretillas", expresando: "hemos creído explorar la opinión del Sr. Gefe Político del Depto. y pláceme poder manifestar que esa principal autoridad ha dado señaladas muestras de su decidida voluntad en favor de esa y cualquier otra mejora de utilidad pública que se inicie entre nosotros, conceptuando muy a propósito la localidad de los terrenos para la fundación de ese Mercado". Firman los Gerentes Silveira y González. [169] Al prestar su aquiescencia, el Jefe Político expresó la posibilidad que así se presentaba de controlar la propiedad de los frutos que se vendían, prohibiéndose toda venta fuera del Mercado. En un alegato posterior, Silveira y González expresaban que se iba a terminar con los abusos que cometen las carretas de bueyes y que se establecería entre los comerciantes una competencia beneficiosa para el consumo. [170]

La financiación del mercado se hizo mediante emisión de acciones, las que en marzo de 1867 ya cubrían el costo calculado; [171] el 13 de mayo se autorizaba la construcción de dicho mercado, [172] el cual estaba ubicado en las calles denominadas entonces Coquimbo, Bequeló, Cololó y Fomento, en el espacio en donde hoy se levanta el Estadio de Deportes Luis Köster.

Todas las gestiones, notas o actos de Máximo, llevaban su inconfundible sello personal, esa preeminencia del contacto directo, ese desborde de sinceridad que lo convertía en un permanente contraventor de normas y conveniencias usuales. Así es como interrumpe de pronto el tono administrativo de una comunicación oficial dirigida al general

169 Archivo del Concejo Departamental de Soriano, legajo 1.868, archivado 37.

170 Archivo General de la Nación, Montevideo, Junta Económico - Administrativa de Soriano, enero de 1869.

171 "La Razón del Pueblo", marzo 17 de 1867, Mercedes.

172 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Jefatura de Soriano, mayo 13 de 1867.

Flores, para decirle: "Tenemos el gusto de tener entre nosotros a Misia María [esposa de Flores] que está mui vuena. Su Agata [la hija] tamvien sigue vien. Su fiel amigo". [173]

En otra ocasión le escribe al general Caraballo, radicado entonces en Montevideo: "Mercedes, mayo 8 de 1866 — Mi grande y buen amigo: el conductor de este es mi amigo el Com.te D. Manuel López, lleba en su compañía un soldado y espero de su bondad me lo haga respetar dándole un papel para su resguardo. Con este motibo tengo el honor de reiterar a V. las concideraciones de mi más alto aprecio. S.S.Q.B.S.M. Por orden del coronel Máximo Pérez — Pedro J. Centurión." [174]

Ese "me lo haga respetar", rebosa de la misma campechanía para la cual no existen instancias externas, salvo las de "la causa", si es que éstas pueden llamarse externas. Así es como le escribe al Jefe Político de Colonia, su ex-compañero Felipe Arroyo: "Mercedes, 4 de Agosto de 1866 — Mi apreciable amigo: con motivo de tener que incomodarlo le pido de antemano me dispense, y es por un jovencito que está preso en esa el cual creo que cuando lo prendieron se fué y entonces lo tomaron. Se lo pido yo a Ud. por la familia a que pertenece que es mui amigo de nuestra causa y yo haverles dicho que no teman que sé que Ud. no me ha desairar al pedirle este favor esperando poder retribuir en otra ocasión dejando desde ya las más expresivas gracias, me es grato saludar a Ud. su afe. y s.s. Por el coronel D. Máximo Pérez. Francisco Varsi. La familia es de un tal Calero." Y esta otra: "Mercedes, Julio 10 de 1866 — Amigo de mi aprecio: le recomiendo al Teniente M. Hidalgo, amigo mío y moso muy trabajador el cual está en su departamento trabajando, así que espero que no lo incomode en su trabajo. Sin más espero que Ud. lo pase bien. Por orden del coronel Máximo Pérez. Francisco Varsi." [175]

Apenas se hizo cargo de la Jefatura, Pérez recibía un chasque de Francisco Caraballo, a quien había escrito el 31 de marzo D. José Mora comunicándole "que el 26

173 Ibidem., abril 13 de 1867.

174 Archivo General de la Nación, Montevideo, fondo ex Archivo y Museo Histórico Nacional, caja 373, papeles del general Francisco Caraballo.

175 Archivo General de la Nación, Montevideo, legajo hermanos Castro, agosto 4 y julio 10 de 1866.

se aucentaron sin permiso de sus familias los jóvenes Segundo Flores (hijo de D. Venancio) y un hijo del finado Bauzá"; Mora le pedía a Caraballo que se lo comunicara a Arroyo, en Colonia, y a Máximo, en Mercedes, para que los prófugos fueran devueltos a sus familias, "las que están en la mayor aflicción". Con Caraballo tuvo Máximo un rozamiento del que nos informa una carta: "Mercedes, Octubre 8 de 1867 — querido amigo: Por [...] le mando un potrillo que creo será de su gusto, como también creo ya no tendrá motivo para publicar mi nombre por medio de la prensa para aserme aparecer como embrollón. Sin otro motivo le dará Ud. recuerdo a su señora de parte de la mía y V. ordene a este su fiel amigo. S.S. Que Dios guarde a Ud. de orden del coronel Máximo Pérez. Bernardo Doblas."

Encontramos otra carta de Pérez a Caraballo, acusando recibo de una que Caraballo le enviara cinco días antes por intermedio del "amigo Ambrosio Martinez", a quien Caraballo le recomendaba. [176]

Entre tanto, los acontecimientos guerreros que se producían en el Paraguay repercutían hondamente en Mercedes.

"La Patria" del 3 de marzo del 66, comunica que "el jueves a las once de la noche" llegó el vapor "Miní" con la noticia de que las fuerzas aliadas entraron en territorio paraguayo. En seguida se echaron las campanas a vuelo, se quemaron cohetes, y se organizó "una patriótica serenata" que recorrió el pueblo al frente de una columna entusiasta. "El entusiasmo era inmenso". El diario alaba a los brasileños, diciendo que "no son lo que algunos dicen". [177]

En febrero de 1867, Pérez ordenó poner a media asta la bandera de la Jefatura en homenaje a los héroes de Quinteros; en marzo, en cambio, dispuso que flameara por todo lo alto en homenaje a la paz del 65. [178]

Por ley del año 1858 estaba encomendada a los jueces de Paz la confección del Registro Cívico. Esta tarea se

176 Archivo General de la Nación, Montevideo, ex-fondo Museo, caja 79, marzo 31 de 1866 y caja 78, octubre 8 de 1867 y mayo 13 de 1866.

177 "La Patria", mayo 3 de 1866, Mercedes.

178 "La Tribuna", febrero 2 y marzo 20 de 1867, Montevideo.

llevó a cabo durante la Jefatura de Pérez, dando un total de 628 inscriptos, entre los cuales destacamos a Gervasio y Pablo Galarza, de treinta y nueve y quince años respectivamente. [179]

Es interesante mencionar aquí una petición elevada al Senado el 15 de mayo de 1863 (apenas iniciada la Cruzada) por 258 ciudadanos naturales de la República y guardias nacionales del departamento de Soriano que no sabían leer ni escribir, solicitando una declaración interpretativa del artículo 11, inciso cinco de la Constitución de la República; en dicha nota se señalaba, y no sin razones, la injusticia de suspender la ciudadanía a los analfabetos, de quienes sólo se acordaban para reclamarles el servicio de sangre y demás deberes funcionales. Se presentó un proyecto que corregía esa injusticia, pero fue rechazado por el sector alfabetófilo, [180] hostil, como siempre, a la voluntad de la campaña.

Algunas anécdotas nos muestran a Máximo como un cultor asiduo de diversos juegos, sobre todo de los naipes; participando así de las costumbres de su gente, era complaciente a ese respecto, contrastando su actitud con la de su antecesor Fregeiro, quien había prohibido el juego en las pulperías, y concedía muy rara vez permiso para que se efectuaran pencas; [181] Pérez era más condescendiente, consultando en cierta ocasión al Gobierno sobre un pedido formulado por algunos comerciantes para establecer loterías de cartones, pedido que fue contestado negativamente. [182]

Sobre el aspecto físico del caudillo nos ilustran con bastante fidelidad las dos fotografías que se le conocen. Una de ellas, fue tomada a pedido de su familia cuando aún convalecía del cólera, nos lo presenta con un rostro descarnado y los ojos hundidos en las órbitas, no dando la impresión de vigor que emana de la otra, tomada en 1870, en la que aparece sentado entre un grupo de amigos. En

179 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Jefatura de Soriano, junio de 1866.

180 Eduardo Acevedo, obra citada, tomo III, pág. 37.

181 Eusebio E. Giménez, obra citada, pág. 12.

182 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Jefatura de Soriano, junio de 1866.

esta hermosa y sugestiva foto, el grupo traduce una férrea unidad, buscando cada uno apoyar una mano en el hombro de su compañero, en una sobria y elocuente expresión de íntima solidaridad. En el centro, Máximo, con el talero en su izquierda y el brazo derecho apoyado en el hombro del comandante Avila, revela en su apostura la firmeza de su carácter, a lo que contribuye la recia expresión del rostro enmarcado en una melena y una barba negra magníficamente gauchas. Fernández Saldaña lo describe, basado en descripciones de testigos oculares, como "hombre flaco y ágil, menudo, de músculos finos pero duros, cortados debían ser como esos cables de alambre, me dijo persona que lo conoció y trató. La cara era modelada en detalle, los ojos chicos y profundos, desprendidas de arriba las orejas, narigón, abultado de pómulos, barbudo y con algo como una sombra de picaresco". [183] La vestimenta usada en esta segunda fotografía, es una campera de lana o cuero de lobo oscuro y pantalones oscuros. Solía usar alpargatas floreadas, bombachas y tricota negra; en verano lucía un fino poncho negro; cuando enviaba cartas a sus familiares, solía poner en el sobre, a modo de firma, algunas hilachas de este poncho. [184] Los aperos de sus caballos eran recios y vistosos, existiendo en el Museo Histórico Nacional un pretal de cuero negro de mts. 1,42 de largo, con una guía de flores trabajadas en plata, ostentando en el centro sus iniciales "M. P.". [185]

En medio de sus gauchos, firme la mirada, el gesto decidido y recio, parecía, pese a su estatura más bien baja, sobresalir entre quienes lo rodeaban. Era de poco hablar; prefería dejar explayarse a los demás, en tanto se paseaba nerviosamente, asintiendo de vez en cuando con un "Uhum" particular, a boca cerrada y lanzando de vez en cuando fugaces miradas a quien tenía la palabra. Hacía alarde de esa comprensión rápida, de esa penetración intuitiva que adquieren quienes, como él, están acostumbrados a compulsar las intenciones de cuantos se le acercan; las urgencias de la acción, la propensión a concluir decisiones en base a un conocimiento inmediato de las cosas y de las personas, habían desarrollado en él esa capacidad de

183 "El Día", abril 25 de 1937, Montevideo.
184 Datos suministrados por D. José Braga.
185 Museo Histórico Nacional, donación Eusebio E. Giménez, carpeta 458, libro 1, folio 72.

tomar repentinas resoluciones propias del ave de presa, y a las veces, cuando la ocasión lo exigía, la argucia ladina del zorro, aquel disimulo cazurro y burlón con que solía caracterizar sus actitudes. Astucia que le costaba tolerar en los otros, y que lo hacía incurrir, cuando creía advertir sus evidencias, en una desconfianza colérica y agresiva. Usaba entonces un lenguaje violento, en el que sus clásicos "ajos" restallaban explosivamente a cada paso; gustaba en esas ocasiones jugar con la medrosidad de quienes lo habían provocado de algún modo, asestándole furibundas amenazas. Tales arrebatos, pasto propicio para las malas lenguas, no solían tener, sin embargo, consecuencias mayores; era capaz en casi todos los casos de recuperar la confianza del interpelado gracias al vigoroso sentido de las relaciones humanas que lo caracterizaba. Coordinaba así su exterior agreste, riscoso y marcial, con una autenticidad que le permitía retomar contacto, en un plano de sentimientos verdaderos, con el mismo con quien, poco antes, había sostenido violentos altercados. Las anécdotas que lo corroboran, abundan al respecto. De ahí que quienes, amedrentados por aquellas efusiones explosivas, rehuyeran un posterior contacto, quedaran convencidos de una agresividad que el más perdurable fondo de su carácter desmentía. Y de ahí también que supiera conquistarse amistades que sobrevivían a todas las circunstancias, amistades que se exaltaban en una devoción incondicional, desde que nacieran al calor de una veracidad humana que se imponía con inmediata evidencia. [186]

Sus costumbres no registran excesos de ninguna índole; no era bebedor; "no bebía más que agua", afirma Eduardo Flores; no se le atribuyen aventuras amorosas; y jugaba como todo el mundo, en especial a los naipes. Frecuentaba las casas de los hermanos Miláns y de Antonio Tió, haciendo a menudo el recorrido a pie desde la Jefatura hasta la calle Artigas entre Eusebio Giménez y Paysandú (nombres actuales) [187] portando chaqueta y sombrero de cuero de lobo. Se refiere que jugando una noche al "solo" en casa de los Miláns (Paysandú y Colón), luego de haber perdido una onza se dirigió al Banco

186 Datos suministrados por diversos descendientes de Octavio Ramírez.

187 Datos suministrados por D. Salvador Fuentes.

Mauá a solicitarla en calidad de préstamo; le tomaba así la palabra a su manera al Gerente, quien días antes había puesto el Banco a disposición de la Jefatura.[188]

De la entrañable amistad que le profesaban sus amigos quedan abundantes recuerdos en hijos y nietos de éstos, quienes destacan la exaltada veneración con que era pronunciado su nombre. El vecino D. Pedro Rosales, que cuenta hoy (1955) 95 años, es uno de los que testimonian esa fervorosa adhesión. Pero la misma franqueza e impulsividad que se le atribuyó a Máximo, le atrajeron muchas enemistades, confirmando esa innegable verdad que establece que quien no es capaz de tener enemigos, no es capaz tampoco de tener amigos. La colonia vasca, muy acrecida en esos años, se contaba entre los incondicionales del caudillo.[189]

En Mercedes ocupaba Máximo una casa que se le compró por suscripción pública. Estaba situada en la actual calle 18 de Julio, casi esquina Casagrande, y subsistió hasta hace pocos años, utilizándose su fábrica para la construcción de tres viviendas. En el terreno del fondo existía un inmenso alguaribay y una gran cocina en cuerpo separado que todavía subsiste.

Pérez repartía el tiempo entre Mercedes y su estancia en el Cabelludo, en la cual levantó después de su jefatura una construcción de piedra que ya describiremos. Es corriente la leyenda oral de que, habiéndole el cura preguntado a uno de sus parroquianos dónde estaba Dios, el interpelado contestó que no sabía, si en el pueblo, o en su estancia; Máximo era, en efecto, muy conocido por "Tata Dios", tanto o más que por "El Zorro".

Reproducimos, abreviándolo, un relato de Eusebio E. Giménez, siempre tendencioso, por creer que contribuye no obstante a iluminar algunos aspectos de su personalidad: "Vivía como siempre en su estanzuela de Coquimbo, especie de cuartel general donde iban sus subordinados a recibir órdenes (cuenta luego el Dr. Durañona el pánico que le produjo una noche la aparición de un paisano enviado por el coronel Pérez para asistir a su señora gravemente enferma. No había carruajes sino carretas de bueyes o carretillas tiradas por caballos o mulas,

---

188 Datos suministrados por D. Alejo Hounié y D. Lino Ferreira Goró.

189 Ibidem.

pero Pérez le había enviado su mejor pingo con un apero de plata que era su orgullo. A las doce de la noche Durañona llegó a la casa de Pérez, la que estaba rodeada de guardias). Bajo la ramada se veían muchos caballos ensillados, como prontos a huir a la menor sorpresa". "En la cocina rodeaba el fogón un grupo heterogéneo de gente de aspecto sospechoso, melenudos, con los sombreros sobre los ojos, con grandes facones y trabucos en la cintura, y los que tomaban mate atizando de cuando en cuando el fuego. La casa de familia construída de ranchos de paja y palo a pique, presentaba un aspecto sombrío con sus luces casi apagadas, notándose sin embargo, por todas partes movimientos y grupos que comentaban algo, caras afligidas como si se esperara algo fatal. Apenas descendió del caballo salió Pérez a recibirlo, espantando primeramente los perros que corrieron en tropel hacia él. Después de estrecharle la mano le pidió disculpas por la incomodidad que le había dado, pero que se trataba de la patrona a quien tanto quería". (Durañona, temeroso, buscó compartir la responsabilidad con Félix Beau, allí presente, quien tenía fama de curandero; de acuerdo con él se recetó un cáustico; la fiebre desapareció y la enferma quedó fuera de peligro). Máximo atribuía el resultado al cáustico, y le tenía tanta fe, que cuando iba a verlo alguna persona con dolor de muelas, al estómago o en cualquier otra parte, en el acto le decía: "Mirá ché, ponete un caústico que es un santo remedio", lo que no dejaba de causar risa. Durañona se enteró después que su guía no había sido otro que el que él llamaba "famosísimo criminal" Hipólito Nievas, y pensó que sólo la sugestión de Pérez pudo evitar que semejante ejemplar le intentara robar el rico apero que llevaba. Hace luego referencias a las "atrevidas empresas de Máximo Pérez". "Su valor temerario le imponía a los demás, y no había uno solo de sus subalternos que se atreviese a levantarle la voz o dar vuelta la cara cuando él mandaba a la carga porque de seguro se encontraba con su poderosa lanza que no hacía distinciones". [190]

En sus "Recuerdos del Terruño", Eusebio Giménez relata las costumbres del canario Agustín Gómez, quien vivía en el camino a la Colonia Díaz; gustaba embriagarse con licor de Rosa, con cuyo fin solía venir al pueblo

190 "El Día" 1908, fecha exacta extraviada, Mercedes.

en su caballo blanco. Acosado por la chiquillería, se iba hasta la Jefatura provocando a la policía con vivas a Oribe, a quien había servido, y "salvajeando" a los colorados con frases pintorescas. Varias veces lo hizo delante de Máximo Pérez, disparando luego a caballo y golpeándose la boca como si fuera de guerrilla. "Aun cuando aquel no aguantaba pulgas, le toleraba sus insolencias, y si alguna vez lo encerraron en el calabozo, fué para que durmiera la tranca". [191]

La mencionada preferencia por el contacto directo, sin interposición de papeleos o protocolos, llevaba a Pérez a pagar con su propia mano a sus subalternos; "administrador cabal a fuer de hombre económico y arreglado que era, gustaba pagar de presente al personal de empleados". [192] De la situación económica de estos se ocupaba a menudo, y encontramos en sus notas varias solicitudes de aumento; entre ellos, dos de diez pesos para el escribiente de la Jefatura, Policarpo García, y para el Médico de Policía. [193] Del mismo modo intervenía en la concesión de repartos fiscales, y la aserción corriente que le atribuye una frecuente distribución de tierras para poblar, se confirma al comprobarse los numerosos expedientes dando "derecho de posesión pacífica y ocupación de terrenos fiscales" a quien podía acreditar su laboriosidad. [194]

De ese modo no hacía sino cumplir el decreto del Gobierno del 26 de noviembre de 1866, en el que se ordenaba que se donaran suertes de chacras gratis a los servidores de la patria. [195] Esos terrenos debían ser de doce y medio por cincuenta metros si estaban hasta a tres cuadras de la plaza, de veinticinco por cincuenta hasta las seis cuadras, y de cincuenta por cincuenta los más lejanos; quedaban excluídos los situados junto al río. Se ordenaba también efectuar un plano de la ciudad y ejido, el que había empezado D'Alvenas por 1860, y que se encargó ahora completar a Ponce, sin que al parecer se haya dado

191 Eusebio E. Giménez, obra citada, pág. 77.

192 "El Día", abril 25 de 1937, Montevideo.

193 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Jefatura de Soriano, febrero de 1866.

194 Archivo del Concejo Departamental de Soriano, mayo 5 de 1866 y otros.

195 Archivo General de la Nación, Montevideo, Junta Económico - Administrativa de Soriano, legajo 1849 - 1869.

fin a esa tarea. [196] Basado en un decreto algo anterior (del 19 de octubre), Gareta había ya permitido el 25 de octubre que se dispusieran los terrenos del ejido de Santo Domingo Soriano; [197] Máximo Pérez amplió esas concesiones, ordenando al agrimensor Pedro Ponce la mensura de dicho ejido; entre los beneficiados encontramos a Gervasio Galarza con nueve cuadras en el ejido, y posteriormente con otro terreno "en el lugar conocido por Los Hornos". En esa oportunidad la Junta Económico-Administrativa solicitó a Santo Domingo Soriano el envío de un memorandum reseñando las necesidades de la población; se ordenaban además varias medidas urbanísticas, como la de suprimir los postes, exceptuando los de las esquinas; se suprimían también los cercos de cina, permitiéndose sólo los de ladrillo o de palo a pique. Se conocen muchos casos de viejos servidores del caudillo solicitando y obteniendo bienes; entre ellos el de su antigua lavandera, quien en cierta ocasión le recordó en voz alta sus servicios en medio de varias personas presentes; la Comisión de Solares atendía las órdenes verbales del caudillo, disponiéndose centenares de concesiones exentas totalmente de impuestos.

Máximo apoyó sin retaceos al único conjunto musical que existía prácticamente en Mercedes; la denominación con que aparece ese conjunto es variable, aunque ya existía desde años atrás, la versión más verosímil es la que establece que se fundó en octubre de 1867 con el nombre "La Filarmónica Lira", figurando Facundo Alzola y los hermanos Juan y Pedro Idiarte Borda entre sus fundadores. [198] Ya en el año 1866, Máximo envía nota al Gobierno pidiendo cuarenta y cinco pesos para un maestro de música y doscientos cuarenta pesos para quince músicos, a dieciséis pesos cada uno. En setiembre del mismo año reitera ese pedido de dinero, [199] auspiciando así un conjunto que, bajo la eficiente dirección del maestro Alzola, alcanzó a gozar de gran prestigio.

196 "La Regeneración", marzo 27 de 1872, Mercedes.

197 Archivo General de la Nación, Montevideo, Junta Económico - Administrativa de Soriano, 1849 - 1869.

198 "El Río Negro", diciembre de 1869, Mercedes.

199 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Jefatura de Soriano, febrero y setiembre de 1866.

Organizaba bailes y conciertos, tocaba en la iglesia en los días de procesión, y en la plaza o en el teatro los días de conmemoraciones. Juan Idiarte Borda y Eusebio E. Giménez tocaban el clarinete; el Dr. Serafín Rivas la flauta; Pedro Idiarte Borda y Juan A. Silveira el violín, etc. Su primer local se estableció en la casa de D. Jesús Pérez, frente a la Jefatura; cuando vino a ocupar dicha casa el sastre Massey, se mudaron a lo de Gareta, en calle Soriano, y después a un local de la calle 18 de Julio, a cuadra y media de la Jefatura, junto al Correo que dirigía entonces Zuloaga. El concierto inaugural lo dieron en lo del Dr. Rivas, con lucida actuación de Merceditas Alzaga, quien cantó la canción española "La Macarena". Alzola llegó a ser un destacado compositor, siendo ejecutada su misa de Requiem en Francia, en los funerales de Sadi Carnot. El repertorio de la época se componía de polkas, habaneras, valses, mazurcas, lanceros y cuadrillas; sus integrantes solían salir a dar serenatas nocturnas, las que en el mejor de los casos, eran retribuídas con flores arrojadas por entre las rejas, organizándose a veces alegres tertulias.[200] A la música popular no le faltaban cultores más o menos pintorescos, así como payadores y cantores por cifras; el pueblo bailaba también gatos y pericones; los ejecutantes más solicitados eran el maestro Mariano, que tocaba con un remendado requinto, el violinista Nazario, Jacomín con su organito, o el pianista Domínguez, fotógrafo por añadidura, quien solía amenizar las tertulias de ocho a once que se estilaban por esos años.

Epocas del miriñaque, ya en vías de decadencia; a la salida de las tertulias, los caballeros, de levita y alta chistera, daban el brazo a las señoras, por calles iluminadas con malos candiles de sebo.[201]

Pintores destacados como Pedro Alzaga Somellera,[202] parecían anunciar a los futuros Sáez y Blanes Viale. Como manifestación más o menos artística pero típica de esos años, las damas confeccionaban "paisajes bordados de colores sobre moaré blanco, en un cuadro dorado, e inscripción dorada", tal como el realizado por las alumnas de la

200 EUSEBIO E. GIMÉNEZ, obra citada, pág. 6 y siguientes.

201 Ibidem.

202 JUAN CARLOS GÓMEZ HAEDO, "Estampas de Mercedes", en la "Revista Histórica", número 38-39, diciembre de 1942, Montevideo.

Escuela Nacional que dirigía Juana Covián de Laiseca. Existían ya fotógrafos como Domínguez y Juan B. Soumastre, instalado en la "Cancha de Abajo" (una de las dos canchas de pelota, en donde lucía sus habilidades Juan Idiarte Borda) en calle Sarandí; lugar donde hoy se construye el teatro Tabaré; la "Cancha de Arriba" estaba en Sarandí y Roosevelt, [203] donde en la actualidad se levanta el Glucksmann Palace; dicha cancha "se convirtió por arte de birlibirloque en esqueleto de teatro hacia 1857" [204] Algo posteriormente, se menciona como ubicación de la "Cancha de Arriba" el mismo sitio que ocupa hoy el Centro de Pelotaris.

La poesía mercedaria tenía sus cultores, de un enfermizo romanticismo, llorando amores imposibles a mujeres inalcanzables. "El encubierto", puede pasar como ejemplo típico, con estos versos que le dedicaba a la Srta. M.:

"...el destino te lo impone / angel que robas mi calma / faro que abrasas mi alma / que alienta a mi pobre ser / parte y deja el desconsuelo / dé fin con mi triste suerte / si antes de apurar la muerte / me es dado tus ojos ver". [205]

"La Razón del Pueblo" publicaba en folletín "La gran artista y la gran señora" de Pascual Riesco, en tanto anunciaba la venta por entregas de "La novela de un joven pobre" de O. Feuillet. "La Patria" anunciaba "Los Hipócritas", novela "filosófica-social" de setecientas páginas; se hacían dos o cuatro entregas a sesenta y cinco milésimos cada una; autor: Ceferino Tresserra. [206] "El Río Negro" [207] publicaba en folletín "El Retrato misterioso" de Wáshington Irving. En cuanto al teatro constituía una de las diversiones más frecuentes de Mercedes, sucediéndose numerosas representaciones a cargo de compañías trashumantes. La transformación antedicha fue consumada en 1857 por el peruano Juan Espinosa, director de una compañía acrobática, en un terreno propiedad de Juan B. Soumastre. Se le llamó "Teatro Progreso", nombre

---

203 "La Razón del Pueblo", marzo 14 de 1867, Mercedes.
204 "El Imparcial de Mercedes", mayo 17 de 1863, Mercedes.
205 "La Razón del Pueblo", marzo 14 de 1867.
206 "La Patria", marzo 22 de 1866, Mercedes.
207 "El Río Negro", noviembre de 1868, Mercedes.

propuesto por Teodoro Egaña, hijo del Jefe Político coronel Joaquín T. Egaña. Luego se le denominó "La Esperanza", posteriormente "Soumastre", y por último Fleurquín. Contenía "un proscenio escenario con frente al Sur, techado al firme, con lona alquitranada". Las noches de función se cubría con un gran toldo; al terminar se descorría y quedaban al aire libre lonetas, cazuelas, etc. [208] "El Hurón" afirmaba que no merecía "el nombre pomposo" de Teatro, pues "no tiene las condiciones que reclama una ilustrada concurrencia"; "¡Cuánta estrechez! ¡Cuánta incomodidad! ¿No es verdad que su forma es inadecuada? ¿No es verdad que falta en él hasta la perspectiva?" Alaba el talento de los artistas, "los mejores en su género"; "escenario desnudo de decoraciones, armado de retazos como el traje de Arlequín y tan reducido que apenas pueden revolverse en él". [209] El fundador Espinosa se fue un día de Mercedes "olvidándose de saludar a sus acreedores", quienes debieron conformarse con las maderas que dejara.

El 14 de mayo 1867, la prensa comunicaba que asistieron "como cuatrocientos espectadores" al beneficio del actor Fernández; el teatro "estaba hermosísimo con la reunión de las bellas que asistieron". Para el 17 se anunciaba el drama "La primera piedra" y el divertido fin de fiesta "Mal de ojo". Luego se efectuará el beneficio de "nuestro compatriota D. Manuel Martínez y Trigueros, autor de varias obras; todo es nacional y es preciso concurrir"; se representarán "Juan el honrado" o "¡Juez, verdugo y padre!", y "El destierro de Matoso" o "Una célebre cencerrada". Se dio luego "Garibaldi en San Antonio", "escrita en Mercedes por una hábil pluma; su autor reserva su nombre, pues su humildad es proverbial". Otras obras representadas durante le Jefatura de Pérez: el drama "Jugar por tabla", la tonadilla "El sacristán y la viuda"; el drama "El tío Pablo" o "La educación"; "Estudio del natural", de Larra; "Guzmán el bueno", drama; "La Cosecha", de Larra, y diez o doce dramas o zarzuelas por la compañía española de García Delgado. Luego actuó la Compañía Líricodramática de Teocles Díaz y Claudina Méndez, la que puso en escena

208 "La Razón del Pueblo", enero de 1867, Mercedes.
209 "El Hurón", julio 4 de 1867, Mercedes.

varios dramas, entre ellos uno llamado "D. Francisco Quevedo". [210]

Alternando con estas profusas temporadas, aparecían prestidigitadores como el francés Peyres de Lagournad y Emanuel Cortés, [211] compañías ecuestres, circenses, etc.

Otros espectáculos de esos años dignos de mencionarse eran las riñas de gallos, de las cuales la más renombradas tenían lugar en el reñidero de D. Ignacio Pujol, en "calle de las Artes, junto al café del Siglo", rodeado de amplias gradas, palcos y lunetas. [212]

Citemos finalmente como precursor del cine, el "Cosmorama" de calle Artes, donde Domínguez exhibía un "hermoso panorama con doce sorprendentes vistas" que se variaban dos veces por semana; "el Bombardeo y toma de Paysandú encabeza hoy la colección"; "Quién por dos reales no hará un viaje por el mundo a pie firme"; Las señoras, medio real; los niños, un real". [213]

En marzo de 1857, Dermidio De-María publicaba un prospecto bajo el título "El Río Negro": "con este título vamos a fundar el primer periódico que verá la luz pública en los pueblos del litoral de la República Oriental del Uruguay. Le damos el nombre del famoso y pintoresco Río que borda, que arrulla y fecundiza a su simpática, linda y descollante Mercedes"; "Se publicará por ahora en pliego común ocho veces al mes. Precio de la suscripción un patacón pagado por adelantado. Queda abierta la lista de suscripción en Mercedes en el Billar de la "Sociedad Constancia" calle de las Artes, en la Oficina de la Capitanía del Puerto, y en la posada conocida por cancha de Arriba, calle del Sarandí. Los editores." [214]

Una vez completado el número necesario de suscriptores, salió en dicho mes "El Río Negro", redactado por Dermidio y Alcides De-María, actuando Fortunato Gigena como copista, y Capdevila como prensista. Se utilizó "una rústica prensa de madera", y se editaba en la casa del "rengo" Calixto Machuca, junto a la parroquia. Dicha

---

210 "La Razón del Pueblo", mayo 17 y enero 6 de 1867 y noviembre de 1866, Mercedes.

211 "La Patria", mayo 6 de 1866, Mercedes.

212 "El Eco del Río Negro", junio 4 de 1863, Mercedes.

213 "La Patria", marzo 22 de 1866, Mercedes.

214 Archivo General de la Nación, Montevideo, caja 52.

empresa, "acometida con elementos tipográficos de mi propiedad — declaró Dermidio mucho después —, me valió la distinción de ser miembro honorario de la "Sociedad Constancia", que presidía D. Joaquín T. Egaña [215] La Sociedad Constancia se fundó el 13 de mayo de 1855, alquilando el local de la Sra. Gertrudis Sienra (Eusebio E. Giménez esquina Colón). Su primer Presidente fue D. Manuel Chopitea; tenía billar y gabinete de lectura. El 9 de agosto de 1855, David Silveira, anunciaba ya que "estaba al llegar una imprenta" para imprimir billetes, pero el 7 de octubre se resuelve imprimirlos en Montevideo. La cantina la alquiló Pestalardo, y luego, en el 56, Pedro Grillo, quien proveyó al local con luz de aceite, además de las bujías, agregándole una estufa. A Grillo le sucedió Santiago Bollo, quien puso piso de tablas y empapeló las paredes. Se concedió el local a un grupo de jóvenes una vez por mes, pero se fiscalizaba rigurosamente el "modo digno y respetuoso" con que se desarrollaban los bailes. El 23 de marzo de 1860 la Sociedad murió de inanición. [216]

"El Río Negro", por su parte,, cerró en 1858, a raíz de los sucesos de Quinteros. El 18 de julio de ese mismo año, el preceptor Pedro Alzaga saca el "Eco del Río Negro", también dos veces por semana. Cierra el 4 de enero del 63, pero reaparece en febrero editado por el argentino Silverio Tapia y redactado por el "Chato" Cajaraville. Vuelve a cerrar el 15 de diciembre, para reaparecer el 10 de enero del 64, extinguiéndose su relativamente larga vida a fines de ese mismo año. [217] El lugar del deceso estaba en "la calle Ituzaingó, entre San José y Mercedes", [218] adonde se había trasladado en el 63.

El 20 de octubre de 1862, apareció "El Imparcial de Mercedes"; salía jueves y domingos, y sus redactores eran Juan José Viera y Carlos Grandmont; se imprimía en "calle de Paysandú, contiguo al Correo". Sus trenzadas con el "Eco" fueron famosas, y fomentaron una excitación de la que ya dimos noticias. Ahí va un ejemplo de su estilo: "La jeta se le caía al cronista pepino (el del "Eco") ¡Qué jeta tendrá usía! Nosotros antes de respetar su

---

215 Arbelio Ramírez, "Aportes para la Historia del Periodismo en el Departamento de Soriano", Montevideo, 1951.

216 Marino C. Berro, en "El Diario", 1899, fecha exacta extraviada, Mercedes.

217 Arbelio Ramírez, obra citada, pág. 9.

218 "El Eco del Río Negro", junio 4 de 1863, Mercedes.

cacumen respetamos su jeta; puede enojarse y como es. tan bellaco agarrarnos a jetasos".[219]

Como dice E. Martínez Estrada, estos periódicos eran patéticos "hijos de la discordia y de la soledad", derrochando sus energías inempleadas en vanos explosivos, tontamente aleves. El 25 de agosto, entraba Flores en Mercedes, y callaba definitivamente "El Imparcial".

En febrero del 65, Fortunato Gigena sacaba a luz "La Patria". Este era el único periódico que circulaba durante los primeros meses de la jefatura de Máximo Pérez, a quien apoyaba incondicionalmente. Fue enjuiciado en 1865 por la Junta Económico-Administrativa, a raíz de una campaña de insultos. Pérez, siguiendo la costumbre de Fregeiro, pidió veinticinco pesos para "suscribirse a veinticinco números del periódico que se redacta en esta ciudad".[220] En marzo del 65 salió "La Verdad", la cual desapareció casi en seguida.[221] El 12 de octubre del 66 cierra "La Patria", no sin antes quejarse del "egoísmo" y del "espíritu de explotación y otros vicios que trabajan a nuestra sociedad".

Un mes después, el 29 de noviembre, Gigena edita "La Razón del Pueblo", en calle Montevideo, entre las calles Asamblea e Ituzaingó. Cobraba "doce centésimos a los suscriptores y veinticinco a los que no lo son". El 17 de marzo del 67 cerraba "por circunstancias ajenas a la Redacción",[222] reapareciendo el 8 de agosto con formato más reducido, para desaparecer definitivamente el 15 de diciembre con su ejemplar número 38.[223]

En el lapso comprendido entre las dos apariciones de "La Razón del Pueblo", sacó la cabeza "El Hurón", "independiente, joco-serio, marítimo, poético y religioso", en su pequeño formato a tres columnas, redactado por el actor y autor D. Manuel Martínez y Trigueros, versificador fecundo que escribía, con ganas y razones: "en todo busco con afán intenso / para expresar en armonioso canto, / de noble inspiración raudal inmenso."[224]

El Ministro de Gobierno recomendó por nota a Má-

---

219 "El Imparcial de Mercedes", mayo 17 de 1863, Mercedes.

220 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Jefatura de Soriano, marzo de 1866.

221 "La Tribuna", marzo de 1865, Montevideo.

222 "La Razón del Pueblo", marzo 17 de 1867, Mercedes.

223 Arbelio Ramírez, obra citada, pág. 12.

224 "El Hurón", julio 4 de 1867, Mercedes.

ximo Pérez que llamara "amistosamente al redactor del diario de esa ciudad «El Hurón», manifestándole el desagrado con que el gobierno ha visto el número con un diálogo con el epígrafe «Así somos todos», en cuyo artículo "se ridiculizaba a los Ministros del Altar". En esa nota se exhortaba asimismo a Pérez a fomentar "moral y materialmente" el departamento.[225] En julio ya no encontramos noticias de "El Hurón", el cual no debe haber llegado así a su trigésimo número.

Con la desaparición de "La Razón del Pueblo", se abre un período en blanco de cinco meses. Recién a mediados de mayo edita Gigena "El Eco de Mercedes", del cual sacó por lo menos treinta y cuatro números hasta el 22 de octubre. Se imprimía en el mismo local que ocupara "La Razón del Pueblo".[226] El 17 de enero de 1869 hacía su aparición "El Río Negro" sobre las cenizas de "El Eco",[227] editado también por Gigena y dirigido por Felipe Perichón y García. Apoyaba a Máximo Pérez, y cerró el 30 de diciembre de 1869, con su ejemplar número 96".[228]

La guerra de Flores había vuelto a provocar una paralización y un retroceso sensibles en el comercio de Mercedes; restablecida la normalidad y bajo la ordenadora y constructiva dirección de Máximo Pérez, repuntó vigorosamente y "progresó más en dos años que en los cincuenta años anteriores". "No podemos desconocer los adelantos a que se encamina esta sociedad",[229] repetía la prensa entusiasmada, la palabra progreso estaba en todos los labios y se enumeraban con infatigable complacencia las mejoras promovidas por Pérez.

El comercio y la industria se beneficiaron con ese auge; sin mencionar los tres saladeros (de Fregeiro, hermanos Miláns, Camps y Sampayo), la construcción, sobre todo, alcanzó un ritmo nunca visto, lo que obligó a intensificar la producción de ladrillos; Petrochi y Carceller, entre otros, habían, como ya vimos, establecido sus hornos

225 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Jefatura de Soriano, mayo 31 de 1867.

226 "El Eco de Mercedes", octubre 22 de 1868, Mercedes.

227 "El Siglo", enero 20 de 1869, Montevideo.

228 ARBELIO RAMÍREZ, obra citada, pág. 12.

229 "La Razón del Pueblo", marzo 17 de 1867, Mercedes.

de ladrillos y caleras en las chacras, y eran frecuentes los avisos del tenor siguiente: "Se necesita una persona que quiera ir a ser [hacer] ladrillo a Soriano". Bajo el título "Mercedes progresa", se decía en un artículo que la ciudad "no parece la misma de antes de la Revolución"... "Las construcciones urbanas aumentan día a día, y casi no hay calle en que no se encuentre una bonita casa de reciente data, y varias más en planta." [230] "Se construyen cimientos por todos lados para levantar edificios", [231] señalándose la falta de brazos y la preocupación de la autoridad por construir hornos de ladrillos.

Tres años atrás un periódico publicaba un diálogo en el que un interlocutor afirmaba la total inexistencia de aceras; "—¿Y la de Roubín, que es? —¡Ahí tiene Ud. razón!" [232] Era pues la acera al este de la Plaza la única entonces existente; durante la jefatura de Pérez se señala el "arreglo de las aceras, antes tan descuidadas". [233] Se establecían además ocho días de plazo para cortar los árboles y malezas que sobresalían de los cercos, so pena de cuatro pesos más los gastos que la operación le insumiría a la Jefatura. [234] En julio del 66, "El Siglo" criticaba la incuria de la Junta Económico-Administrativa y la diligencia de Máximo Pérez, quien se encontró con las calles en mal estado, intransitables, así como las veredas. [235] "La Tribuna" señalaba después el "carpido de las veredas a gran prisa" que se efectuaban en Mercedes;[236] se concibió además el proyecto de empedrar las calles a partir de la Plaza Independencia. [237] Para atender la limpieza de las calles, se compraron dos carros por doscientos sesenta pesos, en sustitución de la carreta que se alquilaba por cuarenta pesos mensuales. [238] "Las aceras, reparadas unas, construídas nuevamente otras en el perímetro más central de la ciudad, hace que pueda transitarse con

---

230 "El Hurón", julio 20 de 1867, Mercedes.

231 "La Tribuna", enero 11 de 1867, Montevideo.

232 "El Imparcial", mayo 17 de 1863, Mercedes.

233 "La Razón del Pueblo", febrero de 1867, Mercedes.

234 Archivo General de la Nación, Montevideo, Jefatura de Soriano, decreto fecha 9 de marzo de 1867.

235 "El Siglo", julio 12 de 1866, Montevideo.

236 "La Tribuna", agosto 14 de 1866, Montevideo.

237 "La Razón del Pueblo", marzo de 1867, Mercedes.

238 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Jefatura de Soriano, mayo de 1867.

comodidad aún en los días lluviosos; y si no fuera la gran escasez de brazos industriales y de material adecuado, pues ni los hornos de ladrillos, ni los albañiles pueden satisfacer esta demanda, muy pocas serían las calles que carecieran de calzada". [239]

El alumbrado se hacía a base del aceite de potro fabricado en los saladeros vecinos, aunque seguían usándose, sobre todo en las grandes solemnidades, los viejos faroles con velas de sebo. La oscuridad nocturna obligaba a circular portando un farol de mano, recurriendo algunos, como el vecino Roselló, a un perro que lo precedía sosteniendo dos pequeños faroles en la boca. [240] En 1867 se llamó a licitación para establecer alumbrado a kerosene en las cuadras próximas a la Plaza; el ganador, Mario Pérez, no cumplió con lo dispuesto, postergándose así tan importante mejora.

En 1866 se realizó en Montevideo la Exposición Nacional de Industrias, y en el mes de junio, Máximo Pérez nombró una Comisión Departamental presidida por D. Eustaquio Ximénez, para organizar el envío de Soriano. [241] Se organizaron luego los envíos a la Exposición Internacional de París, preparándose "nueve bultos"; los tres primeros, con envíos de Díaz y Ferreira (productor de la estancia "La Cancha", vellones de lana pura, capullos de seda, fósiles antidiluvianos, etc.); el cuarto, quinto y sexto con envíos del Barón de Mauá (cajón de madera lustrada y cubierta de tafilete, vellones de lana, piezas de ñandubay pulidas, de algarrobo, espinillo, coronilla, cuyabá, viraró, tala y sauce colorado); el séptimo, con un envío de D. Domingo Ordoñana, incluyendo materias tintóreas rubia y gualda, medicinales (calaguata y zarzaparrilla, etc.), mestizos de Angora con cabras y ovejas del país, nutrias, perros mudos, etc.; el octavo y noveno, con vellones enviados por D. Enrique Clausen y D. J. A. Brown. [242] D. Domingo Ordoñana, dueño de la afamada estancia "Casas Blancas", al sur-oeste del departamento, estaba radicado desde 1860 en Soriano, asociado con Porrúa; fue un líder del progreso de la campaña, pre-

239 "El Hurón", junio 30 de 1867, Mercedes.
240 Eusebio E. Giménez, obra citada, pág. 23.
241 Archivo General de la Nación, Montevideo, Jefatura de Soriano, junio de 1866, y Junta Económico - Administrativa de Soriano, 1865.
242 Ibidem., noviembre 23 de 1866.

cursor, gestor, y fundador de la Asociación Rural; era licenciado en Medicina en Buenos Aires; y fue el introductor en el país de las cabras de Cachemira y Angora; en 1863 levantó una pirámide conmemorativa en sus campos de la Agraciada. Sus restos, cumpliéndose sus deseos, fueron traídos a Soriano desde Barcelona, donde falleciera en 1897.

La industria turística alcanzó un incremento notable durante la Jefatura de Pérez; hubo gran afluencia de veraneantes de Buenos Aires y otros puntos, atraídos por las propiedades salutíferas atribuídas a las aguas del Río Negro. Los hoteles no daban abasto y no se encontraban casas para alquilar. En la prensa del 66 y del 67 encontramos constancias de la existencia de numerosos hoteles, entre ellos, el Hotel de las Naciones, a una cuadra del río, el Hotel del Globo, inaugurado en febrero de 1864 frente a la Foto Soumastre, el Hotel de Roma, de Cavagnaro, inaugurado el 29 de diciembre de 1865 en calle Asamblea, entre las actuales Florida y Roosevelt, hotel que tenía dos volantas para alquilar a sus clientes, el Hotel Santa Elena, en calle Mercedes, la Fonda del Río Negro, la Fonda de los Amigos, de Demetrio Pereira, en calle Artes a cuadra y media al sur de la plaza principal, y dos o tres confiterías con servicio de Restaurant, como la Confitería de la Amistad, de Tomás Balbi, en calle Artes frente a la plaza, la confitería de la Paz, de Vicente Comés, en calle Montevideo, dos cuadras al este de la plaza, la de Bollo, etc. Habría que agregar "El Casino Oriental" algo posterior (donde hoy está la Farmacia Sifredi), y el renombrado recreo de Grillo, donde en Carnaval se daban bailes hasta las seis de la mañana "con más de 400 concurrentes", con orquestas de dos violines, arpa y flauta, y en un salón adornado con "cuarenta luces y faroles venecianos"; "no se alteró el orden", se aclaraba al dar cuenta de uno de esos bailes.

Queremos dar un panorama sucinto del renacimiento social imperante en esos años, a fin de desvirtuar las leyendas que pretendían hacer de Mercedes una ciudad aterrorizada bajo la bota de un tirano.

Proliferaban además las sociedades recreativas; "La Razón del Pueblo" informaba sobre una gran reunión efectuada en el Teatro para fundar una "Sociedad Fra-

ternal", la cual organizaría un baile todos los meses. En 1867 reaparecía también la Sociedad "Amistad", existente ya en 1862 y disuelta durante la guerra. La Sociedad "Amor" citaba también para "el sitio de costumbre" en octubre del 67; estaba presidida por D. Antonio Basté, quien el 1º de octubre había inaugurado su "establecimiento de Baños Públicos", [243] cuyo local subsiste todavía en "Carrasquito", a unas doce cuadras de la plaza principal.

El movimiento comercial era también más intenso; "hay más comercio y más capitales fuertes". [244] El movimiento bancario, paralelamente, adquirió gran volumen. Ya no había necesidad de los vales y billetes que Juan E. Fregeiro y otros comerciantes emitían en sustitución del escaso dinero circulante. El Banco Mauá, regenteado por H. Barker, abría, como vimos, sus puertas, en el costado norte de la plaza, pagando el nueve y el diez por ciento de interés, y cobrando del quince al dieciocho por ciento por los préstamos. El Banco Comercial de Paysandú abría una sucursal en Mercedes, con S. Muñoz de gerente, el 1º de agosto de 1865; [245] lo mismo el Banco Italiano, regenteado en el 67 por Justino Muñoz. "La Bienhechora del Plata", sociedad de socorros mutuos regenteada por José G. Silveira, se establecía en la esquina de D. José González, al nor-este de la plaza.

Entre los establecimientos comerciales, algunos alcanzaron una prosperidad extraordinaria, como el fundado por Battro en 1859, y que entonces disponía de doce tornos, cuatro fraguas, diversas máquinas para cortar y agujerear hierros y bronces, para construir tornillos y para doblar y cortar chapas, contando con una sección cochería, otra de carpintería, etc. Almacenes como el de Cayetano Giuzzio, "El pobre diablo", alcanzaron entonces su máxima prosperidad, en la esquina donde luego el mismo Giuzzio construyó el teatro Politeama Colón (hoy Glücksmann Palace).

Corresponde aquí mencionar los trastornos que provocó la puesta en práctica del Sistema Métrico Decimal,

---

243 "La Razón del Pueblo", marzo 17, enero 6 y octubre 10 de 1867, Mercedes.

244 "El Siglo", enero 11 de 1867, Montevideo.

245 "La Tribuna", junio 28 de 1865, Montevideo.

el 1º de enero de 1867, para las de longitud y superficie, y el 1º de julio para las de peso y capacidad, de acuerdo a la ley aprobada por el Senado el 4 de abril de 1862. En Mercedes fueron designados los reputados preceptores Laiseca y Toda para enseñarlos a los empleados públicos, en tanto Miguel Goicoechea anunciaba que en su comercio de calle Asamblea ponía en venta las primeras medidas métricas. [246]

"La población aumenta considerablemente, agrupándose a la vez, y donde antes había una casa de veinte varas lineales, y con frente vacío de treinta varas más sobre la calle, por manera que dos esquinas formaban toda la población de una cuadra, hoy se ven cuatro y más edificios de buen efecto y sólida construcción." [247]

Los censos de 1866 atribuían al departamento 22.900 habitantes (Montevideo contaba entonces cien mil), de los cuales unos cinco mil, aproximadamente, correspondían a Mercedes. Entre ellos había gran cantidad de extranjeros, producto de la inmigración que provocó la liberal ley del 28 de abril de 1861. Esa población extranjera se componía "en su mayor parte de españoles, algunos italianos, pocos portugueses y un regular número de vascos", [248] grandes festejadores —tradición que hasta hoy se mantiene en Mercedes— de las fiestas de San Juan y San Pedro, con Juan y Pedro Idiart (luego Idiarte) Borda a la cabeza. En el 66 llegaban ya pocos inmigrantes a Mercedes; en todo el año, sólo tres solicitaron ocupación en el departamento: una cocinera, un peón de estancia y una sirvienta, [249] a los cuales hay que agregar algunos más que eran recibidos por sus parientes. En 1863 la clase trabajadora estaba constituída casi enteramente por negros, descendientes de esclavos, todos ellos dóciles y laboriosos. Los más jóvenes se enrolaban en la Urbana o en los batallones. Cuando la revolución de 1863, se hizo una leva que arrió con casi todos; se embarcaron luego de emotiva despedida en el puerto de los Aguateros, en el buque a vela "Segundo Catalán"; en su mayoría fueron destinados al batallón de L. Basterrica, y

---

246 "La Razón del Pueblo", octubre 10 de 1867, Mercedes.
247 "El Hurón", junio 20 de 1867, Mercedes.
248 EUSEBIO E. GIMÉNEZ, obra citada, pág. 280.
249 "El Siglo", enero de 1867, Montevideo.

luego al Paraguay, no regresando casi ninguno. [250] Esa ausencia de mano de obra sumisa y barata, creó problemas, sobre todo en la época de la esquila, en la que se anotaba una seria "falta de brazos". En los meses iniciales de la jefatura de Pérez se mencionaba la cantidad de "pobres que pululan por las calles y por los mataderos", [251] problema que fue paliándose luego con el auge subsiguiente de la construcción, aunque la desigualdad social extremada siguió siendo una realidad endémica.

La distribución de tierras fiscales se realizó profusamente; en octubre de 1866 el Gobierno le permitió a Máximo Pérez distribuir, de acuerdo con la Junta Económico Administrativa, los terrenos del ejido de Santo Domingo Soriano "en favor de los servidores de la República." [252] El archivo del Concejo Departamental de Soriano registra en esos años una abundante concesión de terrenos, lo que ratifica la leyenda de un Pérez repitiendo a cada paso un "andá a poblar por allá", destinado de preferencia a sus correligionarios políticos.

La propiedad raíz en 1866 experimentó una sensible valorización, aforándose la suerte de campos de pastoreo en 6400 pesos, y la cuadra de labrantíos en dos pesos con cuarenta centésimos.

El 24 de noviembre de 1867 se procede a la elección de representantes en el departamento, saliendo electos José M. Ruiz, José M. Madrid y Felipe de los Campos como titulares, y Emilio Albín, Pedro Centurión y Alejandro Mac-Vicar como suplentes, todos con 875 votos; para el Colegio Elector de Senadores, salieron electos Fausto Ramírez con 187 votos y Miguel Goicoechea con 169. [253]

El 10 de febrero del 68 renunció Madrid, siendo convocado Albín, pero ni éste, ni Ruiz, ni Campos se asomaron por el recinto. En febrero de 1869 se elige por el único que presentó renuncia formal, saliendo el Dr. Fran-

250 Eusebio E. Giménez, obra citada, pág. 282.

251 "El Siglo", octubre 3 y agosto 1 de 1866, Montevideo.

252 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Jefatura de Soriano, octubre 19 de 1866.

253 Archivo General de la Nación, Montevideo, Junta Económico - Administrativa de Soriano, enero 30 de 1867 y junio 20 de 1867.

cisco A. Vidal; al optar éste por Montevideo, fue que ingresó su suplente D. Isidoro De-María. [254]

Meses después, no habiéndose presentado de los Campos a hacerse cargo, la Junta enviaba a Centurión para sustituirlo; "examinando el Diploma y demás piezas de elección, resultaron ilegales"; ..."más que elección resultó un nombramiento"; [255] "quien eligió al Sr. Centurión como suplente, no es el pueblo, es la mesa electoral", se decía con razón, pues el suplente verdadero era Emilio Albín; sin embargo, Centurión volvió a Montevideo "con los papeles en forma", y fue aceptado, pero en el ínterin se trató de "graves asuntos para el departamento de Soriano" (que ya relataremos), y "éste no estaba representado". [256] La plana mayor del Regimiento del departamento de Soriano era entonces la siguiente: coronel Máximo Pérez; teniente coronel Jorge Muñoz; sargento mayor Anastasio Barragán; ayudante mayor Máximo Gutiérrez y capitán Pedro A. Fimanel. En el 66 ingresó el teniente Pedro González. La Guardia Nacional estaba al mando del sargento mayor Vicente Avila y el ayudante mayor Pablo Navajas. [257]

El comisario de la 1ª sección, Demetrio Pereira, fue reemplazado, a raíz de su renuncia, por el capitán de caballería Maya; al anunciarlo, "La Patria" expresaba que el nombrado deberá secundar "los principios del Gefe del Departamento que tienen por base el respeto a los derechos de los habitantes y la garantía de las personas y la propiedad". [258] Este Maya, a quien Eusebio E. Giménez llama Mayada, era un brasileño de larga melena aceitada, famoso por ir vestido totalmente de rojo como "un churrinche". [259] Creemos que sea el mismo que Fernández Saldaña denomina Amaya, y que figura el primero a la izquierda en la foto presidida por el caudillo.

En 1865 apareció el cólera en el Mediterráneo; poco después, la guerra del Paraguay, congestionando los hos-

254 Archivo General de la Nación, Montevideo, en diversos lugares.

255 "El Siglo", marzo 17 de 1868, Montevideo.

256 Del diario de sesiones de la Cámara de Representantes.

257 Archivo del Estado Mayor del Ejército, Montevideo, legajo 101, junio de 1865.

258 "La Patria", marzo 22 de 1866, Mercedes.

259 Eusebio E. Giménez, obra citada, pág. 284.

pitales de Montevideo con enfermos, muchos de ellos contagiosos, favoreció el desarrollo de la epidemia en nuestro país; en abril del 66 cundía el cólera en el ejército aliado, desde donde se propagó a Corrientes, Rosario y Buenos Aires, provocando más de dos mil muertes. En octubre del 67 reapareció y volvió a hacer millares de víctimas en Buenos Aires. Cerrados los puertos uruguayos, pasajeros clandestinos trajeron el contagio a Mercedes, donde la enfermedad tomó terrible impulso, propagándose luego en Montevideo. Según el Dr. Penna, el cólera vino a bordo del transporte brasileño "Teixeira da Freitas", el que había salido en febrero de 1867 de Río de Janeiro con 200 soldados, llegando a Goya (en Corrientes) el 3 de marzo; comprobada la existencia de coléricos, se le hizo regresar a Río, esparciendo el morbo a su paso por Paraná, Buenos Aires, etc.; el primer caso se produjo el 15 de marzo en Rosario, donde en tres meses fallecieron 487 coléricos. [259 bis]

Mercedes era terreno propicio para toda clase de enfermedades. Los frecuentes períodos de sequías, con el consiguiente agotamiento de los escasos aljibes existentes, obligaban a consumir el agua del río acarreada por los aguateros, quienes la extraían directamente mediante una manga de suela, y la distribuían en una carreta tirada por dos bueyes, cobrando dos vintenes la caneca; la pipa de agua costaba cinco reales, por lo cual los pobladores, en su gran mayoría, no podían permitirse el lujo de bañarse.

La presencia de saladeros y graserías a ocho cuadras del muelle, aguas arriba, provocaba, por la sangre y desperdicios que se arrojaban al río, "lamas infectas" que los aguateros buscaban rehuir yendo a buscar agua a la canal. Sumábase el hecho que las letrinas carecían de pozos sépticos, y que para desagotarlas solía hacerse una sangría construyendo otro pozo al lado; agréguese finalmente la falta de toda inspección sobre los alimentos así como de un servicio hospitalario regular, y se tendrá una idea del peligro constante que se cernía sobre la población. La viruela, por ejemplo, hacía continuos estragos. Para empeorar aún más las cosas, el basurero y el cementerio estaban también dentro del perímetro de la ciudad, al este y oeste respectivamente. [260]

259 bis Dr. J. PENNA, "El cólera en la República Argentina", Buenos Aires, 1897.

260 EUSEBIO E. GIMÉNEZ, obra citada, pág. 144.

Fue a fines de 1867, casi de golpe, que apareció el cólera en Mercedes. El 15 de diciembre, ante la inminencia de la epidemia, la Junta resuelve tomar "medidas muy activas y enérgicas", incluyendo limpieza de calles y terrenos, haciendo desaparecer "cuanta inmundicia y vasuras" se encontrase; se nombraron con ese objeto tres inspectores, a quienes se les dio tres días de plazo para llenar su cometido. Dos días después se sabía que habían muerto cinco o seis vecinos sin sacar "el boleto que está ordenado por la Junta"; se requiere rápida información al respecto, sobre todo acerca de las "necesidades de los enfermos pobres". Debe señalarse que ya en abril de ese año Máximo Pérez había creado una Comisión de Salubridad, para integrar la cual se invitó al médico Saturnino Pineda, a fin de que se tomasen prontas medidas ante la amenaza que se cernía desde la Argentina. También por esa fecha se tomaron medidas higiénicas en el abasto de carne para la ciudad. [260 bis] Pero, en realidad, los médicos no sabían qué hacer. En Montevideo sólo se atinaba a aconsejar medidas de higiene, beber agua de arroz, o infusiones calientes. [261]

En Mercedes, el Dr. Wood, "el norteamericano", antiguo médico de la escuadra de la Confederación, afirmaba que en Filadelfia él curaba los enfermos con cognac, pero el mismo Wood fue uno de los primeros en caer víctima del mal. En ese entonces ejercían además el Dr. Serafín Rivas, quien, llevado por su filantrópico desinterés, solía vacunar gratis los domingos; Durañona, el médico que actuara en Monte Caseros y que había venido en 1850 a Mercedes, y Venancio Acosta, blanco militante, decepcionado de su oficio. Durañona había sido nombrado en el 54 médico de Policía, cargo que en el 67 ocupaba Serafín Rivas. Había además curanderos muy consultados, como Manuel Iglesias, radicado en Dolores, Manuel Durán, especialista en llagas a la garganta, y que cobraba en su primer visita un huevo fresco y cuatro pesos, Felipa Gutiérrez, la famosísima correntina, Felipe Busca, robusto italiano flebótomo que llegó a ser propuesto por Ordóñez para médico de Policía, rechazándosele por ser "sólo un

---

260 bis Archivo del Concejo Departamental de Soriano, libro copiador 1865-1868.

261 Eduardo Acevedo, obra citada, tomo III, pág. 498.

sangrador" [262] pero que en realidad era, además, especialista en empachos, los que curaba con apetitosas cataplasmas de huevo, cebolla y aceite de oliva, emplastos que había que dejar hasta que se descompusiesen; y por último María Petrachi, a quien la Partera diplomada Virginia Duflor John denunciaba públicamente como ignorante, con el apoyo de Serafín Rivas. [263] La prensa de la época publicaba además avisos del peluquero Ansaldo, quien tenía "sanguijuelas hamburguesas de las mejores", del flebótomo (sangrador) Pedro Guisper, facultado por la Junta de Higiene de Montevideo, quien poseía "máquina portátil para dar baños a vapor", y de Pedro Mondada, el que por entonces ofrecía un doblón a quien le devolviera su extraviado estuche de cirugía.

Boticas había tres; la del portugués Bautista Campos (calles Montevideo y Uruguay; hoy Roosevelt y 19 de Abril), quien falleció víctima del cólera, sucediéndole su hijo Federico, futuro Jefe Político del departamento; la del vasco Miguel Zubeldía (Botica del Indio), en calle Mercedes (hoy Florida); y la del Mortero Dorado, en calle Artes, cerca del almacén de Moreira y Cía. [264]

A los primeros estragos del cólera, Máximo Pérez adoptó inmediatas providencias. Pero una de las primeras víctimas había de ser precisamente su esposa Matea Correa, quien falleció a los 26 años, el 31 de diciembre del 67, luego de recibir los Santos Sacramentos de la Penitencia y la Extrema Unción y a quien se enterró "sin oficio de cuerpo presente", de acuerdo a órdenes médicas. Moría así la compañera de trece agitados años, sin dejar casi otro testimonio de su pasaje por la vida que el mausoleo que Máximo le levantara, y que hoy subsiste, abandonado, a la izquierda de la entrada del segundo cuerpo del cementerio de Mercedes.

Sobreponiéndose al dolor que debió causarle la pérdida de su compañera, Máximo desplegó en aquellos días una actividad que provocó el agradecimiento general. El 3 de enero recibía tres mil pesos para combatir "el estado epidémico" de la ciudad; en seguida debió solicitar otros tres mil. Estableció un lazareto en la quinta del Dr. Peña

262 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Jefatura de Soriano, enero 3 de 1868.

263 "El Eco de Mercedes", octubre 22 de 1868, Mercedes.

264 Eusebio E. Giménez, obra citada, pág. 224, y prensa de la época.

(luego del Dr. Rivas), desde donde las víctimas eran conducidas al enterratorio próximo.[265] "El Siglo" del 9 de enero publicaba una crónica de su corresponsal Vaillant; refería el pánico de la población y su huída al campo o a las islas; la población quedó reducida "a menos de quinientas almas", siendo la mortandad de hasta cuarenta y dos personas diarias; "Máximo Pérez se comportó con un heroísmo sin igual; no pudiendo darle sepultura a los cadáveres, el Jefe político hizo reunir la Policía y los trabajadores que se encontraban a mano y pasó al proyectado cementerio nuevo, donde hizo abrir fosas para enterrar los nuevos que llegaban a cada momento. Esto le costó caro a nuestro Jefe, pues se contagió con la enfermedad; hasta hoy lo tenemos en el mayor peligro; si éste nos llega a faltar será un nuevo caos; tenemos que hacerle justicia; por cuanto es él sólo que afrontó tan terrible situación". Se relata luego el estado penoso de la ciudad, las autoridades civiles ausentes, los comercios cerrados, las boticas desmanteladas (empezando por la manzanilla y el cognac Martell), y los abastecedores ausentes. Entre los que colaboraron con el Jefe se mencionan al boticario Della Croce, Serafín Rivas, el cura Letamendi y Desiderio Fleurquín. Más de siete octavos de la población emigró, en tanto llegaba el mayor Evia, encargado de sustituir interinamente a Pérez como comandante militar, quedando Gregorio Castro al frente de la Jefatura Política. "Máximo Pérez estuvo muy mal, desahuciado (por el Dr. Rivas), agonizante, cuando alguien tuvo la idea de tratarlo por el método hidropático, es decir, con paños de agua hoy muy en voga aquí por haber salvado al Jefe y a otras personas". [266] El salvador de Pérez resultó ser el fotógrafo Domínguez, un cuyano petizo, barbudo y jorobado que ponía las fotografías cabeza abajo cuando no se las pagaban, diciendo que estaban en el Purgatorio; aplicaba la hidroterapia hasta para los partos. [267]

Entre las órdenes profilácticas dictadas por Máximo, estaban las de quemar las ropas y colchones de las casas abandonadas, hacer grandes fogatas en las calles a fin de purificar el aire y ahuyentar los insectos; barrer e

---

265 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Jefatura de Soriano, enero 3 de 1868.

266 "El Siglo", enero 9 de 1868, Montevideo.

267 EUSEBIO E. GIMÉNEZ, obra citada, pág. 4.

higienizar las calles; establecer cordones sanitarios para impedir las entradas de personas "que hacen una guerra viva por entrar al pueblo"; [268] blanquear todas las casas por dentro y por fuera. Al morador que se opusiera, se le echaba a la calle. Esta última medida provocó incidentes tales como la "grave herida de estoque" que Rito Almeida infligió varios meses después al teniente alcalde D. Manuel Leites en la pulpería de Francisco Iglesias (calles Minas y Uruguay); Almeida trató a Leites de "adulón" por haber hecho cumplir dicha medida, contestándole éste que no había hecho sino lo que "había ordenado el coronel Pérez". [269]

El 8 de enero se comprobaba la "rápida declinación del flagelo" (el 4 murieron once personas, el 5 murieron siete). Ese mismo día llegaba a Mercedes el Dr. Lorenzo Lons, quien ordenó examinar las aguas del río y los saladeros, tomando otras medidas profilácticas. Radicado en el país desde la Defensa, el Dr. Lons era famoso en Europa por su abnegación durante las epidemias; sirvió en Caseros y otras guerras. Se satisfacía así la solicitud de Máximo, quien había aconsejado que el médico que se enviara "fuera examinado o probado de guapo".

El 26 de enero se anunciaba: "hoy marchan para la estancia de Pérez diez hombres, o sea la mitad de la Urbana; él está mucho mejor, pero aún padece"; se calculaban en mil doscientos el total de fallecidos en Mercedes. [270] En carta de Vaillant fechada el 11 de febrero, se informa que las víctimas en el departamento fueron de mil quinientas a dos mil; se decretó que los empleados públicos que habían dejado sus puestos por temor al contagio, fueran despedidos. Se menciona la muerte de muchos comerciantes; entre ellos Vicente Aramburú, D. Pascual, Isidro Pedrozo, etc. Se alaba la colaboración prestada por los Sres. Albín y Luis Vespa, miembros de la Junta, y el espíritu humanitario de Zenón Marfetán, quien asistió muchos enfermos, visitando ranchos, algunos de sólo seis varas, en los que se hacinaban hasta veintidós coléricos. [271] Se formó una comisión de Socorros

268 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Jefatura de Soriano, enero 8 de 1868.

269 Archivo del Juzgado de Mercedes, legajo 1868, agosto 5.

270 "El Siglo", enero 26 de 1868, Montevideo.

271 Ibidem., febrero 18 de 1868.

que presidía Francisco Albín, con M. de Moreira de secretario, organizándose una suscripción para "los huérfanos pobres que han quedado sin amparo a causa de los estragos del cólera". [272]

En carta fechada el 25 de enero en Mercedes, L. Labadie le comunica a D. Tomás Villalba que hace ocho días está en la ciudad sin que se registre ningún caso de cólera. Se queja de los "112 grados a la sombra" (cuarenta y cuatro centígrados) que los deja "sin aliento día y noche". "Muy pocas son las familias que han vuelto a este pueblo", agrega, aparte de que la autoridad no les permite entrar, "pues en chacras y estancias el flagelo se ha desarrollado con mucha fuerza". Labadie expresa su deseo de irse de Mercedes, donde cree que se limitaría a "vegetar", y donde su mujer tendría que dar a luz atendida por médicos a los que ha visto cometer "barbaridades". "El Gefe Político está en la estancia, tenemos interinamente al Sr. Castro!!!", escribe, con un triple signo de admiración no muy halagüeños para dicho suplente. "Todo está muy paralizado" y trastornado; murieron muchos deudores y garantes de Mauá, cuyo nuevo administrador interino, Rocha, tropieza con peones "acostumbrados a no hacer nada". En la misma fecha y en el mismo sobre, el P. Letamendi le escribe a Villalba diciéndole que "las pérdidas no bajan de mil trescientas personas", y que ahora sólo se produce un caso que otro en las chacras; él mismo padeció dos veces el mal, pero gracias a los cuidados del Dr. Rivas se sostuvo y pudo continuar asistiendo a los moribundos, hasta que, agotado, debió renunciar a sus recorridos a caballo el 17 de enero, y guardar cama sometido a un riguroso régimen de agua de arroz. [273]

En febrero ya no se registraban más casos. La gente que regresaba se encontraba con un espectáculo de pe-

---

272 Contribuyeron: Máximo Pérez con cincuenta pesos; Banco Mauá, con veinticinco; Félix Beau, María B. de Labadie, Jorge Bolche, Manuel Herrero, Carlos y Federico Vernet, E. Gorostiza y Luis Miláns, con diez cada uno; Francisco Albín y Juan Idiarte Borda, con seis cada uno; I. Della Croce, con cinco, y varios otros con sumas menores, hasta completarse un total de 474 pesos, total a agregar a la suma recogida en Montevideo por el diario "El Siglo"; datos en "El Siglo" del 25 de febrero de 1868.

273 Archivo del Museo Histórico Nacional, tomo 323, Montevideo.

sadilla; la ciudad totalmente blanqueada, semejaba un gran cementerio, en cuyas calles deambulaban unas pocas personas enlutadas; desde el cementerio llegaban "olores pestilentes", producidos por los muchos cadáveres que debieron quedar insepultos algún tiempo. En esos días, Máximo Pérez, repuesto milagrosamente de su enfermedad, se sacaba la foto que habría de popularizarse luego y que habría de servir de modelo a algún pintor que se supone sea Blanes Viale. Enjuto, cadavérico casi, apoyado en el respaldo de una silla, su atuendo militar no consigue prestarle la apariencia viril que lo caracterizaba. Como anotación final de aquellos días luctuosos, agreguemos que Pérez tampoco había desatendido durante su breve gestión el estado sanitario del departamento, rehabilitando un rudimentario hospital que se había abierto en 1863, y concediendo un permiso a Hipólito Marfetán para vender un campo en cinco mil pesos, y construir con ese dinero un sanatorio. [274]

En Soriano, uno de los primeros en caer, el 1º de enero del 68, fue el comisario Valentín Gutiérrez, quien junto con el cura Urruzuno atendía los enfermos con remedios traídos de Mercedes. Fue entonces que Máximo Pérez designó para ese cargo a Gervasio Galarza, cuñado de Gutiérrez, quien estaba casado con Eladia Galarza.

El 27 se habían denunciado ya dos casos de "una enfermedad que no sabían clasificar", y cuyas manifestaciones eran vómitos y calambres en todo el cuerpo; pidieron un médico a Mercedes, y se destinó un médano situado a treinta cuadras del pueblo (junto al predio de Canuto Galarza) para enterrar los cadáveres, recolectándose dinero entre el vecindario para poder cerrarlo con medios postes y ramas. [275] El 28 de diciembre, el Presidente y vice-Presidente de la Junta Económico - Administrativa contestaron que no podían ir a Soriano debido a la muerte de algunos familiares, y que no enviaban médico pues "en la actualidad sólo se puede disponer de uno solo", el cual estaba abrumado de trabajo. Digamos de paso que ese médico, no era otro que el Dr. Serafín Rivas Rodríguez,

274 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Jefatura de Soriano, junio 1º de 1867.

275 Archivo General de la Nación, Montevideo, Junta Económico - Administrativa de Soriano, 1849 - 1869, caja 447.

quien en esa ocasión no las tuvo todas consigo, como se desprende del siguiente relato: ..."va quedando un saldo aterrante: dos mil cadáveres insepultados en gran parte, forman pilas pestilentes, mientras el propio Jefe Político Máximo Pérez, da ejemplo a la cuadrilla de subalternos, en piadosa misión de camposanteros y el vicario Letamendi, asistido de su Tte. cura Usabiaga, asqueados, imparten responsos desde la puerta del cementerio. Cunde la especie, que pronto hace carne en el ánimo de gentes ignorantes, que tantas defunciones eran debidas a que el Dr. Rivas —para desentenderse de enfermos en estado grave— esparcía cierto polvo letal".

En el terrible trance, cerca de Rivas se veía al boticario Francisco Della Croce, que no supo de fatigas ni renunciamientos, al ex-estudiante de Medicina Miguel Díaz Ferreira y a un joven de 23 años —D. Juan Idiarte Borda— quien, humanitario y valeroso, constituyó una comisión de socorros cuando todos emigraban al campo, y linterna en mano recorría por las noches el pueblo, descubriendo enfermos caídos en las calles o abandonados en ranchos. Pronto se agregaría a éstos el doctor epidemiólogo L. Lons, y todavía dos más: Zenón Marfetán, que "hacía el médico", e Isidoro Marfetán, boticario, sin tregua en Villa Soriano, Bizcocho y Las Maulas.

Pese a tan apostólica devoción, la vida del Dr. Rivas pendía así de seria amenaza "popular", ya que con obtusa mentalidad hasta planearon "limpiarlo". Afortunadamente el rumor llegó a oídos del coronel Pérez que requirió la presencia del noble galeno en su despacho, hablándole de esta suerte: (versión del propio Dr. Rivas a Alcides De María). "A vos, gallego, te quieren matar; pero desde hoy vas a tener un compañero que no se te va a despegar", adscribiéndole el Capitán de la División Hipólito Nievas hombre de su ciega confianza, al que impartió esta expresiva consigna: "Lo laderías sin descuidarte y si alguno intenta atacarlo le cortás el resuello". [276]

Ya en esa fecha se hablaba del estado alarmante de Máximo Pérez, en nota que firmaba el tesorero Ramón Bazurco.

En Dolores, entretanto, el Dr. Wood y el cura Bergareche atendían un improvisado hospital; el 4 de enero

---

276 En "El Solar Chaná", redactor responsable Dr. Edelmiro Chelle, pág. 14, diciembre de 1949, Montevideo.

moría Wood [277] en el hospital, desde una de cuyas camas dirigía heroicamente las actividades. Le sucedió el Dr. Pedro García Diago, también de heroica dedicación, junto con Bergareche, el comandante Manuel Palacios, y cuatro celadores que "el simpático Mayor Evia" dejó a las órdenes de la Comisión de Caridad entonces formada. [278] Máximo Pérez ordenó que las rentas departamentales que estaban en poder de la Comisión auxiliar de la Junta Económico - Administrativa pasaran a la orden de la Comisión de Salubridad Pública, a fin de comprar remedios y alimentos.

En lo que respecta a la composición de las aguas del río Negro, se promovieron largas cuestiones, suscitadas por una nota del Cónsul Brasileño José M. Díaz Ferreira, quien negaba la influencia de la zarzaparrilla por carecer de la infusión o maceración necesaria, le contestó el doctor Ordoñana mencionando el conocido análisis que efectuara en París el Químico Will en 1862 a pedido del Dr. Rivas, y del cual se deducía el "carácter sulfhídrico-sulfuroso" en las aguas del Río, lo que las acreditaba para la curación de la sífilis y enfermedades de la piel. [279] Rivas afirmaba además que dichas aguas no satisfacían la sed, que mataban las plantas en huertas y jardines y que perjudicaban a las personas débiles. Respecto al clima de Mercedes, sostenía que debido a la orientación hacia el norte del terreno en que estaba asentada la ciudad, se producía una serie sucesiva de reflejos entre la tierra y la atmósfera, a los que atribuía las altas temperaturas estivales.

277 Archivo de la Parroquia de Dolores, libro segundo de defunciones, folio 111.

278 "El Siglo", febrero 22 de 1868 y siguientes, Montevideo.

279 FERNANDO DELLA SANTA, "Influencia de las aguas milagrosas del Río Negro", pág. 10, Mercedes, 1954.

CAPITULO V

Sublevación de Máximo Pérez

Dictadura y muerte de Flores. — Reacción de Máximo Pérez. — Designación de Albín. — Máximo Pérez se subleva. — Una carta sin precedentes. — Resonancias en Montevideo. — Escándalo en Mercedes y renuncia de Albín. — Pérez en campaña. — Actitud ambigua de Caraballo. — Pérez en Florida. — Un sometimiento dudoso. — Regreso triunfal a Mercedes. — Auge del principismo. — Albín destituído. — Designación de Ordóñez.

El gobierno de Flores transcurría en medio de incontables trastornos y amenazas. Tal "fatalidad" — según la denominara reiteradamente el propio Flores — lo obligó a regresar dos veces a Montevideo: la primera, a principios de 1866, durante quince días; la segunda, a mediados del mismo año, ocasión en que decretó la postergación de los comicios generales hasta noviembre de 1867.

Las elecciones de alcaldes efectuadas ese año fueron "un gran escándalo en que ni siquiera las formas han podido salvarse": [1] policías e inmigrantes italianos recién desembarcados contribuyeron con su voto a desvirtuar el acto eleccionario. En Mercedes, como ya vimos, Beau era elegido por unanimidad.

El descubrimiento del famoso "complot de la mina" había agravado aún más la situación. Suárez, Bergara y otros jefes fueron denunciados y apresados, pero debieron ser liberados en seguida por falta de pruebas. En setiembre Caraballo era designado Jefe del Estado Mayor y se decretaba que toda autoridad subalterna de los departamentos debía obedecer exclusivamente las órdenes

1 José Pedro Varela; citado por Eduardo Acevedo, obra citada, tomo III, pág. 406.

emanadas de los Jefes Políticos. «El Coronel Máximo Pérez publicó en esos momentos una orden general en la que prevenía que la paz pública estaba amagada "por la rebeldía del Gral. Gregorio Suárez" y notificaba a los Guardias Nacionales que debían concurrir al cuartel "al primer toque de generala"».[2] Suárez, que había salido a campaña en actitud dudosa, protestó oficialmente ante el Ministerio de Guerra; pero alguna razón tendría Máximo cuando poco después la Policía notificaba a Suárez que tenía la ciudad por cárcel.

Los conservadores, entre tanto, estaban dispersos: Juan Carlos Gómez y Muñoz fuera del país; Andrés Lamas, execrado "como traidor a todos los partidos"; Manuel Herrera y Obes, apartado de todo. Quedaban en la brecha los liberales principistas, los Ramírez, Ellauri, Ferreira y Artigas, Julio Herrera y Obes, cultores todos de la Defensa y de Juan Carlos Gómez, su profeta, aunque con su prestigio disminuido en parte a raíz de sus recientes teorías anexionistas. Flores había integrado su ministerio (Francisco A. Vidal, Carlos de Castro, Juan R. Gómez y Lorenzo Batlle) con dos de esos "doctores". En cuanto a los blancos, que carecían a la sazón de caudillos indiscutidos, urdían pacientemente planes revolucionarios e intentaban reorganizarse en torno a Berro y a Medina — éste más reacio — resurgiendo entonces las discrepancias entre "vicentinos" y "amapolas".

Los comicios de 1867 se efectuaron entre renovados rumores de una invasión de los blancos. Según lo expresaba "La Tribuna", en dichas elecciones estableciόse la norma de que "el Gobierno no puede ni debe abstenerse ni dejar de ingerirse en las elecciones". Así es como en Soriano un comisario envió la siguiente circular a los tenientes alcaldes de su jurisdicción: "Se hace necesario que cite a los vecinos de su distrito para que se presenten en su casa en el término de tres días" "para después de estar reunidos marchar con ellos a la Comandancia Militar [en Mercedes] a inscribirse en el Registro Cívico; esto sólo comprende a los hijos del país de la edad de 21 años arriba: también le prevengo que los haga entrar al pueblo de a 4 y de a 6".[3] Lo cual explica en parte los

---

2 Eduardo Acevedo, obra citada ,tomo III, pág. 407.

3 Ibídem, pág. 408.

875 votos que favorecieron a la lista oficial. Máximo no hizo, en este renglón, más que lo que estaba en el ánimo de todos.

Poco después de las elecciones, Flores requería la ayuda de Pérez a fin de poder cumplir algunos compromisos electorales: "Sor Cnel D. Maximo Peres — Mont° En° 27" de/868 — Mi Est° am° y Corl. Aprovecho la oportunidad de un chasque q, me llega en este momento de mi hermano Manuel aquien le ensinuo q. haga su renuncia, como senador p. Mercedes, p^{a} q. venga p. ésa de Mercedes Dn. Tomás Gomensoro; y como p. Colonia no hay quien pueda venir es necesario sea Manuel. Por lo tanto espero q. se interese en q. el Colegio Electoral le acepte a Man^{l} su renuncia, y nombre a Dn. Tomás Gomensoro de senador p. ese Dept°. Al efecto Man^{l} manda su renuncia. Respecto a la invación de Aparicio es mentira. No hay nada ayer tube cartas del Salto, y Paysandú, es una intriga política de Entrerríos. Le deseo se halle restablecido de sus dolencias y q, mande a su afmo. am° y s.s.s. Ven° Flores."

"Sor. Cnel Dn. Máximo Peres. — Mont° Feb° 2" de 1868. — Mi Est° Cnel. y am°: Estando comprometido con mi am° Dn. Tomás Gomensoro a que saldría senador p. ese Departamento le hize poner de suplente, p.^{a} q. mi hermano Man.^{l} renunciara después: pero áhora Man.^{l} toca dificultades q. es necesario vencerlas; y los ábitantes de Mercedes, y su Dept° deben convencerse q.^{e} aparescer ono senador p. Mercédes, hará pr. ése benemérito Departamento, cuanto sea posible p.^{a} su mejora y engrandecimiento. Por lo tanto salvenmé de este compromiso. De V. su siempre am°. Ven^{cio} Flores." [4]

Enfrentados a la elección presidencial fijada para el 1º de marzo de 1868, surgieron entre los colorados dos tendencias: la de los partidarios de prolongar por cuatro años más el Gobierno de Flores, y la constituída por los partidarios de Suárez. A principios de febrero estalló en

4 Comunicado por el doctor Francisco Miláns; los originales fueron donados al Archivo General de la Nación el 29 de noviembre de 1949.

Montevideo el extraño movimiento en el que Fortunato y Eduardo Flores quisieron obligar por la fuerza a su padre a proclamarse candidato. Habiéndole Fortunato solicitado autorización para ir a entrevistarse con Máximo Pérez, Don Venancio, desconfiado, le preguntó qué intenciones lo llevaban a dar ese paso.

—"Voy a trabajar por mi candidato para la Presidencia de la República.

—¿Y quién es su candidato?

—Usted, y si no, mi tío Manuel.

—Yo no puedo permitir semejante cosa, porque van a creer que yo te mando."

Fortunato insistió, y Venancio le ordenó entonces que quedara arrestado en el despacho del secretario; pero Fortunato escapó de inmediato al cuartel, donde hizo tocar generala y sacó su regimiento a la calle.[5] Venancio tuvo entonces que irse hasta la Unión, donde pudo congregar trescientos partidarios; tres días después volvía a sus funciones y decretaba el destierro de sus dos hijos.

El 18 de febrero, Flores entregaba el mando al Presidente del Senado, Pedro Varela. Ese mismo día debió estallar un motín blanco en combinación con Timoteo Aparicio, quien, en efecto, invadió por Salto dando vivas a Urquiza y mueras a Flores, pero, rechazado por Simón Martínez, debió resignarse en seguida a recruzar el río. Venancio Flores, según un manifiesto que había leído en privado al Dr. Ferreira y Artigas, tenía resuelto embarcarse para Entre Ríos el 20 de febrero; pero el 19 estalló el motín que planeaban los blancos hacía largo tiempo; ese mismo día los colorados opositores actuaron con una independencia de índole no bien especificada. Creemos innecesario historiar aquí al detalle aquella trágica jornada; asesinado Bernardo P. Berro y asesinado también Venancio Flores, habría de empezar para el caudillo de Soriano una era llena de dramáticas vicisitudes.

En vano había intentado Pérez organizar la elección del alcalde para 1868; la epidemia pudo más que su deseo, ya que no sólo brillaban por su ausencia los votantes, sino también los encargados de recolectar los votos.[6]

5 Oscar Olave, "Revolución de febrero del 68", Montevideo, 1920, pág. 16.

6 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Jefatura de Soriano, febrero 12 de 1868.

La noticia del asesinato del general Flores llegó a Mercedes de inmediato. El modo como fue comunicado puede inferirse, por analogía, por el modo como sabemos que lo fue al Jefe Político de Salto, a quien el 21 escribía Maciel notificándole la muerte de Flores; terminaba diciendo: "lo que urge es que se ponga Ud. en marcha hacia esta ciudad sin pérdida de un momento a fin de acordar las medidas que deben tomarse en tan excepcional situación." Tales fueron los términos usados por Maciel para retrasmitir el parte que acababa de recibir por barco y que decía: "Venancio Flores ha sido asesinado por los blancos." [7]

El relato de la forma en que llegó a conocimiento de Máximo Pérez es todavía comidilla de los que gustan espigar aspectos pintorescos aún dentro de los más luctuosos sucesos de la historia. Apenas llegado el chasque, se lo hizo leer por su asistente D'Acosta: "Mataron a nuestro querido general Don Venancio Flores; reúna la gente y vénguese."

Con éstas u otras palabras, la noticia tiene que haber caído sobre Pérez como un rayo. Don Venancio, el hombre que para él lo era todo, acababa de caer bajo el puñal de un asesino. Se había consumado el mayor de los atentados, y todavía, como si fuera poco, se hacía resonar en sus oídos ese "vénguese" terrible y agorero; un "vénguese" que, como después se aclaró, no era sino un inocente "véngase" mal leído. No lo sabemos; "véngase" o "vénguese", fuera su asistente o fuera alucinación de sus oídos, no era la simple diferencia de una letra lo que podía provocar la cólera de Máximo. Su cólera nacía de más hondo, de su razón de ser más irrevocable; Aquiles no la sintió más violenta cuando mataron a su amigo Patroclo; como a Aquiles, "sus ojos ardíanle terribles como llamas"; claro está: Máximo Pérez no era Aquiles, ni estamos nosotros en Grecia; no se podía aquí levantar el tono de la voz, porque los dioses, en este lejano rincón de América, no acostumbran alternar con los humanos. Pero siendo Pérez lo que era, con sus devociones y fidelidades tan insoslayables como absorbentes, su cólera admite idéntica justificación que la del lancero heleno. Mirando las cosas humanas a esa escala, tal como co-

7 Archivo General de la Nación, Montevideo, fondo "ex Archivo y Museo Histórico Nacional", caja 71.

rresponde mirar los momentos críticos de las epopeyas, la conducta se adscribe a una fatalidad a la que no alcanzan criterios restringidos. No sabemos qué fuerzas convierten esos crímenes — que lo son, no podemos olvidarlo — en hechos casi extrahumanos; en esas muertes que siempre habrá que lamentar, como las lamentó siempre profundamente Máximo Pérez, actúa, más que la decisión de un hombre, un designio que ya ha echado sus cuentas, una lógica superior que no repara en el dolor humano, y ante la cual carecemos de criterios indudables para absolver o condenar.

Las órdenes de Pérez no se hicieron esperar. Apresado el coronel Tomás Pérez en su estancia, así como el comandante Rafael Ocampo, fueron fusilados el 25 de febrero, "sin forma ni simulacro de juicio", en el cementerio viejo, siendo el ejecutante el comandante Nicolás Romero. [8] Según el archivo de la parroquia, la muerte de Tomás Pérez, casado con Guillermina Cejas, ocurrió el 25 de febrero, a los 53 años de edad, siendo efectuado el oficio de sepultura recién el 25 de julio de ese año. [9] Según el relato de su nieto Héctor Pérez Torres, la muerte habría ocurrido el 23 de febrero; Tomás Pérez y Ocampo fueron apresados en la estancia de aquél, en el Cololó, y llevados maniatados a caballo hasta Mercedes; allí fueron degollados en el cementerio viejo, conservándose las corbatas que llevaban ambos, una de ellas con marcas que se atribuyen a puntazos. Los informes que nos han llegado de esas horas de embriaguez vindicativa son equívocos e imprecisos. Se sabe que el pánico cundió entre los blancos y que algunos de ellos lograron salvar a duras penas su pellejo, escapando "como los peces que huyen de un gran delfín". D. Tomás Viale (abuelo del pintor Pedro Blanes Viale), atinó a refugiarse en la casa de Carolina Fernández Braga de Lara, madrastra de Rosa Viale, donde pudo salvarse escondiéndose debajo de una cama. Los enviados de Pérez no se atrevieron a llevar adelante su comisión en atención a la amistad que, pese a su rivalidad política, mantenía Pérez con los Lara desde la Guerra Grande, época en la que junto con Toribio Lara, militara en filas de Rivera. Otros, como Lucio Maneiro,

8 MARINO C. BERRO, Memorias inéditas.

9 Archivo de la Parroquia de Mercedes, libro cuarto de defunciones, folio 65, figura Tomás Pérez, 53 años, casado.

lograron escapar, como solía decirse entonces, "con el c...o ensalivao".[10] La prensa montevideana de esos días calculaba que las represalias consumadas entonces en Mercedes les costaron la vida a catorce o quince personas, pero posteriormente no se señalaron más víctimas que las indicadas.

Tiempos bravíos, en que las pasiones ardían con incontenible fervor y conducían a extravíos de los que nadie estaba inmune; un día había sido Bolívar quién había ordenado matar y torturar a varios centenares de prisioneros hacinados en las cárceles de Venezuela, en represalia por los excesos de Morillo; el 30 de enero de 1856, era el coronel Bartolomé Mitre quien ordenaba fusilar al general Jerónimo Costa y a los coroneles Bustos, Benítez, Olmos y varios más; en 1874 sería el civilizadísimo Sarmiento quien habría de exigir, "sobre el tambor, la pena capital para todos los jefes y oficiales del motín"; en ese mismo año de 1868, mandaba Sarmiento: "hágalos pasar por las armas y ponga sus cabezas en los caminos; es preciso obrar enérgicamente, como para curar una enfermedad horrible";[11] y lo mismo Mármol, Vélez Sarsfield, apóstoles del liberalismo argentino, quienes ordenan, estimulan y aplauden "las masacres sin nombre realizadas por los Procónsules de la primer Provincia Argentina";[12] y en nuestro país, ¡cuán pocos pudieron quedar con las manos limpias!; ¡y cuán horrorosos atentados, como el perpetrado contra Anacleto Medina, muerto a lanzazos en Manantiales, a quien se le sacó la piel para fabricar correas, y cuyos miembros fueron arrojados en el zaguán de la casa de su familia! Pero no se crea que fue sólo en la capital de Soriano donde se desató la ola de la venganza florista. La república entera reaccionó ante la muerte del caudillo con una violencia que contaminaba el aire mismo que se respiraba. La prensa fomentaba esa excitación general haciendo circular los infundios más truculentos; "La Tribuna" afirmaba el 19 de febrero que "el plan de los quinteristas era, al parecer, el de asesinar a esa misma hora a todos los Jefes Políticos de la campaña". Para "El Comercio", todos los blancos, sin excep-

10 Datos suministrados por el escribano Felipe Fernández Braga.

11 Eduardo Acevedo, obra citada, tomo III, pág. 529.

12 Aureliano Berro, "Bernardo P. Berro", Montevideo, 1920, pág. 95.

ción, eran culpables de la muerte de Flores. "Se pide venganza y no justicia", comentaba "El Siglo". "El Progreso" calculaba que hasta el 21 de febrero los muertos o heridos a causa de esas reacciones eran ya alrededor de quinientos. El general Nicomedes Castro, Jefe de Cerro Largo, amenazaba con la muerte a todo guardia nacional que no respondiera dentro de las veinticuatro horas a la convocatoria publicada. En Porongos se consumaron varios fusilamientos. "Que la justicia divina caiga sobre los malvados", clamaba "La Tribuna". El 20 de febrero, Francisco Caraballo, encontrando una columna de cien hombres, restos de las fuerzas del coronel Basterrica que volvían a sus hogares, la acomete, "siendo muertos la mayor parte y heridos muy pocos o ninguno", según Caraballo expresa en su parte; y el mismo Caraballo enviaba poco después una circular a los Jefes Políticos: "Consecuente con las instrucciones dadas por el Superior Gobierno, y fiel a las tradiciones del glorioso Partido Colorado, no puedo mirar con indiferencia la conducta irregular observada por algunos subalternos de las autoridades policiales de campaña, quienes se han creído autorizados, ante el alevoso asesinato perpetrado por el Partido Blanco en la persona del ilustre Gral. Flores, para ejercer venganza que los sanos principios condenan". Ese caos en que se vivía repercutía hasta en la lejana Norteamérica, donde se presentó en febrero de 1868 un proyecto por el que se suprimía el rubro de legaciones en toda la América del Sur; se argumentaba que "esos países son cualquier cosa menos repúblicas, y su población se compone generalmente de individuos salvajes". Para colmo, corrió como un reguero de pólvora la noticia de que los revolucionarios habían envenenado los aljibes, y que el "cólera blanco", en auge entonces, "mataba por medio de la estricnina". [13]

13 Esta última versión, que la ignorancia de la época hacía factible, provocó la reacción inmediata de Máximo Pérez, quien informado de que la peste era trasmitida por las frutas, prohibió, so pena de muerte, que fueran introducidas en la ciudad, haciéndole pasar a Letamendi las amonestaciones correspondientes. Recorriendo un día en tren de vigilancia, a la hora de la siesta, las chacras cercanas a Mercedes, llegó Pérez hasta las puntas del Sarandí, donde vivía José Iriarte, más conocido por "El Rondador". Al advertir, apilada en un rincón, una impresionante montaña de sandías, interpeló a "El Rondador", quien adujo que eran unas "sandías que tenía para los chanchos"; "¿Y por qué no las lleva

No resulta extraño, dado el clima de violencia en que se vivía, que el pueblo de Dolores fuera escenario también de hechos luctuosos. Ya el 19 de enero de 1868 había sido asesinado de una puñalada Deolindo Bardier, actuario de Colonia que había venido a pasar el verano con su hermano, el almacenero Ramón Bardier, ausente en esos momentos.

Producido el asesinato de Flores, se allegaron dos o tres personas al comercio, encargaron buena cantidad de factura, y obligaron a Ramón Bardier a seguirlos. Ramón Bardier era montevideano, pariente cercano de Oribe, Zufriategui, Larrobla, Chucarro y Fynn, combatiente en el Ejército de Buenos Aires, en el cual alcanzó el grado de subteniente; a las órdenes del general Mansilla, había peleado en Obligado en 1845 y en San Lorenzo en 1846, habiendo estado a su cargo las baterías en las barrancas del Paraná; concluída la guerra, se radicó en Dolores, se casó, puso comercio, y se hizo socio del saladerista Fregeiro. Su arresto se debió a su condición de militar retirado, que lo obligaba a presentarse ante la autoridad; lo maniataron y subieron al caballo; al llegar a la cañada de Magallanes, cerca de su barra en el San Salvador, fue lanceado, derribado y luego decapitado, apareciendo su cabeza a varios metros de distancia. El cuerpo quedó insepulto durante dos meses, no permitiéndose su entierro, por lo que algunos vecinos piadosos se comedían a taparlo con ramas. [14] Recién el 25 de abril era enterrado, constando en el acta que "fué degollado a los 42 años". [15] Aunque la venganza política, dada la militancia blanca de Bardier, pudo ser el móvil principal, deben agregarse otros de índole material, pues los criminales le debían

---

a vender al pueblo?" "Porque el coronel Pérez lo tiene prohibido", contestó su dueño, sin saber aún con quién se las había. Máximo caló una y no pudo resistir la tentación de comerla. "¡Esta sí que es fruta!", exclamaba luego. "Mire, amigo, Ud. me va a vender esa fruta al pueblo". Y no sólo le concedió el permiso, sino que le dio una libra, pese a las protestas del chacrero. "¡Cómo no se va a cobrar! Yo sé lo que vale el trabajo, amigo". Ese fue el principio, dicho sea de paso, de la fortuna que hizo posteriormente "El Rondador", y el fin de una disposición que Máximo había sido el primero en violar. (Datos suministrados por Domingo Troche, hijo de Luis Troche, compañero de Máximo Pérez).

14 Datos suministrados por la señorita Solari Bardier y de la revista "Soriano" Nº 5, artículo de Fray Martín.

15 Archivo de la Parroquia de Dolores. libro segundo de defunciones, pág. 125.

dinero, y aprovecharon además la ocasión para robarle mercadería. El mismo 25 de abril era enterrado Policarpo Mendoza, "degollado antes de ayer", según consta en el acta. En el lugar donde cayó Bardier se levantó una modesta cruz de hierro con una placa en cuyo esmalte blanco aparece escrito con letras negras "Ramón Bardier", y debajo "26 de Febrero de 186..." Derribada hace pocos años, aparece hoy sujeta a un algarrobo. En esos días era muerto también Carlos Pagés, y, según otros, el mayor Gil, atribuyéndose esas muertes al comisario Palacios. A raíz de esas acusaciones, dispuso Máximo Pérez la instrucción de un sumario con el fin de esclarecer lo que llamó, en notas oficiales, "imputaciones calumniosas". Envió a Dolores con ese objeto al capitán Pablo Navajas, "haver si son extranjeros o si son blancos", y "si el Comisario ha respetado o no a la población extranjera". Se interrogó a varios testigos, y todo lo que estos supieron contestar era que "habían oído decir" que los ciudadanos citados habían sido pasados por las armas por estar confabulados en una revolución blanca. [16]

El 22 de febrero, el general Suárez seguía denunciando "asesinatos escandalosos" en Montevideo y otras partes, prometiendo el Presidente Varela tomar las medidas del caso. "El Siglo" comentaba: "el asesinato de Venancio Flores ha causado en Mercedes una dolorosa impresión. El Cnel. Máximo Pérez adoptó medidas tan prontas, que 24 horas después de tener conocimiento del hecho, tenía reunidos más de mil hombres, acampados a dos leguas de la ciudad y prontos a obedecerle las órdenes que se le comunicaran." [17] Acudió gran número de voluntarios "para combatir contra los blancos"; las gentes corrían al campamento, comerciantes, peones, "sin excepción alguna, abandonando sus intereses"; la animosidad contra los blancos hacía temer grandes represalias. Alineados en cierta ocasión los guardias nacionales, Máximo ordenó que si había alguno blanco, que diera un paso al frente; el silencio glacial que siguió a esas palabras fue solamente interrumpido por el estrépito de un fusil que se le cayó a alguien de las manos. [18]

---

16 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Jefatura de Soriano, 1868.

17 "El Siglo", Montevideo, febrero 24 de 1868.

18 Datos suministrados por D. Salvador Fuentes.

Pasada la primera excitación, Pérez aplazó — nunca lo eliminó del todo — su proyectado alzamiento, permaneciendo en una atenta expectativa. Había recolectado entre los comerciantes una suma cercana a las mil onzas para sufragar los gastos previstos, suma que, pasada la alarma, determinó devolver. Reunió a los donantes junto a la Pirámide, y les anunció su propósito, terminando su alocución con una frase recordada: "Agradezco a todos los extranjeros la ayuda que prestaron; a los ingleses, a los italianos, a los españoles y a... esta raza, como es que se llaman, carajo... ¡a los vascos!" [19] Pero la paz de esos días era harto frágil; corrían a cada paso rumores de nuevas invasiones, y el 26 de febrero Máximo ordenaba reconcentrar las fuerzas de caballería en las costas para evitar que "los enemigos políticos den un golpe de mano". [20] En cumplimiento de esa orden, trescientos hombres partieron a patrullar el Río Uruguay.

Fue en esos días — el 25 de febrero — cuando, lloviendo sobre mojado, se consumó en Mercedes un asesinato que causó gran conmoción, habiendo sido muerto el súbdito italiano Pedro Casagrande, de cuarenta años de edad, y habiendo resultado otra persona herida de gravedad. Casagrande trabajaba como obrero en la construcción de un edificio situado en la esquina de Asamblea y Paysandú, donde estuvo muchos años el comercio de Buenaventura López; asesinado por un compañero de trabajo, "ese mismo día una pueblada hizo irrupción frente a la jefatura, reclamando a gritos el castigo inmediato del matador"; Máximo Pérez "presentóse tranquilo e imponente en el zaguán. Calmó con un ademán a la multitud enardecida y prometióle justicia pronta y barata". Pocas horas después, el asesino Verón era fusilado. "La misma sanción expeditiva aplicó al temible negro Jacinto, cuando éste pretendió atentar contra la vida del gran músico y compositor Facundo Alzola." [21] Pérez comunicó de inmediato el fusilamiento de Verón: "Para escarmiento de muchos pillos", he dispuesto que en el día de ayer [el asesino] fuese fusilado en presencia de esta población que reclamaba tan justo y condigno cas-

19 Ibídem.

20 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Jefatura de Soriano, febrero 26 de 1868.

21 Jaime Ferrer Olais, "Cosas viejas de Mercedes", en la revista "Civismo", número 127, Mercedes, enero 6 de 1941.

tigo contra el criminal. Confiado que V. E. se servirá aprovar esta medida adoptada, sólo me resta pedir que Dios guarde a Ud. De orden del coronel Máximo Pérez, Gregorio Gareta". [22] En cuanto a "confiado", no hay duda que Pérez lo era a veces con exceso; pero en aquella ocasión, y dada la comentada impunidad en que la justicia capitalina solía dejar a los criminales, su conducta presenta excusas valederas. El ajusticiamiento de Luis Verón, el criminal maragato, había sido efectuado, según reza la citada nota, "a pedido de la población extranjera", la cual, una vez consumado aquél, acudió en gran número a agradecerle al Jefe la diligencia con que había hecho justicia.

En Montevideo, las sospechas sobre los asesinos de Flores iban tomando un nuevo sesgo. En un principio —y en esto colaboró en primer lugar el presidente provisorio Pedro Varela— se atribuyó toda la responsabilidad a "los blancos de Quinteros", propugnándose un acercamiento de los colorados floristas con los conservadores, y exaltándose a Suárez y a Caraballo como a los héroes de las jornadas pasadas. Pero poco a poco "empezó a tomar cuerpo la especie de que [dichos generales] no eran tan ajenos al suceso, Suárez especialmente, sobre el cual pesaba todavía el decreto de Flores". [23] Una carta poco conocida de Suárez a Juan Carlos Gómez parece desvirtuar esa especie; dice en ella que cuando se produjo el atentado estaba en el norte del Río Negro, y que vino "día y noche" porque sintió casi "el estallido de la revolución"; llegó un día antes, pero —dice— "no remedié nada, porque nosotros no nos veíamos con Don Venancio". Este —agrega— había echado a Caraballo, a Magariños, y a cuantos le querían dar aviso; lo califica "un dictador dominado por una familia ruda", y dice que le dieron "a los Flores un desengaño que no lo queríamos tan terrible". [24] Pero, en cambio, en una carta que enviara el 11 de febrero (siete días antes del crimen) a Simón Moyano, decía Suárez: "Tanto engañar al Paíz, como a todos, me pone en el caso de nocreer, hies presiso miamigo mirarnos mucho, no nos tiendan una Red quenos

---

22 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Jefatura de Soriano, 1868.

23 Eduardo Acevedo, obra citada, tomo III, pág. 426.

24 Archivo General de la Nación, Montevideo, fondo ex "Archivo y Museo Histórico Nacional", caja 78, 1868.

matemos unos con otros, pués estavisto quetodo Dictador gana con la destrucción de hombres ya conocidos". "Por tanto mi amigo, Ud. sabrá lo que le conviene, silasalvación de su paíz olapersona de Juan o Pedro".[25] Carta, como se ve, harto significativa.

Se realizaron las elecciones, pero Gregorio Suárez, árbitro de la situación, resultó sin embargo vencido a último momento por el general Lorenzo Batlle por 21 votos contra 20. Nombrado Francisco Caraballo el 20 de marzo comandante general de la campaña, la situación siguió siendo confusa, pero la suspicacia de los floristas fue ahondando las divergencias que escindían al Partido Colorado. Máximo Pérez, por su parte, no podía ver nada claro en el asunto y mantenía alerta sus deseos irrefrenables de justicia contra todas esas conductas ambiguas y oscuramente intencionadas. Incapaz de mentir y de mentirse, siguiendo una línea recta hasta la exasperación, no dejaba empero de confiar, en primerísima instancia, en quien pareciera ofrecer una oportunidad de enderezar las cosas. De ahí la nota de adhesión que enviara el 8 de marzo al flamante Presidente, encabezada con un "Mi estimado general y amigo" que era toda una carta de crédito, y que continuaba con una enhorabuena franca por el acontecimiento; luego de solicitar tres mil pesos que se habían gastado para combatir el cólera y, "aunque más no fuera", dos meses de los cuatro que se les debían a sus empleados, Pérez ofrecía en esa carta "su concurso" y el "de mi bandera tradicional por la cual he combatido toda mi vida".[26] Enviaba conjuntamente un comisionado con órdenes "de viva voz". Pero Batlle guardaba in mente sus proyectos; desde un principio había proclamado que una de las preocupaciones fundamentales con que inauguraba su gobierno, era la de refrenar las demasías de algunos Jefes Políticos, y ya en su primera nota cometió la torpeza de aconsejar a Máximo en esa materia, recomendándole respetar la vida de los hombres del partido vencido y amenazándolo, no muy veladamente, con "penas severas" en caso de cometerse tropelías;[27] envió además los tres mil pesos pedidos y prometió abonar los dos meses

25 JOSÉ M. FERNÁNDEZ SALDAÑA, en "La Mañana", Montevideo, mayo 29 de 1931.

26 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Jefatura de Soriano, marzo 8 de 1868.

27 Ibídem.

de sueldos para cuando lo permitiera el estado del Erario. Máximo prefirió por el momento no acusar el golpe, pero debió comprender seguramente que tenía que habérselas con un enemigo tácito. El 13 de marzo licenciaba las fuerzas de caballería e infantería que había reunido, cuatro días después de una visita que efectuó a Soriano, donde dio posesión oficial a Gervasio Galarza del cargo de comisario de dicha localidad, en reemplazo del fallecido Valentín Gutiérrez. [28] En "El Eco de Mercedes" se aseguraba entretanto que en la ciudad reinaba una tranquilidad completa, esperándose la llegada de Caraballo, cosa que al fin no se produjo; la única nota discordante de esos días fue una queja elevada a la Jefatura por el atraso de cuatro meses con que se pagaba el presupuesto, lo cual no significaba mayor novedad. [29] Y como culminando esa paz más o menos varsoviana, Máximo Pérez, apenas cumplido tres meses de su viudedad, contrae segundas nupcias, el 11 de abril, con Josefa Báez Posadas (la "Pepa" Báez), hija del célebre Bernardino Báez, [30] actuando como testigo Zacarías Cazal. Las fiestas, en atención a su reciente luto, no habrán sido quizá muy jubilosas; pero ningún regalo tan inesperado como el que recibió ese día, o el día siguiente, firmado nada menos que por el Presidente de la República, general Lorenzo Batlle.

Si hubo en el Uruguay una generación llamada "del 68", pocas ocasiones mejores tuvo para ejercitarse que las rebeliones rudamente genuinas de Máximo Pérez. La intelectualidad montevideana, en cuyo centro refulgían los veinte años románticos y exaltados de Carlos María Ramírez, redactor de "El Siglo" desde la muerte de Flores, halló entonces ocasión de desplegar su vacuo principismo, versión encandilada del espiritualismo ecléctico de Cousin, y del liberalismo constitucionalista de Tocqueville y Laboulaye. Más por temperamento que por reflexión, más por pereza de ideólogos que por amor a la humanidad, dicha generación, divorciada de la agreste realidad que la rodeaba, incapaz de una observación sociológica que

28 "El Siglo", Montevideo, abril 12 de 1868.

29 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Jefatura de Soriano, marzo de 1868.

30 Archivo de la Parroquia de Mercedes, libro cuarto de casamientos, folio 169.

se ciñera a los hechos reales, ungía una razón todopoderosa y una libertad absoluta que no admitían transacciones. Su flagrante incongruencia con la organización feudal de nuestra campaña aparejó una anarquía sobre la que sobrenadaban oportunistas y hombres más o menos "fuertes", hasta tanto renunciaban a imponer principios demasiado estrictos. El Estado, adoctrinado por semejantes teóricos, intentando establecer un orden y una armonía ideal sólo adecuados a un pueblo de filósofos, terminó por atrincherarse en la ciudad, cerrando los ojos a la verdad de nuestro campo. La sanción de leyes que se pretenden perfectas, en base a circunstancias ideales, llega a ser una traba insalvable para el desenvolvimiento de la vida de un pueblo; la discordancia entre la ley escrita y la ley vital precipita graves desórdenes, incomprensibles para el cerrado esnobismo de "los principistas". Los mitos fomentados por Rivadavia, y luego por Sarmiento, Mitre, Avellaneda, Pellegrini, etc., eran los mismos que, bajo la rúbrica de "Civilización", acariciaban el Club Universitario y la Sociedad Amigos de la Educación Popular, ambos creados en 1868 para desvirtuar con ellos la candente "Barbarie" de nuestra campaña. Era "la obra de la civilización que de las ciudades derramábase a los campos", como escribía Andrés Lamas, dueño de "un alma romántica, descentrada un tanto de la realidad", según lo definiera Pablo Blanco Acevedo. Sin embargo, fue ese mismo Lamas quien entrevió a veces la necesidad de contrastar esos "derechos divinos" a los que se rendía incondicional pleitesía, afirmando que, una vez declarados, se hace preciso "conformarlos a las especialidades morales, geográficas e históricas del país".

Un Código demasiado liberal para el grado de nuestra cultura cívica, resultaba incapaz de refrenar los desbordes de fuerzas acostumbradas a imponerse por sus cabales. Y esas fuerzas se aglutinaban orgánicamente en torno a un Jefe, ungido no tanto por sus virtudes propias, como por la repulsión y el desprecio que merecían tanto un orden impuesto desde fuera como una autoridad arbitraria y desdeñosa. Esa autoridad era débil, sus armamentos no eran ni distintos ni superiores a los de la masa, carecía del respaldo de clases poderosas, de industriales o capitalistas organizados en defensa de sus intereses; los comicios que la habían ungido eran, por lo demás, una parodia democrática; se cocinaban en la casa de Gobierno,

y no procuraban más autoridad que la que ya se tenía. El caudillo podía así, de hecho y de derecho, tratar al poder de igual a igual, y podía ponerlo en jaque apenas se desconocían sus genuinas razones.

Ese caudillo, en realidad, no extraía su autoridad de su función, sino que era él quien jerarquizaba la función, era él quien segregaba un código, gracias a ese poder carismático que lo constituía en una garantía para la continuidad de los sucesos. "D. Venancio manda en Montevideo y en Mercedes mando yo", [31] decía Máximo Pérez, expresando la verdad sin subterfugios; lejos de ser un "tipo inactual, anacrónico en todo sentido"... "algo regresivo e intolerable", como se le juzgara aplicándole una ética de confección, era eminentemente actual, y solamente "intolerable" para una moral desatenta ante las manifestaciones más representativas de nuestra historia. Andrés Lamas seguirá clamando contra "esos cacicazgos que tiznan y azotan a los pueblos americanos", y Adolfo Berro se había preguntado ya: "¿Por qué quieren sus caudillos / con el hierro de la lanza / do virtud tan sólo alcanza / alcanzar ellos también?"; "¿Y por qué bajan al llano / esas huestes iracundas / y en contiendas infecundas / sangre dan y hacen correr?" "¿Por qué?"

Porque "la virtud" urbana no alcanzaba donde alcanzaba la lanza del caudillo; porque el caudillo, rebelándose contra un simulacro de autoridad, se sobreponía a ese miedo difuso que es la piedra miliar de todo Estado. Y ese valor es el que está en la base de toda cultura; sólo el valor, con lanza o devociones, pero siempre con denodada intención de verdad, puede engendrar, en sus últimos avatares, un poder espiritual interiormente legítimo. El Gandhi aconsejaba a su pueblo dos virtudes: tener valor y decir siempre la verdad, lo cual en el fondo no es sino otra forma del valor. Pérez, como en seguida veremos, dijo toda su verdad, y la dijo con todo el valor que las circunstancias requerían.

La elección de Batlle, el antiguo aprehensor de Rivera en Maldonado, no levantó grandes resistencias entre los floristas más acérrimos. Aunque contrario al caudi-

31 JOSÉ M. FERNÁNDEZ SALDAÑA, en "El Día", Montevideo, abril 25 de 1937.

llismo, el nuevo Presidente no se encandilaba con el fácil doctrinarismo de los engreídos "intelectuales" de la ciudad, e integró su Ministerio con todos los matices colorados de entonces: José Ellauri, liberal, enemigo de los conservadores; Emetério Regúnaga, semiconservador y semicaudillista; Pedro Bustamante, conservador, y Gregorio Suárez, caudillista. Máximo Pérez, como lo habían hecho todos los Jefes Políticos del país, de acuerdo a una circular de Flores, elevó su renuncia convencido de que sólo se trataba de una simple formalidad, aunque tal vez, como opina Pivel Devoto, para "pulsar el grado de adhesión del nuevo Gobierno para con los amigos del General Flores".[32] Juzga Pivel Devoto a Pérez como "caudillo analfabeto, curioso y pintoresco personaje que había centralizado en su persona todas las funciones del departamento ejercidas con moderación, honradez y espíritu personalista".

Batlle vio en la renuncia de Pérez la oportunidad que estaba esperando; así fue que la aceptó, y en su despacho firmado el 11 de abril, el mismo día en que Máximo contraía matrimonio, nombraba a Francisco Albín para ocupar el puesto vacante. El decreto decía así: "Artículo 1º: Acéptase la renuncia que ha elevado el Coronel D. Máximo Pérez, del cargo de Jefe Político del Departamento de Soriano, agradeciéndole", etc. "Artículo 2º: Nómbrase en su reemplazo Jefe Político del expresado Departamento al ciudadano D. Francisco Albín". Firman Batlle y Regúnaga.[33] Máximo, seguro ya de las intenciones del flamante Presidente, reaccionó con la ferviente pasión que lo caracterizaba. No sólo se le despojaba de su cargo, sino que se nombraba en su lugar a quien consideraba un notorio traidor a la causa florista. El gobierno intentó prevenir el estallido que se preveía, y cuatro días después, el 15 de abril, Máximo Pérez era nombrado Coronel de Caballería,[34] enviándosele con tal motivo una hermosa espada que el gobierno francés había regalado al nuestro. Pero Máximo no estaba como para paladear ese agri-dulce terrón de azúcar, y no bien llegó el presente a sus manos, lo partió en pedazos, y arrojó éstos

---

32 JUAN E. PIVEL DEVOTO, "Historia de los Partidos Políticos en el Uruguay", tomo II, pág. 27, Montevideo, 1942.

33 "El Siglo", Montevideo, abril 12 de 1868.

34 Archivo del Estado Mayor, legajo 40, carpeta 435, Montevideo.

al escusado de su casa de Mercedes. Setenta años después, al efectuarse una limpieza, se encontró un fragmento de dicha espada.

En contestación a una carta de Máximo que no hemos podido encontrar, Batlle le escribió con fecha 15 de abril; el borrador, de su puño y letra, dice así: "Sor. Coronel D. Máximo Pérez. Mont.º Abril 15 de 1868. Estimado Amigo - Herecibido su carta del 12 de abril que me ha traido el Com.te Avila. Su lectura me ha dejado una impresión penosa. Yo encargue al Sor. Mac Koll espresar a V las razones que determinaban mi resolucion y creame que el sentimiento de amistad hacia V influyen en parte a su separacion de la Gefatura Politica. Entramos en una epoca constitucional y los diarios y las Camaras nos han de producir a todos muy serios disgustos. Librarle a V de esa posición y de los cargos justos o injustos que se han de apresurar a hacernos por la más mínima cosa, es a mi entender, rendirle un servicio de amigo. Al mismo tiempo haciendo una exepcion con V. solo, le hago dar de alta como Gefe del Ej.to de Linea, pues el Gral Flores se rehusó tenazmente á hacer esta concesion a la gran mayoria de oficiales que no habian empezado su carrera en esta arma. Asi es que V. no revistaba en el Estado M.or General y ni la Contaduria ni Comisaria le hacian revistar en sus estados. No digo esto para que me tenga V. que agradecer el servicio, pues que si no hallase justificada esta medida por sus servicios y la importancia que V. tiene en ese Departam.to no me hubiera atrevido a dictarla. El Com.te Avila que parte hoy y el cumulo de las atenciones que tengo entre manos no me permiten ser mas extenso, lo que hare en la primera oportunidad que se me presente. Soy su affmo. am.º y S S". [35]

Pérez intentó presionar en el ánimo del Presidente enviando una delegación (mencionada en su nota del 3 de mayo), pero en la breve contestación, firmada por Batlle el 22, éste ratificó su propósito. Como comentaba "La Tribuna" meses después, Batlle, rodeado de utopistas y de especuladores, creyó poder desconocer los derechos adquiridos en sus largas luchas, por los floristas, y destituyó en consecuencia a cinco Jefes Políticos, sin esperar a que los ánimos se calmaran; le faltó tacto y conside-

35 Archivo del General Lorenzo Batlle, carpeta 37. Copia facilitada por la Dirección del Museo Histórico Nacional.

ración por los que habían sido los mejores amigos que tuvo Flores. [36]

Pérez tuvo pues que abreviar la luna de miel y aprestarse a tomar por la fuerza lo que otra especie de fuerza, reacia a legítimos argumentos, venía de usurpar. El 29 de abril la prensa de Montevideo notificaba la llegada de Francisco Albín a Mercedes, en medio de una atmósfera tensa. Máximo Pérez, seguro ya de las intenciones del Presidente, reaccionó con su característico impulso. Congregó una vez más su gente y envió al General Batlle su famosísima nota; nunca quizás un Presidente de la República ha recibido una nota tan audaz como la que aquí transcribimos; leyéndola, no sabemos qué admirar más: si la ingenuidad admirable de quien confía hasta tales extremos en la expresión sincera y sin tapujos de sus convicciones, o la bizarra osadía para la cual no existía otra autoridad que aquella que emanara de una rectitud insospechable en sus procederes. Sería no comprender la esencia de ese gesto, sonreir por la forma torpe y desatinada con que es realizado. Palabra a palabra, vemos crecer en ella el hervor de su alma, con el insostenible empuje de su sinceridad. Leámosla con atención, porque es un hombre entero el que habla, un hombre que subraya con su vida un ideal del que no puede desertar, y por el cual se atreve a desafiar con esas mil chuzas genuinamente orientales, las trapacerías de quienes ponían en un plano demasiado absorbente su afán de perdurar en el gobierno, aún a costa de las más inaceptables transacciones.

"Jefatura de Policía del Departamento de Soriano — Mercedes, Mayo 3 de 1868 — Excmo. señor: La carta de V. E. fecha 27 del mes ppdo., es en mi poder; y por ella veo sin embargo de lo que han podido expresar a V. E. respecto a la persona del señor Albín el Gobierno insiste en mandar a dicho señor de Jefe Político de este Departamento.

El debido acatamiento que debo a la autoridad de V. E. ha debido quedar paralizado en este momento. Los motivos que a ello me obligan son poderosos y ellos se reduce, Excmo. Señor, a no poder aceptar el nombramiento que V. E. ha hecho en la persona del señor Albín. Si, Exmo. señor, si los hombres que han sido desleales

36 "La Tribuna", Montevideo, noviembre 13 de 1868.

a su patria, y a su partido, vienen hoy a ocupar puestos honorables en la administración de V. E. ¿qué compensación les queda, para los leales servidores que en holocausto a su libertad y a la elevación del hombre, se han sacrificado?

El señor Albín, Exmo señor, es de todo punto inadmisible porque por todos principios no es acreedor al puesto que V. E. le honra. Traiga V. E. a su mente la manifestación de traidor con que fué declarado por nuestro malogrado General Flores, cuando desertó, y entonces V. E. me habrá dado la debida justicia a mi franca exposición. Además de esta manifestación que me permito hacerle, debo expresar a V. E. que en presencia de la resolución gubernativa, y la no aceptación del señor Albín, he dispuesto que se apersonen a V. E. dos personas de reconocida probidad y reputación, vecinos pacíficos de esta ciudad, patriotas tan acreedores a que V. E. se fije en ellos, mejor que en el Sr. Albín.

V. E. en esta virtud, se servirá elegir para Jefe de este Departamento, a uno de esos dos individuos, estando confiado V. E. que a ellos les haré respetar y los respetaré debidamente. No concluiré la presente sin expresar a V. E. mi voluntad decidida la cual es que el Gobierno revoque la resolución adoptada, relativamente a su nombramiento y yo me resigno a hacer respetar a V. E. de su Ministerio, si, por algún evento, no quisiera aceptar el nombramiento de los dos vecinos que propongo. Yo, Exmo. señor, estoy decidido a sostener a V. E. sino tuviera la voluntad propia de dejar a un hombre honorable para dirijir este Departamento, propuesto por un soldado que todos sus sacrificios los tiene por su legítimo partido que es el Colorado. Muy triste es, señor Presidente, ver que a todos los hombres del partido del General Flores, se está eliminando de los puestos públicos y relegándolos al desprecio. Hay hombres muy acreedores, Exmo señor, a los puestos públicos, que pertenecen a nuestro partido, y si a estos se les mira indiferentemente no sé a donde ocurrir. Permítame V.E. que exponga una verdad y ella es que el Ministerio de V.E. es demasiado desquiciador, pero para ello hay también sus elementos para derrocarlo; en tal virtud adopte V.E. las médidas enérgicas como solicito, o de lo contrario, cuente V.E. conque yo lo haré respetar, con más de mil lanzas decididas con que cuento en planta en mi Departamento para

mudar su ministerio sin oponer resistencia a su mandato. El Ministerio de V.E. en una palabra, no presenta ningunas garantías para los hombres del partido colorado, y en este caso repito a V. E. que debe morijerarse, pues de lo contrario me he resuelto ya a derrocarlo a balazos, pues es a lo que se han hecho acreedores por sus actos disolventes. Concluyo a V.E. pidiendo las más amplias garantías para todos los colorados de mi departamento, pues si ellas no se nos presentan, por medio de nuestras chuzas nos las haremos dar, especialmente, si el Ministerio de V.E. a ello se negase. No pido tan solo para este Departamento las garantías para el partido Colorado, que se ha sacrificado a la par de nuestro General Flores, sino para todos los colorados de mi país, pues me consta que por falta de ellas se alejan de nuestra Patria. Saludo a V.E. atentamente y me repito su afectísimo amigo. Por orden del Señor Coronel don Máximo Pérez. — Gregorio Gareta." [37]

Con la misma fecha, Avelino M. Delgado le mandaba a Batlle una larga y reveladora explicación: "Por el Señor Avila portador de esta se impondrá V. E. de los sucesos que han tenido lugar, y de la actitud asumida por el Señor Gefe Político, sin embargo de las serias observaciones que varios ciudadanos hemos debido hacerle. Tratando de averiguar la causa de las medidas adoptadas por el Señor Cor. Perez, he podido comprender, segun su misma espresion, que ella no es otra sino la de hacer respetar la autoridad del Presidente de la Republica, cuartada por los Señores Ministros, segun lo opinaba dicho Sor. Coronel, opinion que el formaba del contenido de la ultima carta que V.E. se ha servido dirijirle. V.E. dice en ella *que el Gobierno no ha podido* revocar el decreto que nombró al Sor. Albín Gefe Político. Bien pues: esas palabras á estar á lo que he podido comprender, las interpreta el Señor Perez asegurando — que ellas importa decir que el Gobierno (que reconoce reasumido en la persona de V. E.) es el *que no ha podido* revocar aquella resolución, y la consecuensia de ese *no poder* la la saca de la oposición que dice hacen á V. E. los Sres. Ministros, en particular el de Gobierno. V. E. dudará quizá de semejantes deducciones pero no las estrañará al recordar que el Coronel Perez, durante el Gobierno

37 Ibídem, mayo 9 de 1868.

dictatorial siempre y en todos los casos se entendio directamente con el Señor Gobernador Provisorio, quien en su concepto componia todo el Gobierno, con prescindencia absoluta de los Secretarios de Estado. Tal es, Exmo. Señor, los resultados de aquel presedente, que aun cuando jamás justifique los hechos, nos inclina no poco á disculparlos. V. E. es el unico que puede salvarnos del conflicto en que nos hallamos. Dios lo quiera. Teniendo conocimiento de que el Señor Coronel Perez en nota que dirije al Exmo Gobierno indica mi persona como apta para sustituirle en la Gefatura, ruego encarecidamente á V. E. que si llegare el caso, tenga la bondad de fijarse en otro ciudadano, pues aun cuando me sobraria voluntad p.ª hacer ese nuevo sacrificio aceptando un puesto dificultoso, me faltan actitudes y sobre todo la salud." [38]

Batlle dio cuenta inmediatamente a la Asamblea del exabrupto del caudillo, pero la Asamblea, en la que predominaba la tendencia florista, se expidió con una tibia lamentación que, más que respaldar, debilitaba toda posible sanción gubernamental. Decía, entre otras cosas: "La Asamblea lamenta los acontecimientos [...] y se permite recomendar muy especialmente al Poder Ejecutivo que las medidas que se adopten a fin de restablecer la tranquilidad pública, si es posible sean sin derramamiento de una sola gota de sangre de orientales." [39] Sorprendente, en verdad, declaración, por la que se venía a recomendar al Gobierno que no se opusiera al levantamiento armado que se avecinaba, y contra el cual no pronuncia ni una sola palabra de censura.

El espíritu del florismo, excitado aún, se manifestó en dicha emergencia de otras maneras no menos explícitas. El Jefe y los Oficiales del Batallón 1º de Guardias Nacionales de Montevideo se apersonaron al general Batlle, para comunicarle que estaban resueltos a permanecer neutrales en la contienda suscitada por el caudillo de Mercedes, anunciándole que "no dispararían un sólo tiro" contra su correligionario político. El Jefe del 2º se adhirió a estas manifestaciones, no así sus oficiales, quienes, invocando la falta de energía gubernamental, presen-

---

38 Archivo del Gral. Lorenzo Batlle, carpeta 34, citado.

39 EDUARDO ACEVEDO, obra citada, tomo III, pág. 511 (los relatos no testificados fueron extraídos de diversos números de "El Siglo" y "La Tribuna").

taron renuncia de sus cargos; en resumen, porque bogara o porque no bogara, de todos lados le caían palos al Presidente como premio a su inoportuna ambigüedad. Como lo expresara Juan A. Magariños Cervantes a Caraballo en carta fechada el 11 de mayo, "este motín más escandaloso q' el de Maximo ha quedado entre telones, y á nadie se ha castigado. Mientras tanto se quiere hacer un crimen de lo hecho por el amigo Dn. Maximo". Agrega que, así como los guardias nacionales declararon que no tirarían un solo tiro contra Máximo, "en ese sentido está el espíritu de la mayoría de la población". [40]

Sostenido entre otros por Gregorio Suárez, quien lo exhortaba a poner un freno a los excesos de Pérez, Batlle contestó expidiendo un decreto en el que decía que "al manifestar su resolución de no prestar su apoyo al Gobierno para contrarrestar y sofocar la rebelión armada", la actitud indisciplinada de dichos Jefes podía considerarse "como un acto sedicioso de aquellos que las leyes militares castigan con las penas más severas"; pese a entender además que dicha renuncia estaba concebida en términos inconvenientes y ofensivos a la seguridad del Gobierno, el Presidente se conformó con mantener prisioneros en el hotel a los dos portadores de la carta, y con destituir a los insubordinados, no aplicándoles las penas severas a que los hacían acreedores las ordenanzas militares que se citaban en el preámbulo del decreto. Pero el Presidente Batlle, mezcla variable de debilidad y decisión, no estaba dispuesto a permitir tamaño desafío. El 4 de mayo, antes de recibir la carta, se enteraba ya por dos telegramas de Buenos Aires, uno de Albín y el otro de Manuel Pacheco y Obes, que Pérez había "puesto sobre las armas a todo el departamento". En seguida telegrafió a Colonia y San José, en donde nada se sabía; "son las cuatro de la tarde y estamos con la mayor ansiedad". Al otro día, 5 de mayo, Batlle comunica haber recibido la "confirmación de la noticia" y de la "descabellada y criminal intención" de Pérez. [41]

La misma tarde del día en que recibió la nota, cuyos portadores eran el comandante Avila y Juan J. Zuloaga, envió a su Ministro de Guerra, Suárez y a Caraballo en

40 Ibídem, tomo 554, documento 18.

41 Archivo General de la Nación, Montevideo, fondo "ex Museo y Archivo Histórico Nacional".

el "Villa del Salto" al frente del Batallón "Constitucional". Pérez exigía en dicha nota la renuncia del Ministerio por entender que había coartado la voluntad de Batlle, y proponía a Francisco M. Acosta, Pedro Varela y Manuel Herrera y Obes, para ocupar Guerra y Marina, Hacienda y Gobierno respectivamente. Como inmediata respuesta, el 5 de mayo el Presidente decretaba: "Habiéndose declarado el coronel Don Máximo Pérez en abierta rebelión contra la autoridad constitucional" "y siendo deber de este Gobierno castigar de la manera más enérgica ese atentado que importa el conculcamiento de los principios de orden y moralidad base de todo el Gobierno, el Presidente de la República, en acuerdo de ministros decreta; Artículo 1º: Declárase rebelde contra la autoridad del Gobierno al expresado coronel Pérez; artículo 2º: comuníquese al Comandante General de Campo Brigadier General Don Francisco Caraballo, para que con las fuerzas que se pondrán a su disposición, proceda al inmediato sometimiento del expresado Jefe a la autoridad legal que ha desconocido; Artículo 3º: Comuníquese esta resolución a todas las autoridades de campaña a fin de que por su parte concurran a la captura del Gefe en rebelión y de las fuerzas que, obedeciendo a sus órdenes, se presentaran en sus respectivos Departamentos". Firman Batlle, Suárez, Regúnaga, Ellauri y Pedro Bustamante.

Se ordenó en seguida tener listos veinte mil tiros de fusil y treinta mil de tercerola; se organizó una legión de italianos voluntarios al mando del comandante Bottaro se dio orden de marchar al Escuadrón Escolta al mando del comandante Montero y a dos compañías movilizadas del Batallón 3º de Guardias Nacionales, las que se acuartelaron en el Cordón. [42] En cuanto a Albín, "el Jefe Político nonato", como lo llamaba "El Siglo", había huído de Mercedes, pero una vez repuesto su ánimo, se reembarcó en Buenos Aires en el "Villa del Salto", amparado por el contingente estudiantil.

Máximo abandonó Mercedes el 5 y se concentró en Coquimbo con la Guardia Nacional; el Gobierno se le había sublevado y había que proceder en consecuencia. Sus opositores de siempre volvieron a hablar de coacción,

42 "La Tribuna", Montevideo, mayo 6 y 9 de 1868.

de la que algunos, como Grané, habrían logrado escapar; pero el recibimiento hostil infligido a Albín, así como la rapidez con que Pérez fue rodeado por su gente, testimonian con elocuencia la espontaneidad de la reacción popular.

Al salir de Mercedes, Pérez envió al comandante Avila a Dolores a solicitar apoyo para la "solevación", pero Nolasco Romero pudo escabullirse al frente de cuarenta hombres, entre ellos los capitanes Santiago Borges, Martín Avila y Pablo Navajas, con quienes se fue a Palmira; regresó luego a Dolores, donde se le unió el teniente Avila con doce hombres; el día 8 estaba en Dolores con setenta hombres; envió a Navajas y a Borges a solicitarle armamento a Caraballo. Reclamado cuatro días después desde Mercedes, Romero se excusó aduciendo estar enfermo y no poder montar a caballo, y envió en su lugar a Martín Avila con todas las fuerzas disponibles. [43]

Simultáneamente Máximo enviaba emisarios a Soriano con órdenes de salir a campaña; Gervasio Galarza, flamante comisario de la villa, reunió toda la gente que pudo y salió de inmediato a reunirse con Pérez. El juez de paz José I. Marfetán, a quien dejara al cuidado de la villa, formó un piquete y pasó el parte de lo sucedido a Caraballo, solicitándole de paso veinte o veinticinco hombres de refuerzo. [44] Otro que se adelantó en procura de adhesiones fue Higinio Fernández, a quien se le vio el 4 por la mañana a orillas del Guaycurú.

El día 6 Máximo estaba en el paso de la Tranquera, sobre el arroyo Grande, desde donde le envió un chasque al Jefe Político de Paysandú: "Muy querido amigo: He resibido su apreciable Carta, y lamento no poder complazerlo en lo que me pide. Los hechos querido amigo han llegado a combencernos que algunos hombres que hoy rodean al Gobierno han sido los autores del asesinato perpetrado en el Gefe de nuestro partido el General Dn Venancio Flores. Y que aser ante estos echos, bengar á todo transe esos crimenes á costa de lo mas caro. Es presiso mi amigo, que interponga V. toda su influencia á fin de conseguir boltear al partido conserbador como autor de la ruina de nuestro país. No se imajine V. mi

43 Museo Histórico Nacional, Montevideo. Colección de manuscritos, tomo 554, documento 11.

44 Ibídem, documento 15.

amigo que mi mente es dar contra el Gobierno, nó jamás, pero sy, para boltear este ministerio tan ostil á todo nuestro partido. Espero que como particular amigo mio y de la causa haga lo que pueda y ordene á su berdadero amigo, que desea mui pronto darle un abrazo. Por el Coronel Don Maximo Perez. — A. Goicoechea. — Posdata: Le recomiendo la entrega de las adjuntas cartas á la mayor brebedad tenga fé mi amigo en lo que hoy hasemos pues defendemos al partido colorado berdadero. Las notas a que este parrafo se refiere las he remitido a sus diferentes direcciones. — Eduardo M Eachen." [45]

El mismo día, Pérez le escribía al teniente coronel S. Irigoyen: "Mi querido compañero, Estoi campado con dos mil hombres de las dos harmas colorados todos y desididos a sostener al partido que tantos sacrificios nos costo conseguirlo, merced á el valor abilidad y desición tanto de todos nosotros, como de nuestro malogrado General Flores, asecinado traidoramente por los inventores de la mina; y este partido que con la mayor infamia ha tomado poseción del mando en nuestro país, hoi trata de humillarnos y dividirnos, escudándose con el nombre de colorados, lo qᵉ no es cierto por el modo con que proceden, que es igual al tratamiento que nos han dado los Blancos en su epoca; Y es por esto que invito á todos los colorados de sacrificio que son los verdaderos, á que me imiten, y una vez hunidos todos derroquemos ese ministerio indigno de pertenecer á un partido de tan gloriosas tradicciones y poner de fé la gran obra que nos dejó nuestro valiente Gefe Libertador. Es a V. que me dirijo y le ofresco mi proteccion quedando de V. S. S. y compatriota. Por orden del Sor. Coronel Dn. Maximo Perez. — M. Mari.º D'Acosta." [46]

Máximo siguió hacia el este lentamente, y el día 8, según se lo notificaba Batlle a Brígido Silveira, se hallaba con mil hombres "cerca de la estancia de Flores". [47] Ese mismo día Pérez entró en Porongos, donde, procediendo con singular astucia, provocó el desconcierto del jefe de la guarnición Juan Valiente. Máximo, que disponía de 1.300 hombres bien armados pero que contaba

45 Archivo del Gral. Lorenzo Batlle, citado, carpeta 37.

46 Museo Histórico Nacional, Montevideo. Colección de Manuscritos, t. 554, documento 9.

47 Archivo General de la Nación, Montevideo, fondo "ex Archivo y Museo Histórico Nacional".

solamente con seis mil tiros, entró con suma corrección, prohibiendo que se molestara a nadie y hasta que se decomisaran caballos. Las noticias que llegaban de Porongos resultaban desconcertantes: se informaba en efecto que la gente de Pérez y el destacamento de la plaza confraternizaban en las pulperías, portando los del gobierno banderolas blancas con una cruz roja y los insurrectos, según unos, banderolas rojas y según otros blancas, siendo probable que usaran una u otra según las circunstancias.[48] Una carta de Valiente enviada días después a Caraballo vino a aclarar la razón de tan extraña situación: "Sma Trinidad Mayo 12 de 1868. — Exmo Sor Gral en Gefe del Ejercito — D Fran.co Caraballo — Pongo en conocimiento de V.E. que con fecha 7 del corriente tuve or([del])den del Gefe Politico del Depm,,to para rreunir siénto ochenta hombres: sin que se me dijese cual era la cauza, y despues de dos o tres oras se me precenta el Cor,,l D,,n Masimo Perez con una divicion poco más ó menos de ochocientos hombres de caballeria, y como sien ymfantes. Sin saber la cauza de tal actitud, y teniendo una entrevista con migo me dise que el no tenia la idea de dar contra el Govierno: q.e al contrario estaba con el, pero si contra el min,,to, por tal motivo esperaba ordenes de V.E. y en esta virtud me dice que continuace rreuniendo como en efecto, sigue y sigo; cuando con fecha 8 rresivo *(o mejor dicho me dirije)* otra nota del Sor Gefe del Depm,,to que la rrecibo el dia 9 à las dies de la mañana en la que me desía que tuviese toda óbcervacion sobre el cor,,l Peres, V.E. podra apreciar en que alternativa me encontrava, sin poder lla por el momento separarme del Pueblo; llo podría aber salido pero le quedava toda la reunion que estarían viniendo los oficiales amedida que le fuecen asiendo: de manera pues que tuve ahum permanecer de acuerdo con el, hasta ponerme en contato con el Cor,,l Mullano como en efecto marche hasta la costa de Maciel y desde alli mande á un amigo de confianza á quien V.E. conose que es D.n Justo P. Ortiz alc.de Ord,, de este pueblo; que tambien Masimo la avia echo marchar para tener una entrevista con el Cor.l Mayano y nombrar una comicion de personas rrespetables del Pueblo del Durasno para mandar á cerca del Govierno: lo que no ha tenido lugar, por concecuencia el Cor.l Ma-

48 "La Tribuna", Montevideo, mayo 13 de 1868.

llano me contesta diciendome que el estaba rreuniendo sin Orden de Govierno; que aller once avia pasado hun chasque al Gobierno participandole que avia procedido á rreunir, en vista de allarce el Cor,,l Perez al frente de su Depar,,to y mas me dise el cor.l Mollano, que el solo espera ordenes de V.E. para saber lo que a de aser, de manera pues mi querido Gral que estamos como los niños del limbo asi es que llo me erretirado al pueblo para acabar de aser mis rreuniones y esperar sus ordenes: que no las aceptare de nadie sino de V.E. asi es que espero me diga lo que ha de aser si devo marchar para donde este V.E. o no: al efecto mando espresam.te al alferes Alvino Allula, para que sin perdida de tiempo me de sus instruciones: en V.E. pende la salvacion de todo el partido y del Pays en General, no trepide V.E. en darme sus ordenes que en el mismo caso se alla el Cor,,l Mollano sin saber lo que e de acer: por que sencible no es tener que chocar entre colorados y hombres de sacrificios, que lo que consigiremos con esta desunion sera perdernos y darles el intrifu á nuestros enemigos Politicos á la berdad esto es lammentable, meditelo Gral por un momento que en V. esta nuestra salvacion: aller etenido una carta del comd.te Enciso que esta en el mismo estado sin saber lo que a de áser como estamos todos — Dios Gde a V.E. ms años — Juan Baliente." [49]

A una réplica seguramente irónica de Caraballo, Valiente enviaba el 14 nuevas noticias desde Trinidad: "Exmo Sor Gral en Gefe de Ejercito — D. Fran,,co Caraballo — Tengo en mi poder su nota fcha del 13 del que corre en la que me dise que me suponia enbosalado: tendria que ser muy fuerte el bosal p.a que me pudiese sujetar en esta virtud; siempre estado de parte del Govierno: po[r] que quien nos puede dar Paz, y massime cuando figuran los primeros hombres que an sido los que an contribuido a formar la grande obra q. nos a legado nuestro malogrado Gral Flores en Culla linea esta Ud, en estos momentos que son las dos de la tarde rresibo la de Ud; y otra del Sor Gefe Politico del Depm,,to en la que me ordenan terminantem.te que marche a incorporarme á la divicion de San José, avisos que no puedo desovedecer: y me pongo *(en marcha)*, á incorporarme al

49 Museo Histórico Nacional, Montevideo, Colección de Manuscritos, tomo 554, documento 19.

Sor Mtro de la Gra se lo comunico para que Ud sepa cual es la cauza de no marchar donde Ud. esta, no abrigue otra idea mi querido Gral — lo saluda su am.º y compañero — Juan Baliente." [50]

El mismo día de su llegada a Porongos, Máximo le escribía a Caraballo dos partes consecutivos: "S Sma Trinidad Mallo 8 de 1868 — Sor Gral D..n Fran..co Caraballo — El ynfrascripto se ápresura á comunicar á V.E. que meallo en este punto con una divicion de mil quinientos hombres: y al tomar esta actitud, no asido mi mente dar contra el Precidente de la Republica, pero si para échar abajo al ministro de la Gra. que es quien nos esta despedasando al partido colorado: y muy particularm.te á los hombres que émos ayudado a coronar la crusada Libertadora que fue iniciada por nuestro ylustre malogrado Gral Florez, asecinado alevosamente en las calles de Montevideó, en la que tiene V. Gral una parte muy activa, y que no podra desconocer a sus compañeros de ynfortunios: que tan caro nos cuesta por Concecuencia yo y la divicion a mi mando estoy dispuesto asostener a todo trance al Precidente, de la Republica, como también estoy dispuesto a combatir hasta con hun solo hombre que me quede por la distitucion del Min.º en esta virtud lo permanecere en estas alturas donde espero Sor Gral tener una entrevista, que la deceo con lo mas ardiente de mi corazon, porque llo no rretrocedo hasta no conseguir el objeto propuesto: por tanto mi Gral es cuanto puedo decirle, que amí me encontrará siempre dispuesto a unirnos con los colorados de Corazon, pero[no] a transigir con hombres funestos a nuestra cara patria como lo hés el Gral Suares. — Dios Gde a VE. m.l añ.s Por el Cor.l D.n Masimo Perez — Justo P. Ortiz." [51]

"Porongos Mayo 8 de 1868 — Sor. Dn Fran.co Caraballo — Estimado compañero y amigo — En este momento resibo su apreciable carta fecha 6 redactada el 6 frente a Higeritas, y á la verdad que los conceptos que en ella V. vierte, como berdadero colorado, y como amigo particular mio, me honran Mehallo en estos momentos al frente de mil quinientos soldados y tanto yó actualmente Jefe de ellos como esos buenos servidores de la patria, nos encontramos dispuestos á respetar a V como General

50 Ibídem, documento 24.
51 Ibídem, documento 10.

en Gefe de este nuebo Ejército Libertador Siento mi querido amigo no poder hallarme en mercedes donde debe hallarse el seis pues ya me hallo en porongos con el comandante Balientes pero hiré esperando á V poco á poco en mis marchas deseando á cada momento encontrarme con V. Soy como siempre su berdadero compañero y amigo — Por el Coronel Dn Maximo Perez — Agustin Goicoechea."[52]

El "vandalaje" que se le atribuía a Pérez por principio ("hordas de depredación y vandalaje") y el robo de los veinte mil pesos de los fondos fiscales de Porongos que se le quiso endosar, tuvieron que ser pronto rectificados por los mismos desaprensivos acusadores. Primero se rebajó la suma a tres mil noventa pesos, producto de la contribución directa; días después toda la prensa tenía que reconocer que los "vándalos" no habían tocado un solo centésimo.[53] La verdad es que Pérez se cuidaba de causar perjuicios de ninguna naturaleza, habiendo impartido órdenes severas para prevenir cualquier desmán de su gente. Se habló de algún fusilamiento y de algunas deserciones; se encontraron desertores en los montes próximos a Mercedes y en San José se presentaron el teniente Diego Astrada y el capitán Ríos.[54]

El 8 de mayo llegaban a Mercedes, Caraballo y Albín, asumiendo éste el mando en medio de un aparatoso despliegue militar. La ciudad presentaba, por lo demás, un aspecto desolador. "El género masculino nacional se reduce en Soriano al Juez de Paz y cuatro viejos a cuyo cargo se halla el pueblo, habiéndose marchado todos los demás, con la buena voluntad que se desprende del miedo de recibir una de las caricias a que es tan afecto Máximo Pérez."[55] La población masculina que no había sucumbido a los estragos del cólera, estaba en su gran mayoría vivaqueando en los campos de Coquimbo. Fueron así vanas las cartas traídas por Caraballo para vecinos prestigiosos, y las entrevistas que intentara. En Mercedes habían permanecido casi exclusivamente los extranjeros, quienes, como prueba de las simpatías que había sabido despertar Pérez entre los pobladores, se dirigieron en

52 Archivo del Gral. Lorenzo Batlle, citado, carpeta 36.
53 "La Tribuna", de "El Norte" de San José, mayo 18 de 1868.
54 "El Siglo", Montevideo, mayo 15 y 20 de 1868.
55 "El Siglo", Montevideo, mayo 12 de 1868.

masa ante Caraballo, a quien le manifestaron sin ambages su hostilidad contra la personalidad de Albín. A tal extremo llegó la requisitoria de los comerciantes presentes, que Caraballo debió excusarse y declarar que él personalmente no podía decidir nada, aconsejándoles que redactaran una nota y la elevaran al Superior Gobierno. Los vecinos allí congregados (que según el Embajador de Francia, Maillefer, eran veinte orientales y trescientos extranjeros) [56] insistieron en sus insólitas exigencias y la reunión terminó en un escándalo mayúsculo. [57] Ese mismo día, Albín entregó su renuncia a Caraballo: "Después de un escándalo semejante — termina diciendo — y cuando creo haber llenado extrictamente mis deberes teniendo toda la abnegación posible para no ridiculizar al Gobierno y salvar mi propia dignidad resistiéndome a presentar renuncia que me quiso obligar ha hacer el Coronel Perez, creo que ha llegado el momento de hacerlo lugar como lo hago, presentando mi renuncia de un modo indeclinable para que V.E. se sirva elevarla al Superior Gobierno á fin de que sea aceptada". [58]

Al día siguiente Albín eleva otra nota al ministro respectivo; expresa en ella que en la reunión del día anterior "levantó la voz un extranjero torpe pidiendo que se derogara el decreto del 11 de abril, animado por las palabras del Coronel Echague que había hecho una indicación al respecto"; [59] dicho "extranjero torpe" resultó ser un "maestro argentino", quien propuso la adopción de medidas transaccionales. No sería tan aislada esa manifestación cuando ese mismo día, convencido Albín que ni aún con el apoyo militar conseguiría el asentimiento del pueblo, resolvió renunciar a un cargo que no había tenido tiempo de estrenar. Su renuncia, claro está, fue rechazada, y se le obligó, quieras o no, a que apechugara con una situación en la que estaba comprometido el prestigio del Gobierno. Rechazada la renuncia, la colectividad inglesa prefirió abandonar la ciudad, confirmando con los

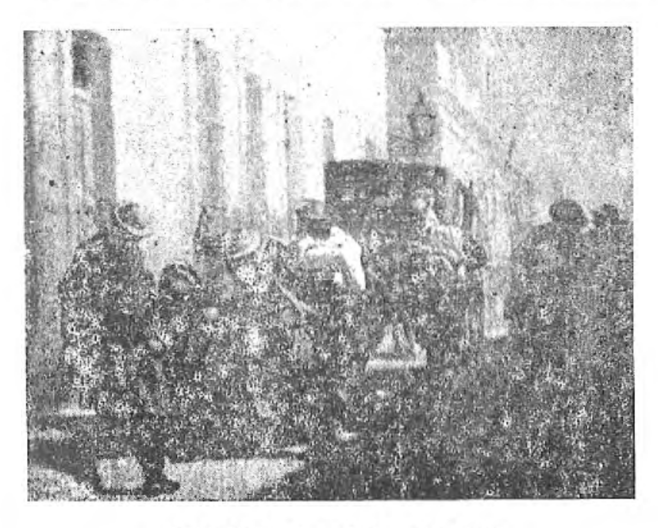
56 "Revista Histórica", Nº 76-78, "Informes diplomáticos de los Representantes de Francia en el Uruguay", pág. 324, Montevideo, octubre de 1956.

57 "La Tribuna", Montevideo, mayo 12 de 1868.

58 Museo Histórico Nacional, Montevideo. Colección de manuscritos, tomo 554, documento 12.

59 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Jefatura de Soriano, mayo de 1868.

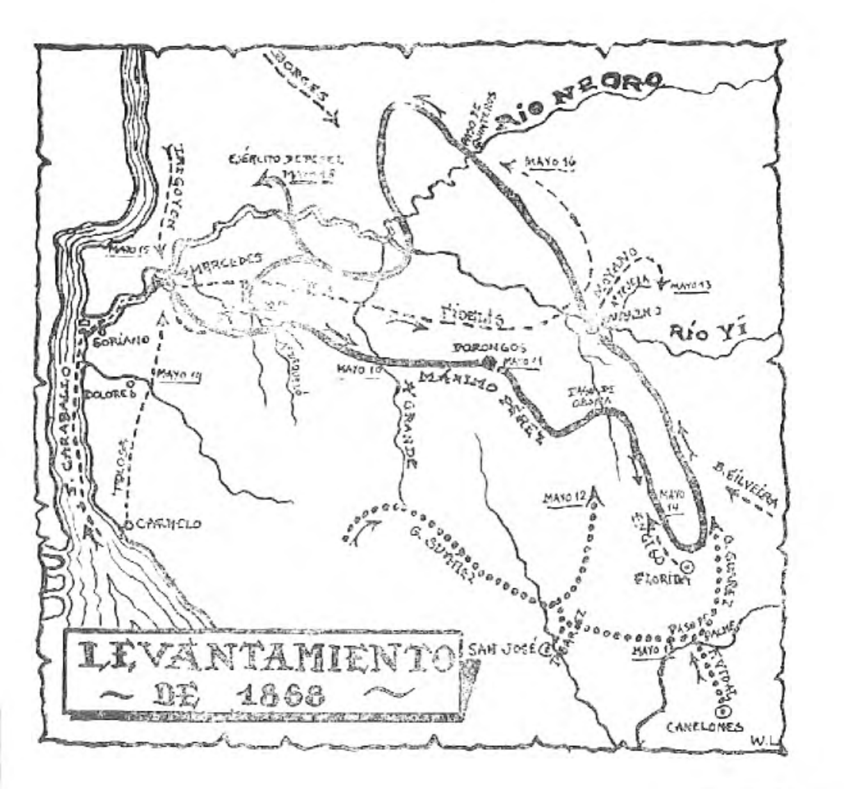
Parados, de izquierda a derecha:
Félix Maya (o Amaya), Bernardo Doblas, Germán Fleurquin, J. J. de Zuloaga, Desiderio Fleurquin, Federico Gómez. Sentados, de izquierda a derecha: Máximo A. Fleurquin, Vicente Avila, Máximo Perez, Felix Beau y Juan Fleurquin.

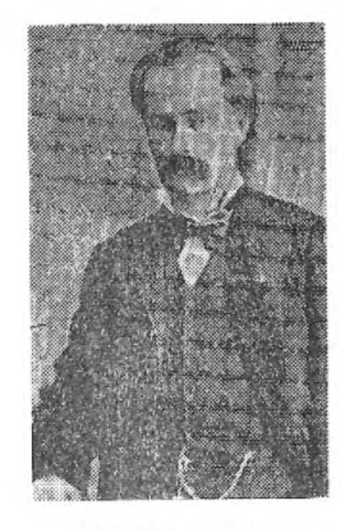


ASESINATO DE V. FLORES
(Boceto de Juan M. Blanes)



JOSEFA BAEZ DE PEREZ





MARIANO D'ACOSTA



LUCIANO TOLOSA
el "Tigre de Carmelo"



Fotografía obtenida en Mercedes, cuando el levantamiento de Pérez de 1868; sentados, de izquierda a derecha: Lorenzo Latorre (el futuro dictador), Quiroga, Robido y Reinaud.

hechos la seriedad de su repulsa. Albín, sin saber a qué atenerse, fue postergando la asunción del mando a la espera de que amainase la tormenta; aducía, para justificar su demora, "cuestiones de familia", según se decía, una grave enfermedad de su señora madre. En cuanto a "El Eco de Mercedes", con Fortunato Gigena al frente, si bien no decía esta boca es mía, dejaba traslucir su adhesión al caudillo rebelde.

En Montevideo, Batlle elevaba el 8 una nota a la Asamblea General, adjuntándole una copia de la nota de Pérez y de las resoluciones adoptadas. "El altanero lenguaje y los conceptos altamente injuriosos y atentatorios a los respetos que el Poder Ejecutivo se merece, vertidos en la citada nota, le han colocado en el caso de adoptar las medidas más enérgicas, con el fin de obtener el sometimiento de aquel Jefe, quien acaba de cometer uno de los delitos más punibles, cual es el de rebelión armada contra la autoridad legítimamente constituída. El Poder Ejecutivo, fuerte en el derecho que le asiste, en los medios oficiales de que dispone y en la opinión pública pronunciada con tanta indignación ante tan criminal atentado, confía que en breve dominará la rebelión, salvando así el principio de autoridad y dando un saludable ejemplo para el futuro". Firman Batlle y Suárez. José C. Bustamante y el coronel Baliñas fueron designados en esos días jefes de los dos regimientos de guardias nacionales, y según versiones insistentes, los cuarteles se convirtieron a raíz de ello "en campos de Agramante".[60] Habiendo renunciado Juan P. Castro, comandante del segundo, el 16 es designado en su lugar Carlos Gurméndez.

El 9 de mayo, la Cámara decreta la conversión de los billetes de Banco, fijando plazo hasta el 1º de junio; una de las exigencias de Pérez resultaba así contrariada; a Máximo no podía interesarle un problema cuyo alcance no podía ni tenía interés en averiguar. Es cierto que había recogido, al adoptar la posición cursista, el clamor de los comerciantes de Mercedes; pero queda fuera de toda duda que en su motivo esencial, casi único, de su levantamiento, no hacía cuestión de onzas sino de hombres; no le importaba tanto el curso forzoso de al-

60 "La Tribuna", Montevideo, mayo 15 de 1868.

gunos billetes, para los cuales manifestó siempre un singular desinterés, sino el curso de otras cuestiones más candentes y vitales: la vindicta de Flores y el esclarecimiento de la política nacional. Escasa resonancia tenían que despertar en Máximo esos Bancos de la época, Bancos que crecían como burbujas en el agua impura, para estallar de pronto sin dejar rastro alguno.

Las fuerzas del Gobierno empezaban a estrechar el cerco en torno del caudillo insurrecto: al norte del Río Negro concentraban sus fuerzas los comandantes Pacheco y Obes, Reyes, el general Borges —quien había bajado a conferenciar con Caraballo en Fray Bentos [61]— y el coronel Simón Martínez, quien luego se unió a Caraballo. Mientras tanto, el ministro Suárez se acercaba lentamente desde el sur, recogiendo a su paso la gente de Feliciano Vidal con los mil guardias nacionales de Canelones, y poco después las fuerzas de que disponía Ramón Tabarez en San José, desde donde el día 9 destacó cien hombres al mando del coronel Cardozo. En cuanto al Jefe Político de San José, coronel José Mora, fue al fin localizado en su estancia marcando ganado en previsión de guerra, desvirtuándose así los rumores que le atribuían connivencias con Máximo Pérez. A las fuerzas de Suárez se unieron luego las del Jefe de Minas, comandante Brígido Silveira, así como las de Maldonado y otros puntos. Desde Florida, Doroteo Enciso dirige el día 8 una nota a Batlle comunicándole los planes de operaciones que estaba combinando con el Jefe de Durazno Moyano. [62] En cuanto a Caraballo, el 15 le escribe a Batlle desde Mercedes comunicándole que el día anterior le habían llegado quinientos hombres de Paysandú al mando de Irigoyen, otros setenta mandados por Avalos y doscientos de Carmelo con Luciano Ruiz (a) Tolosa, quien había desacatado órdenes superiores y había levantado vuelo con la policía y con cuanta gente pudo reunir, sin que nadie pudiera saber sus intenciones. Caraballo acusa recibo además del armamento que el día 13 le enviara Batlle por intermedio del comandante Orquera, e informa haber destacado a Fidelis con un grueso ejército mien-

61 Ibídem, mayo 16 de 1868.
62 Ibídem, mayo 10 de 1868.

tras organiza cantones en Mercedes. [63] En nota fechada el día 12, Caraballo se quejaba por la demora en llegarle dichos refuerzos, lo que atribuía a "los trabajos hechos por Máximo Pérez"; si hubiera demorado ocho días más —afirma— habría perdido esos contingentes. Dichas notas fueron llevadas en el "Río de la Plata" por el capitán Demetrio Pereira, a quien Caraballo recomienda por su mucho juicio; no opina lo mismo de Avila, portador del chasque anterior para Máximo, a quien no logró localizar; a raíz de una carta de Avila, en efecto, comentaba entonces Caraballo: "¡Hasta cuándo, Señor, le durará a este pobre hombre la manía que de él se ha posesionado!" [64]

El domingo 10, Máximo estaba acampado con sus "mil chuzas" a orillas del Arroyo Grande, adonde había vuelto buscando un contacto con Caraballo, cuya conducta vacilante daba pie a todas las hipótesis. Sin moverse de Mercedes, Caraballo buscó por su parte comunicarse con Máximo, a quien el día 10 le envió un chasque; pero el caudillo chaná, con sus precauciones de zorro viejo, le envió el día 11 un chasque exigiéndole a Caraballo que "viniera solo, que así se entenderían, pues si iba con fuerzas lo pelearía". Ese mismo día Máximo tomó hacia el sur, habiéndosele visto al mediodía por las puntas de San José (según informes gubernistas) con sólo trescientos hombres. El gobierno, azorado, le envió de inmediato órdenes a Caraballo que se replegara hacia Palmira; pero éste, le envía el día 13 un segundo chasque por intermedio de Avila y un grupo de acompañantes. Máximo le había propuesto a Caraballo que lo acompañara, anunciándole que iba a Montevideo "a destruir el Ministerio"; iría despacio como para que Caraballo lo alcanzara y poder consumar juntos una nueva revolución. [65]

El día 12 Caraballo le escribe al Presidente comunicándole tales propuestas y anunciándole que se aprontaba "aprisa para seguirlo"; "siento tener que emplear la fuerza para someter a Máximo, pero es de él la culpa y que sufra". Caraballo esperaba por momentos las

63 Ibídem, mayo 15 de 1868.

64 Ibídem.

65 "El Siglo", Montevideo, mayo 15 de 1868, y Museo Histórico Nacional, Montevideo, Colección de manuscritos, tomo 554, documento 16.

fuerzas de Colonia y Paysandú, solicitaba armamentos a Montevideo, y urgía la fabricación de cien lanzas en la casa Battro de Mercedes. El regreso a Mercedes de algunos desertores le hacía dudar del éxito de la rebelión y rehusaba adoptar cualquier actitud que pudiera comprometerlo. Debía, no obstante, enfrentar la oposición cerrada que se le hacía al nuevo Jefe. "Mercedes está tranquila, pero todos están contra Albín, traidor a la causa por haber desertado del Ejército Libertador, después de haber formado en filas de los blancos". "El coronel Pérez, es uno de los Jefes que mejor se portaron al lado del general Flores en su Cruzada"; "el proceder del coronel Pérez desacatando a la autoridad, aflige a los ciudadanos colorados"; en cuanto "al nombramiento de Albín", "ha sido impopular y el Gobierno podía haber hecho una solución más acertada. [66] "La conducta de Pérez ha sido anatematizada", "pero la reprobación a Albín llega de un confín a otro del Departamento". [67] Agrega que Pérez, de quien recalca "el entusiasmo y la buena fe" con que combatió en 1863, debió haber "promovido una petición popular", pero "carece de hábitos diplomáticos" y se dejó llevar por "la exaltación de su genio". Esos juicios de Caraballo merecieron una diatriba de "El Mercantil del Plata", periódico que condenaba acerbamente a Pérez. Los blancos, entretanto, amagaban aprovechar la coyuntura, comentándose que buscaban renovar el pacto "Flores - Oribe". Ya con fecha 15 de abril le escribía Batlle al Jefe de Paysandú, Manuel Pacheco y Obes, previniéndole sobre concentraciones blancas en el Litoral; [67] el mismo Pacheco, a mediados de mayo, comunicaba haber advertido reuniones blancas en Mocoretá, a las que vigilaba con sus fuerzas. [68]

La única oposición que sufría entretanto el insurrecto era la artillería lejana de los principistas a buen recaudo; las palabras "vandalaje", "forajido tradicional de los montes del Río Negro" (Julio Herrera y Obes), o

66 "La Tribuna", Montevideo, mayo 14 de 1868, y OSCAR OLAVE, "Coronel Eduardo T. Olave", pág. 340, Montevideo, 1952.

67 Ibídem, mayo 15 de 1868.

68 Archivo General de la Nación, Montevideo, fondo "ex Archivo y Museo Histórico Nacional", caja 78, carta de Pacheco y Obes a Reyes.

"Don Gaiferos del Partido Colorado", todos los insultos eran volcados sobre esos "elementos impuros que se elevan desde el fondo a la superficie de la sociedad" (Carlos María Ramírez). Ellos, claro está, eran "la crema" de esa superficie, y un Máximo Pérez, sacrificado soldado que había forjado su valer con su propia vida, y no leyendo libros de Laboulaye, un hombre así era "el fondo", "la hez" nacida en ese "centro de la barbarie" que, según José Pedro Varela, imperaba en nuestra campaña [69]; en una palabra —y somos ahora nosotros quienes la pronunciamos— un hombre así era "el pueblo", con toda su grandeza y todo su secular desamparo. "Y sin duda la libertad verdadera, si ha de venir —decía Martí—, llegará desde el fondo de los campos, bárbara y ciega, como la vez anterior, para barrer con la esclavitud, la servidumbre intelectual y la mentira opulenta de las ciudades vendidas". [70]

La proximidad de quinientos hombres del Gobierno, apostados en San Esteban, estuvo a punto de precipitar el primer encuentro; pero Máximo, que había pasado la noche del 12 en las costas del Tamango, tomó el día 13 hacia el Yí, y luego de acampar en el arroyo del Sauce, cruzó el Maciel en el Paso de Oroná, colocándose a una legua de Durazno; procuraba allí obtener la importante incorporación de Moyano, quien se encontraba en las puntas del Tejera, cinco leguas al norte. [71] El comandante Gabriel T. Ríos y otros emigraban entretanto de Durazno, así como Juan Valiente, que estaba en Florida, desde donde ratificó su adhesión al Gobierno. Moyano le enviaba ei 13 un chasque a Suárez, acampado en Paso de Pache, Santa Lucía abajo, diciendo que le había aconsejado a Máximo rendirse, y que a éste se le habían desertado Ruiz, Millot, Ayala, Mernies y muchos más, quedando solamente con setecientos hombres. Ese mismo día salía Fidelis de Mercedes con ochocientos hombres de caballería provenientes de Paysandú y San Salvador con los comandantes Irigoyen y Rocha, y seiscientos infantes a órdenes del comandante Olave. El cerco se estrechaba;

69 EDUARDO ACEVEDO, obra citada, tomo III, pág. 622.
70 EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA, obra citada, tomo I, pág. 93.
71 "La Tribuna", Montevideo, mayo 16 de 1868.

la desproporción de fuerzas era aplastante y Pérez apresuró su marcha hacia Durazno, ciudad que atravesó rumbo a Quinteros; "sus soldados pululaban por las calles del pueblo" "pero no cometieron ningún desorden". En Durazno la Jefatura estaba acéfala, y la Guardia Nacional se había ido, según se dijo, con tan pocas precauciones, que si Máximo hubiera querido llevársela, no le habría costado nada. El jefe rebelde, que por entonces evitaba estacionarse en ningún lado, tomó de pronto una atrevida determinación: bajó, en efecto, hacia el sur, llegando el 14 de noche hasta Ombúes del Castillo, a 24 leguas de Montevideo. Según otras informaciones esa noche llegó hasta Florida, lo que provocó la alarma consiguiente, ordenándose a Caraballo que regresase de inmediato a Montevideo con el Batallón Constitucional, para lo cual tendría que ir a Fray Bentos a embarcarse en el "Río de la Plata".

Máximo debió sin embargo renunciar a ir más lejos. La proximidad de Suárez, con fuerzas muy superiores, lo obligó entonces a retroceder y a buscar el paso de Quinteros. Según le escribía Batlle al comandante Reyes el día 16: "Pérez había venido cuatro leguas más allá de la Florida como en dirección a esta Capital, sufriendo una gran deserción en todo el trayecto; en mi concepto se halla completamente perdido". [72] Gregorio Suárez por su parte le escribía a Tabárez que "Máximo había caído en la temeridad de levantar el poncho"; "está perdido, por cuanto contaba con Caraballo y con un movimiento en Montevideo" [73] Desde Maciel, el mismo Suárez le escribía el 17 al coronel Bergara: "el mozo que iba a Montevideo a deponer Ministros y a levantar hasta los muertos, ahora se tira al Río Negro; ya me figuro lo que va a resultar". "Veremos lo que dicen ahora los socios del malevo que haya en esa" [74].

Rodeado como estaba, todos preveían una derrota inevitable, ignominiosa. Se rumoreaba que el caudillo intentaba caer sobre Mercedes, y se reforzó esta plaza hasta el abarrotamiento con las fuerzas procedentes de Pay-

72 Archivo General de la Nación, Montevideo, fondo "ex Archivo y Museo Histórico Nacional", caja 78.

73 Setembrino E. Pereda, "El General Ramón Tabares", en la "Revista Histórica", tomo IX, número 26, pág. 598, Montevideo, 1918.

74 "El Siglo", Montevideo, mayo 21 de 1868.

sandú y Colonia. Pero al temible león parecían habérsele limado las garras; el 15 cruza el Río Negro por Quinteros, donde algunos timoratos aprovecharon para abandonarlo; Sellanes lo abandona con sesenta hombres siguiendo rumbo a San Salvador, y otros doscientos desertan y, luego de cruzar por Villasboas, se dirigen a Mercedes. Allí, para justificarse ante las autoridades, hablarán de coacción y de engaño, versiones que, como siempre, recogerán los eternos detractores del caudillo.

Viendo debilitada a su presa, Suárez se decide al fin a avanzar desde Florida hacia Durazno con su nutrido contingente, llegando el 16 a la Sierra del Castillo; entre tanto sale de San José la división del departamento compuesta de cuatrocientos jinetes y el piquete de la Urbana, buscando unirse a Valiente. Máximo, a quien Suárez, mal informado, le atribuía entonces solamente ciento ochenta hombres, estaba, según comunicaba el Jefe de Colonia, veinte leguas al norte de Durazno. Esas noticias devolvían la tranquilidad a Montevideo, a donde el 17 llegaba el "Río de la Plata" llevando al comandante Echague; éste comunica el próximo regreso del Batallón "Constitucional" aumentado en cien plazas, pues el comandante Olave "no ha perdido el tiempo". El "Río de la Plata" llegaba averiado y retrasado por haber chocado con un bergantín argentino y haber sufrido serias averías en la popa. El 14 era detenido Francisco Varsi en Montevideo, "por motivo, según parece, de los sucesos de Mercedes". [75] En vano intenta Pérez infundir confianza a sus huestes; en vano toma alguna medida rigurosa, inclusive, según "El Siglo", el fusilamiento de un moreno, capitán de la Urbana de Mercedes. Sin embargo, otros datos le atribuyen todavía seiscientos hombres, los más fieles y aguerridos; amaga con ellos dirigirse hacia el litoral, y acampa el 16 en el Rincón del Tape, al Norte de Durazno. Allí lo alcanza un chasque de Caraballo, quien, al acecho de su presa, aunque sin apurarse mucho, está ya en el Paso de Quinteros.

Albín, entre tanto, dando por liquidado a su implacable censor, se atreve, al fin, el 16 de mayo, a hacerse sentir; publica un manifiesto reprobando, aunque sin alzar el gallo demasiado, la conducta de sus enemigos, y prome-

75 "La Tribuna", Montevideo, mayo 15 y 20 de 1868.

tiendo por su parte olvidar el pasado. Creyéndose seguro y dándoselas pues de olvidador (a trueque de que los otros olvidaran), se recibe ese día de una Jefatura a la que por entonces no parecía todavía apetecer con muchas ganas. Bien que se cuidó de hacerlo a la chitacallando, "sin ninguna formalidad de estilo". En su primer nota se apresura a denunciar que "nada existe en esta Oficina en calidad de archivo", y pronuncia, bajo sobre, la palabra "desquicio", con la que busca apabullar a su antecesor. En su manifiesto dice que "su nombre y antecedentes, muy lejos de ser una amenaza en la posición oficial, ofrecen" "garantías perfectas en sus derechos, vidas y haciendas"; habla de moralizar "las policías" y de "organizar legalmente la administración en todas sus ramas"; luego de aclarar que había dimitido el 16 de mayo sin que le aceptaran su renuncia, pretende explicar "el repudio" popular, diciendo que "algunos espíritus turbulentos", "han pretendido oponerme una resistencia sistemática", y denuncia finalmente "tan reprobados manejos, puestos en juego con tanta ostentación y audacia" [76]. Caraballo había tenido la habilidad de buscar contacto con Pérez encargando del chasque al sagaz brasileño Fidelis, al mismo Fidelis que había compartido con él y con Máximo las peripecias de la inolvidable "Cruzada"; al mismo Fidel Páez Da Silva que había acompañado a Máximo al Paraguay, donde ambos cayeron heridos en campos de Yatay. Sabía bien Caraballo que lo que el cauto Máximo no se lo concedía a la autoridad, se lo concedía a la amistad, y el coronel Fidelis, ayudado por su don de persuasión y por su proverbial simpatía, logró desarmar la indeclinable suspicacia de Máximo, con quien, estrechándose en un fuerte abrazo, conferenció largamente. La situación, tal como la pintara Fidelis —tal como era, por otra parte— convenció a Máximo de que le convenía avenirse, y de que nada estaba en realidad perdido. La aventura, desde el punto de vista militar, no ofrecía perspectiva ninguna; bien podía "El Progreso" de Montevideo, a esa altura, llamarlo con sorna impune el "Coronel Mínimo", en atención a lo menguado de sus huestes. De ahí que Máximo aprovechara esa coyuntura así como algún ofrecimiento velado de Caraballo, cuyo doble juego, apenas disimulado, seguía transparentándose en

76 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Jefatura de Soriano, mayo de 1868.

todas sus actitudes. El 17 de noche, Pérez envía pues dos mensajeros al campamento de Caraballo, comunicándole que lo esperaría en el Bequeló, donde estaba dispuesto a conferenciar; el lugar propuesto, a un paso de Mercedes, no deja lugar a dudas —siendo Máximo lo desconfiado que sabemos— sobre la condescendiente actitud de Caraballo. Esa misma noche, el general Caraballo se dirige hacia el lugar indicado acompañado únicamente por su secretario, y dejando las fuerzas de Mercedes al mando de Olave, pero a su baqueano le fallaron los cálculos y hubo de volverse sin localizar al insurrecto, después de deambular hasta las cuatro y media de la madrugada. El 18 al mediodía, un nuevo chasque de Máximo devuelve a Caraballo al buen camino, y a las dos de la tarde del 18, aniversario de Las Piedras, ambos caudillos se encuentran en el Bequeló. El acuerdo se establece luego de conferenciar una hora; Máximo pide como única condición la absolución completa de su gente. A las tres de la tarde se separan, y horas después Máximo entregaba su división en la estancia "Las Flores", de Mac-Eachen, al norte del Río Negro. Los insurrectos fueron licenciados ipso facto por Caraballo, regresando los de la Urbana a Mercedes para ponerse bajo las órdenes de Albín.

Había terminado todo, sin dispararse un tiro, a los quince días escasos de comenzado. Caraballo escribe el 18 al "Querido Goyo" diciéndole que detenga su marcha, y envía a su secretario el capitán Labandera a Montevideo con la buena nueva; éste pasa el 20, a las diez y media, por San José, y llega el 22 a mediodía a Montevideo. Suárez, acampado al mediodía del 19 junto al Santa Lucía Chico, e ignorante aún del armisticio ya firmado, le notificaba desde allí a Caraballo que enviaba al Escuadrón Escolta a reforzar Colonia que, con los de San José y con "la mano" de Minas, Florida y Durazno esperaba coordinar esfuerzos; "es necesario quebrar pronto el motín si queremos descansar", finaliza [77]. Tono muy distinto es el que usaba Juan A. Magariños Cervantes en su larga y persuasiva carta fechada el día 12 en Montevideo: acusa en ella recibo de una carta de Caraballo de fecha 9, carta —dice— que "ha venido a sacarnos de ansiedades haciendo callar las hablillas y cuentos q. cada uno hechaba á

77 Museo Histórico Nacional, Montevideo. Colección de manuscritos, tomo 554, documento 29.

circular segun sus deceos"; "seguros estamos q:Ud. ha de arreglar el asunto con el amigo Dn. Maximo de un modo satisfactorio. Mucho se ha conseguido ya con la renuncia del Sor. Alvin, por q'á no dudarlo, este era un grande obstaculo". Le comunica además el deseo de Montero de no salir a campaña con Suárez, con quien "la gente está muy disgustada". "Sea Ud. Gral. —agrega— el iris de paz entre el Gobierno y Maximo, y no se deje arrastrar ni por una subordinación exajerada, ni por las predicas de falsos amigos. Vd. es el Gefe de nuestro partido, y no se olvide q'está la suerte y el porvenir de este en sus manos". Le comunica además la renuncia de Ellauri "por desinteligencias con sus colegas" del Ministerio, "de suerte q'. lo unico q'. hay q'. esperar ahora del Sor Presidente es q'. cumpla su promesa respecto á Dn. Pedro Bustamante y á Regunaga". [78]

El documento original de lo tratado es enviado al Gobierno por Suárez desde su campamento en el Maciel. [79] "El principio de autoridad se ha salvado", proclamaba "La Tribuna". Pero la irritación de algunos exaltados contra Máximo no impedía la condescendencia y hasta el aprecio más o menos velado que evidenciaban sus viejos amigos. Doroteo Enciso, en su parte a Batlle, desde Florida, le hablaba de "la rebelión de nuestro antiguo compañero", [80] Enrique Castro, desde el Paraguay, le comunicaba al Presidente el gozo que le producía "el sometimiento de nuestro amigo el Cnel. Máximo Pérez, que se había extraviado"; felicita luego "al mismo Máximo, que recordando sus antecedentes, se inspiró en el amor a la causa que siempre ha defendido". [81] La nota discordante la daba Suárez, quien alababa un artículo de Herrera y Obes aparecido el 13 en "El Siglo", titulado: "Esfuerzos póstumos de la barbarie en campaña"; comenta Goyo: "ese artículo", "es un timbre de gloria para su joven autor", y en él se apoya para criticar el "criminal" atentado de Máximo. "El Siglo" insistía diciendo: "se espera con razón que el rebelde sará sometido a los tribunales ordinarios para ser juzgado". [82] En cuanto a Ca-

78 Ibídem, documento 28.
79 "La Tribuna", Montevideo, mayo 21 de 1868.
80 "El Siglo", Montevideo, mayo 28 de 1868.
81 Archivo General de la Nación, Montevideo, fondo "ex Archivo y Museo Histórico Nacional", caja 78.
82 "El Siglo", Montevideo, mayo 20 y 29 de 1868.

raballo, lanzaba el 19 una proclama que, aunque previsible, no deja de sorprender por las consideraciones improcedentes con que menciona lo que, para un general, hubiera debido juzgarse como un delito imperdonable: "La voz del patriotismo se ha hecho oir, inspirando a los que por un momento se separaron de la senda del deber". "El Cnel. Máximo Pérez ha reconocido en nosotros a sus antiguos compañeros, sometiéndose y ahorrándonos el mayor de los sacrificios que se nos podía exigir: hacer correr la sangre de compañeros y amigos de causa, divididos por una mala inteligencia"; "nuestra más gloriosa victoria la hemos obtenido al atraer a un amigo extraviado". [83]

Todo, pues, se había reducido a una "mala interpretación"; se había jugado algo así como lo que ahora se llama "un partido amistoso". Lejos de regresar como vencidos, la gente de Pérez, exultante e invulnerable, entró a Mercedes sacudiéndola con los vibrantes víctores con que aclamaba a su invicto Jefe. Frente mismo a la Jefatura, y haciéndose eco del entusiasmo que suscitaba la gallarda aventura del ídolo local, Cándido Gómez, uno de sus bravos, se despide de los atrevidos compañeros con una encendida arenga pronunciada en presencia del mismo Caraballo: "¡Camaradas! hemos regresado sin haber sido vencidos, quedando siempre dispuestos y obligados a rodear a nuestro bravo Coronel Pérez: hacemos entrega de las armas hasta segunda orden y con la decidida voluntad de estar siempre prontos a concurrir al llamamiento de nuestro Coronel. ¡Viva nuestro Coronel Pérez! ¡Viva el Presidente de la República! ¡Viva el General Caraballo!". [84] Se llegaba, como se ve, hasta a amenazar con una "segunda" levantada de poncho.

El 31 de mayo llegaba Fidelis a Montevideo, portador, según parece, de formales exigencias de Máximo Pérez y de Caraballo, en el sentido que el ministerio fuera despedido en su totalidad. Cundía la idea de un posible entendimiento entre ambos caudillos, así como la existencia de concesiones secretas a Máximo, en pago de su aparente sumisión. [85]

---

83 "La Tribuna", Montevideo, mayo 23 de 1868.

84 EDUARDO ACEVEDO, obra citada, tomo III, pág. 512.

85 "Revista Histórica", Nº 76-78, "Informes diplomáticos de los representantes de Francia en el Uruguay", pág. 333, Montevideo, octubre de 1956.

Estos sucesos tenían forzosamente que provocar alarma en los principistas ante toda manifestación popular que no estuviera encuadrada dentro de las pragmáticas legales. Mucha de la culpa de este asombro habría que atribuírsela al propio Presidente de la República, quien al asumir el mando se había apresurado a proclamar que "levantaría la Constitución por encima de todas las cabezas". Olvidaba que había cabezas demasiado levantadas, y que la Constitución, por lo menos la de nuestro país, no podía sobrevolarlas sin desmedro. Los principistas, muy duchos en disquisiciones elevadas, pero ignorantes de la tierra que pisaban, creyeron a pie juntillas en esa prometida legalización del país; creyeron que podía ceñirse al país con el ajustado corset de una legalidad importada, y llamaban barbarie a la potente explosión que hacía saltar en mil pedazos los presuntuosos cintajos de la autoridad gubernamental. Fuerza es reconocerle a los Ramírez, a los Herrera y Obes, la gallardía, no por huera menos viril, de su trasnochado idealismo. Su indignada repulsa de toda corrupción, como de toda arbitrariedad, testimoniaba una intención de buena ley, pero —¡y qué lamentable pero!— intención insensible a los avatares de una realidad demasiado tosca y rebelde para su pulido instrumental de "intelectuales". La "civilización" —su mito máximo e incuestionable— culminaba para ellos en sentarse en su escritorio y escribir un artículo para "El Siglo"; luchar por la civilización, consistía en hacerse desterrar y consagrar así su oficio de desterrados natos. A ese respecto es tan sugestivo el hecho que Carlos María Ramírez haya nacido en Río Grande, como el de que Juan Carlos Gómez se haya auto-desterrado ocho años porque no le gustaban los modales de Rivera; y si Juan Carlos Gómez pugnaba por reabsorber el Uruguay en la Argentina, era en primer lugar porque no había asimilado la realidad peculiar de nuestra Banda Oriental; y porque, en el fondo, le interesaba tan poco el Uruguay como la Argentina; hablo de los uruguayos y de los argentinos, no de los ocupantes de Montevideo o Buenos Aires; hablo de los hombres que se abrían a tientas un destino con sus propias manos, rudas o diestras, pero hundidas hasta el hombro en la masa informe de nuestra realidad nacional. "Un caudillejo que se llama colorado, a quien el Gobierno se esforzaba en halagar y había agra-

ciado con el grado de Coronel, a quien se encargaba la organización de las fuerzas que debían contener la supuesta invasión blanca, desconocía los mandatos de la autoridad constituída y levantaba en Mercedes la bandera de la rebelión"; "el hombre que durante tres años había sido el depredador, el terror, el verdugo de Mercedes": así se juzgaba, en base a hechos espumados superficialmente, a quien nunca se quedó con un centésimo, y a quien siempre se esmeró, extremando su leal saber y entender, por impartir justicia, sumaria y descarnada a veces, pero sin ninguna interferencia de otra clase, ni interés personal que la bastardeara. Esos mentores divulgaron así, a favor de lo que parecía evidente, la especie de sus "criminales hazañas" y de "los desmanes que tanto costaba contener a Venancio Flores"; se le describía "embriagado por la tolerancia" "y por el terror que ejerce en vasta escala sobre el Departamento de Soriano". Despojaban los hechos de todo su contenido humano, de la vigorosa entereza del caudillo y de la adoración con que lo seguían sus paisanos, y percibían solamente la irracionalidad de sus movimientos, rebajaban su fervorosa rectitud a "rebeldía bárbara", y su espléndida congregación de gauchos, a "semisalvaje montonera".

Juan Carlos Gómez había puesto de moda un romanticismo político sin lastre de realidad, abundante en citas de la antigüedad clásica y de la Revolución Francesa; Manuel Herrera y Obes, José M. Muñoz, Alvarez, Varela, Ellauri, los Ramírez, Angel Floro Costa, serán los continuadores fieles de esa actitud vacuamente intelectual, adoradores de "La Libertad" sin atenuantes de 1879, lectores encandilados de "Los Girondinos" de Lamartine y de la ampulosa retórica de Hugo. Manifestándose como una réplica sumisa y rezagada del pensamiento francés, nuestra "intelligentsia", "más que una escuela, constituía un temperamento, fundado en la afirmación dogmática del liberalismo constitucionalista y en la rigidez absoluta de la moral cívica, sobre un fundamento espiritualista". [86]

A ellos les debemos el arraigo que tuvo y tiene todavía entre nosotros el prejuicio seudo-humanista de confundir la cultura con una superestructura agregada como

---

86 ARTURO ARDAO, "Espiritualismo y positivismo en el Uruguay", pág. 52, México, 1950.

un emplasto al fondo esencial de nuestro pueblo. Ignoraban esos metafísicos impenitentes, que la cultura viene de la tierra y de la estirpe, que no se conquista meramente con ideas, ni con un arsenal de conocimientos o doctrinas, sino ejercitando nuestras propias fuerzas, con todos los riesgos y titubeos que ello importa. Ignoraban la utopía inconvertible que supone ese saltear etapas; ignoraban que antes de aplicar los códigos romanos, tenemos que aprender en carne propia a sufrir los conflictos que, luego, duchos en el oficio de vivir, harán recién necesarios y pertinentes dichos códigos. Un analfabeto como Máximo Pérez les llevaba en esto una ventaja indescontable, porque había puesto toda su energía en su vivir, y no sólo no se desdecía con los hechos, sino que, incontaminado de todo falso conocimiento, nos permitía presenciar, en su más genuina altivez, la verdadera vocación de nuestra raza. Juzgado por su conducta más bien que por sus palabras, el principista no es en realidad un hombre de ideas sino un hombre de acción; no busca comprender, sino que elige, sin incomodarse en titubear; su decisión predomina sobre su reflexión; no vacila jamás; tiene la unilateralidad del pánico, o del enceguecimiento; es el anti-filósofo por excelencia. Cuando simula filosofar, está solamente manipulando productos recocidos; jamás sorprenderíamos en él esa conmoción de la idea que nace, la emoción del descubrimiento, con su halo de dudas y de salvedades. Y, cosa extraña, esa vacilación, esa duda ante los advenimientos reales, es más fácil encontrarla en cambio en los llamados hombres de acción; en ellos, la elección sufre a veces disyuntivas; no la decoran con una terminología filosófica, pero la padecen en el centro mismo de su impulso vital, y la expresan, a su modo, en las alternativas concretas en que se comprometen. Por eso la suya es acción, no porque sea mucha, sino porque es honda, en tanto el monólogo obsesionante del principista deja la realidad por una sombra que ni siquiera la evoca o transfigura, sino que subvierte la realidad en oscura farsa. Los dos pueden equivocarse, pero con dos clases opuestas de error: el principista yerra por no vivir, el hombre de acción por vivir hasta desorbitarse de su vida; el primero peca por omisión, lo cual, según expresa Gustave Thibon, es pecar dos veces; el segundo, en cambio, si peca, lo hace

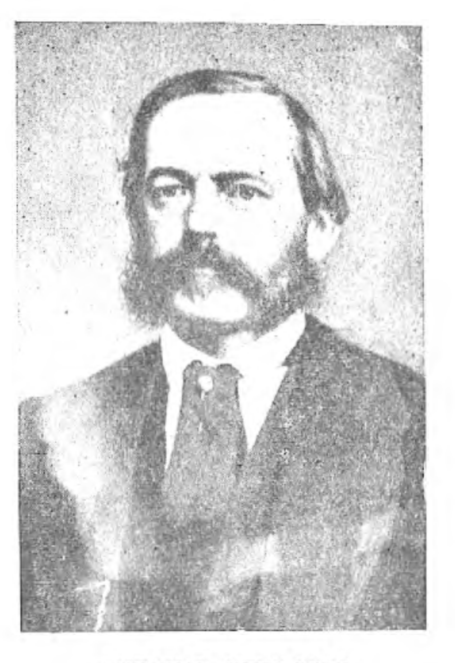
por un desborde de su acción, por un desorden eventual y perdonable de sus propias virtudes.

Estos dos levantamientos de Pérez, con su recia, insobornable prestancia, señalan el punto culminante del sentido implícito en su vida; con toda su gallarda independencia, tanto como con sus arrestos desafiantes de analfabeto, nos está gritando una enseñanza dramática, enseñanza que no fueron capaces de recoger los letrados que se arrogaban, desde Montevideo, una rectoría moral auto-concebida. ¡Cuán pertinentes son aquí las palabras de Martí, vidente preclaro de la esencia propia de "nuestra América"! Martí había sabido pulsar, con milagrosa clarividencia, la dolorosa realidad de una verdad iletrada que subía a oleadas de coraje por la sangre criolla, para enaltecer así los ideales tan simples como humanos que se habían templado al calor de las rudas emergencias nacionales. "La masa inculta" acata, cuando no la hieren, la inteligencia de los directores, pero "si el Gobierno la lastima, se lo sacude y lo gobierna ella. ¿Cómo han de salir de las Universidades los gobernantes, si no hay una Universidad en América? A adivinar salen los jóvenes al mundo, con antiparras yankees y francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen". "La incapacidad —sigamos con Martí, no se puede decirlo mejor— no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas [de Estados Unidos o de Francia]. Con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sieyès no se desestanca la sangre cuajada de la sangre india. A lo que es, allí donde se gobierna, hay que atender para gobernar bien; y el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en junto, para llegar por métodos e instituciones nacidas del país mismo". "El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del Gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país". Por desconocer esos "elementos naturales del país" un Héctor Varela, un Herrera y Obes y un Carlos María Ramírez,

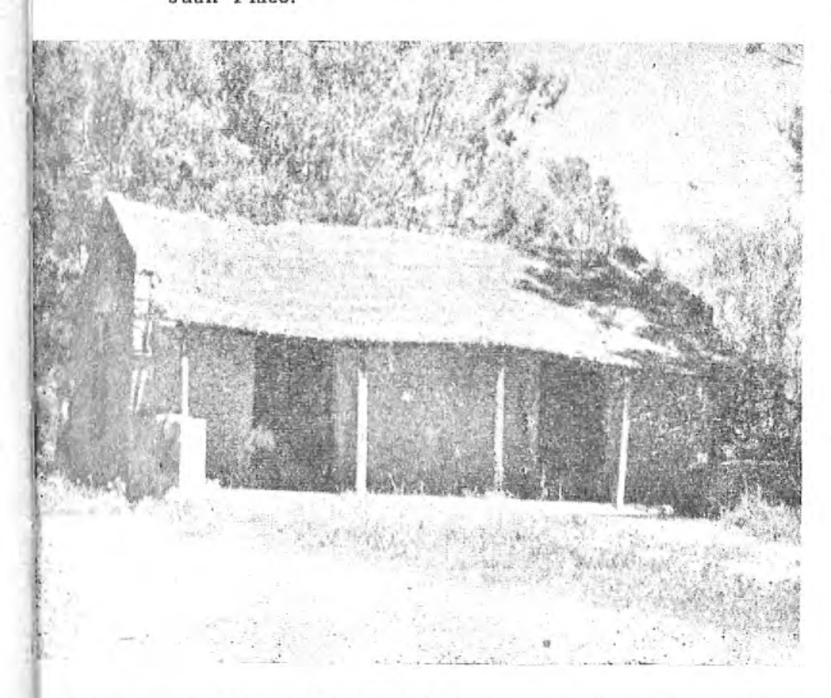
se desgañitaban gritando un "crimen contra la civilización y la cultura", cometido por quien, como Máximo Pérez, "no tiene un ápice de literatura". Siempre creyeron que la cultura era cosa de letra más o menos, oficio de letrados, carrera, doctorado, o mera destreza literaria; el arte y la literatura eran medios de hacerse valer, de instaurar una aristocracia nueva y exclusiva, un recurso para argumentar superioridades sobre los valores viriles y comprometidos que exigían las circunstancias imperantes. Los principistas eran incapaces de concebir que la cultura no es otra cosa que la vida, apenas ésta se pone de acuerdo consigo misma, cuando conquista un estilo propio, aunque éste repugne a veces a los delicados. Aquellos lectores de códigos extraños estaban a mil leguas de comprender que infinitamente más culto que ellos era ese gaucho analfabeto, con su mundo estrecho pero armónicamente estructurado, ese gaucho que en cada gesto y en cada palabra expresaba su naturaleza inequívoca, cultivada por donde se debe cultivar, a través de un enfrentamiento sin subterfugios con los elementos pertenecientes al mundo del que forma parte. Y aún en sus rudezas, en lo que se llamaron sus "crímenes", aflora su consecuencia insobornable. Porque cuando advierte que se quiere resolver su problema desde afuera, sin conocerlos, según recetas exóticas, "viene el hombre natural, indignado y fuerte y derriba la justicia acumulada de los libros, porque no se le administra en acuerdo con las necesidades latentes del país". Agrega Martí que esos "hombres naturales y autóctonos" serán los eternos rebeldes contra "los letrados artificiales y exóticos". "No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza". "El hombre natural está siempre dispuesto a recobrar por la fuerza el respeto de quien le hiere la susceptibilidad o le perjudica el interés". Por no comprender que "había de gobernar con el alma de la tierra y no contra ella ni sin ella, entró a padecer América y jadea, de la fatiga de acomodación entre los elementos discordantes y hostiles que heredó de un colonizador despótico y avieso, y las ideas y formas importadas que han venido retardando, por su falta de realidad local, el gobierno lógico". Y esa fatiga es la culpa "de la soberbia de las ciudades capitales, del triunfo ciego de los campesinos desdeñados, de la



Debajo, de izquierda a derecha, Juan y Pedro Idiarte Borda; entre ellos Juan Flaco.



ANTONIO PETROCHI



Casa de los Baños (estado actual), establecida durante la Jefatura de Máximo Pérez



MAXIMO PEREZ



Brocal de aljibe regalado por Urquiza a M. Pérez

Según informaciones suministradas por el arquitecto Luis Caviglia, el aljibe estaba en la casa de 18 de Julio y Casagrande. El General Urquiza había regalado otro análogo al general Viera, de Salto, el que hoy se halla en el Museo Histórico Nacional. El de M. Pérez se vendió mucho después en $ 80.00, pasó por dos o tres manos, hasta que Caviglia lo compró a un tal Varela por $ 200 y lo instaló en su estancia El Capricho, cerca del Castillo Mauá.



ANTONIO BATTRO



FACUNDO ALZOLA



Cayetano Giuzzio (propietario de "El Pobre Diablo") y su señora esposa.

importación excesiva de las ideas y fórmulas ajenas, del desdén inicuo e impolítico de la raza aborigen". "El genio hubiera estado en hermanar la vincha y la toga". Nuestra realidad verdadera caminaba sobre alpargatas, y se pretendía ceñirla a imposibles disciplinas ciudadanas. Si se levantaban entonces las mil lanzas de Máximo, no se busque el culpable en quien ignoraba el alfabeto, sino en quienes ignoraban la balbuciente voz de nuestra patria. Desde Montevideo podían diseminar ampulosas, eruditas loas a la civilización; pero era en Mercedes, en el pueblo que rodeaba y aclamaba a su caudillo, en donde se la estaba sirviendo con auténtica visión, con sentimientos no sofisticados, al nivel del hombre que sabe lo que quiere y que no trepida en jugarse por su causa. Esas son las profundas enseñanzas que debemos extraer de episodios que muchos historiadores, obsesionados por un repertorio de valores de raigambre foránea, no han podido todavía entender del todo, encarándolos en sus aspectos pintorescos, y sin advertir que en ellos se debatían las virtudes desatendidas de nuestros pobladores autóctonos.

A Carlos María Ramírez no le podía entrar en la cabeza el hecho de que "un subordinado", declarara "insoportable y tiránico" al Superior Gobierno; el de Máximo Pérez era para él un "delito contra las ordenanzas militares, contra la Constitución y contra la Civilización"; si, era un delito contra todas esas mayúsculas, incongruentes con nuestras necesidades reales, y podía achacársele ese sabio — aunque a tientas — delito, a esa clase campesina que, como dice también Osvaldo Lira, "se volvió incomprensible para una clase dirigente más o menos desvirtuada en sus esencias connaturales por el espíritu extranjerizante", "con lo que se ha venido a alterar la fisonomía histórica de esas naciones". [87] Y no se crea tampoco demasiado en la rectitud ideológica de esa incipiente burguesía; según lo reclamara la ocasión, esa burguesía intelectual recurría, ora a valores democráticos, ora a valores aristocráticos; se acordaba del "pueblo" cuando le convenía combatir abusos personales y dictaduras abruptas; pero cuando tenía que habérselas con el pueblo, defendía sus prerrogativas de señoritos, enalte-

87 "Elementos constitutivos de Hispano-América", en la revista "Estudios", Santiago de Chile, diciembre de 1952.

ciendo cualidades de "distinción" y "cultura" de las que se erigían en representantes ejemplares y oficiosos; en medio de ese vaivén ideológico, vivía saltando de uno a otro extremo de su contradicción: demócrata ante los usurpadores, pero aristócrata ante el pueblo. Pero ese pueblo no atosigado aún por las propagandas masivas que unas décadas más adelante obnubilarán con harta frecuencia su criterio, sabía aún discernir dónde estaban sus verdaderos portavoces; en medio de la desmembración social en que vivía, la figura desafiante y veraz de un Máximo Pérez adquiría, por contraste con aquellos blandos ideólogos, una fuerza que congregaba las voluntades desorientadas, garantizándolas con su carácter entero y sus actitudes sin ambigüedades.

No se crea, sin embargo, que la actitud de Máximo Pérez fue apoyada solamente por sus fervorosos conterráneos. En Montevideo mismo se presentía la razón que se ocultaba bajo tan aparentes sinrazones, y, como comentaba "La Tribuna", "lo más conspicuo y puro del Partido Colorado está simbolizado en las chuzas del coronel Máximo". Se buscaba atemperar las prédicas opositoras recordando los "grandes servicios del coronel Máximo Pérez a la Cruzada Libertadora", atribuyéndose bonachonamente todas sus exhorbitancias a simples explosiones de "su mal genio". Esa atmósfera favorable al caudillo insurrecto, convenció al Presidente Batlle que no resultaba prudente ajustarle las cuentas, y fue así como a pesar de que Máximo se vio obligado a parlamentar con sus perseguidores, pocas semanas después todas aquellas exigencias suyas que habían sido tildadas de descabelladas resultaban ampliamente satisfechas. El ministerio, en efecto, cuya destitución había exigido, optó por renunciar (a excepción del general Suárez) a pedido del Presidente de la República; según lo manifestó uno de ellos (don Pedro Bustamante), renunciaban a título de "condición indispensable para solucionar la crisis económica y política" imperante; en cuanto al Jefe Político Albín, el otro motivo de su ira, era tranquilamente destituido y sustituido por Trifón Ordóñez. Antes de hacer abandono de su cargo, el 14 de junio, enviaba Albín una carta al Mi-

nistro interino de Gobierno, Prudencio Ellauri, siendo su portador el Comisario de la 1ª sección Demetrio Pereira, encargado de expresar a viva voz las necesidades de vestuario y armas que aquejaban a la Policía y a la Urbana, así como los sueldos atrasados; se quejaba Albín de la falta de fondos, pues la Contribución Directa estaba ya cobrada y gastada; en cuanto al atraso de la Caja Departamental, lo atribuía a "las situaciones pasadas y a la irregularidad administrativa", y a la "poca actividad y dedicación de la Junta compuesta de elementos heterogéneos y negativos". [88] La presión de los partidarios montevideanos de Máximo Pérez se había manifestado en medio de una violencia tal, que en un momento dado Batlle se vio obligado a refugiarse en el Cabildo acompañado de las fuerzas de línea y de policía, y a conservarse en esa actitud de defensa hasta altas horas de la noche. Fue en esos días que Batlle llamó a Máximo Pérez para conferenciar en Montevideo; la respuesta del caudillo, a estar a dicha versión, resulta, de todas maneras, digna de su fama: "Díganle al Señor Presidente, que de Montevideo a Mercedes hay la misma distancia que de Mercedes a Montevideo". La conducta de Batlle en la emergencia no podía en verdad aparentar una fortaleza que nada respaldaba; esa debilidad del Presidente sacaba de quicio a Carlos María Ramírez, quien escribía que Batlle, al tratar con Pérez, no lo hizo "ni siquiera de igual a igual, sino de inferior a superior". "No sólo cubrió con un velo piadoso las insubordinaciones de Máximo, sino que finalmente accedió a todas sus exigencias". "Máximo Pérez — decía Ramírez, agarrándose la cabeza — se resiste a la autoridad central de su Departamento; lleva la alarma y el terror al seno de la población pacífica y laboriosa, coloca sobre la ley, sobre el Gobierno, su altanero capricho de caudillo", "y sale finalmente triunfante en su lucha contra la autoridad, contra el orden y contra las instituciones!"

Todo ese "fervor" principista era pasión robada a la vida real; el principista era un amnésico voluntario; nunca estaba donde estaba sino donde soñaba estar. Aspiraba al Bien guillotinando al Mal, llamándole Mal a lo que no coincidía punto por punto con su idea del Bien;

---

88 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Jefatura de Soriano, 1868.

engreído con su buena conciencia, atiborrado de palabras altisonantes, no veía el Mal que hacía, porque lo que tenía "au dessus de la mêlée" no era el corazón, sino la cabeza; en ellos, la esfera emotiva estaba divorciada de la esfera intelectual.

En el fondo, el principista era un obsesionado del poder; buscaba más cristalizar su deseo que realizar su ideal; resentidos contra la realidad, llevaban, como el coronel Mansilla, a Shakespeare en su maleta de campaña. Su inconfesa ambición de poder no se acompañaba de la potencia necesaria para fecundar la realidad.

Pasada la hora crítica, los partidarios de la rebelión de Mercedes publicaron una convocatoria con el objeto de demostrarle al Presidente Batlle "los sentimientos de adhesión y cooperación la más decidida, para que, unido y compacto, el Partido Colorado consolide su triunfo". Encabezaban las firmas Pedro Varela y Francisco Caraballo. Batlle decretó en seguida el licenciamiento de la Guardia Nacional, cuya actitud había sido tan dudosa, y que permanecía acuartelada desde el día del asesinato de Flores. Dio luego de alta a todos los jefes y oficiales del Partido Blanco que a raíz de esos sucesos habían sido borrados de la lista militar, exceptuando "a los que hubieran tomado personalmente parte en el sangriento motín de ese día".

Se buscaba de ese modo apaciguar los ánimos, pero con poco éxito, como ya veremos. Agréguese la permanente amenaza de invasión que se cernía desde la costa argentina alentada por los contingentes de blancos emigrados, y se tendrá una idea del caos en que se debatía el Uruguay, y el desconcierto de un gobierno que ya no sabía en qué fuerzas apoyarse para garantir su legitimidad.

La rebelión de Máximo Pérez había fortalecido la posición del caudillismo. La crisis ministerial subsiguiente recién pudo empero solucionarse el 2 de julio, haciéndose cargo el doctor Antonio Rodríguez Caballero, Manuel Herrera y Obes y Daniel Zorrilla, de las carteras de Gobierno, Relaciones Exteriores y Hacienda, respectivamente; Regúnaga, por su parte, era desplazado al Tribunal Superior de Justicia. El mes de junio transcurrió entre alarmas y sospechas continuas provocadas por la demora de Caraballo en bajar a la capital; se rumoreaba que el Gobierno no había aprobado su transi-

gencia respecto a Máximo, y que Caraballo había viajado a Paysandú; según otros, había puesto preso al comandante Olave, lo que luego se desmintió, sin que por eso el gobierno dejara de tomar sus precauciones. Pronto se tuvieron noticias de que Caraballo había licenciado sus fuerzas y que se disponía a embarcar al Batallón "Constitucional", en tanto Olave escribía a Batlle desde Mercedes reiterándole su lealtad; se pensó entonces que los alarmistas eran los "blancos, federales y agiotistas". El 10 de junio, por fin, todos respiraron ante la llegada del Batallón "Constitucional", con Fidelis, Manuel Pacheco y Obes y Caraballo; se reunió un inmenso gentío frente a la casa de Gobierno, y Batlle mismo vivó a Caraballo desde un balcón. [89]

Se comentaba mucho en esos días la llegada de Segundo Flores a Montevideo; el hijo de Venancio desembarcaba el 12 de junio, siguiendo viaje poco después a Buenos Aires. En carta desde Río de Janeiro fechada el 12 de mayo, escribía Eduardo Flores: "El coronel Pérez acaba de rebelarse contra el Gobierno en lo que muchos han de ver una consecuencia de la semilla que sembró el Gobierno Provisorio". El 21 de mayo, Fortunato y Segundo Flores intentaron embarcarse en el vapor "Gerente", siendo interceptados por la Policía, [90] por lo que ambos se quejaron a Batlle. Poco después llegaba Fortunato a Paysandú, adonde también había ido Caraballo; esta coincidencia suscitó rumores que no creemos muy mal fundados.

En cuanto a Máximo Pérez, el 25 de mayo oficiaba de testigo en el casamiento de su hijo y compañero de correrías, Justo, [91] para luego retirarse a su estancia, desde donde envió su adhesión al Gobierno. Días después se decía que "Pérez le presta su concurso a Albín para hacerlo acatar". El 15 de junio, finalmente, Trifón Ordóñez era nombrado Jefe Político del departamento de Soriano, siendo elogiado por "La Tribuna" como "elemento de conciliación". Ordóñez llegó a Mercedes antes que su nombramiento, por lo que Albín demoró en hacerle en-

89 "La Tribuna", Montevideo, julio 3, 6, 8, 9 y 11 de 1868.

90 "El Siglo", Montevideo, junio 5 y 6 de 1868.

91 Archivo de la Parroquia de Mercedes, libro cuarto de casamientos, mayo 25 de 1868.

trega del mandato hasta el 25 de junio.[92] Mercedes quedó bajo la influencia del caudillo, y "muchos de los buenos ciudadanos que apoyaron las disposiciones del Gobierno, tuvieron que abandonar posiciones y familias", exageraba "El Siglo", diario que pedía todos los días más rigor para Máximo y sus imitadores. En vano Batlle había separado a dos ministros y luego a Pedro Bustamante; el éxito de Pérez había sentado un precedente, y el 27 de junio, ante las borrascas que se sucedían, debió trasladarse al Cabildo con todo su Estado Mayor, y traer a la plaza, a altas horas de la noche, al Batallón "Constitucional", policías, etc. "Preferible es que el general Batlle llame al mismo Máximo Pérez y lo ponga al frente de la situación, con tal de que gobierne y someta a los elementos disolventes y anárquicos", comentaba "El Siglo", sin sospechar que su irónico deseo iba a ser satisfecho, en gran parte, un año después.

A los pocos días, era el levantisco Tolosa quien, reaccionando ante la destitución del Comisario de Carmelo, se rebelaba contra el Jefe Político de Colonia; fue prontamente sometido por el ministro Suárez, pero se optó por dejarlo en su rango militar. Era, según "El Siglo", una "Segunda edición de lo sucedido en Mercedes", resabio de "la malhadada época en que Máximo Pérez intimó al Presidente de la República la destitución de sus ministros". Lo cierto es que el Jefe Político de Colonia renunció también.

El 21 de julio le tocó a Paysandú contemplar de qué manera un Sargento y un piquete de la Urbana forzaban la Jefatura, liberaban los presos, y, luego de una refriega sangrienta, se embarcaban para la Argentina, hazaña que meses después emularían los salteños, encerrando al Jefe Político, y obteniendo de una Comisión de vecinos los cinco mil pesos de sueldos que se les adeudaba. "El Siglo" se ponía entonces, bastante a destiempo, a filosofar: "¿Sabe Ud. lo que el gaucho dice? Que si es ignorante y malo, la culpa es del gobierno. Sí; somos culpables". "El triunfo de Pérez fue festejado con el regalo oficial de una rica espada", agregaba. En cuanto a Mercedes, "así que se disolvió el ejército de Máximo Pérez, pudo observarse la generosidad de este Jefe para premiar a los que

92 "La Tribuna", Montevideo, junio 5 y 10 y julio 1º de 1868.

de grado o por fuerza lo habían acompañado. El que fue de cabo ascendió a sargento, el teniente a capitán, y hoy mismo en todo el Departamento se acatan y se consideran válidos esos ascensos otorgados a centenares de personas". "Los enemigos, en cambio —agrega— deben esconderse o desertar. En San Salvador, un jefe maximista recorrió las calles dando vivas y mueras", provocando el pánico consiguiente. "La Tribuna" defendía por entonces a Máximo, por lo que "El Siglo" la llamaba "el órgano de las chuzas de Mercedes". El desdén de "El Siglo" por el paisanaje recrudecía en esos días, llamando burlonamente a un escrito con errores, "ortografía de pajuera"; [93] también recrudecía entonces su aristocratismo de señoritos, encontrando tema para burlas hasta en las que llamaba "grèves de basureros".

En su fugaz reinado, Francisco Albín no escatimó providencias que pudieran provocar algún descrédito para la administración de Pérez. Los procedimientos expeditivos de su antecesor, poco amigo de archivos y trámites especiosos, le dieron pie para criticar un estado de cosas que, desde su punto de vista de funcionario "correcto", no pasaba de ser lo que llamaba "un desquicio". Esa falta de constancias escritas puso en serios apuros al Recaudador de Contribuciones Directas Federico Gómez; no sabemos si, aprovechándose del desorden circunstancial que en tal sentido imperaba, cometió en el ejercicio de sus tareas alguna malversación, aunque no lo creemos, pues meses después lo vemos en Mercedes ejerciendo otros cargos; el hecho es que, apremiado por Albín, optó por ausentarse en el mes de mayo para Buenos Aires, adonde inútilmente se le hicieron llegar citaciones conminatorias. [94] Se nombró en su lugar a Gregorio Haedo, no dejando pasar Albín la ocasión de agregar que "las situaciones pasadas y la irregularidad administrativa, son la causa del atraso en que se encuentra la Caja Departamental", dando así su versión de lo que, como está perfectamente establecido, fue, sin lugar a dudas, la administración más progresista y emprendedora con que hasta entonces había contado el departamento de Soriano. [95]

93 "El Siglo", Montevideo, julio 25, 1º, 2 y 28, agosto 8 y noviembre 24 de 1868.

94 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Jefatura de Soriano, mayo de 1868.

95 Ibídem, junio 14 de 1868.

CAPITULO VI

La sublevación de Caraballo

Jefatura de Ordóñez. — El incidente de los hermanos Fernández. — Levantamiento de Caraballo. — Oristas y cursistas. — Pérez apoya al gobierno. — Rendición de Caraballo. — Repercusión en Mercedes. — Honradez de Máximo Pérez. — Sucesos posteriores. — Gestiones de Máximo Pérez. — El "abrazo de Mercedes".

El 25 de junio de 1868 Trifón Ordóñez tomaba posesión de la Jefatura de Soriano. El nuevo jefe inauguró su labor con un pomposo "Manifiesto al Departamento" en el cual, luego de aludir a la Defensa de Montevideo, declara: "los tristes y lamentables sucesos de que ha sido teatro nuestra joven República, no me arredran, y confío, Dios mediante, en que con ánimo fuerte y constante empeño, hemos de dar cima felizmente a la colosal empresa que inició nuestro malogrado General Flores el 19 de Abril de 1863". "El Gobierno — agrega luego — está dispuesto a no transigir con aquellos que hostensiblemente se presenten a ofenderlo". [1] Ordóñez cumplía de este modo con las recomendaciones recibidas en el sentido de no perder de vista al levantisco Máximo, reflejando así fielmente la conducta de un Gobierno que debía abrirse paso entre disposiciones contradictorias, imposibilitado como estaba de asumir todos los riesgos de una decisión expeditiva. Como un ejemplo de esa semi-aceptación de los hechos consumados, el 25 de agosto de 1868 Pérez era semi-rehabilitado, dándosele de alta en el Ejército con su antiguo cargo, pero con privación de medio sueldo. [2]

El nuevo Jefe de Soriano pretendió reorganizar la administración de Mercedes, tan raleada por los estragos del cólera y tan perturbada por los últimos acontecimientos. Era Don Trifón, hombre de muy malas pulgas y pronto surgieron enconados rozamientos con sus subordinados. Así fue como en cierta ocasión éstos lo hicieron objeto de una broma haciéndole llegar una petición dispa-

1 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Jefatura de Soriano, junio de 1868.

2 Archivo del Estado Mayor, Montevideo, legajo 40, carpeta 535.

ratada dirigida al alcalde Tihista, ante lo cual Ordóñez reaccionó destituyendo a todos sus funcionarios, inclusive a su comisario de órdenes y a su oficial primero José M. Núñez; tal actitud se consideró como un pretexto para deshacerse de este último, pues todos fueron finalmente repuestos en sus cargos a excepción del referido Núñez. [3] En un oficio al Gobierno, Ordóñez rezonga que "si bien pude reparar ya en parte la mala administración de los fondos públicos", tropieza aún con una lamentable "falta de comprobantes" sobre entradas y salidas, así como con la presencia de "empleados ineptos en contabilidad".[4] En cuanto a las obras cuya consumación anuncia, no son otras que aquellas que había impulsado ya el ánimo emprendedor de Máximo: el muelle (administrado por una sociedad anónima) y "la parte donde se oficia en el nuevo Templo", obras ambas inauguradas en 1868. La inauguración del templo, en particular, efectuada a mediados de octubre, dio lugar a una serie de festejos que alcanzaron relieve inusual; baste decir que, de acuerdo a la "Cuenta y razón de los gastos", [5] se destinaron quinientos cincuenta pesos para cohetes y fuegos artificiales, levantándose tres grandes arcos frente a la iglesia y engalanándose fastuosamente la plaza, cuyos faroles, según dicha "Cuenta y razón", fueron sacados. En cuanto a proyectos propios de Ordóñez, brillan por su ausencia; se limitó a adoptar algunas medidas de higiene en el expendio de la carne y del agua, y a imponer la colocación de tablillas con numeración en el frente de las casas, medida que no tuvo por otra parte mayores consecuencias, pues la gente prefería seguir diciendo que vivía "haciendo cruz a lo de Milans", o "al lado de lo de Reffino".

El 29 de noviembre de 1868 se efectuaron las elecciones de representantes. El ambiente estaba frío, pues a la abstención de los blancos se agregaba el desinterés de los colorados. Como siempre, hubo quejas por la confección de listas a cargo de "un cónclave capitalino" y se comentó la intervención de Ordóñez, quien se apareció ante la mesa electoral acompañado por la Urbana, la que votó en pleno. Se presentaron dos listas, con los lemas

3 Eusebio E. Giménez, obra citada.

4 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Jefatura de Soriano, enero de 1869.

5 "El Eco de Mercedes", Mercedes, octubre 22 de 1868.

Partido Colorado y Lista Popular, triunfando esta última (Dr. Francisco A. Vidal; suplentes: Isidoro De-María, C. Ordeñana y A. Delgado) por 95 votos contra los 51 que obtuvo la primera (Pedro Varela; suplentes: Luis Magariños, Alberto Flangini y Pedro Centurión). Sólo 146 votantes frente a los 152 que sufragaron en Villa Soriano, todos estos por Vidal; y gracias, según se comentó, a unas carreras que se organizaron para ese día con el objeto de atraer votantes. Los propulsores de la lista vencida, Mariano Acosta y Agustín Goicochea, se quejaron esa misma noche de los procedimientos jefaturiales; criticaban además las actitudes del alcalde Félix Beau, expresando que era bueno únicamente "como curandero", y que el juzgado semejaba "un pango de negros". [6]

Pérez seguía entre tanto en cordiales relaciones con Caraballo, con quien mantenía correspondencia, y a quien el 31 de octubre de 1868 le envía la siguiente carta: "Mi querido General: Tube el gusto de recibir su apreciable de 20 del actual y al mismo tiempo la letra importante tres mil pesos que ha tenido la bondad de remitirme. V. comprenderá facilmente el gran servicio que he recibido con el embio de aquella suma pues aun cuando no me ha sacado de todos mis apuros, he conseguido cumplir los compromisos mas apremiantes. Le doi las mas espresivas gracias. Con el oficial D. Juan Colman portador de esta le mando el caballo de la Señora de V. Sin mas sirvase ponerme á los pies de su Sra. y disponer de mi atento amigo. S. S. Q. B. S. M. A rruego del Sor Cor.[l] D. Maximo Perez. Avelino N. Delgado." [7]

En esos días la tirantez entre Pérez y Ordóñez se fue evidenciando a través de algunos acontecimientos más o menos confusos. Por el mes de diciembre corrían ya toda clase de rumores. Desde Gualeguaychú se aseguraba que Máximo había reunido doscientos hombres en su estancia "preparándose contra la invasión blanca". [8] Llegaban noticias de diversas fuentes sobre "movimientos efectuados por Pérez estos últimos días", y aunque un corresponsal pretendía que "en esos mismos momentos el Coronel Pérez se ocupaba con decidido empeño en sus tareas domésticas en Mercedes, ajeno a todo pensamiento militar", se con-

6 "El Siglo", Montevideo ,diciembre 4 y 27 de 1868.

7 Museo Histórico Nacional, Montevideo. Colección de manuscritos, tomo 554, documento 60.

8 "El Siglo", Montevideo, diciembre 22 de 1868.

cedía que estaba construyendo "fortificaciones y casamatas" en su estancia.[9] Lo cierto es que por entonces Ordóñez pareció decidido a liquidar al caudillo, siguiendo, según indicios muy verosímiles, órdenes recibidas. En la casa de Pérez se conservó hasta hace pocos años una puerta hendida a hachazos a raíz de un asalto nocturno, en el cual, según reiteradas tradiciones orales, el caudillo debió defenderse personalmente. Trascendió también que en otra ocasión apenas si tuvo tiempo de refugiarse en la casa de su amigo y adversario político Higinio Fernández.[10] En las memorias inéditas de Marino C. Berro, se relata un nuevo atentado comunicado por el famoso baqueano Roque González (más conocido por Pay Roque); relataba éste que Ordóñez había enviado al comandante Florismán Carbajal al frente de una partida de diez o doce hombres, la que fue levantando gente por el camino, inclusive al correo, con el que se cruzaron, Zenón Gareta y otros vecinos de la zona. Al ver el rumbo que tomaban, el Pay Roque malició que se trataba de una "solevación contra Máximo", por lo cual estaba buscando la oportunidad de desertar, cuando llegó una contraorden de Mercedes y el golpe quedó sin efectuarse. Máximo no estaba desprevenido y había reunido varios adictos en su estancia, manteniéndose a la expectativa. Pero no olvidó nunca esa tentativa, y meses después, luego de que hubo sometido a Caraballo, mandó buscar al capitán Manuel Gil y a Calixto y Antonio Machuca, Rosales y Manuel Domínguez, a fin de que apresaran a Carbajal.[11]

Fue en esa época cuando Pérez levantó su famosa fortaleza. Se trataba de una casa totalmente construída en piedra, de unos diez metros de largo por seis de ancho y cinco de altura; las paredes tenían un metro de espesor, con algunas pequeñas ventanas y una sola puerta de sólido algarrobo; ésta constaba de dos hojas, una arriba y otra abajo, las que se aseguraban con grandes cerrojos de hierro. Del centro de la casa, que constaba de dos piezas, subía una escalera que terminaba en la azotea, de baldosas coloradas y rodeada de almenas de un metro de alto.[12] Alrededor de 1900 la casa fue demolida, utilizándose sus piedras para construir un galpón en la es-

9 "La Tribuna", Montevideo, diciembre 31 de 1868.

10 Datos suministrados por la señora Fernández de Leguísamo, nieta de Higinio Fernández.

11 Marino C. Berro, Memorias inéditas.

tancia "Santa Justina". Hasta no hace mucho podían aún encontrarse vestigios de lo que fuera inabordable fortaleza.

En esos días se recordaba que en febrero de 1868, "por sugestiones de Máximo, había sido desterrado perentoriamente, junto con otras personas, José Eduardo González, quien "escapó de una muerte cierta por un milagro". Se insertaban también denuncias contra Bernardo Doblas y Félix Beau, este último por haber muerto de un lanzazo a principios de diciembre a un tal Gutiérrez.[13] En todos lados se hablaba de próximas revueltas y la caballería se mantenía sobre las armas.

Debemos abordar, al entrar en el año 1869, uno de los incidentes de la vida de Pérez que sus impugnadores han elegido con preferencia, junto con los fusilamientos subsiguientes a la muerte de Flores, para testimoniar lo que algunos se empeñaban en llamar "instintos sanguinarios" del caudillo chaná. Sabemos cuán fácil es arrojar, desde un cómodo escritorio, esas malévolas acusaciones, y cuán difícil resulta luego desvanecer, no tanto la interpretación tendenciosa de los hechos en sí, como la atmósfera emponzoñada con que esas versiones suelen ensombrecer durante mucho tiempo después el nombre del acusado. Sabemos qué enormes esfuerzos de erudición y de dialéctica fueron necesarios para limpiar nada menos que el nombre de Artigas, de las imputaciones asestadas desaprensivamente por algún viajero británico informado de tercera o cuarto mano, sin que los ríos de tinta vertidos luego para desbaratarlas, lograran desvanecer del todo la leyenda de sus costumbres de perdulario y de empedernido "enchalecador" de prisioneros. Y si esa tarea resultó difícil, tratándose de una vida como la de Artigas, ejemplar y pura como pocas, tenemos que admitir que a la vida de Máximo Pérez, arrebatada tantas veces por pasiones incontenibles y subrayada con un desparpajo al que desdeñaba atemperar, a esa vida, resignémosnos a reconocerlo ya, se le seguirá rodeando, digamos lo que digamos, de una fama que no merece, ni por los hechos que se le quieren atribuir, ni por las intenciones, juzgadas tendenciosamente, con que esos hechos fueron consumados. El incidente de los hermanos Fernández, desconectado de las

12 Datos suministrados por Javier y Marcelino Hounié, nietos de Pedro Hounié.

13 "El Siglo", Montevideo, diciembre 27 de 1868.

condiciones en que se produjo, pudo en efecto aparecer como un desaguisado imperdonable del caudillo; a los diarios de Montevideo no se les caía así de la boca "la muerte de un tal Fernández producida en circunstancias sospechosas en la estancia de Pérez"; nosotros, empeñados en destacar el significado auténtico de aquella vigorosa personalidad, no vamos a caer en la burda ingenuidad de querer ocultar o tergiversar la índole de esos hechos; no vamos a intentar crear así proceratos artificiosos, como suele hacerse, a base de omisiones o de versiones alteradas, no; al contrario, buscaremos insistir en esos hechos aparentemente acusatorios, porque en ellos suelen precisamente evidenciarse, aunque por su costado más sombrío, algunas características esenciales de la personalidad que estudiamos. Esos pretendidos desvíos — tal como los acota una visión moral simplista — se nos revelarán, si atinamos a relacionarlos con las condiciones que los determinaron, como expresiones acordes de una realidad coherente, en la medida en que puede llegar a ser coherente y explicable la conducta de un hombre. Para ello, en primer lugar, debemos atender la naturaleza de la época en que se produjeron; las virtudes y los defectos, lejos de valorarse según cánones universales, aplicables a todos en general y a nadie en particular, extraerán su sentido y su signo del modo con que corresponden a las demás circunstancias de la época; esas virtudes o vicios serán o no reconocibles como tales por el modo en que concreten las posibilidades propias del sujeto en cuestión, así como la manera peculiar con que las encarnen o desvirtúen.

Si es preciso, pues, reemplazar un prejuicio con otro — ya que alguno es siempre necesario —, elijamos entonces el que esté más de acuerdo con la realidad correspondiente en la que se desarrollaron los hechos. Había terminado el año 1868, año del alevoso asesinato del general Flores, y empezaba a cundir un amargo desánimo en sus antiguos compañeros de Cruzada; la impunidad casi oficializada de que gozaban los criminales, llenaba de furor y desazón a quienes, como Pérez, acostumbraban desbaratar de frente más francos enemigos y sin cortapisas justificatorias.

Ya vimos hasta qué punto estaba amenazada la vida del caudillo chaná, y aun cuando había podido salir in-

demne en tres o cuatro ocasiones, sus enemigos se la tenían jurada, y la amenaza por ende subsistía; la actuación de muchos años, decidida y sin ambajes, del caudillo, había dejado el tendal de doloridos y de despechados, los que ahora, envalentonados por el atentado contra Flores, creían llegada una oportunidad magnífica para vengarse. Máximo Pérez debía pues mantenerse en un alerta sin pausas y, como lo declaraba su hijo Justino en el sumario del hecho que vamos a relatar, vivía en una constante expectativa, pronto a frustrar intenciones cuya existencia hubiera sido suicida subestimar.

Su prestigio, entre sus fieles seguidores, lejos de decaer, había crecido a raíz de su última rebelión, tan sorprendente como varonil. Su estancia del Bequeló seguía siendo el punto de cita de sus más fervorosos partidarios; su influencia feudal, en el más alto sentido de la palabra, seguía irradiando sobre sus correligionarios políticos, y se fortalecía por la protección paternal con que los amparaba y respaldaba.

El 3 de enero, huyendo de San José, donde había dado muerte a un tal Fernández, llegaba a su estancia Juan M. Calderón, uno de los soldados que había combatido muchas veces bajo sus órdenes inmediatas. No era Pérez hombre que protegiera asesinos; todos los declarantes manifestaron ignorar el crimen de Calderón; a lo sumo, tendríamos que admitir que éste lo habría relatado a su manera; pero, aun admitiendo, lo que no creemos, que así lo hubiese hecho, sería ignorar la clase de solidaridad que une a quienes tantas veces arrostraron juntos la muerte en el campo de batalla, condenar al caudillo que amparaba por algunos días a un antiguo soldado que viene solicitando su protección, a raíz de un hecho de sangre de cuya responsabilidad, en último término, no podía formarse un criterio cierto. Tal como Azara lo había expresado ya, era una costumbre en nuestros gauchos la de amparar a sus huéspedes, fueran éstos ángeles o demonios. [14] Los caudillos sabían de sobra castigar, aunque siguiendo métodos propios, a quienes incurrían en delito; había en sus códigos un solo delito imperdonable, y era el que se cometía contra la lealtad y contra el compañerismo; en el caso de Calderón, hubiera sido una aberración del caudillo

14 FÉLIX DE AZARA, "Descripción e Historia del Paraguay y del Río de la Plata", Asunción del Paraguay, 1896.

si hubiera correspondido a la muestra de fidelidad y de confianza que éste le hacía al solicitar su protección, poniéndolo de inmediato en manos de una justicia que ya se sabía bajo qué influencias solía moverse; pues si Calderón era criminal, no lo era en tanto estuviera con él, y si lo era, sólo a él le correspondía resolver el modo de administrar justicia. Es lo que tenemos que comprender para juzgar los hechos que se produjeron en la noche del 5 de enero de 1869.

Los hijos de la víctima, Ciriaco y Lizardo Fernández, se propusieron hacerse justicia con sus propias manos, y el 2 de enero partieron de San José acompañados de seis hombres —por lo menos— debidamente armados, rumbeando hacia los pagos de Máximo Pérez, adonde se suponía que había ido a refugiarse el victimario. De esos ocho hombres, sólo cuatro —según declararon los hermanos Fernández, aunque esa versión no sea creíble—, llegaron hasta las costas del Bequeló. El propósito era evidente: a favor de su superioridad, pretendían sorprender a la gente de la estancia y apoderarse del prófugo.

El día 5 esperaron en efecto que anocheciera, detalle reconocido por la misma víctima, buscando de ese modo disimular parte de sus hombres, y cuatro de ellos —los hermanos Fernández, el paraguayo Marcelino Méndez y Gallinaris—, "sigilosamente, con los sables cuidadosamente atados", "para no hacer ruido", declaró Gallinaris, se aproximaron a la estancia de Pérez, a cuyas inmediaciones llegaron a las ocho de la noche. Pero era muy difícil tomar desprevenido a "El Zorro", y nada menos que en su propia guarida. Pérez, en efecto, hacía rato que los había olfateado, y apostado en la puerta del guardapatio, desde lejos, les pegó el grito: "¿Quién anda ahí?"

El vozarrón de Pérez cayó sobre los merodeadores como un balde de agua fría y nadie atinó en un principio a contestar. Dos veces tuvo que repetir Pérez su pregunta, aderezada con algún "ajo" de su repertorio, para que los visitantes nocturnos se decidieran a pronunciar palabra; según un declarante, contestaron primero "somos nosotros", lo que hasta como broma parece, sin lugar a dudas, demasiado inoportuna; aceptemos, entonces, el "somos forasteros" que les atribuye en su declaración Justino Pérez, el hijo del coronel presente en los sucesos referidos. Los visitantes, sorprendidos en su sigiloso me-

rodeo, no atinaron a excusarse de inmediato; a un viejo zorro como Máximo no se le podía escapar esa sospechosa indecisión y los conminó a desmontar. Antes de hacerlo, y simulando una increíble ingenuidad, los forasteros preguntaron: "¿Es acá lo del coronel Pérez?"

El mismo capitán Muela los había acompañado horas antes hasta el Paso de Pérez, situado a pocas cuadras, pero había que decir algo, simularse extraviados. Fue entonces cuando Pérez estalló y los obligó a bajar "antes que los reviente a tiros", agregando que solamente los salteadores se aparecen a esas horas. Los hizo dar la vuelta hasta la tranquera, y ya desmontados, les volvió a preguntar quiénes eran. Acompañaban a Pérez su hijo Justino, Calderón, sus peones Bonifacio Serantes, Pascual Rodríguez y Dionisio Cabrera, todos ellos apresuradamente armados, atendiendo el apercibimiento que les pasó Máximo apenas olfateó a los visitantes. Pérez les preguntó a estos si llevaban algún papel que acreditara que venían de San José, como le dijera Lizardo Fernández; éste le entregó entonces los que llevaban, firmados, al parecer, por Wenceslao Regules, Pedro Varela y Federico Gómez. En el momento en que Pérez los tomaba, Calderón le advirtió "que venían a prenderlo"; Máximo, escamado ya por la conducta solapada de los maragatos, no pudo refrenar entonces su impaciencia y los roció a insultos gritándoles que no los conocía y que se fueran a dormir por ahí, que esas no eran horas de visitar vecinos; entre tanto, con esa rapidez que lo singularizaba, apenas advertido por Calderón, se asió de la mano que le alargaba los papeles, y se llevó a la rastra hasta la cocina al sorprendido Fernández. En el guardapatio, los hombres de Pérez, entre tanto, permanecían alertas; Máximo no era hombre a quien pudieran tomar descuidado, y como declaró Dionisio Cabrera, "de noche, sobre todo, siempre estaba prevenido". Sólo uno de los testigos expresa que Máximo llevó adentro los papeles para que se los leyeran; de todos modos, la demora en entregárselos y las evasivas de los maragatos, eran más que suficientes para enconar la suspicacia de Pérez.

Ya en la cocina volvió a gritarle al desconcertado Fernández que él no los conocía, que si querían decirle algo que volvieran al otro día, y que esas no eran horas de visitar vecinos; la actitud de Fernández debió haber sido sobremanera ambigua; la presencia de Calderón y la

agresividad del coronel contribuían, claro está, a su desconcierto. En ese momento, para su mal, era advertida la presencia de otros jinetes en los alrededores de la estancia, y la señora de Pérez le gritó a su esposo desde afuera: "Máximo, mirá que siento gente que se acerca".

Al oír esto, Lizardo, cuya maniobra aparecía al descubierto, intentó levantarse echando mano al revólver. Más le hubiera valido no haberlo hecho. Rápido como la luz, Máximo sacó su pistola y le descerrajó dos balazos. Fernández, herido en un brazo, atropelló la puerta e intentó escapar; al verlo salir con su arma en la mano, la gente de Pérez, que se abalanzaba ya a la cocina, creyó que el prófugo había herido a su patrón, y lo balearon a su vez, causándole una nueva herida en el cuello, amén de un lanzazo que le alcanzó en un hombro. Ciriaco Fernández corrió en ayuda de su hermano, martillando su revólver, pero Máximo, que salía en ese momento, se lo manoteó antes de que pudiera disparar, quedándose con el arma en la mano, mientras alguien hería de un terrible lanzazo a Ciriaco, derribándolo por tierra. Méndez quiso huir, pero uno de los lanceros de Pérez lo llamó a sosiego, aunque sin herirlo. En cuanto a los merodeadores que se habían acercado a la estancia, al sentir los disparos optaron por huir a la desbandada, comprendiendo que el horno no estaba para bollos. Máximo en persona terminó de despojar de sus armas a los demás (sables, tercerolas y revólveres) y les gritó que se mandaran mudar antes que los remitiera al pueblo en calidad de presos. Alzaron sus compañeros a Ciriaco Fernández, y mal que bien, trasquilados como no se lo pensaran nunca, salieron de la estancia. Esa misma noche huía Calderón, y Pérez enviaba un relato de lo ocurrido a Mercedes; comisionado Bernardo Doblas, dio con los maltrechos maragatos a dos leguas del lugar, conduciéndolos a Mercedes; veinte días después moría Ciriaco Fernández, no sin antes haber declarado ante el sumariante Auxiliar Gregorio Gareta, nombrado en tal carácter por el Jefe Político Trifón Ordóñez. Ordóñez envió los antecedentes sumariales al ministro Bustamante, quien se los devolvió el 26 para que prosiguieran las actuaciones. [15]

Las declaraciones de todos los protagonistas coinci-

15 Archivo del Juzgado de Mercedes, enero de 1869.

den en sus aspectos fundamentales; sólo discrepan, claro está, en las intenciones que cada uno atribuye a los demás, y en algún detalle material de relativa significación. La víctima, por ejemplo, Ciriaco Fernández, alega haber tomado el revólver por el caño para entregárselo a Pérez, actitud que resultaría incompatible con su agresiva atropellada hacia la cocina, testificada por todos. En el mismo sumario se manifestaron sorprendidos los maragatos por encontrar a Calderón en la estancia de Pérez, aduciendo que su visita tenía por objeto "anticiparse" y "prevenir" al coronel Pérez sobre la índole del huésped que iba a presentársele; pero no es de ningún modo creíble que los hermanos Fernández, a tres meses de muerto su padre, creyeran haberse adelantado al asesino de cuyo rumbo estaban informados hacía tiempo. Otras afirmaciones de los maragatos, como la de que el recibimiento del coronel fue en un principio cordial, se contradicen con las órdenes impartidas por Máximo apenas divisó gente extraña, urgiendo a sus hombres para que se proveyeran de armas, ordenando apagar brasas y candiles, y a sus familiares, que se refugiaran en las piezas.

En cuanto al propio Máximo, sus declaraciones insisten en el carácter sospechoso de la conducta de sus visitantes; admitimos que esa calificación puede haber sido algo exagerada por la prevención con que entonces vivía, pero debemos creer, dada su veterana perspicacia, que esa prevención estaba justificada por el comportamiento extraño y reticente de los maragatos. Cualquiera que haya sido el propósito de éstos, el método infortunado con que lo llevaron a cabo tenía forzosamente que provocar la reacción que se produjo. Esperar que se hiciera la noche, espiar en los alrededores de la estancia, dilatar toda explicación de su conducta, aparecer armados hasta los dientes y dejar en las sombras algunos compañeros emboscados; todo ello era más que suficiente para excitar las sospechas y la cólera de Máximo; agréguese que todo ese aparato se desplegaba para obligarle a hacer lo que sólo cabía dictaminar a su autoridad de caudillo, y se comprenderá toda la torpeza del recurso ideado por los Fernández para vengar a su padre. Este episodio, lejos de testimoniar el "espíritu sanguinario" de Máximo, acredita, por el contrario, su desdén total por toda venganza extrema e innecesaria; con los contrarios dominados, irritado por su felonía y teniéndolos a su disposición, no

creemos que hubieran sido muchos los caudillos de su época que hubieran dejado escapar a quienes acababan de provocar, y en su propia casa, semejante zarabanda. Los hubiera mandado matar, y hubiera tenido mil justificaciones; prefirió, a pesar de estar poseído por la cólera, que se mandaran mudar, gritándoles que "no los quería ver más"; si así procedía cuando las circunstancias se confabulaban para que extremase su rigor, la única conclusión que corresponde extraer es que tanta como era su decisión para enfrentar cualquier peligro, era su repugnancia a cebarse con el enemigo caído.

Ni siquiera en el momento de mayor tensión, cuando ante el anuncio de que se aproximaba gente madrugó a su visitante "cerrajándole" dos balazos, podría asegurarse que tiró a matar; es difícil creer, en efecto, que errara por dos veces seguidas, casi a boca de jarro; luego, al manotear el revólver de Ciriaco, quien estaba ya a punto de balearlo, no intentó tampoco liquidar a su contrario. En cuanto al deceso de éste, provocado por la lanzada con que la gente de Pérez intentó frenar su acometida, resulta un maligno infundio mencionarlo, como lo hacían los diarios de Montevideo, como antecedente decisivo para juzgar el carácter de Pérez. Se le querían cobrar caro sus rebeldías, y los rudos avatares de la vida de Máximo les proveían ahora un pretexto inestimable; a él se aferraron, y rehuyendo aclarar lo que podía tan fácilmente aclararse si hubieran querido, seguían aludiendo al pasar, como sugiriendo algún hecho vergonzoso, a "la muerte de Fernández producida en la casa de Pérez". En cuanto a las cartas de presentación invocadas, no sólo no aparecieron sino que posteriormente tanto Gómez como Varela declararon ante el ministro Bustamante no conocer a las víctimas; Regules, por su parte, afirmó no haber escrito tampoco carta alguna. Fernández Saldaña concluye de todos esos antecedentes que los hermanos Fernández habían ido con la única intención de asesinar a Máximo Pérez. [16]

Los rumores alarmistas volvieron a reproducirse a principios de 1869. El corresponsal de "La Tribuna" los desmiente en lo que respecta a Máximo Pérez, quien, según afirma, "se ocupa por ahora en arreglos de familia, cuyos intereses y trabajos le absorben la mayor parte

16 "La Mañana", Montevideo, noviembre 19 de 1931.

del tiempo"; niega, además, que se hayan producido concentraciones de caballería, y defiende a Ordóñez de las imputaciones de intromisión y fraude electoral.[17] Máximo, en efecto, estaba tratando de regularizar la testamentaria de Fleitas, demorada en tiempos de Fontans, y que ahora parecía ir resolviéndose definitivamente. El 7 de noviembre de 1868 se presentaba por escrito ante el alcalde ordinario, firmando Avelino Delgado en su lugar. El 19 de enero, el agrimensor del Estado, Gregorio Carceller, comenzaba la mensura del campo, mensura que terminaba el día 24; sea dicho de paso, desmintiendo con ello la hostilidad mortal que le atribuían a Máximo contra él. Tres meses después la Dirección General de Obras Públicas rechazaba dichos planos por contener muchos errores, debiendo corregirlos Carceller en nueva mensura realizada el 1º de mayo.[18] La oposición a Ordóñez había cundido en el mismo seno de la Junta Económico-Administrativa, cuyas desinteligencias con el Jefe eran a menudo criticadas;[19] la Junta, en un informe dirigido al Gobierno, habla de las "enormes dificultades" que tiene que vencer, y de "actos abusivos" e "invasiones de nuestras atribuciones" que prefiere callar; se refiere también, con vaguedad, a "los que no han cesado de crearnos dificultades", y a los "escritores audaces que han zaherido su dignidad", alusión a "El Río Negro", que había aparecido el 17 de enero "sobre las cenizas de "El Eco del Río Negro", apadrinado por Gigena y Perichón y García; se refiere además vagamente a quienes "tienen guardadas sus espaldas" sin otra especificación. El 14 de febrero renuncia Bazurco "por las causas notorias",[20] y luego renuncian José González y Petrochi.[21] A mediados de febrero volvía a hablarse de invasión, y de que Máximo Pérez "estaba en su estancia con veinte y tantos hombres". Eran meses de sucesos confusos, cuya verdadera índole apenas trascendía. El día que llegaba el inspector P. Alvarez a Mercedes, Juan F. López, receptor de impuestos, huía llevándose algunos miles de pesos. Las escuelas seguían cerradas "por falta de textos"; faltaban ladrillos

17 "La Tribuna", Montevideo, enero 14 de 1869.
18 Archivo del Juzgado de Mercedes, archivado 50, legajo 1850.
19 "El Siglo", Montevideo, enero 26 de 1869.
20 "El Río Negro", Mercedes, febrero 14 de 1869.
21 Archivo General de la Nación, Montevideo, Junta Económico-Administrativa de Soriano, febrero 18 de 1869.

(pues funcionaba un solo horno) y albañiles; las obras del muelle se habían parado; "hay una Sociedad de Fomento que puede hacer mucho y hace poco"; el turismo no se hizo ver este año debido a las epidemias pasadas y la fama de insalubre que fomentara "El Siglo"; en suma: se hacía notar la falta de Máximo Pérez en la Jefatura. "El Río Negro" liberaba de culpa a Pérez en el incidente con los Fernández y "La Tribuna" reconocía ahora que Ciriaco "falleció víctima de una imprudencia". [22] En cuanto a "El Siglo", no insiste en sus indirectas. En marzo, para completar el cuadro, una creciente pocas veces vista produce grandes perjuicios en Mercedes. [23]

El general Francisco Caraballo hacía tiempo que estaba urdiendo la trama de una vasta conspiración. Pretendía recoger así el clamor de los floristas que, como le escribía Manuel Flores, se habían sacrificado para que "los Doctores se aprovecharan y ocuparan los primeros puestos". Uno de los primeros que se puso en contacto con Caraballo fue Simón Moyano, caudillo duraznense, quien el 1º de enero de 1869 le enviaba sus quejas por no haber recibido las armas prometidas, diciéndole: "No olvide que en los principios de cualquier movimiento debe contarse con recursos a fin de no caer en descrédito en los primeros pasos". Igualmente encontramos carta de Nicasio Borges del 23 de (mes ilegible) de 1869, rogándole que no crea en los chismosos que afirman que él y Manuel Caraballo lo delatarán al Gobierno; "yo no soy amigo por necesidá". De Gregorio Suárez encontramos una carta innocua del 19 de mayo en que la que no se menciona el asunto para nada, pero cuyo "Querido Pancho" que la encabeza, así como el tono general, permite suponer cierto grado de entendimiento; [24] en efecto, el Ministerio de Guerra, no podía desconocer unos trabajos subversivos que el 28 de mayo provocaron la separación de Caraballo de la Comandancia General de Armas, a los tres días escasos de que Suárez renunciara al Ministerio de Guerra, cargo que ocupó José C. Bustamante. En chasque llegado el 28 de mayo se informaba que Cara-

22 "La Tribuna", Montevideo, febrero 26, abril 3 y enero 28 de 1869.

23 "El Siglo", Montevideo, marzo 29 de 1869.

24 Archivo General de la Nación, Montevideo, fondo "ex Archivo y Museo Histórico Nacional" caja 78.

ballo estaba en Cagancha; "El Siglo" comentaba que desde hacía varios meses Caraballo estaba alejado del Gobierno, al que no se cansaba de despreciar y vejar, pese a que el cargo de Comandante General de Armas se había creado exclusivamente para él. Desde fines de abril Caraballo se hallaba junto al arroyo Santa Lucía, tomando contacto con muchos de sus amigos. Desde su estancia de Buena Vista, le escribió el 25 de mayo a Máximo Pérez: "Buena Vista Mayo 25: Mi querido amigo: en bista de la protesta que te remito, hecha a la Nación por los verdaderos representantes del pueblo, a causa del atentado Constitucional cometido por el círculo conservador de la misma Cámara de acuerdo con el Gobierno que hace tiempo conspira contra el verdadero Partido Colorado, los compatriotas que tanto hemos hecho por el partido a que pertenecemos, no podemos más que recurrir a las armas para sostener la legalidad de la soberanía popular que nos legó nuestro querido Gral. Flores y que hoy quieren destruir los mismos funestos hombres que siempre fueron sus más encarnizados enemigos, a pesar que él, siempre noble y generoso, los llenó de distinciones y beneficios. Cualquiera que sean tus compromisos con esa jente, a cuyo frente se ha puesto el dos veces traidor, bandido Bustamante, que está entregado en cuerpo y alma a los conservadores, tú no puedes desconocer a tus verdaderos amigos, para poner tu brazo y tu prestigio al servicio de hombres que profesan un odio reconcentrado a todos los que ellos llaman gauchos, a quienes ni siquieran conceden el derecho de discutir los intereses de una patria que tan caro nos cuesta. No olvide, mi querido Máximo, que los conservadores son los mismos hombres del 55 que quisieron asesinar a la noble víctima del 19 de Febrero; que son los mismos de la mina, y si ellos llegasen a sobreponerse, no podríamos vivir en esta tierra. Piensa bien lo que haces, y no dudo que has de comprender que tu puesto es al lado de un amigo de sacrificio, y que, como tú, no son doctores y tienen un corazón sano. Cualquiera que sea tu resolución, desde ya te prevengo que jamás mis armas habrán de cruzarse con mis amigos que tanto quiero, y a quienes tanto debe la patria; si no quieres pués ayudarme, vive seguro y tranquilo que soy siempre tu verdadero amigo, y que en cualquier época de mi vida me has de encontrar siempre con los mismos sentimientos hacia tu persona.

Sin embargo, creo que tú no debes ser sordo a la

voz de la patria y de tus amigos que te llaman a que ocupes tu importante puesto a su lado, y en ese sentido es que cuento con tu cooperación y patriotismo; previniéndote que de cualquier modo que sea, yo me pongo en campaña el día 30 del actual, y marcho sobre la capital, en donde espero que con la gente que puedas reunir te incorporarás a sostener con nosotros la bandera de los principios de verdadera libertad por los que siempre te has sacrificado con tu verdadero y leal amigo que te quiere de todo corazón. — Francisco Caraballo".

A último momento, pues, Caraballo se acordaba de Máximo, cuya invitación, pocos meses atrás, había a su vez rechazado, quizá por que ya se tenía in mente reservado un papel más preponderante. A vuelta de correo, Máximo le envió una lacónica respuesta: "General Caraballo: después de saludarlo paso a decirle por toda contestación, que quedo enterado del contenido de la suya. Yo no tomaré las armas para ventilar negocios ajenos y sólo las tomaría para defender la causa de mi patria y mis colores políticos que son los del Gobierno. Conmigo, pues no cuente para nada. — Su amigo Máximo Pérez".

Dos días después le escribía al ministro José C. Bustamante: "Estimado amigo: por carta de S. E. el Sr. Presidente, soy impuesto de que el Gral. Caraballo, se ha pronunciado en rebelión abierta contra el Gobierno de la República, como se lo expresé a S. E. el Presidente se lo repito a Ud. siempre estoy dispuesto a sostener a mi Gobierno, porque en él reconozco y veo representado al Partido Colorado; por el que estoy pronto a derramar mi sangre, como lo he hecho siempre que se ha ofrecido. Cuente, pues, Ud. mi amigo, en esto que digo, y no dude de mis leales sentimientos que son los de plegarme a mis verdaderos amigos y que sostienen los legítimos intereses de nuestro país. El Comandante Ordóñez me ha encargado interinamente de la fuerza del Departamento, interín el Gobierno disponga otra cosa. Así es que espero que el Superior Gobierno me dirá lo que debo hacer con dichas fuerzas, así como las medidas que debo adoptar. Con tal motivo, saludo a Ud. respetuosamente y me repito su affmo. amigo Q. S. M. B. — Máximo Pérez". [25]

El gobierno de Batlle, mal que bien, había ido sor-

25 Datos extraídos de diversos números de "El País" y "La Tribuna" de Montevideo.

teando las asechanzas que propiciaba su propia debilidad. El año 1869 lo encontró más confiado en su capacidad de perdurar, como lo atestiguaba la circular que hizo llegar en enero a los Jefes Políticos, en la que afirmaba que "la lucha armada de los partidos [...] parece haber cesado para dar lugar al desarrollo de los intereses materiales y al afianzamiento de las instituciones". Exhortaba luego a los orientales a "cobijarse todos bajo una misma bandera", y resumía los propósitos gubernamentales en la doble consigna de "impulsar la educación popular y asegurar la libertad electoral". Pero la familia oriental, como ya vimos, estaba lejos de haber acallado sus desavenencias y así es como esos conflictos latentes salieron a la superficie en ocasión de discutirse en la Cámara de Diputados la ya enconada cuestión del curso forzoso. "Oristas y Cursistas" no cedían en sus posiciones; los primeros, con el beneplácito de los principistas, por la conversión del papel moneda circulante, enfermo e irresponsable, en oro contante y rozagante, y los segundos, alentados por los Bancos emisores, con Pedro Varela, fundador en 1864 del Banco Montevideano, a la cabeza, queriendo prolongar el reinado del billete inconvertible.

El problema venía incubándose desde hacía dos años. A mediados de 1867, en efecto, la economía de la República entraba en un período de crisis, tanto más sentida cuanto más promisoria se había insinuado la expansión de los dos años anteriores; la inflación de valores, el empapelamiento, la inmovilización de capitales, el desequilibrio de nuestra balanza comercial por el aumento de importaciones improductivas y la mengua de todos los rubros de producción exportable, el abatimiento de los precios en el mercado interno de los productos agropecuarios, [26] así como la baja del peso en Londres, la mortandad de los ganados, las pestes y las perturbaciones causadas por la guerra del Paraguay, todo ello provocó las primeras corridas a los Bancos; Flores, al dictar en diciembre de 1867 el tercer decreto de inconversión, no hizo más que aplazar y agravar sus efectos posteriores. Amparados por esa medida, los Bancos Mauá y Montevideo aumentaron su emisión desmesuradamente, llegando la del primero a decuplicar holgadamente su encaje. Circu-

26 GUILLERMO STEWART VARGAS, "Pedro Bustamante", en la "Revista Nacional", Nº 56, pág. 512, Montevideo.

laban ya doce millones de billetes, de los cuales más de la mitad correspondían al Mauá, y era indudable que su retiro de la circulación, como argumentaba este último, hubiera significado un trastorno de consecuencias incalculables. Pero los tenedores de billetes no podían refrenar sus nervios; la intentona de "Pérez, erigido en portaestandarte del curso forzoso y de los bancos quebrados", [27] pareció vincularse estrechamente al problema monetario. Pero la actitud posterior del caudillo, oponiéndose a los "cursistas" de Caraballo, demuestra que no era en ese terreno en donde le interesaba intervenir; el problema, como ya lo dijimos, era para él de hombres y no de onzas, más o menos convertibles los unos que las otras. No dudamos que Mauá, el principal interesado, haya movido muchos hilos para desembarazarse del Ministro Pedro Bustamante, quien al final hubo de renunciar para "no dar pretextos a la revuelta", pero la falta de sincronización de los movimientos capitalinos con los de Pérez demuestra por sí sola su raíz diferente.

A mediados de 1869 el estado creciente de nerviosidad conducía a una progresiva paralización de los negocios. El Estado tuvo que socorrer a las personas más necesitadas, comprando ganado para abastecerlas. Aparecían panfletos incitando a la rebelión "para castigar a los asesinos de Flores". Tres Bancos, el Italiano en diciembre de 1868, el Mauá y el Montevideo, suspendieron sus pagos.

Tomás Villalba, el economista doloreño cuya opinión en estos asuntos resultaba siempre precisa y adecuada, atribuía la situación, más que a la exagerada competencia bancaria y a sus abusos emisivos, a la arbitrariedad reiterada de los actos de Gobierno, disponiendo de fondos ajenos como si fueran propios, y creando una inestabilidad crónica en los negocios y transacciones. Vencido el plazo de inconversión el 1º de junio de 1869, los Bancos empezaron a pagar (aunque con deliberada morosidad) a excepción del Mauá, el que aducía, y con razón, que su capital estaba casi enteramente acaparado por el Estado. El Banco Mauá era en realidad una institución singularmente poderosa con sus 144.000 hectáreas de campos en

27 EDUARDO ACEVEDO, obra citada, tomo III, pág. 584.

Soriano, Salto y Florida, sus 40.000 vacunos, 150.000 ovejas y 5.000 yeguarizos, aparte de sus ingentes capitales. La depreciación general, claro está, había afectado esos fondos: baste consignar que una vaca, que en 1864 valía seis pesos, se cotizaba en 1868 solamente a tres, en tanto el precio de las ovejas había también descendido de tres pesos a un peso cada una. Habiéndose llegado en los debates a un punto muerto, los cursistas, que querían prorrogar la inconversión, unos para defender sus intereses en los Bancos, y otros por razones menos egoístas, de interés general, resolvieron impedir en junio de 1869 que la Cámara de Diputados tuviera el quórum necesario, pretextando que la barra estaba regimentada por el Ejecutivo; pero los veinte huelguistas fueron declarados cesantes, convocándose a los suplentes respectivos y dando ocasión a que el Ministro de Guerra general Suárez renunciara a su cargo y publicara un manifiesto subversivo. Digamos de paso que fue en esa ocasión que ingresó a la Cámara el distinguido historiador Isidoro De-María, en representación del departamento de Soriano.

Las maquinaciones de Pedro Varela y de su cofradía se coordinaban, en esa atmósfera caldeada, con las de Caraballo, quien no olvidaba, por lo demás, el fracaso de su candidatura presidencial a raíz de lo que pudo parecer una maniobra en favor de Batlle. De ahí que al alzarse en armas enviara al Presidente la siguiente nota: "Me he apercibido Sr. Presidente de que no es de la cuestión bancaria de lo que se trata; que la cuestión es política y que hay un plan preconcebido contra los hombres del Partido Colorado y que denominan floristas. Como no estamos dispuestos, ni mis amigos ni yo, a dejar que se apodere del país el funesto círculo conservador que nada ha hecho, sino arruinar sembrando la tiranía y la anarquía, he creído que no debía dejar perder la patria para los que hemos conquistado a fuerza de abnegación y sacrificio, cuando los que hoy nos combaten estaban al servicio de los blancos o eran fríos o indiferentes expectadores."

El ministro Suárez, por su parte, contestaba a cartas de Caraballo del 23 y del 24 diciéndole que "no aceptaba el convité"; le dice que sigan nomás, pero que hubiera debido concertar modos más prudentes. "Tú sigues un Rumvo, Yo otro". Le ruega no haga correr sangre en lo posible y agrega que el Gobierno no está orientado en la

causa y que "mi propósito es mediar, afin de conseguir un arreglo". [28] Gregorio Suárez creyó pues propicia la coyuntura, y se levantó con su cañoncito por su cuenta; renunció, como dijimos, a su cargo de Ministro, y distribuyó un enfático manifiesto fechado el 31 de mayo, el que encabezó marcialmente con la frase de "Campamento en marcha". Se lamenta en él de la pasión reinante, de "la desunión del Partido Colorado" "por las exigencias personales" "con el pretexto de la cuestión económica". "Me he visto obligado a asumir una actitud pasiva" esperando que las cosas vuelvan a su cauce. Luego de recordar sus "21 heridas", agrega: "Mientras la situación se mantenía dentro de los límites de la legalidad, me conservé en mi puesto oficial prestando el apoyo de mi influencia personal al Presidente de la República". Reivindicaba luego los derechos de los hombres honrados a hacer pesar su influencia frente a los sucesos producidos, "haciendo un esfuerzo para que se restablezca el imperio de la Constitución del Estado"; reiteraba así un reproche que le había dirigido ya al mismo Flores, y concluía: "llamo, pues, con ese objeto, alrededor mío a mis compatriotas y amigos del Presidente del Partido Liberal y a mis compañeros de armas, para que juntos y en prudente consejo deliberemos sobre el bien y la salvación de la patria."

El 29 de mayo llegaba a Montevideo el Mayor Labandeira, enviado por Caraballo ante Batlle, quien lo recibió "con dureza". En su nota decía Caraballo que nunca le interesó la cuestión bancaria, pero atacaba la decisión del Gobierno de perturbar las discusiones de la Cámara, y a la "prensa licensiosa e insolente"; agrega que "se arrojaron de la Cámara a 17 representantes de la Nación", sin que Batlle vetara ese hecho, consumando "un plan preconcebido contra los floristas". Caraballo estaba "tranquilo" en Arroyo de la Virgen el 1º de junio, desde donde envía a la prensa una carta acusando a los conservadores, en tanto su hermano Manuel, luego de imponer a la población de Paysandú una contribución de treinta mil pesos, se corría hasta Salto y se llevaba los fondos de la Receptoría, siendo destituído

28 Esta y las siguientes notas han sido extraídas de "El Siglo" del 2 al 26 de junio de 1869, Montevideo.

el día 3 de su cargo de Jefe Político de Paysandú. En Mercedes, al salir Federico Gómez con las cartas para Bustamante y Batlle, Máximo tenía seiscientos hombres de caballería reunidos, además de doscientos infantes (incluso los sesenta de la Urbana) que quedaron en la ciudad. Por decreto del 2 de junio, se le nombraba "Gefe de la Guardia Nacional de Caballería del Departamento de Mercedes"; firmaban Chucarro (Presidente del Senado) y Bustamante. El 30 de mayo, puesto por Ordóñez al frente de los guardias nacionales, Máximo les ordenó que se presentaran dentro de las 24 horas; el 1º de junio Máximo y Ordóñez lanzan sendas proclamas, diciendo este último que "el invicto coronel Pérez" está en las adyacencias de Mercedes con mil doscientas de las "chuzas" de Soriano, lenguaje que provoca el escándalo en "El Siglo". Decía además Ordóñez: "El bravo entre los bravos coronel Don Máximo Pérez —que más de una vez ha combatido a nuestro lado— es el mismo que encontraréis a vuestro frente para conduciros donde la patria exija". En su proclama, Pérez decía a su vez: "Más de una vez he tenido el honor de acompañaros al campo de batalla en defensa de la libertad de nuestro país, y más de una vez también he tenido el orgullo de vencer con vosotros las huestes vandálicas de los carnívoros enemigos de la patria. Compañeros del 2 de Mayo. El general Caraballo olvidando sus antecedentes en favor de la causa del orden y de los principios, acaba de manchar sus charreteras, provocando de nuevo el derramamiento de sangre preciosa de Orientales, sin que un motivo justificado sirva de base a su indigna conducta.

Soldados y amigos! El Gobierno de la República haciendo justicia a la lealtad que me caracteriza como Soldado de la libertad, se digna confiarme de nuevo vuestras lanzas, para contribuír al restablecimiento del orden y la tranquilidad de la República; honor que no he trepidado en aceptar, contando, como cierto, con vuestro patriotismo y abnegación, para soportar los azares de la lucha, si fuera necesario.

Valientes soldados! Excuso recomendaros la subordinación y el respeto a las órdenes que os sean transmitidas; os conozco y sé, que como bravos en momentos de prueba sois sin rival, y como disciplinados jamás habéis dado prueba de lo contrario.

Compañeros, a las armas, y gritad conmigo. ¡Viva

el Gobierno! ¡Viva la Paz! ¡Abajo los anarquistas! Vuestro amigo: Máximo Pérez."

En su carta del 1º de junio al Ministro Bustamante, Ordóñez se justifica por haber dado el mando a Máximo Pérez "sin previa autorización", alegando la actitud "confusa de las autoridades de Paysandú"; agrega que "las chuzas del Depto. de Soriano" "se presentan hoy como la más fuerte columna del orden", y que Máximo está en las afueras de la ciudad con toda su gente, casi todos con lanzas, y los demás con tercerolas o facones.

El 4 de junio, Ordóñez comunicaba a Batlle haber puesto los mil cuatrocientos hombres de Soriano a órdenes de Pérez, quien "demuestra —dice— un entusiasmo por la causa que defiende, que nadie le podrá igualar"; esos días Pérez pasó una circular "a todos los oficiales que se hallan con fuerzas de observación de los revolucionarios y en parajes designados". "También me es grato comunicarle —le escribe Máximo a Batlle— que acabo de recibir parte que nuestro amigo el Mayor Eustaquio Ramos del Departamento de Paysandú se halla pasando el Río Negro a la cabeza de una fuerza, buscando nuestra incorporación". Decía Máximo en su circular: "El infrascrito competentemente autorizado por el Sr. Coronel Jefe Político del Departamento autoriza a Ud. por la presente para que en caso las fuerzas de la revolución trataran de invadir u hostilizar el Departamento, trate inmediatamente de repelerlos, pasando acto continuo al infrascrito parte de lo que observa". El mismo día, 4 de junio, le escribía desde su "Campamento en Bequeló" a Cándido Bustamante: "Mi apreciado compañero y particular amigo: En mi poder su atenta y satisfactoria de fecha 2 del cte., por la que me acusa recibo de la mía; agradezco sinceramente lo bien que ha sido recibida mi decisión en favor del Superior Gobierno. Esto ya hace mucho se lo había manifestado a Ud. y quizá una mano oculta no habría dejado llegar a su poder la mía, en la que, hace veinte días, le decía que estaba pronto a sostener al Superior Gobierno, pues preveía con anticipación lo que iba a suceder. Agradezco sinceramente el anticipo de que me hace, y crea, mi buen amigo, que me viene muy bien, pues a falta de recursos para movilizar a mis amigos que aban-

29 Oscar Olave, "Coronel Eduardo T. Olave", pág. 352, Montevideo, 1952.

donaban todo para ponerse a mi lado, había dado orden de hipotecar mi casita, únicos intereses que poseo, y ésta me fué regalada por los vecinos de mi pueblo. Los vestuarios, armamentos y municiones, como la orden para que el Sr. Jefe Político pueda disponer de algún numerario también viene a propósito, pues de todo había gran escasez en este Departamento. Me es muy satisfactorio ver que no me había equivocado en mi modo de pensar respecto al general Suárez; la carta de Ud. me lo viene a probar más aún, y veo que no había de dejar de ser traicionero de su causa. Creo que antes tuve razón, y muy justa, de clasificarlo de esa manera cuando el asunto de la mina. Sin más asunto y esperando sus siempre gratos, me repito Su S.S. y amigo. Máximo Pérez."

El día antes les escribía a los capitanes Mamerto Gómez, Faustino Larrosa, Calixto Sánchez y teniente coronel Luciano Tolosa: "Mis compañeros y amigos: Al dirigirme a Uds. por la presente, es para aconsejarlos como a verdaderos colorados, que no se dejen llevar por las ideas que el general Caraballo ha proclamado, pues este compañero de tantos sacrificios, hoy engañado por un perverso como es Don Pedro Varela, que es a quien debemos la muerte de nuestro general Flores, este banquero quebrado se ha vendido como un esclavo y valiéndose de la gran amistad que lo ligaba al general Caraballo, lo ha engañado, haciéndole dar el paso más indigno; no vayan a creer mis amigos que yo no soy colorado; lo soy de corazón y por ello me he puesto a sostener al Gobierno, que es lo que debemos defender y hacer respetar como la única autoridad legítima del país; yo les garanto bajo mi nombre que el atentado de muerte del general Flores ha de ser bien esclarecido, y no duden Uds. que los hombres que hoy nos traen la guerra a nuestro hogar, son los mismos asesinos de nuestro general Flores. Así les ruego que comprendan la lealtad de mis palabras, se pongan desde ya con los hombres que tengan reunidos al lado del Superior Gobierno, que como buenos orientales y verdaderos colorados, es el lugar que les pertenece. Con este motivo, los saluda su affmo. amigo y servidor. Máximo Pérez."

Esos días se interceptaba una carta de Vidal para Caraballo fechada el 30 de mayo en Paysandú, en la que se decía: "Después de haber desempeñado la importante comisión que me dió nuestro amigo Don Pedro Varela,

he llegado hoy a este pueblo", etc.; luego anuncia que irá a Buenos Aires, donde se pondría a las órdenes de Pedro Varela y Caraballo. Esa carta explicaba el por qué Varela se había refugiado en un Consulado, desde donde se embarcó el 10 de junio a Buenos Aires, apenas se supo lo de Caraballo. En cuanto a Manuel Caraballo, partió el 1º de Paysandú con trescientos hombres de la Urbana y guardias nacionales, acampando a orillas del Sacra; Cancela, Bernabé, Ledesma ("que es muy querido", dice "El Río Negro") y Ramos, se le desertaron a Soriano con cuatrocientos hombres, y en Salto, Simón Martínez congregaba a los cursistas. De Buenos Aires llegó telegrama avisando que Manuel Caraballo "iba a atacar a Máximo Pérez", dirigiéndose luego con quinientos hombres a Paso del Polanco. "El coronel Máximo Pérez marcharía a tomar los pasos del Río Negro". El 7 de junio se nombraba a Nicasio Borges Comandante Militar de Paysandú, adonde se envió a Ventura Torrens con ciento cincuenta hombres. Se dio entonces el caso extraño de que Borges fuese designado al mismo tiempo para el mismo cargo por el Gobierno y por los rebeldes. Manuel Caraballo había dejado a Clodomiro Arteaga de Jefe Político de Paysandú. De Entre Ríos recibió la incorporación del coronel Torres y de varios más; a media legua de Paysandú debieron abandonar un cañón de los dos que llevaban y que Wenceslao Regules había traído desde Salto.

En cuanto al díscolo Luciano Tolosa empezó por levantarse, apareciendo el 4 de junio en San Juan con cien hombres, luciendo enormes divisas coloradas con un letrero amarillo que decía "Ejército Libertador"; pero la intervención de Máximo alteró el curso de los sucesos. El 6 de junio, día en que recibía de Porongos doscientos hombres al mando de capitán Sierra, Máximo le escribía al ministro Bustamante: "Estimado Sr. Ministro; acabo de recibir un oficio del Mayor B. Luciano Tolosa, quién volviendo sobre sus pasos, se pone a disposición con toda su gente. Ahora, al entrar como lo anuncio al Sr. Presidente por el Departamento de Colonia, repondré las autoridades legales, que aquel Mayor había depuesto. Cuente, pués, V. E. que sin efusión de sangre, el triunfo de la autoridad legítima del país será completo. Saluda a V.E. y me repito su afectísimo amigo. Máximo Pérez. P.D. Pido a V. E. interponga su influencia para que si algún error cometió el mayor Tolosa, sea absuelto como soldado

que se ha sacrificado por la libertad. Vale". El chasque de Tolosa, fechado el 5 de junio, en las puntas del San José, decía así: "Sr. Coronel Don Máximo Pérez; [le habla, dice] con lealtad de amigo particular y correligionario político"; dice que el día 2 le mandó chasque y que éste huyó por los montes. Le pide explicaciones de "las causas de tantos males". Le ofrece su cooperación, y dice que recibió un aviso "falsificado" de Máximo Pérez, y que se puso a reunir gente, sacando del mando al Comisario del Pueblo Carmelo. Agrega que sigue reuniendo hombres, pero para cuidar del departamento y contener alguna rebelión "de los blancos" que pueden aprovechar la ocasión. Le repite que "nunca seré blanco y menos contrario de V.S.". El 7 de junio se le incorporaba Tolosa a Máximo, llevándole doscientos hombres. Ese mismo día, a la una de la tarde, Máximo marchaba con ochocientos jinetes y doscientos infantes, bien armados y bien montados, "dispuestísimos —según comunicaba Ordóñez— a defender al Gobierno".

En el centro del país era Simón Moyano quien buscaba unirse a Caraballo no dando respuesta a repetidos requerimentos de Batlle; según se supo después, sólo consiguió llevarse ocho hombres. Hubo otras correrías aisladas, como la de una partida de treinta hombres que tomó Rosario dando "mueras a los conservadores", y otra de cien hombres que se hizo notar cerca de la barra del Santa Lucía. La partida que pasó por Rosario tuvo la ocurrencia de enviar desde allí un telegrama anunciando la incorporación de Máximo Pérez a Caraballo, lo que no dejó de causar alarma.

En Paso de los Toros el coronel Belén, secundado por Pozzolo y algunos soldados, llegó a apoderarse de la comisaría; le envió luego una nota al mayor Bálsamo prometiéndole el grado de teniente coronel, pero éste rechazó la nota, y acompañado del comandante Mendieta rodeó con trescientos hombres la comisaría, apresó a Belén y lo envió a Montevideo.

Por último, a Gregorio Suárez, "más osado que el mismo Caraballo" "desafía y provoca al Gobierno", "hace lentamente sus marchas, distribuye a su paso su desvergonzado manifiesto, cita a los Jefes de más valer, incluso a los mismos delegados del Gobierno", "y el Gobierno no se cree obligado a perseguir y aprehender al General

Rebelde". Pero Batlle tenía ya bastante que hacer con Caraballo. El 5 de junio llegaba apresuradamente a Florida, temiendo por un armamento que allí había y porque Caraballo amenazaba desde Ombués del Castillo, por donde andaba el día 3.

En su proclama al ejército, Batlle decía de Caraballo: "Vencidos en el terreno de la ley, del derecho y de la opinión, apelaron a la revuelta, imaginándose que ante los males que van ellos a producir, hemos de cejar en el propósito inquebrantable de observar y hacer observar la ley, sean quienes fueren los que intenten atropellarla". En cuanto a su Ministro de Guerra, lo juzgaba así en otra proclama: "Jefe extraviado que envanecido del prestigio que le atribuía el círculo funesto que lo rodea, se presenta como campeón de una causa que por más que quieran santificar no simboliza otra cosa que la infelicidad de la patria y la ruina de sus más sagrados intereses sacrificados en holocausto de un par de entidades bancarias".

El día 7, Batlle le escribía a José C. Bustamante, diciéndole que estaba a tres leguas de Caraballo, quien acampó en las costas del Pantanoso; le mandó chasque con Enciso, enterándose que Caraballo tiene "buena voluntad" para llegar a un advenimiento, pero Batlle agrega que debe esperar a Máximo Pérez, con sus mil cuatrocientos hombres. Estas gestiones motivan la crítica de "El Siglo", admirado de la blandura de un Presidente que le escribe —lo que es "inconstitucional"— a un insurrecto, y todavía tolera que no se le conteste.

Suárez buscaba entretanto incorporaciones, anunciando Joaquín Herrera desde Tacuarembó que el Comisario de Polanco había recibido una orden de Suárez para que se le reuniera con su gente en la costa del Yi. El 7 de junio, Suárez llegaba a Minas con sólo diecisiete hombres, declarando en una reunión pública presidida por el Jefe Político, que no pelearía ni contra Caraballo ni contra el Gobierno, y que se ponía en marcha para "ofrecerle sus servicios al Presidente y concluir con una revolución que traería grandes males al país"; agregaba que abrigaba confianza que "el Presidente lo habría de escuchar".

El 12 de junio, a las dos de la tarde, llegaba Máximo Pérez a San José con mil cien hombres; se decía que al día siguiente se incorporaría al Presidente, luego de reci-

bir doscientos hombres que había destacado a Rosario. El voluble Tolosa se le desertó entonces con más de cien hombres, y se fue en busca de Caraballo. "Máximo está como un tigre por esa partida". El 13, a las tres de la tarde, salió de San José, mientras Batlle se dirigía a su encuentro ese mismo día a las once buscando el contacto. Pérez continuó la marcha durante toda esa noche, hasta encontrarse con el Campamento de Batlle en el Arroyo de la Virgen, no sin antes obtener su primera victoria. En efecto, a la salida de Florida —comunicaba Batlle— "Caraballo se presentó con toda su caballería, como de quinientos hombres, y a bastante distancia, desprendiendo algunas guerrillas que fueron detenidas por nuestra caballería; pero la superioridad numérica de su caballada me obligó a destacar una guerrilla de infantería del 1º de Cazadores y le presenté batalla, simple actitud que bastó para que emprendiese la retirada, no inquietándonos más en todo el camino. Campamos a dos leguas y media de Florida, y hoy, 14, antes de salir el sol, emprendimos la marcha con nuestra primera dirección. Habríamos marchado cerca de una legua, cuando nos alcanzó Polidoro Fernández, Comisario del Pantanoso, anunciándonos que venía de parte del Coronel Máximo Pérez, quien se hallaba en las inmediaciones de la Florida, frente a las fuerzas del Gral. Caraballo, y propenso a tener un encuentro antes de medio día hemos llegado a esta villa, donde se han incorporado ambas fuerzas, a sus inmediatas órdenes. [En Florida, Máximo mantuvo un violento altercado con Enciso; "Batlle medió y consiguió calmarlos exclamando enseguida: ¡Qué singular situación!".]

"El Coronel Pérez con su enérgica decisión y actividad, sin que aquél lo sintiera, llegó a las inmediaciones y lo hubiera destrozado completamente a haber tenido consigo hombres conocedores del terreno. Arrolló todas las guardias de Caraballo, de las cuales algunas fueron sorprendidas. Esta primera refriega costó algunas vidas; tres soldados de los sublevados fueron muertos, habiendo tomado gran número de prisioneros, la mejor parte de la escolta; nosotros no tenemos que lamentar pérdida ninguna. Caraballo emprendió entonces una violenta retirada, alejándose al parecer a gran distancia, puesto que la vanguardia del Coronel Pérez, al mando del Comandante Tabaréz, situada a media legua de aquí, no descubre ninguna fuerza enemiga. Caraballo ha estado alucinando a su

pobre gente diciéndole que esperaba la incorporación del Coronel Pérez"; al saberse la verdad, se le deserta mucha gente; agrega Batlle que manda preso a Magariños, "culpable del extravío de Caraballo", diciéndole que "fue hecho prisionero esta madrugada por el propio Coronel Pérez, en momento en que dormía en un rancho". Máximo, por su parte, le escribía el 14 desde Florida al ministro Bustamante: "Mi querido amigo: Empiezo por felicitarlo por el triunfo que he obtenido hoy de madrugada, para que lo participe también al Sr. Presidente Chucarro. Este triunfo lo considero de grande importancia, pues que su amigo Caraballo se mandó mudar cobardemente sin quererme esperar; a la verdad que enemigos de esa clase no son de mucho temer. El mismo crímen que tienen los aleja. Le hemos corrido todas las guerrillas, habiéndose producido desgraciadamente tres muertos. Nosotros no hemos tenido ninguna novedad. Tomé infinidad de prisioneros, entre ellos cinco oficiales, y el secretario de Caraballo Don Juan A. Magariños con su hijo. Allí le recomiendo esa buena peseta. No ha dejado de ser afortunado este bellaco, a quien considero uno de los perversos agitadores del país. Entre los prisioneros hay ventiocho de la escolta de Caraballo, quien ahora marcha hacia Maciel, donde pienso alcanzarlos y deshacerlos del todo, ya que hoy se me escapó en una tabla. Las fuerzas de Caraballo, según la última descubierta no pasan de cuatrocientos hombres, mal armados. Creo que este asunto es de pocos días, y que muy pronto concluíremos con este escándalo dado por este mal amigo y peor colorado. Lo saluda de prisa su amigo. Máximo Pérez". La llegada de Máximo provocó pues la retirada de Caraballo, quien había sorprendido el día 11 a una partida gubernista que dormía, tomándole algunos prisioneros y acampando luego en el Pintado. Pero no paró allí la acción decidida de Máximo. Desde Florida, Batlle comunicaba el 14: "poco antes de ponerse el sol, desde el campamento del Coronel Pérez se divisó un carruaje con una escolta. Saliendo una partida a reconocerlo, se encontró con el General Suárez, que según el parte del oficial, venía preguntando por el General Caraballo. Atento a la actitud que ha tomado el general Suárez, haciéndose por sí y ante si un poder mediador, con prescindencia del Gobierno y menoscabo de sus atribuciones, he juzgado oportuno hacerle conducir ante la presencia del Superior Gobierno, para que resuelva lo que estime justo y conveniente. Mi

edecán el Teniente Coronel D. José Machín, le conducirá a la presencia de V. E.". "El Siglo" comentó entonces: "Hace poco más de un año que el mismo Jefe que hoy corretea al General Caraballo y prende a Suárez" "era abandonado día a día por sus parciales". "¿Qué prueban estos hechos? Los mismo caudillos que se rebelan, no son tan criminales como pudiera creerse". Concluye que hay que educarlos. Se burla de la "misión evangélica" del "estúpido Suárez" con sus "21 heridas". Máximo Pérez, ni lerdo ni perezoso, aprovechó la oportunidad que se le presentaba para enmendarle la plana al mismo que un año antes felicitara al articulista de "El Siglo", Julio Herrera y Obes, y que entonces pidiera que le aplicaran el rigor de la ley. A no ser por "la ilustre presencia del Primer Magistrado, de cierto que el bravo y leal patriota Coronel Máximo Pérez, le hubiera hecho pagar caro, no sólo su actitud de insurrecto, sino también la deslealtad e ingratitud con que compensó la mitad que le dispensó en vida a la ilustre víctima del 19 de Febrero", comentaba "El Río Negro". Suárez, apresado con veinte hombres cerca del Paso de la Cadena, en el Santa Lucía, llegaba el 16 a Montevideo en calidad de preso.

Los sucesos en el norte del litoral, entretanto, se habían tornado confusos. Al acercarse Ventura Torrens a Paysandú, Manuel Caraballo había vuelto atrás y ocupado la ciudad; Torrens siguió entonces para Salto, donde, luego de alarmar a sus confundidos pobladores, fue bien recibido; entre todos, se juntaron mil quinientos hombres; Gregorio Castro, entonces en Salto, no se animó a rebelarse, pero permitió que Simón Martínez efectuara ostensibles trabajos en la ciudad. En cuanto a Nicasio Borges, que estaba a doce leguas de Paysandú en actitud dudosa, es finalmente depuesto de su flamante cargo, nombrándose Comandante de Salto, Paysandú y Tacuarembó al no menos dudoso Gregorio Castro; Borges al frente de doscientos hombres se dirigió a Paysandú, le intimó la rendición a Torrens que había venido del Salto, y éste le envió al coronel Mundell con la noticia de que lo pelearía. Borges pidió entonces que se le dejara escapar a Entre Ríos, adonde pasó el 20 de junio con unos quince o veinte hombres, apurado por Atanasildo Saldaña. El Gobierno, pues, imperaba en el norte, de donde Regules había partido buscando a Francisco Caraballo el 8 de junio con trescientos cincuenta hombres, luego de dejar las oficinas

y cuarteles de Paysandú destruídos. Manuel Caraballo (el "buey corneta", como lo llamaba "El Siglo"; siguió hacia el Tacuarí, tomando el 15 de junio por Paso de los Toros, luego de cruzar el Arroyo Grande el día 13 con trescientos hombres. Arteaga con sesenta hombres quiso tomar Fray Bentos, pero fue rechazado; Ordóñez, tratando de dispersar dichas partidas, cruzó el Río Negro el 20 de junio con 350 hombres, dejando en Mercedes a Avila con otros doscientos.

En el centro, Moyano se pronunció públicamente por los rebeldes, y acusó recibo, en carta particular, de cinco mil pesos que le enviara Caraballo para gastos. El 17 de junio es destituido como Jefe Político de Durazno.

Desde la Argentina se ayudaba al movimiento subversivo; Pedro Varela compraba uniformes en Buenos Aires; la proclama de Francisco Caraballo, aunque con pie de imprenta en Paysandú, aparecía impresa con tipos bonaerenses; Urquiza, aunque alardeaba de imparcial, también prestaba, según parece, ayuda a los rebeldes.

En cuanto a Tolosa, el "camorrero de Carmelo", "se ha puesto mal con el Coronel Pérez, y dado que Máximo no es hombre que perdona fácilmente un mal juego", "El Siglo" dice que aquel tendrá que "conformarse en rumiar pasadas glorias". Quedaba pues el hueso más duro de roer, ese mismo Caraballo que integrara el famoso cuarteto que el 19 de abril de 1863 invadiera nuestra República al mando de Flores; ese mismo Caraballo, tan valiente guerrero como afable compañero, aunque por entonces soliviantado por Varela y Cía. y demás "asalariados de Mauá"; ese Caraballo que había merecido el recuerdo de Garibaldi, quien, desde Italia, había expresado que volvería al Uruguay sólo "por el placer de estrechar contra mi pecho al bravo Caraballo".

Caraballo, además de los ya mencionados, contaba con varios jefes de valor: Mora, Valiente, Belén, Durán, Quintana, Cuevas, Labandera, Morena, Pozzolo y el entrerriano Silvestre Farías, otro integrante del celebérrimo cuarteto y hombre de su confianza en las campañas de Entre Ríos.

Encargado Máximo Pérez del comando general, el plan de campaña, si es que así se le puede llamar, era engendro exclusivamente suyo, pero no sin antes haber tenido que doblegar las obstinadas prevenciones y escrúpulos que le oponía el Presidente de la República, interesado personalmente en la conducción de la guerra. Batlle

se trasladó a ese efecto a la ciudad de Durazno, en donde estableció su Cuartel General. El Jefe de su Estado Mayor era el Mayor Eugenio Fonda, el mismo militar argentino que había abandonado en 1863 sus trabajos de agricultor en el departamento de Soriano para ponerse a la orden de Don Venancio [30]. La entrevista Batlle-Pérez se hizo legendaria por la inverecundia con que Máximo defendió sus puntos de vista: "El Señor Presidente no es de opinión de arremeter sin antes usar de todos los medios conciliatorios, mientras Máximo Pérez, que es hombre que le gusta aguantar pocos aguaceros, le pedía al Presidente con instancia que le dejara operar sólo y que él le respondía con su vida del resultado. Por lo demás el Coronel Pérez respeta y quiere al Presidente como él mismo lo dice muchas veces en ratos de mal humor 'como a su mismo padre', único hombre por quien también el hubiera asumido la actitud que hoy tiene, después de la sublevación de Caraballo". En esta sucinta información enviada a "El Siglo" por el joven Bajac, se subrayaba la excitación con que se prolongaron dichos altercados, rebatiendo acaloradamente el inflamable Máximo la idea presidencial de utilizar una copiosa artillería; le expresó entonces los inconvenientes que aparejaban los parques de municiones, y que "a Caraballo no se le agarraba con carretas"; matizando su conversación con algun "ajo" irreverente, le aseguró a Batlle que sus lanzas le bastaban para apresar al insurrecto, garantizándole que pronto tendría noticias suyas y que iba a recibir un solo parte; por él se enteraría que Caraballo había caído o que Máximo Pérez había muerto.

"La entrevista de Pérez y Tabárez con Batlle se realizó en Paso del Polanco (Río Negro) el Coronel Pérez "que era más valiente que las armas", [31] no vaciló un segundo siquiera en tomar sobre sí la peligrosa tarea de tener un encuentro con el General Caraballo, no menos afamado que él por su acreditada bravura en numerosos combates".

Máximo Pérez logró al fin imponer su táctica guerrera, y a fe que en esta ocasión era la que correspondía; la experiencia recogida en la revolución de 1863 le era suficiente, bastándole recordar las desgraciadas gestiones de Servando Gómez y de Lucas Moreno, para comprender las

---

30 José M. Fernández Saldaña, obra citada, pág. 495.
31 Setembrino E. Pereda, artículo citado.

inconveniencias de llevar ese lastre que le proponía el Presidente, y que para él, sólo servía para "jeringar" y hacer ruido; no sabemos si, como mínima concesión a la tesis que impugnaba, aceptó empero finalmente llevar consigo un solo cañón, pero a condición de que se desplazara a la par de la caballería. El día 16, el ejército llegaba a las puntas de la Cruz, a 10 leguas de Durazno, persiguiendo Pérez a Caraballo muy de cerca y obligándolo a cruzar el Yi y a unirse con su hermano Manuel. Batlle estaba el 20 acampado una legua al norte de Durazno, mientras Máximo esperaba caballadas de refresco desde Soriano.

Máximo logró entonces establecer correspondencia con Caraballo, según consta en las siguientes notas: "Sor. General Dn. Franco, Caraballo, Canp.º Yí Junio 18, 1869, Estimado Amigo; Es en mi poder su atenta de hoy en contestasión á la mía. Muy sensible me es el que Ud no quiera seguir el camino de la razon esto es someterse á el Sup Govierno. Me estraña General que me diga Ud que al haser Ud. la revolusión es para esclareser la Mina y la segunda la Muerte del General Flores. Me parese digo estraño cuando yo al iniciar el Movimiento que hise en Mayo del año pasado lo llame á Ud para que se pusiese á la cabeza de las fuerzas para esclareser dichos echos. Ud se nego General. no es verdad? Pues sepa General que los asesinos del General Flores lo son Ud y Suarez á quienes culpo y quienes han de responder á la Nacion entera. Si el Govº entonses como hoy no pudo esclareser este echo lo fue por que Ud era el General de Armas y el otro Suarez. Ministro de la Guerra de esta manera lo tenian á el Govierno hasiendole creer que eran los hombres de prestigio del Paiz y que jamas podria levantarse una vos que reclamase tan presiosa vida pero la suerte colocó entre Uds á un Candido Bustamante como hombre onrrado y de corazon sano este devio esclareser dicho atentado asi fue que Uds dos saltaron y quieren derrocar á ese hombre por que ese va á eclareser la verdad. Con respeto á la entre vista que Ud me invita devo de contestar que estoy pronto una vez que Ud quiera desistir y acatar á el Superior Govº entonses yo pedire la venia para pasar á hablar con Ud. hasiendo yo de mi parte todo lo que pueda con el Presidente para obtener que Ud quede en su clase y respetado espero pues me conteste y aorre el derramamiento de sangre de verdaderos colorados que son los mismos que sostu-

vieron á el General Flores hasta su muerte. Estos soldados mi amigo quieren y obtendran el esclarecimiento de dicha Muerte. Lo saluda su amigo y Colorado verdadero Por Ord. del Corl Mazimo Perez. Fran.co Varsi. P. le aviso que á su amigo Suarez lo tome prisionero en mi campamento y lo mandó á Montev.o el S. Presidente. Vale".

"Cap° en Marcha Junio 19/869. S. Brig^{r} Gen^{l} D Fran° Caravallo. Copatriota y amigo tomo la pluma para cumplir con el amigo á quien estimo y ya justamente un año hase venia buscando por medio de la amistad el ponerme en el camino de el vien es decir dejar las armas y someterme a el Govierno aunque ya mi Marcha no era otra cosa que sostener á el Gov° y si arrancarle del lado del un ministerio funesto y esclareser entonses la Muerte de nuestro Malogrado General Flores. Hoy mi amigo me toca á mi venir á buscar á Ud para que comprendiendo su deber trate de ponerse imediatamente bajo el amparo del superior Gov° pues creo que estara desengañado ya que los honbres que lo han conducido a dar este pazo no son si no honbres llenos de sed de dinero y que validos de su bondad han querido esplotarlo hasta ponerlo en el abismo que querian sumerjirlo y que yo hoy quiero como amigo y copañero de cauza y de principios salvarlos. Creo mi estimado General que ante todo soy colorado. que no pertenesco á ningun otro sirculo y que mi cauza y mis copañeros es solo para hacer respetar a el Gov° y a mi partido verdadero. Le prometo mi General que hare lo posible para que salvada la autoridad del Govierno Ud pueda unirse á sus verdaderos amigos sea respetado y salve á nuestro partido y Paiz de una Guerra sin justificasion y en la que Ud sera vencido sin remedio Espero pues mi General que no desoira las palabras de un amigo verdadero y que quiere la salvasion del partido Colorado espero su contestasion y sin mas asunto lo saluda su amigo de corazon Por Or del S - Co^{l} Mazimo Perez Fran° Varsi"

De inmediato, Caraballo le envía su respuesta:

"Contesto su cartita de ayer. Mui dificil seria convencerle á V. *(en una carta)* del error en que está con respecto à los motivos que he tenido para ponerme al frente del Partido Florista: Colorado Puro: el que desea y ha de conseguir el esclarecim.^{to} de la Mina y del asesinato del Ylustre Gral. Flores y el castigo de sus autores y complices que impunemente se pasean por las calles

de la Capital. Esto no es para escribirlo. - Si V. desea la Paz, una conferencia con migo quizá la trajese y á la vez veria V. que no solo, no seré vencido sinó que hoy ya tengo lo bastante para vencer al Ej.to del Gov.no donde lo halle. No me propongo derrocar al P.te de la Repub.a pero llevada la guerra adelante tendré que hacerlo. Si quiere venir venga solo avisandome p.a ir á recibirlo: se verá entre los colorados sin mancha. Ntra. Divisa es Flores Sabe que es su am.o" [32]

Según una controvertida versión del corresponsal de "La Tribuna" bonaerense, el día 20 a las dos de la tarde llegó un comisionado de Batlle con un pliego para Caraballo. Dice el corresponsal: "Desde la llegada de este señor, que lo es don Juan F... están encerrados con él Caraballo, Moyano y Regules; como la conferencia dura alrededor de un fogón, del cual me separan pocas varas, aun no sé el resultado. Si como creo, no hay arreglo, me parece que una batalla no está distante, a no ser que el general ejecute un movimiento que Regules le aconsejá". "Como uds. ven, pues, es completamente cierto lo que les anuncié respecto a la nueva tentativa de Batlle, por más que de verguenza aquí lo nieguen. Con referencia a noticias llegadas hoy mismo, se dice que el comisionado no arribó a nada, y que el general Caraballo emprendió un movimiento, que tiene alarmada a esta gente pues parece que burlando la vigilancia del Presidente, ha repasado el Yí seis leguas más arriba del punto en que aquél lo vadeó. Creo que Caraballo lo pasó por Polanco dejando a Moyano al frente. Antes de pasar el Yí, los beligerantes disponían de las siguientes fuerzas: Ejército presidencial: Batallón de Olave, 186 hombres; Caballería de Canelones, 160; Policía de Extramuros, 28; División San José se evaporó en la derrota, 00; Escuadrón de artillería, 40; División Maximo Pérez, alma del poder oficial, 800; total, 1.124 hombres. Ejército revolucionario: Escolta General Caraballo, 80; Jefes, oficiales y voluntarios a su orden, 21; Escuadrón de Mora, 200; Escuadrón de Valiente, 150; Fuerzas de Canelones tomadas al Presidente, 100; Policías de extramuros, tomadas id., 100; División Moyano, 650; División Paysandú, Coronel Caraballo, 1.070; Infantería Coronel Regules, 340; Artillería

---

32 Museo Histórico Nacional, Montevideo, colección de manuscritos, tomo 554, documentos 75 y 74.

(3 piezas) comandante García, 60; Total, 2.771 hombres." Datos evidentemente exagerados y que "La Tribuna" de Montevideo comentó en tono festivo. [33]

El día 21, Caraballo, con novecientos hombres, estaba en las Puntas del Chileno. Máximo Pérez, por su parte, le escribe a Batlle el día 25, comunicándole que apenas vuelvan sus partidas correrá a Caraballo. [34]

La primer acometida de Máximo Pérez, arrebatado por su ímpetu, pudo haberle deparado un lamentable fracaso; al frente de unos cuatrocientos hombres, en efecto, se despegó de sus tropas y se topó el 28 de junio con fuerzas mandadas eventualmente por Manuel Caraballo y que duplicaban holgadamente a las suyas; Pérez no trepidó en llevarle la carga a Manuel Caraballo, pero sus fuerzas estuvieron en un tris de ser deshechas por un enemigo ampliamente superior. [35] Sin perder un momento, Pérez congregó sus fuerzas, dispuesto a no darle alce a los insurrectos, quienes pese a haber rechazado exitosamente la primer acometida gubernativa, huyeron hacia el Norte, internándose el 30 de junio en el departamento de Cerro Largo. El ejército de Pérez se componía de mil cuatrocientos hombres, incluyendo dos compañías del Batallón de Cazadores y la infantería de Soriano a órdenes del comandante Olave; en cuanto a la caballería, procedía de Soriano y de San José. Al entrar a Cerro Largo, Caraballo persiguió a una pequeña partida que huyó "dando aviso al Gobierno", luego de perder dos hombres. Esos informes fueron dados por el capitán Angel Más, quien acompañado de treinta hombres desertó entonces de Caraballo, en cuyas manos había caído cuando la sorpresa de Durazno; Más se incorporó de inmediato a Pérez, quien venía pisándole los talones a los insurrectos. Al llegar a Cerro Largo, Caraballo amagó ir hacia el Sur, recorriendo solamente seis o siete leguas diarias, a causa de las lluvias. Batlle volvía a comunicarle a Bustamante que "la columna de Pérez avanzaba a trote y galope para picarle la retirada a Caraballo, contando para ello con excelentes caballadas" "El propósito del Cnel. Pérez es alcanzarlo y debe haberlo conseguido". [36]

Caraballo no contaba entonces con más de setecien-

33 "La Tribuna", Montevideo, julio 2 de 1869.
34 "El Siglo", junio 23, 26 y 29 de 1869, Montevideo.
35 Ibídem., correspondencia de J. R. Gómez, julio 1º de 1869.
36 Ibídem., julio 2 de 1869.

tos hombres; la táctica de Pérez, de apresurar la decisión, tenía un doble objeto: no dar tiempo a su adversario a que fuera engrosando su contingente, e impedir que, frustrado ese intento, buscara refugio en el Brasil. El 2 de julio, Pérez se ponía a media legua del enemigo, a la vista del grueso de sus fuerzas; se produjeron entonces una serie de escopeteos y guerrillas, buscando Caraballo acercarse al Paso de Mazangano, pero Máximo lo asediaba sin tregua, y las fuerzas de Olave, en la vanguardia, no le daban respiro al prófugo. La resistencia más tenaz la seguían oponiendo los doscientos entrerrianos de Farías, quienes sufrieron serias pérdidas. En su parte del 3 de julio, Nicomedes Castro notifica que el día anterior a las tres de la tarde "llegamos al Paso de Mazangano que el enemigo ya estaba vadeando". "En el acto el Coronel Pérez mandó aproximar una pieza de artillería y cien infantes y, vista esta operación, el enemigo que aún estaba de este lado se rindió a discreción, tomándoles una pieza de cañón de a seis, la mayor parte de la infantería y muchísimos armamentos". Caraballo había intentado antes cruzar el Paso de la Arena en Fraile Muerto con setecientos jinetes y un piquete de infantería, pero quebrantadas sus guerrillas por las avanzadas de Pérez, galopó hacia Mazangano, en donde fue alcanzado esa tarde, cruzándose varias guerrillas y muriendo tres hombres de Caraballo. [37] Virtualmente vencido, el jefe rebelde levantó bandera de parlamento y mandó decir que estaba dispuesto a entrar en arreglos. "El Coronel Pérez, haciéndome demasiado honor me encargó de la redacción de las bases con que debería someterse el general Caraballo". [38] Este le solicitó 24 horas para contestar, pero antes que transcurriera el plazo, el 4 de julio a las ocho de la mañana, se consumaba la rendición. Solamente lograron escapar Manuel Caraballo, Simón Moyano, W. Regules y Pablo Rivera, cada uno con su respectivo asistente.

He aquí las notas que Máximo Pérez le fue haciendo llegar a Caraballo:

"Sr Brg Genel Dn Francisco Caraballo. Julio 1/869. Compatriota y compañero de sacrificios. Como verdadero

37 Ibídem., julio 7 de 1869.

38 Archivo General de la Nación, Montevideo, legajo Hermanos Castro, correspondencia de Nicomedes Castro.

Colorado y queriendo evitar la efusion de sangre pues aun es tiempo de que no destrosemos los mismos Colorados nuestro partido es presiso mi amigo que se venga á arreglar con migo pues tengo instruciones de el Presidente para haser lo mas conveniente esto es salvando la dignidad del Govierno asi amigo yo le prometo el indulto general para todos. y Ud mismo quedara como nuestro amigo a quien entre todos lo elevaremos de nuevo á su categoria y sera nuestro General del partido Colorado espero mi amigo que no trepide en haser un rasgo de generosidad para evitar la efusion de sangre pues es presiso no desconocer á nuestro Govierno que nosotros mismo lo colocamos en ese puesto. el tiempo es precioso y aun es tiempo de salvarnos mi palabra de amigo y soldado - queda empeñada con tigo tu amigo y SS. Por orden del Cor^{l} Mazimo Perez. Fran^{co} Varsi".

"S^{r} Brig^{r} Gene^{l} D Fran^{co} Caraballo. Rio Negro Julio 2/869. El Gefe de vanguardia que suscrive suficientemente autorizado por el Super^{r} General en Gefe del Ejer^{o} Constu^{l} Gen^{l} D Lorenzo Batlle propone a V. S. las Bases siguientes. que seran cumplidas Bajo mi palabra de honor. son. 1° Sometimiento completo a el Sup^{o} Govierno y reconocimiento de todas las autoridades legalmente constituidas. 2° Seran respetados como antes lo eran y amparados Bajo la Ley todos los Gefes oficiales y tropa que an acompañado á V. S. 3° tambien se asegura a V S el respeto y completa tranquilidad en este pais pudiendo V S. elejir su residencia. 4° si estas bases V. S. no estuviese conforme hoire las suyas siempre que estas no salgan del sometimiento Completo á el superior Govierno. 5 devera darseme la contestasion si son ó no aseptadas las presentes. dentro del termino de una hora. Por Orden del Cor^{l} Mazimo Peres. Fran^{co} Varsi".

"S^{or} Gener^{l} Fran^{co} Caraballo. Julio 2/869. Es mi poder la contestasion de Vd. pero no digo veinte y cuatro horas sino las que Vd. desee siempre que bajo su palabra de honor tratemos y se someta á el Supe^{o} Govierno. puede Vd haser sus bases y mandarmelas que yo vere si son aseptables y quedaremos concluidos. Crea General que yo siempre lo reconosco por mi General. deseo venga mañana para saludarnos y hablar juntos seguro de cualesquier dificultad que huviese la arreg[lar]emos suyo de corazon. Por Orden del Corl Mazimo Perez. Fran^{c} Varsi".

"S- General D^{n} Fran^{co} Caraballo. Venga aqui con todos los jefes y oficiales que quiera pues yo soy el garante de Vd y de todos yo arreglare con Vd todo ([menos]) salvando la dignidad del Govierno pues yo ni el Govierno, ([le tiramos]) queremos que corra una sola gota de sangre. yo te espero y estare con mis amigos tuyo. Por Orden del Corl Mazimo Perez. Fran^{co} Varsi". [39]

Llevado a presencia de Máximo, Caraballo debió soportar una violenta andanada de su capturado del año anterior; pero la descarga pasó, predominando al cabo en el ánimo de Pérez el recuerdo de tantas campañas compartidas.

El día 2 Máximo Pérez le escribía a Batlle desde Mazangano: "El jefe de vanguardia que suscribe pone en conocimiento de V. E. que en este momento el general Caraballo propone un arreglo, después de haberle tomado toda la infantería y la única pieza de artillería que llevaba, sin tirar un tiro. Son las tres y media de la tarde y hasta este momento el general Caraballo está al norte con algunos grupos de caballería. Hoy mismo creo concluída la guerra, lo que podrá V. E. comunicar al señor Presidente Chucarro, asegurándole que la dignidad del Gobierno será salvada, sujetándose estrictamente a las facultades que V. E. me dio. Estamos aquí con el comandante Castro, quien se me incorporó hoy. Mañana tendrá V. E. el parte detallado de las operaciones. Concluyo felicitando a V. E. a quien Dios guarde muchos años. Máximo Pérez". [40]

El parte oficial fue llevado por el capitán Ellis, quien fue ascendido al grado de mayor; contenía las siguientes "bases de la capitulación:

1. Sometimiento liso y llano, reconociendo y acatando al Gobierno y demás autoridades constituídas de la República.

2. Los jefes sublevados quedan amparados por la ley, dejando al albedrío del jefe principal el elegir residencia donde más le acomode." [41]

Dos días después Máximo le escribía al ministro Bustamante en los siguientes términos:

"Compañero y amigo: justo es tener que comunicarle

---

39 Museo Histórico Nacional, Montevideo, colección de manuscritos, tomo 554, documentos 78, 79, 80 y 86.

40 "La Tribuna", Montevideo, julio 7 de 1869.

41 "El Ferrocarril", Mercedes, julio 9 de 1869.

a Ud. el término de la guerra, la cual parecía en un principio prolongarse. Más grato me es aún decirle, que ella no cuesta gran derramamiento de sangre. Caraballo, gran parte de sus jefes y oficiales se han sometido en el día de ayer, salvándose así la dignidad del gobierno, que es lo esencial. Caraballo se retirará a su estancia, debiendo acompañarlo oficiales que él escoja para conducirlo hasta aquel destino; esto mismo me ha comunicado el Señor Presidente, y espero que Ud. y él aprueben mi proceder, recordando Ud. muy particularmente los comunes sacrificios que con ellos ha hecho para conseguir una misma gloria. He dado mi palabra de honor a Caraballo y espero que Ud. contribuya a dejarla en su verdadero puesto. Concluyo por felicitarlo por tan grandioso triunfo, que ha venido a terminar una contienda entre puros hermanos, asegurando a Ud. que tiene en todas partes amigos. Créame siempre su amigo. Máximo Pérez". [42]

Pérez venía así a retribuir finalmente la actitud contemporizadora que observara Caraballo con él mismo, rememorando una fraternidad de armas e ideales que no obstaba para que a cada paso anduvieran a las greñas. El 6 de julio, a las diez de la noche, llegaba el mayor Ellis al Cuartel General de Durazno, confirmándole al Presidente Batlle las tranquilizadoras noticias que ya le habían llegado en la pata de una paloma "chasquera", innovación atribuída al mayor Toribio Vidal. [43] Al general Caraballo, vencido pero no humillado, se le permitió, de acuerdo a un comunicado de Batlle, retirarse acompañado de un séquito de veinticinco hombres a su estancia de Buena Vista, donde debería permanecer a la espera de las resoluciones del Gobierno. En cuanto a Manuel Caraballo, el 16 de julio cruzaba el Río Uruguay por la barra del Queguay, rumbo a la Argentina.

En una orden general firmada el 7 de julio por el Jefe del Estado Mayor, general Solsona, se expresaba que "el Gobierno está plenamente satisfecho de la digna conducta tenida por los beneméritos Jefes coronel Don Máximo Pérez, jefe del Ejército de vanguardia y teniente coronel D. Nicomedes Castro". [44]

---

42 "El Siglo", Montevideo, julio 6 de 1869.
43 José M. Fernández Saldaña, obra citada, pág. 1367.
44 "El Siglo", Montevideo, julio 8 de 1869.

El 2 de julio, después de un paseo de doce días al norte del Río Negro, regresaba Ordóñez con la noticia de que en ese sector reinaba una paz completa; su única acción militar consistió en dispersar una partida de setenta hombres que mandaba el capitán Gaspar Colmán, y que había estado obstaculizando las comunicaciones entre Paysandú y Fray Bentos; Ordóñez tomó entonces contacto con los coroneles S. Martínez y V. Torrens, siendo luego acompañado hasta el Paso del Palmar por el coronel Ventura Rodríguez. [45]

Poco después le llegaba el parte de Máximo Pérez desde Mazangano.

"Sr. Jefe Político: Comunico a Ud. el fin de la guerra que teníamos, habiéndose sometido al Gral. Caraballo con todos los Jefes y Oficiales y tropa; lo felicito por ese gran acontecimiento, esperando que Ud. se sirva dar a publicidad y pasar esta gran noticia a las autoridades del Norte. Lo saluda S. S. Máximo Pérez".

En el Boletín Oficial que daba el parte de la victoria gubernista, se alzaban encendidas loas a "el triunfo obtenido por tercera vez por el bravo caudillo General D. Máximo Pérez", agregando: "saludamos con todo entusiasmo al bravo entre los bravos General Pérez a cuya constancia y valor se debe la pronta conclusión de la lucha"; cerraba el comunicado con un triple vítor:

"¡Viva la Paz de la República! ¡Viva su digno Gobierno! ¡Viva el héroe general Pérez!"

El Jefe Político de Colonia le hizo llegar unos sugestivos plácemes a Ordóñez: "Felicito a Ud. y demás amigos por el doble triunfo para las armas del Gobierno Constitucional deplorando que él represente la división del Partido Colorado. Saturnino S. Bonafoz".

El entusiasmo suscitado en la población de Mercedes resultaba incontenible: "El Río Negro", de donde sacamos estos datos, ofrecía "muchos hurras en favor del bravo coronel Pérez y demás valientes que lo acompañaron". Se organizaron febriles preparativos para recibir a Pérez y a sus valientes mercedarios; los señores Juan Bado, José Centurión, Isidoro Marfetán y otros más, se reunieron en comisión con el objeto de recolectar fondos para recibir dignamente al caudillo y a "la heroica di-

45 "La Tribuna", Montevideo, julio 9 de 1869.

visión a su mando, a cuya bravura y decisión se debe la terminación gloriosa de la lucha anarquista". [46]

Máximo Pérez había demostrado la eficiencia, para el caso insuperable, de su táctica guerrera. Alcanzaba así el punto más alto de su carrera militar; la fama de su arrojo y hasta de sus ya legendarios arrebatos corrían de boca en boca, en aquel año de su gloria, como la del símbolo más expresivo de nuestro caudillismo gaucho, con todas sus virtudes y todos sus defectos, perdonados estos cuando aquellas permitían tan resonantes victorias. En el Cordobés, Máximo expidió el siguiente pasaporte: "Vanguardia del Ejército Constitucional" "El Jefe de Vanguardia del Ejército Constitucional suficientemente autorizado por el General en Jefe del Ejército, da el presente pasaporte al Sr. Brigadier General Don Francisco Caraballo, con su escolta de veinticinco hombres y la música de su escolta para pasar a su estancia a el seno de su familia; por lo tanto ruego a todas las autoridades respetar y no molestar de ninguna manera a dicho General y menos a los soldados que lo acompañan sin justa causa -- Cordobés, Julio 9/69. Por orden del Coronel Máximo Pérez, firmado Francisco Varsi" [47].

De Mazangano se dirigió el vencedor a Melo, en donde fue recibido en triunfo y agasajado de tal modo que no se le ocurrió a nuestro héroe otra manera de retribuirlo que regalándole al Jefe Político nada menos que dos cañones: el suyo y el de Caraballo; estamos seguro que si lo hubieran apurado un poco, Máximo regala un ejército entero, acostumbrado como estaba a disponer de sus cosas sin importársele poco ni mucho el aspecto legal de la operación. Era, en este sentido, heredero inequívoco de Don Frutos, cuyo desprendimiento con lo suyo, y a veces con lo ajeno, le aparejaron tantos dolores de cabeza y tan-

---

46 De la lista de donantes publicada por la prensa, extractamos las más entusiastas: Pedro J. Centurión 40, José Marfetán 30, Ant. Petrochi 30, Román Mena 50, A. Goicochea 35, Trifón Ordóñez 25, Tomás Balbi, G. Sánchez, Félix Beau, Blas Solari, Milans Hnos., Fco. Varsi, N. Fuentes, E. Albín, Desiderio Fleurquin, Manuel Tiscornia, 10 c/u., Pedro Idiarte Borda, Carlos Gramont, 6 c/u., Pedro Alzaga, 5, Serafín Rivas, A. Massey 4 c/u., Antonio Battro 3, Ramón Cazalás 2, Tomás Viale una bandeja de dulces), etc. TOTAL (con otras aportaciones posteriores) $ 775.50 y los dulces de Viale.

47 Archivo General de la Nación, Montevideo, fondo "ex Archivo y Museo Histórico Nacional", caja 79.

tas malévolas diatribas. Lo cierto es que, para Máximo, regalar un cañón del ejército debe haberle parecido, sin duda alguna, cosa muy dentro de sus derechos. Otorgado ese presente regio, se dirigió con sus mercedarios a Durazno, donde mantuvo una entrevista con el Presidente, mucho menos tempestuosa, por cierto, que la anterior.

El Presidente y el Jefe victorioso presenciaron allí, desde el edificio de la Jefatura, el desfile de las tropas. Máximo comunicó entonces otras condiciones convenidas con Caraballo: la reposición de su hermano Manuel en Paysandú, de Ignacio Mena en Minas, y de Moyano en Durazno; las dos primeras fueron aceptadas, no así la de Moyano, a quien se le prefirió trasladar a Tacuarembó. [48] Máximo se separó allí del Presidente, no sin antes solicitarle que designara para la Jefatura de Soriano a Francisco Varsi, con quien Batlle siguió viaje para Montevideo.

Máximo Pérez se vino con sus fuerzas para su departamento, en donde se le esperaba con jubilosa impaciencia; entre tanto, Trifón Ordóñez recibió una carta fechada el 9 de julio, en la que Batlle le requería su presencia en Montevideo; el Presidente le ordenaba además el total desarme del departamento, excepto la Policía y la Urbana, recomendándole reunir el armamento en la Jefatura a disposición del Inspector de Armas que iría a recogerlo; luego de expresarle sus congratulaciones, agrega Batlle: "concluiré diciendo a V. E. que siendo necesario conferenciar con V. E. verbalmente, así que se lo permitan las circunstancias, baje momentáneamente a la Capital, dejando interinamente esa Jefatura a persona de su entera confianza". [49]

Apenas llegado a Montevideo, el 13 de junio, Ordóñez renunciaba a la Jefatura de Soriano, pasando a ocupar poco después el Ministerio de Guerra.

En "El Río Negro" del 25 de julio, se decía: "Nos consta que el Jefe Político de nuestro departamento no regresará a Mercedes, al menos investido con el carácter de tal autoridad. Lo sentimos, pues aunque el Coronel Ordóñez nada ha hecho en Mercedes que nos recuerde su nombre en la posteridad, era nuestro amigo y su interesante familia un precioso ornamento de nuestra culta sociedad". Agregaba que Pérez había propuesto dos mercedarios en

48 "El Siglo", Montevideo, julio 16 de 1869.
49 "La Tribuna", Montevideo, julio 10 de 1869.

su reemplazo, Francisco Varsi y Avelino Delgado, alabando a este último por "su reconocida inteligencia y probidad", unido a lo conciliador de su carácter. Hacía resaltar "la simpatía íntima con que nacionales y extranjeros lo distinguían" y "el particular aprecio" en que lo tenía Máximo Pérez. Agregaba finalmente que había sido vindicado de las "injustas acusaciones que se le dirigieron" y esperaba que el Gobierno satisficiera las aspiraciones del departamento entero. El preferido fue sin embargo el otro candidato; en efecto, el 14 de agosto se recibía de la Jefatura el recomendado de Máximo, Francisco Varsi, sustituyendo al comandante Vicente Avila, quien la había ocupado interinamente. Significaba ese acontecimiento el fin de la tutela ejercida sobre el levantisco Máximo, a quien, aunque proponente en un principio de Ordóñez, no podía habérsele escapado la misión de vigilancia que el Gobierno le había confiado a éste. Con Varsi en la Jefatura, Pérez se constituía en el verdadero factotum de su pueblo y recuperaba así la libertad de acción que había perdido desde la elevación al poder del Presidente Batlle. Así se apresuró a manifestarlo el propio Varsi, quien al asumir su cargo se dirigió por nota pública a Máximo Pérez, expresándole entre otras cosas: "trataré por todos los medios a mi alcance de mantener la más perfecta inteligencia con V. S. a quien con placer estoy dispuesto a serle útil". El caudillo recibía de ese modo pública pleitesía del funcionario más encumbrado del Gobierno y quedaba reconocida y consagrada una rectoría que en esos momentos, por otra parte, a nadie se le hubiera ocurrido poner ni remotamente en tela de juicio.

El jueves 15 de julio llegaba a Mercedes la división Soriano siendo objeto de un triunfal recibimiento, pero era recién al otro día, viernes 16, ya en las horas de la noche, cuando llegaba el caudillo, quien se demoró deliberadamente rehuyendo halagos que siempre lo contrariaron. Volvía a su ciudad "después de un mes largo de campaña", "en la que ha sido uno de los principales héroes". La ciudad de Mercedes no dejó nada por hacer para festejar a su división. Se empezó por enviar un chasque adelantándole al jefe una calurosa bienvenida. Luego se hicieron desfilar las tropas bajo dos arcos de triunfo que se habían erigido a tales efectos, uno a la entrada de la ciudad y otro en la misma Plaza Independencia, en donde el delirio popular estalló en prolongadas ovaciones.

Una misa campal en la Plaza Independencia, dio lugar a emotivas demostraciones de fervor popular, siendo recibidos los soldados con flores y coronas de laurel en profusión.

En cuanto a Máximo, que se había demorado en el Bequeló, apenas se supo que había entrado en la ciudad fue objeto de un caluroso recibimiento. "A su llegada una inmensa concurrencia de nacionales y entranjeros con la bandera oriental y la banda de música se dirigieron a la casa de nuestro denodado Coronel Don Máximo Pérez, donde lo vivaron y felicitaron por su gran participación". "El Coronel Máximo Pérez recibió con beneplácito a la concurrencia dándole expresivas gracias, manifestando que siempre estaría de parte del Gobierno y lo defendería hasta el último momento de su existencia, y que nunca se vendería a aspiraciones bastardas que nos traerán la ruina de nuestra floreciente República". De allí, la enfervorizada muchedumbre se dirigió a la residencia del comandante Avila donde se renovaron las escenas de júbilo, encaminándose luego a la Plaza Independencia donde se encendieron fuegos de artificios alusivos y se arrojaron cohetes en profusión.

Los festejos continuaron hasta el domingo 18, día en que se realizó "un grandioso Te Deum de gracias al Todopoderoso por la terminación de la revuelta", sirviéndose luego refrescos en el Hotel de Roma. En la noche del miércoles 21 se efectuó un espléndido baile en los salones del teatro, continuándose con el despliegue pirotécnico y haciéndose llevar un globo; aunque el objeto del baile era "obsequiar a nuestro valiente y denodado Coronel Pérez". "El Río Negro" anota: "observamos que nuestro héroe no concurrió; ignoramos los motivos que él ha tenido".

Como expresión final del homenaje popular, se le encargó al orfebre Pedro Beltramo (cuya joyería en calle Asamblea, entre Roosevelt y Florida, se conserva todavía) la confección de una medalla de oro guarnecida de brillantes para regalar a "nuestro benemérito e intrépido Coronel Pérez" [50].

---

50 Dicha medalla era "ovalada, circuída de un disco de sol en cuyas extremidades lleva engarzado al aire un buen brillante que proyectan otros tantos puntos luminosos". Llevaba la inscripción: "El Departamento de Soriano agradecido al valiente Coronel Don Máximo Pérez" encerrada entre dos ramas de laurel; más

El día señalado para su entrega, 27 de octubre, se realizó un acto al cual Pérez no pudo concurrir por encontrarse enfermo, designando para representarlo a Avelino Delgado; la prensa consignaba el efecto humorístico que producía ver como Roccatagliatta le endilgaba al representante del caudillo los más subidos elogios, llamándole "Salvador de la patria" "Pacificador de la República", "Protector del departamento de Soriano", y otras menudencias, que, desdeñando modificar la redacción de su escrito, el orador ofrecía textualmente al abrumado Avelino. Esta medalla —dijo Roccatagliatta— "es un elocuente testimonio de merecida gratitud que el departamento de Soriano os dedica por vuestra eficaz cooperación en la Paz de la República"; "ella simboliza el agradecimiento de todo un pueblo, de nacionales y extranjeros sin distinción"; "es un timbre de honor más a vuestra glo-

---

abajo la fecha "Julio de 1869" con cinco chispas de diamante. En el reverso lleva las armas de la República luciendo la inscripción: "Por su cooperación a la paz", y a ambos costados del escudo, las palabras "Honor" y "Gloria" ornadas de diamantes. "Pesa onza y cuarto inclusive el prendedor que semeja un lazo de cinta con tres brillantes al aire y tres chispas de diamante incrustadas y una mano que suspende la medalla". En total, la adornaban "19 brillantes y 11 chispas de brillantes". Se costeó por suscripción popular, recibiéndose los aportes en las casas de comercio de los señores Roccatagliata Hnos., Dr. Luis Lacerda, José Cámpora, Ricardo Buldoph y Pedro Lacerda, en la confitería de Tomás Viale y en la casa de Mateo Sánchez.

Para dar una idea de la magnitud de dichas expansiones, bástenos transcribir el detalle de los gastos, tal como los publicara "El Río Negro" de la localidad:

25 doc. de cohetes voladores	$	50.00
10 cajas de " "	"	30.00
15 cajas de " "	"	52.50
Refrescos de la serenata	"	35.00
Refrescos después del T. Deum	"	170.00
A la iglesia	"	25.00
Al cura de Soriano	"	20.00
Baile	"	150.00
Alq. del teatro	"	50.00
Alq. de sillas	"	30.00
Chasque al C. Pérez	"	10.00
Coche para M. Pérez la noche del baile	"	10.00
Músicos	"	90.00

La prensa local utilizaba los más encendidos calificativos para encomiar al caudillo, para quien reclamaba con insistencia el grado de General; no faltó un vate más entusiasta que poeta, de cuyos ochenta versos extractamos los que aluden más de cerca al personaje inspirador:

ria tan justamente adquirida, y la prueba más inequívoca de como saben los pueblos señalar a sus buenos servidores". Delgado contestó brevemente, agradeciendo en nombre del homenajeado, quien "lamenta no poder decir de viva voz lo mucho que estima vuestro presente y aseguraros que no esquivará sacrificio alguno a fin de que la Paz no sea alterada, y que, en su esfera, contribuirá siempre al engrandecimiento moral y material de nuestro departamento". Invitó luego a la Comisión, (encabezada por F. Varsi, y formada por Roccatagliatta, el Presidente de la Junta Luis Vespa, Félix Beau, Vicente Avila, G. Gareta y J. Bofill) a tomar un cognac en su residencia (calles Florida y 19 de abril), terminando el corresponsal "G" con un reconocimiento a "el mérito incuestionable del Coronel Pérez", y con una exhortación a las Cámaras para que propongan su ascenso a General.

Conjuntamente con la medalla, se resolvió entonces regalarle al caudillo una foto-óleo del general Venancio Flores, con lujoso marco dorado, la cual fue confeccionada por la Fotografía Fleurquín; la entrega de dicho obsequio sólo pudo concretarse el 11 de abril del siguiente año [51].

Coronel Pérez esperamos
que con vuestra división
venga que ahora es ocasión
para librarnos del tirano
acércate presuroso
con tus nobles compatriotas
a desterrar a estos déspotas
porque hoy tratan de destruír
Pérez, tu departamento.
Pués será eterna la gloria
que alegrará cuerpo y alma
si tú te llevaras la palma
del triunfo de la victoria.
Con el acento más tierno
yo quisiera proseguir
para poder decir hoy
¡Viva Pérez y el Gobierno!

Abundan además las ironías tan afines con el espíritu criollo, fraguándose una carta de Caraballo a Héctor Varela, en la que se decía: "todo está salvado menos el honor"; "a Suárez le faltó energía y Pérez usó demasiada; Magariños se dejó atrapar en la cueva como el zorro". Se agregaba que lo que debía haber derrotado a Caraballo era el frío, habiendo partido de Buena Vista a Montevideo, "con un gran catarro". "Máximo es macho para el frío pero el gauchaje es muy friolento".

51 "La Tribuna", Montevideo, noviembre 1º y 3 de 1869, setiembre 19 de 1869 y abril 12 de 1870.

Los detractores de Máximo Pérez no se dejaron sin embargo apabullar por tanta gloria, y en aquel mes de agosto insinuaron que el jefe gubernista se había adueñado de gruesas partidas de dinero. Estas injurias insidiosas dieron lugar a que se publicaran rotundos desmentidos, que no sólo sirvieron para desvirtuarlas, sino para poner de relieve una honradez fuera de lo común. En "El Río Negro", en efecto, se dio cuenta del dinero recibido y de la forma en que fue invertido; antes de la contienda se le habían enviado a Pérez solamente dos mil pesos, con los cuales debió organizar la División Soriano en las costas del Bequeló; de esos dos mil pesos Pérez rindió cuenta de mil setecientos gastados en sus subordinados, declarando los trescientos sobrantes y dejándolos en depósito. Al volver a Durazno luego de someter a Caraballo, el Presidente Batlle le entregó cinco mil pesos para que los repartiese, otorgando Pérez cien a los Jefes, veinte a los oficiales y tres a la gente de tropa, devolviendo —en rasgo que en aquella época parece increíble— los ciento cincuenta que le sobraron, junto con una detallada rendición de cuentas. Batlle, admirado por tan insólita actitud, le mandó de vuelta los ciento cincuenta pesos, diciéndole que los usara en su viaje de regreso. Poco después, el Gobierno le envió con el capitán Federico Gómez un sueldo de su clase que se le adeudaba.

A propósito de esas imputaciones, segunda edición de las pronunciadas en 1868, cuando se le acusó de haberse apropiado de las contribuciones de Porongos, la prensa de esos días demostraba de modo irrefragable la honestidad inmaculada del caudillo, quien, a pesar de haber sido durante largos años el dueño y señor del departamento, vivía "olvidado y pobre", reduciéndose su fortuna a una "humilde casa-habitación que este vecindario le costeó por suscripción, obsequiándolo con ella, y trescientas vacas que su amigo y compañero, el coronel Atanasildo Saldaña, le regaló para que tuviera con qué poblar su estancia. Además de sus bienes, hay que deducir cerca de cuatro mil pesos m/n. que adeuda en esta plaza por compromisos contraídos en favor de sus soldados, que en vez de un jefe tienen en él un padre" [52].

En ocasión de haber fallecido su primera esposa, Ma-

52 "El Río Negro", de diversos números de noviembre de 1869, Mercedes.

tea Correa, el 30 de diciembre de 1867 y deseando contraer segundas nupcias con Pepa Báez, se llevó a cabo un inventario extrajudicial de los bienes pertenecientes al primer matrimonio, cuyos bienes fueron avaluados el 5 de abril de 1868 por Antonio Petrochi, José González, Ramón Bazurco y Bernardino Daniele en la siguiente forma: "un campo de pastoreo compuesto de una parte de Estancia

(arroyos Bequeló y Cabelludo)	$	10.000.oo
1 Casa de piedra techo de material en dicho campo	"	500.oo
Un rancho y galpón techo pajizo	"	300.oo
una carreta de uso en buen estado	"	120.oo
800 animales vacunos de cría $ 3,40 c/u.	"	2.720.oo
500 ovejas de cría a $ 0.50	"	250.oo
40 yeguarizos a $ 3.00	"	120.oo
Finca en Mercedes con 3 piezas de azotea y zaguán formando un frente de17 metros 50	"	1.800.oo
2 piezas de teja francesa, frente 18 mts.	"	1.200.oo
1 cocina techo pajizo	"	100.oo
1 letrina	"	50.oo
1 aljibe	"	130.oo
190 mts. pared de cerco de ladrillo a pesos 1.40 el met.	"	266.oo
2 sitios con frente a 18 de julio (85 mts. 90) y 42 mts. 95 sobre las calles Durazno y Yí con árboles frutales	"	800.oo
......	$	18.331. [53]

De esos bienes todos eran gananciales a excepción de la suerte de estancia que, como ya hemos establecido, la había heredado de su madre por decisión del correntino Fleitas. Si descontamos pues ese bien heredado, así como los vacunos provenientes de la donación del coronel Saldaña y la propiedad de Mercedes que le regalara el pueblo (lo que importa un total de $ 17.066.oo) resulta que con todas las "depredaciones" y abusos que le han achacado los que no podían creer en tanta belleza, Máximo Pérez no había acumulado en toda su vida otra fortuna que algunas ovejitas y la casa de piedra, importando entre todo menos de mil pesos.

53 Archivo del Juzgado de Mercedes, archivado 96, legajo 1868.

Creo necesaria esta aclaración para rehabilitar una honradez tan abaratada por los ejemplos antedichos, pero que, cuando no rinde provechos a su dueño, ya sea por no ostentarla, ya sea por el sistema de vida que ha elegido, es virtud de las más raras y encomiables. Por haberla dejado corromper, muchos caudillejos posteriores, atentos más a su bienestar que a la tendencia social que encarnaban, se convirtieron en caricaturas de aquellos otros. Porque a un Máximo Pérez, desbordante de energías, y con cuantiosas riquezas al alcance de su mano, no se le ocurría emplear siquiera una parte de esas energías en aumentar su acervo; su única fortuna consistía en la adhesión que le tributaban sus partidarios; todos sus bienes materiales, desde su estancia hasta su casa en Mercedes, le fueron dados, fueron conquistados sin que él tuviera que extender las manos, gracias a la atracción que ejercía en quienes lo trataban; eran bienes en el sentido más amplio de la palabra, y no para procurarse otros —que Pérez nunca entró en negocio u explotación de ninguna clase— sino para procurarse mejor ocasión de realizar sus trabajos y de congregar el círculo de sus partidarios.

Era el suyo un ejemplo insuperable de hombría, tan elemental y basta como se quiera si lo observamos desde una perspectiva restricta, pero representativa de los valores vigentes en un ámbito, indiferente a los tentadores beneficios que podían conseguirse. La honestidad de un Máximo Pérez, tan natural a su carácter, desvanece en suma toda malévola suposición que podría ensombrecer muchas de sus actitudes, atribuyéndoles propósitos materiales incompatibles con la única clase de ambición que evidenció siempre: vivir intensamente su vida, irradiar su magnetismo personal, dar de si todas sus energías, sin pedir en cambio otra cosa que una conducta abierta y una adhesión personal sin segundas intenciones.

El acuerdo de Mazangano dio lugar a encarnizadas polémicas, arguyendo el coronel Manuel Aguiar, Jefe del Estado Mayor de Caraballo, en carta al Dr. José P. Ramírez, que no había sometimiento, sino un simple arreglo, de acuerdo a los documentos que obraban en poder de su jefe. Interpelado por la Comisión Permanente, el Ministro de Guerra zanjó la cuestión presentando una nota que en su oportunidad le enviara Máximo Pérez conteniendo las

condiciones que, como ya vimos, habían sido determinadas para el cese de las hostilidades:

"Sometimiento completo al Gobierno y reconocimiento de las autoridades constituídas; respeto y amparo a todos los jefes, oficiales y soldados de la revolución y al jefe de ella, quien podrá elegir el lugar de su residencia". Se le daba plazo de una hora para contestar, pudiendo proponer otras bases, "siempre que éstas no salgan de sometimiento completo al Gobierno". Aguiar fue finalmente preso, y los hermanos Ramírez, quienes asumieron su defensa con desusada violencia, fueron entonces desterrados del país.

Batlle, por su parte, dirigía una proclama al ejército en la que atribuía la responsabilidad de la rebelión a Pedro Varela y a los gerentes de Bancos que se habían acogido a la ley de curso forzoso. Decía en su proclama:

"Hombres ambiciosos, que todo lo sacrifican a su sed insaciable de riqueza, consiguieron por un momento desencaminar de la senda del deber a algunos jefes que merecieron bien varias veces de la patria, encendiendo la tea de la discordia, que sólo produce desastres y ruinas". [54]

Intentando pacificar el ambiente, el Presidente Batlle logró luego la aprobación de una ley de amnistía para los revolucionarios, dando de alta a los jefes y oficiales que habían sido desposeídos de sus cargos militares (Caraballo inclusive, el 14 de agosto). [55] Pero la blandura presidencial sólo sirvió para que Caraballo volviera a las andadas. Una nutrida correspondencia entre Pedro Varela y Caraballo revela su índole subversiva. El 21 de agosto de 1869, ya, Varela le contesta a Caraballo manifestándole su acuerdo, y diciéndole que, con Caraballo al frente, "el Partido llegará al lugar que sus sacrificios le demarcan". El 25 de setiembre le reitera su acuerdo total y le anuncia que puso "en buena relación a Fortunato Flores y Don Goyo". "Supongo que Goyo ha estado con Ud; conviene que se lo atraiga; él le dirá algo que hablamos que yo creo sea el único camino"; agrega que de las elecciones se acordaron tarde [56]. El entendimiento no era sin embargo muy firme, pues el 8 de octubre, Varela le escribe entre otras cosas a Caraballo, "dado caso que nos entendamos", y "hay que

54 Eduardo Acevedo, obra citada, tomo III, pág. 516.

55 "El Siglo", Montevideo, agosto 14 de 1869.

56 Archivo General de la Nación, Montevideo, fondo "ex Archivo y Museo Histórico Nacional", caja 79.

conferenciar despacio y ver lo que se puede hacer". En esa fecha lo llama a Montevideo y le recomienda a Manuel Aguiar; pero el 22, a bordo del "Ciudad del Salto", se rectifica; le dice que va desterrado por "intrigas de Aguiar", y le recomienda cuidarse y no bajar a Montevideo. Al otro día, Varela y Magariños le escriben: "ayer a las dos fuímos agarrados y llevados al Cabildo Varela, Belén, Cuevas y yo"; los llevaron incomunicados al barco; se dijo que trabajaban con los blancos para desprestigiar a Caraballo; Varela y Magariños anuncian que trabajarán desde el destierro. "Vaya tocando a sus amigos y vaya preparándose con cautela"; nada con los blancos; no conviene. Desconfiar de las "ipocresías" de Batlle y de sus ruegos, así como de Pozzolo y de las "farsas de Cándido". "Tenga presente que Máximo está reuniendo en el departamento de Mercedes con el pretexto de que los blancos invaden". Es un pretexto como el del curso forzoso; "quieren hacer creer que cualquier intentona que hagamos es de acuerdo con los blancos". "No deje de escribir a Palacios y otros oficiales de Mercedes en quienes tenga Ud. plena confianza" [57].

Dando cuenta de dichos destierros y de los de José Pedro y Carlos María Ramírez, Batlle decía que "los vencidos de Mazangano han vuelto a su conato de sedición, alentados por la prensa". "Algunos colorados buscan el apoyo de los blancos [quienes] preparan una invasión". No habían pasado aún tres meses de Mazangano, y Caraballo se presentaba en la casa presidencial para solicitar un cambio de ministros, de Jefes Políticos, etc., así como la Comandancia de Armas que le había sido quitada. Acusaba en su nota al Presidente de haber frustrado la concordia que éste decía proponerse, cometiendo abusos preelectorales y alejando de sus filas a sus propios partidarios; afirmaba que "esta situación nos lleva a la guerra civil" y solicitaba el cumplimiento urgente del "Pacto" de Mazangano y de la amnistía decretada, así como un régimen de libertad, de garantías electorales y de puertas abiertas para los desterrados. [58]

Como le escribía Máximo Pérez a Caraballo el 26 de octubre, "el país pasa por los momentos más espantosos que jamás se ha visto". Los desterrados no querían saber

57 Ibídem., cajas 373 y 79.

58 EDUARDO ACEVEDO, obra citada, tomo III, pág. 576.

nada con Máximo; Varela y Magariños, en efecto, le escribían a Caraballo diciéndole que "estaban condenados a vivir fuera de la patria por el solo delito de ser amigos de Ud."; lo felicitan por haber rechazado las ofertas del "canalla de Bustamante" y del "imbécil de Batlle"; le llaman "heredero de las glorias de Rivera y Flores"; insultan a Aguiar, Labandera, "y demás napolitanos traidores", y "al viejo y gastado Pozzolo", a quien hay que decirle "que tenga más dignidad"; terminan, el 6 de noviembre, diciéndole: "Manténgase firme en sus propósitos y pronto, muy pronto, estarán Bustamante y su amigo Máximo abajo de sus pies". Pero Caraballo no andaba en malas relaciones con Máximo, a juzgar por una carta que le envía Moyano desde "Villa-Vista" el 5 de noviembre, en la que luego de comunicarle que "hoy el Tribunal Supremo firmó un acuerdo exigiéndole al Poder Ejecutivo la reintegración de todos los ciudadanos deportados" (inconstitucionalmente), agrega: "A nuestro amigo Pérez, que no le escribo pero que tenga ésta por suya". Los deportados halagaban a Caraballo, y Héctor Varela le pedía que "no diera un solo paso sin estar de acuerdo con nosotros", buscando tenerlo a su disposición.[59] En cuanto a Suárez, "junta gente en Cuñapirú, so pretexto de sus minas".[60] Manuel Caraballo, por su parte, luego de escribirle a Lamas que el Gobierno de Batlle es "impotente y tiene miedo" y que retira los destacamentos de campaña para reforzar la capital, dice que hay que preparar "el día que debamos operar", que Paysandú "está pronto en cualquier momento", y que "a ese bandido de Aparicio, ni los perros lo siguen". El 24 de noviembre Pedro Varela le escribe a Lamas alabando la actitud de Caraballo, el que no se dejó seducir por los ofrecimientos del "círculo de Ramírez", contestándoles que antes hablarán con él (con Varela); dice que creen tener éxito seguro en las elecciones de muchos departamentos, pero que, cualquiera sea el resultado, después de la elección hay que entablar acusación a Batlle y sus ministros.[61]

59 Archivo General de la Nación, Montevideo, fondo "ex Archivo y Museo Histórico Nacional", cajas 79 y 78.

60 Archivo General de la Nación, Montevideo, legajo Hermanos Castro, carta de Solsona y Lamas del 6 de agosto de 1869.

61 Archivo General de la Nación, Montevideo, fondo "ex Archivo y Museo Histórico Nacional", caja 95, cartas de octubre 24 y 26 de 1869.

En febrero de 1870, Pérez, aprobando el destierro de periodistas que se acababa de decretar, le escribía al ministro de Gobierno: "Es ocasión ya, mi amigo, de poner pie en pared y hacerse fuerte. Es necesario trabajar en el sentido de que no vuelvan los deportados; si esto llegare a suceder, no dude que volverían peor que la vez pasada. Es necesario que mi amigo el señor Presidente, se sepa sostener, para que también sus amigos podamos sostenerlo a él. Al menos una vez por todas resolución y resolución". [62]

En el mes de setiembre de 1869, Máximo Pérez caía doblegado por una enfermedad que habría de mantenerlo postrado durante más de dos meses; se trataba de una afección a las vías respiratorias que se le hizo luego crónica. No abandonó sin embargo ni un momento su inquebrantable decisión de esclarecer el crimen cometido contra el general Flores; ya en agosto, ante su insistencia, el ministro Bustamante envió nota al ministro de Gobierno pidiendo "haga activar la tramitación y término de los procesos pendientes ante el Juzgado competente", a cuya solicitud siguió un cambio de notas de la que pareció deducirse que todos eran un modelo de diligencia; [63] organizó luego una recolección de firmas para una petición al Gobierno en el mismo sentido. En carta dirigida a los capitanes Gómez, Larrosa, Sánchez y Tolosa, decía entonces Máximo: "Yo les garanto bajo mi nombre que el atentado de la muerte del General Flores, ha de quedar bien esclarecido, y no duden Uds. que los hombres que hoy nos traen la guerra a nuestro hogar, son los mismos asesinos de nuestro General Flores"; agregaba después que Caraballo procedía engañado por Pedro Varela, "que es a quien debemos la muerte de nuestro General Flores". [64] Dicha petición, elevada al Presidente el 15 de noviembre, fue llevada por Gregorio Gareta y constaba de 126 pliegos conteniendo 4.720 firmas conseguidas en Soriano y otros departamentos del litoral; en ella se instaba "respetuosamente al pronto esclarecimiento de la muerte del inolvidable Brigadier General Don Venancio Flores. El ministro Bustamante contestó el 26 de noviembre afir-

62 Eduardo Acevedo, obra citada, tomo III, pág. 556.
63 "El Siglo", Montevideo, agosto 14 de 1869.
64 Eduardo Acevedo, obra citada, tomo III, pág. 516.

mando que se estaba haciendo todo lo posible por descubrir los culpables [65] y que el asunto era objeto de especial estudio de parte del Excmo Tribunal Superior de Justicia, adonde fuera elevado el 25 de noviembre. Dicha nota fue apoyada por "La Tribuna", donde se denunciaban las maniobras obstruccionistas que llevaban a cabo los conservadores en primer lugar [66].

Máximo Pérez, restablecido en esos días, se dirigió entonces a su estancia, dando pábulo a los rumores de que estaba tramando una nueva revuelta contra el gobierno, lo cual fue inmediatamente desmentido por la prensa local [67]. Según opina Eduardo Acevedo, "el Coronel Máximo Pérez trataba de abrirse camino a la sombra de la memoria de Flores" [68]; sin embargo no se encuentra nada que justifique esta especie gratuita, pues en la emergencia, la única preocupación evidenciada por sus notas, era la misma que había sentido siempre, sin que haya derecho a agregar lo que nunca siquiera insinuó desde que mataron a Don Venancio: esclarecer el crimen, separar culpables de inocentes, y saber a qué atenerse respecto a los complicados y sospechosos que pululaban indiferenciados en todos los partidos. "El Río Negro" defiende a Máximo hablando de "su lealtad nunca desmentida", y repite que sólo la presencia de Batlle le impidió hacerle pagar caro a Suárez su traición [69].

En el segundo semestre de 1869, la autoridad material y moral de Pérez, aunque su salud le siguiera demandando serios cuidados, se ejerció a través de la voluntad aquiescente de Francisco Varsi, con la misma amplitud que cuando detentaba la Jefatura del departamento. Varsi era objeto de constantes burlas por los pedantes letrados de "El Siglo", quienes reproducían edictos como el que hablaba de las indigestiones causadas "por el mal estado de cansancio en que expenden la carne los carniceros públicos". En algún incidente, como en la expulsión del departamento de José González, no hemos podido establecer cual haya sido exactamente la intervención del caudillo. El 1º de noviembre de 1869 el referido González era lla-

65 "El Río Negro", Mercedes, noviembre 28 de 1869.

66 "La Tribuna", Montevideo, noviembre 25 de 1869 y siguientes.

67 "El Río Negro", Mercedes, noviembre 28 de 1869.

68 Eduardo Acevedo, obra citada, tomo III, pág. 516.

69 "El Siglo", Montevideo, setiembre 15 de 1869.

mado a su despacho por el Jefe Político Varsi, quien le intimó dejar el departamento en el plazo de cuatro horas, previniéndole que no respondería de su persona si desatendía esa orden. La disposición de Varsi, con más apariencia de permiso que de orden, expresaba: "Puede salir de esta ciudad D. José Eduardo González por las vías del Norte del Río Negro o por la vía fluvial. Varsi".

El desterrado no se quedó callado; en "El Siglo" del 19 de noviembre se recogen sus quejas por el "destierro político violento que le ha sido impuesto por el Agente del Poder Ejecutivo en Mercedes". Desde Fray Bentos se enviaba otra protesta firmada por el ex jefe Francisco A. Albín, Pedro Basagoitía y el Juez de Paz interino Carlos E. Maciel [70].

El asunto no dio para más, sin que nos haya sido posible esclarecer la índole del incidente. Dicho González había sido ya suspendido seis años en el ejercicio de su profesión (de 1861 a 1867), y cuando fue rehabilitado se quejó "de la calumnia que lo perseguía", reabriendo su escritorio en "calle Montevideo", a tres cuadras y media al oeste de la Plaza Independencia [71].

En otra incidencia que no dejó de promover algún revuelo, el irascible director de "El Río Negro" y acérrimo florista, Felipe Perichón y García, renunció a su cargo de Oficial 1º de la Jefatura, aduciendo que Varsi había designado a Gregorio Gareta como Jefe Político suplente, desconociendo sus mayores méritos y antigüedad. "El Río Negro" del 28 de noviembre comunicaba que Máximo Pérez, que por su enfermedad, no había podido recibir personalmente las medallas, continuaba atendiéndose en su estancia; recién el 16 de diciembre volvía ya restablecido a Mercedes; "lo saludamos (decía "El Río Negro") deseándole que su salud no sea inquebrantada".

Los rumores que atribuían al caudillo propósitos sediciosos indujeron a Batlle, que nunca se atrevió a perderle completamente la pisada, a enviar a su ministro José Cándido Bustamante con el objeto de observar el terreno más de cerca. Esa visita, que duró ocho días, y que terminó, dice "La Tribuna", en un perfecto acuerdo entre Pérez y Bustamante, causó en Montevideo el consiguiente revuelo; principistas de "El Siglo" volvieron a echar a

70 Ibídem., Montevideo, setiembre 2 y noviembre 16 de 1869.
71 "La Razón del Pueblo", Mercedes, mayo 17 de 1867.

vuelo su usual repertorio de suspicacias, sirviéndoles de pretextos las más menudas incidencias: "Así que el barco fondeó en Mercedes, el Destacamento de Soriano, que la vez pasada estuvo en campaña, como se recordará, a la cabeza de los Coroneles Pérez y Ordóñez, se presentó esta vez también en la plaza a la cabeza del Coronel Pérez y del Jefe Político, aquél en primer término y éste en segundo". Transcribía luego la noticia dada por "El Río Negro" de Mercedes: "Nuestro Jefe Político, deseoso como es natural de hacer algo para amenizar en lo posible los días de permanencia del Sr. Ministro, ha dispuesto que el día 18, en la casa habitación del Sr. Roubín" se le diera un baile. Luego de transcribir la noticia de que "El Ministro fue a la Jefatura donde pagó el déficit", se desata en improperios contra Varsi y Pérez, diciendo: "Hoy es la Jefatura Política de Soriano quien dispone se dé un baile en una casa particular, como dispuso que saliera desterrado el Sr. González". Indignados por abuso tan "extraordinario", se desgañitan gritando que "imponer al bandido Máximo Pérez y fomentar su prepotencia personal, es insultar a la civilización de la República".

Recogen luego, alarmados, los rumores según los cuales, a los dos protagonistas de lo que se dio en llamar "el abrazo de Mercedes", se le atribuirían: a Pérez, la Comandancia General de Campaña, y a Bustamante la Presidencia de la República, afirmando que Flores jamás consintió en darle a Máximo Pérez los despachos de coronel de Línea, lo que recién llevó a cabo el Presidente Batlle; éste, según dicho cronista, no habría accedido a concederle el Generalato a Pérez por haberse comprobado "todo el salvajismo y sanguinarios instintos en su última campaña". No sólo no se publica un solo hecho que corrobore esa aserción, gratuita como son todas las que acostumbraban a arrojar aquellos valientes de la pluma, sino que vuelven a afirmar acumulando mentira tras mentira: "Máximo Pérez, asesinó en su propia casa al Capitán Fernández, y la justicia lo deja muy tranquilo, sin iniciar la más leve pesquisa", cuando ya vimos, confesado por la propia víctima, que lo único que le hizo Pérez fue arrebatarle su revólver, y cuando se había llevado a cabo un sumario policial con todas las garantías del caso. Pero ésa era la táctica de quienes creían tarea civilizadora acumular adjetivos hirientes e invocaciones a la cultura, sin tomarse jamás el

trabajo de considerar los hechos reales, ni siquiera en su apariencia más grosera. Nada más fácil les era seguir dictando cátedra desde su residencia en las nubes: "Máximo Pérez significa la prepotencia personal en toda la impetuosidad de un carácter arrogante. Presentar a Máximo Pérez como garantía del orden en campaña, es poner a la civilización bajo la tutela de la barbarie". "El General Batlle se quebró ante la actitud del caudillo"; "dejó al caudillo más ensoberbecido que nunca" [72].

A los que puedan impresionarse por la inflexibilidad moral que quieren aparentar esas frases, básteles recordar que las escribía el mismo Carlos M. Ramírez que, luego de tratar de "vándalo" al General Flores en documento público, no trepidó en aceptar al poco tiempo el Ministerio de Hacienda que aquél le ofreciera. El episodio concluyó como ya vimos, con José P. Ramírez, Carlos M. Ramírez y Julio Herrera y Obes encarcelados por calumnias al Ministro, y finalmente desterrados. Es cierto que cuesta justificar tales medidas, pero también es cierto que sus víctimas, prodigando los adjetivos "bandido y asesino" y, lo que es peor, desamparados por los hechos, parecían empeñados en que se adoptaran esas medidas contra ellos. El mismo Herrera y Obes reconocería años después: "Nuestra escuela principista no admitía esas distinciones entre la vida teórica y la vida práctica que calificaba de herética. Toda nuestra política, era geometría en el espacio. Hermosísima como teoría, pero sin realidad terrenal" [73]. Reconoce Herrera y Obes que esa exigencia de cumplir estrictamente las leyes, "cayera quién cayera", importaba desconocer lo que Pivel Devoto llamaría después "las imposiciones de la realidad" [74]. Lo que querían los principistas era, en suma, "gobernar desde afuera", con su librito bajo el brazo.

Las elecciones de 1869 aparejaron en todos lados una amplia victoria del "Club del Orden". En Mercedes, constituída por sorteo la Mesa Central con los ciudadanos S. Camps, Enrique Acosta, E. Moreno, Estanislao López, E. Giménez, C. Sánchez y bajo la presidencia de Félix Beau, la llamada "Lista Popular", con Avelino Delgado y A. Navajas como titulares y Pedro de Latorre, Juan Idiarte

72 "El Siglo", Montevideo, setiembre 22 de 1860.
73 Julio Herrera y Obes, "Historia de "El Siglo", pág. 9.
74 Juan E. Pivel Devoto, obra citada, pág. 37.

Borda y F. Péndola como suplentes, obtuvieron 155 votos en Mercedes y 382 en el departamento, índice de un escaso interés popular [75].

La vuelta virtual de Máximo a la Jefatura del departamento aparejó una reactivación de los trabajos ya emprendidos; en el mes de octubre se ordena pagar dos mil pesos a cuenta del crédito que le adeudaba la Junta, presidida entonces por Luis Vespa, al contratista de las obras del Cementerio Antonio Petrochi; esa medida mereció una advertencia, el 29 de octubre, del Ministro de Hacienda, estableciéndose que dicha suma debía serle devuelta al Estado. Máximo se interesaba por el funcionamiento de las escuelas, recomendando al preceptor Enrique Acosta, quien amenaza con irse si no se le paga [76]. El alcalde ordinario era por entonces Agustín Goicoechea, suplente de Félix Beau, quien debía defenderse contra una recusación de que había sido objeto [77].

Esos días alababa "La Tribuna" el estado de las escuelas, mencionando elogiosamente las de Laiseca y Delor; alaba también las medidas de salubridad tomadas, sobre todo en el saladero de Sampayo, a una legua de Mercedes, lamentando la proximidad de las graserías de Caraballal, al borde de la ciudad, "cuyas miasmas obligan a taparse las narices". "El Dpto., con su Jefe a la cabeza, no teme a nadie, y es bastante capaz de hacer respetar y pesar sobre esa chusma de pandilleros [se refiere a Gregorio Suárez] el poder del Gobierno legal". "Nuestro amigo el Cnel. Pérez sigue bien de salud; está algo robustecido". Finalmente, reproduce "La Tribuna" las elocuentes palabras de H. Marfetán: "Soriano ha adelantado más en un año que lo que era en tres siglos".

---

75 Archivo del Juzgado de Mercedes, archivado 56, legajo 1869.

76 Archivo General de la Nación, Montevideo, Junta Económico-Administrativa de Soriano, diciembre 28 de 1869.

77 "El Río Negro", Mercedes, octubre 14 de 1869.

CAPITULO VII

La Revolución de Timoteo Aparicio

Timoteo Aparicio invade el país. — Una persecución enconada. — El encuentro. — Máximo Pérez emigra. — Consecuencias. — Intrigas. Tres años de paz.

Hacía ya cinco años que los blancos vivían en el ostracismo, tanto daba que estuvieran fuera o dentro del país. Pocas veces, o nunca, en efecto, un vencido político sufrió tan arrebatada execración. El recuerdo de Quinteros y, posteriormente, el asesinato de Flores, mantenían vivo en el alma de los colorados netos un encono que no admitía contemporizaciones. Ser blanco, en esos años, significaba vivir en constante peligro; tenía que ser "muy terne", dice Arózteguy, el que se animara a ir a la pulpería, o a jugar un truco, o a tabear un rato entre penca y penca.

Los preparativos de invasión fueron durante todo ese lapso, motivo de alerta, sobre todo en el litoral. El 9 de diciembre de 1869, Gregorio Castro le escribía desde Salto al Jefe Político de Soriano anunciándole que la invasión era "inminente". El 16 del mismo mes vuelve a escribir felicitando a Varsi por la unión que disfrutan las fuerzas gubernistas de Soriano; no se olvida de agregar en la post-data: "Sírvase Ud. presentar mis amistosos recuerdos al Sr. Coronel Pérez". El 30 vuelve a recomendarle precauciones a Varsi, y el 6 de enero de 1870 le avisa que los blancos ya están reunidos, y que hicieron cruzar el río a algunos bomberos; "le suplico ponga esto mismo en conocimiento de nuestro amigo Don Máximo a quien dará Ud. mis recuerdos". [1]

El 5 de mayo, por fin, Aparicio se decidió a invadir. Debió antes eludir la persecución de Urquiza y refugiarse en los montes de Corrientes. Amnistiado luego, prosiguió sus preparativos en secreto, y contra la opinión del ya

1 Archivo General de la Nación, Montevideo, legajo Hermanos Castro, libro primero, folio 87.

octogenario Anacleto Medina, cruzó el Río Uruguay con cuarenta y cuatro hombres, un largavista y un clarín, un poco al sur de la barra del Arapey.

Los blancos de Montevideo no creían en una empresa que juzgaban descabellada. En su proclama de ese día, Aparicio incitaba, como era usual, a unirse a un movimiento que traería la tolerancia y la unidad de todos los orientales. Su colega en generalato, Inocencio Benítez, en su proclama del mismo día, evoca las tropelías atribuídas a los colorados: "Acordaos de Pérez, de Aguilar, de mil otros". El nombre de Pérez era el primero en venir a la conciencia de los invasores; reconocían en él al enemigo número uno; combatir contra él, era una de las primeras consignas que inscribían en sus proclamas. Quizás esa imprudente mención del caudillo chaná fortificó la adhesión de éste al Gobierno, contra el cual, vistas mejor las cosas, habría de reaccionar más adelante. Y así es como, en la exaltación de sus primeros momentos, Máximo no vaciló en empuñar su famosa lanza para combatir contra quienes, al fin y al cabo, eran los mismos que había enfrentado en la revolución de 1863, a las órdenes del inolvidable Venancio Flores.

La noticia de la invasión provocó en Mercedes el revuelo que puede imaginarse. El 12 de marzo, una semana después, se sublevaba el comandante Higinio Fernández, quien salía al frente de cien hombres a buscar la incorporación de Aparicio. Esta incorporación se produjo con la aquiescencia de Máximo, a quien Higinio había protegido de las persecuciones de Ordóñez, y a quien había además acompañado en la asonada de 1868. "Tome su gente y váyase con los suyos", le habría dicho Máximo a Higinio, a quien acompañaron Santiago Arrieta y Francisco Alvarez, padre y abuelo de Santiago R. Arrieta, de quien tomamos esta versión.

Aparicio, en sus primeras correrías, estuvo en un tris de ver abortados sus proyectos. Con su magra partida, sorprendido a poco de desembarcar por rondines enemigos, apenas si pudo escabullirse guareciéndose en los montes y emprendiendo luego largas cabalgatas nocturnas. Salvado ese primer trance, cae el 10 como llovido del cielo en la estancia que en Cuñapirú tenía Gregorio Suárez, quien, ignorante de todo, capturado en sus propios feudos, hubo de sufrir entonces el susto de su vida. Pero

los revolucionarios, decididos a implantar normas de caballerosidad con las que aspiraban a enmendarle la plana a sus tradicionales enemigos, le perdonaron la vida, pese a su fama de sanguinario; se conformaron con tomarle palabra de que no habría de empuñar las armas contra los invasores, palabra que, como cualquiera podría suponer, Gregorio Suárez se apresuró poco después a violar sin escrúpulos de ninguna naturaleza. [2] Máximo Pérez avisado por Gregorio Castro, tomó inmediatas providencias; enterado de ellas, Castro le contestaba el 21 desde Saltô: "Mi estimado amigo; tengo a la vista la apreciable de Vd. fecha 19 del corriente, e impuesto detenidamente de su contenido, paso a manifestarle mi satisfacción, en vista de las acertadas medidas tomadas por Ud. en reuniones de fuerzas y colocación de ellas, para evitar que algunas fracciones del Partido Blanco desembarque y atraviese por esa parte". "Como Ud. me recomienda, lo tendré al corriente del desarrollo que llevan los sucesos políticos por estos Dptos.". Le informa además que Frenedoso persigue con doscientos hombres al "puñados de bandoleros" de Aparicio. [3]

Al salir de la estancia de Suárez, Aparicio se encontró con las fuerzas del comandante Frenedoso, ya con más de trescientos hombres; el invasor debió emprender una fuga precipitada hacia el sur, bajo el fuego enemigo, siendo perseguido hasta las inmediaciones de Florida. "Según las noticias trasmitidas por nuestro intrépido Coronel Pérez —decía un periódico mercedario— el Sargento Mayor Frenedoso ha castigado debidamente a Aparicio y Benítez". [4] El ducho Timoteo logró escurrirse entonces entre los tupidos montes floridenses, y el 26 de marzo aparecía con sus noventa hombres en la costa del Tupambaé, en el departamento donde, según la gráfica expresión de Máximo Pérez, "hasta las chilcas son blancas". [5]

El 20 de marzo, el mismo día en que Aparicio atacaba infructuosamente la ciudad de Florida, Máximo Pérez,

2 ABDÓN ARÓZTEGUY, "La Revolución Oriental de 1870", tomo I, pág. 18, Buenos Aires, 1889.

3 Archivo General de la Nación, Montevideo, legajo Hermanos Castro, libro primero, folio 362.

4 "El Río Negro", Mercedes, marzo 30 de 1870.

5 JUSTINO ZAVALA MUNIZ, "Crónicas de Muniz", pág. 170, Montevideo, 1920.

al frente de su famosa legión de lanceros, apresuraba su salida de Mercedes en procura del enemigo.

Fechado en ese mismo día en el "campamento del Bequeló", enviaba el siguiente parte al Ministro de Gobierno José C. Bustamante: "Pongo en conocimiento de V. E. que hoy mismo quedo pronto para emprender marcha sobre el enemigo con doscientos y tantos jinetes, la infantería de línea que me mandó el Gobierno y la Cía. Urbana de Mercedes. El Comandante Avila queda hecho cargo del departamento con doscientos infantes y con mil jinetes y con instrucciones para que en caso de que llegue el enemigo a pisar el departamento, opere hasta exterminarlo; también he recibido el armamento, vestuarios y demás que el Gobierno ha tenido a bien mandarme. Concluyo esta nota felicitando al Gobierno por la acertada elección del Gral. Castro para General en Jefe del Ejército de operaciones. En cuanto a mí; el Sr. Presidente y V. E. pueden vivir persuadidos de que no descansaré hasta no dejar cumplida la importante misión que el Gobierno todo me ha confiado. Dios guarde a Ud. muchos años. Coronel Máximo Pérez".[6]

El caudillo salió en la madrugada del 21 al frente de trescientos lanceros y ochenta infantes a caballo portando armas de fuego. Batlle comunicó enseguida al general Castro los plácemes con que Máximo Pérez había recibido su nombramiento como General en Jefe; Castro contestó el día 22, en la cuchilla del Perdomo, comunicando que Frenedoso operaba en Salto con doscientos cincuenta hombres, en disposición de acosar a Aparicio; agrega que sería conveniente se le hiciera pasar a Tacuarembó, donde Moyano había encontrado todo "completamente desquiciado". Le dice Castro al Presidente que proteja con treinta hombres el nuevo edificio de la Jefatura de Durazno, y que procure moralizar la Guardia Nacional para que proteja al pueblo, sobre todo si Enciso no cura de sus heridas "Espero que en adelante, con la dirección que ud. imprimirá a las operaciones y la actividad de Máximo, la persecución se hará sin descanso y podremos concluir en breve tiempo con este fatal incidente". "La Cía. de Urbanos que fue a la Florida debe Ud. hacerla regresar al pueblo

6 "La Tribuna", Montevideo, marzo 23 de 1870.

de Canelones"; en cuanto al invasor Benítez, Castro sabe por Borges y por el Jefe Político de Salto que quedó operando por esos lados; luego de comunicar que Carabajal ha reunido trescientos hombres, Castro termina su parte con la siguiente recomendación: "Los Jefes y oficiales de campaña estaban acostumbrados con el Gral. Flores a recibir órdenes de él, cartas breves; esto les halaga y obliga a servir con mayor celo. Sin embargo haga Ud. como mejor lo entienda" [7].

A poco de su partida de Mercedes, Máximo Pérez enviaba otro parte a Bustamante, fechándolo el 21 de marzo en "la cuchilla Grande de Soriano": "Mi querido compadre: estoy en posesión de su muy favorecida de fecha 19 del corriente; en contestación diré a Ud. que en este día emprendo las operaciones contra los blancos con una hermosa división compuesta de 200 hombres a caballo y 80 infantes, división ligera y de hombres decididos. Mi marcha es directamente al Durazno, en cumplimiento a las órdenes que tengo del general Castro; en el acto de aproximarme a este punto, se lo comunicaré a éste y a Ud". Luego de comunicar que deja a Varsi al frente del departamento, se despide "su compadre y amigo que mucho estima, Coronel Máximo Pérez" [8].

Poco después recibía carta de Gregorio Castro, fechada el 24, en la que éste desmentía los rumores circulantes en Soriano sobre la muerte de Atanasildo Saldaña, del coronel Tajes y de Chucarro [9]. El 29 de marzo, acampado en la Cruz, tres leguas al Norte de Florida, Máximo le enviaba un chasque a Tabares: "Mi estimado comandante: mucho le recomiendo vigile a los blancos por esas costas por si intentan venir algunos hombres de Entre Ríos. Aparicio se encontraba el 21 en las costas del Yí, para arriba de la Barra del Pescado, según noticias que nos trasmite Manduca; vuelvo a recomendarle no se duerman y ordena a tu amigo y compañero. Máximo Pérez" [10].

El 31 vuelve a comunicar desde la Cruz que no ha

7 Oscar Olave, "Vida del Coronel Eduardo T. Olave", pág. 367, Montevideo, 1952.

8 "La Tribuna", Montevideo, marzo 25 de 1870.

9 Archivo General de la Nación, Montevideo, legajo Hermanos Castro, libro primero, folio 380.

10 Setembrino E. Pereda, "El General Ramón Tabares", en la "Revista Histórica", tomo IX, Nº 26, pág. 600 y siguientes, Montevideo, 1918.

encontrado aún al enemigo; habiendo entonces recibido orden de reunirse con Carabajal y Vidal, así como con las fuerzas de San José y Durazno y con las de Salto que mandaba Frenedoso, emprendió Pérez marcha hacia el norte, llegando el 2 de abril al arroyo de Castro (afluente del Yi), desde donde le envió un nuevo chasque a Tabares: "He recibido su apreciable de fecha 31 y enterado de ella, le hago saber que el bandolero Aparicio se halla en Frayle Muerto, donde se le incorporó el blanco Coronel Muniz y algunos comisarios del Departamento de Cerro Largo, lo que le comunico para su gobierno y para que no se descuide. Yo espero órdenes del Sr. General en Jefe que hoy se halla ausente de este campo. Su affmo. amigo Máximo Pérez" [11].

Ese mismo día comunicaba lo mismo al general Enrique Castro y agrega: "estoy violento esperando sus órdenes y he ordenado al coronel Vidal y al coronel Cardozo se me incorporen a la mayor brevedad. No se fíe de lo que dicen, sino de lo que Ud. vea. Para el efecto resuelva de formar una división de 400 hombres para marchar al Departamento de Cerro Largo en protección de Nicomedes y que los blancos no puedan hacer nada. Esta división que lleve 100 infantes para medio moralizar ese Dpto. que es de puros blancos. Sin más, contésteme en el acto lo que va a resolver y ordene sin pereza a este su nieto que lo quiere. Por orden del Coronel Máximo Pérez, Carlos Gaudencio" [12].

Como se ve, Pérez resolvía por su general en Jefe, y hasta llegaba a echarle en cara su "pereza". El día antes le había comunicado que no podría alcanzar su campamento porque llovía mucho; a Vidal, Pérez lo mandó con un escuadrón a las Sierras de Casupá y puntas de Santa Lucía, en misión de observador, y con orden de enviar parte cada dos días [13].

El día 2 de abril, Máximo le enviaba el siguiente parte a Bustamante: "Estimado compadre y amigo: en este momento acabo de recibir chasque del Comandante Ríos, y en su nota me dice que Aparicio ha pasado al depto de Cerro Largo, a incorporarse al traidor Coronel Muniz, quien consecuente a sus antecedentes se ha pronunciado

11 Ibídem.

12 Archivo General de la Nación, Montevideo, legajo Hermanos Castro, libro primero, folio 623.

13 Ibídem., folio 622.

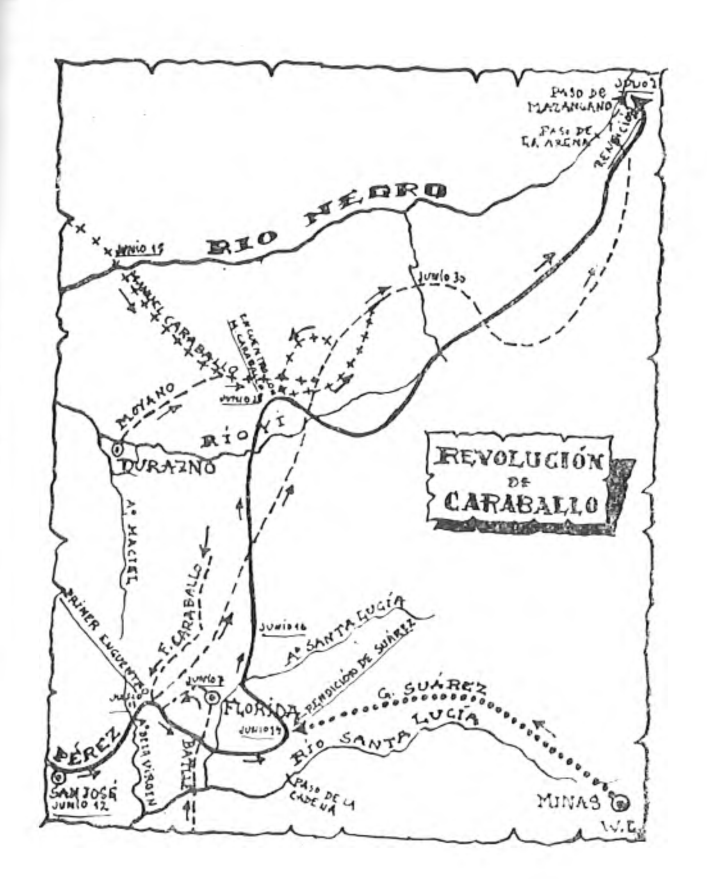
en contra el Gobierno de la Repca., que hace tiempo lo trata con las mayores consideraciones. Este hecho muestra que los blancos están de acuerdo, y no se paren en medios para cooperar en la revolución. Le adjunto copia de la nota que le pasó el Comandante Castro, Jefe Político del Cerro Largo, al General Castro. Es preciso que tenga mucha vigilancia por esa y el depto. de San José". [14]

Al día siguiente, el Presidente le comunicaba a Castro la sublevación del general Muniz y del coronel Ibañez, quienes avanzaban sobre Cerro Largo, intimándoles su rendición a los gubernistas; agrega Batlle que es necesario que se ponga "una vanguardia fuerte a las órdenes del coronel Pérez, como convenimos antes de su partida"; ordena finalmente que se "separe del mando a todo jefe u oficial que se porte con flojedad o se dejase sorprender".

Los comisarios desertores Gerónimo Véllez y Rufino Suárez, con su incorporación, le dejaron expedito a Aparicio el camino de la Cuchilla Grande, camino que lo llevaba directamente a Melo. Acrecido su contingente con Angel Muniz y sus trescientos cincuenta hombres, avanzó sobre Melo, llegando a ocuparla por pocas horas, pero debió retirarse ante la proximidad del ejército de Nicomedes Castro. La táctica usada por los revolucionarios era la misma guerra de recursos de Artigas, de Rivera y de Venancio Flores: escabullirse como ardillas ante el enemigo superior, movilizarse de continuo y dispersar sus tropas, tal como lo hizo antes de acometer Melo, en partidas que operaban con relativa independencia. Frustrado el ataque contra Melo, buscaron reagruparse más hacia el norte, rehuyendo un combate franco para el que Aparicio contaba todavía con pocas probabilidades de vencer. Las fuerzas gubernistas, aunque se pretendía desestimar la importancia del movimiento, buscaban acrecentar sus huestes por todos los medios. Los Generales Castro, Caraballo y Borges organizaban ejércitos al norte y al sur del Río Negro, en tanto Máximo Pérez, Carabajal, Gil Aguirre y otros jefes reunían en torno suyo todas las divisiones disponibles.

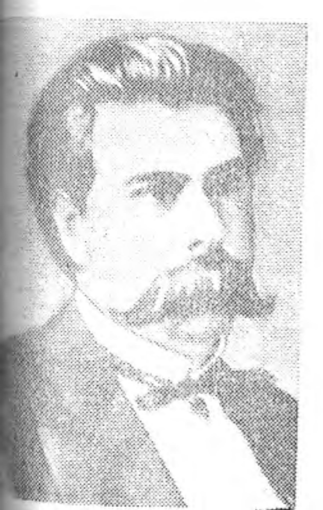
Una vez separado del general Enrique Castro, Máximo Pérez, ya en la vanguardia del Ejército, llegaba a Mansavillagra buscando el choque con el enemigo. [15] Debe se-

14 "La Tribuna", Montevideo, abril 3 de 1870.
15 Ibídem., abril 5 de 1870.





FRANCISCO CARABALLO



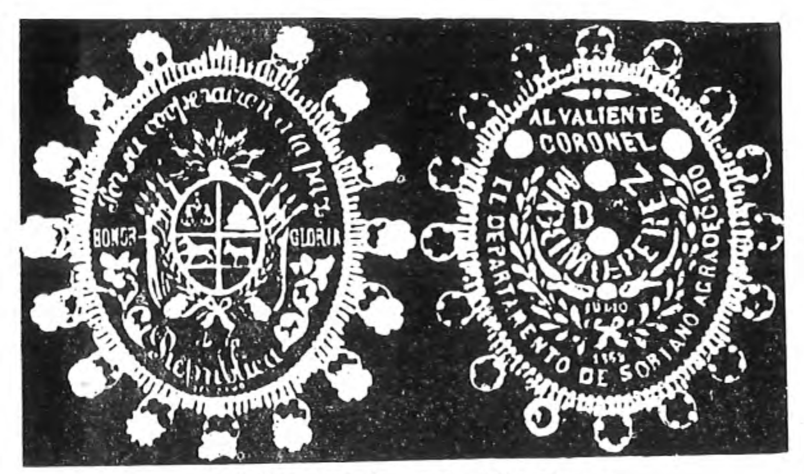
PEDRO VARELA



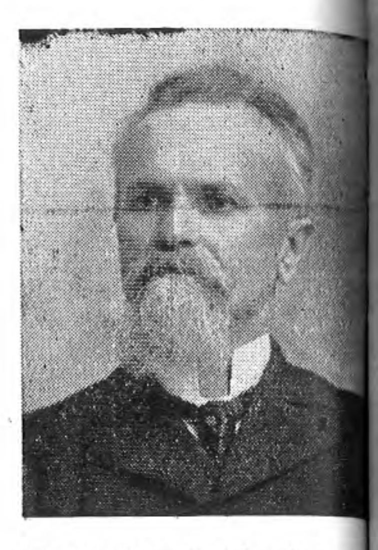
SIMON MOYANO



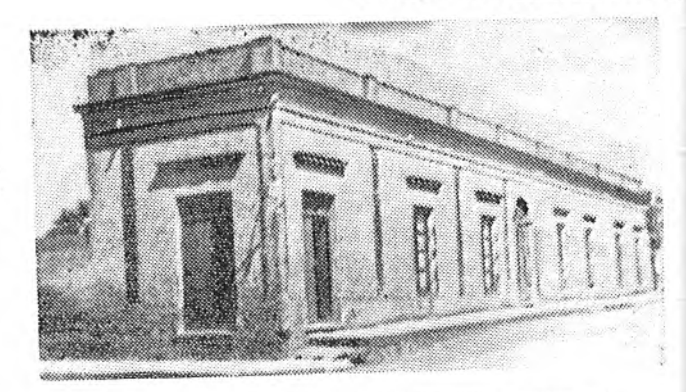
JOSE C. BUSTAMANTE



Medalla regalada por Mercedes a Máximo Pérez en 1869; (copia de la matriz original).



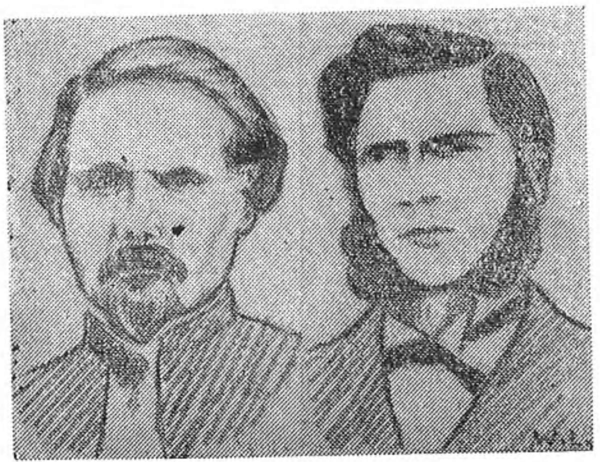
PEDRO BELTRAMO, el joyer



Casa regalada a M. Pérez por Mercedes (parte posterior de la fotografía).



ENRIQUE FONDA



NICASIO BORGES EDUARDO FLORES

ñalarse el acierto de su recomendación a Bustamante para que extremara la vigilancia en San José, previendo, con singular lucidez, que el enemigo atacaría por ese lado, como efectivamente lo hizo un mes después de dicha advertencia.

Quedaba entonces Máximo al frente de una división de ciento cincuenta jinetes y de los ciento cincuenta infantes que comandaba Olave; el 6 de abril, estando en el Zapallar, a siete leguas de Melo, avistó por primera vez algunas partidas de Aparicio, tiroteándose largo rato. El 8 de abril estaba aún en las proximidades de la Laguna del Negro, destacando hacia Melo al comandante Barragán para conseguir la incorporación de la División Cerro Largo.

Las noticias que llegaban de todos lados eran confusas y alarmantes. Las fuerzas invasoras recibían continuamente nuevos aportes; el 8 de abril desembarcaba en la Playa de Caracoles, al Sur de Fray Bentos, una nueva columna de cien hombres, con la consiguiente alarma para la vecina guarnición de Mercedes. Se hacía urgente combatir al enemigo antes que el movimiento adquiriera proporciones mayores, y así lo comprendió Máximo Pérez, quien desde ese momento desplegó incansable actividad buscando un contacto con la revolución. Los "palomos" traían divisas pintorescas y agresivas: "Zumaco, chupáte esa breva" (el zumaco era el fruto colorado del zumaque); "Morir o saltar la zanja"; "Por cinco años de ausencia, salvajes tengan paciencia"; "No pido ni doy cuartel" "El que sabe matar debe saber morir", "Degüello por experiencia, salvajes tengan paciencia". Para no detenerse en sus largas marchas, solían hacer churrascos "en un pedazo de tronco de árbol o excremento seco de vaca que encendían y llevaban sobre las cabezadas del recado, donde también calentaban agua en una paba". Aparicio usaba su potente lanza. El general Muniz usaba solamente un látigo, y el coronel Pampillón, lanza, facón y boleadoras, las que arrojaba hasta a una cuadra de distancia. Los soldados se arremangaban la ropa en brazos y piernas, le ataban la cola a sus fletes y sostenían su melena con una vincha. [16]

En Mercedes, esas primeras noticias reanimaron los ánimos un poco soliviantados por las incursiones enemi-

16 Abdón Arózteguy, obra citada, tomo I, pág. 233.

gas; el 20 de abril, su Jefe Político Francisco Varsi expedía un comunicado en el que notificaba que "Aparicio viene bajando Río Negro abajo perseguido por el Cnel. Pérez", habiéndolo cruzado hacia el sur por el paso de Pereira.

Lo que había sucedido en realidad era que, gracias a su conocimiento profundo de los pagos natales, Angel Muniz había logrado escapar milagrosamente con sus trescientos hombres, pese a la empecinada persecución de Pérez, desde las Sierras de Ríos hasta las puntas del Tacuarí; desde allí, Muniz se le escabulló como si se lo hubiera tragado la tierra, apareciendo luego en el Cordobés junto con Aparicio, para luego efectuar el referido paso del Río Negro. En las "Crónicas de Muniz", relata Justino Zavala Muniz los detalles de esa huída: avisado por un chasque en su campamento de Sierras de Ríos que se acercaba a marchas forzadas una columna enemiga poderosa, Muniz tuvo que emprender una precipitada escapada nocturna, guareciéndose durante el día con el caballo de la rienda. Pero "los adversarios bajo el mando de Máximo Pérez se empeñaron con ardor en la persecución logrando después de varios días de marcha ponerse en contacto con la retaguardia de Angel Muniz". "Cansados y hambrientos, los rebeldes se dispersaron en gran parte, refugiándose en las cañadas de las Sierras, mientras el caudillo presentaba pequeños combates para detener unas horas a los adversarios y dar tiempo a que ganaran terreno sus huestes". Torció luego hacia el Tacuarí, buscando el reparo de sus montes: "a pesar de la estrategia de los fogones dejados encendidos durante la noche; a pesar de los combates presentados por la retaguardia; a pesar del disimulado desmembramiento de la columna, el adversario recrudecía en su persecución". Zorro viejo, Máximo no caía en esos ardides, y seguía infligiendo serias bajas a los Muniz. Angel Muniz, rodeado por el fuego enemigo, había dispuesto ya, en lo alto de una loma, terminar con sus penalidades, pronunciando su heroica frase: "Quiero enseñarles a esos maulas como se muere". Pero la intervención de su sobrino Justino, quien lo obligó, o poco menos, a emprender la retirada, cambió el curso de las cosas. Logró detener Justino las incansables acometidas de Pérez con guerrillas desplegadas hasta la caída de la noche, y a la mañana siguiente se había evaporado. De nada le valió al zorro Máximo toda su proverbial astucia; otro zo-

rro, si no más zorro, más conocedor del pago que él, se le había escapado de entre las manos. Mientras buscaba en vano por todos los rincones de estas sierras que apenas conocía, los Muniz, lejos ya, buscaban con su gente unirse al grueso de las tropas que comandaba Aparicio. Luego de cruzar el Río Negro, Angel Muniz y Benítez siguieron hacia el sur, acampando en las costas del Aveztruz (departamento de Treinta y Tres).

Fechado el 14 de abril en el "Campamento del Tacuarí", dice un nuevo parte de Máximo dirigido al Brigadier General Enrique Castro: "Estimado General en estos momentos que son las ocho de la noche, hora en que se me incorpora el Comandante Castro de vuelta de la persecución que hizo a Muniz hasta la barra del arroyo Malo. Las grandes lluvias y crecientes hicieron retroceder a éste, volviendo por el mismo camino en dirección a las puntas de Las Cañas, buscando los únicos pasos hoy por donde pueden vadear el Río Negro y el Carpintería; cien hombres al mando del Comandante Galeano van pisando su retaguardia, yendo él [Castro] y yo, a ocupar los destinos más convenientes para operar. Remito a Ud. los dos cañones con todos sus accesorios para que los remita donde crea más conveniente, por creerlos innecesarios y mal aquí. He escrito tres comunicaciones y es en mi poder la suya del 9. Prevengo a V. E. que Muniz anda con cien y tantos hombres; sufre muchas deserciones. Aparicio creo que no haya pasado al norte, según parte de mis bomberos, esto es hasta el 7; tenga cuidado; escriba al norte, a la fecha lo creo del otro lado. Dejo a Nicomedes Castro 20 infantes míos y 20 de Olave con el Teniente Robido, para seguridad y moralizar ese pueblo. Por lo tanto pida al Gobierno una guarnición de 60 hombres para este pueblo, y esto muy pronto. Sin otro motivo lo saluda su amigo. Por el coronel Máximo Pérez. Eduardo T. Olave" [17].

Según refiere Pérez en parte firmado en la costa del Chuy (afluente del Tacuarí) dirigido al Brigadier General Enrique Castro el 15 de abril, a las dos de la tarde descubrió una fuerza de doscientos hombres al mando de Aparicio en las islas de Zapata, acometiéndolos y poniéndolos en fuga; los persiguió "al trote y galope" durante cinco horas, sin alcanzarlos, pero logró apoderarse de mu-

---

17 Archivo General de la Nación, Montevideo, legajo Hermanos Castro.

cha caballada ya ensillada, dispersando más de la mitad "de la pandilla". La persecución fue de cerca de diez leguas, perdiendo un soldado y un cabo que "acometieron demasiado". Termina diciendo: "Si hoy no le doy el parte de la conclusión de esta jarana, es porque la gran carrera que les hemos pegado nos obliga a hacer una parada para descansar. Quedo con el pié en el estribo. Máximo Pérez". [18] Máximo, cuyo tesón admirable y su febril impaciencia no decaían un instante, continuó esa persecución hacia el norte, en dirección a Fraile Muerto, mientras la gente de Aparicio huía despavorida. "Tal es la suerte de nuestro bravo Coronel Pérez [dice Nicomedes Castro en su comunicado] que creo va a caer sobre los blancos, sin él saberlo, pués la dirección que ha tomado ha sido justamente el rumbo en que están los blancos". No había chasque que pudiera alcanzarlo en su desenfrenada carrera; y el encuentro que se presentía se produjo al fin. En su primer embestida, Máximo "le había errado a los blancos pasando a media legua de su campamento"; los blancos tomaron hacia la estancia de Juan Y. Noble, a tres leguas de Melo, Tacuarí arriba, en tanto Máximo, según el parte de Nicomedes Castro dirigido a su hermano Enrique, fechado el 25 en Melo, debió detenerse para descansar sus cabalgaduras [19].

El 25 de abril —según el relato de Arózteguy—, "Máximo Pérez, al frente de más de mil hombres, entre ellos un batallón de infantería de línea con el Comandante Olave, tiroteaba a los revolucionarios en la picada de Borchez, en el arroyo Tacuarí, persiguiéndolo hacia el Rincón de Ramírez para donde tomó el general Aparicio. Esa persecución no cesó un momento hasta el día 27 en que, a las cinco de la tarde y encontrándose ya en el mencionado Rincón, decidieron los revolucionarios, fastidiados de ser perseguidos con tanto encarnizamiento, batirse con sus perseguidores. Formáronse en marcha, escalonando la gente por escuadrones, y cuando menos lo pensaba el enemigo, que creía firmemente que llevaba a los blancos a la derrota, cargáronle de firme, rápida e impetuosamente". "El Coronel Pérez, sorprendido por este ataque inesperado, no se turbó sin embargo; organizó su gente

---

18 "La Tribuna", Montevideo, abril 18 de 1870.

19 Archivo General de la Nación, Montevideo, legajo Hermanos Castro, libro primero, folio 653.

como pudo, mandando echar pie a tierra los infantes y formar cuadro y disponiendo que las caballerías recibieran la carga formada en escalones, en dos grupos, a los costados del cuadro. Recibidos los revolucionarios bajo un fuego nutrido de fusilería, chocaron con las caballerías enemigas, entreverándose inmediatamente con ellas y derrotándolas completamente. En seguida trajéronle la carga a los infantes, siendo rechazados; pero al traerles un nuevo ataque se retiró el batallón, marchando en cuadro y haciendo fuego constantemente". Así debió mantenerse sin doblegarse durante más de dos horas, hasta que llegó la noche y pudieron escapar aprovechando las sinuosidades del terreno; la gente del Gobierno tuvo treinta y tantos muertos e igual número de heridos; los revolucionarios sufrieron también varias bajas, entre ellas dos o tres oficiales. [20]

Desde el campamento en Los Conventos, el 30 de abril, comunicaba Enrique Castro a Batlle: "el enemigo perdió el Comandante Saturnino López y al Capitán Castro, dejando 15 ó 20 muertos y llevando muchos heridos, en su mayor parte oficiales, en razón de que Aparicio cargó nuestra ala izquierda con el cuerpo de Jefes y oficiales que lo acompañan, alentado con la absoluta falta de caballos en buen estado de las fuerzas que personalmente mandaba el Coronel Pérez, en aquel momento, llegando hasta verse obligados a echar pie a tierra, peleando con el valor y arrojo que le es propio, cuyo proceder me es altamente grato, Sr. Presidente recomendar a V. E. tanto de parte del Coronel Pérez como de todos sus compañeros". Agrega que sólo tuvieron cinco muertos, que el enemigo quedó desmoralizado, que esa tarde y noche sufrió gran dispersión, y que el coronel Carabajal, que estaba cerca con quinientos hombres, sigue en su persecución hacia el Rincón de Ramírez. [21]

Esta versión difiere mucho de la anterior y coincide en gran parte con la que aparece en la carta que el coronel Manuel M. Aguiar le dirige al Ministro de Gobierno Bustamante, carta fechada el 1º de mayo en Puntas del Conventos. Dice, entre otras cosas: "el enemigo pasó al otro lado del Olimar, perseguido por Manduca, a consecuencia del encuentro que tuvo el 27 con Máximo". Sub-

20 Abdón Arózteguy, obra citada, pág. 70.
21 Ibídem., pág. 71.

raya la "mucha importancia" del encuentro, por la desmoralización y desbande que provocó. "Aparicio cargó nuestro flanco izquierdo mandado por Máximo, con su cuadro de jefes y oficiales venidos con él de Entre Ríos, alentados en presencia del cansancio de los caballos de Máximo". "Máximo, con ese valor que le es propio, echó pie a tierra y los hizo dar vuelta cobardemente, mientras que el centro de la línea compuesto de los infantes que llevaba Olave y el costado derecho al mando de Cardozo y Galarza, se llevaban por delante al enemigo. Carabajal se encontraba entonces a legua y media del lugar del combate con el arroyo del Parado por medio, que fue tempestuosa, continuó la persecución"; "Manduca quedó frente al enemigo, Olimar de por medio"; "trataba de arrebatarles la balsa con sus infantes"; "si no la ha podido tomar, Máximo, que se encontraba a tres leguas, lo ayudará y se conseguirá con los infantes que éste lleva. Obtenido el alejamiento del enemigo, su derrota no puede ofrecerles ninguna clase de dudas". [22]

En resumen, comprometido el triunfo durante algunas horas dramáticas, a causa del impulso que lo llevó a desprenderse hacia el enemigo con sus caballos cansados, la temeraria valentía de Máximo convirtió lo que pudo ser una desastrosa sorpresa en una acción de resultados indudablemente beneficiosos. Máximo, que había destacado varias partidas para que trajeran caballos de refresco, había quedado solamente con ciento veinte jinetes y cien infantes. Desde Rincón del Tacuarí, Máximo envió el 28 el siguiente parte: "Después de una forzosísima marcha para llegar a este punto, pasé hoy al aclarar la picada de Borches y tuve parte que el enemigo se dirigía al Rincón de Ramírez. A las tres de la tarde vine al trote y galope y pasé el alambrado del Rincón, desprendiendo tres guerrillas; una de ellas al mando del mayor Galarza". El enemigo (trescientos hombres) huyó y se desplegó en una altura; Máximo Pérez tendióse a su vez con Cardozo y Galarza a la derecha, al centro Olave, y a la izquierda Máximo. Olave rompió el fuego sobre la izquierda. Los blancos trajeron una carga sobre la izquierda de Máximo Pérez, y como éste no disponía de caballos descansados, dió "la voz de pie a tierra", aguantando la carga; el enemigo esquivó e intentó tomarlos por la retaguardia.

22 Ibídem., pág. 72.

"Desprendí entonces guerrillas de infantería que los corrieron vergonzosamente a pie". La carga de la derecha fue completamente rechazada por el comandante Cardozo y el mayor Galarza; "Nuestra infantería deshizo al enemigo y asómbrese V. E.; hemos cargado a pie todos y el enemigo disparó". Los revolucionarios dejaron seis muertos y muchos heridos. Elogia Pérez el valor de sus capitanes y soldados; "hemos perdido algunos caballos ensillados" y queda esperando la caballada que le trae Carabajal para seguir su persecución. "Excuse V. E. que el parte vaya escrito con lápiz. Máximo Pérez". [23]

Según Arózteguy, "Máximo Pérez dijo a todos los que querían oírle que los revolucionarios no parecen hombres sino fieras, y que el día que la revolución tenga 2.000 hombres, nadie podrá con ella".

Apenas recibió los caballos de refresco, inclusive uno para él, ya que había sido despojado del suyo, Máximo emprendió de nuevo la persecución del enemigo, el que huyó en dirección a Durazno, tomando luego hacia San José. Máximo, que no disponía entonces más que del escuadrón de Soriano que comandaba Gervasio Galarza (y en el cual su hijo Pablo Galarza hacía sus primeras armas), [24] agotadas además las municiones, dio orden entonces a "la división de Mercedes que es quizá la mejor de la República" [25] para que tomara hacia Durazno, buscando proteger Mercedes, hacia donde parecía dirigirse el enemigo. Allí se reaprovisionó con el armamento y vestuario que se encargó de traerle Olave. Aparicio, entretanto, derrotaba el 29 a Manduca Carabajal y se aproximaba el 5 de mayo a San José, en donde se encerró la caballería del Gobierno. De allí, las fuerzas revolucionarias se dirigieron hacia el norte, tomando Porongos el 14, luego de infligir a los gubernistas una severa derrota.

Con fecha 4 de mayo, le escribía Máximo al general Castro desde "Puntas de las Pavas":

"Querido General: he llegado a este punto calculando más o menos el rumbo de los blancos, pues de Manduca [Carabajal] nada sé, sino por los comisarios que me dicen

23 "El Siglo", Montevideo, mayo 2 de 1870.

24 "El Diario", junio 28 de 1902, Mercedes; "Tuvo su primer bautismo de sangre en la Sierra del Río a las órdenes del valiente caudillo Máximo Pérez; luego combatió en Rincón de Ramírez".

25 "El Ferrocarril", Mercedes, mayo 5 de 1870.

van siguiéndolo. Si el Coronel Manduca hubiera efectuado lo que habíamos convenido, hubiéramos triunfado completamente de nuestros enemigos; agregue Ud. a esto que el comisario Fidel no cortó la maroma de la balsa lo que frustró una cierta derrota que Manduca hubiera obtenido sobre los enemigos que iban desmoralizados con la muerte de Saturnino López y otros oficiales y porción de soldados. Lo que sé es que el referido Comisario tomó un Capitán José Ramón y 4 soldados y los largó por su cuenta y riesgo. Le he ordenado que me lo presente aquí, y hasta ahora que es la una, no ha vuelto. Yo sigo mi marcha previniéndole que el plan de los blancos es rehacerse otra vez en Cerro Largo, por consecuencia su presencia en este depto. conviene, por ser el punto principal donde van a rehacerse y además verá la nota que sobre esto me pasa el Capitán Ramírez. Debo prevenir a V. E. que iré hasta donde vayan los blancos, y si necesitase fuerzas de algún depto., voy a tomarlas para operar. No olvide lo que le comunico del Cerro Largo, y mis partes irán según las direcciones que tomen los enemigos y de mis marchas. Sin más, ordene V. E. a su amigo. Por el coronel D. Máximo Pérez. Eduardo T. Olave. P. S. — Dejo al mayor Céspedes comisionado para prender al Comisario, caso que no me trajera al Capitán. Yo sigo por el camino de la Cuchilla Grande. La vanguardia continuó su marcha forzada en persecución de los revolucionarios, sufriendo un innegable contraste en el Rincón de Ramírez, pues se dispersaron ante una carga inesperada de estos la caballería, retirándose solamente en orden el Batallón de Olave". [26]

Máximo, a partir de este momento, empezó a comportarse en forma equívoca. No podemos, para explicarlo, sino plantear algunas presunciones que nada podrían ratificar; pero del relato de algunas circunstancias que rodearon sus decisiones posteriores, creemos extraer sus móviles más probables. No era, por otra parte, nuestro hombre, afecto a largas cavilaciones; es así como su decisión de abandonar la lucha brotó espontáneamente, según su modalidad propia y a raíz de alguna desinteligencia o contrariedad que la historia no registra, pero que no hizo

26 Setembrino E. Pereda, obra citada, págs. 600 y siguientes.

más que rebosar una situación espiritual ya determinada.

En esos días, aún, un chasque de Máximo Pérez a Tabares parece seguir mostrando su interés en la campaña; no tiene fecha, pero, por los hechos que consigna, tiene que ser posterior al 5 de mayo, día en que Aparicio entró en San José: "Sr. Teniente Coronel don Ramón Tabarez. Vista la presente se pondrá Ud. a trote y galope hacia la Sierra Mahoma y Mal Abrigo con todas las fuerzas de su mando. Esto lo hará sin pérdida de tiempo. Al conductor lo deja en esa si los blancos no se dirigen adonde le ordeno, y si Ud. sabe cierto donde se hallan, mande parte, y si no supiere, procure incorporarse inmediatamente a esta división; y si sabe si han entrado para la Colonia o el Colla, se viene a incorporarse a ver si así podemos deshacerlo. Son muy pocos, no tengan miedo. Sin más, todos estamos buenos. Lo saluda su Jefe. Por orden del Coronel D. Máximo Pérez. Daniel Samas". [27]

En parte a Enrique Castro, le escribía su hermano Gregorio el 8 de mayo desde "Costa del Yí": "Con mucho retardo acabo de recibir la adjunta carta del Coronel Pérez; marcho en este mismo momento en dirección al punto [que] en ella me indica afin de proceder como lo quieren las circunstancias. Reservándome abundar en explicaciones en otro momento, tengo el honor de saludarlo". [28]

El 10 de mayo, Gabriel Ríos le escribe a Enrique Castro que "el Coronel Pérez me garante que el enemigo no lleva más de 400 hombres mal armados y que a unos troperos y carreros les quitaron las armas y facones". [29] El corresponsal de "El Siglo" comunicaba el 11 de mayo que "llegó a Mercedes el Coronel Pérez. La división de aquí, al mando del Comandante Avila, saldría mañana para el Duraznito. Van 800 hombres, comandados por N. Romero, M. Palacios, Mayores Espinosa, Pereda, Padilla, García, Muela y el Capitán B. Doblas con cien infantes. En Mercedes queda la Guardia Nacional de infantería y cien jinetes además de la infantería y las policías".

El 15 de mayo, Gabriel Ríos le vuelve a escribir a

27 Archivo General de la Nación, Montevideo, legajo Hermanos Castro.

28 Ibídem.

29 Ibídem., folio 687.

Enrique Castro: "Vine a Sierras del Castillo buscando la incorporación del Coronel Pérez. Hacía un día y una noche que aquel Jefe se había internado en el Departamento de San José en persecución de Aparicio. No habiendo sido posible alcanzarlo por la precipitación de las marchas y el mal estado de las caballadas, contramarché a Puntas del Maciel"; menciona además un temporal de tres días que se produjo por entonces y las crecientes que provocara. [30]

El 13 de mayo, Feliciano Vidal le escribe a Enrique Castro desde Guadalupe, y le comunica que al aproximarse Aparicio a Florida supo que Máximo Pérez llegaba a inmediaciones de Guadalupe; trató de hablar con él, pues, dice: "supe por el Presidente que el Coronel Pérez supone que no haya querido yo formarme bajo sus órdenes. Esto es un grandísimo error pués para ello me bastaba que se trataba de destruír al enemigo común" y que no se fija en grados o antigüedades; "la salvedad que he hecho en cuanto a no incorporarme al Coronel Pérez", la hizo para cortar dudas en "la cuestión" que lo agita; "sin conocer las miras del Coronel Pérez le escribí en la Florida manifestándole la determinación de pasar a este punto a engrosar la División". Comunica además Vidal que Pérez está en su departamento engrosando su división. [31] Con esta carta, Vidal contestaba a otra en la que Castro (con fecha 10) le mandaba que se pusiera a las órdenes de Pérez. [32]

El 18 de mayo, en Porongos, por donde el 14 habían pasado los "palomos", aparece Máximo Pérez con setecientos hombres entre infantes y jinetes, esperando la incorporación de las fuerzas de San José.

Ese mismo día, envía Pérez un parte desde Costa del Sarandí (presumiblemente el que pasa cerca de Porongos), pidiéndole al comandante maragato José Mora que "se ponga inmediatamente para este punto. No es sólo como amigo y Jefe que le pido a ud. esto; es la patria que lo reclama para ponerse al frente de una División"; agrega después que "el comandante Cardozo tiene orden

30 Ibídem., folio 685.
31 Ibídem., folio 707.
32 Archivo General de la Nación, Montevideo, fondo "ex Archivo y Museo Histórico Nacional", caja 80.

de incorporárseme, así es que puede venir con él"; firma Olegario Sánchez por Máximo Pérez. [33]

El 24 de mayo, nuevamente desde Mercedes, Máximo envía una comunicación al Ministro Bustamante: "Ayer llegué a esta ciudad después de haber hecho marchar una fuerte división de 500 hombres bajo las órdenes de los Comandantes Palacios y Eduardo Olave. Esta división es de lo superior en fuerzas y lleva 100 infantes entre ellos. Yo pienso marchar pasado mañana con otra fuerte división de 500 hombres con 100 infantes entre ellos". Agregaba que con estos mil hombres, "lo mejor del Departamento", pensaba derrotar completamente al enemigo. Al día siguiente, 25 de mayo, se celebró la fecha yendo la Guardia Nacional de Mercedes a saludar a las ocho de la mañana a Máximo Pérez, quien pronunció un discurso alusivo, siendo aclamado y vitoreado por las tropas. Se festejó luego el acontecimiento con un gran asado con cuero en las costas del Río Negro.

De acuerdo a lo anunciado, al día siguiente, 26 de mayo, Máximo Pérez tenía que partir de Mercedes con cuatrocientos jinetes dejando a Demetrio Pereira organizando la infantería. El 27 se le sitúa en Porongos, donde se le supone a la espera del mayor Palacios con los otros quinientos hombres que estaban a unas cinco leguas de Florida. [34] Pero "El Río Negro" de Mercedes del 29 de mayo restituye la verdad a su lugar: "a último momento" Máximo Pérez suspendió su partida; "disgustado y quizá con motivo —acota "El Siglo"— de la marcha de las cosas, Máximo Pérez se retira a su Departamento". Se comentó —en "El Telégrafo Marítimo" de Buenos Aires— que el caudillo había enajenado presurosamente todos sus bienes de Mercedes, comprando con lo producido una propiedad en la capital argentina. [35] Tales noticias llenaron de alarma a las esferas del Gobierno, temerosas de que la deserción de quien era considerado como uno de los puntales de la situación, desmoralizara a las tropas y desfibrara su resistencia. Se trató por consiguiente de ocultar tan desastrosa contingencia, y se envió apresuradamente a Mer-

---

33 Datos extraídos de diversos números de "El Río Negro" de Mercedes y "El Siglo" y "La Tribuna" de Montevideo de mayo y junio de 1870.

34 "El Siglo", Montevideo, junio 4 de 1870.

35 "La Tribuna", Montevideo, junio 6 de 1870.

cedes a los diputados Xavier Laviña y Navajas, comisionados para "salvar las dificultades con que luchaba Máximo Pérez". Se trataba, con esa terminología condescendiente, de restar importancia a la decisión del caudillo, y se habían elegido además dos hombres que lo conocían bien; uno de ellos, Laviña, habría de ser, cuatro años después, el padrino adoptado por Pérez en su movimiento de rebelión contra el Gobierno de Ellauri. Pero Navajas y Laviña debieron volver dos días después a Montevideo sin lograr su objeto, pese a los reproches y a los argumentos con los que intentaron disuadir a Pérez de "su firme propósito de ausentarse del país". El Presidente Batlle, sin embargo, no desistía de su propósito, y buscando quizá facilitar una entrevista que no significara una humillación para ninguno de los dos, expresó desde Florida, en donde se hallaba el 4 de junio, su deseo de hablar con Máximo, requiriendo su presencia para incorporarse a las fuerzas del comandante Cardozo. Pero la decisión del caudillo era ya inquebrantable, y el día 5 la hizo conocer en un manifiesto que desbarató la intención gubernista de echar tierra sobre acontecimiento tan perturbador para sus intereses.

"Manifiesto a mis conciudadanos: Al separarme de vosotros y del seno de la patria para pasar al extranjero, como lo hago, necesito en este momento, quizá el más supremo de mi vida, dirijiros una palabra que al menos sirva un tanto para desahogar el pesar que domina mi alma, ocasionado por los terribles desencantos que acaba de ofrecerme la política tortuosa que siguen los prohombres que dirigen los destinos de la República.

Soldados: desde mis primeros años, en las filas del partido Liberal de mi tierra, jamás economizé mi sangre para derramarla en alas de la libertad y felicidad de ella; consecuente con mis principios políticos y honrado más de una vez con la confianza de los gobernantes, he ocupado puestos en mi país, en los cuales me asiste la satisfación de haber cumplido con honradez y lealtad mi cometido, sin que una aspiración mezquina pudiera haberme hecho fluctuar entre el deber o las conveniencias personales.

Mis ardientes deseos, hoy, representados en la unión del Partido Colorado y en el esclarecimiento del inicuo sacrificio del invicto General Flores, como el único medio para cimentar la paz y bienestar de nuestro país, se en-

cuentran burlados por los hombres que ocupan los altos poderes de la Nación, sepultando así el desagravio de la moral pública y el de los que en horas más felices rodeamos al héroe inmortal para salvar la patria de la dominación de nuestros acérrimos enemigos.

Compatriotas: Me habéis visto más de una vez, y en momentos de prueba medir mi lanza en los campos de batalla, dispuesto a vencer o caer envuelto en sangre al pie de mi bandera; jamás abandoné a mis compañeros, por grande que fuese el peligro; por tanto hacedme la justicia que demando de vosotros, al renunciar del mando en jefe de la vanguardia, que el Supremo Gobierno me había confiado, en momentos en que el vandalaje recorre el territorio de la patria; sí, hacédmelo compañeros, y estad seguros que no es el temor el que me obliga a dar este paso, no; os juro que al separarme de vosotros, es por no verme en el caso de tener que participar del nuevo sacrificio de orientales, de hermanos, de amigos, que sobrevendrá después de obtenido el triunfo contra los invasores; tal es el derrotero que marca la funesta política del gobierno del General Batlle.

Causas mayores y explicaciones más explícitas podría ofreceros en estos instantes, pero los sucesos que van a precipitarse dentro de breve, se encargarán de ello, pués no quiero yo llenar tan desagradable misión. Me voy al extranjero a vivir del sudor de mi frente, como lo he hecho toda mi vida, restándome sólo daros un adiós que arranco del corazón para significaros mi eterno agradecimiento a las distintas pruebas de amistad con que me habéis honrado siempre, haciendo votos por que el pueblo oriental, gozando de paz y prosperidad, pueda decir un día: "Tengo Patria, Libertad y Constitución. Vuestro paisano y amigo. Máximo Pérez". [36]

El día 6 le entregaba a Vicente Avila las fuerzas de Soriano, lo que comunicó de inmediato al general Enrique Castro, y distribuía el dinero sobrante entre oficiales y tropa. Firmaba dicha nota Gregorio Sánchez por orden de Máximo Pérez [37].

Considerado como "acto sedicioso, disolvente y anárquico" "contra la autoridad constituída" "tanto más in-

36 Archivo General de la Nación, Montevideo, legajo Hermanos Castro, libro primero, folio 712.

37 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Jefatura de Soriano, junio de 1870.

justificado cuanto que ha prestado importantísimos servicios a la presente administración de la que fue decidido sostenedor", el Gobierno, con la firma de Vidal, José A. Pozzolo, José C. Bustamante, y Duncan Stewart, decretó el 7 de junio que el coronel Máximo Pérez fuera dado de baja y que se le borrara del escalafón militar. El día 9 de junio se embarca Máximo Pérez con sus familiares en el "Villa de Salto", y el 10 desembarca en Buenos Aires; el desastre estaba consumado. El Jefe Político se apresuró a comunicar que Máximo Pérez se había embarcado para Buenos Aires "acompañado de varios individuos". En una nota verdaderamente singular, dado que se refiere a un desertor, hace mención de "las consideraciones de que era acreedor el Coronel Pérez" "y de su conducta de tolerancia y abstención que el gobierno sabrá apreciar", [38] y se atreve, finalmente, a aconsejar al Gobierno que no tome "medidas represivas". En Mercedes todos esos acontecimientos produjeron, como es natural, un asombro incontenible, "por la rareza del caso o por la abnegación del caudillo", según se refiere en dicha nota, pero nada sucedió que alterara la calma.

Desde Salto, Caraballo le escribe el 11 de junio a Avila, manifestándose sorprendido por haber abandonado el coronel Pérez "el puesto que el Gobierno le había asignado al frente de su heroica División", agregando que ahora la cosa se vuelve seria. En carta posterior, anuncia que va Fortunato Flores a reorganizar las tropas, a las que Pérez había disuelto diciéndoles que "no prestasen servicios a un gobierno tan pícaro e inmoral" [39].

Vicente Avila sustituyó en su cargo militar a Máximo Pérez, aunque la compañía de Soriano disminuyó "por haberse separado de ella muchos ciudadanos argentinos, que por sus afecciones a la persona del coronel Pérez servían voluntariamente". Muestra emotiva esta última, de la adhesión que sabía suscitar el caudillo chaná, y que sólo podía provenir de virtudes indudables y reiteradas .Y no fueron solamente esos ciudadanos argentinos quienes siguieron sus pasos, como ya lo habían hecho y lo harían tantas veces, sin preguntar adonde irían; muchos orien-

---

38 Archivo General de la Nación, Montevideo, fondo "ex Archivo y Museo Histórico Nacional", caja 202.

39 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Jefatura de Soriano, junio de 1870.

tales prefirieron también abandonar su patria antes que abandonar a su caudillo, entre ellos, algunos oficiales de jerarquía como el Jefe del Escuadrón San Martín, sargento mayor Bernardo Perera. Ante la descalificación militar del coronel Pérez, Francisco Varsi intentó una última defensa, trasladándose con ese objeto a Montevideo; a raíz de ese viaje infructuoso, el 16 de agosto envió desde Mercedes "su renuncia indeclinable por motivos que ya tuve ocasión de expresarlos a viva voz" [40]. Todas estas manifestaciones, más elocuentes que cualquier argumento, demuestran hasta qué punto había entrado Máximo Pérez en el corazón de sus compañeros quienes no trepidaban, como en el caso de Varsi, a sacrificar inclusive las posiciones que ocupaban.

Ante la deserción en masa de los incondicionales de Máximo, el comandante Avila se vió precisado a adoptar medidas enérgicas, ordenando que dentro de las cuarenta y ocho horas se presentaran todos los ciudadanos aptos para el servicio, so pena de ser presos por remisos. La prensa, a todo esto, lejos de criticar la actitud del desertor, manifestaba "lamentar profundamente" "el eclipse de Máximo Pérez"; pero el 17 de junio el panorama cambió; apareció "La Epoca", dirigida por Lisandro Costa, quien se singularizó enseguida por su ánimo belicoso, lo que dio mérito a que el Jefe Político que sucedió a Varsi, Gareta, lo citara y amenazara con cerrarle el diario; poco después, fue desterrado de la localidad el redactor de "La Epoca" don José María Gómez por su "propaganda subversiva e insidiosa", [41] en tanto Lisandro Costa era mandado poner preso por el comandante Avila, quien lo acusó entonces de incurrir en graves indiscreciones militares.

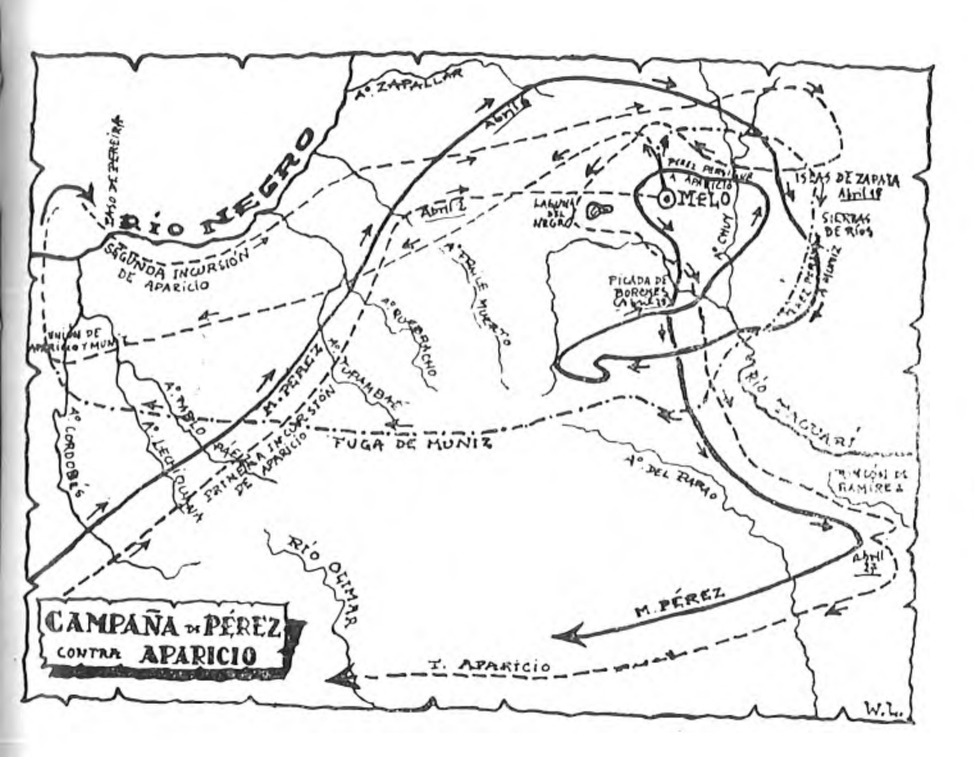
Pero volvamos a Máximo Pérez. ¿Cuáles fueron las causas verdaderas de la deserción del caudillo chaná? Sólo es posible contestar arriesgando conjeturas, tratando de fundar éstas fuera de las circunstancias ocasionales que, cualquiera haya sido su índole, no hicieron sino precipitar disposiciones que bullían muy hondo en el ánimo del caudillo. Tendríamos, para dilucidarlas, que recordar los antecedentes lejanos e inmediatos, y comprender de ese modo que las aparentes contradicciones de su con-

40 Ibídem.

41 JOSÉ L. MARTÍNEZ, "Vida militar de los generales Enrique y Gregorio Castro", pág. 280, Montevideo, 1901.

ducta eran simples respuestas momentáneas, ajenas a una intención central a la que Pérez nunca renunció. Ese motivo determinante —no hay por qué insistir en ello— residía en su inconmovible adhesión al recuerdo de Venancio Flores, así como en su nunca desmentido afán de esclarecer un crimen más trascendental, para él, que ninguna otra circunstancia. Máximo no se pudo sacar nunca de la cabeza —y las confidencias de José C. Bustamante lo reafirmaron en esa idea— la ferviente sospecha de la decisiva intervención de los conservadores en el asesinato de Don Venancio. La presencia de Pedro Varela en el Gobierno, y la actitud conciliadora —para Pérez de una tibieza culpable— de Lorenzo Batlle, mantenía su ánimo exacerbado y desconfiado; veía que, lejos de formalizarse la investigación por la que clamaba de continuo, se dejaba transcurrir el tiempo sin tomar ninguna providencia efectiva; salvo la prisión ocasional de Montaña, ninguna otra medida se había tomado en los dos largos años transcurridos. "El Coronel Pérez, servía de mala gana al Gobierno porque lo odiaba", como dice sin ambajes José L. Martínez; [42] la sumisión de Pérez al Gobierno sólo esperaba la coyuntura precisa para romperse. Pero se produjo la invasión de Aparicio, nada menos que de Aparicio, su acérrimo enemigo de divisa, "el enemigo común", como dijera en alguna ocasión refiriéndose a los blancos. Máximo sintió entonces renacer el impulso inolvidable de la Cruzada Libertadora. Si con Batlle era difícil intentar descubrir los asesinos de Flores, con Aparicio sería la absolución definitiva. De ahí su primer impulso: terminar con los invasores —cuya derrota le parecía, como a todo el mundo, cosa de poco tiempo— para concentrar después sus energías en su vieja preocupación vindicatoria. Se lanzó entonces a la lucha, con un ardor y una impaciencia que lo llevarán en seguida a la primera línea; apreció allí el tesón inquebrantable de los blancos, la seriedad de su intentona; y descubrió de pronto que no tenía sentido seguir peleando a favor de quien siempre le había guardado una indisimulada aversión, y a quien además consideraba un encubridor de los asesinos de Flores. La actitud de Caraballo, carteándose con Anacleto Medina, proponiéndole unir a los blancos y a

42 Archivo General de la Nación, Montevideo, fondo "ex Archivo y Museo Histórico Nacional", caja 79.





TOMAS PEREZ



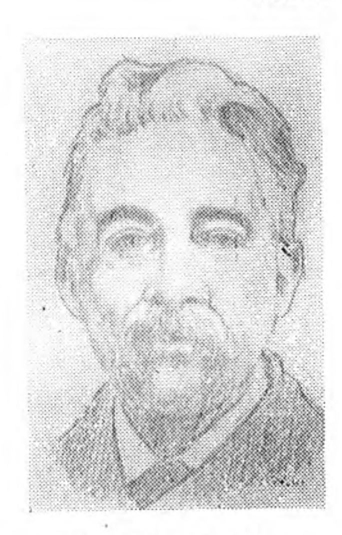
HIGINIO FERNANDEZ



TIMOTEO APARICIO


PABLO GALARZA


F. PERICHON


VICENTE GARZON


FRENEDOSO


DANIEL SAMAS

los colorados netos contra los conservadores, aunque luego desmentida por los hechos, reflejaba análogas fluctuaciones.

Producida la invasión de Aparicio, Caraballo protestó por el olvido en que lo tenía el Gobierno, y se hace nombrar otra vez, con fecha 20 de abril, Comandante de Armas de campaña. No pudo o no quiso llegar nunca a una connivencia con los blancos, pero la actitud de Caraballo, aunque menos franca que la de Máximo, obedecía a parecida inspiración. Sólo la obsecuencia y debilidad que a su respecto demostró el Gobierno, pudo quizás hacerlo disuadir de abandonarlo. Con Máximo, en cambio, no sucedió lo mismo; la prensa de Mercedes señalaba, apenas iniciadas las hostilidades, la injusticia que se cometía con el caudillo local, al no concederle el Generalato que podía conducirlo a la Comandancia de Armas del sur de la República.

La conducción de la campaña militar confirmó en el ánimo de Pérez la bien rumbeada presunción de que se le destinaba a los puestos más sacrificados, escatimándosele por lo demás la ayuda necesaria. Después de la ruda acción del Rincón de Ramírez, desamparado por el grueso del Ejército, debió volver a buscar, sólo con su división Soriano, el reaprovisionamiento que se le dificultaba. No conocemos, pero no nos cuesta nada imaginar, las erupciones de mal humor que, dado su irascible temperamento, debieron provocar esos y otros desaciertos gubernistas. La decisión del Presidente Batlle de asumir personalmente el mando del Ejército tiene que haber sido la gota que colmó el vaso.

Máximo comprendió finalmente que ésa no era su guerra; él siempre había combatido por la misma causa, no admitía en ese sentido ninguna clase de tortuosidades. Desde que peleó con Rivera, siempre junto a Venancio Flores; con Don Venancio en Entre Ríos, con Don Venancio en la revolución de 1863, y con Don Venancio en el Paraguay; la decisión a tomar ahora era, por consiguiente, clara, y de nada valieron los argumentos de sus amigos. Abandonaría todo, no se mancharía las manos en una lucha fratricida en la cual no estaban en juego

los ideales que, con gallarda simpleza, seguían siendo los únicos a cuyo servicio podía poner sin retaceos su terrible lanza.

Apenas abandonó Máximo Pérez el país, la marea de la revolución llegó hasta el departamento de Soriano, el que se convirtió así en escenario de encarnizados combates. Para mencionarlos sucintamente: ya el 20 de junio, cinco desertores que se habían refugiado en las islas vinieron a Mercedes y provocaron un escándalo que terminó con la muerte de uno de ellos, Dionisio Braga, atravesado de un lanzazo. El día 26 se publicaba una nota colectiva solicitando el cambio de la Comandancia Militar del departamento. Entretanto, el mayor Galarza y el comandante Nolasco Romero combatían en Carmelo el 3 de junio contra nuevos contingentes invasores al mando de los hermanos Alvarez, mientras Vicente Muela, secundado por Espinosa, Doblas, Padilla, y García, peleaba en las inmediaciones de Arenal Grande.

El 29 de junio, los Alvarez se trenzaban en Dolores contra Galarza; el 28 de julio el comandante Avila debió enfrentar en Coquimbo los embates de Ferrer y de Pereira, luego de vencer el 8 de julio a los cuatrocientos hombres que habían invadido por San Martín. El 25 de agosto, culminando una ofensiva que ya resultaba excesiva para los reducidos medios locales, el octogenario Anacleto Medina se apoderaba de Mercedes, luego de quebrantar la decidida resistencia de su guarnición. Como lo había predicho Máximo, mucha sangre de orientales correría en las batallas de Corralito, Manantiales, Sauce, y en otras más que habrían de prolongarse hasta principios de 1872.

El 11 de junio Caraballo le escribía desde Salto a Pedro Varela, comunicándole haber mandado al coronel Flores a Mercedes, "pues Máximo, a su retirada, licenció toda la gente, habiendo quedado aquel Departamento en la más completa desorganización". [43] Cinco días después Eduardo Flores le envió desde Buenos Aires una sugestiva carta a Pedro Varela: "Mi hermano Segundo le llevará esta carta". "Hemos visto al coronel Pérez y aunque

43 Ibídem.

éste nos ha hablado de su amistad, quedé yo convencido que es un hombre perjudicial para los que como Ud. y el que suscribe, fundan el porvenir del país en la honorabilidad de los hombres y de los medios"; luego de reiterar su adhesión a Caraballo, prosigue: "el comandante don Felipe Perichón es amigo nuestro y ejerce sobre el coronel Pérez una influencia grande; yo le he dicho que él puede, sin decirle nada, prestarnos un importante servicio tratando de detener a Máximo en Buenos Aires, pues éste es aún amigo de Cándido, lo que quiere decir que a esta clase de gente es preciso tratarla a la baqueta para que sea fiel a un hombre. Entretanto Pérez está en Buenos Aires, trataremos de ganarle su gente"; le da más adelante la dirección de Perichón, y termina diciendo: "mi viaje a esta ciudad no ha sido perdido pues lo pongo en actitud de saber las intenciones y lo que piensa Máximo Pérez". [44]

Un mes después, el 20 de julio, Perichón (a quien en carta del 10 de abril de 1868 dirigida a Caraballo, Pacheco y Obes tildaba de "pillo y embustero") [45] le escribía a Pedro Varela; le dice entonces que habló extensamente con Máximo: "e preparado el terreno de una manera favorable, que si Pérez pudiera agarrar al compadre Bustamante, lo haría arina". "A más está dispuestísimo en favor del general Caraballo y agradeció sus recuerdos. Conviene que apure al comandante Irigoyen para que venga y hable con él; al respecto, no hay que perder tiempo; hoy volveré a hablar con Héctor [Varela]. Máximo vive en su casa de Venezuela 433. Se lo aviso por lo que pueda convenir". "Le conté [a Pérez] lo mal que Bustamante había recibido las proposiciones, de hirse él y Batlle a su casa y dice Pérez que si por algo va a pasar es por sentar en un banquillo a esos dos pícaros. En fin [...] cumpliré cuanto le he manifestado en pro de la cayda de esos funestos hombres"; termina diciendo que le incluye una carta de Pérez a Caraballo. [46]

El 17 de agosto vuelve a escribirle Perichón a Pedro Varela; se queja de su silencio, y dice no poder ir a Buenos Aires por falta de dinero; agrega que "no le permitirá a Pérez una aceptación que importe dejarnos do-

44 Ibídem.
45 Ibídem.
46 Ibídem.

minados por los mismos frayles, desfigurando el paso gallardo que dió al separarse de ellos". "El terreno está preparado y mi base se funda en la unión de esos dos candidatos, Caraballo y Pérez". Perichón le manda un borrador para que Caraballo le escriba a Máximo usando los términos que Perichón sabe producirán buenos efectos; quiere justificar ese tortuoso procedimiento en atención al fin propuesto, pues "él conoce bien el modo de ser del hombre [de Pérez]. Apure la carta del general para el coronel, que yo veré el efecto que produce".

Dos días después, insiste Perichón ante Varela; acusa recibo de carta del 16, y dice: "El Coronel Pérez quiere y estima al general Caraballo, no lo dude; pero; los cubiertos trabajos de los enemigos de estos dos candidatos no sólo han logrado indisponerlos, sino aún llevan la desconfianza al corazón de uno para otro"; agrega luego lo inútil que es decirle a Pérez la distinción con que lo trataría Caraballo para alcanzar el triunfo del Partido. Cuando Perichón le leyó la carta de Pedro Varela a Zaballa, Pérez le dijo "textualmente": "no ves que parece que hubiera picardía, carajo, si el general quiere algo conmigo, porqué no me escribe bajo su firma dándome la cara de frente, carajo". Perichón cree necesario —como Varela— la reconciliación de los dos caudillos, y "para ello, la abnegación del más culto [Caraballo]; no hay que perder tiempo con paliativos, y entonces diré como Ud.: son los hombres del paiz, nadie se les pondrá por delante". Agrega que "mañana llega Avelino Delgado con las bases de acuerdo que el Gobierno ofrece a Máximo. Son las mismas que rechazara por el nombramiento de Suárez, pues así lo he oído expresarse"; dice luego que "anoche Zaballa visitó al Coronel", y que su larga charla confirma lo dicho; termina mencionando sus sacrificios y pidiéndole prestados cien pesos m/n. [47]

Las maquinaciones de Varela y ese trastornador de hombres y de haches que era Perichón, empezaron pronto a dar frutos: Caraballo, cuya conducta era entonces ambigua, y que había estado en tratos ocultos con Aparicio, le escribe a Máximo, siguiendo, por lo que se ve, el "borrador" que le mandara Perichón; fechada en agosto de 1870 (sin indicar el día) su carta dice así: "Distinguido amigo y compañero: los hombres que como nosotros se

47 Ibídem.

encuentran ligados por sacrificios de sangre en favor de una misma causa, de un mismo principio, no siempre deben permanecer víctimas de calumnias e intrigas infames; no querido Máximo —un círculo funesto de nuestro país burló tus mejores deseos y patriotismo, como explotó mi nombre y posición, logrando dividir a dos amigos que como nosotros no hemos hecho otra cosa que sacrificarnos toda la vida por la libertad y felicidad de nuestra patria. El silencio por mi parte ha sido el sello que he puesto a todo lo que me an dicho de voz, en contra mi nombre y reputación, confiado que llegaría el momento oportuno en que pudiéramos entendernos y darnos un abrazo que pusiese término a la desunión en que lograron colocarnos nuestros verdaderos enemigos". Lo invita además en nombre del general Flores a "poner un velo al pasado" y a estrecharse en un abrazo por medio del portador D. Pedro Varela, "quién como nosotros está fuera del terreno en que deberíamos hallarnos, a fuer de colorados y amigo verdadero" de Venancio Flores. Le reitera luego su sinceridad y "lo mucho que te distingo y quiero". "Unidos, mucho podremos hacer en fabor de nuestra cara patria y salvándolas de las garras de nuestros asérrimos enemigos, levantaremos sobre sus cabezas, la bandera gloriosa de nuestra tradición política". Expresa más adelante sus deseos de que oiga con calma a Varela, que "ha sido víctima como nosotros de los trabajos infernales de los verdaderos enemigos del general Flores", y le anuncia que Varela va a hacerle una visita en su nombre; "tu amigo que te quiere de corazón, Francisco Caraballo". En la post-data, agrega: "Darás mis afectos a tu señora y familia".

Por esos días, el 27 de agosto, Lamas, en enigmática misiva, urge a Pedro Varela diciéndole que el general debe proceder de acuerdo a lo convenido.

La guerra, entretanto, aceleraba su ritmo. Caraballo, en carta del 12 de setiembre, comunicaba que Moyano estaba por incorporársele cerca de Mercedes, y le pedía a Varela que fuera, porque quería "hablarle". [48] El 29 se producía la derrota de Corralito, escapando esa noche Caraballo después de faltar a la palabra dada. Aparicio se dirigió entonces a Montevideo, a la que puso sitio, en

48 Archivo General de la Nación, Montevideo, legajo Hermanos Castro, libro tercero, folios 357, 360 y 362.

tanto Caraballo quedaba en el norte, fraguando sus planes, pero sin decidirse a nada.

El 29 de octubre, desde Salto, Gregorio Castro le escribía a su hermano Enrique; le comunica que escribió al coronel Pérez, quien dice "quiere compartir las fatigas con sus compañeros de causa para derrotar al Partido Blanco"; y que, a esos efectos, solicita del Gobierno se le conceda indulto para reunir en el departamento de Soriano su División, y con doscientos hombres que él traería de Buenos Aires, armados y municionados, formar una fuerza de ochocientos a mil hombres; agrega que Pérez desearía, una vez dado de alta en el Ejército, no ser puesto bajo las órdenes de Caraballo ni de Suárez, pues recela que lo traten mal, en vista de lo que ya ha habido; "he comprendido la buena voluntad de Máximo, cuando ha llegado al extremo de proponerme, ponerse con la División que reúna bajo mis órdenes, pero tú comprendes que no puedo admitir esta oferta por muchos motivos, que pudieran interpretarse como ambición mía, y que tal vez me trajera disgustos entre los dos generales antedichos, tan inconveniente en estos momentos. Me manda decir también que servirá a tus órdenes con el mayor gusto, pero le he escrito por Caballero, recordándole su patriotismo y que se ponga a la órden de quién el Gobierno quiera, si éste, como creo, admite su acatamiento. De cualquier modo, influye tú con el Gobierno para que lo indulte y lo dé de alta, pués tú no dejas de comprender que el coronel Pérez, formará una buena división y reunirá muchos oficiales que han emigrado y soldados que andan escondidos en las islas, y que el Gobierno lo destine a donde lo crea conveniente sin perjuicio que, desde que Máximo se someta, sería propio que los amigos contribuyéramos a que entre él y los generales Suárez y Caraballo, se concluyan las rencillas. Escribo al Sr. Presidente para el mismo objeto, pero contigo soy más claro y franco".

Ese mismo día Gregorio Castro le escribía a Batlle:

"Mi estimado general y amigo: El Sargento Mayor D. Bartolo Caballero, va en comisión mía cerca de V. E. para imponerles de las bases de sometimiento al Superior Gobierno que por escrito me ha dirigido el Coronel Pérez desde Buenos Aires, para que yo influya sobre V. E. El

Coronel Pérez se compromete a venir de Buenos Aires con doscientos hombres, municiones y armas, y si el Gobierno lo indulta y lo da de alta en el Ejército, reunirá su División remontándola de ochocientos a mil hombres, la que me consta está desquiciada, y llenas las islas de desertores. El Mayor Caballero será extenso en la demostración de mi parecer a este respecto, pues creo que arrepentido este Jefe y deseando compartir los peligros al lado de sus compañeros, el Gobierno lo considerará concediéndole una gracia". Termina anunciando que el 1º o el 2 estará en marcha para incorporarse al Ejército. El mismo día le escribía Gregorio Castro a Máximo:

"Mi querido amigo: Con placer he recibido tu estimada de fecha 13 del corriente, y quedo impuesto de su contenido. El portador de ésta, D. Bartolo Caballero, amigo de toda nuestra confianza, va comisionado por mí acerca del Gobierno, para hablarle de lo que conviene tu venida al país en las actuales circunstancias; yo creo que el Presidente y los Ministros no desconocerán esta verdad y allanarán todos los obstáculos para aumentar un contingente más a la causa de la libertad, trayéndote a formar a las filas de tus antiguos compañeros; no obstante, cualquiera que sean los pensamientos del Gobierno, debo hablarte como amigo sincero, tu puesto en estos momentos como colorado es estar al frente de los hombres que te siguen, para combatir sin tregua a nuestros enemigos, a los asesinos del ilustre general Flores, del Cerrito, de Quinteros; a tí no te debe importar las inconsecuencias de los hombres de nuestro partido, hoy son momentos de abnegación y sacrificio, los cargos justos que puedas tener que hacer, déjalos para después, tu lugar es en esta República al lado de tus amigos entre los que hallarás muchos con motivos como tú para estar resentidos pero comprendiendo que no son circunstancias de recriminaciones, vamos todos con el objeto de cumplir con el deber de rechazar a los blancos; ven pues, querido amigo, sin esperar contestación de nadie y el País te hará justicia reconociéndote como verdadero patriota, tú vales, tienes prestigio, y mucho podrás hacer en favor de la causa de los principios. En estos días marcho al frente de la División del Departamento, a incorporarme al General Caraballo, quien como Jefe Superior del Norte me

lo haordenado así. Sin más, cuenta siempre con la amistad invariable de tu affmo. amigo". [49]

El 5 de noviembre renunciaba Caraballo al comando del Ejército del Norte. Se embarcó luego para Montevideo, y desde allí, el 11 de diciembre lanza un manifiesto "A mis amigos del Norte del Rio Negro", en el que ratifica su adhesión al Gobierno. Posteriores a su renuncia, encontramos tres cartas dirigidas a Lamas, quien está en Buenos Aires, cartas fechadas el 10 de noviembre (en el vapor "Saturno" que llevaba a Caraballo a Montevideo), el 12 y el 27; al tocar Buenos Aires, Caraballo habló con Mitre y con Hornos, quienes lo habían mandado llamar, no pudiendo hacer lo propio con Lamas; desde Montevideo le escribe a éste que ha conferenciado con sus "íntimos amigos", y agrega: "puedo asegurarle que todos están animados de patrióticos sentimientos"; habla de "llevar adelante la grande obra" y de que ésta necesita de un hábil arquitecto; menciona la conformidad del "incansable Juan A. Zaballa" y de Pedro Varela; dice que "la lucha sólo conseguirá empobrecernos y desacreditarnos", y que es el momento en que todos los hombres honrados deben unirse; Magariños, portador de la carta, llevaba más detalles. El 17 de diciembre, Caraballo le contesta a Varela una carta de fecha 15, expresándole estar "conforme con la idea de los amigos menos con la Presidencia", y de que ésta debe ser ocupada por "un colorado verdadero". [50]

Por ese entonces, el 12 de noviembre de 1870, nacía en Buenos Aires Martín Leopoldo Pérez Báez, el primero de los hijos que tuvo Máximo con su segunda esposa [51]. Su partida de nacimiento informa ser hijo de Máximo Pérez, de 45 años de edad, y de Josefa Báez, de 18, domiciliados en Venezuela 433; actuaron como padrinos Juan Correa (hermano de su primer esposa) de 28 años, residente en la misma casa, y Josefa Posadas (madre de Josefa Báez), de 47 años, residente en la casa vecina. Este embarazo de Pepa Báez bien pudo haber sido un factor importante en la decisión de emigrar adoptada por el caudillo.

49 Archivo General de la Nación, Montevideo, fondo "ex Archivo y Museo Histórico Nacional", caja 79.

50 Archivo de la Parroquia de Nuestra Señora de Montserrat, libro 21, folio 800.

51 "El Liberal", Mercedes, agosto 4 de 1872 y siguientes.

El mandato de Batlle expiró el 1º de marzo de 1872, en cuya fecha fue reemplazado por el Presidente del Senado Tomás Gomensoro. El 6 de abril se firmaba el Convenio de Paz, y el Presidente Gomensoro proveía luego cuatro Jefaturas políticas con ciudadanos afiliados al Partido que acababa de deponer las armas.

Actuaban entonces cinco agrupaciones políticas: el Partido Colorado Conservador, el Partido Colorado neto o "candombero" (apodo puesto en circulación por Juan Carlos Gómez), el Partido Nacionalista, el Partido Blanco "candombero" y el Partido Radical. Los colorados pretendieron unirse, pero la fugaz tentativa del Club Libertad terminó en un rotundo fracaso.

Las elecciones se realizaron bajo el signo de la presión oficial, absteniéndose en varios lugares los nacionalistas y radicales, en tanto los netos de Francisco Caraballo, Suárez y Pedro Varela, buscaban concentrar sus fuerzas.

En cuanto a Máximo Pérez, conseguido su indulto en julio de 1871, regresaba a su departamento el 29 de junio de 1872. "El Liberal", periódico colorado aparecido el 16 del mismo mes, y en el que colaboraban Perichón y García, Zuloaga, Juan Idiarte Borda y otros, lo anunciaba así: "Desde el 29 está entre nosotros nuestro amigo el Coronel Pérez. Le deseamos horas muy agradables en el seno de su apreciable familia, como también el gozo de la amistad de sus numerosos amigos". Ese mismo día venían a saludarlo Pablo Navajas y Gervasio Galarza, en ese entonces Presidente en Soriano del Partido Colorado. Semanas después, aparecía en la prensa la siguiente noticia: "Salió ayer a campaña nuestro Jefe principal del Departamento. Formada la Guardia Nacional en ala con el fusil al hombro, el coronel Pérez le hizo saber que el objeto para que había sido reunida era sólo para que cuidara de la seguridad de la ciudad, única y exclusivamente, y no para marchar a campaña. Que él salía a recorrer y velar por la seguridad del Departamento, por los intereses y vidas de sus moradores. "Cada guardia nacional —dijo— está en la obligación de acudir al llamado de su Jefe, y el que desobedeciere, será castigado de acuerdo a la ley". Agregaba dicho periódico, en un artículo firmado por "Gómez", que "un puñado de fascinerosos ha inva-

dido la patria, bajo el mando del bandido Aparicio" [52].

A fines de noviembre siguen circulando rumores escalofriantes sobre presuntas invasiones de Aparicio al frente de seiscientos hombres, y de "un golpe de estado de una fracción colorada", el cual sería apoyado por la gente del departamento reunida por Máximo Pérez [53]. Esos rumores se consideran descabellados, pero no lo eran tanto, como más adelante se verá.

"El Liberal" reproducía esos días algunos artículos de "El Americano", insistiendo en que se le conceda a Máximo el grado de General; se basaba en que Pérez era la persona indicada para quebrar cualquier intentona de los blancos. A fines de agosto estuvieron en Mercedes Francisco Caraballo y Gregorio Suárez, en presumibles dragoneos con el caudillo chaná. En noviembre se realizaron las elecciones; "El Liberal" aplaudió entonces la actitud de Gervasio Galarza, al venir a las urnas al frente de una columna de ochenta votantes, argumentando de este modo: "si se llevan a la guerra, por qué no llevarlos a las elecciones?" Prodigan dichos cronistas artículos laudatorios dedicados a Máximo, recordando: "sostuvimos el movimiento generoso, patriótico pero errado del Coronel Pérez, y fuimos hasta encarcelados por sostener nuestras convicciones".

Días después de las elecciones, llegaba a Mercedes el ex Jefe Político y en ese entonces representante (gracias al padrinazgo de Galarza) Vicente Garzón, escribiéndole el jefe político Figueroa a un amigo que Garzón "está de aparcero con Máximo Pérez", cosa que el propio Garzón desmintió de inmediato [54]. Fue en esa época que ocurrió el famoso incidente entre Gervasio Galarza y el Comisario de Santo Domingo Soriano, Isidoro Gué, quienes se trenzaron en un triple enfrentamiento a facón, lanza y revólver sucesivamente, a raíz de haber penetrado Gué al domicilio de Galarza, en ausencia de éste, con el fin de apresar a un moreno prófugo. Gué logró que el irritado Gervasio cediera en sus arrebatos, y meses después acrecentaba su fama de guapo apresando a Bernabé Ledesma, acusado de agresión contra el Juez de Paz de Soriano.

---

52 "La Regeneración", Mercedes, noviembre 29 de 1872.

53 "La Tribuna", Montevideo, diciembre 11 de 1872, y "La Regeneración", Mercedes, diciembre 16 de 1872.

54 "La Regeneración", Mercedes, mayo 6 de 1872.

El Jefe Político Figueroa debió soportar la virulenta oposición de la prensa colorada; ésta le reconocía su "decencia", pero le reprochaba su debilidad; Alfredo de Herrera, quien entonces se hallaba en su estancia en El Corralito, salió en su defensa, diciendo que había logrado quebrar "el caudillaje". Lo cierto es que la obra de Figueroa en pro del departamento era de muy poca monta, y tanto se le echó en cara su inefectividad, que el 25 de abril estalló con su famosa carta pública a Herrera, carta que a la postre vino a significarle su defunción como jefe político. Recordaba en ella que el 19 de febrero de 1868, fue "el único que tuvo el coraje" de ir a Montevideo a expresarle al Gobierno la verdad de la situación por la que atravesaban en Dolores los hombres del Partido Blanco, obteniendo entonces órdenes estrictas para que éstos fueran respetados. En esa ocasión visitó al Presidente acompañado de la viuda de Bardier, consiguiendo que se ordenara "sumariar y prender" al culpable, medida que no dio resultados. Agrega que en esa ocasión su vida corrió serio peligro, habiendo sido arrojado a la calle con sus siete pequeños hijos, y habiéndose salvado gracias a la intercesión de D. Francisco Solari. Dice Figueroa que no es débil, pero que tampoco pertenece al tiempo en que, cuando los jefes políticos iban a Dolores o a Soriano, les hacían repicar las campanas, y los recibían a las orillas del pueblo el Alcalde y las corporaciones civiles, y luego iban a vivir de balde en una casa que preparaban a expensas del pueblo. "En aquella época, ni un baile se daba sin la licencia del Sr. Jefe". "La Regeneración" contestó acerbamente dicha carta, afirmando que tanto Galarza como Pérez se habrían comportado en la emergencia con mucha más franqueza y lealtad que Figueroa [55].

"El Liberal" exhortaba a la lucha partidaria, diciendo entre otras cosas: "es preciso que adelantemos nuestra marcha, y que no nos olvidemos de los hombres de importancia, echando de menos a uno de los más influyentes y colorado puro, el Sr. Coronel Máximo Pérez; este Jefe debe concurrir a nuestras reuniones, pues es uno de los que defienden nuestra causa desde el año 43, y consideramos muy justo que se nombre una comisión de nuestro club, con el objeto de que se presente ante dicho Jefe, y le haga saber que esta Sociedad desea su incor-

55 Ibídem., julio 16 de 1872.

poración, y que ella lo reclama, a lo que no se negará, porque es colorado de corazón". "La Regeneración" acotó al respecto: "El Coronel Máximo Pérez conoce mejor que nadie a los amigos que se acuerdan de él cuando lo necesitan, y dará a esta indicación la importancia que se merece" [56].

El 15 de febrero de 1873 es elegido el conservador Ellauri como Presidente del Senado y el 1º de marzo, el mismo Ellauri por quien votaron los que primero sostuvieron a Gomensoro, era electo Presidente de la República por treinta votos contra diecinueve que recibió Muñoz. Ellauri renunció, pero un motín encabezado por su protegido, el comandante Lorenzo Latorre, lo indujo a continuar en el cargo. Blancos netos y colorados netos siguieron desdibujando cada vez más sus líneas dentro de las cuales actuara Máximo y los demás acérrimos floristas. En la Argentina, entretanto, "mitristas" y "alsinistas" (o sea los "cocidos" y los "crudos") se enfrentaban en actos eleccionarios que terminaban en verdaderas batallas campales. A principios de 1873 estalló en Entre Ríos una revolución encabezada por el general Francisco Caraballo, domiciliado en Entre Ríos, lo que le valió ser borrado del escalafón militar por el Gobierno Oriental. A sus órdenes actuaron su hermano Manuel, el coronel Fortunato Flores y el capitán Flamand; derrotado López Jordán, a fines de 1873, Ellauri libró orden de prisión contra Flamand y Flores, acusados de trabajos subversivos [57]. En cuanto a Máximo, no tomó parte activa en los sucesos, si bien es de suponer que tuvo algún tipo de intervención. En todo caso, a fines de mayo se anunció que los jefes orientales que acompañaban a López Jordán, por cuya cabeza ofrecía Sarmiento cien mil patacones, lo habían abandonado. Sea como fuere, Máximo siguió gozando del medio sueldo que se le otorgara desde el 26 de julio de 1871, bajo el gobierno de Batlle, habiéndose entonces reincorporado a la Plana Mayor Pasiva [58]. Sin embargo, su cooperación fue solicitada más de una vez, como se infiere en cartas enviadas por Francisco Caraballo a Pedro Varela: "apure a nuestro amigo —le dice— para

56 Eduardo Acevedo, obra citada, tomo III, pág. 697.

57 Archivo del Estado Mayor, Montevideo, legajo 40, carpeta 435.

58 Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Jefatura de Soriano, junio 11 de 1870 y fechas siguientes.

que venga cuantos antes, pues lo vamos a necesitar mucho", debido a la precaria situación en que se hallaba López Jordán [59].

En noviembre de 1874 aparece en suspenso el sueldo de Máximo Pérez a raíz de actitudes o expresiones no bien especificadas; lo cierto es que mientras el Jefe revolucionario Aparicio era premiado con la Jefatura de Florida, Máximo Pérez, cuyo delito consistía solamente en no haber querido pelearlo, era tratado con injustificada dureza. La muerte de Francisco Caraballo, acaecida el 24 de noviembre, y la de José Mora, al día siguiente, y la frialdad de los honores fúnebres con que las recibió el Gobierno, le dieron a Máximo la pauta del modo como se le consideraba; su despecho puede calcularse elevando al cubo el que evidenciarón oradores y periódicos en ocasión de dichos sepelios [60].

De que el Gobierno tenía informes precisos sobre los propósitos de Máximo, dan fe numerosos testimonios aparecidos en la prensa de la época. En noviembre de 1874 se denunciaban reuniones armadas clandestinas que se llevaban a cabo en Salto y en Soriano. El nombre de Máximo Pérez volvía a pronunciarse entonces con excitada expectativa. Y es así que en 1874, siendo ministro de Hacienda (como lo había sido en 1868), Pedro Bustamante, "aparece de nuevo en el horizonte el coronel Máximo Pérez" [61].

59 "La Tribuna", Montevideo, noviembre 26 de 1874.

60 GUILLERMO STEWART VARGAS, "Pedro Bustamante", en la "Revista Nacional", Nº 56, pág. 212, agosto de 1942, Montevideo.

CAPITULO VIII

Nuevo levantamiento de Máximo Pérez

Primera invasión de Máximo. — La sorpresa del Duraznito. — Máximo busca apoyo. — De nuevo en el exilio. — Bajo la dictadura de Latorre. — Santos en el Gobierno.

Ya desde el 1º de noviembre, según consta en partes recibidos de las comisarías rurales de Soriano, [1] diversas patrullas recorrían las costas del Uruguay a la pesca de posibles expedicionarios. El 25 de ese mismo mes los rumores arrecian, sobre todo en Dolores, lo que suscita una investigación apremiante; ese mismo día, en ausencia de su comisario Demetrio Pereira, en la 5ª sección (de San Martín) aparece un pequeño grupo de insurrectos; éstos se apoderan del edificio de la Comisaría que estaba bajo el mando del comandante Manuel Palacios y del mayor Clemente Cáceres; los rebeldes, entre quienes se reconoció a Osvaldo Cervetti, arrearon con todo lo que encontraron: seis sables, cuatro carabinas, una bandera y municiones, levantando vuelo antes de que volviera el comisario con refuerzos. [2] En Dolores se produjeron entretanto diversos sucesos aislados; en uno de ellos se atentó contra la vida del comisario Paraví, fracasando el intento ante la intervención, lanza en ristre, de varios guardias y de un grupo de carabineros. Toda esa agitación encontraba a los puestos gubernistas gravemente desprovistos de los medios necesarios para la defensa. Los partes llegados de campaña reflejaban ese estado de alarma agudizado por la orfandad que padecían las comisarías rurales. El Mayor Nolasco Romero, que había reunido cuarenta hombres, además de los doce de la policía, para acudir en auxilio de Demetrio Pereira, enviaba pedir con urgencia "sables y carabinas", pues, según decía en su parte, "para el servi-

1 Archivo de la Jefatura de Policía, Mercedes, legajo 1.874.
2 Ibídem.

cio de la policía las lanzas no son aparentes". Otro comisario devolvía cuatro "garabinas", inútiles por carecer de baquetas y tener "los hoidos tapados". Faltaban armas, faltaban municiones, y, sobre todo, faltaban hombres; ¿quién, sino algún desocupado impenitente, podía querer enrolarse, en efecto, por la mísera paga de doce pesos, para ocupar un cargo tan riesgoso y sacrificado? ¡Sin contar con que todavía debía aportar el caballo! En cuanto a comer, según comunicaban los mismos comisarios, ese detalle dependía de la amabilidad de los vecinos. No es extraño, pues, que las renuncias menudearan, que la remonta resultara tarea de romanos, y que llovieran las "súplicas de que se conceda la baja absoluta". El 5 de diciembre, el Gobierno, ante la gravedad que estaban adquiriendo los sucesos, autorizó a la Jefatura de Soriano a contratar trescientos policianos más, de preferencia "entre los que tengan menos ocupaciones". Hasta un preso de la ciudad de Mercedes fue puesto a disposición del Gobierno, según autorización firmada por el Alcalde, que lo era nada menos que D. Juan Idiarte Borda.

El 29 de noviembre, siéndole ya imposible disimular por más tiempo, el "zorro" congregaba abiertamente sus hombres en los campos de Coquimbo. El Gobierno no se dejó estar, y tomó esta vez rápidas providencias. El Ministro de Guerra en persona, coronel Eduardo Vázquez, (que recién acababa de sustituir a Fonda en dicho cargo), se embarcaba el día 30 para el litoral, recogiendo en Colonia las fuerzas del mayor Klinger. Vázquez llevaba dos compañías, viniendo con él el coronel Mancini, a quien se le destinaba el comando de las caballerías de Paysandú y Soriano. Desde Florida, el general Timoteo Aparicio, excitado por esos anuncios bélicos, ofrecía a su vez su lanza al Superior Gobierno, en tanto varios jefes blancos se dirigieron a Mercedes con el mismo fin. [3]

Las noticias sobre el conato revolucionario eran en un principio, ambiguas y contradictorias; algunos sostenían que Máximo hacía ya largas semanas que organizaba sus fuerzas en campaña; otros, en cambio —y es la versión más verosímil— afirmaban que había cruzado el Uruguay a fines de noviembre al frente de un reducido grupo. Se discrepaba también sobre el lugar del desembarco, aunque lo más factible es que lo hiciera en la

3 "La Tribuna", Montevideo, diciembre 1, 2, 3 y 4 de 1874.

propicia playa de la Agraciada. El 1º de diciembre se tenían ya noticias fehacientes: Máximo estaba concentrando sus fuerzas en las inmediaciones de sus pagos; ese día, Luciano Sandoval pudo ver a "los perturbadores en número de doscientos en las costas del Bequeló", comunicando no "haberles llevado la carga por tener su caballada en mal estado".[4] La temible lanza del caudillo, pues, se había alzado una vez más contra los poderes constituídos, en una empresa de cuyo alcance nadie tenía exacta idea todavía. Se pensó primero que Galarza, Coronado, Manuel Caraballo, Fortunato Flores y otros jefes, secundarían el movimiento; pero pronto llegó el desmentido de boca de los mismos sospechosos. Otros movimientos coordinados, como el del levantisco capitán Tolosa, de quien se insinuaron por ese entonces amagos de rebelión en Colonia, terminaron pronto con una declaración de adhesión al Gobierno, el que sin embargo estimó más prudente ir a recabarla armas en mano.

El 2 de diciembre llegaba el "Júpiter" a Mercedes con las fuerzas antedichas. En Porongos, el subdelegado del Gobierno disponía de cien infantes y doscientos jinetes, viniendo a incorporarse al Ministro Vázquez, el que subía desde Colonia. En cuanto a los sublevados, recibían aportes de distintas direcciones; desde Nueva Palmira se comunicaba el paso de cuarenta insurgentes; en Arroyo Grande, el mayor Luna, al frente de una partida de treinta hombres, asaltaba por sorpresa la estancia de Gabriel Sayago, apoderándose, según se dijo, del coronel Ferrer, quien venía de Porongos; en Mal Abrigo, entretanto, se levantaba Espíndola con un pequeño grupo.[5]

El Jefe Político que sucedió a Figueroa, Federico Campos, alarmado por esas noticias, abandonó presurosamente Mercedes, lo que dio pábulo al rumor de que Máximo había ocupado la ciudad. La verdad de las cosas era que el caudillo chaná había desprendido desde su cuartel general algunas partidas de guerrilleros, pero éstas habían sido perseguidas y desbaratadas por los ciento veinte hombres del 3º de caballería que mandaba Sandoval, a quienes los soldados de Pérez les gritaban "benteveos", como alusión a los vivos amarillos de sus quepis. Máximo, entretanto, luego de cortar las líneas telegrá-

4 Archivo de la Jefatura de Policía, Mercedes, legajo 1874.
5 "La Tribuna", Montevideo, diciembre 3 de 1874.

ficas en las cercanías de la laguna del Chaná, intentó a su vez sorprender a Mercedes, a la que asedió el día 2 desde Bizcocho con fuerzas que alcanzaban a trescientos jinetes; pero la llegada del dinámico Jefe Político de Paysandú, Mac-Eachen (conocido vulgarmente por "Maqueca") con fuerzas respetables, y el arribo posterior del comandante Rivera con cien hombres más, lo hicieron desistir de su empresa, emprendiendo marcha hacia el sur, y luego hacia el este, en procura de Durazno. [6] El 4 de diciembre, lejos ya Máximo, entraba el teniente coronel Gervasio Galarza en Mercedes, siendo recibido por los gubernistas con un suspiro de alivio. Luego de conferenciar con Mac-Eachen, Galarza salió a reunir su división —para lo cual no se apuró demasiado— dejando en Mercedes a su segundo Gaetán.

Campos, sea dicho de paso, no miraba con mucha simpatía al Gobierno de Ellauri; en carta dirigida a Eliseo Chacón, decía el 20 de noviembre de ese mismo año: "Aquello [el Gobierno] está bastante mal. Al Presidente lo tienen ahorcado los Representantes, pues no le proporcionan recursos para atender el Presupuesto. Lo que ese mozo [Ellauri] debía hacer, es ponerse al frente de los batallones y dar un golpe de Estado, echando del país a todo ese elemento podrido; si hiciese esto, le habrían de ayudar hasta las mujeres". [7]

Se atribuyó a la celeridad de Mac-Eachen —en contraste con la parsimonia sospechosa de Campos— el no haber caído Mercedes en poder de Máximo. Mac-Eachen, en efecto, había recibido la primer noticia el domingo a las 15 horas, y el lunes a las 12 ya estaba en el puesto de Paysandú el escuadrón 3º de Caballería con Sandoval a la cabeza; el 30 de noviembre pagó los presupuestos de agosto y setiembre para entonar los ánimos, anunciando de paso que el 2 de diciembre iba a pagar los correspondientes a octubre y noviembre. El 1º de diciembre, a las doce, llegaba a Fray Bentos, y el 2 salía para Mercedes, adonde llegó ese mismo día. Al día siguiente ya estaba defendiendo Mercedes de los acosos de Máximo. [8] Dejaba además Mac-Eachen a Jenuario González, Borches

6 Ibídem., diciembre 4 y 5 de 1874.

7 Archivo General de la Nación, Montevideo, fondo "ex Archivo y Museo Histórico Nacional".

8 "El Siglo", Montevideo, diciembre 5 de 1874.

y Casimiro Pérez reuniendo fuerzas en Paysandú; las primeras llegaron el día 3 a Mercedes al mando del teniente Abadie, en tanto el comandante Ramos quedaba cuidando los pasos del Río Negro con trescientos guardias. El día 3, Sandoval, subrogando a Rivera que estaba enfermo, comunicaba que Máximo Pérez se había unido con Luna y con Tolosa, noticia que luego se supo falsa. En Mercedes se hacía sentir la falta de caballos, pues Máximo había arreado con todos los disponibles. Vázquez, por su parte, seguía decidido a "picarle la retaguardia a los montoneros", en tanto Gervasio Galarza, con sus setecientos hombres, justificaba su quietud diciendo que tenía que esperar los recados que le traían de Fray Bentos. [9] Vázquez se unió a García en Piedras de Espinosa (en el departamento de Colonia, cerca de sus límites con Soriano y San José), tomando luego hacia el arroyo Grande, en tanto se restablecía la línea telegráfica que unía Porongos con San José.

Circulaba ya una proclama de Máximo Pérez, cuyo espíritu —si no su redacción, prolija y estudiada— es de su inconfundible cuño, provocando asombro la bizarría desafiante con que pregonaba su levantamiento:

"A los habitantes todos del Departamento de Soriano: A mis conciudadanos: Nuevos días de gloria para la patria vienen a despertar en mi ánimo el sentimiento inherente al hombre que ha consagrado su existencia al servicio de las más caras libertades del pueblo.

Guardias Nacionales. — El benemérito patricio Cnel. Don Xavier Laviña, electo por el centro del partido que debe responder nuestros derechos hollados por el Gob. personal del Dr. Ellauri, acaba de confiarme un puesto de honor en el gran movimiento regenerador que se inicia, y es por ello que desplegando al aire puro, la enseña gloriosa de nuestras tradiciones políticas, os invito a que concurráis con la abnegación de siempre a agruparnos a su sombra.

Compañeros. — El movimiento que se inicia ha repercutido a estas horas de un ámbito a otro de la República, y a vosotros os toca ser los primeros en responder en patriotismo al llamado del pueblo, que jime bajo el peso de una situación creada por el funesto sírculo de

9 Ibídem., diciembre 5 de 1874.

siempre. Os espera a caballo vuestro amigo y Jefe — Máximo Pérez". [10]

"El Siglo", a su modo, comentaba que "las libertades caras a que se refiere Máximo Pérez son las de hacer picardías, cueriar a discreción, disponer dictatorialmente de vidas y haciendas, y reírse de las leyes y de los poderes encargados de cumplirlas". [11]

El Jefe Político Campos, vuelto a sus pagos y no queriendo ser menos, contestó el 3 de diciembre con otra proclama en la que consideraba a Máximo Pérez una "víctima de las sugestiones de ambiciosos vulgares"; aseguraba que "el Teniente Coronel D. Gervasio Galarza, mayor Luis Gaetán y otros ciudadanos" estaban a la orden del Gobierno; exhortaba finalmente a los ciudadanos a que apoyaran a la autoridad, y a los revolucionarios a que volvieran al redil, abandonando esas filas que "os hacen criminales sin que lo penséis quizás". [12]

En cuanto al Ministerio de Gobierno, expedía el 5 de diciembre el siguiente decreto: "Resultando de las comunicaciones oficiales del Sr. Jefe Político del Dpto. de Soriano que el Coronel D. Máximo Pérez ha desobedecido las órdenes que se le trasmitieron por dicha autoridad para que se presentase a dar cuenta de su conducta notoriamente anarquista; que ha confesado por su propia cuenta hallarse al frente de una columna armada y que ha circulado impresa una proclama suscrita por él en la que expresa que sus propósitos son derrocar al Gobierno Constitucional, el Presidente de la República, en acuerdo de Ministros, decreta: Art. 1º; declárase a Máximo Pérez, incurso en el delito de rebelión, sujeto por lo tanto a las penas que por ese castigo señalan las leyes. Art. 2º Facúltase a todas las autoridades civiles y militares de la República para proceder a la aprehensión del referido D. Máximo Pérez y demás individuos que como él se encuentran en armas contra el Gobierno. Art. 3º Comuníquese, etc." Firman Ellauri y sus ministros Pérez Gomar, Saturnino Alvarez y Pedro Bustamante. El 4 de diciembre, los trescientos hombres de Máximo Pérez eran vistos cerca del Arroyo del Tala, luego de desoir una intimación que se le dirigió para que rindiera cuenta de sus

10 "La Tribuna", Montevideo, diciembre 6 de 1874.
11 "El Siglo", Montevideo, diciembre 6 de 1874.
12 Ibídem., diciembre 8 de 1874.

actos. El Jefe de San José, Guillermo García, se adelantó con sus trescientos veinte hombres, siendo seguido por la infantería de Klinger. En la noche del 4, Máximo, que esperaba a Luna y a Ferrer por momentos, decidió pernoctar con su gente en la costa del Duraznito (afluente del Arroyo Perdido), frente a la estancia de David Devoto; reincidía así en su táctica de acampar en las costas de los ríos y arroyos, reparo eventual y eficaz trasmisor de todo ruido sospechoso. Pero en esa noche fatídica, o esas precauciones no fueron suficientes, o los guardias no las tomaron con el cuidado que era menester.

Se había dispuesto en primera instancia que fuera Gervasio Galarza quien, aprovechando su indiscutida baquía, emprendiera la persecución del insurrecto con los quinientos hombres que reuniera al sur del departamento; se confiaba además en la declaración que Galarza hiciera en carta a Garzón, hecha luego pública, en la que decía que "como amigo de la paz, he de estar siempre al lado del gobierno, sin que haya poder ni ofertas que me pueda hacer variar de tan patrióticos propósitos"; [13] pero lo que todos sospechaban, parecía confirmarse: el antiguo protegido de Máximo no deseaba la captura de su antiguo Jefe; tanto es así que a varios voluntarios que se le presentaron para intervenir en la contienda, los mandó de vuelta a sus casas con cajas destempladas; Hipólito Nievas y otros rechazados reclamaron ante Campos, quien los llamó a servicio por su cuenta. [14] El indio Gervasio no resultaba pues de fiar, y Vázquez, juiciosamente, prefirió encomendar a Guillermo García la vanguardia de sus fuerzas.

Se sabía que Máximo Pérez no andaba lejos, pero se desconfiaba de sus reconocidas mañas; los informes recibidos coincidían en lo escaso de su contingente y armamentos, asegurándose, como siempre, que llevaba consigo "de grado o por fuerza" "a todos los que encuentra a su paso, no respetando ni al extranjero ni a los menores de edad"; en cuanto a armas, al pasar por la estancia de Felipe Flores debió armar lanzas enastando tijeras de esquila en tacuaras; para colmo de males, el día 4 el

13 Ibídem.
14 Archivo de la Jefatura de Policía, Mercedes, legajo 1874.

Mayor Luna, a quien esperaba con ansiedad, desertaba de la revolución, entregándose al comandante Ramos al norte del Río Negro.

Todo parecía entonces propicio para un avance rápido, y así lo entendió, con claro criterio, el Ministro de Guerra, disponiendo que sus fuerzas continuaran a marchas forzadas, aún luego de haber caído las sombras de la noche. En carta mandada al Ministro Pérez Gomar con fecha 10, Vázquez refiere que el día 4, a las cinco de la mañana, habiéndosele informado que Máximo se dirigía hacia el arroyo del Tala, se decidió a marchar hacia las puntas del San Salvador, con dirección a Coquimbo. A la hora 6, tomó Vázquez rumbo al Tala, y hallándose a pocas leguas y "confirmándosele que no los habían sentido", pensó en dar la sorpresa. Esa tarde, sin embargo, Vázquez, que dormía la siesta en su carpa, no creyó en el informe que le trajo García, quien había salido acompañado de dos hombres, y había vuelto con la noticia de que Pérez estaba en el Paso de la Sierra, sobre el Duraznito. Iba así a regresar a Mercedes, cuando a las 4 de la tarde se le presentó el desertor José Benítez, quien le confirmó aquel dato. Vázquez dispuso entonces que García emprendiera el ataque a las 11 de la noche, apoyado de cerca por el grueso del ejército. A las 11 y media, estando a una legua del paso, la vanguardia hizo alto a fin de ensillar los caballos de reserva. Avanzaron luego sigilosamente, llegando a sentir las conversaciones de los rebeldes. En dicha vanguardia militaba Vicente Espíndola, quien, unido en primera instancia a los rebeldes, había acudido a relevar "de orden de Máximo Pérez" al comisario de la séptima sección Gregorio de los Santos; éste se resistió, fue apresado, pero en las puntas del Rosario, Espíndola fue sorprendido a su vez por García y tomado prisionero. Vázquez dispuso posteriormente que Espíndola quedara al frente del piquete de la séptima sección y que actuara en la vanguardia vigilado de cerca por García, quien no ignoraba que junto a Máximo seguía combatiendo un hermano de Espíndola. Así fue que el piquete comandado por Espíndola, junto con el segundo regimiento de caballería mandado por el teniente José Villar y los ciento noventa maragatos de García, echaron pie a tierra pocas cuadras antes de llegar al paso, en tanto el mayor Klinger, con sus fuerzas escalonadas a la izquierda, protegía la operación. A las doce

y media García dio orden de avanzar, lo que se hizo rápidamente. El desorden fue espantoso. Vibró el clarín, sonaron tiros, la caballada de los rebeldes huyó despavorida, lo que aumentó la confusión. [15] "La gente sorprendida no atinaba sino a arrojarse al arroyo, pero un grupo en que se encontraba Máximo resistía desesperadamente". Sólo la incalculable energía de Máximo logró detener un embate que parecía irresistible; García, que no podía doblegar al denodado grupo que mantenía Máximo, escribe que "en medio de ese combate cuerpo a cuerpo hice cargar al mayor Klinger por la izquierda de los de San José, dando la dirección de esta operación al coronel D. Leopoldo Mancini. Hice también avanzar las compañías del 4º de Cazadores a las órdenes del mayor Zenón de Tezanos, desplegando una de ellas al mando del capitán Ordóñez para que rompiese el fuego sobre los cuarenta hombres que aún se batían a pie, alentados por el valor indomable de su jefe". "Fué necesario ordenar una descarga cerrada y fuego graneado" para quebrantar la resistencia de Máximo, exaltado de modo tan elocuente por sus mismos adversarios. La gente de Pérez se arrojó al arroyo, la mayoría desnudos y sin armas, siendo muchos de ellos apresados por los gubernistas. Comunicó Vázquez en su parte que se tomaron "cincuenta prisioneros, todas las armas, municiones, vestimentas, etc.", agregando que sólo "la oscuridad y la existencia de un único paso vadeable permitió que escaparan los restantes", entre ellos "su Jefe herido en un brazo". Otros insurgentes lograron tomar caballos en las casas inmediatas, y salvarse luego a duras penas. En el arroyo, donde se siguió peleando cuerpo a cuerpo, se ahogaron "algunos muchachos y extranjeros". Recomienda finalmente Vázquez a sus ayudantes, al mayor Mauricio Cancela, a los capitanes José Bonavía, José Montalvo y Gregorio de los Santos, y a su secretario Juan Ramírez, quienes lo acompañaron eficazmente en dicha acción. En dicho parte, Vázquez destacaba la actuación de Guillermo García, a quien le regaló su espada (la misma que perteneciera a Arrúe en 1870), y de J. Villar, quienes se animaron a pelear "brazo a brazo al Cnel. Pérez en largo combate". En el paso del arroyo, defendido a punta de lanza, quedaba gravemente herido Luis

15 "Folletos 144", en la Biblioteca Nacional, pág. 105, Montevideo.

Beau, uno de los más fieles seguidores de Máximo. Agreguemos que Vázquez, extraviado en la oscuridad, junto con el capitán Ordóñez, se presentó recién al amanecer. Mandó hacer una descarga cuando todo estaba ya concluído y cuando la división San José había ya "carchado" minuciosamente el campo. De inmediato Vázquez ordenó a García que siguiera hacia las puntas de Palmitas en persecución del prófugo.

La derrota había sido total; aparte de las graves pérdidas sufridas, todas sus armas, ropas y monturas habían caído en poder del enemigo. Una vez vadeado el arroyo, sin embargo, el viejo zorro, a favor de la oscuridad, logró escapar hacia el este; al cruzar el Arroyo Grande se le desertó el capitán Antúnez, quien se presentó el día 12 en Mercedes. Máximo tomó hacia las costas del Yi, desprendiendo un pequeño grupo hacia Canelones, en donde esperaba incorporaciones, y otro al mando de Palacios, el que fue dispersado cerca de Porongos. El día 11 de madrugada apareció Máximo por Cololó hacia el norte, se dijo que con once hombres, cruzando ese mismo día el Río Negro, y destacando hacia Paysandú a Francisco Sánchez (a) Escoba, con el objeto de reunir gente. [16] Por varios lugares del departamento de Soriano quedaron deambulando algunas partidas prófugas, las que no encontraban el modo de colarse por entre las nutridas fuerzas gubernamentales para ir a ofrecer su lanza al caudillo chaná.

Los partes policiales de campaña informaban que el día 5 se había visto un centenar de hombres en las inmediaciones de Dolores, pero las guerrillas gubernistas volvían imposible toda movilización. Dichos partes hablan de una fuerte concentración de tropas en Mercedes; de un destacamento en la Agraciada destinado a prevenir desembarcos de armas; de doscientos hombres, aunque no muy bien armados, patrullando la 9ª sección, y de una división de infantería que venía desde Colonia, en tanto Braulio Sellanes unía su gente con los doscientos hombres de Isidoro García. Los partidarios de Pérez, apresados en esa red que les impedía todo movimiento, no podían hacer otra cosa que refugiarse en montes y espesuras. El día 8, en El Espinillo (cerca de Soriano) andaban, según el comunicado respectivo, "una porción de

16 "El Siglo", Montevideo, diciembre 13 y 15 de 1874.

hombres" a salto de mata, sin saber adonde dirigirse.[17] Los montes de Coquimbo y de Bizcocho estaban, por su parte, atiborrados de fugitivos.[18]

Al tomar hacia el norte, Pérez buscó unirse con los adictos con que allí contaba. Manuel Caraballo había debido abandonar Paysandú, llegando el día 14 a Montevideo, según informes remitidos por Mac-Eachen.[19] Coronado, por su parte, se mantenía sosegado en su establecimiento de Salto. En Paysandú había novedades de importancia: el 11 de diciembre caía muerto el coronel Romualdo Castillo, jefe del Batallón 2º de Cazadores allí destacado, "el jefe más adicto al Dr. Ellauri".[20] "La Idea", diario importante de la época, atribuyó carácter político al asesinato, afirmando que lo que se pretendía era plegar el batallón al movimiento de Pérez. Pero "tanto o más que ese propósito pudo influir el motín militar que pocas semanas después volteó al Gobierno de Ellauri".[21] "El Siglo", por su parte, decía que "a nadie se convencerá que Máximo Pérez y Xavier Laviña, estúpido uno y ridículo el otro, se han lanzado a la revuelta por su sola inspiración y de su sola cuenta",[22] aconsejando creer en la existencia de colaboradores ocultos. A ese respecto, Laviña publicó entonces una carta fechada el 9 de diciembre en Tacuarí, en la que afirma no haber autorizado a Máximo Pérez para usar su nombre en su "ridícula proclama", agregando que "no tiene ninguna participación" en la revuelta, y que su viaje a Tacuarí fue una mera coincidencia con el estallido. El sábado 12 llegaba a Paysandú un armamento como para cuatro mil hombres en el vapor "Guarda" rotulado como sal, hecho que se asoció al movimiento de Pérez. En cuanto al caudillo entrerriano López Jordán, se mantenía sosegado en Paysandú, con intenciones, según muchos, de invadir Entre Ríos. Máximo, entretanto, al frente de sus diezmadas tropas, no recibía el apoyo esperado. Si bien la persecución de Galarza, enviado de nuevo en su seguimiento "por ser tan vaqueano del Dpto. como el rebelde mismo",[23]

17 Archivo de la Jefatura de Policía, Mercedes, legajo 1874.
18 "La Tribuna", Montevideo, diciembre 10 de 1874.
19 "El Siglo", Montevideo, diciembre 15 de 1874.
20 Eduardo Acevedo, obra citada, tomo III, pág. 698.
21 Ibídem.
22 "El Siglo", Montevideo, diciembre 15 de 1874.
23 Ibídem., diciembre 13 de 1874.

no lo inquietaba demasiado, el cerco se estrechaba peligrosamente. Vázquez, que había llegado a Mercedes, se embarcaba el 13 para Paysandú, escribiéndole ese mismo día a Ellauri: "Hoy me embarco para Paysandú adonde se desarrollarán los sucesos si el gaucho Montonero no pasa a Entre Ríos como se asegura. En su pasaje del Río Negro, sólo le quedaban veinticinco hombres, llevando entre ellos al Comandante Carrión que le sirvió con el Coronel Aldecoa en la Artillería, va furioso porque dice que lo han colgado. Ayer, según telegrama que recibí de Mac-Eachen, estaba acampado en la Garita, y para veinte hombres carneó diez Bacas". [24] "En los primeros momentos del asesinato del comandante Castillo [Jefe del Batallón 2º de Cazadores], Mac-Eachen me llamó, pero recién pude ir hoy en vapor, donde permaneceré los días necesarios; dejo al Cnel. Mancini en ésta con el Sr. Campos (Federico) para si se ofrece lo ayude, a pesar de creer que el gaucho Pérez no se animará a meterse en el pueblo". Aconseja luego sustituir a Castillo con alguien que discipline el 2º de Cazadores (José Etcheverri o Carlos Gaudencio), de lo contrario más vale disolverlo; pero Ellauri no nombró sustituto por un tiempo, designando a Etcheverri recién en 1875.

Pérez había llegado el 14 a las puntas del Queguay Chico, desde donde envió el siguiente chasque al comandante Courtin: "Sr· Comandante N. Curtín. Amigo la presente tiene por ogeto saludar a Ud, y al mismo tiempo pedirle me informe del Sr. Labina, si está en esa o donde se halla pués desde q.e estoi en Campaña nada sé del á si espero Ud. me informará en la brevedad posible a sí como también cuales son las miras de V. S. pués hoi es la ocasión de salir a la campaña. V. me despachará el chasque a la brevedá posible, pués estoi deseoso de saber de Vs por lo qe. me ha sucedido a mí no tenga cuidado por q.e no ha sido nada. De V. su amigo. Por el Sor. Cnel. D. Máximo Pérez, Bernardo Doblas". [25] Dicha carta fue enviada por Courtin a Ellauri el 16 por intermedio del Jefe Político de Tacuarembó, Lino Arroyo, quien a su vez le expresaba al Presidente: "no me explico como las fuerzas de Paysandú lo dejan andar allí [a Máximo Pérez]

24 Eduardo de Salterain y Herrera, "Latorre, la Unidad Nacional", pág. 111, Montevideo, 1952.

25 Ibídem, pág. 128.

sin hacerle una persecución. No sé que motivos hay para ello". Courtin, por su parte, comentaba: "el Departamento todo tranquilo; con la venida [de Montevideo] de nuestro amigo D. Lino [Arroyo] desaparecerá lo único que existe, es decir la desconfianza que despierta mi suegro [Laviña] y q'repercute directamente sobre mí, y q'a venido a agravarse con motivo de habérsele ocurrido a D. Máximo mandar por conducto de un moreno viejo, dos cartas, una para Don Xavier, y otra para mí, que fueron entregadas a la Comandancia o Jefatura por ese moreno". Agrega Courtin que nunca había ni siquiera hablado con Máximo Pérez, y que lo que éste quería era comprometerlo. [26] El Presidente Ellauri creyó por un momento que la sublevación del departamento de Tacuarembó estaba ligada a la revuelta de Máximo Pérez, y que éste contaba con la participación de Laviña, a quien denunciaban los papeles públicos; pero luego ganó terreno la creencia de que la rebelión de Pérez era "ajena a los propósitos sediciosos de Montevideo, o ligada a ellos por hilos muy sutiles". [27] El 26 de diciembre, Courtin le había escrito a Ellauri acusando recibo de una carta de fecha 17; comunicaba Courtin que Laviña iba a ir a Montevideo a levantar los cargos que se le hacían y agregaba que se sentía inquieto porque algunos de los jefes comprometidos conocían informes que él le había proporcionado a Ellauri.

Máximo, entretanto, al frente de sus diezmadas huestes, se apareció el 15 de diciembre en Paysandú. Según el periódico de Salto "Aspiración Nacional", llegó a derrotar a una sección de policía a pocas leguas de Salto, adonde llegaron varios heridos de esa acción; tres días después se lo daba vagando con treinta hombres por las puntas del Queguay. La noticia, corregida y aumentada, corrió como reguero de pólvora, y el 19 de noche se le creyó frente a Paysandú, anuncio que provocó un pánico tremendo en los asistentes al teatro; informados de que el lancero chaná estaba en las puertas de la ciudad, los espectadores se precipitaron a la calle despavoridos, en medio de un tumulto descomunal. El peligro no era, en realidad, como para espantar a nadie; Máximo Pérez conservaba apenas alrededor de veinte hombres, aunque, eso

26 Ibídem., pág. 123.
27 "La Idea", Mercedes, diciembre 6 y 8 de 1874.

sí, veinte hombres capaces de las más increíbles hazañas con tal que fueran ordenadas por su jefe.

Desde Mercedes salió a perseguirlo el 3º de Caballería bajo el mando del mayor Sandoval, y, otra vez, Gervasio Galarza, quien seguía cultivando la virtud de ir por donde no habría de encontrar nunca a su perseguido; a Galarza se le incorporó el 18 de diciembre otro contingente al mando del comandante Víctor Ríos. De Paysandú salió entretanto un poderoso contingente al mando del mayor Eugenio Soto. Y lo que parecía imposible se produjo. Al frente de su escuálida formación, el 18 de diciembre, a la una de la tarde, en la horqueta del Queguay, arremetió Máximo contra las fuerzas de Soto, y luego de una acción breve pero enérgica, las puso en completa derrota y dispersión. Pero era imposible hacer más. Recuperado el enemigo y reforzado con nuevos aportes (el capitán L. Villarreal con una guerrilla de tiradores, con el capitán Anselmo Acosta en su primer escalón y el capitán Ramón Avila en el segundo), Soto volvió a cargar contra el caudillo rebelde, obligándolo a emprender la fuga. Pero estaba visto que el infatigable Máximo no iba a resultar presa fácil; en medio de esa frenética carrera que se prolongó por veintidós kilómetros, el caudillo y algunos de sus hombres dieron la clásica media vuelta y cargaron sobre sus sorprendidos perseguidores; varios de éstos cayeron gravemente heridos entre ellos su jefe, el mayor Soto, a quien le cupo la misma suerte que a Rafael Rodríguez en 1864; de nuevo el lancero chaná, aunque vencido por fuerzas muy superiores, dejaba mal herido al jefe enemigo. Gracias a ese golpe afortunado, aquellos veinte valientes pudieron al fin escabullirse en los montes cercanos, dejando solamente un muerto sobre el campo. Al otro día, luego de desenfrenada carrera, Máximo y los suyos llegaron al Paso del Correntino, sobre el Río Negro. [28] "La Tribuna" rindió tributo en esa ocasión al jefe en desgracia, diciendo: "No hay duda de que el Coronel Pérez es un valiente digno de mejor suerte".

El episodio estaba virtualmente liquidado; Máximo Pérez, sin embargo, habría de dar una última muestra de su osadía; luego de atravesar el Correntino y despedirse de algunos de sus compañeros al mando del teniente del escuadrón de Dolores, Petronilo Acevedo, quien rum-

---

28 "La Tribuna" y "El Siglo", Montevideo, diciembre 23 de 1874.

beó hacia la barra del Sarandí, Máximo siguió con cinco de los suyos, Palacios entre ellos, y se embarcó en la noche del 22 en una canoa, disfrazado de mujer, nada menos que en la barra del Cololó, en una de cuyas islas había permanecido refugiado ese día. Eligió así precisamente el lugar más vigilado para emprender el retorno; debió pasar, en efecto, frente a Mercedes mismo, abandonando definitivamente su quijotesca empresa, derrotado sin levante, traicionado por algunos de sus adictos de mayor alcurnia, pero conservando intacto, y hasta acrecentado, su prestigio de valiente hasta la temeridad. El 23 Máximo Pérez pisó tierra argentina, presentándose en seguida en casa del Gobernador de Gualeguaychú, Echagüe, en cuya casa estuvo con el Vice-Cónsul argentino acreditado en Fray Bentos, quien fue el que pasó el informe al corresponsal de "El Siglo" en Paysandú. [29] Días después, el 26 de diciembre, llegaba Gervasio Galarza de regreso a Mercedes, luego de lo que los diarios llamaban, entre irónicas comillas, una "tenaz" persecución.

La aventura de Máximo, llevada a cabo con la romántica decisión que solían gastar nuestros gauchos, había resultado frustrada, en parte importante, debido a factores materiales imprevistos: el telégrafo, esa novedad que en 1873 empezó a irradiar de Montevideo, fue un factor decisivo en contra del caudillo; fue el telégrafo, en efecto, el factor que permitió la rápida defensa de Mercedes y la rapidísima conjunción de las fuerzas de Vázquez y García; la vieja guardia de Máximo había respondido a su llamado; muchos centenares se le habían unido con una sorprendente rapidez; pero muchos otros, bloqueados por las medidas que en seguida poblaron el departamento de fuerzas enemigas, no pudieron, pese a sus empeños, incorporarse. Quebrado el impulso inicial, ya poco podía esperarse, y así lo entendieron muchos de los que se habían comprometido a secundar el movimiento.

La huida sigilosa de Máximo, ignorada por todo el mundo, propició los rumores más contradictorios. "El Constitucional" de Paysandú del 29 de diciembre afirmaba así que el caudillo estaba el 26 en las inmedia-

29 "El Siglo", Montevideo, diciembre 31 de 1874.

ciones de Román con un grupo de hombres, noticia que confirmaron algunos pasajeros de la diligencia. Tan pronto se le veía en Porongos, como en Tacuarembó, como en Mercedes. "La Tribuna" del 3 de enero, desconcertada por tales informes, decía: "Máximo Pérez se ha convertido en un Héroe de Hadas". En su edición del 12 de enero, transcribía una información del "Echo Do Sul" de Río Grande, según la cual Pérez estaba por aquellos lados; "¡Esta e boa!" acotaba "La Tribuna". Probablemente se trataba de grupos dispersos. La versión entonces más plausible fue la que se confirmó después: "Máximo Pérez ha fijado su residencia en Colón, villa entrerriana". [30]

Los sucesos de Montevideo, en enero de 1875, vinieron a desplazar la atención general: las tumultuosas elecciones de Alcalde Ordinario, y el motín del 15 de enero, determinaron el derrocamiento de Ellauri a quien sustituyó Pedro Varela, ungido por la fuerza militar. Dicho vuelco no dejó de proporcionar un beneficio a Máximo Pérez; en efecto, en febrero de 1875 vuelve a figurar con medio sueldo en la Plana Mayor pasiva, pagándosele los atrasados desde noviembre de 1874, desde cuya fecha se le habían supendido los pagos por orden superior. [31] Pero pese a esa semi-concesión de algunos de sus antiguos compañeros, la situación no ofrecía garantías para el caudillo chaná, quien, a partir de entonces, habría de permanecer cerca de ocho años en el exilio.

La situación del país en 1875 dio pábulo a que "El Siglo" lo llamara con justicia "el año terrible". El malestar general hacía inminente un estallido, y uno de los que suscitaba tales resquemores era precisamente Máximo Pérez. El 29 de marzo de ese año, en efecto, Francisco Baras le escribía al general Nicasio Borges desde Fray Bentos: "Mándeme decir en qué actitudes está Macsimo Pérez, pués me ha escrito alegrándose mucho por mi venida aquí y salir Sotto de quien era enemigo mortal (fue su enemigo en Horqueta del Queguay) y como ignoro lo

30 "La Tribuna", Montevideo, enero 9 de 1875.
31 Archivo del Estado Mayor, Montevideo, legajo 40, carpeta 535.

que puede ser estimaré me diga si sabe Ud. algo, pues aunque él es muy amigo mío y me atiende mucho no me fío hasta no saber". [32]

En julio estallaba la revolución llamada Tricolor, con Angel Muniz al frente, y la posterior del coronel Atanasildo Saldaña, del comandante Frenedoso, de Genuario González y otros más. Nicasio Borges (que, por lo visto, mantenía contacto con Máximo), Enrique Castro y algunos otros jefes, se mantuvieron fieles a Varela, declarando, entre otras cosas, esta rutilante verdad: "¿Qué quiere decir conservadores, principistas? Significan una amenaza de disolución para las comunidades; el perpetuo desprecio a los que hemos vivido en los campamentos derramando nuestra sangre para recibir como recompensa de esos políticos que se educaban mientras nuestros gauchos morían, el desdén y los calificativos de elementos personales y bárbaros y caudillajes de chuza." [33]

Luego de los combates de Guayabos, Perseverano (donde se registró la novedad del Remington) y Palomas, en octubre, faltos de municiones, Muniz y Arrúe resolvieron disolver sus fuerzas en el Brasil. Por ese entonces, Máximo realizó un viaje a Montevideo del que nos informa la siguiente carta, no muy esclarecedora de sus propósitos.

"Fray Bentos — 19 de Nbre. de 1875 — Al Sr. General Nicasio Borjes: á prexiavle jeneral y amigo. — a vordo del Saturno venía El Comandante fonda y más individuos de particular y al llegar al Llaguarí Tomaron el vapor y quisieron llevar a los ofisiales, llamados, Gomesindo Aguiar y Amadeo B[...] quien van a Ese destino vajo mi garantía, por aver comprometido mi palabra con fonda. Espero que vueselenzia alabará mi proseder, y respete la palabra que comprometido con el Comandante Fonda y va en mi lugar en garantía dello El yndividuo Fernando Carheiro quién entregará a Usía la presente. Esperando alabará lo ha echo este su amigo y Colorado, quién queda a sus órdenes en Gualeguaychú. Tocante a mi asunto que me llevo a Montevideo el portador le dará detalles. Sin más lo saluda S. S. Máximo Pérez." [34]

De que Máximo no andaba muy tranquilo, nos in-

---

32 Archivo General de la Nación, Montevideo, caja 86, correspondencia del General Nicasio Borges.

33 Eduardo Acevedo, obra citada, tomo III, pág. 772.

34 Archivo General de la Nación, Montevideo, caja 86.

forma otra carta enviada por Miranda Rivero el 13 de noviembre de 1875 a Juan Idiarte Borda, quien había debido emigrar a Gualeguaychú en setiembre de ese mismo año, a raíz de las sublevaciones producidas en Mercedes, en donde ejercía el cargo de Alcalde Ordinario. Dice Miranda: "no me sorprende la noticia que me da del Coronel Máximo Pérez, tiene razón el valiente chaná de todo. Mi opinión es que debe quedarse tranquilo por ahí, pues aquí las cosas están muy turbias. No veo bien parada la Revolución pues el Gobierno está perfectamente armado". [35]

Era evidente el propósito de Máximo de colaborar con los revolucionarios; pero, de todos modos, la rápida victoria del Gobierno no le dejó tiempo para decidirse. En enero de 1876 volvía Idiarte Borda a Mercedes. Poco después caía Varela, y Latorre asumía el mando el 10 de mayo de 1876, inaugurando un período durante el cual morirían más o menos misteriosamente muchos antiguos compañeros de Máximo Pérez: Eduardo Bertrán, Lucas Bergara, Irigoyen, Coronado, etc. Las medidas de Latorre, según el destacado ruralista Domingo Ordoñana, volvieron "la campaña habitable", pero según agregaría luego "El Negro Timoteo", solamente "para los hombres de sable"; lo cierto es que Latorre logró eliminar la separación que imperaba entre la campaña y la capital, fortaleciendo y ampliando las atribuciones efectivas del Gobierno. En 1876, aunque menudearon los rumores de revolución, la paz imperó inconmovible. En 1877 fue nombrado el coronel Simón Moyano como Jefe Político de Soriano, siendo al poco tiempo reducido a prisión ante el requerimiento del fiscal Alfredo Vázquez Acevedo. Este fue entonces interpelado por Montero, quien le ordenó: "Es preciso Doctor que el Coronel salga en libertad. El Gobierno tiene noticia de una invasión de Máximo Pérez y es indispensable que el Jefe Político de Soriano esté en su puesto, porque es en ese Departamento donde Pérez tiene su prestigio, y por donde ha de querer penetrar en la República". El Dr. Vázquez Acevedo mantuvo empero su decisión, pues, según su indeclinable opinión, el Jefe que había defraudado derechos fiscales en la Aduana de Fray Bentos debía ser juzgado de acuerdo a la ley. [36]

35 C. y M. E. IDIARTE BORDA, "Juan Idiarte Borda", pág. 43, Buenos Aires, 1939.

36 EDUARDO DE SALTERAIN Y HERRERA, obra citada, pág. 302.

Poco después se hacía cargo de la Jefatura Vicente Garzón, quien pronto cobró fama por ordenar que fuera paseado en carreta por Mercedes, con un cartel que decía "ladrón", un rico estanciero acusado de abigeato; más de una vez mandó estaquear a algunos presos en los árboles de la plaza y poner en el cepo a algunos caracterizados vecinos, hasta que Latorre lo mandó llamar y lo reconvino por su proceder. La respuesta de Garzón era años después uno de los relatos preferidos por Pablo Galarza: "¿Cómo quiere que proceda? Si las hacen tienen que pagarlas. Además, con dirme, yo les pago a todos".[36 bis] Trasladado a Rocha en 1878, fue nombrado en su lugar Justo Pelayo, amigo dilecto de Latorre, con cuyo nombre designó en ese mismo año a la Plaza Nueva de Mercedes. Fue un año de escándalos variados en el Municipio de Soriano, provocando uno de ellos la airada renuncia de Antonio González Roca, cuya conducta fue aprobada entonces por Pelayo. Por esos años, un comisario sorianense acusado por Pelayo de cometer arbitrariedades y fraudes, fue condenado por Latorre a trabajar dos años en el famoso taller de adoquines.[37]

En 1878 volvieron a cundir rumores alarmistas, señalandose como instigadores de la revuelta proyectada al coronel Pampillón y a Osvaldo Cervetti; éste último había acompañado a Máximo, a raíz de conspiraciones políticas en las que, según se decía, estaba complicado. En el año 1875 se le había culpado del destierro que sufrieran en la barca Puig varios políticos destacados, víctimas de algunas infidencias suyas que llegaron a oídos de Pedro Varela.

De que los rumores de invasión no carecían de fundamento, tenemos la prueba en dos documentos breves pero sugestivos que hemos podido encontrar. Se trata de dos cartas que Máximo le enviara a Andrés Lamas desde Gualeguaychú. Dice la primera, fechada el 1º de marzo de 1878: "Sr. D. Andrés Lamas. Buenos Aires. Estimado amigo: el portador de ésta es el Sr. Mayor D. E. Orquera a quien encargo le haga una visita en mi nombre. Aprovecho la oportunidad para repetirme un amigo afectísimo. Máximo Pérez".

La segunda, fechada el 1º de mayo de 1878, dice así:

36 bis Dato suministrado por el General José María Gomeza.
37 Ibídem.

"Sr. Dr. D. Andrés Lamas. Buenos Aires: Estimado compatriota y amigo: la presente le será entregada por mis amigos los Sres. D. Pedro Varela y Osvaldo Cervetti a quienes autorizo le hablen en mi nombre. Espero serán atendidos y llenaremos el propósito que nos proponemos. Aprovecho [...] — Máximo Pérez". [38]

No queda pues lugar a dudas que ese entendimiento entre personalidades como Andrés Lamas, Pedro Varela, Máximo Pérez y otros, tenía por objeto derrocar a Latorre; éste así lo entendía también, por lo cual decidió efectuar ese año una extensa gira por la frontera con una pequeña escolta, después de lo cual pareció tranquilizarse algo. Pero en mayo de 1878, por las dudas, le escribía a Nicasio Borges exhortándolo a no contestar las incitaciones de los emigrados. [39]

En ese mismo año el ex jefe político Figueroa era electo senador por el departamento; Juan Idiarte Borda, a su vez, recomendado por Pelayo a Latorre ("es un hombre bueno y de ciertas condiciones", le había dicho), ingresaba a la Cámara de Diputados.

Cabe aquí mencionar, por tratarse de un personaje que más adelante jugará un papel importante en nuestra historia, el atentado de que fue objeto el 20 de febrero de 1879 el redactor de "El Porvenir", José María Gómez. Siendo las 21 y 30, fue atacado a garrotazos en la puerta de su domicilio cuando volvía del Club Progreso; día de retreta en la plaza (jueves), acudió un mundo de gente al domicilio de Gómez, quien había salvado su vida como por milagro. Veinte días después recuperaba el habla y acusaba al comisario de la Segunda sección, Agustín Goicoechea. [40]

El 1º de mayo de 1879, Latorre era nombrado Presidente constitucional. Los emigrados, entretanto, continuaban urdiendo sus planes, siendo ilustrativa al respecto la carta que Latorre le escribía al Presidente Avellaneda en abril de ese mismo año; luego de comentar la revolu-

38 Archivo General de la Nación, Montevideo, caja 106.
39 Ibídem., caja 86.
40 "El Oriental", Mercedes, febrero 23 y marzo 14 de 1879.

ción que se planeaba en Entre Ríos, agrega Latorre: "con motivo de la proyectada revolución de Entre Ríos, se ha buscado el contingente de un oscuro caudillo oriental, el gaucho Máximo Pérez, que desde la inauguración de mi gobierno vive en Entre Ríos, y que hace poco ha estado en Buenos Aires. ese caudillejo que, como muchos otros de su época, fué un elemento de discordia siempre dispuesto a la revuelta y a las correrías de nuestras contiendas civiles, quedó quebrado como sus compañeros, ante la actitud firme y resuelta de mi gobierno, y puedo asegurar a V. E. que su influencia ha muerto, enteramente, entre nosotros. Hoy, sin embargo, le buscan, me consta, no sólo los revolucionarios, sino, lo que es peor y más grave, el mismo Gobierno de Entre Ríos. Hablando en su viaje a Buenos Aires, con personas que él creía me eran desafectas, se franqueó por completo, mostrándose tal cual es y ha sido siempre, y, como si se tratara de una parada en la carpeta, en la que es entendido, se mostró perplejo en la elección de la carta que debía quedarse; esto es, les dijo que no sabía por quién decidirse, si por las ofertas de los revolucionarios, o por las del Gobierno de Entre Ríos. A estos manejos no son extraños los emigrados orientales en ésta. Lo más grave del caso es que, la base de su decisión por uno o por otro solicitante, la revolución del Gobierno, o éste de aquélla, el gaucho oriental, será auxiliado más tarde para venir a convulsionar la República". "Cónstame igualmente que el Gral. Ayala no es ajeno a todos estos planes; que anda de manos dadas con Máximo Pérez, y que juntos deben llegar a Buenos Aires en 7 de mayo próximo. La extensión que doy a esta carta, Sr. Presidente, podría acusar talvez, para quien no me conoce, una preocupación seria respecto a los planes ulteriores de Máximo Pérez, sus afines y aliados"; agrega Latorre que ese caudillo "no le preocupa", pues la revuelta se ha hecho imposible en el Uruguay gracias al apoyo de la opinión pública y a lo aguerrido de sus fuerzas, pero le preocupa el mal efecto que producen, sobre todo por que los "gobiernos provinciales dan alas a los caudillos inmorales".

Avellaneda le contestó en seguida a Latorre, diciéndole: "No abrigue temores respecto de Máximo Pérez. Apenas salga de estos apremios [diferencias con Chile] le escribiré al Gobierno de Entre Ríos y al Gral. Ayala.

Harán lo que se les indique, porque a más de sus respectivas funciones oficiales, son mis amigos personales". [41] Días después le remitía a Latorre el original de la carta que enviara al Gobierno de Entre Ríos. Los dos presidentes estaban pues pendientes de las intenciones de Máximo, pese a la afirmación de que "su influencia ha muerto".

Desde Gualeguaychú, el 20 de julio de 1879, Máximo Pérez le escribía a Wenceslao Capdevila, comerciante de Mercedes, reconociendo una deuda contraída cuando la invasión de 1874. Dice así: "Señor Don Wenceslao Caldevila — apreciado amigo la precedente lleva por objeto saludarlo y contestar a su mui apreciavle que reciví por manos de su esposa a la cual etenido el gusto de conoser lomismo que le voy a desir en esta se lo dirá su señora, ella ce lo explicará mejor yo me acuerdo perfectamente que le devo esa cuenta y mi plaser sería aora mismo avonarla pero me es de todo punto imposivle usted no dejará de conoser que no estando en su país para muchas cosas así que llo me allo vastante atrasado y no puedo servirlo aora, tamvien le diré que esa cuenta no es sola mía, que llo tengo que ver a otras personas pero no poreso ede dejar de pagarle cuanto pueda siempre esido su amigo fiel que desea verlo y avrasarlo sin más me repito de uste su amigo S. S. Máximo Pérez". [42]

---

41 Eduardo de Salterain y Herrera, obra citada, págs. 14 y 4.

42 Archivo del Juzgado de Mercedes, Sucesión Máximo Pérez. Se adjunta allí la cuenta contraída en diciembre de 1874 con Capdevila. El detalle, que puede interesar, es el siguiente:

1 poncho paño fino	$	38.—
6 recados de 4 bastos	"	42.—
6 " ordinarios	"	12.—
2 " finos	"	9.—
2 caronas finas	"	20.—
1 arroba de yerba y media de azúcar	"	5.—
1 paba fierro	"	5.—
1 par botines elásticos	"	5.50
3 sobre puestos	"	15.—
6 cinchas completas	"	18.—
1 caballo de estimación	"	30.—
2 jergas entre caronas	"	4.—
1 par estribos	"	0.50
2 botellas cerveza y 13 tortas	"	2.20
1 sombrero	"	4.50
1 arreador virolas plata	"	10.—

En total importaba $ 233.50, suma que la singular honradez de Máximo cargaba a su cuenta aunque los productos comprados

Esa carta, con firma y rúbrica, pudo hacer creer que era de puño y letra del caudillo, pero en el expediente sucesorio donde va inserta se aclara, por declaración de Antonio González Roca y de otros deponentes, que quien las escribía y firmaba era su hija Juana.

El 22 de octubre de 1879, Pedro Varela le escribía a Andrés Lamas, diciéndole, entre otras cosas: "quiera tener la bondad de enviarme la carta para el Coronel Pérez que se sirvió Ud. ofrecerme". Sin fecha, pero con poca diferencia de días a juzgar por el tipo de papel y tinta empleados, le volvía a escribir unas breves líneas: "Mi estimado señor: el Coronel Pérez está parando en la calle Venezuela y Saavedra, casa del Sr. Busratarana, doy a Ud. este aviso por si Ud. tuviera a bien incomodarse en ir esta misma noche". [43]

En otra misiva, Varela le intima rápida respuesta, y le reitera a Lamas su ofrecimiento. Tenían pues entero fundamento los rumores sobre movimientos subversivos, rumores que arreciaron a fines de 1879 y principios de 1880; se hablaba entonces de la existencia de grupos armados "en la costa entrerriana y en la frontera del Brasil, bajo el mando de Nico Coronel, Máximo Pérez y Manuel Caraballo, dependientes de un comité radicado en Buenos Aires del que formaban parte el Dr. Angel Floro Costa, el ex Presidente Pedro Varela y Osvaldo Cervetti". Era "la revolución de los cóndores", así llamada, según la frase lapidaria de la época, porque el capital para realizarla estaba constituído por cóndores chilenos que desaparecieron antes de estallar la revolución, dando lugar el hecho a una demanda que el Dr. Costa, suministrador del dinero, entabló contra Pedro Varela ante los tribunales argentinos". [44]

Fue por esa época cuando Latorre intentó valerse de promesas y celadas para atraerse a los exilados más peligrosos y terminar así con ellos; el mismo Latorre, dos años después, le expresaba al corresponsal de "La Tribuna" en Buenos Aires que sólo la intromisión o el error de Santos, al escribirle a Máximo Pérez, frustró un

---

lo habían sido todos para otras personas. En efecto, en dicho expediente sucesorio se afirma que "Pérez tomaba mercaderías en su nombre, para la gente que le seguía siempre, como caudillo y hombres de armas".

43 Archivo General de la Nación, Montevideo, caja 95.

44 Eduardo Acevedo, obra citada, tomo IV, pág. 19.

plan que lo hubiera liquidado definitivamente; [45] siguiendo procedimientos análogos, en febrero de 1800 era muerto en el Río Uruguay Bernabé Ledesma, antiguo florista y compañero de Máximo, quien fue atraído desde Concepción del Uruguay mediante una venta simulada de harina, en la que intervinieron agentes latorristas de Gualeguaychú. [46]

El 26 de febrero de 1880, Latorre le escribía al gobernador de Corrientes advirtiéndolo sobre los trabajos subversivos que realizaban los emigrados orientales: le decía que había continuos movimientos en las fronteras con la Argentina y con el Brasil, sobre todo en Corrientes, donde los coroneles Martínez y Caraballo reunían gente. Un día después le escribe al Presidente Avellaneda, desmintiéndole los rumores que hablan de "Alianzas", rumores echados a rodar, según él, por orientales que así buscaban un buen pretexto para emprender "la gran campaña". [47]

El 13 de marzo de 1880 se producía la debatida renuncia de Latorre, durante cuyo gobierno, a fin de cuentas, no se había llegado a concretar ningún movimiento subversivo. Asumió el mando el Presidente del Senado Dr. Francisco A. Vidal, y junto a él, como Ministro de Guerra, el ya poderoso coronel Máximo Santos. Se vivía en plena centralización de poderes, con el consiguiente debilitamiento del feudalismo caudillesco, paulatinamente desplazado por la Policía y por el Ejército, los que se estaban convirtiendo por entonces en los dueños de la situación. Latorre, a los treinta días de su dimisión, tuvo que trasladarse a Cerro Largo, no sin antes pasar la segunda quincena de enero en Mercedes a fin de tratar sus afecciones nerviosas con las aguas del Río Negro; hizo dicho viaje acompañado por Courtín, partiendo luego de Mercedes en la compañía de Justo Pelayo y de Américo Fernández, con quienes se encaminó hacia el norte.

La severa vigilancia de que era objeto lo obligó a traspasar la frontera y radicarse en Yaguarón, donde permaneció dieciséis meses (desde abril de 1880 hasta agosto

45 "La Tribuna", Montevideo, junio 20 de 1882.

46 JOSÉ M. FERNÁNDEZ SALDAÑA, obra citada, pág. 774.

47 EDUARDO DE SALTERAIN Y HERRERA, obra citada, pág. 14 y siguientes.

de 1881), y donde era estrechamente vigilado por el gobierno de Vidal. A principios de 1880, estando ya Latorre en el Yaguarón, el capitán Francisco Frenedoso invadía por el norte con un pequeño grupo, el que fue dispersado veintisiete días después por la policía de San Eugenio. Frenedoso llevaba "una proclama en la que Manuel Caraballo, jefe del movimiento, hacía el proceso de Latorre, en la creencia que Santos y Vidal gobernaban a su sombra". [48] "La oposición está desfibrada por una larga espera. Un comité que actúa en Buenos Aires, constituído por Andrés Lamas, Angel Floro Costa y Pedro Varela —"trinidad del robo, de la corrupción y del crimen", según afirmaba el latorrista— ha intentado armar a Nico Coronel, a Máximo Pérez y a Manuel Caraballo, que están agazapados en la frontera. Pero la intención no prospera. Falta dinero y faltan armas". [49]

José L. Martínez dice por su parte que en marzo de 1880 corrían rumores "sin fundamento"; junto con los trabajos de Latorre, "se noticiaba el del entonces coronel Simón Martínez, Máximo Pérez, Nico Coronel y otros jefes con reputación bien saneada de patriotas y de heroicos que nunca pudieron tolerar las dictaduras y la prepotencia de individuos que en su haber histórico, no podían ostentar servicios, sacrificios, abnegaciones, honor y sangre de los que ocupaban ya, páginas gloriosas de la historia". Santos recibía informes numerosos del litoral y de la frontera brasileña, firmados por José Villar, Córdoba, Coralio Pereira, Osvaldo Cervetti, Feliciano Viera (cónsul en Buenos Aires), Ventura Fernández y el coronel Angel Farías.

En carta fechada en julio de 1880, Teófilo Córdoba le comunicaba que Simón Martínez había pasado la margen derecha del Uruguay con doce hombres, y que disponía de diez mil pesos para la proyectada revolución. En otra carta fechada el ocho del mismo mes, Córdoba informaba que Máximo Pérez había pasado por Concordia rumbo a Gualeguaychú; Máximo habría dicho entonces que estaba disgustado con Simón Martínez, pero Córdoba se inclina a creer que se trata de una estratagema de "El Zorro"; agrega Córdoba que un conocido suyo de Con-

---

48 Eduardo Acevedo, obra citada, tomo IV, pág. 160.

49 José L. Bengoa, "El Dictador Latorre", pág. 202, Montevideo, 1938.

cordia le había comunicado la llegada a dicha ciudad de un hijo de Caraballo, quien venía de Buenos Aires con instrucciones de Pedro Varela para las personas que se aprestaban a invadir el Uruguay: entre otras cosas, Varela les aconsejaba que se pusieran a las órdenes del gobierno correntino para invadir Entre Ríos. También con fecha 8 de junio, Villar le comunicaba a Santos que habiendo enviado a Uruguayana y a Libres en tren de exploración a un teniente subordinado suyo, éste había regresado el día 6 con la noticia de que los emigrados estaban en Libres, pero que ninguno valía "dos cobres"; agregaba que Máximo Pérez los había dejado sin que supiese qué dirección había tomado. Lamas, Varela y Costa actuaban principalmente en Buenos Aires, en tanto Manuel Caraballo, Nico Coronel y Máximo Pérez lo hacían cerca de la frontera. Santos contaba con el apoyo de Carámbula en Colonia, de Galarza en Mercedes, de Arribio en Río Negro, de Salvador Tajes en Paysandú, de Viera y Córdoba en Salto, y de Villar y Escobar en Artigas y Rivera, así como de otros blancos y colorados que lo mantenían continuamente informado. Contaba además con servicios secretos de información en Buenos Aires, Entre Ríos y Corrientes; en Buenos Aires actuaban el coronel Manuel Rodríguez, el coronel Martín Souberán, el cónsul Ventura Fernández, Tomás Gomensoro y Villegas, etc. [50] El encargado de ordenar y resumir esta copiosa correspondencia era Mascaró, cuñado de Santos; en uno de esos resúmenes se mencionan los trabajos que por entonces emprendían Juan Carlos Gómez y Antonio Díaz (hijo) con el fin de anexar el Uruguay a la Argentina, y de impedir así que se concretara el protectorado del Brasil que, según ellos, se había negociado en tiempos de Latorre.

El Gobierno de Vidal intentó en 1880 atraerse a los emigrados ofreciéndoles pasajes gratuitos y "todas las garantías que exigiesen". Pero fueron muy pocos los que se acogieron a esa tregua. Entre los que se negaron a acudir al llamado estaba Máximo Pérez, a resultas de lo cual, el 26 de junio de 1880 era dado de baja y borrado de la lista militar (dejando sus derechos a salvo) "por no haberse presentado a justificar su existencia". El 9 de agosto de 1880, Máximo Pérez "solicita ser reincor-

50 José L. Martínez, "El General Santos ante la Historia", págs. 44 a 52, Montevideo, 1952.

porado en poderdante a la lista que pertenecía en virtud de estar dado de baja por no haber podido dar cumplimiento al llamado superior en Abril último por encontrarse enfermo; lo que justifica con el certificado médico que acompaña adjuntando también el poder". Dicho certificado decía que "adolece de una enfermedad que lo tiene postrado para hacer viajes". [51] Dicha enfermedad, aunque seguramente exagerada en el certificado, parece ser confirmada por informes de algunas personas que lo visitaran en Gualeguaychú, quienes lo encontraron tomando vahos como tratamiento para su afección a las vías respiratorias. [52] Bien pudo estar, sin embargo, entre los orientales que se habían puesto al servicio de los correntinos a mediados de 1880, según informes traídos de Buenos Aires por el coronel Gaudencio.

En Mercedes, entretanto, Justo R. Pelayo dejaba la Jefatura en 1880 al teniente coronel Angel Farías, a quien le sucedió en 1881 José M. Irisarri. Este debió desautorizar en enero de 1881 las "mentiras y falsedades" de que era objeto, manifestándose de acuerdo con el coronel Pablo Galarza en su adhesión al Gobierno y a su política de "conciliación y olvido". [53] Santos no dejaba un momento de vigilar el litoral, pues estaba al tanto de los trabajos que realizaban los comandantes Tapia, Machuca y otros emigrados en apoyo de Simón Martínez, Nico Coronel y Máximo Pérez. El 4 de marzo de 1881, Pablo Galarza le escribía a Santos desde su campamento en Corrales, informándole que se veía en la necesidad de enviar a Soriano a su alférez Varela, pues su "tata" Gervasio tenía que soportar casi solo la oposición y mala voluntad que le demuestran "muchos individuos que siempre han sido muy afectos al Coronel Pérez"; agregaba que estos "andan muy orgullosos y tratando de querer asesinarlo"; Gervasio quiso renunciar para "no convertirse en un obstáculo", pero Pablo lo disuadió y lo defendió luego ante Santos expresando que su "tata" no vivía de la espada sino de su trabajo. ¡Cuánto tenía que costarle —agregamos nosotros— empuñar esa espada contra su antiguo compañero y querido Jefe!

Con fecha 2 de mayo del mismo año, Juan M. Gon-

---

51 Archivo del Estado Mayor, Montevideo, legajo 40, carpeta 535.
52 Datos proporcionados por el Doctor Luis Moura Acevedo.
53 José L. Martínez, obra citada, pág. 69.

zález le escribía desde Gualeguaychú al receptor de Aduana de Palmira, Lasave, informándole que Máximo se mantenía quieto en su casa por el momento; "hoy él tiene la idea que le han tendido una red para después dejarlo en la vrecha; él hoy tiene un hombre para dividirlo por completo de ellos, sin que él comprenda nada, así es que puedo asegurarle que por el momento él no tomará participación en la cosa. También de que el día que venga a verlo ellos los va a echar de la puerta, esto se lo ha dicho a un amigo". [54]

El 20 del mismo mes, Pablo Galarza, en carta confidencial a Santos, le informaba que los coroneles Courtín y Galeano, acompañados de Gregorio Escobar, incursionaban por la frontera del Brasil buscando adeptos; "Máximo Pérez por su parte aguarda en Entre Ríos el momento propicio para dar el zarpazo". "Pero no me dejo fascinar por halagos de tigre que no tiene limadas las garras"; "les hice presente que si por un evento, llegan a penetrar en este departamento, he de perseguirlos y batirlos hasta exterminarlos". [55] Aunque los Galarza se lo debían casi todo a Máximo Pérez, habían sido también, sobre todo Pablo, protegidos por Santos, con quien se le vió muchas veces ocupando un palco en el teatro de Montevideo, llamando la atención general por su atuendo totalmente colorado.

En ese mismo mes Irisarri le escribía a Idiarte Borda: "las noticias que nos llegan del exterior hacen figurar a los revolucionarios como intrigados a tal punto que ya no se entienden los unos con los otros. Vázquez estuvo en Gualeguaychú, pero no conferenció con Pérez porque supo que echaba sapos y culebras contra todos los revolucionarios habidos y por haber". [56] Pero a pesar de tan profusos desentendimientos, fomentados en lo posible por los agentes de Santos, seguían registrándose novedades intranquilizadoras. Un día se apresaba en la isla Queguay Grande un importante armamento de procedencia argentina; otro día llegaban noticias de que el coronel Vázquez trabajaba activamente en Entre Ríos, y de que Simón Martínez continuaba sus trabajos comprando Reming-

54 Archivo particular del Capitán de Navío, Carlos Olivieri, Montevideo.

55 JOSÉ L. MARTÍNEZ, obra citada, pág. 77.

56 Archivo Juan Idiarte Borda, carpeta 1869-1882, Mercedes.

tons a los revolucionarios de Corrientes; se sabía además que los latorristas, a quienes, según se decía, protegían las autoridades de Río Grande, tenían a Reinaldo Villar trabajando en Gualeguaychú y a Acuña en Concordia, atribuyéndose a Querencio la dirección del proyectado movimiento, con el cual Simón Martínez no hacía causa común porque decía que Latorre se entendía con los blancos, lo que consideraba peligroso. De Máximo se recibían informes más concretos; uno de ellos decía: "El comandante Máximo Pérez había empeñado su palabra en adherirse a la Cruzada y se había puesto a sus órdenes 800 armas que se tenían escondidas en la costa de Entre Ríos".

El 3 de julio Gervasio Galarza le comunicaba a Santos que Courtín, por entonces en Buenos Aires, lo había invitado para conferenciar en esa ciudad o, de no ser posible, en Gualeguaychú; Gervasio le promete a Santos formalmente que no traicionará al gobierno de su país. [57]

La invasión había quedado acordada para los días 20 al 25 de julio, y para ella, los comandantes Courtín y Martínez contaban con la cooperación de los comandantes Arana, Laureano Hereñú, Máximo Pérez, Machuca, Nico Coronel, Luna, etc.; Martínez tenía al parecer una firme confianza en el éxito "por la absoluta persuasión del concurso de todos sus amigos", confianza reflejada en una carta del 14 de julio, en la que escribía que "impuesto de los trabajos del Sargento Mayor P. Arriola, le escribía a éste que confiriera grados a sus compañeros y que dentro de pocos días iba a realizarse la carrera". En Salto, mientras tanto, el comandante Almanzor Chiriff, amigo de Arriola (jefe de fuerzas entrerrianas) estaba al corriente de todos los detalles del movimiento, y urdió en consecuencia un complot que consistía en simularse adepto entusiasta para después apresar a Martínez y los suyos en el momento oportuno. Chiriff sabía que Arriola cruzaría por San Gregorio, Martínez por Paso de la Cruz, y Nico Coronel por Mata-Perros; pidió entonces cincuenta hombres armados y la ayuda de su cuñado, el teniente Fernández, yendo a Montevideo a exponer su plan.

Simón Martínez, que tenía gran prestigio por sus antecedentes en Santa Rosa, Las Cañas, Vera, Corralito, el Sauce, etc., querían adelantarse al "cocodrilo del Yaguarón", como se le llamaba a Latorre; si bien disponía de

---

57 Archivo del Capitán de Navío Carlos Olivieri, Montevideo.

pocos medios, confiaba en ganar fuerzas atravesando rápidamente la campaña uruguaya. Recién el 21 de agosto de 1881 pudo cruzar el Uruguay con treinta hombres en total. Al día siguiente fueron alcanzados en el Cerro del Bichadero (Tacuarembó), teniendo que dividirse en dos grupos, luego de sufrir tres muertos y dos heridos, y huyendo finalmente Martínez al Queguay. La empresa había durado 24 horas escasas, lo que habla con elocuencia de la eficaz vigilancia que ejercían los hombres de Santos.

Latorre seguía a su vez enviando instrucciones a Buenos Aires; el coronel Higinio Vázquez, Jefe Político de Cerro Largo, opinaba que Aparicio, Pampillón y otros jefes blancos ayudarían a los latorristas. El francés Courtín, Pino, y el Mayor Gordillo, reunidos en casa de Huergo, habían ideado un plan que incluía hasta la desaparición de Santos, quien se enteró de todo gracias a los informes de Gayoso. La invasión, según Amaro Conde, estaba planeada para el 24 de setiembre; tenía mucho ambiente en Soriano, donde se había pensado dar un golpe en la Jefatura, dando muerte a Irisarri y al Sargento Mayor Calvo. Dicho plan se llevaría a cabo el 30 de julio, siendo sus ejecutores José M. Gómez, el coronel David Silveira (hijo), el coronel Francisco Aguilar, el Sargento Mayor Nicolás (probablemente Escolástico) Imas, M. Ramírez, Hilario y Zenón Gareta, Francisco, Cayetano y Tabas Maneiro, Juan Ocampo, Carlos Díaz, Alberto Mazzei, Jacinto Miranda, el coronel Sellanes, etc. Tenía ramificaciones en Dolores, Palmira, Soriano y otros pueblos, y se contaba con dos batallones de Entre Ríos y con setecientos Remingtons. Pero cuando estaba todo listo, el coronel Silveira recibió el 7 de setiembre un desalentador telegrama de Gualeguaychú: "negocio mal, hacienda desparramada". [58]

Aurelio Berro, quien también estaba en connivencia con los latorristas, le había ofrecido la Presidencia al Dr. José Ellauri, quien no se resolvió a aceptarla; Berro tenía encargado para su empresa más de cuatrocientos Remingtons y nueve cañones Krupp de ocho centímetros.

El Jefe Político de Concordia, Anderson, "secundaba

58 José L. Martínez, obra citada, pág. 86 (nota fechada el 18 de julio de 1881) y pág. 90.

ciegamente" a Querencio y a Latorre, a quien le llegó a ofrecer una escolta de veinte hombres. A la sombra de dichas autoridades, se movían también Courtin, Chiriff y otros jefes.

Se produjo ese año otro movimiento encabezado por Nico Coronel, movimiento que murió al nacer; los insurgentes ostentaban divisas verdes y el lema "Divino Espíritu Santo"; murieron cinco de los componentes, y los demás fueron dispersados por la policía de Tacuarembó. [59]

En noviembre de 1881 la policía argentina previno a Latorre que se abstuviera de efectuar trabajos subversivos, trabajos que eran ya demasiado ostensibles. A fines de ese mes, Nicasio Borges, desde Paysandú, le escribía a Santos que la invasión había abortado. Fue entonces que Santos procuró pacificar el ambiente para prestigiar de ese modo su candidatura, atrayendo a algunos hombres que consideraba útiles para la reorganización del Gobierno. "Uno de esos hombres era el coronel Máximo Pérez de valiente actuación en las gestas heroicas de la estractificación Nacional"· "El coronel Nicasio Borges fue el encargado por Santos de gestionar el regreso a la patria de Máximo Pérez". "Este Jefe contestó que no tenía miras de volver a su patria, no por desconfianza de sus amigos pues creía firmemente que no tendrían ninguna mala idea para con él, sino que quería retirarse absolutamente de la política y vivir tranquilo en el hogar de su familia y que agradecía a lo infinito la fineza que se usaba con él". [60] Según Eduardo Flores, Máximo vivía en Entre Ríos desde 1874 "pobre e infeliz, pero conservando la altanería del matrero". Y así como había dicho a Latorre que era "un tirano", de Santos decía que "no lo conocía, no sabía quien era".

Máximo Pérez rehusaba de ese modo estabilizar su situación; quizá desconfiara de quienes tantas celadas le tendieran; no creemos sin embargo que abandonara sus propósitos de reivindicación; una nueva aventura lo solicitaba, aventura que habría de ser la última. No podía renunciar a su viejo prestigio de jefe. Ignoraba que muchas cosas habían cambiado radicalmente en el Uruguay, como ya lo veremos; o tal vez lo sabía, pero todo, aún el fra-

59 Eduardo Acevedo, obra citada, tomo IV, pág. 160.

60 José L. Martínez, obra citada, según nota del Archivo General de la Nación del 21 de noviembre de 1881, Montevideo.

caso, era preferible a una inacción que tenía que resultarle insoportable. En aquel año de 1881, por lo pronto, trató de procurarse dinero por todos los medios; desestimada su solicitud del 9 de agosto de 1880, su situación económica se había vuelto angustiosa. Un nuevo vástago, el segundo que tenía con Josefa Báez, el séptimo y último de su vida, murió a los pocos meses. Empieza entonces a solicitar dinero. El 22 de mayo de 1881 recibe trescientos cincuenta pesos fuertes de Valentín Carranza, de Gualeguaychú, recibo que firma su hija Juana; poco después recibe seiscientos siete pesos en calidad de préstamo de Juan B. Buchardo, también de Gualeguaychú. Dispuesto a jugarse el todo por el todo, Máximo decidió recurrir a los bienes que aún conservaba en Soriano; Juan J. de Zuloaga le cedía en 1880 sus derechos de un terreno de cincuenta metros por cincuenta cerca de los Corrales de Abasto por cancelación de cuenta; pero Máximo necesitaba todavía más dinero y así es como resuelve venderle a Antonio González Roca (quien se trasladó a ese efecto a Gualeguaychú, la primera vez el 29 de julio de 1881, y la segunda el 24 de marzo de 1882), ochocientas cincuenta ovejas, ciento cincuenta vacunos y setenta yeguarizos, por la cantidad de mil pesos, aunque finalmente fue otro el comprador, no especificado entonces. [61] Dicho ganado fue entregado el 16 de diciembre de 1881 por su representante Vicente Muela.

El viejo caudillo reunía todas sus fuerzas para dar el último golpe de su vida. No creemos que alentara ya muy firmes esperanzas, pero cualquier eventualidad era preferible a la pasividad enervante y equívoca a que se sentía condenado. "Habíase propuesto no volver al país sino por la fuerza de las armas", dice Eduardo Flores; "la destreza en el caballo, la habilidad en el manejo de la lanza, el conocimiento del terreno palmo a palmo, el valor probado, eran la suprema sabiduría; y quien tenía esas condiciones no podía vivir vegetando".

---

61 Archivo del Concejo Departamental de Soriano, legajo 1880, Mercedes.

CAPITULO IX

Ultima rebelión de Máximo Pérez

Santos, presidente. — Preparativos de invasión. — Máximo Pérez invade el país. — Una odisea de dieciocho días. — Muerte de Máximo Pérez. — Máximo Pérez, exponente de una época.

El año 1881 fue pródigo en violencias, "mazorcadas", empastelamientos de imprentas, desbordes policiales, atentados personales. El presidente Francisco A. Vidal, desbordado por los acontecimientos, creyó finalmente oportuno dar paso a las aspiraciones del general Máximo Santos, renunciando a su cargo el 28 de febrero de 1882. De inmediato, Santos —Constitución a un lado— resultaba electo por 50 votos en 51 para un período de cuatro años.

Tres meses después, el flamante Presidente obtenía la creación de dos nuevos regimientos de caballería de línea destinados a la vigilancia del litoral, regimientos a agregar a los que ya había en Salto, Tacuarembó y Cerro Largo. A raíz de dichas medidas, el país se convirtió en un reducto verdaderamente inexpugnable; no sólo el ejército era ahora más poderoso debido a la mayor cantidad y mejor calidad de sus armamentos, sino que, desde la dictadura de Latorre, la disciplina había mejorado notablemente, volviendo tan improbables como de resultados problemáticos, insubordinaciones del tipo de las que menudearan años atrás.

Las comunicaciones, además, habían sufrido una verdadera revolución. El telégrafo permitía ahora una rápida coordinación de las fuerzas adictas, así como una información al minuto sobre todo movimiento sospechoso. El ferrocarril, por otra parte, acortando distancias con San José y Durazno, contribuía a la agilidad de las maniobras militares. La facilidad con que el gobierno podía así movilizar y coordinar sus fuerzas se hacía más sensible todavía debido a las dificultades que habían surgido para

los movimientos clandestinos a campo traviesa. En efecto, a raíz de las franquicias aduaneras decretadas en 1875 declarando libre de derechos la importación de alambre (franquicias complementadas por la ley de Contribución Directa que gravaba los campos abiertos) se produjo en esos años un cerramiento general de campos. El estanciero-caudillo debió ir cediendo su lugar al estanciero-cabañero, mejor protegido ahora contra toda clase de intrusiones. El gaucho empezó desde entonces a estar demás; la escasa demanda de mano de obra permitía pagar míseros jornales, y aquellos gauchos ambulantes de años atrás, de tan fácil vivir como pronto guerrear, fueron siendo relegados y bloqueados por esas circunstancias; sus virtudes e instintos libertarios, en pocos años, fueron degenerando bajo la doble presión de su miseria y de las restricciones a que eran sometidos; el valor y la destreza que años antes los constituyeran en guerreros diestros y denodados, decaían ahora en hábitos sedentarios, desfibrada su moral y quebrantada su inclinación a las románticas patriadas de antaño.

Fue en esa situación impropicia que Máximo Pérez, prolongando un pasado al que no podía renunciar, decidió azotar de nuevo nuestros campos con la ráfaga épica de las revoluciones gauchas.

No pudieron escapar a la esmerada vigilancia de los gubernistas los preparativos para la invasión. Muchos días antes, en efecto, el Jefe Político de Paysandú, Amaro Carve, de regreso de Entre Ríos, comunicaba haber conferenciado con Lascano, el general Borges y el oficial Cabrera; Máximo Pérez había invitado a Cabrera para invadir nuestro país, comunicándole que contaba en Mercedes con la ayuda de Muela y del comandante Correa, con quienes mantenía contacto mediante los oficios de Mariano Uriarte, un viejo residente de Mercedes; según esos informes, Máximo tenía reunido armamento en Paranacito y pensaba invadir por las costas del Arroyo Grande. Agregaba Carve que el caudillo chaná estaba furioso contra Borges, y que en uno de sus arrebatos llegó a decir que lo iba a mandar matar, tarea de la que se encargaría el teniente Mamerto Cruz; este mismo desmintió luego tal infundio, pero es en esos desahogos verbales de Máximo, como ya sabemos, que habría de fun-

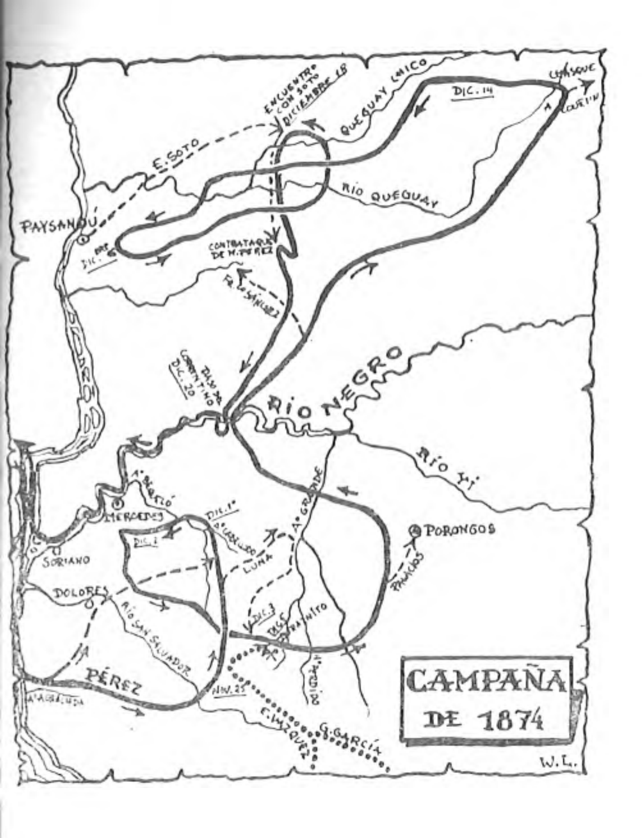
darse su peor fama. El referido Cabrera volvió luego a ponerse a las órdenes de Pérez, comprometiéndose antes a tener a Carve al corriente de todo, y a inducir, quizás, al caudillo chaná, con informes engañosos, a precipitar una acción que debía conducirlo a una catástrofe. [1]

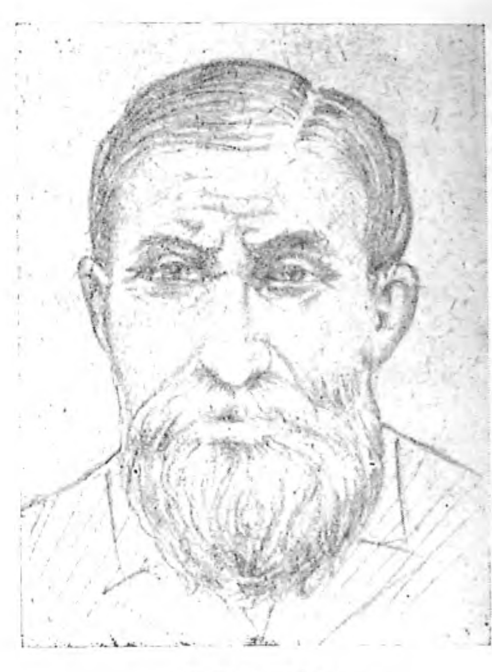
La invasión, planeada y preparada en Gualeguaychú, era secundada principalmente por el coronel Eduardo Vázquez, por el coronel entrerriano José María Gómez —de quien se recordaba "la soberana paliza" que recibiera en Mercedes tiempo atrás a raíz de algunas publicaciones de su periódico— y por Miguel Vidal, sobrino del ex-Presidente Francisco A. Vidal, secretario de la Jefatura, y por entonces Jefe Político interino de Gualeguaychú.

El 12 de junio, Vázquez había remitido quinientas libras esterlinas; días después, dirigía el paso de un cargamento desde Paysandú y Fray Bentos. Otro que estuvo esos días por Gualeguaychú fue Justo Pelayo, quien conferenció largamente con Vidal y con Smith, cuñado de Vidal y Jefe Político titular; se resolvió en dicho encuentro la compra de un campo en Montiel, en donde reunir el ganado que pensaban pasar del Uruguay; la intervención de Pelayo (pariente de Latorre), así como la de Vázquez, hacen pensar al corresponsal que "indudablemente Latorre también está metido". Se sabía también que Vidal le había prestado a Pérez toda clase de ayuda, inclusive ochenta Remingtons para los primeros eventos, y que, en los últimos días, Máximo invitaba para emprender la revolución a cuanto oriental encontraba en su camino. [2]

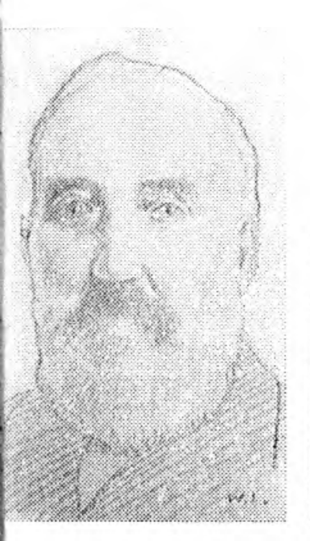
Y la tan esperada "cruzada", se produjo al fin. Según lo consignaba "El Noticiero" de Gualeguaychú, los invasores "pasaron el jueves o viernes frente a la Agraciada en varias lanchas y dos chatas. Un isleño reveló que por el Venerato pasaron unos cien hombres, los cuales, según una señora íntima de Pérez, llevaban divisas amarillas y verdes con el lema "Viva la unión", así como también diversas proclamas y decretos. Unos dicen —agrega "El Noticiero"— que van de acuerdo con Latorre, y otros con el Brasil". [3] Fernández Saldaña expresa al respecto: "hay motivos para suponer que algunos agentes provo-

1 Archivo del Capitán de Navío Carlos Olivieri, Montevideo.
2 José L. Martínez, obra citada, pág. 171.
3 Transcripto en "La Tribuna", Montevideo, junio 20 de 1882.





ZENON GARETA



EDUARDO MAC-EACHEN



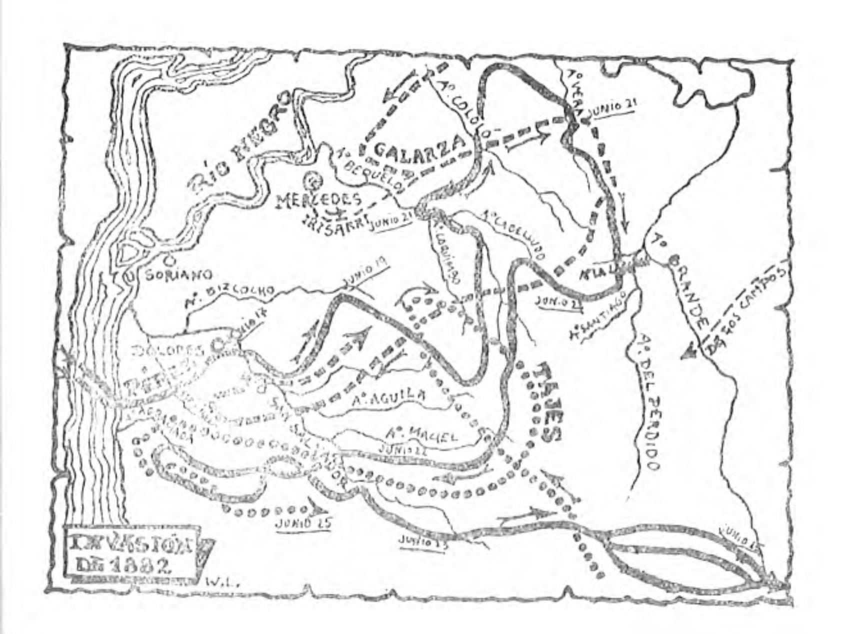
NICOLAS IMAS



JUSTO PELAYO

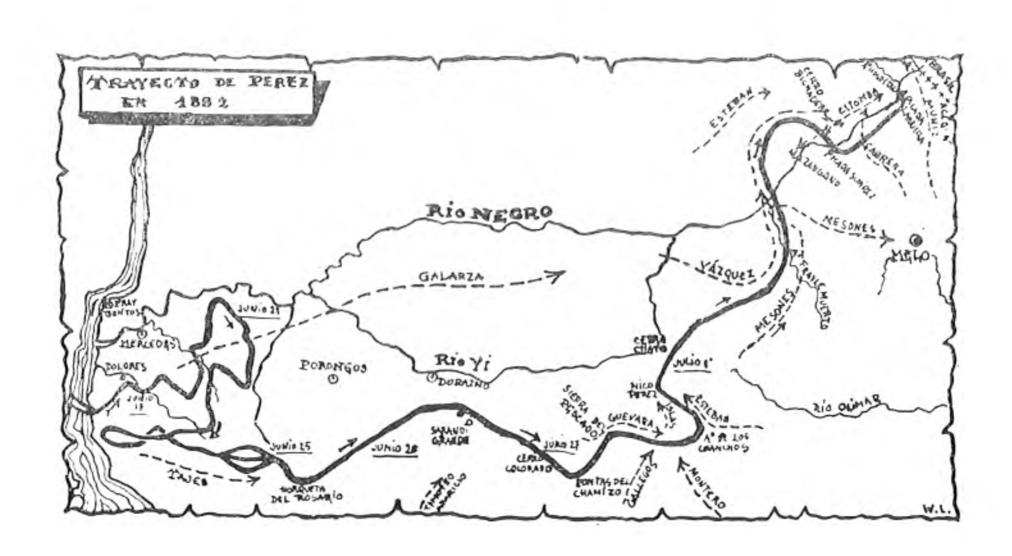


ANTONIO GONZALEZ ROA


INVASIÓN DE 1882
RÍO NEGRO
GALARZA
MERCEDES
SORIANO
Aº BIZCOCHO
JUNIO 19
JUNIO 21
DOLORES
PEREZ
Aº AGUILA
Aº MACIEL
JUNIO 22
JUNIO 23
JUNIO 25
TAJES
Aº DEL PERDIDO
Yº GRANDE
Aº COLOLÓ
Aº CABELLUDO
Aº SANTIAGO
W.L.



PEDRO CARVE


TRAYECTO DE PEREZ EN 1882
RÍO NEGRO
GALARZA
RÍO YI
DURAZNO
PORONGOS
FRAY BENTOS
MERCEDES
DOLORES
JUNIO 19
JUNIO 21
JUNIO 25
JUNIO 26
JUNIO 27
JULIO 1º
TAJES
HORQUETA DEL ROSARIO
SARANDÍ GRANDE
CERRO COLORADO
PUNTAS DEL CHAMIZO
GUEVARA
NICO PEREZ
CERRO CHATO
ESTEBAN
Aº DE LOS CARANCHOS
MONTERO
VÁZQUEZ
MESONES
MELO
RÍO OLIMAR
FRAILE MUERTO
CABRERA
BRASIL
W.L.

cadores se encargaron de hacerle llegar al coronel Pérez las noticias de mentidas inteligencias y adhesiones de campaña, para decidirlo a que tentase la aventura y liquidarlo, eliminando un foco permanente de alarmas y rumores". [4]

Entrevistado entonces Latorre por el corresponsal de "La Tribuna", en Buenos Aires, donde era estrechamente vigilado, declaró que era un absurdo suponerlo complicado en la intentona. "Es un necio disparate, propio de la nulidad de Pérez. Creo que en ocho días se verá obligado a evacuar el territorio oriental, porque no conseguirá arrastrar más opinión de la que tiene a la fuerza en el Departamento de Mercedes". "Hube de castigarlo como merecía en la época de mi Gobierno por una revolución que hizo. Esta es la cuarta vez que se hace seguir por un montón de gauchos infelices, arrastrado por intereses personales, sin fé ni convicciones; [menciona luego la celada que quiso tenderle y que frustrara Santos escribiéndole al caudillo] entre Santos y Pérez me quedo con aquel —prosigue golpeando nerviosamente con la cadena de oro de su reloj—; con éste se llegaría a un desquicio nunca visto". [5]

La suposición de que Pérez operaba de acuerdo con Latorre, parecía confirmarse por el uso de la divisa amarilla y verde, relacionada con las simpatías que Latorre había despertado en Río Grande, en atención además a la ingerencia, que se consideraba excesiva, de la política argentina en nuestro país. Se sabía además que en esos días un agente de Latorre había ido a Gualeguaychú, y se temía también que el ex-Dictador embarcara armas para Maldonado, en donde había grupos trabajados por el coronel Galeano. "Tales consideraciones eran atendibles, pues si bien ni Latorre ni Galeano contaban con buenos prestigios, una acción conjunta de estos Jefes con el coronel Máximo Pérez podría agravar la situación del Gobierno". Si Máximo Pérez vencía —se comentaba— Latorre lo ayudaría y se declararía Jefe de la Revolución. [6]

Según Estanislao Díaz (un mercedario que entró con Máximo y que luego desertara presentándose en Sarandí), el número inicial de invasores era de doscientos hombres,

---

4 José M. Fernández Saldaña, en "El Día" del 25 de abril de 1937, Montevideo.

5 "La Tribuna", Montevideo, junio 20 de 1882.

6 José L. Martínez, obra citada, pág. 164.

muchos de ellos mal armados.[7] "La Reforma" de Mercedes hablaba primero de cuarenta, luego solamente de nueve, pero decía que se le habían juntado en seguida un comisario con toda su gente y sus caballos.[8] Según otros datos recibidos por la Jefatura de Mercedes, Máximo, luego de lanzar su proclama, invadió a mediados de junio con sesenta hombres "bien resguardados por fuerzas de observación", llevando bandera verde y amarilla. "El pasaje se llevó a cabo en dos grupos, los cuales salieron, uno por el puerto de Landa, frente al San Salvador, y el otro por Ñancay, algo más al sur." Con fecha 16 de junio, el coronel Arribio comunicó al general Santos que Máximo Pérez había arribado a las costas de la Agraciada con veinticinco hombres. La invasión se había iniciado en forma temeraria, burlando la espesa vigilancia que se había establecido en nuestras costas. El desembarco, según los informes de Demetrio Pereira, se efectuó el día 16, y el segundo jefe de la empresa habría sido el prestigioso comandante jordanista Diosmán Astorga; se supo luego que Astorga y Escobar no habían pasado, limitándose a colaborar en el embarque, a la espera de que "la revolución se afirme"; a poco de desembarcar, se le habían incorporado a Pérez veinte hombres. Máximo ponía así de manifiesto —dice José L. Martínez, de quien tomamos muchos de estos datos— "el coraje nativo y la decisión romántica y firme del temperamento gaucho. Tanto Simón Martínez como Máximo Pérez habían sido soldados valientes y pundonorosos en las campañas emancipadoras, y ambos confiaban en los prestigios conquistados a fuerza de sacrificios, de lanza y de sangre. Ambos eran fuerzas de coacción como Jefes y caudillos y podían contar con el concurso de los que los habían visto quemarse en los campos de batalla; pero la organización militar de la República en aquellos momentos era demasiado sólida para quebrarla con escasos elementos".[9]

Entre los que vinieron con Máximo Pérez, se afirmaba que estaban Bernabé Martínez, el teniente Cirilo Morales, el ayudante José Correa (a) Arachichú, mercedario emigrado hacía tiempo en Gualeguaychú, y el teniente rionegrense, Mamerto Cruz, que había sido comi-

7 "El Siglo", Montevideo, julio 30 de 1882.
8 "La Reforma", Mercedes, junio 23 de 1882.
9 José L. Martínez, obra citada, pág. 171.

sario de Mercedes en 1873. Venían además treinta entrerrianos armados con Remingtons, mandados por dos oficiales también entrerrianos. [10] Se decía que Justo Pelayo había quedado en Gualeguaychú, cerca de la costa, y que venía también —cosa que después se desmentiría— el indio entrerriano Guarumba, un buen lancero que se hizo conocer en la primera revolución de López Jordán.

Según Andrés Carreño Urtubey (poderoso hacendado norteño, a la sazón en Montevideo, gran amigo de Ordoñana), Máximo Pérez "catequizó" a Guarumba halagando su ambición. Dice que Santos le había hecho ofertas a Máximo superiores a lo que éste podía exigir, pese a lo cual las había rechazado; agrega que hay "sólo una mano" que puede influir sobre "el carácter indómito" de Máximo, y se extiende luego sobre los perjuicios que causará la invasión a los negocios con el Brasil; dice textualmente que "el objeto único que a mi entender ha traído la presente invasión, pero que Máximo Pérez ignora, es aniquilar al país de los elementos de movilidad, frustrarlo en ese sentido para proveerse el enemigo común del Río de la Plata de ellas", y de este modo poder "renovar la cuestión de 1825". [11]

La proclama de los invasores fue enviada a "El Noticiero" de Gualeguaychú con una "paloma-correo", divulgándose su contenido de inmediato; decía así:

"Manifiesto — El Jefe de la Revolución Popular a los habitantes de la República.

Después de muchos años de ostracismo, resistiéndome a los llamados que me han hecho para que volviera a mis lares, bajo el poder de los gobiernos escandalosos e inmorales que con los tesoros públicos han arrastrado la dignidad del país por el inmundo lodo del descrédito, conduciéndolo al último extremo de la degradación y el crímen.

Después de una lucha desesperada, sostenida desde mi retiro, por librar a la Nación de tanto descarrio, de tanta miseria, de tanta verguenza, me he convencido que es necesario la acción resuelta y decidida del pueblo, para operar una reacción salvadora y benéfica, y colocar al

10 "La Tribuna", Montevideo, junio 28 de 1882.
11 Archivo del Capitán de Navío Carlos Olivieri, Montevideo.

pueblo heroico en el honroso puesto que mereció con su generosa sangre, y del que le ha separado un pequeño círculo de malvados, sin conciencia, sin dignidad ni honor, pero ricos de audacia, de ambición y de impavídez.

Me he convencido que no hay sociedad posible en países que, envalentonada la escoria social, abre lucha a muerte, contra los elementos honrados, patriotas y civilizados; y al ver que éste es el presente de nuestra patria; al contemplar con íntimo pesar, agobiados a los hombres buenos, sin distinción de colores políticos del pasado; al ver que la patria se despuebla, debido a la acción demoledora de los que contrariando la voluntad popular, asaltan los destinos públicos, y hacen una sangrienta burla de nuestra ley fundamental, he creído firmemente que sólo la fuerza del derecho armado y decidido, puede contrarrestar y destruír el ominoso yugo con que pesa hoy esa escoria sobre el pueblo generoso y grande, cuna de la libertad del Plata y hogar de los hombres liberales sin distinción de color ni de nacionalidad, desde el indomable Artigas hasta el valeroso Garibaldi, apóstol de la libertad universal.

Por eso me he decidido a luchar y sacrificar mi vida levantando una bandera sagrada, que lleva por lema la libertad de la patria y el derecho público, sin colores, sin odios, sin recuerdos; todo por la patria y para la patria.

Por eso no me oiréis evocar las banderas de los tradicionales partidos, en uno de los que he militado, porque es más elevada, más grande, más generosa la misión nuestra. ¡Lucha por la redención de la patria de todos los orientales!

Por eso llamo a rodear la bandera de los buenos, a todos los hombres que guarden en su corazón un átomo siquiera de patriotismo, de honradez y delicadeza, a todos los hombres que ambicionan la gloria de volver a la patria el esplendor que le falta, las libertades de que se carece y el engrandecimiento y prosperidad que un gobierno honesto, laborioso y patriota hará efectivo.

Por eso al pisar las playas de la patria bien querida, vienen conmigo, a luchar bajo la sagrada bandera, hombres de todos los partidos del pasado y a construírse así, el único partido posible en nuestra época —el partido de los patricios, base fundamental de la libertad y el derecho

No hay en nosotros ni odios ni recuerdos, porque hemos lamentado nuestros propios extravíos; porque las severas lecciones de la experiencia, nos han demostrado una terrible verdad, y ella es "que nosotros hemos abierto la sepultura de la patria, en 50 años, de luchas fratricidas, estériles para el bien general, lamentables por sus consecuencias".

¡Basta pues, compatriotas! La presente será la última revolución de nuestra tierra; la última gota de sangre que se derrame; la última lágrima, el último duelo de nuestras nobles familias; el postrer sacrificio por la felicidad de la patria, por la paz, la libertad, las garantías a sus habitantes y el respeto recíproco entre gobernantes y gobernados.

¡Ciudadanos! Venid a rodear la bandera augusta de la patria, y a luchar a su bendita sombra, contra los sectarios de la tiranía, que han empañado con sus crímenes y robos, las gloriosas tradiciones del pueblo oriental. Venid a demostrar a ese ridículo tirano, que el pueblo presente no ha desmerecido al de sus antecesores, y que sabe luchar como sus antecesores lucharon por la libertad y el decoro nacional.

Jefes, Oficiales y Soldados — No cometáis el horroroso crimen de hacer fuego a un pueblo que viene a derrocar a un gobierno usurpador de las libertades públicas. No manchéis esas distinciones que la Patria os dió, compensando vuestros nobles esfuerzos, sosteniendo al que, pisoteando la ley fundamental, ha trepado, por la fuerza, a la silla presidencial, para escarnecer vuestra patria, para afrentarla, para llenarla de oprobio y de vergüenza, ante las naciones extranjeras.

Dejad con el malvado a los malvados y los que estiméis vuestro nombre, los que no querráis manchar vuestras insignias militares, venid a reuniros con el pueblo heroico y a luchar bajo la santa bandera de la patria. Dejad a los malvados y criminales en sus puestos que el pueblo patriota y heroico es bastante para desalojarlos, para hacerlos abandonar a sablazos hasta sus últimos atrincheramientos.

Ciudadanos extranjeros! Nada teman de los que, como los 33 orientales vienen a salvar la patria y a sacarla del poder de los malvados que la oprimen, la afrentan y destruyen.

Somos vuestros amigos y vengadores; venimos a derrocar a los asesinos y martirizadores de vuestros compatriotas y daros las libertades y garantías a que sois acreedores y que la ley os acuerda. Continuad vuestras honestas labores y esperad días mejores para el comercio, la industria y el trabajo en general. Si se os persigue, si se os hostiliza, si os falta garantías para vuestras personas, venid a nuestro lado desde ya y encontraréis en nosotros verdaderos hermanos en la libertad y en el derecho.

Pueblo Oriental! Vuestro puesto de honor y de deber está a nuestro lado. A la sombra de nuestra bandera caben todos los orientales, sin distinción de colores políticos del pasado que pertenecen a la historia.

Vamos a luchar contra asesinos y ladrones que han escalado el poder para sacrificar al pueblo. El pueblo honrado está con nosotros; con nosotros, los militares dignos y los hombres sin mancilla. Venid, pues a participar de la gloria inmortal de redención en que están empeñados los buenos y cuya enseña levanta con el vigor de la juventud, vuestro viejo jefe y amigo. — Máximo Pérez. — Cuartel General en marcha — Junio 15 de 1882". [12]

Esta proclama, redactada con demasiada corrección, lleva sin embargo, en sus motivos esenciales, la impronta inconfundible del caudillo; el responsable de la redacción fue José María Gómez (aunque se habló también de Angel Floro Costa), quien se supuso primero acompañando a los cruzados, informándose luego que se había quedado en Gualeguaychú, donde cometió la felonía que ya relataremos. [13] La proclama se repartió profusamente, junto con el siguiente decreto:

"El Jefe de la Revolución Popular en uso de las facultades que le han sido conferidas por el Pueblo Soberano armado; decreta: Art. 1º: Desconócese el gobierno usurpador de la capital presidido por el individuo Máximo Santos, en todas y cada una de sus reparticiones. Art. 2º: Se declara írrito, nulo y atentatorio a los intereses de la nación, todo compromiso, gravamen o empréstito que a nombre de la Nación se ha contraído en el interior o

12 "La Tribuna", Montevideo, julio 2 de 1882.
13 "La Tribuna", Montevideo, julio 7 de 1882.

exterior por el usurpador y cuyos créditos no serán reconocidos por el país desde esta fecha. Art. 3º: Del mismo modo se declaran nulas y sin ningún valor todas las leyes sancionadas por las Cámaras procedentes de la inmoralidad y no de la voluntad popular. Art. 4º: Todos los Jefes y Oficiales de la Nación que no se presenten dentro de treinta días a este Cuartel General y no justifiquen plenamente ante el Gobierno provisorio, a su tiempo, no haber estado al servicio del usurpador serán borrados de la lista militar. Art. 5º: Insértese en el libro competente y publíquese. — Máximo Pérez". [14]

La invasión de Máximo Pérez —dice José L. Martínez— "consternó el ánimo nacional dado los valerosos prestigios de aquel caudillo". [15] "La Tribuna" temía el arrastre que podía provocar "el esplendor siniestro de su nombre", ante un suceso que era sólo "el estallido de un carácter indomable y soberbio"; pero no tardó en convencerse de que era una "revuelta descabellada e insensata", llegándose a pensar si la "chirinada" de Máximo no obedecía a alguna especulación mercantil. Señalaba además "La Tribuna" "que Máximo Pérez, es el último de los caudillos importantes que acompañaron a Venancio Flores", y que "para la antigua guerra de montonera, Máximo Pérez es, si no el único, el primero y más temible de los caudillos que hoy tiene el Estado Oriental". Para "El Siglo", Máximo era "el último de los caudillos que piensa en restaurar su imperio, harto caro para la República"; "el país estará calculando a estas horas los centenares de miles de pesos que le costará la chirinada del gaucho; item más, las vaças y caballos que habrá arreado; item, las labores rurales interrumpidas, los alambrados rotos, los peones fugitivos y diseminados". En "El Negro Timoteo" apareció una "Exposición que algunos animales dirigen al general D. Máximo Pérez", solicitándole se volviera al país vecino "con su hato de melenudos".

El Gobierno estaba minuciosamente preparado para la emergencia. Las líneas telegráficas del litoral "fueron dejadas expeditas y prontas para cualquier trasmisión urgente". En el litoral se produjo en seguida un intenso

---

14 José M. Fernández Saldaña, artículo citado.

15 José L. Martínez, obra citada, pág. 159, Montevideo.

movimiento de fuerzas armadas. El coronel Villar, que estaba en el Arapey, se puso en marchas forzadas para acampar en el Paso de Quinteros. El mayor Esteban se movilizó con cien hombres de caballería. De Salto se enviaron trescientos hombres, quedando el coronel Viera al frente de quinientos para vigilar su departamento, donde prometía organizar mil trescientos milicianos. En Tacuarembó, el coronel Escayola armó setecientos hombres a lanza; dejó doscientos cincuenta en la ciudad, y el resto lo distribuyó por el departamento, combinando operaciones con Pablo Galarza, quien, al frente de su famoso Segundo Regimiento de Caballería, se puso en marcha desde su campamento de Minas de Corrales rumbo a Paso de los Toros. En Río Negro, su Jefe Político, el coronel Santos Arribio, destacó al coronel Ramos con orden de reunir el mayor número posible de fuerzas y de guardar islas y costas a fin de evitar el desembarco de las armas que se suponían aún en Gualeguaychú; Julio Muró, por su parte, cuidaba la costa de su jurisdicción con el vaporcito "Río Negro", en tanto el "Guarda" quedaba con las calderas encendidas en Paysandú y dos barcos argentinos patrullaban el Uruguay.

Desde Fray Bentos, Arribio le escribió a Santos el 18 de diciembre que Máximo Pérez se había escapado porque en Mercedes "han andado con paños tibios". Informa Arribio que "mantiene en estrecha vigilancia a los Mendoza", "que son buenas piezas", así como al Juez Letrado y al doctor Fein, el del célebre altercado con Santos. Informa además Arribio que José María Gómez, "uno de los principales promotores de esta revuelta", se había hecho firmar un vale por tres mil libras esterlinas antes de revelar toda la trama de la conspiración; Gómez fue luego arrestado por el oficial primero de Gualeguaychú y puesto a disposición de Santos; Arribio aclara que no pudo comunicar todo a tiempo debido a interrupciones en la línea telegráfica, pero gracias a los informes de dicho oficial que vino a verlo a Fray Bentos, sabía hasta la hora en que Pérez iba a desembarcar en la Agraciada o en el San Salvador; allí fue Arribio a esperarlo, pero no acertó a sorprender a los invasores. [16]

Las fuerzas gubernistas proseguían entretanto la preparación y distribución de sus efectivos en toda la exten-

16 Archivo del Capitán de Navío Carlos Olivieri, Montevideo.

sión de la campaña. Al frente de la guarnición de Melo quedaba Justino Muniz, marchando el Jefe de Policía Higinio Vázquez junto con el coronel Cesáreo Gordillo rumbo a la Cuchilla Grande al frente de trescientos hombres. En la costa este, el coronel Honorio P. Fajardo desplegaba líneas de observación. En Durazno, Juan J. Martínez y Antonio Pérez pusieron en pie de guerra el Tercero de Caballería. En Minas reunió a sus fuerzas el coronel Montero, corriéndose el mayor Carabajal hacia las puntas del Yi, y el mayor Martirena hacia las puntas del Mansavillagra. En Casupá y otros puntos se concentraban fuerzas policiales, reuniendo Melitón Muñoz ciento cincuenta hombres en la costa del Santa Lucía. En Colonia, su Jefe Político, Carámbula, llegaba el 21 a San Pedro, en donde se le unieron los subdelegados de Carmelo, Palmira, Víboras y otros puntos; entre estos figuraba en primera línea el celebérrimo Tolosa. Ese mismo día llegaba el coronel Máximo Tajes a Puntas del Rosario, luego de haber reunido caballadas en San José; hacia esta ciudad se enviaron en tren expreso ochenta infantes al mando del capitán del Pérez, y también por tren se mandó artillería a Durazno, cuya infantería, mandada por Valentín Martínez, debió detenerse al encontrar el Yi muy crecido.[17]

Ante ese despliegue impresionante de fuerzas, parecía imposible que Máximo pudiera escabullirse. "La Feria" decía que el plan de Pérez era desembarcar en las costas del San Salvador, tomar Dolores, y esa misma noche apoderarse por sorpresa de Mercedes. Consiguió, en efecto, desembarcar y apoderarse del comisario Caballero con su policía; esa misma noche envió a Esteban Sierra con el fin de proponerle un puesto en la revolución al subdelegado de Dolores, su viejo compañero Palacios; pero éste, apenas tuvo noticia de la invasión, corrió a Mercedes a dar parte de lo sucedido.[18] Según "El Noticiero" de Gualeguaychú, "la villa de Dolores" fue tomada sin disparar un solo tiro, a causa de que la guarnición no existía, y (prosigue en son de burla) los niños de las escuelas que salían en ese momento de clase se plegaron todos a los invasores. En una carta de Luis Madrid dirigida a Idiarte Borda, con fecha 20 de junio, encontramos

17 Datos extraídos de diversos números de "La Tribuna" y "El Siglo" de junio de 1882 y de la obra citada de José L. Martínez.
18 "La Tribuna", Montevideo, junio 23 de 1882.

una referencia a dicha acción; dice Madrid que los revolucionarios "amanecieron el 16 en número de 50 hombres"; los vio salir del pueblo desde una distancia de treinta cuadras; "no llegó ninguno a mi oficina; no era así en otras épocas. A las siete de la noche supe que los revolucionarios habían tomado un comisario con toda su policía; ensillé mi caballo y salí a dormir al campo. El Gefe que los comandaba era el Cnel. Pérez; de esta villa, voluntario no tengo noticia que haya ido nadies"; dice que algunos se fueron "arreados", que el pueblo quedó sólo esa noche y que la gente salió a incorporarse a Galarza; dice luego que seguirá durmiendo "a campo", y que la única autoridad que hay en Dolores son algunas patrullas de noche; termina lamentándose que la paz haya sido alterada por "un amigo de tantos sacrificios". [19]

Máximo siguió costeando el San Salvador, y el 17 se le vio al frente de unos doscientos hombres a tres leguas de Dolores cambiando caballos. En la noche de ese mismo día fue avistado en las puntas del Corralito, cerca del actual pueblo de Egaña, tomando para el servicio unos cincuenta hombres, más o menos, que fueron sorprendidos en sus quehaceres, y que no tuvieron tiempo de ocultarse; entre ellos se mencionaron luego a Salustiano Sierra, a Higinio Tapia, que lo acompañó hasta el último momento, a un hijo de Marcelino Fernández, a un puestero de Correa y a un negro. El ejército liberador tenía el sábado de tarde unos trescientos hombres. De estos, cien estaban bien armados, mientras los demás se ocupaban en improvisar lanzas con cañas tacuaras y facones. Las burlas continuaron: "el Jefe de la Revolución Pérez, se encontraba algo indispuesto y no pudo recibir ese día al cuerpo diplomático, formado por puesteros de los alrededores, que fueron a preguntarle quién pagaba lo que la gente comía". [20] En Mercedes, la alarma fue general, acuarte-

19 Archivo Juan Idiarte Borda, carpeta 1869-1882, legajo 1882, Mercedes.

20 "La Tribuna", junio 30 de 1882, Montevideo. Mucha gente joven emigró esos días para la Argentina, mencionándose a B., P. y Ramón Cazalás, C. Mármol, F. Fernández, F. Gómez, S. Bruconi, M. Labella, etc. Entre las consecuencias de esa alarma, creemos de interés lateral mencionar la suspensión de una función de aficionados en la que intervenían Antonio González Roca, Agustín Guerrero y José María Campos; se anunciaba el drama de Zorrilla "Verdugo y sepulturero", y la comedia de Eduardo Rico "Artistas a Chascomús"; anunciada para el 18, se llevó a cabo el 25, con "gran éxito de público".

lándose la policía y las tropas, las que salieron a campaña el 18. Ese día, Galarza, a quien se le habían enviado dos chasques que, por temor a los invasores, no llegaron a abordarlo, llegaba por fin desde Minas de Corrales, buscando la incorporación del comandante Gaetán y del mayor Ciriaco Padilla, quienes disponían en conjunto de unos trescientos hombres. El único jefe que no acudió al llamado de Galarza fue el viejo compinche de Máximo, Bernardo Doblas, a quien se le suponía entonces por San Martín. [21]

Se comentaba que a Máximo se le había hecho creer en adhesiones que no se produjeron, entre ellas las de Vicente Muela, Ciriaco Padilla, Pablo Galarza, Espíndola, Víctor Ríos, Navajas, Valdez y Zapata, algunos de los cuales, como Eladio Gareta (según relata su nieto, Chico Gareta), Troche (según relato de su hijo Domingo), y muchos otros, no encontraron oportunidad material de plegarse al movimiento. [22] En Soriano desembarcaron ocho hombres que tampoco pudieron incorporarse a Pérez; en cuanto a Manuel Caraballo, se apresuró a trasladarse a Montevideo, haciéndose público, a su paso por Buenos Aires, lo que le dijera a su hijo, el Dr. Justo José, sobre sus propósitos de servir al Presidente. Según datos extraídos del Archivo General, José L. Martínez afirma que las fuerzas policiales de Dolores y veinte hombres más, se incorporaron al Jefe revolucionario. "En la madrugada del 19 de junio, Mariano D'Acosta salió de Mercedes con un piquete urbano de cien hombres, armados a Remington; el mismo día llegó al Bizcocho incorporándose a las fuerzas del coronel Galarza, quien se hallaba acampado en dicho punto", [23] donde se le unieron las fuerzas mandadas por el Jefe Político de Colonia. Tajes, desde el Sur, pasó entonces por La Lata (hoy Cardona), y se dirigió hacia San Martín; se decía que operaba según planes esbozados por Timoteo Aparicio, con quien Santos mantuvo en Florida una conferencia de cuatro horas. El 21, Tajes pasaba por Ciganda, en costas de San Salvador, reuniéndosele en su rápida marcha el coronel Juan Medina con cien hombres provenientes del Rosario. Máximo, amenazado por sus dos flancos (Galarza por el norte y Tajes

21 Archivo del Capitán de Navío Carlos Olivieri, Montevideo.

22 Datos suministrados por Domingo Troche, nieto del comisario José Troche.

23 José L. Martínez, obra citada, pág. 159.

por el sur), quedó dos o tres días merodeando por los montes del Bizcocho; paró en algunas estancias amigas, sufrió lluvias y fríos en los montes; fue luego hacia el sur, en dirección a las puntas del Aguila y del Coquimbo; pero muchos de aquellos con quienes contaba, lo habían traicionado, perdida la fibra heroica de décadas atrás y atemorizados por el despliegue bélico de los gubernistas. Palacios, entretanto, había vuelto a Dolores con refuerzos; la paz de la villa fue solamente alterada por un antiguo soldado de Máximo, ebrio de alcohol y de recuerdos, quien un día penetró a galope dando vivas al caudillo y mueras a los traidores, hasta que fue apresado y enviado a Mercedes.

Permanece la imagen, a través de relatos que se van trasmitiendo de una época a otra, de Máximo sentado en el suelo, cruzado de piernas, hablándole a los paisanos que lo rodeaban: "Yo no vengo a arruinar al país, sino a salvarlo de los dotores que lo tienen todo entreverado"; "yo he sido un bandido cuando era joven; por eso no quiero bandidos conmigo". Pernoctó Máximo en el paso del Canario, sobre el Bizcocho, en campos de los Mernies, por donde dos días después se vio pasar a las fuerzas de Tajes.[24] Galarza pasaba el 20 por la estancia de Antonio D'Acosta, siguiéndole los pasos a Pérez en dirección al Bequeló. Se comentaba que Máximo había contado con sorprender a los dos Galarza en las carreras que ese domingo se iban a realizar en Coquimbo, carreras que se suspendieron oportunamente. Máximo trató de tomar para sus pagos y de acercarse a la estancia de Pablo Avila, situada al este del Bequeló.[25] A las nueve de la mañana del 21, el caudillo fue alcanzado en la barra del Coquimbo; perseguido hacia el este, escopeteado con tesón, dobló entonces hacia el norte, y una legua antes de llegar al Paso del Correntino, enterado de la presencia de fuerzas gubernistas al norte del Río Negro, se volvió hacia Vera, en cuya pulpería se detuvo un rato. Desde allí mandó un chasque con el encargue de traer a Lisandro Cumplido, quien se hallaba en su estancia, a dos leguas del lugar. Cumplido no pudo darle las armas que le pidió el caudillo, regalándole en cambio una maleta de cuero

---

24 Datos suministrados por Alejo Hounié, testigo presencial de algunos de los hechos mencionados.

25 Datos suministrados por Domingo Troche.

de carpincho que contenía seiscientos patacones. De allí Máximo marchó una legua hasta lo de Gregorio Sánchez, quien tampoco pudo proporcionarle un Remington. Pasó luego por lo de Chopitea, en donde le cedieron el caballo Huáscar. Fue entonces cuando se encontró con el oficial Bartolo Leiva, a quien le confesó llanamente que lo habían vendido.[26] Máximo debió cortar innumerables alambradas. El Pay Roque le sirvió de baqueano largo trecho; en la estancia de los Berro quedó el alambrado cortado, como recuerdo, durante más de cincuenta años. Según "La Reforma", Máximo parecía muy tranquilo y declaró que permanecería en el departamento mientras no lo hostilizaran. No traía divisas, y amenazó con pegarle cuatro tiros a quien se atreviera a hablarle de blancos o de colorados.

A la tarde fue nuevamente alcanzado por Pablo Galarza en la azotea de Vera; Galarza llevaba ciento veinte hombres del Segundo de Caballería, algunos infantes del Primero de Cazadores y la gente del jefe político Irisarri, en tanto Máximo contaba con ciento ochenta compañeros. El caudillo se tendió en línea de combate a unas cuarenta cuadras de distancia, pero antes de ponerse a tiro emprendió rápida retirada aprovechando las sombras de la noche, sufriendo entonces la deserción de mucha gente. Al caer esa noche los fogones de la gente de Máximo y de Galarza se vieron brillar a uno y otro lado del Vera, sin que Galarza intentara atropellar a su antiguo jefe.[27] "Las tropas del Gobierno lo persiguieron con tenacidad por espacio de varias leguas sin conseguir darle alcance debido a la buena caballada que poseía". Luego de ser perseguido a media rienda por una partida mandada por Galeano, esa misma noche Máximo llegó a La Laguna, siguiendo rápidamente junto al Arroyo Santiago; sintiendo la aproximación de fuerzas legales, dio marcha atrás hasta aparecer en la madrugada del 22 en las puntas del Bequeló, luego de pasar por lo de Zacarías Casal, a quien le comunicó que iba rumbo a La Lancha;[28] paró allí en la quinta de Martínez con los escasos cuarenta hombres desarmados que le quedaron luego de la dispersión sufrida en la noche del 21.[29]

---

26 Ibídem.

27 Datos suministrados por Pedro Rosales, quien trabajaba en ese año en el campo propiedad de Mayol, en Vera.

28 José L. Martínez, obra citada, pág. 160.

29 Datos suministrados por Alejandro Berro, Mercedes.

Según "La Reforma" de Mercedes, en Vera, Máximo apenas tenía ya setenta hombres; vestía levita militar con las insignias de coronel, llevaba pistola de cuatro caños, y montaba el célebre "Huáscar". El 25 llegaban también a Mercedes, desde Paysandú, el batallón Primero de Cazadores al mando del mayor Pedro Rovira, quien salió a incorporarse a Galarza; el día antes había salido la infantería al mando del teniente coronel José María Calvo, a quien acompañaba el Jefe Político Modesto Irisarri, quedando como jefe interino el Juez de Paz Antonio Bermúdez.

Junto con el batallón de Rovira, llegaba a Mercedes un destacamento de caballería bajo el mando de Florismán Carbajal. Máximo, entretanto, se corrió el 22 desde el Coquimbo hasta las barras del Maciel, adonde llegó con unos setenta hombres; lo perseguía de cerca Tajes, quien llegó a tomarle la caballada, en tanto Galarza seguía con Irisarri, destacando una parte de sus fuerzas al mando del comisario Calvo. Fue entonces, al pasar Máximo cerca de las puntas del Aguila, que su antiguo amigo-enemigo Higinio Fernández se acercó a la estancia de Agustín Arrieta, obligándolo a socorrer a dos heridos de Máximo que traía consigo. [30] Los revolucionarios lograron apoderarse de la correspondencia que iba de Mercedes a San José, quemándola con la valija que la contenía "para atajar los chismes", según expresión de Pérez; "quemó enterita la balija", comunicaba el tropero Eduardo Perera, quien, gracias a que no fue registrado, pudo salvar catorce mil pesos que llevaba en el cinto.

El 23, Máximo Tajes persiguió a lo largo de ocho leguas al caudillo chaná, quien estaba por San Martín con unos cincuenta hombres. La persecución duró en total cuarenta horas, yendo Pérez desmoralizado —según los partes oficiales— con su gente sin comer y mal armado. [31] La situación de Pérez era a esta altura completamente desesperada; las fuerzas gubernistas lo rodeaban por todos

30 Datos suministrados por Santiago Arrieta, nieto de Agustín Arrieta, acompañante de los revolucionarios.

31 El relato de los hechos militares acaecidos hasta la muerte de Máximo Pérez, se ha realizado en base, en primer lugar, a los numerosos partes conservados en el Archivo del Presidente Máximo Santos, propiedad del Capitán de Navío Carlos Olivieri, y, además, a las informaciones de la prensa de entonces y a los datos contenidos en la obra citada de José L. Martínez.

lados y su captura parecía inminente. El comisario Calvo y Galarza estaban por el rincón del Arroyo, buscándolo entre los montes de la Agraciada; un poco más al este, Tajes, en las puntas del Espinillo, había fraccionado sus fuerzas en tres partes: la del centro, cien hombres bajo su mando inmediato, a la izquierda las fuerzas de Ricardo Esteban, y a la derecha quinientos hombres bajo el mando del comandante Benigno Carámbula, quien llevaba como segundo a Tolosa, leal al Gobierno a la sazón; más al sur, la División de Colonia quedaba en observación cerca de las márgenes del Chileno, y más al este, el sub-delegado de Porongos, De los Campos, buscaba contacto con Tajes, con quien conferenció el 22, separándose en seguida con el encargo de vigilar por el Perdido. En su persecución, Carámbula llegó el 23 a las puntas del Espinillo, a cuatro leguas de Dolores, donde se encontró con el Jefe Político del departamento; ese día Galarza siguió a Máximo muy de cerca, no dejándolo ni comer ni dormir, según parte del mismo Galarza, y persiguiéndolo desde el arroyo Palmitas hasta la Agraciada, luego de haber tomado hacia las puntas del San Salvador. "O lo hago tirar al agua, o lo agarro", le escribió Galarza al Presidente. Máximo, que había fraccionado sus cincuenta hombres restantes en varias partiditas, cambiaba a cada momento de dirección, y el 24 a las dos de la mañana, Esteban, que persiguió a Máximo Pérez todo el día 23 y toda esa noche, hacia las puntas del San Salvador, pasaba un parte diciendo que se les había perdido cortando alambradas luego de marchar y contramarchar y de dar mil vueltas a todo galope, tanto de día como de noche. Ese día llegaban algunos desertores a Mercedes, comunicando que el caudillo iba a marchas forzadas hacia la Agraciada, pero cuando Galarza estaba registrando los montes costeros en inútil búsqueda, se supo que Máximo había escapado y andaba por el Monzón, en el extremo sud-este del departamento.

"Con la habilidad que le es característica —rezaba el parte— el viejo zorro, luego de pasarse cuatro días con sus noches sin dormir ni comer, se le había escabullido a los innumerables sabuesos que lo acosaban". En su parte del día 24, dice Esteban: "Nos hace muchas gambetas y es un baqueano de primer orden"; agrega que se le perdió de vista por las puntas del Colla, y piensa que, luego de reconcentrar su gente en la Horqueta del

Rosario, debe haberse escondido entre las sierras del Mal Abrigo, adonde Esteban expresa que piensa llegar en la noche de ese mismo día; agrega que ya nadie le hace caso a Máximo, quien conserva sólo cincuenta hombres; uno de los ayudantes del caudillo se le quedó con su lanza, habiéndose entregado luego. El día 24, se le vio a Máximo acampado en la Horqueta del Rosario con sesenta y tres acompañantes.

"El Oriental" de Mercedes relataba "la parada" que el prófugo le jugó a Tajes el día 23, haciéndole creer que se dirigía a la playa de la Agraciada; las fuerzas de Tajes lo siguieron hasta las afueras de un monte, al cual no entraron esperando el día; pero esa noche Máximo tomó un atajo y se escabulló, apareciendo de improviso en las puntas del Rosario, adonde corrió Tajes al día siguiente junto con Galarza. Se comentó luego el susto que se llevó la población de Palmira, cuyos pobladores, en número superior a doscientos, emigraron en masa a la Argentina, pasando con ellos muchas vacas y yeguas.[32] Galarza se corrió el 26 hasta Paso de los Toros, para evitar que Pérez tomara los pasos de Quinteros y Correntino, únicos entonces vadeables, a raíz de las crecientes que, para mayor perjuicio del caudillo, se produjeron esos días.

El día 26 Galarza comunicaba que con sus fuerzas tenía suficiente para cualquier evento; de los suyos, solamente el mayor Ríos se había unido a Máximo Tajes entre el Perdido y el Arroyo Grande; Galarza, que estaba siempre con el Jefe Político Irisarri, agrega que han llegado muchos desertores, y que algunos se embarcaron "donde pudieron".

En una carta enviada al presidente desde Concordia con fecha 29, se trasmitían confidencias hechas por el mayor Almanzor Chiriff, quien se hallaba enemistado tanto con Santos como con Latorre; reveló Chiriff que el día 27 Simón Martínez le había propuesto a Mario Arriola pasar al Uruguay en ayuda de Máximo Pérez; Simón Martínez debía irse a Uruguayana el 29, de donde pasaría a recoger elementos adictos de que disponía en el Brasil; vigilada la estación de ferrocarril, Martínez no acudió, pensándose que lo haría el día siguiente. También el latorrista Amaro Arguelles llegó el 28 a Concor-

---

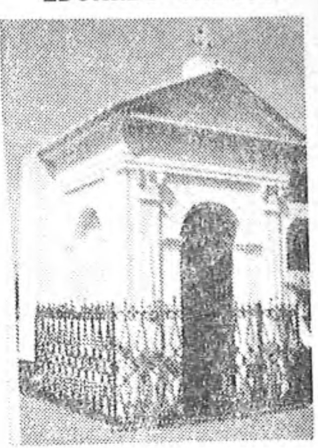
32 "La Tribuna", Montevideo, junio 29 de 1882.



MAXIMO PEREZ

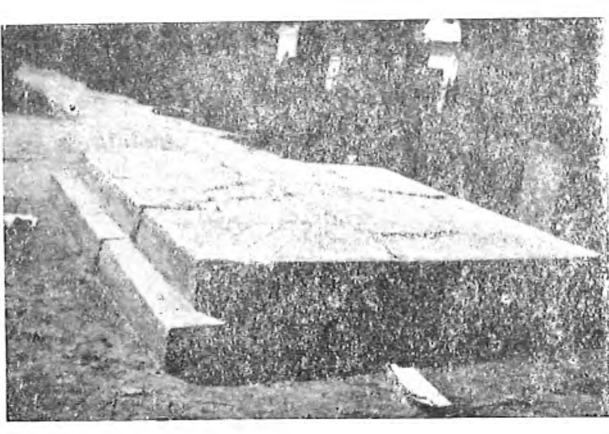


EDUARDO VAZQUEZ



Panteón de M. Pérez, erigido en 186 para guardar los restos de Matea Correa; fue demolido en 1960.

Pretal de caballo Huáscar, de M. Pérez, hoy en el Museo Histórico Nacional; de cuero y plata labrada, con las iniciales del caudillo.



Tumba en donde reposan los restos de M. Pérez, juntos con los de Matea Correa.

dia donde se dedicó a reunir gente, propalándose la noticia de que Máximo Pérez había derrotado al coronel Villar (o Viera) cerca de Paso de los Toros.

El 25 se dijo que Máximo había sufrido una derrota en campos del Sr. Prangue, escapando gracias a los excelentes parejeros que había sacado de ese establecimiento. Ese día, Máximo, luego de gambetear por las puntas de los Arroyos Grande y Rosario, tomó decididamente hacia el oeste —según relata "El Siglo"— cruzando San José "por lo de Tarugo, Santa Cruz y puntas del San José, pasando en la mañana del 27 por Sarandí Grande, rumbo a Cerro Largo. Máximo Pérez estuvo en la Estancia del Sr. Baillo, jurisdicción de Rosario; allí pidió trece capones, los que le fueron suministrados, pagando su importe pese a que no se le quería cobrar. Dijo entonces Máximo Pérez: "Ahí dejo ese fogón encendido; pronto llegará el coronel Tajes persiguiéndome; no le oculte nada, dígale que aquí ha estado Máximo Pérez y que no me dará palmada por mucho que se apresure". También estuvo en la estancia de Bartolomé Morosini, de donde sacó dos cojinillos y cuanto caballo había. Lo acompañan cincuenta hombres mal armados y mal vestidos, pero con muchos y buenos caballos". [33] En la noche del 25 volvió a escapársele a Esteban, cuya gente se caía de puro sueño sobre el caballo.

Según José L. Martínez, "tras una marcha rápida y bien dirigida, vadeando picadas, cortando alambrados, el coronel Pérez llegó el 26 de junio a Las Sierras, donde debió haber quedado inmovilizado o ser batido pues quedaba rodeado por un círculo de fuerzas legales. Tal era la opinión del Jefe Político de Minas D. Francisco Montero, quien por hacerlo público recibió una severa amonestación del Gral. Santos".

Al día siguiente Máximo fue visto por el mayoral Taro —de las diligencias de Rodríguez que hacían la carrera a Porongos— en la punta propiedad de Pintos, viuda de Don Olegario Sierra; allí cortaron el alambrado del Dr. Vaiza, y siguieron rumbo a la azotea del Maragato, en las puntas del Chamizo, arreando caballadas de varias estancias. El coronel Batista, con siete hombres, no se animó a seguir a Máximo, quien iba con cincuenta, retirándose a San Gregorio para reunir más gente. Según

33 "El Siglo", Montevideo, julio 1º de 1882.

otros informes, el lunes 26 Máximo pasó a las once por Estación Sarandí acompañado de unos sesenta hombres; el mismo Pérez dijo allí que se le había desbandado mucha gente; perseguido por el comisario Iglesias, por "los dos Calleros, Cantero, Barboza, Soria y toda la policía de Florida", y esquivando la presencia de Timoteo Aparicio, apostado en el arroyo de la Virgen, entrada del departamento, tomó rumbo a Minas, luego de sufrir la deserción de Estanislao Díaz. Había llegado a unas doce leguas de Durazno, pero sentido y perseguido al mismo tiempo por las fuerzas de Durazno y de Florida, debió huir "castigando a dos lados". El desertor Díaz declaró en Sarandí que no habían tenido ningún encuentro militar, y que Máximo llevaba veinticinco hombres bien armados rumbo a las sierras de Minas. El día 27 el estanciero Cabral informó haberlo visto en Cerro Colorado (estancia de Jackson) en el departamento de Florida. Máximo iba de levita militar, sin poncho, y su gente iba pobremente vestida; un mayordomo le cedió una capa al caudillo, quien desde allí tomó en dirección al Rincón de Ramírez. "El Oriental" de Mercedes relataba que había comprado ocho cuchillas en una pulpería y que las había hecho engastar en tacuaras; afirma que no hace daño alguno al vecindario y que paga lo que consume, llevándose los mejores caballos; comenta además que el error del Gobierno es pretender coparlo con columnas pesadas. Máximo sólo marcha de noche y de madrugada, recorriendo entonces distancias increíbles. Así es como el 27 fue visto en Sierras del Pescado, camino a Cerro Largo, luego de recorrer treinta leguas en una sola noche. De allí desprendió diez hombres contra el comandante Rodríguez, residente en el Pescado, contra quien mantenía viejos litigios; sus hombres no pudieron encontrarlo, y se contentaron con arrearle una tropa de sus mejores caballos. [34]

A pesar de todas las persecuciones, Pérez, demostrando un conocimiento pleno de nuestro territorio y "una extraordinaria habilidad estratégica", se había vuelto a escurrir entre las fuerzas enemigas. "Llegó a las alturas de San Gregorio, consiguiendo luego evadirse por la frontera brasileña", [35] rezaba uno de los partes del 27 de

34 "La Tribuna", Montevideo, julio 27 al 30 de 1882.
35 José L. Martínez, obra citada, pág. 162.

junio; esa noticia dio lugar a que el 29 el Gobierno diera por terminada la revolución e hiciera licenciar a algunas de las tropas reunidas; se procedió también a entregar los caballos recogidos en la campaña y a dar constancias de los desaparecidos (según carta de Villar transcripta por José L. Martínez); se citaron con tal fin a los respectivos dueños para que cobraran los vales que se les había dado en cambio de los caballos, y se reintegraron algunas tropillas al campo de Mauá. La paz reinaba en Soriano, salvo una epidemia de raterías que obligó al Comisario Calvo a salir a campaña; se afirmaba que Máximo se había embarcado el 28 en Rosario, y el 30, cumplida su misión, los regimientos de Paysandú regresaban a su departamento.

La noticia de la evasión de Máximo había resultado apresurada. Empezaron a llegar los partes, copiosos y detallados, de Vázquez, de Escayola, de Esteban. Y se fue sabiendo entonces la verdad, esa verdad que ahora podemos reconstruir minuciosamente en base a tan abundantes testimonios. [36]

Máximo se había internado en Minas en la noche del 27, cerca del Arroyo Godoy, escapando a duras penas del comisario Gallegos, quien estaba al acecho de su paso apostado en el Cerro Colorado (departamento de Florida). El caudillo chaná llevaba unos cincuenta hombres y ciento cincuenta caballos. Según el coronel De los Campos —a quien se le presentaron dos insurgentes que habían desertado en la Sierra de Casupá— el objeto de esa incursión por Minas era el de procurar la incorporación de Galeano y de Guarumba. Al día siguiente, G. Guevara informaba que venía pisándole los talones desde hacía tres días a los rebeldes, quienes le hacían "más gambetas que el avestruz". Estando acampado al margen del Arroyo de los Chanchos, al norte de Minas, Máximo fue alcanzado allí por el comandante Esteban; pero éste, habiendo cansado su caballada en una larga persecución a marchas forzadas, debió finalmente detenerse luego de buscar inútilmente caballos de refresco. Máximo aprovechó en-

36 El relato de los hechos que siguen se basa en el mencionado archivo propiedad del Capitán de Navío Carlos Olivieri, así como en la obra de Ramón G. Pereira Pérez, "El Pueblo de Nico Pérez", pág. 206 y siguientes. Montevideo, 1932.

tonces para tomar hacia el norte, perdiéndosele de vista durante dos días a Esteban, quien debió continuar su marcha de rigurosa infantería.

El 1º de julio a mediodía, el agrimensor Carlos Búrmester estaba haciendo mensuras con algunos peones (fue el que delineó el pueblo de Nico Pérez), cuando vio asomar sobre la loma una columna de la que se adelantaron tres hombres. Preguntó uno de ellos por el agrimensor Don Carlos, contestó éste que estaba a sus órdenes, replicando el mensajero: "El coronel Máximo Pérez, jefe de las fuerzas que han hecho alto para carnear, me ha dicho que, sabiendo por algunos vecinos que usted está midiendo este campo y siendo amigo viejo de usted, le agradecerá baje hasta su campamento, pues tiene urgencia de hablar con usted". Búrmester contestó que iba en seguida y le recomendó que no carnearan, pues el dueño del campo, Erimito Machado, había ordenado que se carnearan tres reses a pedido de Búrmester, quien se las enviaría al jefe prófugo de inmediato. Media hora después Búrmester echó pie a tierra en el campamento de Pérez. Relata Búrmester: "mate en mano, Pérez se paró para saludarme y darme un fuerte abrazo, diciéndome: amiguito, ahora es el momento que me pague los churrascos que el año de 1875 comió en mi estancia de Gualeguaychú". En ese año, derrotado en la Revolución Tricolor, Búrmester se había refugiado dos meses en la estancia de Pérez; indultado, se había ido luego a Montevideo. "El coronel Máximo Pérez nos trató gentilmente, como lo hacía con todos los emigrados y nos separamos de su lado gratísimos a sus mil atenciones", relata Búrmester. "Me pidió informes sobre la situación de las fuerzas del Gobierno, para orientar su retirada; me manifestó que el Comandante Islas con la División Florida venía pisándole los talones. Que se le había desertado mucha gente y que apenas le quedaban unos sesenta hombres. Me dio un impreso del manifiesto que había lanzado al país el 16 de junio, después de su pasada". Le dijo Pérez que había contado con la promesa de varios jefes, quienes "le fallaron cobardemente", que se le había desertado hasta su secretario, y sólo le pedía un par de baqueanos para ir hasta el Brasil. Búrmester trató de persuadirlo de que lo excusara, pues era fácil llegar en tres días a la frontera, en tanto él no podía dejar sus compromisos y correr el riesgo de que lo tra-

taran como revolucionario. Pérez insistió, y como Búrmester "conociera su manera de ser" tuvo que acceder por temor de una represalia violenta. Una hora después llegaron los carritos con la carne; "se churrasqueó fuerte, y al terminar el día se levantó el campamento, después de habernos informado unas descubiertas que a cuatro leguas de ese lugar estaba acampado Islas". Los dos baqueanos se pusieron, uno al lado de Pérez, a la cabeza, y el otro con la caballada, por si ésta se veía obligada a apartarse de las fuerzas. Esa noche hicieron marchas forzadas hacia Cerro Chato. El 1º —dice Búrmester— acampamos en las puntas del Fraile Muerto; levantaron campamento a las cinco de la tarde y tomaron para Mazangano; ese día les "tocó la retaguardia una partidita" que mandaba el comisario Cabrera.

Al pasar el 1º de julio por Cerro Chato, Máximo fue avistado por el comandante Islas, con quien se tiroteó largo trecho. Viajeros de la diligencia de Cerro Largo que lo vieron pasar, confirmaron que Pérez no llevaba más de cincuenta hombres casi desnudos. Islas lo persiguió a lo largo de quince leguas, secundado por Paulino Méndez y por Piñero, quienes venían desde Durazno con partidas de sesenta hombres cada uno. Informado entonces por Escayola, Higinio Vázquez, quien, luego de haber recorrido todo el Río Negro con doscientos cincuenta hombres, se hallaba el 30 en el Cordobés, se lanzó en persecución del caudillo. Según opinión del mismo Vázquez, Máximo lo facilitó creyendo que nadie lo seguía, lo que explica su campamento de cuatro horas en Fraile Muerto. A las doce de la noche de ese mismo día, una partida de diez hombres bajo el mando de Escobar salió al encuentro de los prófugos, con quienes se tiroteó cañada por medio, y a quienes obligó de esa manera a cambiar de rumbo. En esa media noche —relata Búrmester— "procuré retrasar la marcha hasta que llegara la caballada", con cuyo baqueano había concertado la deserción. Pararon ambos la caballada y, cambiando de caballos, apartaron cuatro y los llevaron "de tiro". Búrmester le dio dos cóndores a un correntino que mandaba "el plantel de las caballadas", y —agrega— "a título de ensillar y arreglar nuestro apero, nos quedamos a retaguardia, contramarchando el camino recorrido, llegando el día 2 a la una de la tarde a Cerro Chato". Allí supieron que Islas se había desviado para ocupar el paso del Mi-

nuano y que habían pasado algunos desertores de Máximo Pérez. A las tres de la madrugada, aprovechando el antedicho entrevero, desertó el otro baqueano, el que iba junto a Pérez, quien el día antes le había dado seis cóndores para que no careciera de recursos en el caso en que tuvieran que dispersarse. Le dijo entonces al baqueano que si veía a Búrmester le agradeciera sus servicios, los que ya no necesitaba, pues estaba ya a un día del Brasil y conocía esos lugares por haber peleado en ellos en 1870; Máximo celebraba que Búrmester se hubiera retirado "porque en el resto de la jornada que quedaba por hacer podía pasar un mal rato con el tal Higinio Vázquez".

Al día siguiente, 2 de julio, a las cuatro de la tarde, Vázquez alcanzó a Máximo en el cerro del Bichadero; los revolucionarios optaron por desbandarse, cayendo catorce de ellos en manos de sus perseguidores. Máximo Pérez logró escapar con un pequeño grupo, internándose en los potreros de la barra del Hospital. En esa noche Vázquez se apoderó de algunos dispersos. Seis infantes y un oficial que habían sido mandados por Pérez a la descubierta, aprovecharon esa emergencia para desertar y para volverse a Mercedes; apresados en una pulpería, informaron que apenas si seguían al caudillo unos catorce hombres: carecían de caballos de repuesto, pero Máximo montaba uno de pura raza. Se ordenó registrar esa noche los montes situados a uno y otro lado del Río Negro, pero a Vázquez se le disparó esa misma noche la caballada; tal circunstancia le hizo perder seis horas de camino, creyendo entonces prudente retirarse a Mazangano. Acudió entonces en su ayuda el mayor Domingo Mesones, quien se vino en un galope con sus doscientos hombres desde las puntas del Olimar, donde estaba acampado junto con las fuerzas de Gordillo. Rechazó su ayuda Vázquez y le ordenó que regresara a proteger la población de Melo. "En este depto. —comunicaba Vázquez— se pusieron en armas mil y tantos hombres sin ostigar a nadies. Nuestro amigo Demartino alarmó un poco al pueblo y quería entrar en grandes gastos; no atribullo esto a que él tuviese mal deseo pero si a su poco valor y Energía pues cuando Pérez puso las narises con dirección a este pueblo, él puso aquí a más de 500 hombres y le parecían pocos, y esto es con ser que a mi salida no le encargué otra cosa más que la Econo-

mía, orden y sin alarma". Luego de haberlo perseguido todo el día 2 y de tomarle seis prisioneros, Vázquez supo que Máximo "se dirigía a los potreros del Río Negro, en los campos del Sr. Mattos. En el día 3 —agrega— dirigiéndome para ese punto, me encontré una gente del Cerro Largo a órdenes del Capitán Estomba". "Este Estomba es capitán muy antiguo —informó Vázquez—, era de la gente de Fidelis, es hombre joven y muy educado, muy formal, y sin ninguna clase de vicios, y figuraba ahora en mi división como segundo jefe del escuadrón de GG. NN. de nuestro digno comandante Gordillo. Le hago esta relación para que V. E. pueda considerar a los hombres que tan decididamente se han prestado a salvar nuestra querida patria".

Estomba, destacado por Vázquez con una partida de cuarenta hombres, se lanzó de inmediato en procura de Pérez. Le hizo ganar los potreros del Hospital, "rodeándolo en forma estratégica y peligrosa para Pérez. El Capitán Estomba pidió inmediatamente protección a Higinio Vázquez, quien envió al Teniente Patricio Gordillo con una partida". Entretanto, Vázquez le ordenaba a Muniz que guardara con sus doscientos hombres todos los pasos del Río Negro cercanos al Brasil. Máximo, luego de cruzar por la picada Suárez a las dos de la mañana del día 3, acampó a las cuatro de la tarde a una legua del paso de Mazangano, paso que estaba "a bola pié". Aprovechando todas las circunstancias, Pérez se le escapó a Vázquez por la picada de Larriera, en la barra del Hospital, "a la cuenta para emigrar por Aceguá, pero como lo sintiese el Coronel Muniz, ya cerca de las puntas del Yaguary, Máximo volvió a repasar el río y se emboscó de nuevo; esto fue la noche del día 3". "Puedo asegurarle a V. E. —agregaba Vázquez— que el Coronel Muniz es un verdadero fiel amigo de V. E. y que le debe grandes servicios los que siempre tiene presentes". Detalla luego Vázquez "el grandícimo empeño que ycieron los Gefes y oficiales que me acompañaron para esterminar la invación".

Los perseguidores le habían perdido la pista al caudillo prófugo, pero en la madrugada del día 4 una partida divisó un caballo ensillado en la isla del Hospital. De inmediato regresaron con la noticia. Eran las siete y treinta de la mañana, y el capitán Estomba, auxiliado por las

fuerzas comandadas por Gordillo y por las del comisario de Tacuarembó Baldomero Cabrera, se acercaron al monte y lo rodearon cuidadosamente. Fue destacado un bombero que no volvió; se supo después que había sido muerto en la isla. La situación de Máximo era desesperada. Todas las retiradas estaban cortadas. Al norte, Muniz; al sur, Vázquez; más al este, Mesones con las fuerzas de Melo; y al oeste, Esteban, quien, luego de conseguir caballos, llegaba el día 4 a dos leguas al norte de Mazangano. Fue entonces cuando, en un último arranque de su indomable bravura, el caudillo chaná resolvió salir de su madriguera, y al frente de los treinta hombres que le quedaban le llevó la carga a punta de lanza a las fuerzas comandadas por Estomba, pretendiendo abrirse paso a toda costa. "El encuentro fue decidido y heroico —dice el parte oficial— y es notorio el valor desplegado entre aquellos combatientes que en igual número de treinta contra treinta hicieron lujo de valor". En cierto momento —según relato de Salvador Fuentes, nieto del insurgente José Molina— Máximo quedó acompañado solamente por su sobrino Solferino, el negro Gubertín y el mencionado Molina; viendo que se le venía encima un grupo de ocho hombres con uno de ellos cortado al frente, Máximo le gritó a sus compañeros que lo dejaran sólo, que él se iba a encargar de lancear a ese "corsario". Ya en plena carrera, lo habría alcanzado una bala de máuser, hiriéndolo en un riñón. —"Disparen que me ha alcanzado una mora, carajo!"— les habría gritado. Y allí quedó, herido de muerte, abrazado al cuello de su caballo, en tanto Solferino Pérez, que se había arrojado al suelo, era muerto a sablazos, y Gubertín huía llevándose la maleta con el dinero.

El matador de Pérez resultó ser el sargento Eustaquio Ramírez, de la gente de Gordillo, todos los cuales —según dice Vázquez— debieron demostrar en la ocasión "un valor imponderable". "El Comandante Gordillo está yeno de satisfacción por ser su gente la que terminó con Pérez, y dise que muchas pruebas de éstas quisiera darle a V. E. para medio recompensarle lo que él es hoy y los grandes servicios que le deve a V. E. y dice que el General Santos es su verdadero padre. Creo de mi dever dar estos datos a V. E. para hacerle conoser los que son sus fieles y verdaderos amigos. Con este

motivo le felicitamos por el restablecimiento del orden público en nuestra República".

Según "El Oriental" de Mercedes, "Máximo Pérez, ya prisionero, fue muerto por un soldado de un tiro en la espalda". "El Ferrocarril" de Montevideo afirmó en un principio que había muerto a causa de varios lanzazos; "La Nación", a raíz de un balazo en una pierna; y hubo diario, como "La Patria Argentina", que creyó del caso inventarle una muerte heroica, a lo Leónidas, matando, antes de morir, a incontables enemigos.

El desbande de los revolucionarios fue total; seis fueron muertos, otros seis cayeron prisioneros —inclusive uno de los Avila— y el resto se dispersó y "salió hecho sera", tomando hacia las puntas del San Luis, logrando trece de ellos internarse en el Brasil. Vázquez reunió en total treinta y tantos prisioneros; cayeron también en su poder el caballo de reserva de Máximo, su lanza y tres Remingtons; Cabrera comunicó de inmediato el hecho a Escayola, quien estaba en la Cuchilla Negra con trescientos hombres, acechando el posible paso del caudillo. Los gubernistas, por su parte, sólo sufrieron la muerte del soldado Luis Silva. Según noticias llegadas posteriormente desde San Fructuoso, Cabrera había perseguido una partida de cincuenta a sesenta hombres, creyendo que, por ser la mayor, iba en ella el caudillo; Máximo iba en realidad, con el resto de su gente, despistando de esa manera a sus perseguidores.

El cadáver de Máximo Pérez fue enterrado por Nemesio Escobar en el mismo lugar donde murió, en donde "púsole señal". Allí quedó Cabrera haciendo guardia, en tanto Vázquez, Gordillo y Muniz se reunían para festejar el éxito obtenido. En total se concentraron en San Fructuoso treinta y seis prisioneros, a los que se esperaba agregar algunos más. Un telegrama de Bagé informaba que un grupo de once hombres se había internado en el Brasil, declarando haber sido derrotados entre el Hospital y el San Luis. Allí, pues, a pocos kilómetros de la frontera, luego de una tremenda odisea a través de nuestra república, terminaba definitivamente la carrera del caudillo de Soriano. La noticia llegó a Mercedes al día siguiente, con un telegrama al Jefe Político que terminaba diciendo: "si tiene algunas fuerzas o policías reforzadas, licéncielas, agradeciéndoles en nombre del Go-

bierno el concurso que han prestado a la causa del orden". En cuanto a Galarza, según él mismo lo relataba años después, no había tratado otra cosa que proteger la fuga de su antiguo jefe, pero lo había perdido de vista y llegó cuatro horas después al lugar de su muerte; daba la casualidad que el jefe de la partida que mató a Máximo Pérez había sido protegido por Galarza en ocasión de haber caído prisionero en San Salvador, acompañándolo luego como asistente. En Melo, la noche del 5 se reunieron más de cuatrocientas personas, quienes se dirigieron en manifestación a la Jefatura donde vivaron al Gobierno y felicitaron a Vázquez; éste agradeció con un discurso tales expresiones, sirviendo un refresco con menos economía que la que recomendara no muchos días atrás. [37]

"Fue de sentirse la muerte de aquel valeroso caudillo —dice José L. Martínez— no sólo por la penosa circunstancia de haber muerto luchando contra elementos que ceñían la divisa inmortal del Sitio Grande, sino porque aquella figura de héroe que se había batido con denodada bizarría en las cruentas jornadas de la Cruzada Libertadora, era digno de caer en un escenario epopéyico frente a una de esas formidables cargas a lanza,

---

37 Huáscar había sido adquirido por el estanciero J. Sánchez en las ventas de Bullrich, en Buenos Aires, a un catalán de apellido Porro; dicha compra obedecía al propósito de ganar una apuesta por mil libras esterlinas que formalizara con un estanciero rionegrense, por la que ambos se comprometían a correr con un animal que tuviera sus marcas respectivas. Introducido clandestinamente por la costa, Huáscar fue curado de sus excemas con baños de río, se le puso la marca de Sánchez, y ganó fácilmente esa y otras pencas que se organizaron. Al ver que nadie se le animaba, Sánchez determinó rifarlo a una libra el boleto, siendo Chopitea el favorecido. (Datos de Don Alejo Hounié, radicado en esos años en la campaña de Soriano).

Tiempo después, en marzo de 1884, Santos se lo enviaba a Gervasio Galarza en calidad de regalo. Huáscar llegó en tan buenas condiciones que obtuvo todavía varios triunfos en pencas cuadreras. (Datos extraídos del Archivo del Presidente Santos, propiedad del Capitán de Navío Carlos Olivieri).

La casaca militar de Máximo sufrió también sus peripecias; habiéndose apoderado de ella un guardia nacional, apenas licenciado se la llevó al Brasil, en donde se dedicaba a trabajos agrícolas; fue recién después de cierto tiempo que Higinio Vázquez pudo hacerse de ella —en ocasión de un viaje a Melo del referido guardia— enviándosela entonces al presidente Santos a quien se la había prometido.

mandando sus montoneras gauchas bajo el estruendo del cañón y las descargas diezmadoras de la fusilería".[38] Agrega después: "Si la desgracia no hubiera querido encaramarse sobre el destino del gran lancero chaná Máximo Pérez, este soldado del denuedo, se hubiera amparado en el Decreto del 20 de Abril de 1880, y el país hubiera contado con esos heroicos viejos que fueron grandes en su época".

José M. Fernández Saldaña, por su parte, dice: "Murió en su ley, a caballo, lanza en mano, al frente de sus jinetes, que lo seguían nada más que por ser él; sin saber ni querer saber adónde iban".[39]

"Las lanzas de estos jinetes nómadas no pudieron contra el ferrocarril, el telégrafo, el alambrado y los fusiles del ejército nacional, lo que había podido contra el desierto, la carreta y el fusil de chispa de medio siglo antes".[40] Como comentaba "La Tribuna" de entonces, "el gaucho tiene ahora intereses que conservar"; además faltaba "'el elemento flotante que acudiera al llamado del prestigio del caudillo". Desde 1880, apunta Alberto Zum Felde, el gaucho "bota de potro, pecho desnudo, vincha, melena, y lanza", tenía que irse batiendo en retirada ante una policía y un ejército más poderoso; iba perdiendo así sus arrestos de altiva virilidad, para decaer en el compadrazgo y en el crimen; doblegado, se hizo humilde, vago y vicioso, peón o milico; sólo podía escapar a esa disyuntiva enterrando su miseria proletaria en los pueblos de ratas, pueblos de los que viven desterrados de su mismo pueblo. La familia legal se hacía difícil; el gaucho fue perdiendo el sentido del honor, y hasta su salud, a la que acechaba una tuberculosis endémica. Se hizo sedentario, viviendo de changuitas ocasionales en yerras y esquilas. Y así lo halló Máximo, perdida su dimensión estética, su antiguo valor y su destreza consumada. Y pagó su error con su muerte, con la única clase de muerte que podía corresponder ya a una vida que se había desacompasado con su época.

"El Ferrocarril" escribía con oportuna elocuencia que "Máximo Pérez es el último caudillo que desfila hacia la

38 José L. Martínez, obra citada, pág. 173.

39 José M. Fernández Saldaña, "Diccionario Uruguayo de Biografías", pág. 1.005, Montevideo, 1945.

40 Juan Alvarez, "Estudio sobre las guerras civiles", Buenos Aires, 1914.

eternidad, llevando tras de sí los últimos restos de las épocas pasadas"; "no es una personalidad que desaparece; es toda una etapa de nuestra historia; es el viejo edificio que se derrumba. Era un valiente y ha muerto en su ley; combatiendo, como pasó su vida". [41]

La muerte de Pérez tuvo sus beneficiarios inmediatos; Estomba fue ascendido a Capitán de línea; el sargento Ramírez fue ascendido a alférez y recibió doscientos pesos, etc. En cuanto a los prisioneros, fueron enrolados a la fuerza, pese a las reclamaciones interpuestas por algunos de ellos. El jefe Político de Soriano comunicó de inmediato la nueva a los comisarios del departamento: "Con especial satisfacción comunico a Uds. la muerte de Máximo Pérez en el lugar denominado El Hospital". [42] A raíz de algunos comentarios ofensivos de "La Reforma" de Mercedes, se recibió en ésta un anónimo firmado por "gauchos peristas", el que termina así: "Hile muy delgado, que si Máximo Pérez no está, hay quien le guarde las espaldas. ¿Ha comprendido?"

En esos días aparecieron en "El Siglo" las últimas líneas que se conocen de Máximo Pérez. Esa carta fue recibida por "una respetable persona de Gualeguaychú", cuya responsabilidad se ponía fuera de duda. Está fechada en Tacuarembó, el 4 de julio, y termina así: "Pronto me haré sentir cerca de Uds. también de los renegados que no saben otra cosa que disparar como los ñanduces. El día que se paren de fé, les voy a dar una buena lección. Recuerdos de todos y ordena a tu Máximo Pérez".

Días después, Vicente Muela se trasladó a Montevideo a pedido de los herederos, a fin de gestionar el permiso para trasladar los restos del caudillo a lugar sagrado.

Concedido éste, fue el mismo Muela el encargado de ir a buscar los restos, acompañado de Fermín Martínez; tomaron la diligencia "La Salteña" hasta Itapebí, e hicieron parte del resto del viaje en ferrocarril. Encontró los restos en campos del Sr. Mattos, en el paraje denominado "Potreros del Río Negro" (en Tacuarembó, hoy Rivera), o también "Isla del Hospital"; de allí los trasladaron al cementerio que estaba cerca del cerro del Bichadero; el expediente sucesorio atestigua que "fue muer-

41 Transcripto por "El Siglo", Montevideo, 8 de julio de 1882.
42 Archivo de la Jefatura de Policía, Mercedes, legajo 1882.

to por fuerzas del Comisario Cabrera y el Capitán Estomba, en la madrugada del 4 de Julio"; transcribe la anotación de óbito, hecha en 1883 por mandato judicial, en la que se le atribuyen cincuenta y cinco años. En el acta de defunción, fechada al año de su muerte, se le atribuyen en cambio sesenta años de edad, dato que creemos más exacto. [43]

Al año siguiente, en el mes de junio, los restos del caudillo fueron traídos a Mercedes. Pese a que Máximo había sido dado de baja, Pablo Galarza, Jefe Político entonces del departamento, pidió y obtuvo que se le rindieran honores militares. La población se asoció en gran número, circunstancia que "La Reforma" registró como un hecho excepcional. Los restos fueron depositados en el templete que el mismo Pérez erigiera, desde la fundación del cementerio, en memoria de su primer esposa Doña Matea Correa; está situado todavía a la entrada del segundo cuerpo, y recientemente se ha decretado su demolición. Para ese día se le acondicionó y recompuso, como consta en la cuenta pasada por Esteban Predari (treinta y cinco pesos por componer y blanquear la bóveda). Fortunato Gigena imprimió en "El Río Negro" doscientas esquelas de invitación, y Santiago Cavagnaro le alquiló a sus deudos dos carruajes por ocho pesos. Juana Pérez se había domiciliado entonces en calle Canelones número 198. En cuanto a José María Gómez, intrigante de marca mayor y causante indirecto de la muerte del caudillo, era apresado en su domicilio por orden de Galarza en noviembre del mismo año y puesto a buen recaudo en la prisión de la Jefatura. [44]

En el expediente sucesorio se mencionan los bienes dejados a sus herederos: una fracción de campo de mil cuatrocientas cuadras a siete pesos la cuadra en el Cabelludo, con 147 vacunos, 1.165 ovejas y 16 yeguarizos; un terreno a orillas de la ciudad a inmediaciones de los antiguos Corrales de Abasto, de 42 mts. 45 de frente por igual fondo, lindando a calle sin nombre y por el oeste "con la calle llamada de Camps"; ese terreno fue escri-

43 Archivo de la Parroquia de Mercedes, libro 6 de defunciones, folio 127.

44 "El Oriental", Mercedes, noviembre 17 de 1882.

turado a la sucesión en noviembre de 1882 por la Junta Económico - Administrativa ante el escribano Francisco Sáez; Máximo lo poseía ya desde su segundo matrimonio. En cuanto al campo, según dicho expediente, estuvo luego en tratos para vendérselo a D. Modesto Fernández, pero luego se le revocó el poder al Dr. Camp, y Vicente Muela se encargó de vendérselos a Pedro Hounié. El valor total de los bienes inventariados excedía en poco los veinte mil pesos.

La sucesión dio lugar a largos litigios entre los hijos, Juana, Máximo y Justino, su viuda Josefa Báez de Pérez, y su sobrino y apoderado Vicente Muela, llegándose a una transacción luego de muchos años y de consumir la mitad de la herencia. La viuda de Máximo, Pepa Báez, vino a radicarse en Mercedes con su hijo Martín Pérez Báez; éste llegó a servir con Galarza, integrando los famosos "guayaquises" de la plaza Nueva. En 1883 había sido llevado por Muela a estudiar en la Escuela de Artes y Oficios creada en Montevideo por Santos, pero allí —según certificados de los doctores Pedro Blanes y E. Imas— enfermó de una erupción intensa a la piel, sufriendo ataques nerviosos convulsivos que obligaron a retirarlo, falleciendo en 1888 a los diecisiete años de edad. En cuanto a Pepa Báez, después de residir muchos años en Mercedes recibiendo pensión como viuda de Máximo, se fue a Montevideo, volviendo posteriormente a Mercedes, con residencia en calle M. Ferrería 880, donde falleció el 28 de agosto de 1931, a los 81 años de edad. [45] Juana A. Pérez también se trasladó a Montevideo, donde vivió junto a la hija de uno de los enemigos acérrimos de Máximo, el comandante fusilado en Paysandú, José María Braga. Juana Pérez y Concepción Braga sellaban así una reconciliación póstuma que sólo la muerte de la primera pudo desbaratar, en el año 1923. [46]

---

45 Cementerio de Mercedes, certificados de defunciones, tomo II, foja 214.

46 Datos suministrados por Justino y Máximo Pérez, nietos de Máximo Pérez. Josefa (Pepa) Báez vivió el resto de su vida en Mercedes, casándose con el sobrino de Máximo Pérez, Vicente Muela, con quien tuvo dos hijas que fueron a vivir a Montevideo. Pepa Báez, según gustaba decir el bravo Vicente Muela, "nunca se le había humillado al coronel Pérez". Aunque compartieron todas sus horas, alegres o amargas, tuvieron altercados famosos; según palabras del mismo Muela, confirmadas por otros conductos fidedignos, en una ocasión Pepa Báez llegó a vertir plomo derretido

El cuerpo de Máximo fue trasladado por Juana el 19 de abril de 1905 a una sencilla tumba del segundo cuerpo del cementerio de Mercedes; cubre esa tumba una lápida cuadrada de concreto de 10 metros cuadrados de superficie; en uno de sus bordes, como única inscripción, con torpes mayúsculas de escritura caligráfica, aparece el nombre del otrora famoso caudillo.

En las primeras horas de un día de diciembre de 1956 se procedió a la apertura de la tumba por disposición municipal; mezclados con la tierra, se encontraron los restos de tres personas; y entre ellos, los deshilachados galones dorados de la levita militar del caudillo, así como la visera de cuero de su quepis. En una urna de hojalata, se encontró otro cadáver reducido, al parecer de un hombre de color, de larga y ondulada melena. La falta de toda constancia al respecto, deja solamente lugar a presunciones tal vez inverificables; los restos que aparecieron confundidos con los de Máximo Pérez serían los de su hija Juana y los de Concepción Braga, correspondiendo los de la urna, según algunos testigos, a los de un viejo servidor de Máximo al que Juana habría querido dispensar ese honor póstumo.

Dicho panteón fue adquirido por Juana Pérez el 19 de abril de 1905 por la suma de treinta pesos, pasando en 1923 a ser propiedad de Concepción I. Braga. Fallecida ésta, las deficiencias legales de las pruebas documentales presentadas mantienen todavía su posesión en litigio.[47]

---

en un oído de Máximo que dormía, lo que le valió una paliza legendaria. En otra ocasión, Pepa Báez le quemó unas sillas tapizadas de rojo que Máximo tenía en mucha estima. No encontrándolas a su regreso, Máximo la increpó con su voz tonante: "¿Dónde están mis sillas, blanca de m...?", con la paliza consiguiente. Pepa Báez era famosa por su ánimo abierto, su charla desbordante y su natural simpatía. En cuanto a Juana Pérez, la otra heredera, vivía en Montevideo con la hija del coronel Braga; era también mujer de trato ameno, pero nunca dio pie a sus pretendientes, atraídos por su belleza morena. Conocemos a algunos de sus pretendientes desairados. (Informes suministrados por las señoritas Ramírez, cuyo padre estaba emparentado y convivió con Máximo Pérez, y por el señor Mesa, antiguo vecino de Mercedes).

47 José Pereira Rodríguez, de una conferencia dictada el 20 de noviembre de 1954, transcripción de "El País", Montevideo.

La "leyenda negra" que alteró la figura de Artigas con rasgos sombríos y tenaces extendió su alcance hacia todas las figuras menores que continuaron, de algún modo, el sentido de la vida artiguista. "El artiguismo es la tradición de la barbarie", será la opinión que, concretada así por Vicente Fidel López, fue recogida hasta por mentes lúcidas como la de Unamuno, para quien Artigas será "un montaraz imperativo, incomprensivo, autoritario y al último despechado". No es mera coincidencia que sean esos mismos adjetivos los que se le endosen a Máximo Pérez; una misma raíz nacional, una compenetración orgánica con su medio, los hacía aparecer a uno y otro (como a Rivera, a Flores, a Timoteo Aparicio), "bárbaros" irreductibles a la mesura metropolitana. Figuras como la de Artigas, resplandecientes de espiritualidad auténtica, han podido rehabilitarse y reasumir su inalienable grandeza; pero figuras como las de Máximo Pérez, carente de la dimensión ideal y de la visión política de tan esclarecido antecesor, sólo podemos comprenderlas luego de consustanciarnos con la realidad de la que surgieran como un producto natural. Sus virtudes y sus defectos fueron los que tenían que ser; su moral, la que correspondía a su circunstancia y a su época. "Era valiente hasta la temeridad, pero —agrega Setembrino Pereda, hombre "cultivado"— de una ignorancia supina". Pérez no ignoraba empero nada que no tuviera un sentido cabal para su vida; leer y escribir, en un medio donde el analfabetismo era una norma casi inevitable, no solía ser entonces más que un recurso para medrar a costa de aquellos virtuales incomunicados. Máximo no dejó, sin embargo, de reconocer que leer y escribir habría de ser un bien verdadero el día en que todos participaran de él, y así fue como bregó ardorosamente por fomentar una enseñanza que él mismo no había tenido ocasión de recibir. Se ponía así al servicio de una cultura que sólo podía concebir como promesa, pero no por ello renunciará a su propia cultura, tan rudimentaria como entrañada. Podrá el edificio de la Jefatura lucir en su fachada un frontón griego; paredes adentro, hará abrir en el embaldosado el círculo de tierra donde poder clavar el asador gaucho; y si a un iluso como Rivadavia se le ocurre, en un extemporáneo alarde de progreso, traer cabras de Angora, Máximo Pérez, o algunos de sus

compañeros, hará cojinillos con sus cueros, de acuerdo a lo que reclamaban las circunstancias. Esa era su "barbarie", esa era su cultura. Porque aquello que abarcaban los hombres de su clase —hombres que entonces eran legión— consistía, en lo esencial, en las cosas de la naturaleza, tal como eran capaces de verlas, de oírlas y de captarlas con sus propios sentidos, y tal como eran seleccionadas por sus necesidades reales. De ese modo, sus vidas se acompasaban con la naturaleza tal como se les ofrecía en inmediatez, puesto que todo lo que hacían era en función de las energías de ésta, revelando el valor humano de sus elementos sin contrariar su impulso elemental. Sólo podían dominarla insertándose en ella. Como dice Romano Guardini —cuyos conceptos nos sirven de guía en estas consideraciones— la palabra "humano" extrae su significado de "esa armonía del querer y del poder con el dato inmediato, de esa posibilidad del hombre de recorrer el ciclo de sus conocimientos y de sus realizaciones". El "principista" —y quién no lo es hoy en día en algún grado— "sabe" (cree saber) más de lo que puede vivir; naturalmente, se burla de esos "bárbaros" elementales; pero barbarie verdadera es vivir fuera de lo que se sabe, por debajo de ideas demasiado altivamente refinadas, extraviados en un mundo de símbolos verbales del que no extraen sino nuevos motivos de estéril pedantería. Los hombres como Máximo Pérez, en cambio, no conciben otro conocimiento que el que surge y se compromete con la acción; acción que consuma con esa indomable energía que rodeaba sus decisiones de un aura magnética; y así es como en un año, con la ley o a sus espaldas, pudo realizar más obra que la realizada por sus predecesores en el medio siglo anterior. Su legendaria valentía era un signo de su altruísmo esencial. La doblez o cobardía ajena le resultaba por ende insoportable; su cólera era el magnífico desborde de su moral ultrajada; no había tenido ocasión de aprender a dominarla; la vida fue primero demasiada ruda para él; después, la admiración de sus hombres lo eximirá de inútiles suavizamientos. Conservó así la indomable espontaneidad de un hecho natural. "Estoy violento", le escribirá en cierta ocasión a su jefe. No había conflicto entre su pulso y su conciencia; su sangre latía en su misma voluntad. Pero sabía, sin embargo, refrenarse a tiempo; en sus incidencias con Nolasco Romero, con Demetrio

Pereira, con los hermanos Fernández, supo así atemperar una violencia que muchos otros hubieran dejado arrebatar; y es que su instinto humano, su psicología natural, prevalecía sobre sus impulsos momentáneos. No sucedió así en el caso de los fusilamientos posteriores al asesinato de Flores; pero ya vimos cuáles fueron entonces las circunstancias; lo milagroso habría sido, en aquella atmósfera sangrienta, que no hubiera tomado esas medidas; medidas, además, de las que se arrepintió luego, como lo expresa con claridad en su manifiesto de 1882. Y fue ese mismo impulso el que lo llevó a poner su vida en grave peligro, al asumir heroicamente la defensa de Mercedes contra el cólera, plaga que provocara un pánico cerval; y tantas otras veces en las que su solicitud, saltando por sobre las trabas legales, solucionara la penosa situación de algún coterráneo en desgracia. Generosidad que no ejercía consigo mismo, desinterés que llegaba a veces a extremos increíbles; así es como llegó a hipotecar su casa para organizar su ejército, y así es como pagaba y reconocía las cuentas de sus subordinados, devolviéndole al Gobierno los sobrantes, y muriendo con lo que había recibido, ni un centésimo más, pese a haber tenido todo el departamento a su merced. Fue su modo de redimirse de su juventud matrera. Su vida se abre así, en una evolución emocionante, hacia perspectivas que, como lo supo ver Eduardo Flores, significaban una verdadera redención. De ahí su valor ejemplar, porque no aprendió el bien en otra escuela que en la de su vida, ni sostuvo otras ideas que las que pudo realizar.

En cuanto a sus repetidas rebeliones, no eran sino la manifestación, pura e irrestricta, de un sentimiento que alentaba en el fondo de todos los paisanos; en esa época de política sofisticada, de democracia a la medida de unos pocos ambiciosos, con un sufragio ridículamente restringido, negado por lo demás a la mayoría de los suyos, el paisano reconocía en los arrestos de Máximo una difusa promesa de reinvidicación. Eran los Sanchos, quijotescos a su modo, de aquel Quijote desmesurado, Quijote sin cordura final, Quijote que, avejentado ya, con todas las circunstancias en su contra, arremetió de nuevo contra los molinos, ahora agigantados, para morir a caballo —como había querido morir Artigas— en un arrebato postrero de su desaforada disconformidad. Estamos seguros de no estar idealizando gratuitamente la

figura del caudillo; sabemos cuáles fueron sus limitaciones, pero sabemos también que el tipo de virtudes que encarnó, adaptadas a nuestra época, son todavía necesarias para afincarnos en nuestra tierra. ¿Qué otras virtudes necesitamos, en efecto, en un mundo como el de hoy, nebuloso y complicado, que las de aquel ladino "rumbeador", la del "baqueano" capaz de orientarse donde los demás no ven sino desorden y confusión? Hoy, claro está, se necesita otro tipo de baquía; también es cierto que Pérez dio la nota humana y veraz de su autenticidad una octava más alto de lo conveniente; pero ante el individuo actual, asegurado virtualmente contra todo y esencialmente contra nada, blando, poco hombre, servilizado, Máximo Pérez nos recuerda las posibilidades de una energía y de una fidelidad que no rehuye la reciedumbre de las oposiciones. Ante el hombre actual, acollarado a las rayas blancas del asfalto como a tantas ideas prefabricadas en usinas inhumanas, ante ese hombre despersonalizado, dócil materia para manifestaciones y consignas, ante ese hombre de pasión enajenada, proclive a las más incoercibles neurosis e intoxicado por sus propios residuos, Pérez nos recuerda la exigencia vital de exteriorizar nuestra pasión, de hacer coincidir nuestra vida con lo que en el fondo deseamos que ella sea. La clave de nuestro porvenir reside quizás en conciliar la energía auténtica de un Máximo Pérez con las necesidades insoslayables de una convivencia racional. Hoy es urgente mantener viva la posibilidad de equivocarnos como a veces se equivocó Máximo Pérez: con toda el alma. En un mundo de sombras y espejismos, la varonilidad tiene un sentido redentor. Y es que en el fondo de todas las virtudes hallamos siempre la única virtud, la que sustenta a todas: la valentía. Cierto es que la valentía requiere hoy, además, expedientes colaterales, una imprescindible lucidez; pero no está demás inspirarnos —y no retaceándolos o recortándolos a gusto de una moral convencional, sino enteros, en toda su falible entereza— en quienes, como Máximo Pérez, fueron capaces de entregar su vida a cambio de un sueño inconcretable.

Sería absurdo, claro está, auspiciar el resurgimiento de estilos de vida que tenían irremediablemente que desaparecer. El sino del gaucho fue nacer en el vacío que creó el choque de dos culturas incompatibles: la incipiente cultura indígena, deshecha y menospreciada, y

la cultura europea, cuyas avanzadas, sintetizadas en un racionalismo fantasmal, dejaban su corrupta resaca en las ciudades costeras. El gaucho habitaba esa noble ausencia, huérfano de toda tradición, cuya carencia mal disimulaban atavismos inconcretos, en la vestimenta, en las costumbres, y en aquella lengua hispana, cargada de oscuros resabios europeos, pero que debió refundir, a fuerza de largos silencios, para ajustarla a su condición bárbara. Porque fue literalmente un "bárbaro"; pero —insistimos en ello— su posibilidad de vivir y reencontrarse a favor de su casi total aislamiento le permitió convertir su barbarie en cultura, en estilo vital, conciente de sí mismo, aunque inconciente, como es natural, de sus relaciones y dependencias con lo que no era él. Se acomodó a su circunstancia y, conviviendo con ella, incorporó a su alma virtudes condignas con su medio; pero —y he ahí lo trágico de su condición— esa circunstancia era esencialmente pasajera, un hiato inconsistente, condenada a desvanecerse apenas la presión de potencias extrañas la subordinaran a sus exigencias. Habitante de un mundo provisional, el gaucho se había construído un alma como para vivir eternidades; no podía renunciar a ella sino muriendo con ella; y murió debatiéndose contra las fuerzas que corroían su universo, como murió Máximo Pérez, en un final inevitable, trágico. Esa correría casi póstuma, desatinada, en una campaña violada en mil sentidos por las fuerzas del nuevo orden, simboliza fielmente la búsqueda desesperada del hombre que, sólo en él y en unos pocos como él, podían todavía "pararse de fé", y enfrentar las fuerzas irruptoras. Con Máximo Pérez, era en verdad el gaucho el que moría.

Máximo Pérez, nos recuerda, por último, la necesidad de devolverle al Estado, demasiado impersonal de hoy, el calor y la cercanía del pueblo que aspira a interpretar. "Cuanto mejor exprese el Estado la mentalidad popular, tanto más poderoso será"; "con frecuencia, el Estado no representa sino una parte dominante de la nación". [48] En Máximo Pérez se ejemplifica lo expresado por André Siegfried: "sus cualidades seguían siendo privadas, sin transformarse en cívicas"; "los pro-

48 JACOBO BURCKHARDT, "Reflexiones sobre la Historia del mundo", pág. 41, Buenos Aires, 1945.

blemas que se proponen (en su organismo social nuevo), brutales y simples, requieren la decisión rápida de un Ejecutivo enérgico", "un régimen fuerte, encarnado en un hombre, es, en el fondo, el que soportan con menos impaciencia, probablemente porque es, a despecho de sus abusos, el mejor adaptado a sus necesidades".[49] Ese instinto "personalista", de raíz ibérica, era el que, en la vida de Máximo Pérez, buscó satisfacerse sin trabas; quienes, como los políticos metropolitanos, nos pedían, por la endeblez de un sufragio entonces irreal, consultar a un pueblo que consideraban demasiado "inculto", se enredarán en conciliábulos y pactos subterráneos hacia los que, poco a poco, irán arrastrando a los caudillos. La última aventura de Máximo, sin embargo, intentará una ruptura con esa politiquería menuda. Pero ya era tarde; ese género de arrestos no era el que correspondía ya con la realidad material que se vivía, y su empresa se redujo a una increíble travesía por nuestros campos, hasta morir, antes de abandonarlos, en el más exacto cumplimiento que correspondía a su destino.

Su nombre dejó en su departamento un reguero tenaz de pasiones; sus enemigos, aferrados a los relatos de sus violencias, cultivaron la especie de su índole sanguinaria; sus compañeros, identificados con quien había encarnado su más viril ideal de orientales, prolongaron a través de amigos y descendientes una idolatría incondicional. Ernesto Herrera, que recogiera en Mercedes los ecos todavía vibrantes de esa admiración, pone en boca de su héroe Gumersindo, el viejo caudillo ciego, una breve pero sentida apología: "El finao tata fue el primero que me llevó a la guerra; con la gente' Máximo Pérez. Dejuramente has oido hablar del; era todo un criollo". Gervasio, el caudillo blanco, agrega: "Una gran lanza"; pero Gumersindo lo corrige: "Un gran corazón de hombre".[50]

Una revisión minuciosa de su vida parece confirmar, en su sentido más hondo, la expresión del héroe de Herrerita. Esta creencia no excluye ninguno de los excesos que pueden, sin injusticia, atribuírsele; pero, de

49 André Siegfried, "América Latina", pág. 67, Santiago de
50 Ernesto Herrera, "El Teatro de Ernesto Herrera", pág. 121, Montevideo, 1917.

todos modos, queda en pie la recia autenticidad de su persona. Quien sea capaz de apreciar esa dimensión esencial, sabrá extraer de su vida más de un aspecto ejemplar e imprescindible para enfrentar la equívoca realidad del mundo en que vivimos.

ÍNDICE

Este libro se terminó de imprimir
en los Talleres Gráficos de
A. Monteverde y Cia. S. A.
Instalados en la Ciudad
de Montevideo el dia
30 de agosto
de 1962.

TROVA A LA MUERTE DEL CORONEL MAXIMO PEREZ por Anselmo Lasala. De una recopilación hecha en 1934 por Augusto I. Schulkin. Recitada en Paysandú, por doña Etelvina Sena de García, nativa del Dpto. de Soriano.

I

Debe el señor Presidente
recorrer bien su memoria
y de Pérez una historia
encontrará fácilmente.
Pues él ha puesto su frente
No tan sólo una ocasión
Por defender la opinión
del Partido Colorado
Y hoy con esto le han pagado
Han hecho una mala acción

I I

No debian de olvidar
los servicios que ha prestado
y al Partido Colorado
Dios lo ayude a conservar
Pues él se supo portar
como valiente guerrero
y en batallas que lo vieron
Se mostraba decidido
Hoy dicen que es un bandido
los que han sido compañeros.

I I I

No debía el gobernador
olvidar su antepasado
sabía que era colorado
el que traía la invasión.
Si bien por tribulación
mandó que se le matara
contra la orden oficiara
salvando a éste su vida.
Nuestra divisa querida
fué causa de que él emigrara

I V

Si supiera agradecer
el Partido Colorado
aún después de sepultado
lo debían de querer,
Pues él supo sostener
Nuestra divisa fielmente
con brío sobresaliente
su servidumbre ha prestado
Todo el que sea colorado
llore de Pérez la muerte.


AL VALIENTE
CORONEL
D
MAXIMO PEREZ
JULIO
EL DEPARTAMENTO DE SORIANO AGRADECIDO